

UNIVERSITAT JAUME I DE CASTELLÓ

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA Y SOCIOLOGÍA



**LA CONSTRUCCIÓN DEL CARÁCTER FRENTE A
LAS CONTRADICCIONES DEL NUEVO
CAPITALISMO EN RICHARD SENNETT**

Presentada por:

D. Albert Muñoz Miralles

Dirigida por:

Dra. Elsa González Esteban

Castellón de la Plana, 2014

Als meus pares i al meu germà, amb
tot l'afecte.

ÍNDICE

Índice.....	5
Agradecimientos.....	11
Introducción.....	13

SECCIÓN I- CONTEXTUALIZACIÓN

Capítulo 1. La obra de Sennett. Influencias, temas y metodología.....	23
1.1 La obra de Sennett en el marco de la sociología.....	23
1.1.1 La Escuela de Chicago.....	24
1.1.2 Los intereses intelectuales, temáticas y campos de estudio abordados por Sennett.....	27
1.1.3 La evolución del pensamiento de Sennett a través de sus publicaciones.....	30
1.2 La sociología comprensiva. El problema de la interpretación. La hermenéutica.....	32
1.2.1 La sociología comprensiva.....	32
1.2.2 La hermenéutica.....	35
1.2.3 La influencia de la hermenéutica en Sennett.....	38
1.3 La escritura artesanal.....	41
1.3.1 Metodología básica de Sennett. La entrevista.....	41
1.3.2 La concepción artesanal de la escritura.....	46
1.3.3. La originalidad de la obra de Richard Sennett.....	51

SECCIÓN II- SOCIEDAD Y VIDA PÚBLICA

Capítulo 2. La sociabilidad urbana cosmopolita. Una perspectiva dramatúrgica.....	55
2.1 La ciudad como marco de una vida social compleja.....	55
2.1.1 La ciudad como problema.....	56
2.1.2 El valor humano de la ciudad: sociabilidad y subjetividad.....	59
2.1.3 El <i>cosmopolitismo</i> : la experiencia activa de la diversidad.....	63
2.2 El ser humano como actor. La sociedad como un <i>teatrum mundi</i>	69
2.2.1 El enfoque dramatúrgico de Goffman.....	71
2.2.2 El recurso a la dramaturgia en Sennett: la configuración de un Espacio imper impersonal.....	76
2.3 La ciudad como el escenario del desarrollo del carácter cosmopolita.....	83

Capítulo 3. El dominio público.....	87
3.1 La formación del dominio público.....	88
3.1.1 Los orígenes históricos del debate sobre el dominio público.....	88
3.1.2 Tres concepciones del dominio público: Arendt, Habermas, <i>escuela performativa</i>	93
3.2 La caracterización sennettiana del dominio público urbano.....	100
3.2.1 Un espacio abierto: la vitalidad de las <i>lindes</i>	100
3.2.2 Un espacio democrático: el uso de la palabra en el manejo de los conflictos.....	108
3.2.3 La influencia del Nuevo Capitalismo en la conformación del dominio público urbano.....	114
3.3 El lugar propicio para la práctica democrática.....	118
Capítulo 4. La interpretación de Sennett sobre el decaimiento de la vida pública.....	121
4.1 La confusión entre lo público y lo privado.....	122
4.1.1 La creación de un dominio público impersonal en el siglo XVIII.....	123
4.1.2 La irrupción del principio de personalidad en la vida pública.....	125
4.1.3 Benhabib: las críticas feministas a la distinción público/privado.....	128
4.2 La familia intensa.....	130
4.2.1 La familia frente a la ciudad.....	130
4.2.2 Limitaciones y virtualidades explicativas de la noción de <i>intensidad familiar</i>	135
4.3 La reacción comunitaria.....	139
4.3.1 La definición de <i>comunidad</i> a partir de Tönnies.....	140
4.3.2 La <i>gemeinschaft</i> destructiva y el declive de la cultura pública en el siglo XIX.....	142
4.3.3 La comunidad como protección ante la ciudad y la acción del capitalismo.....	145
4.4 El desgarramiento del dominio público. El yo desconectado.....	147
4.4.1 Individualismo y abandono de lo público. Los temores de Tocqueville.....	148
4.4.2 Narcisismo, intimidad y <i>gemeinschaft</i> destructiva.....	149
4.4.3 Los efectos de la planificación urbana: aislamiento y pasividad.....	155
4.5 Recuperar el dominio público como el lugar propio de las relaciones sociales complejas.....	158

SECCIÓN III- LA INDIVIDUACIÓN

Capítulo 5. La identidad narrativa en Sennett.....	161
5.1 La problemática formación de la <i>identidad</i> en la sociedad moderna.....	162
5.1.1 Rol e identi.....	164
5.1.2 La identidad según Erikson.....	167
5.2 La identidad como biografía. Las propuestas de Taylor y Giddens.....	169
5.2.1 La relación entre roles, identidad y biografía.....	169
5.2.2 La identidad situada en Taylor.....	171
5.2.3 La identidad reflexiva del yo según Giddens.....	174
5.3 Sennett: La identidad como relato.....	178
5.3.1 Adolescencia, sexualidad e identidad personal.....	178
5.3.2 La identidad narrativa.....	183
5.3.3 Lugar y trabajo: las coordenadas de la identidad.....	191
5.4 La compleja construcción de la identidad moderna.....	197
Capítulo 6. El carácter: un concepto mediador entre lo personal y lo social...201	
6.1 La noción de <i>carácter</i> ; sus usos en sociología. Gerth y Mills.....	201
6.1.1 La noción de carácter en la tradición del pensamiento social.....	203
6.1.2 La definición de <i>carácter</i> de Gerth y Mills.....	205
6.2 La noción de carácter en la obra de Sennett.....	207
6.2.1 Una aproximación a la noción de <i>carácter</i> en Sennett.....	208
6.2.2 Aprendizaje y formación del carácter.....	213
6.3 La inhibición del carácter.....	217
6.3.1 La autoabsorción narcisista.....	218
6.3.2 El conflicto entre el yo y el rol institucional.....	221
6.3.3 El individuo autosuficiente y la concesión de respeto.....	224
6.4 La formación del carácter: autonomía y responsabilidad.....	229

SECCIÓN IV- EL NUEVO CAPITALISMO: UNA VISIÓN ORGANIZACIONAL

Capítulo 7. La flexibilidad como eje del Nuevo Capitalismo.....	233
7.1.El sistema burocrático piramidal.....	234
7.1.1La introducción del modelo burocrático en la producción industrial.234	
7.1.2 El sistema piramidal según Weber. Una inclusión ambigua.....	237
7.1.3 Taylorismo y fordismo: la organización científica del trabajo.....	241
7.1.4 Deficiencias del sistema piramidal y el fordismo. Una rigidez deshumanizadora.....	243

7.2 La transformación del capitalismo.....	247
7.2.1 La sociedad post-industrial. Conocimiento y riesgo.....	248
7.2.2 La globalización. Un proceso controvertido.....	250
7.2.3 La adhocracia y las organizaciones en red.....	254
7.2.4 Postfordismo: la flexibilización de la producción.....	257
7.2.5 La transformación del trabajo: precarización e inseguridad.....	260
7.3 El capitalismo flexible: innovación y desarraigo.....	265
Capítulo 8. Los efectos del Nuevo Capitalismo en la vida personal y en las relaciones sociales según Sennett.....	269
8.1 Características del <i>Nuevo Capitalismo</i> según Sennett	
. La organización flexible.....	270
8.1.1 Los cambios en la economía global. La urgencia del beneficio.....	271
8.1.2 La nueva arquitectura institucional: la organización flexible.....	272
8.2 El trabajo flexible.....	276
8.2.1 Nuevas formas de trabajo. El trabajo en equipo.....	276
8.2.2 El talento potencial. Una reconstrucción permanente de la experiencia.....	279
8.2.3 La nueva ética del trabajo: superficialidad, desapego e inconsistencia.....	282
8.3 La autoridad ausente.....	287
8.3.1 Capitalismo, burocracia y paternalismo.....	289
8.3.2 La autoridad en el Nuevo Capitalismo.....	292
8.3.3 La opacidad de la nueva realidad institucional: una estructura ilegible.....	294
8.4 La temporalidad acortada.....	295
8.4.1 El papel de la rutina en la elaboración de la biografía personal.....	297
8.4.2 El fin de las <i>carreras</i> : una narración abortada.....	300
8.4.3 El Riesgo convertido en condición habitual: La incertidumbre asalta al <i>carácter</i>	303
8.4.4 La identidad fragmentada.....	305
8.5 La corrosión del carácter provocada por las carencias del nuevo modelo institucional.....	308

SECCIÓN V- UNA PROPUESTA ARTESANAL

Capítulo 9. Artesanía y cooperación en Sennett: un necesario impulso	
<i>del carácter ante el nuevo escenario institucional.....</i>	
	313
9.1 La noción de <i>artesanía</i> en Sennett.....	314
9.1.1 El lugar de la artesanía en el pensamiento de Sennett.....	315
9.1.2 El papel de la rutina y los hábitos en el proceso artesanal.....	318
9.1.3 La adquisición de la habilidad mediante la curiosidad y la apertura.....	321
9.1.4 La artesanía ante el marco institucional de la nueva economía.....	326
9.2 La cooperación.....	332
9.2.1 La cooperación como una habilidad adquirida.....	333
9.2.2 La comunicación como una forma de cooperación.....	336
9.2.3 La civilidad: la elaboración de un orden social compartido.....	338
9.3 Una ciudadanía artesanal y cosmopolita.....	345
9.4 El carácter artesanal y cooperativo: el compromiso con una realidad compleja.....	353
 Capítulo 10. El potencial del pensamiento de Sennett para la Ética	
<i>empresarial.....</i>	
	359
10.1 La necesidad de la Ética empresarial.....	360
10.1.1 La Ética empresarial en el marco de la ética de las organizaciones.....	361
10.1.2 La Escuela de Valencia. Ética dialógica y hermenéutica crítica....	368
10.2 Un nuevo enfoque para la Ética empresarial: recuperar la mediación con el individuo.....	376
10.2.1 El contenido ético presente en la interpretación de Sennett del cambio institucional.....	377
10.2.2 Niveles del análisis de la actividad institucional.....	383
10.3 Un marco adecuado para el despliegue de la individualidad.....	391
 Conclusiones.....	 399
Bibliografía.....	409
a. Bibliografía de Richard Sennett.....	409
b. Bibliografía complementaria.....	413
 Anexo: Listado cronológico de la obra monográfica de Richard Sennett.....	 423

AGRADECIMIENTOS

Acometer el proyecto de completar los estudios de postgrado, que culmina con la presentación de esta tesis doctoral, ha supuesto una fuente de estímulos y desafíos vitales e intelectuales durante estos últimos años, aportando una apreciable orientación al quehacer diario.

Pero los retos que ha ido planteando la elaboración de este trabajo no los podría haber afrontado satisfactoriamente de manera aislada, por lo que es de justicia reconocer las diversas aportaciones que, ya se trate de indicaciones vinculadas directamente con el objeto de la investigación o de las siempre valiosas muestras de interés y aliento, han realizado diferentes personas durante este tiempo.

En primer lugar, quisiera agradecer el trabajo, la dedicación, los conocimientos, la exigencia y el apoyo que de manera permanente ha invertido mi directora de tesis, Elsa González Esteban, para que esta nave arribara a buen puerto. Especialmente, cuando las circunstancias han sido adversas. De igual modo, quisiera reconocer la labor que como director del Departamento de Filosofía y Sociología de la Universitat Jaume I realiza Domingo García Marzá, cuyas indicaciones han sido de gran valor durante este proceso de aprendizaje. Tampoco quisiera olvidar las provechosas enseñanzas que durante este tiempo he recibido de los profesores Adela Cortina, Jesús Conill, Salvador Cabedo o Sonia Reverter. Así como merece recordarse el apoyo y los buenos consejos que he tenido la suerte de disfrutar de otros miembros del departamento como Patrici Calvo -su experiencia casi simultánea a la mía me ha animado a seguir adelante-, Mónica Gassent, Carmen Ferreté, Ramón Feenstra, Joaquin Gil.

Traspasando ya las lindes de la universidad quisiera agradecer afectuosamente a mi familia -especialmente a mi madre, Matilde, a mi hermano, Alfonso, y a mi cuñada, Rut- y a mis amigos el apoyo y la paciencia mostrados reiteradamente. Quisiera mencionar de manera particular a Gema, por su ánimo constante desde la distancia y por la información proporcionada sobre biología y ecología urbana, y a Lidón por su inestimable ayuda con la redacción en inglés.

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas el mundo está atravesando por grandes y profundos cambios, perceptibles a distintos niveles: político, económico, cultural, social, institucional. La vida de las personas, aunque en diferentes medidas, se está viendo afectada por las transformaciones globales, por lo que éstas tratan de ofrecer respuestas a las nuevas situaciones que se les presentan, modificando de alguna manera su modo de estar en el mundo. El objetivo de esta tesis es profundizar en la obra del sociólogo estadounidense Richard Sennett, quien ofrece una mirada rica y original sobre la problemática del individuo contemporáneo, tratándose de un ser que se constituye como persona mediante su imbricación en espacios sociales y en contextos institucionales dinámicos y cambiantes, en los cuáles puede desempeñar un papel activo como interprete competente de su propia experiencia. Así, según se pretende desarrollar en esta tesis, Sennett se apoya en la idea de unos individuos concebidos como seres capacitados para interpretar creativamente la realidad y para participar en interacciones complejas, conformando cooperativamente espacios públicos de carácter democrático en los que se despliegue la sociabilidad. A partir de ahí, se trata de determinar críticamente el lugar que concede a los individuos el nuevo modelo institucional, con el objetivo de esclarecer si sus condiciones son propicias para el despliegue de un individuo socialmente orientado, aprovechando el potencial existente en el pensamiento de Sennett, lo que requerirá dilucidar cuál es la orientación axiológica que subyace y sustenta sus propuestas. Así, se va a tratar de demostrar que la reivindicación de la autonomía individual como fuente de creatividad social y el compromiso con unas relaciones sociales complejas dan razón de ser al conjunto de argumentos que despliega en su obra.

Elaborar una tesis doctoral monográfica plantea siempre una serie de dificultades, que en este proyecto de investigación sobre el pensamiento de Sennett se concretan en cinco retos principales. Primero, se trata de un autor de referencia en el pensamiento social de nuestros días, cuyo trabajo, pese a ser profusamente leído y comentado, no ha sido objeto aún de investigaciones exhaustivas. Segundo, sus reflexiones y propuestas presentan un marcado tono humanista, que invita a explorar entre las mismas para extraer y desarrollar aquellos elementos que ayuden a construir

una ética atenta a los problemas del presente. Por tanto, a lo largo de esta tesis se espera poder definir las orientaciones morales que subyacen a los trabajos de este autor, esclareciendo qué valores promueve su comprensión general sobre el ser humano y la sociedad.

Tercero, debido a la diversidad de cuestiones tratadas por el autor a lo largo de su trayectoria intelectual, se ha optado por prestar más atención a aquellos elementos que permitan otorgar un carácter unitario a la tesis, en tanto ayuden a esclarecer su visión sobre el ser humano y su lugar en una sociedad compleja conformada institucionalmente. Pero, en cuarto lugar, es preciso también situar el enfoque que propone el autor de las distintas temáticas abordadas en un contexto más amplio, destacando cuáles son sus principales influencias, y situándolo en los debates que se estén produciendo en el ámbito académico en torno a cada cuestión, contrastando sus propuestas con otros puntos de vista. De esta manera, se podrá percibir cuáles sean las debilidades o los aspectos controvertidos de sus planteamientos, así como poner de relieve aquellas aportaciones que puede realizar al conocimiento o la reflexión en torno a una determinada cuestión. A partir de ahí, se trata de elaborar un relato coherente que permita destacar la originalidad del autor.

Finalmente, hay que destacar que se trata de un autor conocido principalmente por escribir ensayos dirigidos a un público amplio de lectores, lo que puede ir en detrimento del rigor analítico o conceptual, careciendo de la profundidad y la exhaustividad que requiere un tratamiento académico de temas complejos. Por ello, se tratará de definir y desarrollar de manera completa y consistente unos conceptos, ideas y planteamientos reconocibles en los escritos del autor, de manera que se pueda dar forma a un pensamiento sólido y original, capaz de aportar valores e ideas originales a los debates actuales sobre los temas abordados.

Para afrontar los retos que presenta esta tesis doctoral, ahondando en las virtualidades explicativas y morales subyacentes en el pensamiento de Sennett, será necesario precisar cuáles son las principales temáticas así como las orientaciones valorativas y metodológicas que aportan coherencia y unidad al conjunto de su trayectoria intelectual, vinculando sus temas de estudio más destacables con las líneas y tendencias que marcan el pensamiento social del presente. De esta manera, se espera poder concretar cuáles son las aportaciones que realiza este autor a la reflexión sobre la

sociedad actual, poniendo en valor la utilidad del estudio de su obra para una mejor comprensión de los problemas que afronta en el ser humano inmerso en la complejidad del mundo globalizado, especialmente desde una perspectiva filosófica como la que guiará la redacción de este trabajo.

La realización de este propósito se tratará de cumplir profundizando en seis líneas argumentales que, de manera integrada, permitirán reforzar la unidad del estudio emprendido y destacar la originalidad del pensamiento de Sennett. Así, en primer lugar, se tratará de definir una concepción peculiar sobre el desarrollo de una subjetividad socialmente orientada, para lo que se profundizará en la noción de *carácter* y en el proceso de formación de la identidad personal. Segundo, se pretende clarificar la noción de dominio público que propone esta autor, en la medida en que se trata del espacio en que tienen lugar las interacciones que tienen lugar entre extraños, es decir, entre personas con orígenes, identidades e intereses diferentes. A partir de ahí, en tercer lugar, se trataría de afrontar la problemática inherente a la sociedad actual desde la perspectiva de Sennett, incidiendo en la influencia que ejerce el contexto institucional en las relaciones interpersonales y en el establecimiento de los diferentes proyectos vitales, atendiendo especialmente a cómo los cambios producidos en este nivel están alterando las biografías personales. De esta manera, se espera hallar en la descripción que ofrece del Nuevo Capitalismo un marco interpretativo consistente desde el que comprender el alcance de las transformaciones que están produciéndose a nivel institucional, priorizando la atención en los efectos que éstas producen en la vida de la gente.

Para responder a los retos que presenta al pensamiento social el actual escenario institucional se explorará, en cuarto lugar, las virtualidades que ofrece la noción sennetiana de *artesanía* como vía para elaborar un proyecto humano positivo que esté a la altura de nuestro tiempo. En quinto lugar, se pretende aprovechar su capacidad para aunar un análisis sistémico del mundo institucional o económico con una apreciación ajustada de los efectos que produce su actividad en la vida de la gente -alterando las formas de vida y de interacción social-, entendiendo que supone uno de los principales valores de su obra desde una perspectiva filosófica. En ese sentido, finalmente, se tratará de argumentar que uno de los principios fundamentales sobre los que se apoya el trabajo de Sennett se refiere a la capacidad que reconoce a los individuos para interpretar las circunstancias

de su entorno social e institucional en un intento de integrarlas en un relato coherente desde una perspectiva narrativa, que otorgue un sentido unitario a sus acciones y decisiones. La atención que presta Sennett a los esfuerzos que realizan los individuos por entender y dar respuesta a los problemas que se les plantean, permite poner de relieve la voz de los afectados por la actividad institucional.

Su manera de entender su trabajo como sociólogo es coherente con las ideas que se acaban de exponer. Así, considera que su función consiste en elaborar interpretaciones más completas sobre la realidad social, a partir del trabajo y la reflexión realizada sobre el material empírico, apoyándose en los conceptos, ideas, o interpretaciones que han propuesto distintos estudiosos de la misma, desde una perspectiva abierta y dialogante. La importancia que concede a la observación de la realidad empírica le empuja a evitar ceñirse en exceso a unos marcos teóricos o normativos pre-fijados, lo que no obstante puede convertirse en una de las dificultades persistentes en el estudio de su obra. Es decir, una lectura crítica de este autor puede denunciar una falta de definición del aparato conceptual junto a la existencia una base teórica deficiente sobre la que fundamentar sus observaciones y sus propuestas. Por ello, como se ha señalado más arriba, en esta tesis doctoral se pretende dar una visión lo más completa posible sobre las temáticas que aborda el autor, recurriendo a otros planteamientos para reforzar sus puntos de vista cuando sea necesario. Pero paralelamente, se tratará de poner en valor las virtudes de un enfoque como el que propone Sennett, en tanto ayude a desplegar una comprensión de la realidad más amplia, cercana y profunda que la permiten modelos más asentados y mejor estructurados teóricamente.

En este trabajo se tratará de constatar la hipótesis de qué la obra de Sennett debe entenderse de manera unitaria, ya que los diversas temáticas que aborda se requieren mutuamente, situando al ser humano como centro de sus reflexiones. La imbricación entre lo personal, lo público y lo institucional que plantea este pensador aporta una comprensión afinada de la vida del presente, siendo difícil encontrar un autor que transite entre esos ámbitos con una actitud tan propositiva. Por ello, se ha tomado como núcleo de una aproximación más profunda su propuesta de construcción artesanal del carácter frente al Nuevo Capitalismo.

La estructura de la tesis doctoral consta de diez capítulos distribuidos

en cinco secciones, para permitir de esta manera un tratamiento adecuado de los temas principales sin entorpecer la articulación de los mismos con vistas a resaltar su unidad. La primera sección titulada "Contextualización", tiene por objeto introducir la obra de Sennett, situándola en el contexto general del pensamiento social. De esta manera, se hará hincapié en cuáles son sus influencias principales, así como se tratará de clarificar cuál es su localización en el amplio panorama de las ciencias sociales. Así, se espera precisar sus vínculos con la tradición sociológica de la *Escuela de Chicago*, que siguiendo los principios aportados por el pragmatismo americano, ha dado lugar a múltiples estudios y aproximaciones a las realidades urbanas del siglo XX desde una perspectiva netamente empirista. Por otro lado, se tratará de determinar su afinidad con una sociología de tipo interpretativo, que pretende alcanzar una comprensión -en el sentido weberiano- de las realidades humanas y sociales, aproximándose al punto de vista de los participantes, a partir del cual el investigador pueda desarrollar su propia labor hermenéutica, proporcionando a los lectores una comprensión más profunda de los problemas.

En la segunda sección, titulada "Sociedad y vida pública" se pretende profundizar en la concepción de la vida social que ofrece Sennett, destacando su dimensión pública. El modelo de sociabilidad que propone se sitúa en un contexto urbano heterogéneo, en el que interactúan grupos e individuos diferentes, por lo que habrá de determinarse hasta qué punto la conflictividad inherente obstaculiza o constituye el despliegue de la vida social compleja. Frente al peligro de la exclusión identitaria que asoma en el encuentro entre los extraños, se espera poder encontrar en Sennett una concepción que permita enfatizar las virtudes de una sociabilidad de tipo cosmopolita. En relación a estas cuestiones, se incidirá en la concepción del ser humano como actor, en tanto está aparejada a una definición de la sociabilidad compleja desplegada un espacio netamente impersonal, en el que sea factible la comunicación expresiva entre los extraños.

También será importante definir las características de la noción de dominio público que propone Sennett, incidiendo en su enraizamiento urbano y atendiendo a los aspectos culturales que acompañan y permiten las formas de interacción públicas, así como a las características físicas de los escenarios en que se producen. Las limitaciones que revele la propuesta de Sennett, debido a la ausencia de una definición política, se podrán completar

mediante un diálogo con los modelos de espacio público de Arendt y Habermas. A su vez, la posible unilateralidad de una comprensión meramente política podría ser superada teniendo en cuenta las aportaciones de la *Escuela dramática* con la que Sennett se identifica, atendiendo a aquellos elementos -como rituales o convenciones- que son necesarios para entender el desarrollo de un espacio de interacción compartido. A partir de ahí, se espera poder completar la definición particular de dominio público que propone Sennett, considerado como un espacio dinámico, abierto y conflictivo. Finalmente, las características de los nuevos contextos urbanos, marcados por la globalización y los flujos migratorios, introducen nuevas problemáticas, siendo preciso repensar la función y las posibilidades del dominio público en la actualidad.

Finalmente, se tratará de exponer el diagnóstico que ofrece Sennett sobre la descomposición de la vida social impersonal que a su juicio se habría producido en el mundo occidental -fijándose particularmente en la sociedad norteamericana-, fenómeno que estaría incluso agudizándose en tiempos más recientes. De esta manera, se trataría de ahondar en los procesos sociales y culturales que de forma complementaria provocarían su decadencia: la confusión entre lo público y lo privado, la hipervalorización de la vida íntima y familiar, la exaltación de la forma de vida comunitaria, la preponderancia de una forma de individualismo que promueve la desconexión social, y la deformación de la imagen de la sociedad provocada por el auge del narcisismo. Se trata de cuestiones de gran actualidad, en la medida en que existe una preocupación compartida por autores muy diversos por determinar las causas del debilitamiento de la vida pública observable en las sociedades avanzadas. En ese sentido, se espera encontrar en Sennett una visión original y propositiva, que permita enriquecer la comprensión de estos fenómenos.

La tercera sección, titulada "La individuación", se dirigirá al plano personal, si bien poniendo de relieve la capacidad de los individuos para participar creativamente en interacciones sociales complejas. Los conceptos axiales de esta sección serán la *identidad* y el *carácter*. Así, se espera encontrar en Sennett una concepción original sobre el proceso de formación de la identidad, apoyada en la capacidad narrativa de los seres humanos. La caracterización de la identidad como un movimiento biográfico y autorreflexivo puede reconocerse también en otros autores, por lo que

aproximarse a las definiciones de autores como Taylor o Giddens, permitirá contrastar la originalidad de la propuesta de Sennett. Según destaca este último, como se intentará demostrar, los individuos se esfuerzan por integrar los sucesos de su vida y las circunstancias de su entorno social en un relato coherente, mediante la activación de sus capacidades interpretativas. Por ello, se tratará de dilucidar cómo afecta el nuevo modelo institucional al proyecto biográfico personal, en la medida en que provoca una mayor fragmentación de la experiencia, incrementando la sensación de inseguridad y provisionalidad.

El concepto de *carácter* permitirá subrayar la orientación eminentemente social de la persona, destacando la influencia que ejercen los contextos institucionales y la estructura de la sociedad en el proceso de individuación que se cumple en la realización efectiva de roles sociales. Se espera definir la original interpretación de esta noción que ofrece Sennett, apuntando a la capacidad que desarrollan los individuos para comprometerse e involucrarse en relaciones sociales complejas y sostenidas en el tiempo. Para ello, se ahondará en el proceso de formación del carácter, precisando sus características, momentos decisivos y dificultades inherentes. Pero también será preciso incidir en aquellas fuerzas culturales que según este autor impiden el desarrollo positivo del carácter, como es el caso del *narcisismo*, empujando al yo hacia un repliegue interior.

En la cuarta sección, titulada "El Nuevo Capitalismo: una visión organizacional", se analizarán los procesos de cambio institucional que están produciéndose en las últimas décadas, especialmente en el ámbito de las organizaciones empresariales, en el contexto del *Nuevo Capitalismo* emergido de un mundo globalizado, tratándose de una cuestión de gran relevancia para el análisis social de nuestros días. Para ello se desarrollan dos niveles de análisis complementarios: uno centrado en un nivel institucional -desde el que se atiende a los aspectos estructurales y organizativos de las empresas así como al mercado global-, y otro que aborda los efectos que dichos cambios tienen en la vida de la gente, atendiendo a las respuestas que ofrecen las personas ante las nuevas situaciones. Se pretende ofrecer una panorámica general, aunque suficientemente detallada, de los procesos de transformación analizados -marcados por una tendencia general hacia la *flexibilización*-, aunque profundizando en la interpretación ofrecida por Sennett. De esta manera, se

espera dilucidar cuáles son los valores que orientan el análisis desarrollado por este autor, que fija su atención en la experiencia concreta de la gente sobre los cambios que están teniendo lugar. La transformación de los métodos y formas de trabajo altera el papel que desempeñan los trabajadores en el entramado institucional, por lo que será importante fortalecer una perspectiva ética que atienda a la situación real de los propios afectados.

En la quinta sección, titulada "Una propuesta artesanal", se pretende, por un lado, articular una propuesta antropológica original a la altura de los requerimientos del presente, recuperando los elementos principales de la caracterización del ser humano ofrecida por Sennett, y que habrán ido desarrollándose a lo largo de la tesis, para complementarla y ampliarla a la luz de la introducción de dos nociones trabajadas este autor en los últimos años: *artesanía* y *cooperación*, incidiendo en sus virtualidades sociales y formativas; y complementariamente, afrontar las implicaciones morales del Nuevo Capitalismo desde la Ética empresarial. Así pues, se pretende ahondar en las carencias del nuevo modelo institucional, percibidas de manera especialmente agudas en el mundo del trabajo, para defender la necesidad de un marco organizativo que estimule el despliegue de las capacidades personales y el fomento de las relaciones sociales. En este sentido, se ahondará en la propuesta artesanal de Sennett, esperando hallar la reivindicación de un compromiso sostenido con la tarea realizada que permita fortalecer el carácter, mediante una apertura constructiva hacia el exterior plasmable en la relación cooperativa con los otros. Finalmente, se trataría de profundizar en el potencial de estas ideas para la elaboración de una ciudadanía artesanal, desplegada a través de la participación en un dominio público configurado cooperativamente.

Tales planteamientos conllevan el requerimiento de profundizar en la dimensión ética de la actividad insitucional, para evaluar críticamente los principios axiológicos que guían el desarrollo del Nuevo Capitalismo. Se trataría de desplegar y completar la base filosófica suyacente en las propuestas de Sennett con el apoyo de la Ética empresarial, siguiendo el modelo de hermenéutica crítica empleado en la Escuela de Valencia. De esta manera, se espera poder situar la interpretación de Sennett sobre el cambio institucional y sus efectos en la vida de la gente en un marco conceptual elaborado con un propósito netamente crítico. Pero paralelamente, se

destacarán las aportaciones que pueda realizar este autor a la ética empresarial, aprovechando el potencial que residiría en la noción de artesanía o la comprensión hermenéutica de la experiencia de los participantes.

En definitiva, en esta tesis doctoral se pretende estudiar la obra de Richard Sennett ya que se espera encontrar en ella orientaciones y propuestas originales y enriquecedoras para afrontar la problematicidad del mundo actual, alcanzando una mejor comprensión de la misma. Ante una realidad social e institucional crecientemente compleja, cabe reforzar la autonomía y creatividad de los sujetos, así como salvaguardar la importancia de unas relaciones sociales cimentadas sobre bases sólidas y duraderas, tanto para un pleno desarrollo personal, como para la configuración de un dominio público vital y participativo, y para el diseño de un entramado institucional acorde a tales exigencias. El pensamiento del autor estadounidense, según tratará de demostrarse en estas páginas, puede servir como una piedra de toque muy adecuada para el cumplimiento de estos propósitos.

SECCIÓN I - CONTEXTUALIZACIÓN

Capítulo 1- La obra de Sennett. Influencias, temas y metodología

Este primer capítulo tiene por objeto servir de introducción a la obra del autor al que se dirige el estudio de esta tesis, el sociólogo estadounidense Richard Sennett. De esta manera, en primer lugar, se presentarán cuáles son las temáticas de las que se ocupa, se discernirán cuáles son sus influencias principales, y se propondrá una clasificación de su obra. El enfoque que adopta el autor estudiado participa de las corrientes interpretativas del pensamiento social, por lo que se dedicará un apartado a profundizar en la problemática ligada a las mismas. Finalmente, se analizará la perspectiva metodológica peculiar de Sennett, que se basa en su idea de artesanía, noción que a lo largo de esta tesis ayudará a dotar a su pensamiento de contenido axiológico y propositivo.

1.1 La obra de Sennett en el marco de la sociología

Para introducir la obra de Sennett se requiere, en primer lugar, contextualizar su trabajo dentro de la sociología -tratándose de una rama del saber que ha dado lugar a la proliferación de discursos, escuelas y perspectivas de muy diverso signo y orientación metodológica-, dando a conocer cuáles son sus influencias principales, señalando con qué tradiciones de pensamiento es posible identificarlo, qué temas son los que desarrolla preferentemente, y cuáles son los principios metodológicos que guían la realización de sus trabajos. Por otro lado, se tratará de distinguir distintos momentos en su trayectoria como autor, con el objeto de realizar una presentación más clara de su obra, mostrando cómo han ido variando las preocupaciones, temáticas o enfoques según distintos momentos, aunque subrayando la continuidad que preside su trayectoria intelectual.

Richard Sennett es un sociólogo estadounidense formado en la Universidad de Chicago, aunque obtuvo su doctorado en Harvard. Actualmente reparte su ejercicio como profesor entre la London School of Economics y la New York University. Su pensamiento se nutre de la tradición de pensamiento social desarrollada desde finales del siglo XIX en el marco del departamento de sociología de la Universidad de Chicago. Es relevante

por ello llevar a cabo una breve introducción a la misma, con el objetivo de encuadrar la obra de Sennett en un marco de pensamiento e investigación más amplio. No obstante, se irá profundizando más en las diversas influencias que recibe Sennett según se vayan abordando las distintas temáticas tratadas por el autor.

1.1.1 La Escuela de Chicago

La Escuela de Chicago suele ser considerada como la primera escuela, propiamente dicha, de pensamiento sociológico, junto a la formada en la Sorbona alrededor de Durkheim, ambas surgidas en la misma época. La universidad de Chicago se había fundado en 1890, y poco después se creó el departamento de sociología, dentro de una infraestructura concebida para fomentar la investigación cooperativa, contando con la revista “American Journal of Sociology” como lugar propio de expresión de las ideas y publicación de los trabajos de los diversos autores adscritos al departamento.

Las bases teóricas del pensamiento desarrollado en este marco las proporciona el pragmatismo social americano, con autores como James, Peirce o Dewey. El pragmatismo se caracterizó por el rechazo al idealismo dominante por entonces en Europa, revitalizando, en cambio, la tradición empirista que se remonta a Hume. De este modo, sus autores evitaban enzarzarse en cuestiones metafísicas, optando, en cambio, por un empeño en dar razón de los problemas reales y concretos, aquellos que surgen en el curso de la acción (Giner et al., 1998, p. 593). Se trata, así pues, de un tipo de pensamiento ligado a la experiencia, a la que se pretende otorgar un sentido filosófico (Sennett, 2009, p. 251)¹. Los pragmatistas defendieron una concepción de la verdad en tanto que capacidad de actuar en el entorno, en lugar de entenderla como la correcta representación cognoscitiva de la realidad (Joas, 2000, pp. 117-118).

Junto al pragmatismo conviene recordar el influjo de Simmel (1858-1918) a la hora de configurar el pensamiento característico de la Escuela de Chicago. Su obra estuvo principalmente orientada por la pretensión de comprender los cambios que se estaban produciendo en las relaciones sociales, debido a la influencia del capitalismo y el crecimiento de las ciudades, recalcando el carácter intrínsecamente paradójico de la vida

¹ El concepto de *experiencia*, tal como lo emplean los pragmatistas –en especial Dewey–, será importante en Sennett, sobre todo en relación a su concepto de *artesanía* (Sennett, 2009, pp. 351 ss.).

moderna (Giner et al., 1998, p. 683). Frente a las concepciones holistas de la sociedad, Simmel se distinguió por hacer incidencia en la importancia que tiene el individualismo para entender el carácter de la sociedad moderna (Joas, 2000, p. 126).

Los autores reunidos en el departamento de sociología de la Universidad de Chicago -destacan G.H. Mead, Park, Thomas, o Wirth-, compartían un enfoque teórico, una problemática común, y una marcada vocación empirista, un interés por anclar las reflexiones teóricas en una observación exhaustiva de la realidad social, así como una orientación reformista. Su campo de investigación principal es el que abarca la problemática urbana, de gran actualidad en aquellos años, ya que las ciudades estaban experimentando cambios profundos, como respuesta a las necesidades del capitalismo industrial, que se traducían en rápidos crecimientos demográficos gracias a la llegada de una población inmigrante heterogénea, así como en una profunda transformación de la estructura de clases, destacando el surgimiento de una nueva clase media “profesional”.

Abordaron el análisis de la acción y de los procesos subjetivos que la determinan desde una perspectiva microsociológica. Frente al conductismo, entendían que el ser humano no responde mecánicamente a los estímulos externos, ya que sus acciones están mediadas por la conciencia -la cual es el producto de la interacción de la persona con su entorno-. Así pues, se trata de un ser reflexivo, cuyas acciones están guiadas por el significado que les atribuye. Pensaban, incluso, que para comprender el comportamiento de los seres humanos podía ser más importante su percepción de la realidad que la realidad misma. Por ello, era importante adoptar el punto de vista del actor (Alvaro et al., 2007, pp. 44-47).

El surgimiento de una nueva generación de investigadores permitió la introducción de nuevas ideas, conceptos y temas, dando lugar, más allá de las peculiaridades de cada autor, a un enfoque particular en el estudio de la realidad social que se conoce como *interaccionismo simbólico*, denominación propuesta por Blumer en 1938. Los miembros de esta escuela, en oposición a los enfoques funcionalistas y estructuralistas dominantes por entonces, consideraban que los individuos no responden de forma automática al sistema social, la estructura o el status, pues hay que tener siempre en cuenta la intermediación que representa las interpretaciones que llevan a

cabo los participantes². Lo más importante sería, no tanto cómo se presenta la realidad exterior, sino cómo es interpretada. Las personas viven inmersas en un universo simbólico, que actúa como mediador en sus comportamientos, aportando los significados que atribuyen a los objetos, que incorporan mediante la interacción social (Alvaro et al., 2007, pp. 67-68). Si bien en la sociedad existe orden y organización, les niegan su valor en tanto que factores determinantes de la acción. Consideran, en general, que “la sociedad proporciona los símbolos que posibilitan la comprensión y la comunicación, pero serán interpretados desde la creatividad personal” (Sebastián de Erice, 1994, p. 4). Frente a las escuelas que sitúan el peso en lo sistémico, el pensamiento desarrollado en el marco de la Escuela de Chicago se caracteriza por reivindicar un papel activo del participante, de un individuo con capacidad de interpretar la realidad social en la que se encuentra inmerso, y de actuar, consecuentemente, de forma creativa. Reconocen en los individuos la capacidad de la agencia, es decir, de transformar el medio en el que viven.

El interaccionismo simbólico analizó cómo se desarrollan las acciones recíprocas en determinadas situaciones, y cómo los actores cooperan para vincular sus actos de manera apropiada en el tiempo. Su campo de estudio continuó girando en torno a la problemática urbana, destacando su preocupación por la desviación social. Dedicaron también su atención al estudio del sí mismo *-self-* (Sebastián de Erice, 1994, pp. 3-4). Entre los autores que suele adscribirse a esta corriente -si bien con el tiempo fue alejándose de ella- destaca Goffman, quien desarrolló una visión de la interacción basada en el modelo de la representación teatral.

Situar la obra de Sennett en continuidad con la tradición de pensamiento desarrollada en Chicago proporciona algunas claves que permiten una mejor comprensión de sus propuestas, sin dejar de incidir por ello en la originalidad de las mismas. Así, su vinculación a esta escuela explica, a mi juicio, su preferencia por determinadas temáticas, algunas elecciones

² Según Gonos (1977) existe una diferencia de base entre el interaccionismo simbólico y el estructuralismo a la hora de abordar el estudio de la vida cotidiana: mientras el primero toma como referencia el “paradigma de la situación”, que entiende como “algo original, precario y sometido a los continuos cambios que introducen los participantes”; el segundo “se basa en la existencia de marcos de referencia (*frames*) estables y repetitivos” (Sebastián de Erice, 1994, p. 22). Así pues, la originalidad del interaccionismo simbólico consistiría en el papel activo que reconoce en los actores sociales a la hora de redefinir las situaciones cotidianas, mientras el estructuralismo recalca la estabilidad y peso de los sistemas sociales, independientes de unos individuos que actúan condicionados por los mismos.

metodológicas, ciertos rasgos de su pensamiento o determinados posicionamientos respecto a los problemas abordados. La centralidad que ocupa en su obra la problemática urbana engarza directamente con esta escuela. La ciudad es, para este autor, el marco paradigmático donde se desarrolla la vida social moderna, marcada por la heterogeneidad y el cambio, y en el cual se conforma la identidad personal bajo el signo de la ambigüedad. Recurrir a la obra de Simmel o Wirth es fundamental para entender, precisamente, la visión que ofrece Sennett sobre la vida urbana, sobre las tensiones que la recorren, o sobre la influencia del capitalismo en la estructuración social de la ciudad. El interaccionismo simbólico, más adelante, propició una revalorización de los aspectos *micro* de la realidad social, subrayando la importancia de la interacción, y reconociendo en los propios individuos unos agentes capaces de actuar creativamente, de producir interpretaciones sobre la sociedad. La influencia de estas ideas, junto a la apuesta por un tipo de investigación apegado a la realidad empírica, será de gran calado -sin que ello implique que deba ser considerado un interaccionista simbólico-, como se irá constatando, en la conformación de la propuesta sennettiana, especialmente en la definición de una concepción antropológica que pueda actuar como hilo conductor de sus reflexiones y propuestas a lo largo del tiempo.

Junto a su adscripción a esta longeva tradición de pensamiento e investigación, hay que tener presente la influencia de otros autores, de índole diversa, como Tocqueville, Dilthey, Weber o Erikson para entender cómo ha ido tomando forma esa peculiar perspectiva sobre la problemática social de nuestro tiempo que es la que, a mi juicio, proporciona Sennett. La importancia que tiene cada uno de los autores o tendencias mencionados se hará patente conforme se vayan introduciendo en esta investigación los distintos aspectos a desarrollar del pensamiento de este autor.

1.1.2 Los intereses intelectuales, temáticas y campos de estudio abordados por Sennett

Tras haber llevado a cabo esta primera introducción de las influencias principales del autor, es momento ahora de hacer mención de las modalidades de la sociología en las que Sennett trabaja, fijando la atención en tres direcciones principales -el estudio de la ciudad, el de las organizaciones empresariales y el estudio de la cultura-, para seguidamente

presentar de manera somera cuáles son las temáticas que aborda a lo largo de su trayectoria investigadora.

Así, en primer lugar hay que resaltar su contribución al campo de la sociología urbana, como continuador, tal como se ha afirmado, de la tradición sociológica de Chicago, referente fundamental en este tipo de estudios. La sociología urbana se distingue por desarrollar un tratamiento marcadamente empírico de temas como los efectos de los procesos de urbanización sobre las relaciones sociales, el desarrollo de grupos marginados en la ciudad, comunidades locales, movimientos sociales urbanos o los efectos de las intervenciones públicas en la ciudad (Giner, et al., 1998, pp. 752-753). Según podrá constatar en la sección II, la problemática urbana ocupa un lugar clave entre las propuestas de Sennett.

Por otro lado destacan sus estudios, especialmente a partir de los años 90, vinculables al campo de la sociología de las organizaciones, y de manera más específica en la sociología de la empresa. Anteriormente se hablaba de sociología industrial para referirse a este tipo de estudios. Se entiende que esta disciplina se ocupa del estudio de las organizaciones industriales, fijándose de modo especial en las condiciones y organización del trabajo, y considerando a la empresa como un sistema social. De esta manera, se atiende a los distintos grupos de trabajo que la integran, así como de las relaciones entre la conducta laboral del individuo y los otros aspectos de su conducta social general (Giner, et al., 1998, p. 746). Así pues, desde esta perspectiva, el propio individuo sería uno de sus objetos principales de estudio, junto a los roles, grupos y las distintas capas o niveles que pueden encontrarse en una empresa (Giménez Ruiz, 1987, pp. 17-18). Algunos de los temas abordados serían, además, los procesos de industrialización, la división del trabajo, la relación entre tecnología y ocupación, la relación entre la organización de la empresa y sus recursos humanos, la cultura de la empresa, etc. En el caso de Sennett, el tratamiento de estos temas estará marcado por la necesidad de dar una respuesta a los procesos de transformación que están teniendo lugar en las formas de organización de las empresas, y cómo éstos afectan a los papeles que desempeñan sus distintos miembros y las relaciones entre ellos.

Finalmente, hay que hacer mención a sus aportaciones en un terreno tan amplio, en principio, como el del análisis cultural. Pues bien, su propósito en este campo es facilitar la aproximación entre dos maneras de

abordar el estudio de la cultura, cuya oposición había supuesto un freno para el avance en la comprensión de estos fenómenos. Así, por un lado, la sociología de la cultura había obtenido su reconocimiento como disciplina siguiendo una línea nítidamente durkhemiana, persiguiendo una explicación objetivista de los hechos sociales -en esta caso, objetos culturales-, sirviéndose de una metodología convencional - positivista y cuantitativa, especialmente en Estados Unidos-. Por otro lado, desde el campo de los estudios culturales se optó por el modelo post-estructuralista de la interpretación textual, que lleva a interpretar la vida social como si fuera un texto, con las limitaciones que tal perspectiva suele conllevar -como el oscurecimiento de los procesos sociales subyacentes-. La lejanía de ambas líneas provocaba que la cultura fuera tratada como un ámbito separado de la sociedad y de la economía.

Sennett se adhiere a los intentos que están produciéndose en los últimos años por enriquecer el análisis cultural a través de la interdisciplinariedad, que se apoyan en el llamado *giro cultural* -derivado del *giro lingüístico*-, que ha inducido a entender la cultura básicamente como un asunto de creación de significado, pero que ha abierto la puerta a resaltar la idea de la cultura como una práctica, abriendo de este modo el paso a una concepción performativa de aquella, que permite superar la visión estática de las realizaciones culturales. Desde esta perspectiva, la *práctica* se entendería como una manera de hacer las cosas, de actuar, de relacionarse con los otros, que supone la actualización de unas reglas que no determinan la propia práctica, puesto que dejan lugar a la inventiva, y además la comprensión de éstas solo es posible mediante su puesta en acción. Desde este punto de vista, pues, la cultura aparece como un ámbito siempre incompleto, en continua recreación por parte de los actores, y que no tiene porqué desvincularse de los procesos sociales y económicos, o de la influencia del poder (Calhoun y Sennett. 2007, pp. 1-11).

Tras haber presentado cuáles son las disciplinas o campos del pensamiento social en las que discurre la obra de Sennett, es preciso aclarar algo más sobre las temáticas principales que se ha esforzado en desarrollar. Así, como reconoce el propio autor son dos temas básicos los que han centrado sus estudios y reflexiones a lo largo del tiempo, y si bien pueda incidir más en uno o en otro en cada uno de sus diversos trabajos, lo cierto es que los entiende siempre vinculados entre sí, afectándose mutuamente. Se

trata del trabajo y el lugar, o más concretamente, cómo la gente trabaja y cómo forma su hogar, su espacio en el mundo (Sennett, 2009, p. 63). En torno a esos dos ejes fundamentales van tejiéndose un conjunto de asuntos que reflejan las preocupaciones del autor.

Respecto al lugar hay que señalar que lo concibe, fundamentalmente, vinculado a un espacio urbano. En ese sentido, pueden situarse sus reflexiones sobre diversas cuestiones relacionadas con el urbanismo -como configuración del espacio urbano-, su aproximación a una idea de espacio público inscrito en un modelo de ciudad, el estudio de la relación de los diversos grupos con el conjunto de la urbe, su análisis de diferentes vicisitudes históricas por las que han atravesado las ciudades y la vida urbana, o la problemática diferenciación entre lo público y lo privado.

En torno al trabajo, destaca su análisis de cómo afectan los distintos modelos organizacionales y de división del trabajo en la elaboración de la identidad personal y en las relaciones sociales: así si durante sus primeros años como investigador dominaba todavía en el mundo de la empresa el modelo piramidal clásico, en las últimas décadas su labor investigadora se ha visto impulsada por la necesidad de entender los efectos en la vida personal de los cambios que han ido produciéndose tanto a nivel organizativo general como en la estructura del mercado laboral.

1.1.3 La evolución del pensamiento de Sennett a través de sus publicaciones

Tras haber situado la obra de Sennett en el marco de la sociología, habiendo presentado sus influencias más destacables, así como sus principales intereses, esta introducción general puede completarse proponiendo una clasificación temporal de su obra, atendiendo a cómo van adquiriendo mayor o menor relevancia a lo largo del tiempo los distintos aspectos señalados, lo que servirá para presentar sus ensayos publicados.

No es fácil, sin embargo, clasificar su trayectoria intelectual en una serie de etapas claramente distinguibles, ya que, a mi juicio, destaca más la continuidad y la coherencia en su pensamiento que las rupturas o cambios radicales en su forma de entender la problemática social y personal. Pese a ello, sí que puede observarse una evolución en el autor, quien ha ido ganando en madurez y capacidad de penetración en las cuestiones abordadas, lo que permite constatar cómo va profundizando en

determinados conceptos, o añadiendo nuevos matices y perspectivas al tratamiento de los problemas que ocupan de modo recurrente sus reflexiones e investigaciones empíricas. En consecuencia, no se pretende llevar a cabo una clasificación estricta, sino más bien ofrecer una presentación ordenada de su obra, que refleje de qué manera ha ido abordando las distintas cuestiones a lo largo del tiempo, llamando la atención sobre las modificaciones que haya ido introduciendo en su concepción general de la sociedad y de la identidad personal, sin perder de vista la unidad que caracteriza su trayectoria intelectual.

Puede hacerse referencia, de esta manera a un período inicial (1969-1973), en el que publica sus primeros trabajos, en los que aparecen esbozados algunos de los temas y preocupaciones que caracterizan su pensamiento. Se trata de *Families Against the City* (1970), *Vida Urbana e identidad Personal* (1970), y *The Hidden Injuries of Class* (1972), escrita junto a Jonathan Cobb. En ellas se observa una centralidad de la problemática urbana, abordada desde la relación de los grupos sociales con la ciudad. Las dos primeras giran en torno al papel que juega la familia en esta relación, mientras la otra explora como se dibuja la conciencia de clase entre un conjunto de trabajadores.

El declive del hombre público (1977) supone un proyecto más ambicioso, en el que pretende explicar el proceso de formación y declive de un dominio público en la historia contemporánea. Durante esos años ahondó en las causas del decaimiento de la vida pública, destacando el auge del narcisismo. *La autoridad* (1980), sin embargo, supone en cierta medida un paréntesis en su trayectoria, pues ahí focaliza su estudio en las relaciones de autoridad, aunque no abandona sus preocupaciones habituales, sino que explora nuevas maneras de enfocarlas. En los años siguientes publicará un par de ensayos vinculables entre sí, ya que ambos presentan una historia de la evolución urbana, *La conciencia del ojo* (1991), y *Carne y Piedra* (1994).

A finales de los 90 se observa un giro en su trayectoria, que responde al propósito de dar razón de las causas y el alcance de los procesos de transformación que estaría experimentando el capitalismo a nivel global, especialmente a nivel de las organizaciones. *El respeto* (2003), *La corrosión del carácter* (1998), *La cultura del nuevo capitalismo* (2006), son ocasiones para abordar nuevos problemas, y para afinar sus principales ideas y preocupaciones, atendiendo a cómo los cambios institucionales afectan a las

relaciones sociales y los proyectos vitales de las personas.

Sus trabajos más recientes, *El Artesano* (2008) y *Juntos* (2012), le permiten seguir profundizando en algunos de los principales problemas que detecta en la sociedad actual, como el desgaste de las relaciones sociales provocado por el cambio institucional, desarrollando las virtualidades de nociones como la *artesanía* o la *cooperación* para reforzar los vínculos sociales y fomentar el desarrollo integral de la persona.

1.2 La sociología comprensiva. El problema de la interpretación. La hermenéutica.

Para valorar en su justa medida la labor de Sennett como sociólogo y entender la orientación metodológica que guía su tarea investigadora, es conveniente abordar aquí varias cuestiones vinculadas entre sí y que han sido objeto de controversia en el campo de las ciencias humanas en general, y en particular en la sociología, en tanto pretende ser una ciencia: esto es, a qué tipo de saber aspira, cuál debe ser su objeto principal de estudio, y en relación a ello, qué relación debe mantener con la realidad estudiada. Debido a que existen posicionamientos diversos, e incluso enfrentados, sobre estas cuestiones, es importante plantear la discusión en este momento, para definir con más precisión, a partir de ella, cuál es la posición del propio Sennett dentro de la amplitud de perspectivas a que da lugar la investigación social.

Ello lleva a distinguir entre aquellas sociologías que apuestan por la explicación de los hechos sociales, guiada por una orientación objetivista y que se encuentra frecuentemente bajo el influjo del modelo de las ciencias naturales, de aquellas que apuestan por una búsqueda de la comprensión de la acción humana, a través de la interpretación. Entre estas últimas, que serán las más importantes para el presente estudio, habrá que atender a la importancia de la hermenéutica.

1.2.1 La sociología comprensiva

Como punto de partida, puede observarse que es bastante común hablar de que de las obras respectivas de Durkheim y Weber parten dos maneras distintas de entender la sociología, la primera de orientación más estructural, mientras la segunda atendería a una perspectiva más subjetiva. Pese a que tomar tal distinción de manera estricta resultaría extremadamente

simplificador, sí que puede contener cierta parte de verdad, y atenderla puede ayudar a clasificar y entender las distintas tendencias que han ido apareciendo desde entonces en el pensamiento social (Flecha et al., 2001, pp. 60-61). Así, siguiendo a Flecha, Gómez y Puigvert (2001), puede decirse que aquellas escuelas que tienen en cuenta a los sujetos sociales toman como referencia las aportaciones de Weber, en especial su teoría de la acción. La definición básica de *acción*, desde esta perspectiva, sería la que la entiende como “una conducta humana a la que el sujeto o sujetos vinculan un sentido subjetivo” (2001, p. 61). El significado sería, pues, lo que distingue la conducta humana, mientras que de un modo más concreto la *acción social* añade que ese sentido, su orientación, aparece referido a la conducta de los demás. Desde estas premisas básicas, emerge la idea de una *sociología comprensiva*, que tiene por objeto principal hacerse cargo de la interpretación de la acción social. Para tal fin, se recurrirá principalmente a una metodología de tipo cualitativo.

El enfoque de una sociología entendida de tal modo radica en la capacidad del investigador para situarse imaginativamente en el lugar del otro, lo que debe permitir un incremento en la profundización psicológica en el estudio de los fenómenos sociales. Consecuentemente, se hace hincapié en el punto de vista del actor, distanciándose de aquellas formas de estudio que se ciñen al análisis de lo sistémico, o que pretenden minimizar el papel del individuo en aras de alguna forma de determinismo. La finalidad que debe guiar el trabajo de análisis social es, desde este punto de vista, la captación del sentido de la acción, de manera que los conceptos generales de que se sirve hagan referencia a la interacción humana y puedan ser comprensibles (Lucas Marín, 2004, pp. 131-134).

Wilson (1970) empleó el término *sociología interpretativa* para referirse a las distintas corrientes que se centran en los procesos intersubjetivos de definición de la situación, tratándose básicamente de sociologías de la vida cotidiana, puesto que se dirigen principalmente a micro-procesos de interpretación que desarrollan los agentes al articular los distintos marcos de interacción. Pero, la no aceptación de aquellas reglas que provengan de fuera del contexto en que son reconocidas y aplicadas, supone convertir al sociólogo en un mero jugador más dentro del juego social de las interpretaciones, como señala Habermas (Giner et al.,1998, pp. 747-748).

El recurso a la interpretación en la sociología ha sido fuente de

controversias, y durante mucho tiempo objeto de rechazo por las tendencias dominantes en el estudio social. La distinción entre los diversos enfoques surgidos en la teoría social habitualmente se ha efectuado en torno al posicionamiento particular respecto a la vinculación de la ciencia social con la metodología propia de las ciencias naturales y, en relación a ello, al valor que se concedía al uso de la interpretación.

Como exponen Giddens y Turner (2000), tras la segunda guerra mundial tendió a dominar una visión del proceder investigador heredera del empirismo lógico, que consideraba que no debían existir diferencias significativas, en especial por lo que se refiere al método, entre las ciencias naturales y sociales. Desde esta concepción se abogaba por la necesaria verificabilidad empírica de cualquier concepto o proposición empleado, por tratar de definir con nitidez lo que se considere científico, y por recurrir a modelos teóricos de tipo hipotético-deductivo. Desde esta perspectiva, no se dejaba lugar para la interpretación, aun cuando su objeto de estudio se encontrara cercano a los procesos interpretativos de la cultura y la comunicación. Así pues, era complicado que en este contexto fructificara la noción de *verstehen* -comprensión del significado-, siendo considerada más bien como un fenómeno psicológico que depende de una comprensión intuitiva, y por tanto poco fiable, de la conciencia de otras personas. Su empleo quedó reducido, en todo caso, a una mera función auxiliar, en tanto se aceptara que una comprensión empática del punto de vista de los demás pudiera ayudar a explicar las conductas humanas.

Posteriormente, debido en parte al impacto de la *nueva filosofía de la ciencia*, el predominio de la orientación empírico-lógica ha sido quebrado, dando lugar al florecimiento de una mayor diversidad de posturas. Así se pudo cuestionar la objetividad de unas observaciones pretendidamente naturales, o que una teoría sólo sea formulable en la forma de un sistema de leyes conectadas deductivamente, abriéndose la puerta así a la posibilidad de que la ciencia se considerara como una tarea interpretativa. Consecuentemente, aumentó el interés por las cuestiones relacionadas con la comunicación, la traducción o el significado, pudiéndose recuperar para la teoría social algunas de las tradiciones que se habían visto relegadas ante el peso del pensamiento positivista, como la fenomenología, la teoría crítica, el estructuralismo, la hermenéutica o el interaccionismo simbólico, además de crearse un clima adecuado para el surgimiento de nuevas propuestas, como

la etnometodología o la teoría de la praxis, aunque sin alcanzar el éxito logrado por el funcionalismo estructural, reconocida como la corriente de mayor influencia en sociología.

La brecha que separaba las corrientes que optan por metodologías naturalistas y las que privilegian la comprensión y la interpretación ya no es tan grande como en el pasado, ya que se ha revelado que tal distinción se efectuaba desde un planteamiento erróneo -considerar la *verstehen* como una mera cuestión “psicológica”-, y se ha ido reconociendo que juega un papel principal en todas aquellas cuestiones vinculadas a la interpretación del significado. De esta manera, los estudios han ido adquiriendo, en general, una mayor amplitud de miras (Giddens et al., 2000, pp. 10-13).

1.2.2 La hermenéutica

Se ha visto más arriba que son diversas las corrientes sociológicas que coinciden en destacar el papel de las interpretaciones que desarrollan los distintos agentes en las interacciones sociales, siendo común hablar de sociologías comprensivas o interpretativas. Se ha señalado también como estos posicionamientos metodológicos podían dar lugar a ciertas carencias o problemas, algunos de los cuales pueden ser abordados desde la profundización interpretativa que alienta la hermenéutica (Giner et al., 1998, p. 748). Y su importancia para esta investigación deriva de que, como defiende Smith (2007), la orientación metodológica y la propia concepción de la investigación social que defiende y desarrolla Sennett en sus trabajos es heredera en buena medida de la tradición hermenéutica. Pero, conviene llamar la atención sobre la amplitud de escuelas, autores, o disciplinas que se han servido del concepto de *hermenéutica*, por lo que se será adecuado distinguir aquellas versiones que ofrezcan una orientación crítica.

El uso de término “hermenéutica” aparece asociado principalmente a disciplinas como la teología, la filología, o la historia del arte, entendiéndose como la pretensión de captar el significado del mensaje escrito más allá de su mera literalidad. Se identifica con una forma de análisis que se distancia, por las características peculiares de su propio objeto de estudio, de la metodología propia de las ciencias naturales (Giner et al., 1998, p. 350). Weber introdujo en su sociología un método empleado por la hermenéutica para el análisis de textos, llamado *verstehen*, para la comprensión del sentido de la acción. Su utilización se explicaba por la singularidad de los

fenómenos sociales (Alvaro et al., 2007, pp. 40-41).

Dilthey postuló la diferenciación general entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, entendiendo que mientras las primeras explican los distintos fenómenos mediante relaciones de tipo causal, las segundas no pueden valerse de este tipo de explicación, puesto que se ocupan de objetos que son producto del comportamiento y la creatividad de los seres humanos, reclamando una comprensión del sentido de la acción. Así, la problematicidad de los saberes dirigidos a lo humano es que el objeto de conocimiento coincide con el sujeto. Esa comprensión de carácter hermenéutico sería factible gracias a que nuestras acciones están enraizadas en la vida y la experiencia común, de manera que se evitaría caer en un reduccionismo subjetivista, permitiéndonos reconstruir la experiencia de los demás. Desde esta perspectiva, *entender* consistiría en transponer y reexperienciar en uno mismo el mundo tal como se da en la vivencia de otros. Por otro lado, el significado de una acción es inseparable de la historicidad que la constituye, por lo que resulta engañoso abordarla como si tuviera un carácter intemporal (Giner et al., 1998, pp. 350-351). Así pues, puede decirse que Dilthey pretendía realizar un análisis de la vida desde una perspectiva hermenéutica, tomando como principio rector, precisamente, la idea de “entender la vida desde ella misma”, como creatividad productiva. Desde esta perspectiva, el espíritu humano, dejando atrás la visión limitada del sujeto cognoscente, es concebido como poder configurador, que se manifiesta a través de la creación de múltiples sentidos vitales. De esta manera, la comprensión diltheiana de lo vital humano implica, de modo natural, el desarrollo de una hermenéutica (Conill, 2006, pp. 88-89).

En la obra de Nietzsche puede encontrarse, siguiendo a Conill, una forma alternativa de abordar el pensamiento hermenéutico, que se distingue porque “incorpora las dimensiones biológica, pragmática y semiótica del sentido vital, e intenta llegar al fondo de la capacidad interpretadora de los individuos humanos” (2007, p. 95). Se trataría de una hermenéutica de carácter genealógico, pues pretende dilucidar el origen del pensamiento y la fuente de los valores, desde una perspectiva crítica en la que la duda metódica se ha transformado en sospecha (Conill, 2007, p. 96). A diferencia de otras propuestas hermenéuticas, como la gadameriana, que se basa en la universalidad del lenguaje, o la de Heidegger, de carácter ontológico, Nietzsche habría localizado en la corporeidad humana el hilo conductor de

su peculiar estilo hermenéutico, concebido como depositario de una fuerza pre-lógica y pre-conceptual generadora de formas y perspectivas diversas, puesto que consiste en una pluralidad dinámica y antagónica de fuerzas e impulsos, origen de nuestras valoraciones e interpretaciones, que aparecerían como síntomas de aquellos. Este pensador habría llevado a cabo, pues, una reivindicación de la metafóricidad originaria del lenguaje en relación a esa noción creativa de la corporeidad.

La hermenéutica nitzscheana invita a cuestionar las nociones dominantes del ser o la realidad, puesto que el reconocimiento del carácter fundamental de la actividad creativa e interpretativa humana, va de la mano de un rechazo a cualquier consideración de la realidad como un *en sí* separado e independiente del propio juego de las interpretaciones. Sin embargo, tal postura no implica caer en un relativismo desconcertante, ya que en último término convierte la interpretación de todo acontecer en una transvaloración, dirigiéndose a la experiencia primordial de la vida, que es agónica. De esta manera, encuentra un criterio para distinguir aquellas interpretaciones que responden a una afirmación de la vida, a un impulso de superación, de aquellas que responden a una voluntad débil, que busca una mera adaptación, o que rechazan la vida al situar su centro de gravedad más allá de ella misma (Conill, 2007, pp. 101-139).

Adoptar una perspectiva hermenéutica puede servir para corregir o dotar de un mayor calado a las aproximaciones a la acción humana que se dan en el amplio marco de las sociologías comprensivas o interpretativas. Así, la problemática posición que ocupa el investigador, en tanto que interprete racional de la vida cotidiana, que corre el riesgo de llegar a confundir su posición con la de un agente más, puede ser superada desde un uso adecuado de la hermenéutica. Siguiendo a Ricoeur, el investigador puede servirse en su trabajo de la comprensión y la explicación, como momentos relativos de un complejo proceso de interpretación (Giner et al., 1998, p. 748).

Ya en el siglo XX destacó la figura de Gadamer. Para este autor, entender no es simplemente un problema metodológico sino ontológico, y para lograr su adecuado cumplimiento hay que contar con dos factores: el carácter lingüístico de todo entendimiento, y su historicidad. La aproximación a la verdad es posible si se logra una adecuada fusión de ambos horizontes (Giner et al., 1998, p. 351). El acto humano de la

comprensión contiene, consecuentemente desde esta perspectiva, una naturaleza dialógica, entendiendo que la auto-conciencia se encuentra mediada por la conciencia de los otros. En definitiva, la defensa de la hermenéutica implica combatir el subjetivismo que dominó en la filosofía moderna (Smith, 2007, p. 200).

1.2.3 La influencia de la hermenéutica en Sennett

Habiendo planteado el problema de la metodología y el estatus que deba alcanzar la sociología de un modo general, y mostrado las respuestas básicas que existen respecto a esta cuestión, es momento ahora de clarificar, en este contexto, cuál es la perspectiva en la que cabe situar al propio Sennett.

Pues bien, en el apartado 1.1.1 se incidió en su filiación con la tradición de pensamiento que enraíza en el pragmatismo americano y se desarrolla en Chicago. Como se vio, esta tradición se distinguía por una vocación empirista, por incidir más en lo concreto o los aspectos *micro* de la realidad, fijándose incluso en el nivel individual, que por querer ajustar estrictamente los resultados de sus investigaciones a unos marcos teóricos generales. Los interaccionistas simbólicos reivindicaron el papel de los participantes como interpretes competentes de la realidad social de la que forman parte, postura que heredará Sennett. Aunque no sería exacto pensar que adopta los postulados característicos del interaccionismo simbólico de manera estricta, ya que se distancia en algunos aspectos importantes. Así, señala Llorens que el papel constructivo que concede al conflicto supondría un punto de enfrentamiento con esa escuela, que incidiría más bien en la tendencia hacia la cooperación que se da en la interacción (Llorens, 2001, pp. 15-16). Por otro lado, puede apreciarse que en la obra de Sennett se presta una mayor atención a los condicionantes socio-económicos de la vida social, familiar y personal, con lo que sería posible situar la interacción en un marco más amplio³.

Siguiendo a Frühwald, hay que destacar que la vinculación de Sennett con el pragmatismo se cumple, en buena medida, mediante la revitalización del concepto de *experiencia*, que permitiría hablar incluso de un *neo-*

³ Llorens limita el alcance de este aspecto en Sennett, si bien su análisis está dirigido a un libro concreto, *Vida Urbana e identidad personal*, donde ciertamente el papel de las estructuras socio-económicas aparece menos definido que en otros trabajos del autor.

pragmatismo, que en el caso del autor aquí estudiado se caracterizaría por propiciar la vinculación entre la actividad física de dar forma a las cosas y la relación social (Frühwald, 2009, pp. 40-41). Para Sennett la experiencia se ha de entender como una apertura a nuevas perspectivas o propuestas, en una búsqueda constante marcada por la curiosidad, que le lleva a no esquivar los problemas, sino más bien a dejar que éstos le inciten en su resistencia a explorar maneras de arrojar una nueva luz sobre ellos, alcanzando una comprensión más amplia de los mismos (Sennett, 2009b, p. 64).

De esta manera, Sennett evita de manera voluntaria el poder ser encuadrado en alguna escuela o corriente específica, cerrada, apostando en cambio por un modo de investigación interdisciplinar y un pensamiento ecléctico, que huye de dogmatismos y que trata de ir más allá de la separación artificial entre la sociología *científica* y la *humanista* (Calhoun y Sennett. 2007, p. 9; Sennett, 2009b, pp.63-64); si bien puede reconocerse que, la tradición de la que este autor, al menos parcialmente, continuador, se enmarca dentro de la tendencia general que se ha denominado sociología comprensiva. Lo que no implica, a mi entender, que su sociología quede anclada en el reino de lo subjetivo, o que se limite a discurrir por el terreno de lo *micro* o de la vida cotidiana, pues también se puede encontrar en ella una atención al plano estructural, tratando de dilucidar como la vida de las personas es afectada por ese nivel más abstracto de la sociedad. En este sentido, puede entenderse que estaría en consonancia con los intentos recientes de integrar los enfoques estructurales con el análisis microsocial (Álvaro et al., 2007, pp. 107-111). Así, destaca su habilidad para observar cómo los cambios a nivel institucional están afectando a la elaboración de las biografías personales, al tiempo que para hacernos ver cómo los individuos tratan de responder, sirviéndose de sus capacidades interpretativas, a esas situaciones.

En relación a ello, conviene traer a colación la importancia de las aportaciones del pensamiento y el método hermenéutico, en tanto proporciona una vía para alcanzar una comprensión más profunda de la acción social. Hay que resaltar que el propio autor, de manera explícita y decidida, trata en sus distintos trabajos de poner en valor la voz de los participantes, considerándolos como interpretes capaces de sus propias experiencias (Sennett, 2009b, p. 67). Este posicionamiento, clave en la perspectiva desde la que escribe Sennett, permite adentrarse algo más en la

cuestión de la interpretación a través de la tradición hermenéutica, que nutre de manera destacable el trabajo de este autor.

Según ha observado Smith, Sennett hace suyo un principio de la antropología filosófica y de la hermenéutica: que los seres humanos son animales que se autointerpretan (2007, p. 199). Esta concepción de lo humano, como se podrá comprobar, recorre toda la obra de Sennett, proporcionando un hilo conductor que aporta coherencia y continuidad a sus diferentes trabajos, y que toma forma más específica mediante su defensa de una concepción expresiva del sujeto, que le permitirá desplegar ciertas potencialidades inherentes a la hermenéutica (Smith, 2007, p. 201).

El propio Sennett se reconoce deudor de la concepción de la ciencia social que aportó Dilthey, adoptando como guía de sus investigaciones la búsqueda de la comprensión *-verstehen-* de los fenómenos estudiados, lo que es factible en tanto éstos son protagonizados por seres capaces de desarrollar interpretaciones de los mismos (Sennett, 2009b, p. 67). Adoptar esta perspectiva supone transitar una vía de conocimiento distinta de la que defienden aquellas sociologías que toman como modelo el proceder de las ciencias naturales. Así, si estas pretenden restringir el conocimiento social a conceptos o proposiciones que puedan ser verificables o falsables, el camino elegido por Sennett, que parte de Dilthey o Nietzsche, es el de la búsqueda de una comprensión empática de aquel que es diferente a uno mismo, llegando a entender qué es lo que le hace diferente, lo que puede proporcionar una forma peculiar de conocimiento objetivo, no enclaustrable bajo las nociones empiricistas de *verdadero* o *falso* (Del Olmo, 2009). Se trata de una forma de conocimiento que, como se podrá constatar seguidamente, se aviene con una forma narrativa de exposición.

Sin embargo, ceñirse al propósito de alcanzar una comprensión más amplia de los fenómenos estudiados -condicionados por un contexto social e histórico específico-, animado desde una óptica pragmatista, puede conllevar una limitación de la propia investigación, sobre todo si se atiende a la dimensión moral de la experiencia humana, ya que puede legitimar alguna forma de relativismo. Por ello, es necesario reforzar críticamente la mirada hermenéutica integrando la orientación universalista -incondicionada- que constituye la racionalidad humana, sin que ello implique olvidar su anclaje experiencial (Conill, 2006, pp. 271ss.). Por ello, en esta tesis se defenderá la pertinencia de una *hermenéutica crítica*, tal como se ha desarrollado por

autores como Conill o Cortina, en la medida en que permite integrar el saber que incorpora la experiencia vital concreta con una ineludible aspiración universalista⁴.

1.3.La escritura artesanal

Este apartado tiene por objeto profundizar en la metodología de que se sirve Sennett a la hora de realizar sus investigaciones y de redactar sus ensayos, para darlas a conocer al público. Como se verá, algo que distingue a Sennett de otros investigadores es precisamente la importancia que concede a la escritura, que entiende a partir de su concepción de la artesanía. Aunque la escritura no es una habilidad separable del conjunto de la actividad investigadora, ya que para Sennett el momento de la investigación empírica directa, el de la reflexión y el de la transmisión de los conocimientos están integrados dentro de un proceso unitario. Por otro lado, la elección metodológica se justifica a partir de la concepción del ser humano que defiende el autor.

1.3.1 Metodología básica de Sennett. La entrevista

De manera general, cabe identificar a Sennett con la sociología comprensiva, es decir, aquella pretende interpretar la acción social, y que metodológicamente apuesta por lo cualitativo frente a lo cuantitativo. Más concretamente, según reconoce el propio autor, se sirve de una metodología heredera de la tradición etnográfica propia de la sociología británica, encontrándose siempre próximo a la antropología social, y tiene su inspiración primera en Dilthey (Sennett, 2006b, p.1). También recibe influencias del psicoanálisis, especialmente de Eriksson (Del Olmo, 2009).

Así pues, se puede constatar cómo Sennett se sirve de la metodología que acostumbra a utilizarse en estas escuelas. Así, mientras las corrientes *objetivistas* suelen inclinarse por metodologías cuantitativas, las *subjetivistas* prefieren las cualitativas, pues pretenden recoger las voces de los sujetos investigados, ya que parten de una concepción de la sociedad construida por las acciones de las personas (Flecha et al., 2001, pp. 60-61). Se prioriza la comprensión de la acción sobre la explicación causal, tratando de dilucidar el significado que los actores dan a sus conductas (Álvaro, 1995, pp. 99 y

⁴ Ver Capítulo 10, apartado 10.1.2

104-105). En el caso concreto de Sennett, como se podrá apreciar con más detalle, destaca su uso de la entrevista. Lo que no implica que no pueda recurrir, según las necesidades específicas de cada investigación, a otro tipo de recursos⁵.

Los dos temas principales que han guiado, desde sus comienzos, la investigación social de Sennett, cómo se ha visto más arriba, son *el trabajo* - cómo trabaja la gente- y *el lugar* -dónde vive la gente-, explorando las interconexiones existentes entre los dos ámbitos (2006b, p. 1). Su vía prioritaria para abordar estas cuestiones es la conversación directa o entrevista, cara a cara, con los actores individuales de esos fenómenos. Cuando se trata de investigar algún fenómeno histórico, siendo imposible ya el contacto personal, se decanta por usar aquellos documentos históricos que presenten un testimonio personal (2009b, p. 63).

Sennett muestra un especial interés en hacer patente a sus lectores el intento que realizan los seres humanos por dar sentido a sus circunstancias. Consecuentemente, se podrá constatar cómo se preocupa por ir recopilando un material de primera mano compuesto por historias personales, recogiendo la voz de sus propios protagonistas, aderezado con documentos variados, pero priorizando aquellos que representan un testimonio personal de los hechos (Pfeilstetter, 2010, p. 7).

Existen maneras diversas de plantear el trabajo etnográfico en general, y la realización de las entrevistas en particular. En la forma en que Sennett desarrolla las mismas puede reconocerse el modelo conocido como *entrevista abierta*, del que, siguiendo a Lucas Marín, se va a presentar sus características fundamentales. La entrevista es una de las técnicas características del estudio de casos junto a la observación o la documentación. Cuando se recurre a este tipo de metodología es porque se pretende evitar la creación de situaciones experimentales mediante el control de determinadas variables -es decir, el método típico de las ciencias naturales-, pero también el campo o lugar donde suceden los fenómenos sociales estudiados, para fijarse en el estudio de unos pocos casos, aun aceptando que no sean representativos de la totalidad. Se pretende dejar de lado la especulación sociológica tomando como punto de partida, en su lugar, los hechos empíricos, para desde esa base ir pasando a un estudio

⁵Ver al respecto el Capítulo 4, apartado 4.2.1

sistemático de hipótesis y teorías (Lucas Marín, 2004, p. 395). En concreto, la entrevista abierta o en profundidad es una técnica consistente en

[...] una entrevista personal en la que el entrevistador procura no manipular ni dirigir las respuestas del entrevistado. Esto se logra a través de un ambiente de confianza basado fundamentalmente en la actitud del entrevistador, que procura manifestarla a través de una congruencia o genuinidad del yo, un interés positivo e incondicional y una comprensión simpática (Lucas Marín, 2004, p. 407).

Para posibilitar el surgimiento de las condiciones deseadas, el entrevistador deberá tratar de no implicarse en el tema en cuestión, evitando las valoraciones o la expresión de sus propias opiniones, minimizando las preguntas, y sobre todo, habrá de evitar el dirigir el rumbo que siga la conversación. Su papel, pues, ha de ser más bien el de facilitador, mostrando su interés para que la entrevista pueda ser fluida, actuando como un espejo del entrevistado -reflejando y relanzando determinados aspectos-, interpretando los sentimientos del entrevistado. De esta manera, generando un ambiente de empatía, se puede llegar a conocer cuáles son sus motivaciones profundas (Lucas Marín, 2004, pp. 407-409). Sennett, por su parte, reconoce no seguir un cuestionario rígido, entendiendo que es mejor dejar que las preguntas vayan siendo determinadas por la forma que adquiere cada entrevista en particular (Cobb y Sennett, 1972, p. 41).

Llevar a cabo una entrevista no es un procedimiento que se ajuste a un ideal cientificista de neutralidad, ya que supone una forma de interacción entre dos sujetos, y como toda forma de relación humana presenta sus propios problemas, que pueden ser de entendimiento mutuo o debido a la existencia de recelos por parte del entrevistado. Así, si éste pertenece a una clase social inferior o tiene un nivel educativo más bajo, puede sentirse juzgado por un investigador más educado y mejor posicionado socialmente. Este tipo de dificultades muestran que el entrevistador es una parte activa del proceso de investigación (Cobb y Sennett, 1972, pp. 38-39).

Otra forma de entrevista, a la que Sennett recurre en alguna ocasión, es la entrevista de grupo (Cobb y Sennett, 1972, pp. 40-41). Puede servir de complemento a la entrevista individual, y su interés principal radica en que las personas, ante un mismo tema, suelen reaccionar de manera distinta cuando están en grupo a como lo hacen aisladamente. Presentan el inconveniente, por otro lado, de no permitir la profundidad de la entrevista individual, pero sirve para comprobar si las hipótesis derivadas de los

encuentros personalizados pueden lograr un alcance supraindividual. También en este caso el investigador ha de evitar la directividad, si bien se requiere que adquiera un papel más activo, principalmente como facilitador (Lucas Marín, 2004, pp. 409-410).

Dado que el interés de Sennett consiste en captar la posible coherencia o las ambigüedades que recorren la trayectoria vital de las personas, es necesario compartir muchas horas con el entrevistado, facilitando que este se encuentre cómodo para expresar sus sentimientos, inquietudes, frustraciones, etc., para poder reflexionar abiertamente sobre su propia vida. En este sentido, la preparación de la entrevista no puede plantearse partiendo de un cuestionario cerrado, sino que debe fluir abiertamente, y el entrevistador ha de ir adquiriendo la habilidad de hacer las preguntas o intervenciones necesarias en el momento adecuado, para permitir que el relato del entrevistado siga fluyendo vivamente. Consecuentemente, su trabajo etnográfico se centra en el estudio de un número limitado de sujetos -normalmente entre 30 y 50-, de los que trata de obtener un conocimiento lo más completo posible, tanto de sus circunstancias como sobre todo de las interpretaciones que van formando sobre las mismas, suponiendo que esos casos individuales son representativos de una población más amplia, compuesta por individuos situados en una situación social similar.

Como complemento a las entrevistas ha recurrido también a la técnica del *observador participante* -metodología de uso recurrente en el interaccionismo simbólico-, para aproximarse al acontecer cotidiano de la vida social en distintos escenarios (Cobb y Sennett, 1972, p. 40). En la investigación social, en general, el uso de esta técnica responde a una pretensión de aprehender las conductas espontáneas y las culturas de los grupos sociales (Giner et al., 1998, p. 539). La justificación primera para su empleo sería el presupuesto según el cual no es aconsejable la aplicación de los principios metodológicos propios de las ciencias naturales para el estudio de la vida social. Para poder comprender las ideas y sentimientos que explican el modo de proceder de las personas, es necesario que el investigador participe de sus experiencias y acciones. Ha de saber combinar creativamente su rol de participante con el de observador, pues mientras el primero le otorga un mejor acceso a las interpretaciones subjetivas que desarrollan los participantes, el segundo le permite acceder a la objetividad que requiere cualquier investigación. En cualquier caso, se entiende que la

mejor manera de experimentar un contexto determinado y entender lo que en él sucede, es vivir en primera persona y junto a los protagonistas, su rutina diaria.

Esa manera de investigar, que Sennett ha empleado desde sus primeros trabajos, se muestra propicia al cultivo de la forma narrativa. Para facilitarla, puede apreciarse cómo este autor suele realizar una selección de los casos individuales estudiados, optando por desarrollar en sus libros unas pocas historias vitales, aquellas que se muestran como más representativas respecto al tema estudiado, propiciando de este modo una mayor conexión con el lector⁶.

Como se ha afirmado, uno de los propósitos que guían su labor investigadora es hacer participar a los actores como agentes capaces de ofrecer interpretaciones con sentido de sus circunstancias personales. Pero ello no quiere decir que su tarea se limite a dar voz a una serie de personas, ya que a continuación su trabajo como investigador consistirá en relacionar esas circunstancias personales con otras similares, ofreciendo un marco más amplio, al tiempo que se da cabida a una gama interpretativa más compleja. Pues bien, ese material etnográfico le servirá como punto de partida para sus propias reflexiones que, recurriendo a conceptos, ideas o categorías tomadas del pensamiento social, le permitirá construir una interpretación propia y original, con la que pretende atravesar la superficie de la experiencia cotidiana para dar con un sentido más profundo, normalmente oculto y ambiguo.

En definitiva, lo que Sennett pretende es establecer un vínculo consistente entre la aproximación a la experiencia concreta de la gente y los análisis propios de una teoría social atenta a las transformaciones que tienen lugar en el conjunto de la sociedad. La dinámica y los efectos del cambio social pueden apreciarse mejor, desde esta perspectiva, atendiendo a los testimonios individuales de quienes se ven directamente afectados por ellos, que no recurriendo a categorías más amplias o movimientos generales (Frühwald, 2009, pp. 41-43).

No obstante, conviene advertir que la metodología predominante varía en sus diferentes trabajos, dependiendo del objetivo que persigan o la

⁶ Cabe mencionar como ejemplos *Hidden Injuries of Class* o *La corrosión del carácter*. Además de sus ensayos y artículos, Sennett ha publicado un par de obras de ficción, en las que continúa sus reflexiones sobre la problemática social (Del Olmo, 2009).

temática concreta que aborden. Por otro lado, en sus libros recurre, además de los indicados arriba, a una serie variada de recursos teóricos y documentales: así, trabajos historiográficos, escritos sobre urbanismo o arquitectura, textos literarios, etc. Introduce también en ocasiones hipótesis o planteamientos que surgen principalmente del campo sociológico -aunque también de otros-, que se puedan vincular al tema de que se trate, y que, dependiendo del caso, pueden servir como apoyo para sus reflexiones, o bien para discutirlos.

1.3.2 La concepción artesanal de la escritura

Tras haber introducido la metodología general empleada por Sennett en sus investigaciones, conviene ahora detenerse en su manera de concebir el proceso por el cual se transmiten los conocimientos y conclusiones obtenidos durante la investigación, por el que se entra en contacto con el público, integrando creativamente ambos procesos. Así, se trata ahora de especificar cómo se constituye su forma narrativa particular. Pues bien, la realización de su labor como escritor la entiende a partir de su concepción general de la artesanía, de manera que la escritura se afronta, integradamente en la labor investigadora, como un oficio que debe perfeccionarse en el tiempo, con el fin de que la narración presentada sea comprensible para el lector.

La comprensión de la tarea de la investigación y la divulgación del saber referente a cuestiones sociales entendido como un oficio con cualidades de tipo artesanal se nutre de las aportaciones diversas. Algunas de estas ideas aparecen ya enunciadas por Mills, sociólogo cuya influencia se deja notar en Sennett. Mills concebía la ciencia social como la práctica de un oficio, de manera que el investigador debía esforzarse por desarrollar los hábitos de un buen artesano. Para ello, debía evitar el quedar constreñido por una atención excesiva a las cuestiones de método y técnica, siendo presa de un procedimentalismo rígido. En cambio, había de favorecer el desarrollo de lo que denominaba la *imaginación sociológica*, consistente en “la capacidad de pasar de una perspectiva a otra y en el proceso de formar una opinión adecuada de la sociedad total y de sus componentes” (Mills, 2009, p. 10). Su desarrollo óptimo puede dar lugar, por ejemplo, a una combinación de ideas inesperada, que permita dar un nuevo impulso la investigación.

Mills entendía que el trabajo intelectual y vida personal del

investigador debían formar una unidad, ya que el perfeccionamiento del oficio a través del trabajo sirve también para formar el carácter⁷. Finalmente, recordar que este autor denunció el predominio en las ciencias sociales de una tendencia a emplear un lenguaje opaco, explicable, a su juicio, por un deseo erróneamente dirigido de obtener prestigio académico que llevaba a sacrificar la claridad expositiva, dando lugar a la producción de textos ininteligibles (Mills, 2009, p. 10). Como se podrá comprobar, la concepción defendida por Sennett se encuentra en la línea de la propuesta de Mills.

Sennett se reclama continuador de la escuela de pensamiento del pragmatismo americano, cuyos preceptos conforman su manera de encarar la tarea escritorial. Esta escuela se caracteriza por la prioridad que concede a la experiencia vivida, tratando de obtener el conocimiento a partir de los actos de la vida cotidiana -más que a la mera resolución de problemas prácticos-. En este sentido Sennett hace suyo el término alemán *Erlebnis*, entendiéndolo que significa apertura a nuevas experiencias valorando la sorpresa y la curiosidad, enfatizando la apertura y la improvisación en la comprensión de los problemas, no tratándose de una práctica de tipo estratégico. La dificultad de este enfoque radica, como reconoce Sennett, en que el rigor del pensamiento queda amenazado.

Afrontando esa dificultad, Sennett propone desarrollar una práctica del análisis social y cultural como una forma de literatura, que permita aproximarse al sentido de la experiencia vivida (2009b, p. 64). Esta reivindicación trata de enraizarla en la obra de los primeros analistas de la vida social moderna, como Montaigne, De las Casas, o Tocqueville, quienes debían de esforzarse en comprender y hacer comprensible unas realidades nuevas, de carácter dinámico, que no podían apesarse con las categorías propias de la sociedad tradicional. Lo que destaca Sennett en estos pioneros del pensamiento moderno es su compromiso con el lector, al que se dirigen como un igual, gracias al uso de sus poderes expresivos, despertando en él la conciencia de la problematicidad del ámbito de conocimiento al que se le estaba introduciendo. De este modo, se propiciaba la creación de un dominio público -*public realm*- como un reino de inteligencia colectiva.

Según Sennett, la situación que ofrece hoy en día el saber, al menos en las ciencias sociales, parece alejada de ese propósito. El conocimiento, tal

⁷ Se trata de una idea que recuerda a la visión que desarrollará Sennett sobre la artesanía. Ver capítulo 9.

como se elabora, transmite y discute en el ámbito académico, está muy lejos de propiciar la formación de un espacio en el que un público no especialista pueda formar parte. La burocratización del conocimiento académico, la especialización creciente o la reivindicación de la libertad académica, dan lugar a un aislamiento del trabajo que llevan a cabo los científicos sociales respecto al público en general. Cuando se pretende hacer llegar ese conocimiento a la sociedad, lo que se le ofrece es una versión simplificada, dificultando que el lector pueda implicarse en profundidad con los problemas tratados, ya que solo llega a tratar con la superficie del conocimiento, impidiendo que el lector pudiera llegar a convertirse en un participante crítico del pensamiento del autor.

Uno de los motivos de esta desconexión radica en que el momento de presentación de los resultados suele separarse del proceso de investigación y de reflexión, como un paso posterior, que solo puede llevarse a cabo una vez se ha completado el análisis de los datos y la síntesis correspondiente. Sennett entiende que los diversos momentos del proceso investigador debieran estar más integrados, de manera que la acción misma del escribir sirviera como un taller activo de pensamiento, una tarea que impulsa por sí misma la reflexión (2009b, pp. 65-66). Como se verá, la concepción que Sennett desarrolla de la artesanía implica ya un compromiso en el proceso mismo de producir cosas, lo que facilita, llevado por la curiosidad, la comprensión del mismo, y permite abordar más fácilmente las implicaciones de su trabajo en el mundo (2009a, pp. 17-23).

Es este sentido en el que Sennett realiza su defensa de una concepción artesanal de la escritura, como algo que forma parte integrante y fundamental del trabajo del científico social, y como una habilidad que requiere ser entrenada, trabajada y desarrollada. Por ello, considera la escritura como un oficio, cuyo ejercicio no supone una esfera autónoma del resto de ocupaciones vitales, sino que al contrario, debe estar íntimamente ligado al desarrollo personal. Entiende este autor que para desarrollar la habilidad artesanal *-craft-* propia de la escritura, un autor, sea de ficción o no, debe hacer frente a varios desafíos, que aparecen como integrantes fundamentales de la misma: voz, narrativa, estimulación y generalización.

-voz: se debe dar voz a los protagonistas, los actores reales de aquello que se está relatando, otorgándoles una voz interpretativa sobre su situación, ya que son seres que tratan de dar sentido a sus circunstancias. No hay que

utilizar los testimonios personales simplemente como ejemplos ilustrativos de una determinada categoría social, ya que de esta manera se les arrebataría la vida que realmente poseen, y se menoscabaría esa capacidad interpretativa que les es propia. Sennett entiende que los seres humanos son intérpretes competentes de sus vidas, por lo que el científico social no debe sustituir esas interpretaciones genuinas a favor de la suya. Sin embargo, para Sennett la empatía es insuficiente por sí misma, siendo además necesaria una actitud más activa por parte del investigador, quien introducirá su propia interpretación, ofreciendo al lector la posibilidad de perspectivas distintas (2009b, pp. 66-67). Como se ha visto más arriba, Sennett reconoce que el método que utiliza se basa en una tradición heterogénea, de la que formarían parte Dilthey y Nietzsche entre otros, quienes compartirían un interés en la comprensión, destacando la centralidad del concepto de *verstehen*. Se trataría, en general, de un tipo de investigación que pretende aproximarse a la comprensión de lo que hace o piensa un ser humano diferente, generando una forma peculiar de conocimiento objetivo. Para ello, se requiere de un esfuerzo de reconocimiento y empatía, en un intento de imaginar una vida diferente a la propia. Se trata de hacer comprensible esa experiencia diferente en su concreción y peculiaridad (Del Olmo, 2009).

-*narrativa*: en una obra de ficción el novelista tiene control de los acontecimientos que van sucediéndose, y su narración va desarrollándose hacia delante, buscando el final, en el que encontrará su sentido completo. Las vidas reales de las personas, en cambio, parecen carecer de unidad, ofreciendo una imagen fragmentaria que dificulta el encaje de las diversas piezas que la forman. Sin embargo, sostiene Sennett, el investigador social no ha de limitarse a dar fe testimonial del desorden experiencial, sino que ha de tratar de imponer una forma narrativa al conjunto. No se trataría solo de facilitar la lectura, sino que tal intervención se justificaría a partir de las propias capacidades interpretativas que atribuye a los seres humanos. Estos tratan de entender las historias en términos de causas y efectos, intentan otorgar un sentido a cada acción en relación a las consecuencias que se deriven. Para ello, resalta la importancia del pensamiento estratégico en la vida cotidiana, que permite imaginar diversos escenarios hipotéticos, más allá de lo que efectivamente acontece (Sennett, 2009b, pp. 68-69). Esa tarea ordenadora del autor se hace más evidente cuando, en los últimos años, se afronta el estudio del Nuevo Capitalismo y sus efectos sobre la vida personal.

Los individuos se encuentran con serias dificultades para encontrar un hilo que permita conectar los sucesos pasados con el presente y la proyección del porvenir. Sus discursos reflejarían una separación entre el yo y las circunstancias, que conlleva la reclusión en la subjetividad. Precisamente, el método de estudio propuesto por Sennett sería una vía para superar esa escisión (2006b, p. 5). El capitalismo flexible propicia una nueva forma narrativa, caracterizada por los vacíos y las desconexiones, por lo que el autor habrá de esforzarse por unir y rellenar ese material disperso que recoge en el trabajo etnográfico (2009b, p. 68). En definitiva, la imposición por parte del autor de una forma narrativa sobre una amalgama de hechos aparentemente inconexos sería imprescindible si se quiere alcanzar una comprensión social más allá de las apariencias que ofrecen los hechos aislados.

- *estimulación*: para atraer la atención del lector sobre los asuntos que el autor considera relevantes, según Sennett, debe evitarse el efectismo, buscando un interés más sostenido y profundo sobre lo que es verdaderamente importante. La curiosidad hacia los temas tratados puede fomentarse sirviéndose de la experiencia psicológica de la *disonancia cognitiva*, esto es, llamando la atención sobre las contradicciones o aspectos conflictivos, ya que incitarán al lector a implicarse en la problemática. O bien partiendo del *conocimiento tácito* irá introduciendo elementos disonantes o provocadores para ir despertando la conciencia del lector (2009b, pp. 69-71).

- *generalización*: basándose en las ideas pragmatistas, Sennett pretende demostrar que cabe obtener un tipo de conocimiento generalizable a partir del estudio de las experiencias personales, relacionándolas entre sí en un proceso dinámico, abierto e inconcluso, donde caben siempre nuevas interpretaciones. Peirce entendía que las categorías son constructos mentales formados mediante una *inducción radical*, un salto que parte de la experiencia concreta y que pasa a otras experiencias no vividas mediante el uso de *símbolos*. Así cabría diferenciar entre la mera *generalización* y la *simbolización*, ya que mientras la primera termina en una mera aseveración de conclusiones fijadas, la segunda se va produciendo a través de un proceso que permite ir relatando conjuntamente las diversas experiencias (Sennett, 2009b, pp. 71-72). Como ya se ha visto, la metodología empleada por Sennett para cumplir con tal propósito consiste en efectuar, en primer lugar, un trabajo etnográfico limitado, consistente en entrevistar a entre 30 y

50 personas haciendo hincapié en aquel rasgo que compartan entre sí, y que es el objeto del estudio en particular. El investigador ha de tratar de conjugar las diversas interpretaciones que le ofrecen los sujetos, de manera que adquieran una nueva vitalidad al contrastarlas entre sí.

En resumen, el escritor debe guiarse por una aspiración artesanal, esforzándose por evolucionar su técnica a través de los descubrimientos y errores, desarrollando sus poderes expresivos en pugna con el lenguaje para lograr una mayor inteligibilidad, durante un proceso que es de aprendizaje permanente y nunca definitivo⁸. Esta idea de artesanía incorpora valores como el compromiso o la apertura experiencial, que serán fundamentales en la concepción humana y social que irá desplegándose en esta tesis a partir de las propuestas de Sennett.

1.3.3.La originalidad de la obra de Richard Sennett

Este primer capítulo ha servido como introducción general al pensamiento y la trayectoria como investigador de Sennett. Para ello, se ha llevado a cabo una contextualización de su obra en el pensamiento sociológico general, guiado por una pretensión aproximativa, no rígida, de vincular su obra con determinadas corrientes, escuelas o planteamientos sociológicos en la medida en que representan una influencia o un sustento para las ideas de Sennett. Pero ello sin olvidar que no se trata de encasillar la postura de este autor, puesto que su propia manera de afrontar la práctica investigadora le lleva a transitar por distintas perspectivas, ideas y planteamientos, tratando de superar las distancias que a se establecen a menudo entre ellas. Además, uno de los objetivos que tratará de cumplirse con el desarrollo de este trabajo es precisamente demostrar la originalidad del pensamiento del autor, por lo que se tratará de ir haciendo patentes los rasgos distintivos del mismo, a subrayar lo que de innovador pueda haber en sus planteamientos, esperando descubrir nuevas vías para el análisis y la transformación social, recuperando al individuo como un sujeto activo en la interpretación y la configuración de la realidad.

⁸ Algunos de los escritores contemporáneos de referencia para Sennett, en tanto ejemplificarían esa vocación artesanal, son Foucault, Barthes, Benjamín o Certeau (Sennett,2009 b, p. 72). Ya se ha señalado que los autores clásicos que se presentan como un ejemplo a seguir, podrían ser Montaigne, Bartolomé de las Casas, Tocqueville, o Adam Smith, en tanto afrontan las dificultades propias que tiene el tratar de dar forma y coherencia a territorios inexplorados, y de una forma que lejos de caer un aire de superioridad tan común en el presenta, se dirigen a los lectores como a iguales.

La comprensión del ser humano que subyace a los diversos planteamientos y propuestas del autor, que le lleva a describirlo como alguien capacitado para intervenir creativamente en la realidad en la que vive y en la formación de su propia identidad, es reconocible en las elecciones metodológicas que realiza. Así, se ha constatado que participa de una concepción de la investigación social que, mediante la actualización del concepto diltheiano de *verstehen*, pretende poner en primer plano las capacidades interpretativas de los seres humanos, que se cumplen en unos modos de acción e interacción que, desde esta perspectiva, no serían reducibles a una mera objetivización. La riqueza y complejidad que surge de esas capacidades inherentes a los seres humanos desborda los límites de una ciencia que pretendiera tratar las relaciones sociales como hechos que simplemente se pueden medir y clasificar, siendo necesario abrir un amplio espacio a la comprensión de una acción que es también, en sí misma, creadora de significado.

La defensa de una perspectiva semejante implica, por otro lado, situar al investigador en una posición especial: no puede pretender ser un mero observador de lo que acontece, que toma nota y describe desde su posición imparcial, ya que si quiere obtener un conocimiento más profundo de aquello que está estudiando, necesita de alguna manera entrar en relación con los participantes, interactuar con ellos. Solo de esta manera puede llegar a conocer cuáles son sus motivaciones profundas, que es lo que no dicen o no son capaces de expresar de una manera ordenada, cuáles son las ambigüedades y contradicciones que recorren sus biografías, etc. En definitiva, si lo que se pretende es tejer un relato de las vidas de los actores sociales, el investigador ha de jugar un papel activo, ha de introducir sus propios conocimientos y experiencia para situar cada historia de vida en un marco más amplio, y para tejer una narrativa que aporte al lector la posibilidad de participar de un universo interpretativo complejo, multidimensional y abierto. La dificultad de tal tarea, entiende Sennett, requiere de una dedicación constante por parte del investigador social, que lleva a afrontarla como un oficio, como una labor artesanal que busca su perfeccionamiento afrontando los retos que le va presentando la misma, adquiriendo poco a poco una comprensión más íntima del propio oficio con el que está comprometido.

Se han mostrado ya algunas de las influencias directas de las que se nutre

su pensamiento, si bien las distintas vinculaciones se establecerán de manera más específica según vayan analizándose los diferentes temas que se abordarán en este trabajo. De entrada, sin embargo, ha resultado útil situar a Sennett en relación a la línea de investigación desarrollada durante décadas en torno al departamento de sociología de la Universidad de Chicago, no tanto porque haya de considerársele un miembro o un producto más de una determinada escuela, sino para conocer cuáles son las raíces de su propio modo de pensar e investigar, para poder situar los problemas que han ocupado el trabajo de Sennett a lo largo del tiempo. Así, por ejemplo, resulta más fácil entender la recurrencia en su obra de la problemática urbana, sus intentos por comprender cómo la vida social y personal se ven afectados por desarrollarse en un contexto urbano. Pero conviene insistir en que sacar a la luz las influencias, las problemáticas de las que Sennett participa, no significa encasillar su trabajo, puesto que el objetivo principal de esta tesis es precisamente ir dibujando un perfil original de su propio pensamiento y obra escrita. Por ello hay que recalcar que el propio Sennett concibe la labor investigadora de una manera abierta y fluida, siempre dispuesto a beber de fuentes variadas, así como a dejar su propia huella en las distintas propuestas que ha ido presentando.

El desarrollo de este capítulo inicial ha servido, asimismo, para presentar grosso modo cuáles son las principales temáticas que ocupan sus reflexiones. Así, una parte importante de sus análisis gira en torno a la problemática urbana, entendiendo que *la ciudad* es el marco propio de la vida social moderna. El otro gran centro de atención de sus investigaciones es *el trabajo*, en torno al cual se elabora la identidad personal y social del individuo. Su análisis, en este terreno, se mueve entre lo institucional y lo individual, tratando de esclarecer de qué maneras los principios organizativos a los que obedece el funcionamiento de una institución, o incluso, de la sociedad en su conjunto, conforman las biografías personales, y de qué formas los individuos tratan de dar sentido a esas circunstancias modeladas institucionalmente. Su preocupación por el trabajo y por la actividad humana le ha llevado a desarrollar una concepción artesanal del mismo, que cabe vincular a su comprensión de la cultura como práctica, que ha conformado tomando como referencia su herencia pragmatista.

Estas temáticas irán profundizándose a lo largo de los siguientes capítulos, aunque caba advertir ya que más que atenderlas aisladamente, se

trata de poner de relieve las interconexiones que presentan entre sí, pues la obra de Sennett permite elaborar la imagen de un ser humano imbricado en un mundo social e institucional del que forma parte activa en la medida en que es capaz de desarrollar acciones e interpretaciones dinámicas sobre la realidad en la que vive inmerso. Y al revés, el proceso de individuación aparece condicionado por las características del contexto social e institucional en el que se lleva a cabo, por lo que las potencialidades humanas y los valores que éste ofrezca habrán de ser evaluados teniendo en cuenta las perspectivas de los participantes.

En definitiva, la originalidad de este autor radica en su capacidad para modelar un pensamiento atento a las circunstancias concretas en que se desarrolla la vida de la gente, permitiendo desplegar un tránsito continuo entre la estructura sistémica de la realidad social y la actividad cotidiana de las personas, relación mediada por la labor interpretativa propuesta por el autor, apoyándose en las capacidades narrativas que reconoce en los seres humanos. Por tanto, si bien puede echarse de menos cierto contenido crítico en su pensamiento -ya que su comprensión de las situaciones concretas, aunque alcance profundidad y riqueza, adolece de una apertura decidida hacia un horizonte universalista-, ciertamente está lejos de producir una sociología conformista o legitimadora de las realidades existentes, ya que se trata de un autor muy propositivo, que invita a resaltar ciertos aspectos que resultan más problemáticos para una teoría crítica.

SECCIÓN II - SOCIEDAD Y VIDA PÚBLICA

Capítulo 2- La sociabilidad urbana cosmopolita. Una perspectiva dramaturgica

La redacción de esta sección responde al propósito de exponer detalladamente la concepción de la sociedad y de la vida pública que es posible reconocer en Sennett, ya que resulta esencial para comprender el sentido y la intención que dirige su trabajo intelectual, extrayendo los valores que la orientan e incidiendo en su vinculación fundamental con un modelo humano característico. Así pues, se pretende discernir cuáles son sus aspectos definitorios, para constatar si ofrece una visión sostenida o bien ha ido modificándola con el tiempo, aclarar cuáles sus influencias principales, resaltar cuáles son las propuestas más interesantes para el pensamiento actual, así como abordar sus carencias o debilidades.

Este capítulo se centra en dos características que definen esta comprensión, como son su imbricación en un contexto urbano y la caracterización de la interacción social a partir de imágenes tomadas de la representación teatral. Así pues, Sennett considera que la ciudad es el marco característico donde se desarrolla la vida social moderna, por lo que en el primer apartado se tratará de discernir qué *modelo de ciudad* es el que propone, además de presentar una noción que vincula a la vida urbana como la de *cosmopolitismo*. En el segundo apartado se profundizará en la *concepción del ser humano como actor*, en la medida en que Sennett participa de ella, pues proporciona una visión original de la vida social, que conlleva contemplar la sociedad como si se tratara de un teatro, y al ser humano como alguien capaz de llevar a cabo actuaciones en público, para lo cual ha de atenerse a una serie de convenciones sociales. De esta manera, se trata de vincular la comprensión antropológica que propone este autor al marco social al que apunta de manera fundamental, discerniendo cuáles son los valores que subyacen a su argumentación.

2.1 La ciudad como marco de una vida social compleja

La vida social puede desarrollarse en marcos diferentes, adquiriendo formas variadas. Sin embargo, así lo entiende Sennett, la vida moderna se

desarrolla de forma característica en un contexto urbano. Gran parte de sus reflexiones se ocupan de la problemática ligada a la vida urbana: las formas de interacción que se desarrollan en la ciudad, las relaciones que establecen la política y la economía con la urbe, las posibilidades que este marco ofrece tanto para la activación de las capacidades humanas como para el desarrollo de la sociabilidad, y los obstáculos que impiden su cumplimiento efectivo.

Las ciudades, y las formas de sociabilidad que acogen, tienen una historia. En el discurrir del tiempo han ido imponiéndose modelos distintos de concebir y planificar la ciudad, de establecerse las relaciones entre los distintos grupos que viven en ella, o de las familias y los individuos con la ciudad. Uno de los propósitos de Sennett es, precisamente, dar cuenta de la historicidad de la ciudad, haciendo hincapié en los cambios que ha padecido la sociabilidad urbana a lo largo del tiempo, como una manera de entender mejor los problemas a los que se enfrentan las ciudades en el presente.

2.1.1 La ciudad como problema

La sociología urbana, como se vio en el capítulo 1, encontró un gran impulso en los estudios de los autores vinculados a la Escuela de Chicago a finales del siglo XIX, ante la necesidad de comprender las nuevas formas de relación social y los nuevos problemas que surgían con el desarrollo urbano. A partir de ahí, se inició en Chicago una línea de investigación y reflexión, centrada en la problemática urbana, con la que enlaza el propio Sennett. En primer lugar, pues, es preciso incidir en los antecedentes de la concepción particular de este autor sobre la vida social en el contexto urbano, para poder entender mejor cómo han ido surgiendo sus preocupaciones e ideas al respecto, y cómo han ido formulándose los problemas a los que él también trata de hacer frente.

Sennett se remonta a la Grecia clásica, y más en concreto a Aristóteles para encontrar lo que podría considerarse la primera aproximación a la idea de ciudad, que permite diferenciarla de otras formas de asentamiento humanas. Ya por entonces se hacía patente que lo definitorio de la vida urbana radica en la diversidad de sus habitantes. Por ello, toma como punto de partida la clásica afirmación aristotélica: “una ciudad está compuesta por diferentes clases de hombres; personas similares no pueden crear una ciudad” (citado por Sennett, 1997, pp. 60-61). Si otras formas de agrupamiento se caracterizan por la homogeneidad interna, la ciudad emerge

de la necesidad de convivencia de grupos diferentes, y es precisamente la articulación de las las diferencias, la búsqueda de algún tipo de unidad, el desafío que tiene que acometer cualquier proyecto de vida urbana. Por ello, la ciudad presenta el marco idóneo para el desarrollo de las prácticas democráticas, ya que en ella es posible tomar conciencia de las diferencias, considerar puntos de vista e intereses distintos a los propios (Sennett, 1998, p. 19). Así, puede decirse que la ciudad se constituye como problema desde sus comienzos, aunque en su desarrollo histórico, ha adquirido formas distintas.

La reflexión actual sobre la problemática urbana tiene su origen en los trabajos de diversos autores que, en la segunda mitad del siglo XIX, trataban de entender los cambios que estaban teniendo lugar. Aquel período fue testigo de una *revolución urbana*, que conllevó el predominio de la sociedad de tipo urbano frente a la sociedad rural tradicional (Sennett, 1997, p. 341). No obstante, el desarrollo urbano no fue universal ni homogéneo: se produjo principalmente en regiones específicas de Europa y Estados Unidos, y siguiendo pautas diferentes. Así, las ciudades típicamente industriales surgieron a partir del crecimiento de antiguos núcleos rurales, tenían un tamaño medio y permanecían vinculadas con su entorno tradicional; la gran ciudad, en cambio, se convirtió en un centro de la actividad comercial, financiera, de transportes, de servicios y de la administración (Hobsbawm, 1998a, pp. 219-220; Sennett, 1997, p. 341).

Este tipo nuevo de ciudad presentaba una problemática propia, convirtiéndose en objeto de análisis y reflexión para un pensamiento social atento a unas realidades cambiantes bajo el influjo del capitalismo y la industrialización. Así, hay que referirse, en primer lugar, a la distinción clásica de Tönnies entre *comunidad* y *asociación* en relación con el auge urbano. De este modo, mientras la vida rural propicia el modelo de relación comunitaria, el desarrollo de la ciudad puede amenazarlo. La evolución urbana fue desgarrando los lazos comunitarios al fomentar los intercambios unidimensionales y especializados, típicos de la asociación (Tönnies, 1984, p. 54; Hobsbawm, 1998a, p. 218; Bridge y Watson, 2006, p. 369). Se trata, por tanto, de una ciudad en la que dominan las formas de relación típicas del capitalismo, de tipo contractual, establecidas por individuos que actúan en pos de su propio interés. Tocqueville, por su parte, percibió que el individualismo propiciaba el establecimiento de una clase especial de orden

en la vida social urbana basado en la indiferencia mutua, ya que los individuos se mezclaban en los espacios urbanos pero sin interactuar activamente entre sí, sin preocuparse los unos por los otros. De esta manera, el individualismo dominante en la ciudad se resolvía en una especie de *soledad cívica* (Sennett, 1997, p. 344).

La relación entre crecimiento urbano, capitalismo e individualismo, conformando la fisionomía propia de la ciudad moderna, fue objeto de interés primordial en la obra de Simmel, quien subrayó el carácter paradójico que en ella adquiría la vida social. Así, en este contexto, el individualismo muestra un rostro ambivalente, puesto que es fuente de libertad, pero también de extrañamiento. Cuando aumenta el tamaño del grupo, se amplía el margen de libertad, al ofrecer la posibilidad de desplazarse entre distintos círculos sociales; sin embargo, el incremento de la población conlleva también la aparición de la masa, con el consecuente decaimiento de la unidad y la excelencia personal. La metrópoli se ve marcada por ese carácter paradójico: aparece como el ámbito propio de un estilo de vida definido por la influencia de la forma dinero, que, amenaza con reducir los contactos sociales a un equivalente del valor de intercambio; pero al mismo tiempo, permite desarrollar múltiples estilos de vida (Bridge y Watson, 2006, p. 369). Como resultado de la complejidad de la vida social en la ciudad moderna, según concluye Sennett, el urbanita simmeliano aparece definido en términos de un yo segmentado, imagen que será recogida por los autores de la Escuela de Chicago (1991, p. 183).

La constitución de la Escuela de Chicago a finales del siglo XIX supuso un impulso para la reflexión sobre la problemática urbana de gran alcance. Por entonces, diversas ciudades estaban experimentando cambios profundos, como respuesta a las necesidades del capitalismo industrial, que se traducían en rápidos crecimientos demográficos gracias a la llegada de una heterogénea población inmigrante, así como en una profunda transformación de la estructura de clases, destacando el surgimiento de una nueva clase media *profesional* (Giner, et al., 1998, p. 254). El autor de esta escuela que más influye en Sennett es Wirth. Este investigador social, siguiendo a Tönnies, pensaba que lo que distingue al mundo moderno es la evolución de las relaciones sociales comunitarias a otras de carácter asociativo, basadas en el status o de tipo contractual. La sociedad urbana, caracterizada por la densidad y la heterogeneidad, parece propicia para que se incrementen los

contactos sociales, sin embargo un predominio de la indiferencia puede empujar hacia una evitación de los contactos sociales intensos, de manera que la cohesión se vea amenazada (Giner et al., 1998, p. 255). Como advertía Wirth, la ciudad no presentaba las mismas oportunidades para todos sus habitantes; así mientras a los que estaban bien situados les ofrecía facilidad de movimientos y variedad de estimulación, otros muchos eran víctimas de la ignorancia y el abandono por parte de sus vecinos. Así pues, la heterogeneidad urbana amenazaba con resolverse en anomia y alienación (Bridge, Watson, 2006, p. 369).

En resumen, la ciudad ha sido desde sus inicios objeto de problematización. El desarrollo de la urbe genera nuevas formas de relación social, pero también puede amenazar la integración social, quebrar la cohesión, condenando a muchos de sus moradores a la exclusión. La convivencia y la integración, por tanto, deben ser el fruto de unos esfuerzos dirigidos a extraer resultados constructivos del trato de las diferencias, que lleven a superar las tendencias disgregadoras que subyacen a ellas.

2.1.2 El valor humano de la ciudad: sociabilidad y subjetividad

Tras haber presentado cuáles son los precedentes más importantes de la visión que ofrece Sennett sobre la ciudad y la vida urbana, corresponde ahora aclarar cómo asimila tales influencias, y desde ellas, cómo ha ido elaborando su propia perspectiva. Se pretende demostrar que para este autor la ciudad es el marco ineludible de la vida social en el mundo contemporáneo, ofreciendo variadas posibilidades de desarrollo. Entiende Sennett que la ciudad, básicamente, es el lugar de las diferencias, donde necesariamente se encuentran *los extraños* (Halloran, 1981, p. 324)⁹; es un “medio de extraños donde sus vidas se tocan” (Sennett, 2002a, pp. 96-97). El encuentro con el otro supone una oportunidad para el desarrollo personal y social, pero también un reto para la convivencia. Y es que desde su propia perspectiva, la vida social urbana está marcada por la ambigüedad, de

⁹ El término *extraño* puede resultar un tanto vago; por ello aclara Sennett que puede representar dos figuras diferentes: el *forastero* y el *desconocido*. La distinción radicaría en que mientras respecto al primero se disponen de unas reglas para clasificarlo, ya que se dispone de una idea clara de la propia identidad, en el segundo caso se trata de alguien que no se puede ubicar de acuerdo con las reglas disponibles, lo que puede suceder durante un proceso de cambio social, cuando las imágenes tradicionales se diluyen y aparecen nuevos grupos sociales que aún no disponen de una identidad definida. La primera noción se observaría en las actuales ciudades multiétnicas, como Nueva York, mientras que la segunda podría localizarse en Londres o París en el siglo XVIII (Sennett, 2002a; pp. 115-116).

manera que difícilmente se pueden encontrar en ella soluciones definitivas, sino que antes bien, la conflictividad y la provisionalidad serán notas permanentes en su evolución.

Sennett admite que pueden existir formas diferentes de concebir la ciudad, como existen también clases diferentes de ciudades. Sin embargo, es necesario que se den una serie de condiciones: que haya una población extensa y heterogénea, unida y no esparcida, y que las transacciones entre la población produzcan una interacción masiva densa y diversa (2002a, pp. 96-97). Lo que sea la ciudad depende de cómo sean sus habitantes, cómo vivan y cómo se relacionen entre sí. Así, estos idealmente no forman una unidad familiar, clánica, étnica, o incluso lingüística, sino que son diferentes entre sí, incluso extraños, pero habitan en la proximidad, por lo que se ven empujados a mezclarse, a interactuar. En ese sentido, Sennett aprecia la calle como un foco elemental de sociabilidad (Sennett y Cobb, 1977, p. 15). Tal mezcolanza es el fundamento de una vida social rica, compleja, aunque también por ello problemática. Pero es el deseo de evitar esa problematicidad, como se analizará en el capítulo 4, lo que explica que esas condiciones básicas no se cumplan, provocando que la realidad de la ciudad se aleje de la definición. Aunque de esta manera, podrá observarse cómo una definición de ciudad, como la que Sennett propone, puede servir como una instancia crítica desde la que juzgar las tendencias empíricamente observables en el desarrollo urbano y en la vida social en las ciudades.

La ciudad, además, presenta una doble vertiente. Así, es un espacio físico, pero también un dominio social, humano, y como tal presenta un desafío político y moral. Los distintos grupos e individuos que la habitan se ven empujados a establecer relaciones tanto con ese espacio físico, sensorial por el que se mueven diariamente, como con los otros grupos e individuos que lo pueblan. Así, en el espacio urbano, asalta continuamente lo extraño y lo imprevisto. En este sentido, Sennett aprecia en la Escuela de Chicago un esfuerzo por complementar dos maneras de entender la ciudad: como *lugar en el mapa -urbs-* y como *orden moral -civitas-*, percibiendo que era necesario establecer un vínculo entre la articulación funcional del espacio urbano, y el desarrollo de una cultura cívica enmarcada en aquel (Sennett, 1991, p. 157; y 2004, p. 214).

La ciudad, pues, es una fuente inagotable de estimulación, la cual sin embargo, puede ser asimilada y aprovechada de maneras distintas.

Simplificando, puede decirse que para Sennett existen dos actitudes opuestas: el compromiso o la huida. Es decir, se puede aceptar positivamente la llamada de la estimulación urbana, implicarse con las dificultades que se encuentran, afrontar activamente los obstáculos y retos que presenta la vida en la ciudad. Sin embargo, es habitual que domine una actitud defensiva ante la diversidad, que suele traducirse en la búsqueda de un ambiente más familiar, más próximo y sencillo, que se utiliza como un refugio en el que es posible escapar de los peligros con que acecha una urbe compleja y heterogénea. Buena parte del trabajo de Sennett ha estado dirigido a afrontar esta disyuntiva, resaltando las posibilidades que presenta la urbe para el desarrollo de la sociabilidad y para la maduración personal, y profundizando en las razones por las cuales éstas no suelen cumplirse en el devenir histórico de las ciudades.

Los autores de Chicago habrían comprendido que introducirse en el espacio físico urbano conlleva atravesar las fronteras del territorio familiar, entrando en contacto con las diferencias sociales que lo pueblan -étnicas de clase, edad, gusto, estilo de vida, etc.-, participando, al experimentarlas, de la cultura de la ciudad (Sennett, 1991, p. 157). Pero sumergirse en la vida urbana supone una tarea aún más compleja que la mera clasificación de los otros a partir de las diferencias observadas, puesto que -como percibió Simmel- la ciudad es el ámbito del extrañamiento, en el que el otro es un completo desconocido, un extraño, que se resiste a quedar fijado en un esquema clasificatorio de identidades (Sennett, 2004, p. 214). Debido a su indefinición, la alteridad irrumpe como una fuerza provocadora, pero al mismo tiempo promete un nuevo tipo de libertad, ya que invita a dejar atrás las categorías mentales que suelen aplicarse a las relaciones sociales (Sennett, 2002b, p. 43). Partiendo de estas reflexiones Wirth desarrolló la noción de los *papeles segmentados*, según la cual al tener que vivir y actuar en un ambiente social complejo, el *yo* ha de ser capaz de representar papeles variados en contextos diferentes, adquiriendo un carácter fragmentario, camaleónico, que le permita adaptarse eficazmente a esas situaciones cambiantes (Sennett, 1991, pp. 157-159). Esa ausencia de una definición única, la adopción de múltiples identidades, se convertiría en la raíz de su propia libertad (Sennett, 2004, p. 215).

Al hilo de estas ideas, pueden ir concretándose algo más la idea de ciudad que defiende Sennett. Así, ésta se define en primer lugar por

oposición a otras formas de asentamiento caracterizadas por la cercanía y familiaridad de sus habitantes, en un ambiente social sencillo y homogéneo. La ciudad, en cambio, es el lugar donde coexisten las diferencias, en el que pueden encontrarse situaciones y contextos sociales variados. En segundo lugar, ese concepto de ciudad incluiría tanto la dimensión física y sensorial, como la social y moral, estando ambas vinculadas entre sí. Las características propias de la ciudad la convierten, en cuanto marco para la vida social y para el desarrollo personal, en un objeto problemático, al mismo tiempo que su propia complejidad la convierte en un escenario abierto a múltiples posibilidades. Ciertamente, en Sennett predomina una mirada positiva acerca de las potencialidades sociales y humanas de la urbe, y justamente sus críticas suelen ir dirigidas al mal aprovechamiento que a su entender se da de las mismas, de manera que su problematicidad se ha percibido habitualmente como algo negativo.

Cuando Sennett se pregunta cuál es el valor humano que aporta el vivir en una ciudad apunta a dos virtudes urbanas básicas: la sociabilidad y la subjetividad (2004, p. 213). La densidad y la diversidad urbanas permiten un incremento de los contactos sensoriales, un encuentro con los que son desemejantes, una toma en consideración de experiencias e intereses ajenos a los propios. En este sentido, la ciudad favorece el desarrollo de prácticas democráticas. Por otro lado, sumergirse en la diversidad urbana altera la idea que un individuo tiene de sí mismo, formándose diferentes imágenes de su propia identidad según participa de diferentes situaciones (2004, pp. 213-214). Entiende este autor que una actitud de curiosidad, de apertura hacia la estimulación que proporciona la diversidad urbana, ayuda a vencer las limitaciones del yo, a superar las interpretaciones binarias de la realidad, permitiéndole interactuar con un entorno más rico en estímulos (Sennett, 1991, pp. 158-159).

A partir de la concepción de la ciudad que se está trazando, es posible ya clarificar qué puede entender Sennett por una buena o una mala ciudad. El criterio fundamental, a mi juicio, residiría en la virtualidad que pueda reconocerse en una urbe para potenciar el desarrollo de las virtudes mencionadas. Para poder llevar a cabo una evaluación de este tipo, habría que atender al plano político-administrativo para dirimir que principios subyacen a la planificación urbanística, clarificar cómo se produce la distribución étnica y de clase, pero también habría que fijarse en factores de

tipo cultural: así qué valores adquieren más relevancia en un momento dado para un determinado grupo social, en la medida que condicionan las relaciones que establezcan con otros grupos o con la ciudad. De este modo, en diferentes trabajos de Sennett pueden hallarse muestras de esta preocupación por analizar y evaluar los factores políticos, económicos, sociales y culturales que ayudan a fomentar o cohibir el desarrollo de la vida social y personal en una ciudad¹⁰.

2.1.3 El *cosmopolitismo*: la experiencia activa de la diversidad

El concepto de *cosmopolitismo* aparece en Sennett vinculado a la sociabilidad urbana, y como se analizará en el siguiente capítulo, a la conformación de un dominio público urbano. Así pues, se trata de discernir qué papel juega este concepto en el pensamiento de este autor, situándolo previamente en una perspectiva histórica así como en relación con el pensamiento actual.

Como introducción pueden enumerarse, siguiendo a Vertovec y Cohen (2002), una serie de rasgos o caracteres que habitualmente se asocian a la idea del cosmopolitismo. Así, ésta invita a trascender los límites del estado-nación, incide en una capacidad para mediar entre lo local y lo global, comporta una visión anti-esencialista de la cultura, y se asocia a una pretensión de incluir repertorios variados de lealtades, identidades e intereses. En tanto se opone a cualquier forma de esencialismo, parece la idea opuesta a la de *multiculturalismo*, pues ésta se identificaría con la defensa del sostenimiento diferenciado de las distintas identidades (2002, pp. 3-4). La idea del cosmopolitismo atesora una larga historia, encontrando un origen bien definido en el estoicismo. Esta escuela defendía que el ser humano habita dos comunidades: la del nacimiento y la propiamente humana; y que más allá de las diferencias, la posesión del *logos* -la capacidad para la razón y la palabra- igualaba a todos los humanos. El horizonte moral verdadero se situaba en esa comunidad humana universal (Cortina, 2003, pp. 64-65; Granja, 2003, pp. 219-220).

Su comprensión moderna fue desarrollada por los ilustrados, en especial Kant. La definición kantiana del ideal cosmopolita responde a una voluntad de ir más allá de las identidades locales o nacionales, destacando la

¹⁰Está temática ocupa un lugar especialmente notorio en sus ensayos *Vida Urbana e identidad personal*, *Families Against the City*, *Hidden Injuries of Class*, *La Conciencia del ojo*, o *Carne y piedra*.

existencia de una naturaleza moral común a toda la humanidad, más allá de las fronteras políticas (Cortina, 2005, p. 252). El hecho de ser persona otorga dignidad a todos los humanos, lo que trasciende la accidentalidad de la pertenencia a una comunidad cultural o política determinada, actuando a su vez como fundamento de los derechos humanos (Cortina, 2003, p. 65). De este modo, Kant identificaría el cosmopolitismo con la aspiración de una *ciudadanía mundial* que realizara plenamente la naturaleza humana (Kant, 1992, pp.60-61). El cosmopolitismo sería así, siguiendo a Granja, el principio regulador del progreso humano, al indicar el horizonte moral hacia donde debe dirigirse la humanidad para cumplir su propio destino como especie (2010, p. 220). Así, Kant apunta el camino hacia un nuevo orden global, que permita superar el *estado de naturaleza* que define las relaciones interestatales, para constituir unas estructuras e instituciones que consagren la realización universal de los principios morales y garanticen el sostenimiento de la paz (Granja, 2010, pp. 168-179 y pp. 234-247).

La comprensión del cosmopolitismo en Sennett es deudora del pensamiento ilustrado. Así, recuerda que Voltaire, enfrentándose al eurocentrismo dominante, comprendió que la percepción de las diferencias nos permite distanciarnos de nuestras convicciones, haciéndonos más cosmopolitas; y encuentra en el ciudadano universal kantiano un tipo de ser humano que se desarrolla a sí mismo como persona entre las estimulaciones que proporciona la diversidad, encontrando lo que hay de común entre las diferencias (Sennett,1996, pp.181-182). Sin embargo, el uso que propone de esta noción es más bien heredera de Simmel, en quien aparece vinculado, como se vio, a la formación de un espacio público urbano. Sennett afirma, no obstante, que el uso del término puede encontrarse ya en el siglo XVIII, aparejado a la noción de *público* que empezaba a tomar cuerpo por entonces a partir del encuentro de los diferentes grupos en la ciudad. El cosmopolita, así pues, sería en aquel momento el hombre público perfecto, aquel que sabe moverse en la diversidad, manejándose bien en situaciones que no tienen que ver con aquello que le es familiar (Sennett, 2002a, p. 49).

Simmel observó que el encuentro con los extraños iba cargado de una fuerza emocional, provocadora y atrayente, que sería la base de la comprensión del cosmopolitismo como un modo de *being engaged by the unknown* (Sennett, 2002b, p. 43), que surge precisamente de un tipo de confort que puede sentirse al encontrarse entre extraños, ya que su

presencia proporciona un tipo de estimulación que no exige identificación, que permite mantener una actitud de indiferencia en el trato con las diferencias¹¹. Los análisis efectuados en la Escuela de Chicago sobre los efectos que el capitalismo tenía en la ordenación física y social de la ciudad propiciaban una nueva forma de cosmopolitismo, que se resolvía con la adopción de los roles segmentados, como forma de responder a las fragmentaciones propias de la vida en la ciudad capitalista.

A mediados del XIX, sin embargo, tomó fuerza en Europa una ideología que recelaba de los contactos con los elementos foráneos, y por tanto, del estilo de vida cosmopolita. Así, los nacionalismos, según Sennett, se basaban en una glorificación de la vida cotidiana, apreciando el conjunto de costumbres, rituales y creencias de la comunidad como una unidad coherente y persistente en el tiempo, que había que mantener a salvo de las impurezas. Consecuentemente, esta visión de la sociedad defendía la naturalidad, la espontaneidad de la vida popular frente a la auto-conciencia que adquiriría el burgués cosmopolita gracias a la apertura mental que practicaba, y que le permitía distanciarse de las tradiciones heredadas (Sennett, 1996, pp. 180-181).

Por entonces comenzaba a ser perceptible otro fenómeno que entorpece la tarea del cosmopolitismo, y que con el tiempo alcanzará mayor intensidad e influencia, como denuncia Sennett de manera recurrente. Se trata de la *localización* en el interior de la ciudad como efecto de la creciente división del trabajo; es decir, se formaban vecindarios homogéneos en cuanto a su estructura social y de clase, y diferenciados del resto de la ciudad. La experimentación cosmopolita de la diversidad urbana se convirtió en privilegio casi exclusivo de la burguesía, mientras las clases trabajadoras, enclaustradas en sus barrios, sólo participaban de ella como una experiencia de consumo (2002a, pp. 298-307). Desde la perspectiva de Sennett, puede

¹¹ La figura del forastero –the *stranger*– juega un papel singular en esta visión simmeliana del cosmopolitismo. Simmel lo veía como alguien que no estaba ligado con los grupos existentes en un país, que se caracteriza por su falta de arraigo y su movilidad. El forastero es por definición quien no posee una tierra propia, no solo en un sentido meramente físico, sino en el sentido figurativo de una vida desarraigada –los judíos europeos serían el ejemplo más ilustrativo de esta condición–. A través de las relaciones que establece con esos grupos nativos, permite la introducción de elementos novedosos, extraños y provocativos. De esta manera, se produce una forma peculiar de interacción, caracterizada por una mezcla de distancia y proximidad, de indiferencia e implicación, ya que la relación con el extraño se sustenta sobre la base de lo que se comparte con él, que son unas cualidades generales, comunes a todos los seres humanos, mientras que la diferencia existente entre ambas partes introduce un elemento de contingencia que define la complejidad de esa relación (Simmel, 1908).

decirse que la parcelación de la ciudad, la homogenización interna y la carencia de lugares públicos, son factores que se oponen al cosmopolitismo, entendido específicamente como la experiencia de la diversidad urbana.

Las transformaciones que ha padecido el mundo en las últimas décadas, debido especialmente a la globalización, han devuelto actualidad a la cuestión del cosmopolitismo. Así, puede decirse que hoy vivimos en sociedades moralmente pluralistas (Cortina, 2003); los movimientos migratorios generan situaciones de *interculturalidad*, de manera que diferentes modos de vida se cruzan en un mismo espacio (Granja, 2010, p. 222). La extensión de los procesos globalizadores aporta más posibilidades de entrar en contacto con otras formas culturales, aunque puede derivar en un predominio del consumismo en detrimento de una gama más variada de experiencias con la diversidad (Vertovec y Cohen, 2002, p. 7).

De esta manera, la idea del cosmopolitismo sigue apuntando hoy a un problema fundamental: ¿cómo se puede vivir entre las diferencias? El cosmopolitismo rechaza las repuestas propias del *comunitarismo* y en general de los planteamientos que anteponen la pertenencia local, apuntando a la dimensión universal de lo humano, mediante la defensa de la igualdad de derechos de todas las personas independientemente de su origen o nacionalidad (Granja, 2003, p. 223; Sadaba, 2003, pp. 97-98). Los derechos humanos plantean una pretensión de universalidad irrestricta, impulsando una reflexión sobre la justicia a nivel global que puede requerir una transformación institucional radical (Granja, 2003, pp. 221-224).

Según señala Cortina, el horizonte universalista propio del cosmopolitismo parece exigir que se superen las perspectivas morales parciales que conllevan los lazos familiares o grupales, adoptando la perspectiva de la imparcialidad. El procedimentalismo -ya sea la Escuela de Frankfurt o Rawls- ha tratado de superar los puntos de vista morales sustantivos priorizando las cuestiones de justicia. Sin embargo, estos planteamientos han sido criticados por su abstracción, minusvalorando la necesidad que tienen las personas de insertarse en comunidades concretas. Por ello, Cortina entiende que no puede construirse el cosmopolitismo prescindiendo de la pertenencia a las comunidades particulares, sin que se deje de reivindicar, no obstante, aquello que nos hace iguales a los demás, por lo que apuesta por un *cosmopolitismo arraigado* (2003). Las realidades sociales, económicas, políticas y éticas actuales transforman la propia

noción de ciudadanía, que ya no puede restringirse a la participación de una comunidad política concreta, pues contiene una irrenunciable aspiración cosmopolita (Cortina, 2005, pp. 26-38).

Según señalan Vertovec y Cohen (2002), el cosmopolitismo está dando lugar a propuestas diferentes frente a los retos que plantea el mundo actual. Así, hay autores que privilegian la vertiente política del concepto, defendiendo, por ejemplo, la necesidad de desarrollar instituciones de alcance transnacional -Held-, o que destacan la emergencia de una nueva sociedad civil de carácter global, o bien resaltan la posibilidad de que dispone la gente de participar de distintas afiliaciones e intereses - Nussbaum-. Para otros consiste en una condición socio-cultural, la propia de un mundo altamente interconectado. Otros autores, en cambio, lo conciben más bien como una actitud o disposición a contactar con el otro, fruto de postura intelectual y estética de apertura -Hannerz-. Otros entienden el cosmopolitismo como una práctica o como una habilidad para moverse entre distintos sistemas de significado sin llegar a ser parte de ellos -así, el *yo cosmopolita* de Waldon- (Vertovec y Cohen, 2002, pp. 7-14).

Tras haber presentado algunos rasgos y cuestiones que suscita la noción de cosmopolitismo, corresponde ahora discernir cuál es la perspectiva particular de Sennett. Así pues, puede afirmarse a mi juicio que en este autor la idea del cosmopolitismo, aunque influida por el pensamiento ilustrado, es heredera principalmente de la tradición que parte de Simmel y se desarrolla en Chicago, y que tiene su marco de realización en el espacio público que es posible desarrollar en una ciudad densa y diversa. Esta filiación intelectual explica al menos en parte, en mi opinión, que Sennett entienda por cosmopolitismo, en un sentido primario, aunque limitado, “la experiencia de la diversidad de la ciudad” (Sennett, 2002a, p. 306).

El recurso a esta idea está relacionado con la pregunta acerca de qué tipo de ser humano es el que habita la ciudad. Esta cuestión puede abordarse desde un planteamiento netamente descriptivo, hasta proponer una definición de tipo ideal. Pues bien, el cosmopolitismo de Sennett, a mi juicio, se relacionaría con su reivindicación de un aprovechamiento consciente de las virtualidades que ofrece la ciudad, con la idea de un urbanita implicado en el trato con las diferencias, que aprende a moverse en ese territorio heterogéneo, del que obtiene experiencias placenteras, al tiempo que le permiten desarrollarse como persona. Para ello, es necesario traspasar los

límites del territorio familiar, y estar dispuesto a explorar el dominio desconocido de la ciudad. Así pues, a mi entender, el término *cosmopolita* representaría en Sennett un ideal humano.

Una importante cuestión que se presenta consiste en definir cómo se produce la conexión con el otro en este ámbito impersonal. Para ello, Sennett recurre a la noción de *simpatía* de Hume y, sobre todo, Adam Smith, aunque realizando una lectura particular de la misma, distinguiéndola y contraponiéndola a su comprensión de la *empatía*, para dar forma a dos tipos de sentimientos que puede despertar en un individuo la presencia del otro. La *simpatía*, según interpreta Sennett, se basa en una identificación emocional con el otro, especialmente con su sufrimiento, mediante un trabajo de la imaginación. La *empatía*, por contra, sería una forma de curiosidad hacia el otro, que permite reconocerlo en sus propios términos, aunque no se le llegue a comprender plenamente (2008; 2012, p. 20). Sennett considera que la empatía, pese a generar un tipo de vínculo aparentemente menos intenso, es más apropiado para fundamentar las relaciones entre extraños en un contexto ambiguo y complejo, ya que el dominio público es un espacio impersonal.

En su análisis del dominio público -como se expondrá en el capítulo 3- prima lo cultural sobre lo político, trata de dilucidar cómo los individuos y grupos van creando rituales y formas de sociabilidad que permiten la interrelación entre los diferentes en ese espacio compartido. Podría entenderse, por ello, que concibe el cosmopolitismo como la disposición o actitud para interactuar con los extraños, o como la habilidad para participar de situaciones diversas, que cristalizaría en una práctica asimilada, pero también representa la condición propia de un espacio público urbano en el que se ven empujadas a coexistir distintas clases de personas. Se trata de un dominio que nunca alcanza una constitución definitiva, puesto que los acuerdos, los rituales, o las formas de relación que se van creando son siempre provisionales e imperfectos.

A mi entender, el cosmopolitismo en Sennett no se limitaría a una actitud estética o una mera apertura mental, sino que incorpora un componente ético fundamental, en la medida en que supone una voluntad de implicarse en las dificultades que comporta la interacción de grupos, culturas, intereses y personas diferentes, propiciando un despliegue de las capacidades humanas y de la sociabilidad. Pues en el caso de este autor,

como pretende demostrarse, tales procesos necesitan de un ambiente denso, complejo e incluso problemático como el que aporta la ciudad. Y hay que precisar que las urbes actuales presentan una mayor complejidad si cabe bajo la influencia del Nuevo Capitalismo y de una población fragmentada. Por ello, considera que para que un individuo, independientemente de su identidad particular, pueda habitar exitosamente ese espacio complejo se requiere que llegue a ser un *cosmopolita competente* -“*skilled cosmopolitan*”- (Sennett, 2008).

Sennett entendería el cosmopolitismo como la condición propia de la ciudad moderna, aunque actúa también hasta cierto punto como un ideal, en tanto sirva para denunciar las tendencias al aislacionismo, la desconexión y el desinterés por los otros, y marque un horizonte hacia donde debiera dirigirse el desarrollo de la identidad personal y de la vida social urbana. Consecuentemente, muestra su aprecio por una identidad de tipo cosmopolita, que requiere de cierto grado de distanciamiento respecto a los grupos de referencia, como modo de adquirir auto-conciencia, frente a la defensa de una identidad *más fuerte* gracias a su arraigo en las costumbres y valores locales, que acaba sucumbiendo en la auto-referencialidad (Sennett, 1996).

Sin embargo, no hay que pasar por alto, a mi juicio, una carencia que cabe reconocer en esta versión del cosmopolitismo, y es no recoger suficientemente la dimensión global que necesariamente ha de adquirir hoy en día el planteamiento de una postura cosmopolita, de manera que mantener la ciudad como marco principal parece quedar un tanto estrecho ante el empuje de las nuevas realidades. Si bien, esta afirmación deberá ser revisada más adelante, a través del análisis del Nuevo Capitalismo.

2.2 El ser humano como actor. La sociedad como un *teatrum mundi*

El objeto de este capítulo, tal como se ha indicado en la introducción, es analizar la concepción de la sociedad que cabe atribuir a Sennett, lo que implica a su vez dilucidar su forma de entender al ser humano en tanto que ser social. En relación a la importancia que concede a la vida pública urbana, entendida como el encuentro cotidiano de los diversos grupos sociales que pueblan la ciudad, es momento de profundizar en una imagen que le sirve a este autor para caracterizar la vida social, que es la que equipara la sociedad a un teatro, y que correlativamente, lleva a contemplar al agente social como

un actor. El recurso a esta imagen de la sociedad supone apostar por una determinada perspectiva metodológica para el trabajo sociológico, el *enfoque dramático*, que tuvo en Goffman su principal valedor.

Así pues, en primer lugar se va a llevar cabo una aproximación general a estas ideas, mostrando sus orígenes y aspectos principales, seguidamente se profundizará en la propuesta de Goffman, y finalmente se analizará cómo son desarrolladas por Sennett con el objeto de integrarlas en su concepción general sobre el ser humano y la sociedad.

El tema del gran teatro del mundo -que invita a contemplar la sociedad humana como un escenario en el que cada cual representa su papel- cuanta con un largo y prolijo recorrido, partiendo desde la antigüedad clásica hasta florecer en autores dramáticos del XVII como Calderón o Shakespeare (Huizinga, 2008, pp. 16-17). De hecho, la propia noción de *persona* estaría ligada etimológicamente a la de *máscara* (Sebastián de Erice, 1994, p. 76). En sociología su uso fue introducido por autores como Simmel, Burke o Park, pero fue Goffman quien lo desarrolló de manera sistemática (Giner, et. al, 1998, p. 216). En general, puede decirse que el enfoque dramático se caracteriza por considerar a las personas como actores que representan unos roles determinados, lo que se observa más nítidamente cuando la persona se comporta como miembro de un grupo o profesión. De este modo, cuando se encuentran ante los demás, llevan a cabo una actuación, e intentan controlar de alguna manera la impresión que producen en los otros, lo que les lleva a acentuar determinados aspectos, es decir, a dramatizarlos. El modelo pretende explicar el equilibrio que se da entre la creatividad de los actores y la estabilidad relativa de las interacciones.

Según Sennett, se trata de un método antropológico que permite entender mejor el comportamiento en público mediante la comparación de las formas de expresión que se dan en el escenario y en la calle, lo que implica considerar esa conducta como una *auto-dramatización* -*self-dramatizing*- en la que el actor trata de expresar sus emociones de manera que resulten creíbles para el público (2003, pp. 384-386)¹².

¹² Pese a la conexión que el modelo dramático establece entre el teatro y la vida diaria, no conviene olvidar que existen diferencias importantes entre ambos ámbitos de acción: así, en la vida cotidiana se concede mayor credibilidad a lo que sucede, existe un mayor grado de espontaneidad, y no existe como tal un público separado del escenario, por lo que en ella el modelo suele estar condensado en dos elementos: los actores y los personajes representados (Giner et al., 1998, pp. 216-217).

2.2.1 El enfoque dramaturgico de Goffman

Goffman fue quien llevó a cabo un desarrollo más completo de las posibilidades que ofrecía para el análisis social las imágenes del actor y el teatro, dando forma al enfoque dramaturgico. Esta elección le sirvió para dirigir su atención a un campo de estudio que hasta entonces apenas si había sido abordado por la sociología: el de las relaciones cara a cara (Sebastián de Erice, 1994, p. 37)¹³.

La adopción de esta perspectiva dramaturgica supone contemplar la interacción social como si se tratara de una representación teatral, que tiene lugar en un escenario, pero que presenta la peculiaridad de que cada participante es al mismo tiempo actor -en tanto representa un papel ante los demás- y público -de cómo los otros actores representan sus papeles- (Flecha et al., 2001, p.77). Cuando un individuo se presenta ante otros, éstos tratan de obtener informaciones acerca de él, o bien ponen en juego la que ya disponen, y éste, a su vez, trata de controlar las impresiones que produce en los demás. Tales tratamientos de la información presentan una utilidad práctica en la vida cotidiana, pues ayudan a definir las situaciones (Lucas Marín, 2004, pp. 189-190).

Es importante la concepción goffmiana del participante en las interacciones. Así, se trataría de un *sí mismo -self-*, concepto que engloba dos aspectos complementarios. Por un lado, está aquello que captan los demás, el *personaje representado -character-*, que es la manifestación externa del *self*, y que consiste en el tipo de imagen social que trata que los otros le atribuyan a partir de su representación. Pero ello implica entender que el participante es un *actor -performer-*, que representa un personaje determinado en cada momento. Así, este segundo aspecto señalaría la existencia de una base psicobiológica en el sí mismo, animada por un principio activo (Sebastián de Erice, 1994, p. 32)¹⁴.

El personaje se crea en el interior de la situación, como resultado de la conjunción de diversos aspectos: el principio psicobiológico personal, el escenario, el contexto social, y la actitud de los otros participantes en la

¹³ Desde el estructuralismo funcionalista las relaciones cara a cara se consideraban como simples efectos de las estructuras o las clases sociales; Goffman, en cambio, defendió su consideración como un campo de análisis diferenciado y autónomo – el “orden interaccional”– (Sebastián de Erice, 1994, pp. 37-38).

¹⁴ La distinción aquí referida es la que aparece en *The presentation of self in everyday life* (1959)(Sebastián de Erice, 1994, p. 32).

interacción, quienes aceptan, rechazan o matizan la imagen social que pretende transmitir el actor. Por ello cabe considerar al personaje como un efecto dramático, que se crea de manera colectiva en el contexto de la interacción. Así pues, un actor se integra en una relación social mediante la proyección de una determinada imagen social, con la que está encarnando unos valores sociales determinados (Sebastián de Erice, 1994, pp. 82-85). Cada persona llega a identificarse con el rol que desempeña socialmente, con la imagen que trata de proyectar ante los demás, de manera que uno intenta representar lo que quiere ser para los demás en ese momento. Pero esa imagen social que proyectamos se modifica dependiendo de la zona social en que nos hallemos, de manera que el actor debe esforzarse por ofrecer una representación nítida y consistente, logrando que los demás den crédito a su actuación, al tiempo que configura un sí mismo no contradictorio (Sebastián de Erice, 1994, pp. 83-84).

Quien interviene en la interacción no lo hace como una personalidad completa, ya que únicamente pone en juego un aspecto parcial de sí mismo, en función del rol que represente en ese momento. El individuo puede proyectar una determinada imagen en la medida en que es capaz de manejar la información que transmite. El espectador, por su parte, trata de realizar inferencias sobre el actor a partir de las observaciones que lleva a cabo sobre el personaje representado y su apariencia, ayudándose de los datos que aquel, de manera más o menos consciente, le ofrece. La repetición de una serie de datos en contextos similares permite que los demás se formen un conocimiento más amplio sobre el actor (Sebastián de Erice, 1994, pp. 39-40).

En general, situado ante situaciones similares, el actor suele desarrollar una *línea de actuación*, que adquiere un carácter repetitivo, llegando a cristalizar en un rol determinado (Sebastián de Erice, 1994, p. 74). De este modo, puede afirmarse que “las intervenciones de las personas se institucionalizan en tipos de comportamiento predecibles” (1994, p. 93). Así, los participantes suelen contar con la información suficiente como para saber a qué atenerse en una situación determinada. Pero hay que tener en cuenta que el rol no es simplemente el producto de una actuación, sino que depende de la identidad social del individuo, que es expresión de su status. De este modo, Goffman reconocería que es la sociedad la que establece los mecanismos para situar a las personas en las distintas categorías (Sebastián de Erice, 1994, pp. 32-33).

En la base de este modelo dramático se encontraría el presupuesto de que existe una tendencia básica en el comportamiento social de los seres humanos que les lleva a realizar papeles, intentando controlar con mayor o menor éxito la impresión que producen. Así pues, Goffman subraya el peso de la creatividad en la actuación, aunque sin dejar de reconocer que existen elementos externos que condicionan las actuaciones, como la presión social o los valores interiorizados (Sebastián de Erice, 1994, pp. 76-77).

La propuesta dramática goffmiana ha sido objeto de diversas críticas y observaciones; de hecho, el propio autor cambió con el tiempo sus planteamientos. Uno de los aspectos controvertidos de este enfoque es que parece reconocer que los actores optan por desarrollar un manejo estratégico de las impresiones que producen. Las apariencias ganan en importancia en tanto cuentan para la adquisición del prestigio social, más aún en un contexto como el de las sociedades occidentales, en el que las personas suelen disponer de un poder limitado para transformar sus vidas. Debido a ello, el planteamiento de Goffman ha sido interpretado como una forma de legitimar una especie de maquiavelismo social, presentando a los actores como *mercaderes de moralidad*. En ese sentido, Habermas considera que esta propuesta conlleva aceptar, de hecho, que el mundo público está dominado por la manipulación, mientras la sinceridad habría de quedar relegada al ámbito privado (Sebastián de Erice, 1994, p. 94). Sin embargo, como se ha señalado, el actor también incorpora las normas y valores sociales dominantes, y no suele ser indiferente respecto a la presión externa; de manera que la tendencia egocéntrica o la actitud manipuladora que pueda albergar el actor, se vería compensada por la influencia de los aspectos normativos vigentes en una sociedad.

Habermas sitúa la acción dramática dentro de su clasificación de los conceptos principales de acción: teleológica, estratégica, regulada por normas, dramática, y comunicativa (1987, pp. 122-124). La interacción social, desde esta perspectiva, consistiría en un encuentro entre los diversos participantes de manera que constituyen un público, representándose a sí mismo ante los demás. De este modo, el actor participa de la interacción mediante una *autoescenificación*, suscitando una imagen en el público que la contempla, entendiendo que puede controlar de alguna manera el acceso que tienen los demás a su propia subjetividad, ya que solo presenta un lado de sí mismo. La autoescenificación se distinguiría por su carácter expresivo, si

bien no se trataría de una acción de carácter espontáneo, sino estilizada, puesto que el actor pretende ser aceptado por el público de una determinada manera. Las cualidades dramáticas de la acción sin embargo serían, según Habermas, simplemente *parasitarias*, al estar montadas sobre la base de una estructura de acción teleológica, además de que puede adoptar rasgos estratégicos latentes, en la medida que el actor considere a los otros como oponentes, y no meramente como público.

Por otro lado, también puede reconocerse, de manera más positiva, cómo ese manejo por parte de los actores de las impresiones que producen, les puede ayudar a mantener el sentido de su propia realidad y su capacidad creativa (Sebastián de Erice, 1994, pp. 18-19). Así, según Manning (1976), en Goffman podría encontrarse una atinada aproximación a los problemas que ha de afrontar el hombre moderno, quien, tratándose de alguien que carece de raíces, intenta ganarse el respeto de los demás al mismo tiempo que su propia valoración personal. Puesto que los símbolos tradicionales de status han ido perdiendo valor, el lugar social que cada uno ocupe es algo que se está negociando permanentemente. El individuo se ve forzado de esta manera a mostrar a los demás, según el contexto en que se encuentre, diferentes *sí mismos*, por lo que ha de ser capaz de lidiar con los problemas de identidad resultantes de ese desdoblamiento cotidiano (Sebastián de Erice, 1994, p. 82). La identidad de una persona, sin embargo, no se reduce a los personajes que representa, puesto que en la base más profunda de cada uno existiría una conciencia de la identidad que trascendería el desempeño de los roles específicos, integrándolos en una biografía personal. Así pues, cabe distinguir analíticamente el actor del personaje representado (1994, pp. 91-92).

La actividad interpretativa de los actores conduce a la cuestión de la definición de la situación. Los diferentes actores, a la hora de interpretar lo que está sucediendo en un momento determinado, tienen en cuenta las experiencias de que disponen en situaciones similares, y articulan sus propias interpretaciones personales para posibilitar una definición compartida que dé lugar al mantenimiento de un acuerdo operativo, superando así la potencial vulnerabilidad de la situación. Este reconocimiento del predominio de la tendencia al consenso en la vida social es heredera del pragmatismo social que se encuentra entre los fundamentos filosóficos de la escuela de Chicago. Así, se entendería que los seres

humanos, en gran medida gracias al proceso de socialización, han aprendido a convivir para vivir mejor, lo que significa que están dispuestos a renunciar a determinados propósitos. De esta manera, si bien es cierto que la introducción de elementos novedosos en la situación puede provocar cierta inestabilidad, y aunque cada actor pueda, en cierta medida, tratar de controlar las situaciones en su propio provecho, generalmente se evitarán aquellos propósitos que amenacen con la disrupción, pues el actor trata de quedar bien ante los demás, por lo que suele manifestar la aceptación de los valores vigentes en la situación (Sebastián de Erice, 1994, pp. 44-45). En este sentido, los rituales -entendidos como elementos de comunicación repetitiva- ayudan a suavizar las tensiones y alcanzar el equilibrio, permitiendo que la interacción se desarrolle adecuadamente, mediante el sostenimiento de un *consenso operativo -working consensus-*, formado por una multitud de pequeños equilibrios precarios (Sebastián de Erice, 1994, pp. 132-133).

El predominio de la tendencia al equilibrio en el modelo goffmiano es objeto de crítica por parte de Sennett. quien denuncia que este planteamiento obvia la influencia que las fuerzas del desorden o el cambio pueden ganar en la búsqueda de los consensos. Así, desde su punto de vista, la visión defendida por Goffman sería fundamentalmente estática, presentado una serie de escenas que no llegan a vincularse entre sí, de manera que no existe un argumento que las conecte, carecen de historia. Pero justo por esa razón, apunta Sennett, tampoco existen personajes, sino que se trata simplemente de desempeñar una serie de roles diferentes en las variadas situaciones en que uno se encuentra, adaptándose a las mismas, pero sin comprometerse mucho en ellos. Por ello, en la concepción goffminana, Sennett encuentra, más que una teoría general de la sociedad, el síntoma de un problema que será abordado más adelante: el desapego moderno respecto a la vida pública (2002, pp. 89-91). En ese sentido, la actuación sería más bien la respuesta defensiva de los individuos para intentar manejar el miedo resultante de vivir en la gran ciudad, por lo que en realidad sería una manera de inhibir el comportamiento expresivo (Sennett, 1973, p. 4).

2.2.2 El recurso a la dramaturgia en Sennett: la configuración de un espacio impersonal

En la concepción de la vida social que defiende Sennett juega un papel destacado la idea de *teatrum mundi*, que entendería, en general, como la capacidad para aceptar las apariencias o para manejarse adecuadamente con las convenciones sociales, subrayando los vínculos existentes entre la vida cotidiana y el mundo de la representación teatral (1997, pp. 106-110; 2002a). Vinculado a esa imagen de la sociedad como teatro destaca su caracterización del hombre público como actor, por lo que se profundizará aquí en esta idea, en relación con el uso que realiza el autor de los conceptos de *rol*, *actuación*, y *convención*. Esta temática es desarrollada por Sennett fundamentalmente en *El declive del hombre público* (1977), en relación a la pérdida de equilibrio acontecida entre la vida pública y la privada.

En este ensayo Sennett analiza el proceso por el cual en el siglo XVIII, en las postrimerías del Antiguo Régimen, se desarrolló en Europa una forma de sociabilidad acorde a las imágenes del *teatrum mundi* y del actor social, las cuáles son susceptibles de ser empleadas, no obstante, con propósitos opuestos. De este modo, cabe identificar, como hizo Rousseau, a la sociedad urbana con el reino de las apariencias, donde el yo se diluye entre una serie de ficciones, de máscaras que muestra a los demás, con el objeto de triunfar socialmente; por ello, frente a esa vida artificiosa y vana, reivindicaba las virtudes de la vida sencilla. Pero, por otro lado, también cabe una visión más positiva de la actuación, que Sennett encuentra en Diderot, ya que permite desarrollar un tipo de sociabilidad a partir de la cual sería posible esbozar un modelo ideal de la vida pública urbana.

Sennett afirma que el recurso a la imagen de la sociedad como un teatro, pese a poder adoptar significados diferentes, sirve a tres propósitos fundamentales: primero, "introducir la ilusión y el engaño como cuestiones fundamentales de la vida social", segundo, "separar la naturaleza humana de la acción social", y por último, afirma que "las imágenes del *teatrum mundi* son estampas del arte que las personas emplean en la vida corriente" (2002a, pp. 87-88).

Respecto al primero, Sennett considera que la esencia del teatro consiste en una "suspensión voluntaria de la incredulidad" (1997, p. 105); es decir, es necesario aceptar el carácter ficcional de una representación para que ésta pueda desarrollarse y tener sentido; y algo similar ocurriría en la

vida pública en la medida que esta se asemeja al teatro: para participar adecuadamente de ella, habría que aceptar que no se está en el dominio propio de la sinceridad ni la autenticidad, ya que cierto grado de ficción e ilusión es imprescindible para que la vida social sea posible. Aún más, sostiene que *ilusión* no tiene porqué sugerir *irrealidad*, u oscurecimiento de la realidad, antes bien, la ilusión teatral sería la realización de un poder expresivo (2002a, p. 187).

El segundo, supone reconocer que dado que un actor puede representar diferentes papeles, adoptar máscaras diversas en diferentes escenarios, no se puede inferir cuál es su naturaleza a partir de la observación de su realización de un rol determinado (Sennett, 2002a, p. 88). Tal consideración implica que la verdadera naturaleza de un individuo no se refleja plenamente en el teatro social, puesto que sólo ofrece representaciones parciales de sí mismo. En cuanto al tercero, Sennett dice que ese arte que las personas usan en la vida diaria es el arte de la actuación, el cual ejecutan cuando desempeñan *roles* en público, para lo cual emplean máscaras (2002a, p. 88)¹⁵.

La idea de la sociedad como teatro va indisolublemente unida a la concepción del ser humano, en tanto que agente social, como actor. En este sentido, se entiende que cuando un ser humano participa en una situación social determinada, lo hace desempeñando un *rol* o papel adecuado a la misma (Sennett, 2002a, p. 83). Por ello, es importante discernir en qué sentido se emplea esta noción. Así se puede decir, siguiendo a Giddens, que suele aceptarse que los roles son “expectativas sociales que sigue una persona en determinada posición social” (2001, p. 59). Gerth y Mills los definían como unidades de conducta regular, destacando su carácter interpersonal, pues están dirigidos a las conductas de otros actores, manteniéndose por las expectativas, aprobación y desaprobación recíprocas (1984, pp. 30-31). Los funcionalistas defienden una visión estática de los mismos, al concebirlos como componentes fijos de la cultura de una sociedad, que dirigen el comportamiento de los individuos, que los interiorizan y aprenden a ponerlos en práctica en el proceso de socialización. Sin embargo, según observa Giddens, estos autores no llegan a apreciar que

¹⁵ Si bien en el pasado, apunta Sennett, la valoración de estos propósitos tuvo una orientación moral, el estudio de los roles en la moderna sociología ha tratado de observar la conducta humana desde parámetros *científicos*, desligándose de las cuestiones éticas. Tal separación obedecería al cambio de peso relativo producido entre la vida pública y la privada en los últimos dos siglos (2002a, pp. 88-89).

los individuos disponen de un margen de actuación, de creatividad, de manera que no se limitan a asumir pasivamente los roles dados, y más bien llegan a comprender los roles a través de un continuo proceso de interacción social (2001, pp. 59-60).

El sentido en que Sennett emplea la noción de *rol* se encuentra más próximo, como cabría esperar, al propio de la perspectiva dramaturgica, si bien añadiría elementos propios. Así, según Halloran, para Sennett representar un *rol* sería “actuar conforme a unas normas de corrección, pero también representar un patrón de creencia” (Halloran, 1981, p. 323)¹⁶. Sennett lleva a cabo la introducción de ese elemento de creencia que, como afirma Halloran, estaría ausente en la propuesta de Goffman. Así, Sennett afirma que los roles no se identifican simplemente con la conducta realizada, pues implican también unos *códigos de creencia*. La conducta de la gente no es una mera aplicación mecánica de unas pautas esperadas ante determinada situación, ya que interviene también la manera en que perciben sus propias conductas, las de los demás y las situaciones (2002a, pp. 83-84). De este modo, Sennett identifica esos códigos de creencia como la activación de la ideología -entendida como el conocimiento lógico de la vida social-, en la medida en que interviene conscientemente en la conducta de la persona (2002a, pp. 84-87).

Según la interpretación de Halloran, así pues, Sennett se mantendría cercano a la visión de Goffman en la medida en que reconocería que los actores sociales básicamente lo que hacen es adaptarse a las convenciones sociales, cumplir con lo que los demás esperan que hagan en el contexto en el que actúan, aunque admite que la introducción de la creencia le permite ir un paso más allá. Pero como se vio más arriba, justamente lo que Sennett reprochaba a Goffman es la imagen de unos actores distanciados de sus roles, que solo se implican parcialmente en la sociedad. En ese sentido, en mi opinión, puede entenderse mejor la importancia de los códigos de creencia para el sostenimiento de una actuación pública comprometida.

Cuando una persona está realizando un rol determinado, está actuando, y para que tenga sentido una actuación, ésta debe llevarse a cabo ante un *público*, y al contrario, pierde su razón de ser cuando trata de efectuarse fuera del ámbito público, en la intimidad (Sennett, 2002a, p. 74).

¹⁶Traducción mía. En el original: “to act in accordance with rules of propriety, but it is also to enact a pattern of belief”.

La introducción de la idea del ser humano como actor permite realizar una primera aproximación a una cuestión fundamental en la reflexión de Sennett: la distinción entre lo público y lo privado. Así, toma de la representación teatral esa noción del público como la audiencia formada por extraños. El lugar propio de la actuación es, por tanto, donde se encuentran los extraños, suponiendo una forma de relación social que debe mantener unas características propias, diferenciadas del tipo de relaciones que tienen lugar en círculos más íntimos.

Por ello, afirma Sennett que “la actuación, en términos de maneras, convenciones y gestos rituales representa la materia prima que da forma a las relaciones públicas, y de la cual las relaciones públicas derivan sus significados emocionales” (2002a, pp. 74-75). Entender al ser humano como actor supone reconocer que dispone de unas capacidades expresivas, que son activadas cuando se encuentra en presencia de extraños a través de la actuación, que puede consistir en la realización de determinados gestos rituales, maneras, o el cumplimiento de las convenciones sociales adecuadas. Pero ello no implica que se dé un distanciamiento pleno entre la persona que actúa y el rol que desempeña, ya que las actuaciones en público adquieren para los actores un *significado emocional*. De esta manera, las personas pueden sentirse implicadas en sus actuaciones y, por ende, en la vida pública, de modo que emplear un modelo teatral para caracterizarla no significa, desde este punto de vista, resignarse a que se trate de un ámbito dominado por el fingimiento y la distancia, sino que propicia un modo de interacción social válido por sí mismo, con unas características distintivas, y apropiado para el despliegue de las capacidades humanas.

En este sentido, cabe entender la valoración que hace Sennett de las convenciones sociales. Bajo la imagen del hombre público como actor subyace, dice Sennett, una concepción de la expresión como presentación de la emoción (2002a, p. 244). Para que la comunicación sea posible, es necesario que los sentimientos expresados tengan una forma y un significado en sí mismos, que no dependan de la pura subjetividad de los individuos. Deben adoptar, pues, la forma de una fórmula impersonal, de una *convención*, susceptible de ser repetida en diferentes ocasiones (2002a, p. 257). Para defender esta postura se apoya en la teoría sobre la actuación de Diderot. Así, afirma Sennett que “los actos sociales innatamente expresivos son aquellos que pueden repetirse. Los actos sociales

susceptibles de repetición son aquellos en los que el actor ha establecido una distancia entre su propia personalidad y el lenguaje o el atavío corporal que muestra a los demás" (2002a, p. 256). De esta manera, las convenciones sociales, en la medida que reclaman cierto distanciamiento del yo como actor respecto a su propia subjetividad, hacen posible la comunicación entre los extraños, sobre la base de un lenguaje común, compuesto por unos signos de carácter impersonal susceptibles de ser repetidos (Sennett, 2002a, pp. 253-254).

La valoración de la imagen del hombre como actor, de la actuación, y de los elementos convencionales e impersonales como sustento de la vida pública aparecen vinculados al contexto en el que ésta se desarrolla, es decir, la gran ciudad. Así pues, no es casualidad, como muestra Sennett, que en aquellos posicionamientos críticos con la teatralidad, con la actuación, y con el peso de las convenciones en la vida social, como es el caso de Rousseau, vaya acompañado de un rechazo al estilo de vida propio de la ciudad¹⁷. De este modo, su identificación de la vida social que se desarrolla en la gran ciudad con el teatro tiene por objeto denunciar la corrupción de las costumbres y la descomposición del yo que a su parecer provocaba esta forma de sociabilidad. Su peligro radicaría en que las interacciones no se producen ya como respuesta a las necesidades básicas para la supervivencia, sino que los individuos se abandonan al placer que la interacción produce por sí, en un ambiente dominado por la abundancia material y la ociosidad que ésta permite.

La ciudad que merece las desconfianzas de Rousseau era una urbe en la que debido a su tamaño y complejidad, sus habitantes no se conocían entre sí, de modo que resultaba fácil fabricarse una identidad propia; en un ambiente social caracterizado por el desconocimiento mutuo, las relaciones se volvían artificiosas y el engaño era moneda común (Sennett, 1973, p. 4; 2002a, pp. 268-270). Por ello, la caracterización roussoniana de la vida pública se sirve de la imagen del teatro a modo de denuncia: los hombres pierden su virtud natural cuando se convierten en actores, ya que en ese escenario social únicamente persiguen el aplauso, la aprobación, el prestigio que los demás le conceden (Sennett, 2002a, pp. 260-275).

¹⁷Huizinga considera que el predominio de un propósito moralizante en el uso de la imagen teatral -que según él se originaría con Platón- provoca un oscurecimiento del carácter lúdico que constituiría la base de la vida cultural (Huizinga, 2008, p. 17).

Sin embargo, lo que a mi juicio trata de hacernos ver Sennett es que cabe reconocer la posibilidad de una concepción del ser humano como actor y de la sociedad como si fuera un teatro que vaya más allá de la denuncia de una vida social compuesta de apariencias y máscaras, reconociendo un valor positivo en el desarrollo de una cultura pública a partir de la creación de un conjunto de convenciones en la medida en que permite la comunicación entre extraños, y que propicia el desarrollo de una dimensión pública en la vida de los seres humanos, mediante la activación sus capacidades expresivas. Lo que trata de defender este autor es que la vida pública tiene un valor y una sustancia propios, por lo que urge delimitar cuáles son sus características y virtudes. Desde esta perspectiva, el problema surge cuando emerge la confusión entre el ámbito privado y el público, y entre la conducta pública y la privada.

Como se ha podido observar, Sennett hace explícitas sus diferencias respecto a la concepción de la dramaturgia que planteó Goffman, en la que cabría encontrar también cierta actitud de desconfianza hacia la vida urbana, si bien distinta a la mostrada por Rousseau, pues en el caso de Goffman le habría llevado a identificar la actuación como una forma de manejar los temores que provoca la misma (Sennett, 1973, pp. 4-5). Sin embargo, Sennett se esfuerza por superar esos recelos elaborando una interpretación alternativa de la actuación. Así, si a su modo de ver Goffman presenta una visión estática de los roles, Sennett sostiene que los actores mantienen una relación viva y dinámica con sus roles, que la gente aprende de las representaciones que lleva a cabo, por lo que sus actuaciones no son predecibles, pues no están plenamente pre-fijadas normativamente. Como en el teatro, el personaje *-character-* emerge en el curso de la actuación (1973, p. 5).

Para reforzar su argumentación se apoya en la visión de la actuación ofrecida por el director teatral Grotowsky (1968), ya que presentaría la imagen de un actor más activo y dinámico que el goffmiano. Así, sostiene que a base de actuar y contemplarse a uno mismo actuando, más consciente se vuelve el yo de sí mismo, aprendiendo a juzgar mejor las actuaciones que observa y a hacer elecciones sobre los roles. Cuanto más se explora a sí mismo como actor, menos adecuadas le parecen las máscaras que adopta, ganando una conciencia más clara de la artificiosidad de la vida diaria. De esta manera, según Sennett, es como Grotowsky mostraría que la actuación

puede ayudar a despertar la conciencia del yo, de manera que aceptando y activando la capacidad de actuar puede desarrollar una actitud crítica con su sociedad (Sennett, 1973, pp. 6-7).

La forma de adquisición de la auto-conciencia mediante el aprendizaje de la actuación requiere de una ciudad abierta y diversa, que ofrezca diversos escenarios de actuación, para que el individuo pueda participar de variados microcosmos sociales. Pero, reconoce Sennett, la ciudad puede representar un peligro, en la medida en que “los personajes que no logran la auto-conciencia de su actuación son aplastados por la complejidad y la hostilidad de la vida urbana” (1973, p. 9)¹⁸. Es decir, la gran ciudad presenta ocasiones para el desarrollo personal y social, pero aparecen también como retos y exigencias para un *yo* que no necesariamente ha de estar listo para afrontar. Ello explicaría, entiende Sennett, el predominio de las actitudes defensivas hacia la vida urbana.

A partir de estas observaciones pienso que puede ir aclarándose cuál es la concepción de la actuación atribuible a Sennett. Así, en primer lugar, acepta la equiparación entre el teatro y la vida social, especialmente adecuada para el escenario urbano, como medio para lograr una mejor comprensión tanto de la vida pública urbana como del ser humano en tanto que ser social. Por otro lado, la equiparación de la vida social que se desarrolla cotidianamente en las grandes ciudades con el teatro ha servido, según muestra Sennett, para resaltar sus supuestos aspectos negativos: así, Rousseau desdeñaba la artificiosidad y falsedad que atribuía a la vida social compleja para reivindicar las virtudes de una sociedad y un ser humano más sencillos; por su parte, Goffman, entendería la actuación como una estrategia defensiva ante los peligros de la gran ciudad, ofreciendo a la postre una visión estática de la actuación.

Sennett, en cambio, entiende que la actuación es más rica y constructiva de lo que a su juicio consideraron estos pensadores, lo que puede contemplarse tanto a nivel social como personal. Así, la creación colectiva de un conjunto de convenciones conlleva el desarrollo de una forma de sociabilidad que permite la comunicación entre los desconocidos, mientras que la participación del individuo en esa vida pública como actor que desempeña roles, le permite desplegar una serie de capacidades que

¹⁸ Traducción mía. En el original: “the characters who do not become self-conscious about their role-playing are crushed by the complexity and harshness of city life”.

difícilmente pueden ser activadas en un ambiente social más sencillo, entendiéndose que el actor es un agente activo y autónomo que mantiene una relación dinámica con sus roles y con el mundo público. Una de las virtualidades que ofrecería el modelo dramaturgico sería la distinción del dominio público respecto a la esfera privada, como un espacio dominado por la impersonalidad, que le impone unas leyes y unos rasgos propios.

2.3 La ciudad como el escenario del desarrollo del carácter cosmopolita

Este capítulo ha permitido llevar a cabo una primera aproximación a la comprensión de la interacción social que ofrecen los textos de Sennett, pudiendo extraer ya algunas ideas que se profundizarán en los capítulos siguientes. La primera conclusión es que este autor no pretende ofrecer una teoría general sobre la vida social, pues se fija en una expresión concreta de ella, considerada de especial relevancia: la que se desarrolla en los contextos urbanos modernos. El interés de esta perspectiva residiría en que la ciudad densa y heterogénea ofrece a la sociabilidad humana unas posibilidades de desarrollo y creatividad que no se dan en entornos más sencillos y homogéneos. Un ambiente rico y complejo, en cambio, presenta un elemento disruptivo: en él el ser humano se ve empujado a interactuar con otros seres que son diferentes, a los que incluso no cabe aplicar los esquemas clasificatorios habituales, ya que son extraños.

La ciudad, desde esta perspectiva, se muestra tanto como el marco en el que es posible desarrollar experiencias sociales complejas como fuente, por ello mismo, de problematicidad. Sin embargo, la complejidad intrínseca a la sociabilidad urbana es valorada por Sennett de manera positiva, en la medida en que considera que participando de ambientes sociales estimulantes es cómo mejor puede desarrollarse el carácter, ya que este el individuo ve impelido a salir del ambiente conocido e interactuar con las diferencias, al tiempo que se van desarrollando de manera conjunta formas de sociabilidad más elaboradas, afrontando los problemas que necesariamente surgen del encuentro de las diferencias. En este sentido, cabe entender la apreciación que lleva a cabo de la idea del cosmopolitismo, en tanto que apunta al ideal de un ser humano capaz de moverse entre las diferencias, de aprender del trato con los extraños, lo que le permite liberarse de las ataduras de una identidad rígida, desarrollando en cambio, un carácter más flexible y abierto.

Uno de los rasgos definitorios del pensamiento de Sennett es precisamente ese tránsito continuo entre lo social-institucional y lo personal, que cobra cuerpo en la comprensión de un ser humano socialmente orientado, entendiendo que el despliegue de sus capacidades que permite ir realizando su propia maduración personal se realiza eminentemente involucrándose en la actividad cotidiana que se desarrolla en contextos sociales complejos. Por ello, es importante dilucidar qué tipo de escenario social e institucional es el que facilita mejor el despliegue de la sociabilidad, incitando a los individuos a participar de la vida pública que tenga lugar en él.

Según se expondrá en el siguiente capítulo, la ciudad permite el surgimiento de un espacio público, como un ámbito diferenciado de aquel en que tienen lugar las relaciones íntimas o las interacciones más sencillas, puesto que ahí tienen lugar con personas más o menos conocidas o más fácilmente clasificables. El espacio público urbano, en cambio, es el territorio poblado por los extraños, en el que no sirven ya las reglas que rigen en la esfera privada, o en contextos sociales más sencillos, y en el que los participantes han de ir creando y recreando unas reglas nuevas, adecuadas a las características del ámbito público.

En relación a la configuración de ese dominio diferenciado juega un papel destacado la concepción del hombre público como actor. Sennett aparece como continuador de la escuela dramática, si bien lo hace desde su perspectiva particular. Entender que el hombre público es un actor supone, en el caso de este autor, apreciar que situado ante un público de extraños puede desplegar sus capacidades expresivas a través de la actuación, que implica la representación de un determinado rol y la aceptación de un conjunto de convenciones sociales de manera que se haga posible la comunicación entre los extraños. El distanciamiento del actor respecto a su propia personalidad íntima le permite, no obstante, una mayor implicación en su actuación, un mayor compromiso con el sostenimiento de una vida pública autónoma, articulada de este modo, precisamente en torno al principio de impersonalidad. Sin embargo, el actor no se limita a repetir pasiva y acríticamente unas convenciones recibidas, ya que participa activamente en la recreación de las mismas, estando capacitado para juzgarlas críticamente, contribuyendo así a la renovación de la vida pública. De esta manera, se refuerza la implicación recíproca entre el desarrollo

personal, mediante la actuación -que incide en la capacidad humana para automodelarse, mediante el distanciamiento del rol-, y la recreación de un dominio público adecuado para el mismo.

En definitiva, la ciudad densa y heterogenea ofrece unas virtudes adecuadas para el cumplimiento del modelo de desarrollo personal que nos propone Sennett. Los valores que nutren esa concepción del ser humano -la autonomía, la sociabilidad, la cooperatividad-, señalan conjuntamente hacia un horizonte social que presenta una características peculiares, como la densidad, la heterogeneidad, la complejidad, la dinamicidad, o la conflictividad, que son las que permitirían el desarrollo de una sociabilidad compleja entendida a su vez como una vía fundamental e ineludible para la propia maduración personal. Por ello, cabe afirmar que el ideal humano sennettiano es eminentemente cosmopolita, ya que entiende que los ambientes sociales uniformes resultan empobrecedores, en tanto no permiten una activación completa de las facultades humanas, propiciando por el contrario una comprensión estrecha de su propia realidad. En cambio, el trato con los extraños requiere de unos esfuerzos expresivos y de comprensión mutua por parte de los individuos que actúan como estímulos y retos que les permiten ir evolucionando como seres humanos plenos, ya que el carácter se forja mediante el compromiso con la problematicidad.

Capítulo 3- El dominio público

En el capítulo anterior se ha expuesto que la caracterización que lleva a cabo Sennett de la interacción social compleja implica la conformación de un espacio nuevo, de carácter público, en el cual se encuentran e interrelacionan los desconocidos. Este capítulo permitirá profundizar en esa noción de un dominio eminentemente público, distinguible de la esfera íntima, y de raigambre netamente urbana, en el cual pueden interactuar las distintas identidades, estilos de vida o intereses que componen una sociedad compleja. Por otro lado, se intentará discernir cuál es el objetivo final que este autor persigue con su análisis de la vida social contemporánea, es decir, si sus escritos están guiados por una intención eminentemente crítica -en el sentido que otorga la Escuela de Frankfurt-, si se queda en el nivel de lo descriptivo o bien trasluce una intención meramente reformadora de lo social.

Según el análisis de Sennett, la formación de tal dominio público no sería posible en unas condiciones de homogeneidad y sencillez, propias de un ambiente social básico. En la gran ciudad, en cambio, la necesidad de ordenar la ocupación y uso del espacio físico compartido, así como de regular las relaciones entre los diversos grupos e individuos, de ponderar los variados intereses que entran en juego, empuja a los urbanitas a intentar establecer algún tipo de orden, a partir del cual hacer viable la convivencia. La comprensión de dicho dominio estará unida estrechamente a la noción de cosmopolitismo, en tanto propicia el despliegue de las capacidades sociales de los individuos. Por otro lado, la definición de lo público requiere su delimitación de lo privado, pero la relación entre los dos ámbitos, lejos de ser fija y clara, es variable y compleja.

Este capítulo, pues, se adentra en el estudio de diversos escritos de Sennett, para indagar si es posible extraer una definición original y coherente sobre la noción de dominio público y, a partir de ahí, indagar si es posible arrojar nuevas luces sobre el debate en torno a lo público. En primer lugar, se presentará la interpretación de Sennett sobre la formación del concepto de lo público en el pensamiento occidental; a partir de ahí se profundizará en la concepción propia del autor, mostrando su relación con las propuestas de Arednt y Habermas, y destacando sus ideas distintivas.

3.1 La formación del dominio público

En occidente, la formación de un espacio público diferenciado ha sido resultado de un proceso histórico, ligado a una creciente urbanización desarrollada en los últimos siglos. Su configuración se revela como fuente de problematicidad, por lo que el pensamiento social se esfuerza por dar razón de la misma. Según expone Sennett, existen dos enfoques básicos a la hora de tematizar estas cuestiones: el que sigue una orientación netamente política y el que despliega una comprensión más próxima a los aspectos culturales de la actividad cotidiana en un dominio público.

3.1.1 Los orígenes históricos del debate sobre el dominio público

La concepción dominante sobre el dominio público no es fija, sino que ha ido modificándose con el tiempo, debido en parte a la necesidad de dar respuesta a los cambios que se han ido produciendo en las relaciones entre la política y la economía con la vida urbana y el diseño de las ciudades. De hecho, apunta Sennett, en el presente se estaría produciendo un nuevo giro, debido al diferente tipo de relaciones con la ciudad que establece el Nuevo Capitalismo (2003, p. 380). Para entender mejor la complejidad inherente a esta noción considero adecuado acercarse brevemente a los orígenes e historia de la misma, reflejando sus vínculos con las nociones de *lo* público o *el* público, para lo que se dará prevalencia a la interpretación que ofrece Sennett, recurriendo a Bridge y Watson (2006) para complementar su argumentación. En su exposición Sennett trata de conjugar dos usos del término *dominio público*: éste puede tener un sentido predominantemente político, vinculado a la noción de poder, pero también puede aparecer en relación al surgimiento y desarrollo de una forma de sociabilidad específicamente urbana.

Así pues, según Sennett (2002), los primeros usos en inglés del concepto de lo *público* lo identificaban con el bien común o la cosa pública, en un sentido más bien político. Alrededor del siglo XVII empezaba a concebirse ya en relación a la sociabilidad, definiéndose como aquello que se encuentra abierto a la observación general, a la consideración de cualquiera. De esta manera, empezaba a marcarse su distinción respecto a lo *privado*, que se refería al espacio de la vida que se desarrolla junto a la familia y amigos. Por esa época, en Francia pasó a designar la audiencia de las obras de teatro *-el público-*, refiriéndose, mediante la expresión “le corte e la ville”,

a un grupo reducido de personas que habían prosperado con sus actividades mercantiles, y que para lograr introducirse con éxito en la vida cortesana, trataba de disimular sus orígenes plebeyos adquiriendo los modales aristocráticos.

Sin embargo, un sentido más amplio de lo que era *el público* fue surgiendo conforme crecían ciudades como París o Londres, ya que en ellas empezaban a relacionarse grupos diferentes de la sociedad, destacando una burguesía ascendente que ya no mostraba interés en ocultar sus orígenes. Así pues, el concepto de *público* adquirió por entonces el significado básico que habría mantenido hasta nuestros días, que según Sennett: “no aludía solamente a una región de la vida social localizada al margen del dominio de la familia y los amigos íntimos, sino que aludía también a que este dominio público de desconocidos y extraños incluía una diversidad de personas relativamente amplia” (2002a, p. 48) La ciudad se convertía en el foco de esa vida pública, pues en ella los diferentes grupos se veían impelidos a entrar en contacto¹⁹.

Sennett reconoce que la definición política del concepto de espacio público se produjo en tiempos de la Revolución Francesa, refiriéndose al cambio de ubicación y constitución del poder que estaba teniendo lugar por entonces, pasando de la corte a la ciudad, y pasándose a concebir como un objeto auto-constituyente. Kant y Hegel definieron el dominio público, según este autor, en términos de impersonalidad, por lo que se presentaba un problema inédito: ¿cómo podía ese reino impersonal ser auto-constituyente?²⁰ Hegel lo resolvió identificando lo impersonal con lo racional, lo que le llevó a distinguir lo *público*, como lugar de acción de del Estado, de lo *civil*, como el reino de los intereses particulares y de las relaciones cara-a-cara. La sociedad civil hegeliana sería así un espacio de irracionalidad, fracturas y parcialidades, pues no podía brotar de ella una ley universalizable, de manera que lo racional quedaba restringido a lo legal-estatal (Sennett, 2003, p. 380). Pese a la rigidez de la separación establecida

¹⁹ Sartori, por su parte, sitúa la emergencia de la opinión pública, indicando su cariz netamente político, en los albores de la Revolución de 1789. Esta opinión pública se caracterizaría, según este autor, por referirse a una opinión generalizada y difusa que se dirige a objetos y materias de naturaleza pública, es decir, a la *res pública*, porque es sostenida y difundida por un *público* de ciudadanos, por tratarse de primordialmente de una opinión *-doxa-* y por tanto no de un saber o ciencia *-episteme-*, aun cuando incluya elementos informativos (1992, pp.149-151).

²⁰Es interesante recordar, ya que no es explicitada por la argumentación de Sennett, la noción kantiana de *uso público de la razón*, que invita a someter los propios juicios al examen del gran público, y que, como sugiere Granja, permite asentar la legitimidad del poder democrático (Granja, pp. 208-210).

por Hegel, Sennett trata de demostrar cómo, durante el siglo XIX, el desarrollo de la sociedad urbana impulsó el surgimiento de una forma de racionalidad que posibilitaba la sociabilidad entre los extraños, al margen del control político, mediante la formación de una cultura pública de índole impersonal.

El crecimiento experimentado por las ciudades, especialmente París y Londres, durante la Revolución Industrial, estaba creando una realidad nueva, que comportaba un conjunto de problemas a los que se trataba de dar respuesta tanto desde la teoría social, como de las instancias encargadas de la planificación urbana y la prestación de servicios públicos. El crecimiento demográfico de la ciudad no suele ser interno, siendo impulsado más bien por la llegada de una masa de población inmigrante heterogénea. En este caso, se trataba de una población rural joven en busca de oportunidades, pero también de libertad. Así se da lugar a la formación de una muchedumbre densa y anónima, en la que es difícil conocer los orígenes, posición o intenciones de cada cual (Sennett, 2002a, pp. 291 ss.).

La formación de estas urbes modernas permite la aparición de nuevas formas de relación, que desafían las ligazones que conformaban el tejido social tradicional, y dan lugar a la aparición de nuevos espacios de encuentro, pero también provocan la aparición de una sintomatología social y personal que lleva a interrogarse sobre sus causas, desarrollos y posibles soluciones. En este sentido, como muestran Bridge y Watson, Tönnies percibió que la vida urbana moderna rompía con los lazos comunitarios tradicionales, favoreciendo en su lugar un tipo de relaciones especializadas y unidimensionales, según la forma de la asociación (2006, p. 369).

Pero fue Simmel quien más profundizó en la reflexión sobre las características de este nuevo fenómeno urbano, jugando un papel clave en la definición del *public realm* como un espacio público urbano. Así, según Sennett, percibió que la ciudad se distingue por ser el lugar en el que habita la alteridad y la extrañeza, donde nos encontramos rodeados de gente que no podemos clasificar. El encuentro con la multitud presentaba un carácter ambiguo, ya que ofrecía una nueva clase de libertad, al permitir liberarse de las categorías que identificaban al individuo, que podía refugiarse en el anonimato. Por ello, la masa tenía una fuerza atrayente, que transmitía una carga emocional a los individuos (Sennett, 2002b, p. 43). Pero, al mismo tiempo, el individuo que se zambullía entre la multitud urbana se veía

asaltado por una sobrestimulación que debía manejar. Para defenderse de ella, de la densidad amenazante de la ciudad, sus habitantes crearon una *máscara de racionalidad*, según Sennett, permitía llevar a cabo intercambios neutrales entre extraños, manteniendo un estado de equilibrio. Esas formas de relación de carácter impersonal permitían, pues, integrarse en la vida urbana.

Así pues, siguiendo la interpretación defendida por Sennett, Simmel, a diferencia de Hegel, concibió la racionalidad como un constructo social, creado a partir de la actividad propia de la vida diaria en la ciudad, vinculándola, no a leyes universalizables, sino a un tipo de cualidades del comportamiento que permiten manejar a la gente el caos de impresiones físicas que les abordan en la ciudad y, en definitiva, poder vivir en ella (Sennett, 2003, pp. 380-382). Y, de esta manera, al reintroducir la racionalidad en el ámbito propio de una sociedad civil urbana, estaría cuestionando la separación que se habría efectuado con Hegel entre lo público y lo civil.

Sin embargo, la creación de esa máscara se consigue a costa de rebajar la información ofrecida por cada uno. Para controlar la ansiedad que provoca el encuentro con desconocidos, cada uno se identificaba a sí mismo ofreciendo algunas pistas sobre su identidad, limitándose a esa auto-representación, de manera que los demás supieran que no iban a ser invadidos. Esta condición protectora alienta una forma de cosmopolitismo, que surge del confort que se siente entre extraños, pues su presencia supone un tipo de estimulación que no exige identificación con ellos. De este modo, este cosmopolitismo simmeliano consistiría en una mezcla de diferencia e indiferencia.

Como indica Sennett, la cuestión de la indiferencia social había sido ya tematizada por Tocqueville, quien observó cómo el individuo moderno permanecía absorbido por los asuntos propios de su esfera íntima, y cuando se encontraba fuera de ese ámbito, pese a mezclarse con sus conciudadanos, no era capaz de sentirlos, manteniéndose ajeno a sus destinos. Sin embargo, para Simmel la indiferencia no sería meramente destructiva, pues se trataba de un ingrediente necesario para el sostenimiento de ese ámbito público de carácter cosmopolita (Sennett, 2008).

En resumen, Simmel observó cómo los habitantes de las ciudades creaban una forma de racionalidad que aportaba orden a la caótica vida

urbana, que permitía interaccionar con extraños a la vez que ofrecía protección. De esta manera, se conformaba una vida cosmopolita, que se nutría de las diferencias y de cierta indiferencia. La densidad urbana de las ciudades industriales, presentaba un aspecto complejo y contradictorio. Los problemas que ocuparon a Simmel, son los que en buena medida heredará el pensamiento del siglo XX.

Sus planteamientos fueron recogidos por los autores de la Escuela de Chicago, quienes notaron que la experiencia de la alteridad estaba teniendo lugar en unas ciudades que estaban recibiendo una forma particular, producto de un capitalismo burocrático y monopolístico que se institucionalizaba y solidificaba en la ciudad. Esta burocratización racionalizadora, que revelaba la división del trabajo, suponía una segunda forma de cosmopolitismo, que coexistía con el que surgía del trato con la alteridad. Según Sennett, Wirth logró cierta reconciliación entre ambas formas mediante la noción de *identificación temporal* -*temporary identification*-, al afirmar que en la vida urbana moderna no cabe la existencia de una identificación exclusiva y perdurable, ya que los individuos se ven abocados a desempeñar roles segmentados para responder adecuadamente a la variada estimulación que manejan en su discurrir cotidiano por los distintos espacios de una ciudad fragmentada (Sennett, 2002b, pp. 43-44 y 1991, p. 158).

Estos autores, pues, siguiendo la senda abierta por Simmel, afirmaban que la ciudad era el lugar donde, sobre todo, podían experimentarse las diferencias; al sobrepasar los límites del círculo familiar, los individuos recibían una gran variedad de estímulos, incitándoles a difuminar las limitaciones del *yo*. La provocación de la otredad tenía lugar cuando se habían aflojado las conexiones íntimas que ligan a los individuos, cuya rigidez en un ámbito cercano impedía el afloramiento de la diversidad, e incluso de la desviación, que encontraba, en cambio, un terreno más apropiado en el anonimato proporcionado por la multitud (Sennett, 1991, pp. 157-159). No obstante, la otra cara de la densidad heterogénea de la ciudad es que amenaza con conducir a sus habitantes hacia la alienación y la anomia, ya que las facilidades -de movimiento, consumo, etc.- que podía ofrecer la ciudad no estaban a disposición de todos de la misma manera: muchos se veían abocados al abandono social (Bridge y Watson, 2006, p. 369).

3.1.2 Tres concepciones del dominio público: Arendt, Habermas, *escuela performativa*

Sennett establece un diálogo con otras versiones del espacio público, a partir de la problematización suscitada por Simmel sobre la represión vinculada a la racionalidad pública. Según Sennett surgen dos tipos de respuesta a esta cuestión: una de signo marcadamente político -representada por Arendt y Habermas-, mientras la escuela performativa -con la que se identifica- privilegia un enfoque cultural (Sennett, 2008, y 2003, p. 382). Para enriquecer el tratamiento de la cuestión se recurrirá a la clasificación de Benhabib, ya que puede complementar en algunos aspectos la del sociólogo estadounidense, incluyendo la propuesta liberal.

Así pues, la primera versión sería la ofrecida por Hanna Arendt, quien concebiría el dominio público de forma eminentemente política, como un espacio en el que debe reconocerse la igualdad de todos los ciudadanos, expresada en la igualdad de discurso. Para que tal igualdad participativa sea posible es imprescindible trascender la identidad particular. Así, se requiere dejar atrás tanto las especificidades como los intereses de cada cual, pues éstos son los que en la vida diaria originan las desigualdades y las exclusiones -de este modo, habría que dejar al margen las cuestiones de género, étnicas, de clase, de estilo de vida, etc.-.

Arendt concibe la política como un proceso de alumbramiento, al que denomina *natalidad*, mediante el cual los ciudadanos se desprenden de la carga del pasado y, a través del debate, crean las condiciones de su propia libertad y un nuevo tipo de identidad, propiamente adulta, de carácter político, y liberada ya del peso de los orígenes. Esta concepción de lo público, observa Sennett, se aviene bien con el marco de la ciudad, pues su condición básica de impersonalidad permite conformar una existencia en común para cuyo ordenamiento pueda apelarse a principios racionales de justicia, sin tener ya que someterse al recurso de una historia compartida o las costumbres idiosincráticas de un grupo determinado²¹.

No obstante, Sennett considera que tal planteamiento conlleva también una vuelta a la separación de la sociedad civil respecto a lo público-

²¹El aprecio de Arendt por la gran ciudad se explicaría por su propia experiencia personal como exiliada en Nueva York. La vivencia judía del desarraigo y la persecución también influyó en su concepción de la formación del espacio público (Sennett, 1991, pp. 165 ss.).

político que residía en el planteamiento hegeliano, en tanto aquella es el lugar de la diferencia de intereses u ocupaciones -así, presta especial cuidado en excluir el trabajo de la vida pública-. Por otro lado, también rechazaría la caracterización del *simmeliana* del dominio público, en tanto introduce la poderosa influencia del capitalismo en las relaciones públicas. Desde la óptica de Arendt, tal aceptación conduciría a permitir que los más poderosos colonizaran el espacio público, cuando de lo que se trata es de empoderar a los que no lo son a través del discurso, en busca de esa igualdad que ha de caracterizar el espacio público (Sennett 2001, pp. 165 ss.; 2003 pp. 382-383; y 2008)²².

Sennett considera que la visión del dominio público que ofrece Habermas enriquece en ciertos aspectos la de Arendt, pues abre la puerta a la reintroducción de las cuestiones económicas, laborales, de clase o personales, posibilitando la presencia de diversos tipos de identidades en el espacio público. Además, no delimita necesariamente la existencia de este espacio a la presencia física de la urbe, pues con el término *public space* puede hacerse referencia a cualquier medio o evento que incite a la producción de una comunicación abierta entre extraños (Sennett, 2008)²³.

Sennett entiende, sin embargo, que el planteamiento habermasiano descansa también sobre cierta idealización, pues supone que gracias al flujo libre de información, conforme los discursos van volviéndose más interactivos, los individuos van tomando más conciencia de los intereses de los otros, y van apareciendo comprensiones compartidas e incluso propósitos comunes. De esta manera, el propósito de una teoría de la acción comunicativa sobre un espacio público sería propugnar un proceso mediante el cual la gente va volviéndose capaz progresivamente de separar la naturaleza de los intereses respecto a sus propios intereses particulares. Según la interpretación que defiende Sennett, Habermas consideraría a diferencia de Arendt que a mayor diversidad y mezcla de diferentes intereses en el espacio público, más completo y racional será el proceso discursivo. No obstante, existirían, a su juicio, importantes presunciones compartidas por ambos planteamientos: así, la conformación de lo público

²²Otro problema que advierte en la propuesta de Arendt es que su inspiración en la polis clásica como modelo para su idea de democracia, se invalida cuando se confronta con la realidad de las ciudades actuales (Sennett, 1997, p. 175).

²³De esta forma, los periódicos, los cafés o internet pueden representar ocasiones para el desarrollo de este tipo de interacciones.

se trataría de una actividad que es clarificada a través de la comunicación entre extraños y purificada del interés propio a través del esfuerzo comunicativo. Pero, tal perspectiva implica privilegiar, observa Sennett, la razón pública sobre la vida privada, puesto que el discurso entre personas íntimas sería menos completo, racional y objetivo que el que se produce en el espacio público impersonal (Sennett, 2003, pp. 383-384).

Sin embargo, considero que cabe cuestionar algunos aspectos de la interpretación que ofrece Sennett de Habermas. Así, la noción habermasiana de razón pública da lugar a diferentes usos que se corresponden a tipos de discursos diferentes -empírico-pragmáticos, ético-políticos y moral-prácticos-, reconociendo el papel que juegan los propios intereses, valores o preferencias en la configuración de los discursos prácticos. Esos intereses siempre son negociados y renegociados, llegándose en muchos casos a soluciones de compromiso (Habermas, 2000, pp. 117-126).

El tercer enfoque a que se refiere Sennett coincidiría con la corriente de pensamiento que suele etiquetarse como *performative school* o *dramaturgical school*. A diferencia de los planteamientos anteriores, los pensadores de esta escuela se distinguirían por adoptar un enfoque más cultural que político, fijándose más bien en los detalles comportamentales de la vida cotidiana, y en relación a ello, tratarían de liberar el espacio público de la hegemonía de las cuestiones de racionalidad. De este modo, prestan atención a cómo los extraños se expresan entre sí, cómo se comunican emocionalmente aquellos que no se conocen, cómo se transmiten información. Como se expuso en el capítulo 2, para comprender el comportamiento en público se sirven del teatro como modelo, mediante un método antropológico que compara las formas de expresarse en el escenario y en la calle, que se inscribe en la tradición del *teatrum mundi* y que se ejemplificaría en la teoría del *role playing* de Goffman o en las nociones de teatralidad desarrolladas por Geertz o el propio Sennett (Sennett, 2003, pp. 384-386).

Estos autores, por tanto, consideran que el comportamiento en público consiste en una especie de auto-dramatización -*self-dramatizing*-, de manera que un individuo, cuando pretende comunicarse con extraños, se dirige a ellos de manera similar a como lo hace un actor desde un escenario. Situado allí, el actor trata que el papel que interpreta, que las emociones que transmite, resulten creíbles para el público. En la vida cotidiana, los

procesos de transmisión e intercambio de información no funcionarían de un modo neutral, sino que serían activados por una fuerza retórica y expresiva, puesto que se trata de generar escenas creíbles, de manera que el otro se sienta impelido a tomar esa información y a responder a ella²⁴.

Como ejemplo de este tipo de enfoque, cabe mencionar nuevamente *El declive del hombre público*. Entre los temas allí tratados Sennett incluye un estudio sobre cómo en los cafés del siglo XVIII gente de variados orígenes y posiciones podía encontrar un espacio compartido de interacción, mediante la creación de un modo de lenguaje altamente artificial y teatral, que permitía actuar en esos lugares *como si* esas diferencias no existiesen, produciendo una suspensión temporal de la incredulidad. De esta manera, sirviéndose de los poderes de la elocuencia, podía transmitirse información libremente, llegar a acuerdos, establecer relaciones comerciales, etc. (Sennett, 2002a, pp.188 ss.; Bridge y Watson, 2006, p. 369).

A juicio de Sennett, este tipo de aproximación es el más adecuado para tratar las cuestiones relativas a la diferencia, puesto que aquí no se pretendería trascenderlas ni superarlas, sino que se valoraría cómo las distintas maneras en que las convenciones que guían los comportamientos de la gente en público se sostienen sobre la manera en que manejan y reconocen las diferencias concretas relativas a la posición laboral o de clase, el grupo étnico, el sexo, la preferencia sexual, etc. El medio por el que cada uno, desde sus propias diferencias, se enfrenta y reacciona ante esa complejidad es mediante una auto-dramatización que consideran adecuada, tratándose, de este modo, del elemento clave del comportamiento en público, el principio creador de la vida pública.

Este interés por el comportamiento expresivo que desarrollan las personas en público les lleva a atender aspectos de la vida cotidiana que suelen ser desechados por la teoría social por intrascendentes, como las

²⁴ Como se expuso en el Capítulo 2, apartado 2.2.1, Habermas efectúa una crítica del modelo dramático de acción de Goffmann, ya que parece implicar aspectos estratégicos. Así, el hecho de que el actor trate de crear un personaje convincente, puede convertirle en un *mercader de moralidad* maquiavelano. La sinceridad quedaría relegada al ámbito privado. Además, tal postura implicaría tomar el mundo social, simplemente, como un hecho social dado (Habermas, 1987, pp. 125-135; Sebastián de Erice, 1994, pp. 94-95). No obstante, cabe observar que la escuela dramática trata de resaltar los elementos más positivos de la actuación en público, en tanto facilita el encaje de los diversos intereses y estilos de vida, propiciando la generación de un *orden moral* sobre la heterogeneidad urbana (Sennett, 1991, pp. 157-160). Ese aspecto constructivo parece bastante evidente en el caso de Sennett, quien veía en el desarrollo de las potencialidades expresivas la capacidad de salir del ensimismamiento narcisista, de abrimos al exterior desarrollando nuestro carácter. De esta forma, la concepción de la acción pública como acción dramática tendría efectos positivos tanto en el plano social como en el personal.

formas de vestir, saludarse, comer y beber, los gestos que se realizan en presencia de extraños, las maneras de mirar, qué lugares son apropiados para el acercamiento o para mantener la distancia, etc., pues son aspectos significativos de la interacción real y, como afirma Sennett, serían estas minucias del comportamiento las que compondrían el espacio público (2008).

Esta aproximación, no obstante, según reconoce el propio Sennett, puede parecer más apropiada para el tratamiento de la interacción a pequeña escala, a un nivel meramente local, que para abordar la cuestión de lo público desde una perspectiva más amplia o con pretensiones universalistas. Sin embargo, se acomoda bien al estudio de la cultura urbana, pues ésta se genera, según Sennett, más que a partir de procesos comunicativos como los que describiría Habermas, mediante la creación, recreación y transformación de formas rituales. La formación y ejecución de esos rituales cotidianos tiene que ver con la propia experiencia de la gente, y lejos de presentar un carácter estático, suelen evolucionar gradualmente (Sennett, 2008).

La dinamicidad de esos comportamientos expresivos y rituales, no obstante, depende en buena medida de la calidad de los espacios en los que se desarrollen. Por ello, en esta escuela se interesan por buscar aquellos tipos de espacios que sean más estimulantes, de manera que favorezcan el que las personas puedan percibir y reaccionar ante las diferencias, actuar con aquellos que son diferentes, es decir, que provoquen la activación de los poderes expresivos de la gente.

Según Bridge y Watson (2006), la defensa que lleva a cabo Sennett del modelo de *teatrum mundi*, en tanto que propone la descripción de un tipo de ciudad favorable a la actuación *-performance-* de sus habitantes, ofrece una vía de superación a la problemática señalada por Simmel, según la cual el contacto con los otros acontecía en el ámbito de un espacio público sostenible gracias al dominio de una impersonalidad autorrepresiva, y racional. Sennett trataría de mostrar que los espacios urbanos, en la medida en que acojan la heterogeneidad y permitan la presencia de cierto desorden, ofrecerían la oportunidad de que tengan lugar encuentros espontáneos, que inciten a los individuos a interactuar. Si se cumplen ciertas condiciones, es viable que los ciudadanos desarrollen sus capacidades performativas, de manera que el encuentro entre extraños adquiera formas civilizadoras. Sin embargo, como denuncia Sennett, en la historia reciente de las ciudades domina más bien la separación de los diferentes grupos, la privatización y

neutralización de los espacios urbanos, que comporta una restricción de las posibilidades performativas. De este modo, el análisis actual del dominio público ya no se ve asediado por la cuestión de la sobreestimulación, sino al contrario, por la baja estimulación que hoy en día ofrecen los espacios públicos, la amenaza que emerge es la de la desintegración de ese dominio público (Bridge y Watson, 2006, pp. 369-370).

La clasificación propuesta por Sennett, responde, a mi juicio, a la necesidad de reivindicar el valor de una aproximación al dominio público que prima los aspectos culturales sobre los políticos, adoptando un estilo de análisis más cercano a la realidad empírica, a las condiciones materiales de la existencia diaria (Sennett, 2003, p. 385); evitando construir modelos abstractos, y que prioriza las pretensiones de interpretación sobre las de justificación. Sin embargo, su propuesta puede parecer un tanto incompleta y parcial. Por ello considero positivo presentar una clasificación alternativa, como la que propone Benhabib, ya que por un lado, incluye el modelo liberal, de gran influencia en el pensamiento contemporáneo²⁵; por otro, permite contemplar la propuesta de Sennett desde una óptica distinta, y repensar la distinción entre lo público y lo privado. Hay que advertir que Benhabib se sirve de una división limitada a la teoría política normativa (Benhabib, 2006, p. 105). Así, distingue entre el modelo *agonista* -representado por Arendt-, el liberal y el discursivo, con el que manifiesta más afinidad, si bien desde una posición revisionista animada por los movimientos feministas.

Según observa Benhabib, la concepción *agonista* de la vida pública de Arendt se inspira en la experiencia griega clásica de la política, donde se trataba de un espacio público en el que se desarrollaba una competición por el reconocimiento. La versión moderna, en cambio, es de tipo asociativo, emerge cuando los hombres actúan en concierto. No obstante, Arendt denunciaría que en la era moderna se habría producido un estrechamiento del espacio público, al facilitar lo que llama el *ascenso de lo social*, referido sobre todo al predominio que adquiere lo económico. Al igual que Sennett, también Benhabib lamenta que en esta definición de espacio público solo quepa cierto tipo de actividad, excluyendo el trabajo, lo que le conduce a un callejón sin salida.

El modelo liberal, que Benhabib ve ejemplificado en los trabajos de

²⁵Sennett se limita a hacer referencia al *velo de la ignorancia* rawlsiano como una manera de dejar al margen las diferencias personales similar a la que perseguiría Arendt (Sennett, 2003, p. 383).

Ackermann, se enfrenta al reto de cómo resolver la coexistencia en sociedades pluralistas y democráticas. Para poder regularla consideran básico el principio de neutralidad, que en el caso de Ackermann se concreta en la *abstención conversacional*, que consistiría en sacar del temario público determinadas cuestiones, especialmente cuando no sea posible el acuerdo. Benhabib entiende que el principio de neutralidad liberal es demasiado restrictivo para aplicarse a las luchas de poder que tienen lugar entre los diversos grupos en la sociedad, a través de las cuales se redefine el bien colectivo y el sentido de justicia, así como los límites entre lo público y lo privado. La evitación de la lucha *agonística* que pretende el liberalismo se justificaría en la necesidad de mantener unas garantías institucionales básicas que frenen posibles abusos de la mayoría. En mi opinión, Sennett no concordaría del todo bien con el modelo liberal, pues concibe lo público desde el encuentro conflictivo de las diferencias, no en su evitación, y como se ha visto, no estaría de acuerdo con que existan cuestiones que no deban tematizarse públicamente.

El modelo discursivo ofrecería una nueva concepción del espacio público, definiéndose a partir de la creación conjunta de procedimientos mediante los cuales los afectados pueden intervenir en el proceso de formulación, estipulación y adopción de las normas. Así, todos los afectados por las normas entablarían un discurso práctico en el que evaluarían su validez. De esta manera, se trataría de una relación *no agonística*, de un diálogo que tampoco se encontraría constreñido por la *neutralidad*. Benhabib evalúa el modelo habermasiano desde una óptica feminista, que le lleva a criticar la rigidez con que distingue las cuestiones de justicia de las de vida buena, ya que implica dejar al margen de la discusión pública aquellas cuestiones que, históricamente, se han venido considerando propias de un ámbito privado. No obstante, encuentra en los principios del modelo discursivo la posibilidad de vencer estos obstáculos, pues en él únicamente las relaciones de reciprocidad igualitaria pueden ser justas desde el punto de vista moral, abriéndose así una puerta a la crítica de las relaciones de dominación sobre las que se ha estructurado el ámbito propio del hogar (Benhabib, 2006, pp. 105-138).

Finalmente, es necesario insistir en la diferencia fundamental que existe entre la perspectiva defendida por Sennett respecto a las demás versiones del dominio público que se han presentado: mientras éstas

adoptan una consideración predominantemente política y legal, fijándose en los procedimientos por los que se fijan las normas o se dirimen las diferencias; un planteamiento de tipo *dramatúrgico*, como reconoce Sennett, se fija más bien en los aspectos *culturales* de la formación de un espacio público. Así, desde esta perspectiva el punto de partida se situaría en el análisis de cómo en la vida real, cotidiana, interactúan los seres humanos cuando son diferentes y extraños entre sí, dando lugar a la formación de espacios de interacción más o menos efectivos.

Por ello considero que este tipo de análisis no es contradictorio con los de tipo procedimental, sino más bien complementario, ya que su atención y su propósito son diferentes, de manera que un análisis cultural o experiencial de las interacciones públicas, más apegado por tanto a la realidad empírica cotidiana, sirve para atender a una serie de hechos o problemas que pueden escapar a los modelos normativos.

3.2 La caracterización sennettiana del dominio público urbano: un espacio abierto

Según va a tratar de demostrarse a continuación, Sennett ofrece una concepción original y reconocible del dominio público, que se define por su imbricación en el espacio urbano, -entendido tanto como un espacio físico como como orden moral, en tanto permite elaborar una forma de sociabilidad-, y su caracterización como un sistema abierto, lo que invita a explorar sus potencialidades democráticas. Se trataría, por ello, del lugar ideoneo para el desarrollo personal. Pero la configuración del dominio público está condicionada por la influencia de factores políticos, institucionales o económicos específicos, por lo que el análisis del papel que está desempeñando el Nuevo Capitalismo en la modificación de los espacios urbanos adquiere una notoria actualidad.

3.2.1 Un espacio abierto: la vitalidad de las *lindes*

Sennett, así pues, concibe el dominio público como el lugar en el que se encuentran los extraños, lo que acontece de manera particular en la ciudad, tratándose en primer término, de un lugar físico -puede encontrarse en las calles, plazas, teatros, cafés, asambleas, mercados, etc.-. Esos lugares se convierten en focos de la vida pública, en la medida que permiten la interacción entre los distintos grupos e individuos (2002a, p. 50). De ahí que

sus críticas a la planificación urbana contemporánea apunten a la descomposición de esos foros que estaría provocando (2002a, p. 20)

La concepción de Sennett es fruto, en buena medida, de la influencia de los estudios sobre la sociabilidad urbana de autores como Simmel o Wirth, como se expuso en el capítulo 2. Así, se planteaba cómo a partir del encuentro de grupos diferentes, de personas de las que resultaba difícil determinar su origen o posición, se iba generando un dominio nuevo, complejo y problemático, que se articulaba en torno al principio de alteridad, y que enraizaba en una ciudad que era caracterizada como el ámbito del extrañamiento, donde las diferencias se ven impelidas a interactuar.

Por otro lado, el propio autor sitúa su idea del dominio público entre las propuestas de la escuela performativa o dramaturgica, lo que invita a retomar la caracterización de la vida social como una especie de representación teatral. Se trata de una forma de sociabilidad netamente urbana, pues la actuación tiene sentido, precisamente, en un ámbito dominado por la impersonalidad, en el que el trato social se produce con desconocidos, tal como ocurre en la ciudad densa y compleja. De esta forma, mediante la creación dinámica de unas costumbres y ritos, y el seguimiento de un conjunto de convenciones, se va formando un espacio compartido, en el que la actuación adquiere un sentido pleno, como desempeño de unos roles determinados, adecuándose a las reglas propias de la impersonalidad, haciendo así posible la comunicación entre extraños.

La imbricación urbana del dominio público permite, por otra parte, clarificar su diferenciación respecto al ámbito privado. De esta manera, entiende Sennett que la diferencia entre lo público y lo privado, tal como se da en la ciudad, puede establecerse partiendo del conocimiento que puede disponer un individuo o grupo sobre otros: en el dominio público este conocimiento es incompleto y anónimo (2008). Si lo privado es el ámbito de la familiaridad, de la proximidad, en el que tenemos un conocimiento bien fundado de las personas con las que tratamos, en el ámbito público ese conocimiento es parcial y fragmentario, pero por eso mismo exige una mayor implicación de los individuos. Desde este punto de vista, la diferenciación entre lo público y lo privado puede ser mucho más confusa en un asentamiento más pequeño u homogéneo, de manera que la especificidad del dominio público se ve acentuada en la ciudad heterogénea. A partir de esa distinción básica, observa que cada ámbito es el lugar propio de tipos de

relación claramente diferenciados. Así, afirma que la *res pública*

[...]se mantiene en general para aquellos vínculos de asociación y compromiso mutuo que existen entre personas que no se encuentran unidas por lazos de familia o de asociación íntima; se trata del vínculo de una multitud, de un "pueblo", de una política, más que de aquellos vínculos referidos a una familia o a un grupo de amigos (2002a, p. 20).

Así pues, lo público adquiere su razón de ser por oposición a lo privado, es el lugar donde el individuo penetra cuando sale del territorio conocido de la privacidad. Su condición de posibilidad reside en la existencia de la multitud, es decir, ha de primar el principio de la alteridad, de manera que ese ámbito será el propio de las relaciones que se establecen con personas a las que no conocemos, con las que podemos tener intereses o valores divergentes, pero con las que se busca algún tipo de entendimiento. Sin embargo, a mi juicio, esta definición presenta una visión de lo público muy amplia, dando cabida tanto la dimensión política como la social o la cultural, si bien el análisis de Sennett privilegia estas últimas, fijándose en las formas cotidianas de interacción.

Para Sennett, como se afirmó más arriba, la ciudad no se limitaría a ser un lugar físico, una localización geográfica, sino que sobre todo abre la posibilidad a la constitución de un orden moral de carácter impersonal. Ante el caos que representa de entrada la diversidad, cabe elaborar una forma de orden público que aporte estabilidad a las relaciones sociales forjadas sobre la alteridad, en buena medida como respuesta a la necesidad que tienen los individuos de *salir adelante* en ese territorio desconocido, para lo cual necesitan interactuar con los extraños (2002a, p. 20). De esta manera, el ámbito donde tienen lugar las relaciones cara-a-cara entre desconocidos no tiene porqué identificarse meramente, al modo hegeliano, con la fragmentación y el enfrentamiento de intereses particulares, ya es posible generar un orden compartido, sobre el que se establezca la participación y las formas de interacción públicas.

Si bien, a mi entender, este tipo de propuesta no pretendería alcanzar la universalidad a la que aspira el planteamiento habermasiano, pues no permite superar el nivel de la cotidianidad, ni busca establecer una fundamentación teórica de un orden político o moral justo. Más bien pretendería clarificar las condiciones en que se establece la formación de un dominio impersonal a partir del encuentro de las diferencias como el que de manera ejemplar puede producirse en una ciudad densa y heterogénea, para

desde ahí poder juzgar cuando esas condiciones se cumplen o se evitan, y así poder elaborar propuestas para su mejora. Desde estas consideraciones, puede sostenerse que la intención de Sennett, de cara a la definición de un dominio público urbano, es fundamentalmente reformadora.

La caracterización sennettiana del dominio público adquiere una forma más definida al caracterizarlo como un *sistema abierto*. Sennett aborda la relación entre el dominio público y el urbanismo desde la diferenciación de dos tipos de sistemas: los cerrados y los abiertos, para apostar por el segundo. Toma esta oposición de la teoría de sistemas, si bien se emplea también en campos de estudio variados, como la ecología o la genética. Aunque admite que es arriesgado trasladar ideas de una esfera de conocimiento a otra, considera que es fructífero para el proceso investigador traspasar esas fronteras, siempre que se evite la pretensión de resolver los problemas propios de un campo específico a partir de los avances realizados en otro distinto.

La diferencia fundamental entre ambos tipos de sistema es que, mientras el primero se distingue por reposar en un equilibrio armonioso, el segundo se encuentra permanentemente en una situación de evolución inestable. El sistema cerrado se caracteriza por tener una *forma sobre-determinada*, es decir, sus estructuras no pueden modularse como respuesta ante las condiciones cambiantes del entorno, ni permiten experimentar sobre sus procedimientos. La forma sobre-determinada aparece unida a la sostenibilidad e integración del sistema (Sennett, 2006b, p. 2). Aplicado a la planificación urbana o a la organización del cuerpo social, se hace patente en el temor que siente la autoridad ante el desorden, de manera que la defensa de los valores de armonía e integración, fácilmente se convierte en una vía de represión, pues la variedad incontrolable supone una amenaza para el equilibrio del sistema. Así, pueden rechazarse aquellas voces o experiencias que ofrezcan un planteamiento contestatario o que parezcan desorientadoras, ya que la hegemonía de una lógica de la integración conlleva una desvalorización de aquellas piezas que no encajan.

La rigidez planificadora impide, por otro lado, establecer una relación dinámica con el contexto, disminuyéndose así la capacidad de responder a los cambios, y conlleva una negación de la historicidad, de la transformación continua que tiene lugar en un contexto abierto a la evolución y el cambio imprevisto. La fijeza de una ordenación pre-determinada es contraria a la

evolución de los usos y las formas que tiene lugar en una ciudad conforme va siendo habitada en el tiempo por gentes diferentes que van introduciendo actividades y comportamientos variados sobre la extensión urbana, como expresión de la creatividad social. La sumisión del urbanismo a un sistema de tipo cerrado ha tenido un efecto paralizante para la evolución de las ciudades, incapacitando a sus habitantes para participar activamente en la vida y transformación continua de la ciudad, convirtiéndose, en cambio, en meros ocupantes pasivos de la misma. Por ello, en busca de efectos liberadores, Sennett propugna que se acuda al modelo abierto también en la concepción de lo que ha de ser la ciudad²⁶.

Consecuentemente, se opone a la concepción del dominio público como un ámbito fijado y cerrado por una legislación racional, entendiendo que debe estar abierto al conflicto, a través de la mutua exposición e interacción de las diferencias, por lo que se trataría de generar un espacio dinámico y fluido. Recurrir al modelo abierto significa entender el dominio público como proceso, fomentar su dinamismo a partir de su apertura al contexto, a los cambios y las interrupciones.

Sin embargo, previene Sennett, sería erróneo concluir que esté defendiendo una desregulación al estilo neo-liberal, pues lo que se trataría de distinguir es qué tipo de reglas van a guiar el diseño del espacio público o de la propia ciudad, apostando por aquellas que tiendan a abrir el entorno al cambio antes que a estabilizarlo, que permitan su auto-revisión, mediante el trabajo transformador del tiempo (2008). Los rituales y las prácticas culturales que conforman el dominio público, a su vez, también pueden ser abiertos o cerrados. Pese a que suele interpretarse como el aspecto más fuertemente determinado, y por tanto, más resistente a los cambios y las novedades, lo cierto es que los rituales no son inherentemente estáticos, sino que también presentan capacidad de innovación, facilitando la adaptación a contextos cambiantes (Sennett, 2008; y 2012, pp. 88-89)²⁷.

²⁶ Los genetistas habrían constatado que aquellos entornos que se mantienen más equilibrados se encuentran, de hecho, estancados; mientras que en el caso opuesto, en una situación abierta e inestable, se da una mayor capacidad de responder al cambio y la incertidumbre (Sennett, 2008).

²⁷ Para apoyar su razonamiento, Sennett recurre de nuevo a los planteamientos de Arendt y Habermas, pues en ambos casos se encontraría un rechazo de los sistemas cerrados a favor de los abiertos. Así, la idea de *natalidad* de Arendt supone concebir a la política siguiendo un ciclo de vida y muerte, similar al biológico, por lo que no sería adecuado pretender aferrarse a formas fijadas en el pasado. Y en el caso de Habermas, se puede encontrar una defensa de la libertad para evolucionar que se da en el orden natural, trasladable al orden político -en este sentido, critica las normas *unnatural*s que tienden a sacralizar las constituciones escritas, inmovilizando la vida política de un país- (Sennett, 2008).

En relación a la oposición entre sistemas abiertos y cerrados, Sennett introduce una nueva distinción, inspirada en la biología, entre dos modalidades de una “zona de transición”: *fronteras* -“boundaries” y *lindes* -“borders”-, que presentan características e implicaciones dispares²⁸. La *frontera* se sitúa entre dos regiones, pero separándolas y aislándolas entre sí, de manera que los organismos que se introduzcan en ese espacio fronterizo se encontrarán perdidos, pues es una zona prácticamente inactiva. Las condiciones de la *linde*, en cambio, pese a encontrarse también entre dos regiones diferenciadas, permiten la existencia de una intensa actividad vital, existiendo gran cantidad de interacciones entre los organismos. Así pues, en este caso, la zona de transición se convierte en un lugar de encuentro e interacción, no de separación, y es precisamente en esos lugares repletos de eventos, abiertos y porosos, apunta Sennett, donde el trabajo de la selección natural es más intenso.

La aplicación de esta concepción biológica del hábitat al estudio de las comunidades humanas puede resultar controvertida. Así, hay que evitar caer en una especie de reduccionismo biologicista, y no creo que sea el caso, pues no se pretende explicar el funcionamiento de la vida social a partir de leyes biológicas. Lo que pretende Sennett más bien, a mi entender, es servirse de esas ideas para ayudarnos a pensar sobre determinadas cuestiones sociales, fijándose en aquellos aspectos que sirven de punto de encuentro entre los diferentes campos de estudio. Así, podría decirse que Sennett concibe los lugares de intersección entre los diferentes campos de estudio como *lindes*, esto es, como lugares donde es posible la interacción entre los diversos saberes.

Sennett denuncia que la moderna planificación urbana prioriza el diseño de espacios o construcciones que funcionan como *fronteras*, separando a los grupos humanos entre sí. Frente a esa tendencia, concede una gran importancia al trabajo, teórico y práctico, que se lleve a cabo sobre las zonas liminales. El objetivo del urbanismo, consecuentemente, debería ser tratarlas como *lindes*, es decir, como zonas que posibiliten el encuentro activo entre diversos grupos, y no como algo inerte. Han de considerarse como los lugares donde, potencialmente, cabe el desarrollo de un dominio

²⁸ Park, miembro de la Escuela de Chicago, introdujo el concepto de *ecología humana* en el análisis de las relaciones sociales, aplicando así la idea tomada de la biología de una comunidad de organismos que actúa tanto en competencia como en colaboración mutua (Giner, et al., 1998, p. 255, y pp. 557-8).

público revitalizado a través del encuentro e interacción expresiva entre las diferencias. No hay que pensar que se vaya a tratar de encuentros pacíficos y armoniosos, puesto que esos intercambios pueden ser tensos y conflictivos, pero las decisiones que se vayan tomando sobre lo que se puede compartir o no, han de surgir precisamente de la exposición a las diferencias que permite un dominio público así concebido.

Así pues, de lo que se trata es de fomentar la creación de espacios que respondan al modelo de un sistema abierto, aceptando los elementos de conflictividad, dinamismo y cambio que le acompañan. En cambio, si la vida social está dominada por sistemas cerrados que privilegian la integración armónica, lo que se incrementará será la desconexión, el aislamiento y el desinterés hacia los otros, tratándose de evitar los elementos conflictivos implicados en el confrontamiento de las diferencias.

La distinción entre cerrado y abierto se vuelve más complicada en el caso de la vida pública debido a que ésta se ve afectada por la combinación de la diferencia y la indiferencia. Como se expuso más arriba, distintos autores han compartido la creencia de que una situación que permita el encuentro de las diferencias resulta estimulante para los individuos, ya que se ven impulsados a reaccionar y a aprender de ellas. Sin embargo, se ha constatado que una variada estimulación no lleva necesariamente a reaccionar positivamente, ya que la respuesta puede limitarse a una mera indiferencia ante el otro, desaprovechando el potencial existente en la heterogeneidad social.

Un tratamiento rutinario de las diferencias, sostenido en la costumbre y la repetición, hace que éstas se vuelvan superficiales y pierdan su carácter provocador, apareciendo a la conciencia como si fueran algo natural, lo que tiene un efecto neutralizador, dando pie al surgimiento de la indiferencia. La combinación de diferencia e indiferencia tenía un resultado positivo, en cuanto la existencia de cierta distancia era un factor necesario para la posibilidad de ese cosmopolitismo simmeliano que consiste, precisamente, en la estimulación sin identificación, basado en la protección y libertad ofrecida por el anonimato. No obstante, las experiencias que presenten un carácter disruptivo, es decir, las manifestaciones de la otredad que presenten una ruptura con la rutina o una amenaza a la costumbre, son las que resulten auténticamente estimulantes, y puedan llamar a una interacción más activa, de carácter conflictivo, con la diferencia.

En definitiva, apunta Sennett, en la mezcla de diferencia e indiferencia nos encontramos tanto ante los defectos del sistema cerrado como ante las virtudes del abierto, ya que la mutua neutralidad impone un elemento de cerrazón *-clousure-* en las relaciones entre extraños, provocando la persistencia de la segregación pese a que, de hecho, pueda existir incluso cercanía física entre los grupos. Así pues, una importante lección que ha aportado la historia reciente de las ciudades es que la diversidad puede experimentarse en forma de indiferencia.

Desde esta perspectiva se observa que la concepción del dominio público urbano se traduce en las diferentes políticas de integración y tratamiento de la diversidad que llevan a cabo las distintas administraciones. El tratamiento político de las zonas liminales, observa Sennett, puede perseguir dos objetivos distintos: tratar que el intercambio conduzca a una reducción de las diferencias, o pretender que a través de la mutua exposición a las diferencias se vaya obteniendo una mayor conciencia de ellas.

En la primera opción, pueden situarse las políticas dirigidas a buscar la integración de aquellos inmigrantes –especialmente de religión musulmana- que presentan discrepancias notables respecto a los nativos, de manera que pueda reducirse la afirmación de la diferencia –así se refiere Sennett a las políticas de *britishness* (2008), aunque quizá podríamos también hacernos eco, por ejemplo, del uso de la idea de la laicidad como elemento integrador en el gobierno de Sarkozy-. Sin embargo, como mostrarían los miembros de segunda generación de las poblaciones inmigrantes, no es fácil superar el sentimiento de exclusión respecto a la población mayoritaria.

Sennett, en cambio, abogaría por explorar la segunda vía. El objetivo no habría de ser anular la identidad del inmigrante, sino más bien, aportar las herramientas que ayuden a superar la condición de aislamiento mutuo y a convertirse en habitantes competentes de ese espacio público complejo que es la urbe moderna, es decir, que propiciar que lleguen a ser *cosmopolitas competentes -skilled cosmopolitans-*. Se trata pues, que alcancen a desarrollar y poder hacer uso de las habilidades necesarias para sobrevivir en las exigentes y cambiantes condiciones que impone el Nuevo Capitalismo, buscando sus propios lugares para habitar en el extenso tejido social. Es decir, habría que pretender fomentar las capacidades de adaptación antes

que presionar coercitivamente por una integración que se realice a costa de su identidad cultural.

Considerarlos como cosmopolitas competentes quiere decir que dispongan de los recursos necesarios -de tipo económico, pero también conocimientos, habilidades, etc.- para poder comunicarse con extraños, para vivir y actuar en un mundo impersonal, para convertir las *fronteras* en *lindes*, pudiendo habitar exitosamente esos espacios liminales, siendo capaces de incorporar a su actuación cotidiana los rituales propios de la vida cosmopolita. Quienes carecen del acceso a esas habilidades, se ven abocados a padecer la explotación y el aislamiento, frente a lo que responderán volviéndose hacia sí mismos, es decir, exacerbando la afirmación de la diferencia.

Así pues, Sennett opta por defender una versión del cosmopolitismo que es en parte heredera de la de Simmel, en tanto reivindica el valor de la impersonalidad, la alteridad y el anonimato en un dominio público habitado por extraños, puesto que aporta la libertad necesaria para moverse y actuar en eses espacio, sin exigir una identificación con los otros. En este sentido, como se indicó previamente, Sennett recurría a una distinción entre *simpatía*, entendida como una forma de identificación con los otros, especialmente con su sufrimiento, y *empatía*, que interpreta como una forma de curiosidad sobre la vida de los otros que no pretende alcanzar la comprensión. Esta forma de empatía sería precisamente la que los inmigrantes pueden desarrollar en su lucha por la adaptación a una urbe extranjera, y por tanto, cabría interpretarla como una virtud articuladora de un espacio público concebido de esta manera (Sennett, 2008).

3.2.2 Un espacio democrático: el uso de la palabra en el manejo de los conflictos

La noción de un espacio abierto donde interactúan las diferencias conduce hacia la idea de democracia. Conviene advertir que Sennett no desarrolla una teoría política, sino más bien atiende a las prácticas democráticas cotidianas que se desarrollan en los espacios públicos, si bien en el trasfondo de sus reflexiones reside un modelo deliberativo de democracia, especialmente en la versión de Gutmann y Thompson (Sennett, 2000, p. 151). Sennett entiende la democracia, así pues, vinculada a la vida pública urbana, compartiendo el interés actual por las cuestiones de

ciudadanía y participación, antes que fijarse en los procedimientos propios de un sistema político democrático (2006, p. 4). Concibe la práctica democrática primariamente como una experiencia física, que tiene que ver con el encuentro con extraños en lugares apropiados para ello. Por ello, el diseño urbano desempeñaría un papel importante a la hora de favorecer la interacción participativa que concibe como el fundamento de la vida democrática. Precisamente, uno de los retos que debería afrontar el urbanismo en nuestros días es crear esos fóruns o ágoras modernas que inciten a los ciudadanos a conectarse con los otros y a implicarse en los problemas y la vida de la ciudad (2006, pp. 4-5).

Según defiende Sennett, la democracia surge en la ciudad como respuesta a la necesidad de abordar de forma pacífica los conflictos derivados del encuentro de intereses enfrentados, generándose un espacio compartido en el que la deliberación sustituya a la violencia como forma de tratar las disputas (1998, p. 12). Así, pese a que a veces se identifica lo verdaderamente democrático con lo local -donde florecen las relaciones cara-cara y el conocimiento mutuo-, este autor recela de las concepciones homogeneizadoras de lo público para encontrar su vitalidad precisamente en la heterogeneidad sustentada por el principio de impersonalidad. De este modo, parece coherente que encuentre en la urbe densa y compleja, siempre que su crecimiento responda al modelo abierto, el espacio propicio para la democracia (Sennett, 2006, p. 4). Para reforzar su punto de vista, Sennett se remonta a la obra de Aristóteles, quien habría percibido que la ciudad emerge como un proyecto común a partir de la heterogeneidad básica que la constituye. El autor clásico de dio cuenta, como también observa Cortina, de que la comunidad política se constituye sobre el uso de la palabra, que permite deliberar sobre lo justo y lo injusto (2011, p. 15).

El reto principal que debe afrontar cualquier espacio poblado por gentes diversas -situación típica de las sociedades contemporáneas- es precisamente cómo organizar la convivencia, cómo resolver los conflictos que inevitablemente surgen entre los diferentes intereses o valores que pueblan el dominio público -expresión de múltiples identidades particulares-, definiendo el alcance de los aspectos que puedan ser compartidos por todos, generando así cierta identidad común entre la heterogeneidad social. Para ello, el uso libre y público de la palabra resulta fundamental, de manera que puedan expresarse las diferentes perspectivas,

atendiéndose mutuamente.

En este sentido, las propuestas de la *democracia deliberativa* ofrecen un marco teórico en el que situar las ideas y propuestas de Sennett. Esta teoría se distingue por situar en primer plano los procesos mediante los que se forma la voluntad, por los que se llegan a acuerdos o se mantienen los desacuerdos, pudiéndose producir una transformación de las preferencias. Se trata de que las diferentes posturas o ideas puedan ser justificadas argumentativamente, lo que conlleva un compromiso con la racionalidad y la imparcialidad en la discusión (Elster, 2001, pp. 21-23). Así se defendería la idea de que lo fundamental en un proceso democrático no radica tanto en el momento de la decisión -que suele obedecer a la regla de la mayoría-, sino en la posibilidad de examinar conjuntamente las razones que aportan los distintos afectados, lo que requiere de un esfuerzo de reflexión, apertura y consideración ante las razones de los demás, que alcanza a la revisión de mis propios planteamientos. Para Gutmann y Thompson el propósito del debate no es alcanzar puntos de encuentro definitivos, sino establecer un suelo común en el que puedan convivir respetuosamente las diferencias. En ese sentido, el consenso no sería el objetivo de la deliberación, sino más bien se trataría de lograr una reducción razonable de las discrepancias a partir del intercambio público de razones. En relación a ello, estos autores destacan el carácter procesual y abierto de la deliberación, que lleva a la considerar sus resultados como provisionales y, por tanto, revisables en el tiempo (Gutmann y Thompson, 2004, p. 6).

Sennett reconoce que a través de la deliberación pública los ciudadanos pueden tomar conciencia de puntos de vista ajenos, percatándose de la presencia de las diferencias, mientras se va abriendo la posibilidad de explorar formas divergentes y alternativas de actuar, pensar y vivir, que no ofrecen un fácil encaje entre sí (1998, p. 19). La deliberación, así pues, tal como la concibe este autor, sería el camino que permite explorar cooperativamente la posibilidad de desarrollar proyectos comunes a partir de las divergencias que conforman una sociedad compleja, de manera que no traten de imponerse por la fuerza unos puntos de vista sobre otros, sino que las discrepancias se puedan tratar mediante un intercambio constructivo de razones.

En distintos momentos este autor manifiesta sus recelos ante los proyectos de vida colectiva que pretenden asentarse sobre una identidad

compartida, pues acaban por implicar un rechazo de los que no comparten los rasgos requeridos, o discriminación para quienes defienden un tipo de identidad que no encaja plenamente con los esquemas dominantes, además de generar una simplificación de la vida social. En cambio, se afana en resaltar las virtudes de un ambiente social heterogéneo y complejo para el crecimiento personal y social, entendiendo que el trato con los diferentes presenta una serie de retos y exigencias que pueden adquirir un valor positivo.

A mi modo de ver, Sennett entendería, por un lado, que la existencia de discrepancias respecto a los valores, los modos de vida o la definición de una identidad o bien común, es inherente a una sociedad compleja, como la que albergan de forma típica las ciudades multiculturales de nuestros días. Pero, además, resulta enriquecedora y estimulante, aunque también altamente problemática. Sin embargo, desde su perspectiva, los conflictos raramente se resuelven en soluciones consensuadas y definitivas, pues el carácter dinámico y heterogéneo de la vida social implica que los equilibrios logrados tiendan a ser parciales y revisables, mientras que nuevos enfrentamientos pueden surgir a escena.

Por ello, frente a las versiones armoniosas de la vida común, sustentadas en imágenes de semejanza o en un conjunto de valores y creencias compartidos, reclama la presencia continua y persistente de la conflictividad social como fuente de dinamismo y riqueza, que le permite sugerir una noción de *comunidad como proceso*, alternativa a las definiciones consensualistas. Sennett se apoya en la función positiva que atribuye Coser al conflicto para reforzar su argumentación²⁹. Así afirma que mediante la implicación de los diversos afectados en el conflicto, se promueve un esfuerzo común por comunicarse, aprendiendo a escuchar y a reaccionar a las propuestas de los otros, de manera que se va fortaleciendo un compromiso con las diferencias que se sostiene en el tiempo. Como resultado, se iría formando una idea de comunidad a partir del conflicto, en la medida en que los distintos implicados han ido generando conjuntamente ese espacio común de discusión e intercambio, llegando a ser un modo de unión más profundo y duradero que el que se edifica sobre la mera semejanza o la identificación con un modo de vida concreto (Sennett, 2006a,

²⁹ Cf. Coser (1961).

pp. 150-151).

Esa noción procesual y conflictiva de la vida pública que lleva a cabo Sennett le acerca, a mi juicio, a la posición desde la que Gutmann y Thompson reivindican el papel de la deliberación, en la medida en que para ellos se trataría de un proceso dinámico y abierto que da lugar a resultados provisionales, pero que permite establecer una convivencia pacífica de las diferencias. Para Sennett, cuando los extraños se ven impelidos a interactuar, el resultado no tiene que consistir en el descubrimiento de una identidad compartida, ni resolverse en una atomización disgregadora, sino que abre la posibilidad de elaborar conjuntamente un dominio público impersonal, del que forman parte no solo las razones o intereses enfrentados, sino también formas de expresión y comunicación públicas. Así, la se trata de afrontar los conflictos aceptando que no se vaya a llegar a una completa resolución, pero se facilita de esta manera el reconocimiento mutuo

Su caracterización del dominio público como un sistema abierto representa esa idea del dinamismo y reversibilidad que sugiere la comprensión presentada sobre la deliberación, que no sería incompatible en el caso de Sennett con el recurso a la negociación o las soluciones de compromiso, en la medida que permiten salir adelante entre la problematicidad de la vida cotidiana³⁰. La necesidad de la deliberación se haría patente, especialmente, en esos territorios fronterizos designados como *lindes*, pues era en ellos donde se cruzan e interactúan los extraños, generando formas vivas y novedosas de sociabilidad, respondiendo a los problemas que va planteando la complejidad inherente a ese espacio. En el caso de Sennett, se trataría de fomentar unos procesos comunicativos pegados a la realidad cotidiana, a los conflictos que emergen del cruce habitual de los diferentes.

La participación en procesos deliberativos puede mejorar las cualidades morales e intelectuales de los participantes, ya que incita a adoptar una posición de imparcialidad, a tomar en consideración los intereses de los otros, enseña a razonar y decidir de manera conjunta, adquiriendo una perspectiva más amplia sobre la complejidad social (Cortina, 2011, p. 8 y p. 25; Elster, 2001, p. 25). Para Sennett, la presencia misma de la diversidad resulta provocadora e incitante, supone un desafío que permite el

³⁰ Ver capítulo 9, apartado 9.2.3, donde se expone la noción de *diplomacia cotidiana*.

crecimiento personal y social, en la que medida en que medie una apertura hacia la consideración activa de las diferencias (1998, pp. 20-22) Sin embargo, puntualizaría este autor, la apertura requerida no implica alcanzar una identificación con el otro, ya que el intercambio de razones puede desarrollarse aún sin llegar a comprenderle plenamente. En ese sentido, reivindicaba el valor de la *empatía*, entendida como forma de apertura que, fomentada por la curiosidad, permite considerar las perspectivas ajenas en sus propios términos, manteniendo la distancia necesaria para desplegar una interacción compleja que puede ser mutuamente enriquecedora pese a no clausurar las discrepancias. Por ello, recalca la función de la empatía como virtud eminentemente *dialógica*³¹.

Finalmente, cabe retomar la noción de *cosmopolitismo* sugerida por Sennett³². Según se expuso previamente, la diversidad urbana propicia el surgimiento de un espacio y una conciencia cosmopolitas, que se habría intensificado y vuelto aún más compleja en estos tiempos marcados por la globalización. La experiencia de la diversidad, que conlleva un desafío a la homogeneidad y la estabilidad de las identidades grupales, permite la generación de nuevas formas de relacionarse con los extraños, que no requieren de una plena identificación, actuando la empatía como vehículo de conexión interpersonal.

La evolución de los nuevos contextos urbanos, móviles, variables, fragmentados y aparentemente desorganizados, plantean un reto mayor para la realización de un proyecto cosmopolita, así como para la inserción en un proyecto común de los diferentes individuos y grupos que pueblan la geografía urbana contemporánea. En ese sentido, emerge la necesidad de una forma de ciudadanía que responda creativamente a la complejidad del mundo actual, agudizada por una difuminación de las instituciones que abandona a los individuos a su suerte³³.

En definitiva, la comprensión sennettiana del dominio público incide en su carácter abierto y democrático, econtrando una vía de realización más concreta a través de las propuestas deliberativas. No obstante, su postura sigue adoleciendo de una fundamentación de los principios sobre los que se asienta la democracia, por lo que podría parecer que su establecimiento y

³¹ Ver Capítulo 9, apartado 9.2.2

³² Ver Capítulo 2, apartado 2.1.3

³³ Ver Capítulo 9, apartado 9.3

evolución en el tiempo respondiera exclusivamente a criterios pragmatistas. Por otro lado, presenta la virtud de reivindicar la importancia de la ciudadanía para la buena salud de la vida democrática, considerándola como una dimensión fundamental del desarrollo personal.

3.2.3 La influencia del Nuevo Capitalismo en la conformación del dominio público urbano

El concepto de dominio público debe responder a los cambios que se produzcan en la realidad, por lo que no debe pretenderse dar con una concepción fija y atemporal. Por ello, Sennett se ha visto impelido a revisar y relaborar sus propias concepciones, a partir de la reflexión que lleva a cabo sobre los efectos que está teniendo el Nuevo Capitalismo sobre la vida cotidiana y la organización de la ciudad (2003, p. 380; y 2004, p. 216). Para ilustrar dichos cambios se recurrirá también al trabajo de Sassen (2003).

Si los primeros teóricos de la vida social urbana hubieron de hacer frente a la combinación dialéctica entre dos fenómenos diferentes en la composición de la ciudad, como era la poderosa influencia del capitalismo burocrático y el surgimiento de un espacio público impersonal en que dominaba la alteridad, hoy la transformación de ese capitalismo provoca la emergencia de una nueva dialéctica entre flexibilidad e indiferencia, a la que cabe dar una respuesta desde el pensamiento social.

Como se ha visto previamente, Simmel percibió que la ciudad moderna era un lugar repleto de gente que no se podía clasificar, pues ante la desconcertante diversidad de los nuevos pobladores, no podía recurrirse ya a un esquema clasificatorio fijo para ordenar las diferentes identidades³⁴. Se trataba, pues, de un mundo de desconocidos, donde la importancia de la diferencia -que presupone al menos cierto conocimiento del otro que permita clasificarlo- cede ante la influencia de la alteridad, que se convirtió en la condición material de la vida urbana (2002b, p. 43; y 2004, p. 214).

Sin embargo, la estimulación que propiciaba ese reino de la alteridad sucedía en lugares que estaban siendo, cada vez más, configurados por el poder burocrático. Las grandes corporaciones tenían una gran implantación en la ciudad, le daban forma visible, participaban en la administración de los

³⁴ El Berlín que conoció Simmel, y que inspiró sus reflexiones, era una ciudad que había aumentado notablemente gracias a la llegada de una ingente población inmigrante, que procedía no solo de distintas zonas rurales de Prusia, sino también de Polonia, Hungría o los Balcanes, trayendo consigo formas de hablar, comportarse y vivir que resultaban sorprendentes para sus habitantes (Sennett, 2004, p. 215).

bienes públicos y otorgaban una articulación funcional al espacio público (Sennett, 2004, p. 215). En definitiva, trasladaban a la geografía urbana su eficiencia organizativa, provocando que aquella época estuviera marcada por la relación dialéctica entre rigidez y alteridad, que se resolvía con la adopción de múltiples identidades, según se representaban diferentes papeles en los distintos espacios de la ciudad, tal como observó Wirth.

La emergencia de una nueva fase del capitalismo ha trastocado las relaciones que tradicionalmente mantenía con la ciudad, afectando profundamente a la propia vida social. Siguiendo el análisis de Sassen, puede observarse que las ciudades globales emergen como los lugares donde se concentran estratégicamente las operaciones del capital global, ya que estas ofrecen servicios altamente especializados o una avanzada infraestructura de telecomunicaciones. De esta manera, estas nuevas ciudades globales ya no son los tradicionales centros industriales, y pierden la vinculación tradicional con la región circundante o el país, abandonando su función integradora del territorio, en favor de su implicación en una red mundial de lugares estratégicos, centros financieros y de negocios, conformándose de esta manera lo que esta autora denomina la “nueva geografía de la centralidad” (Sassen, 2003, p.16).

La ciudad, para los hombres de negocios globales, se limita a ser un espacio formado por aeropuertos, distritos de negocios, y hoteles o restaurantes de lujo. Sin embargo, en esas ciudades surgen nuevas formas de desigualdad, pues en ellas confluye la mano de obra transnacional, constituyendo *otredades* dentro de un espacio urbano que no puede eludir su presencia. De esta manera, la ciudad global toma forma generando espacios conflictivos, en los que las diferencias se hacen visibles y donde los límites se cruzan constantemente. Pero, al mismo tiempo son lugares idóneos para que surjan nuevas nociones de identidad, nuevas formas de pertenencia, y nuevas demandas, abriendo la posibilidad de desarrollar nuevas políticas (Sassen, 2003, pp. 15-33).

No obstante, advierte Sennett, el cambio que ha sufrido el capitalismo no se reduce a la tendencia a la globalización creciente de los flujos de trabajo y capital, sino que hay que destacar de igual manera los cambios que están produciéndose en la forma de producción, y que implican una transformación profunda de la estructura institucional (2002b, p. 45; y 2004, p. 216). Sennett defiende la tesis de que los efectos que el capitalismo

flexible presenta en el lugar de trabajo tienen su equivalente en los efectos que su influencia creciente provoca en la ciudad. Ahora, bajo el influjo del nuevo modelo, la ciudad se encontraría sometida a una nueva relación dialéctica, esta vez entre flexibilidad e indiferencia, adoptando tres formas principales (2004, p. 217).

En primer lugar, disminuye el apego físico a la ciudad. Por un lado, los trabajadores del sistema flexible se ven obligados a cambiar frecuentemente su lugar de trabajo y de residencia; la carencia de un empleo fijo dificulta al apego al lugar. Por otro, las corporaciones globales tienden a usar las ciudades meramente como espacios de actividad económica, sin implicarse ya en su gobierno. Antes bien, se aprovechan de las ventajas fiscales que les ofrecen los gobiernos para que no marchen a otro lugar. De este modo, disfrutan de un poder sin responsabilidad, lo que provoca un grave problema de ciudadanía. En definitiva, se trata de un capitalismo sin arraigo en el lugar.

En segundo lugar, provoca una estandarización del entorno urbano, producto de la concepción temporal cortoplacista. Así las oficinas ya no manifiestan la implantación de la empresa en la ciudad, pues se tratan como meras unidades de inversión, diseñándose según unas formas neutrales que faciliten su traspaso a nuevos usuarios. La estandarización se produce también en la cultura pública de la ciudad, ahora conformada por un consumo globalmente homogeneizado, indiferente a la especificidad del lugar, y que provoca un empobrecimiento de la experiencia de la diversidad que ofrecía el encuentro con la alteridad.

En tercer lugar, provoca desorientación en la vida familiar. La reafirmación actual de los valores familiares no respondería simplemente, desde esta óptica, a un impulso conservador, sino que se entiende como una respuesta a la amenaza que representa el nuevo modelo capitalista para la solidaridad familiar, pues la traslación de los códigos de conducta y la temporalidad vigentes en el terreno laboral al espacio familiar supondría la desintegración de este. Como reacción a las incertidumbres crecientes del mundo exterior, se estaría produciendo una reafirmación de la idea del hogar como refugio. Pero el tiempo y las energías que requiere el esfuerzo por su consolidación se descontarían de la participación cívica, que resulta desvalorizada.

Así pues, si la ciudad del pasado encarnaba la rigidez burocrática,

ofrecía en compensación la vía de escape que representaba la libertad de la alteridad. Hoy, en cambio, la combinación de flexibilidad e indiferencia plantea nuevos problemas de ciudadanía, de participación, de apego, fomentando las rupturas, la estandarización y el repliegue a la vida privada. Por lo tanto, cabría concluir, tampoco para la vida ciudadana la flexibilidad ha resultado liberadora ni democratizadora.

Sin embargo, es preciso advertir que en otros momentos el propio Sennett también considera, más positivamente, que la ciudad puede servir de contrapeso a los efectos desintegradores del Nuevo Capitalismo (1997, 2000). Así, si la tendencia actual del capitalismo conduce hacia una desvalorización del trabajo, ello se ve contestado por una revalorización del lugar. Tal movimiento se explicaría por la necesidad de pertenencia entendida como vinculación concreta al lugar físico en el que se vive.

Pese al peligro de caer en una forma excluyente de localismo, según Sennett merece la pena explorar las posibilidades que ofrece este renovado valor del lugar, en tanto pueda representar un punto de partida para la reconstrucción de un dominio público al que la gente pueda acceder, como anhelaba Arendt, liberada de las cargas de las representaciones subjetivas de su condición material, de forma que puedan actuar como unos ciudadanos responsables y comprometidos que no se ven limitados a su condición de animales económicos. A partir de su imbricación participativa en el lugar donde vive es como puede abrirse la posibilidad de una nueva conciencia de uno mismo (Sennett, 1997, pp. 175-179).

La ciudad, para responder a ese modelo público democrático que propone Sennett, habría de responder, en su concepción y desarrollo, a tres principios. Primero, ha de afirmarse como una política física, haciendo frente a las amenazas de una economía aparentemente indiferente al lugar, haciendo valer el peso de la geografía y la cultura local, influyendo en las decisiones de inversión que toman las corporaciones multinacionales, en lugar de replegarse defensivamente. Segundo, ha de estructurarse internamente según una geografía de *lindes*, pues la diversidad por si sola no da lugar a una comunidad democrática, hay que estimular desde el propio urbanismo el incremento de la complejidad y las posibilidades de interacción mutua. Tercero, ha de hacer frente a aquellos aspectos de la subjetividad que suponen una limitación del yo, creando esferas en que domine la impersonalidad, ya que ésta ofrece la posibilidad de una

hibridación, de mezcla de elementos sociales, que trasciende cualquier definición exclusivista del yo.

3.3. El lugar propicio de la práctica democrática

Dada la importancia que adquiere la noción del dominio público, la redacción de este capítulo ha estado dedicada a delimitar el sentido que le otorga el autor estudiado, en continuidad con las temáticas introducidas en el capítulo anterior. El desarrollo de las grandes ciudades en los últimos siglos propició la emergencia de una zona peculiar de interacción, poblada por una muchedumbre de extraños, quienes crearon mediante su actuación convenciones y formas de expresión que permitían regular la comunicación, los intercambios y la coexistencia de diferencias dentro de ese espacio público complejo. Pero ese dominio no fue configurado únicamente por la acción conjunta de sus pobladores, ya que el capitalismo emergente, principalmente a través de la división del trabajo, provocaba una segmentación de la vida urbana. Por ello, Sennett se ha visto empujado a repensar la forma del dominio público a partir de las transformaciones recientemente sufridas por el capitalismo, ya que sus efectos serían palpables. De esta manera, considera que la flexibilización del trabajo y la internacionalización de las grandes empresas se traduce, de entrada, en una desconexión respecto al lugar, lo que puede incidir en un desgarramiento de ese dominio público urbano, reforzado por la tendencia a la privatización y a la evitación de la complejidad.

Por otro lado, se ha constatado que Sennett prioriza una aproximación cultural a la problemática ligada a la configuración del dominio público, renunciando de este modo a abordar ampliamente cuestiones de carácter predominantemente político o legal, distanciándose de este modo de aproximaciones como la habermasiana, lo que a mi juicio, impone algunas limitaciones importantes a su propuesta. Así, en la medida que se limita a ser una especie de análisis hermenéutico de la cotidianidad, de las formas expresivas que caracterizan las conductas públicas, no puede aportar un criterio definido desde el que juzgar o validar los intereses o pretensiones de los diferentes grupos, ni permite fundar unos derechos o reglas de alcance universal. En este sentido, no podría decirse que su aproximación al estudio de lo público esté guiado por una intención eminentemente crítica, si se acepta que ésta es la caracteriza aquellas formas de análisis social que

dan preminencia a un interés emancipatorio, así como tampoco permite construir un modelo definido desde el que denunciar y superar las injusticias sociales.

Sin embargo, no por ello hay que concluir que sus propuestas conlleven una mera aceptación de lo dado, puesto que ofrecen denuncias respecto a situaciones dadas, e indicaciones para una mejor articulación de la convivencia social. Por ello, parecerían más bien cumplir una función reformadora de las realidades sociales e institucionales existentes, al denunciar los efectos perniciosos de determinadas políticas o tendencias sociales, o apostar por la implementación de un tipo determinado de políticas urbanísticas, o reivindicar un encuentro conflictivo de las diferencias en los espacios liminales, reflejando una visión dinámica y participativa de la vida social. La defensa del dominio público como un espacio abierto y procesual invita a pensarlo como un lugar propicio para la práctica democrática, y en ese sentido, impulsaría el desarrollo personal. Se trata, así pues, de superar la pasividad y la desconexión respecto a los problemas públicos fomentando la implicación ciudadana mediante una vinculación activa y sostenida con los otros.

Por otro lado, merece llamar la atención sobre su reconocimiento del carácter esencialmente conflictivo de la vida social, de manera que evitará desembocar en una análisis ideologizante, que presentará un modelo rígido de cómo debiera ser la sociedad. En lugar de ello, su pretensión es llamar la atención sobre el carácter abierto de los procesos de interacción social, entendiendo que estos siempre están marcados por la ambigüedad, sin que se resuelva nunca en una solución definitiva. Esa comprensión de lo social le sirve para enfrentarse, precisamente, a aquellos proyectos que pretenden alcanzar una visión armónica de la sociedad, pues el intento de realización de tales propósitos se llevaría a cabo, ineludiblemente, por la vía de la represión, teniendo como resultado, en cambio, la limitación de las potencialidades sociales que atribuye a los seres humanos. El capítulo siguiente ahondará, precisamente, en los procesos que han conducido, desde la óptica del autor, a un decaimiento de la sociabilidad y de la vida pública, minando el despliegue efectivo de las capacidades propias de unos seres humanos socialmente orientados.

El propósito general de remarcar la unidad y coherencia del pensamiento del autor se revela claramente en la implicación mútua

existente entre su descripción del dominio público y la vida social que se despliega en él, y la concepción antropológica que propone. El despliegue adecuado de las capacidades interpretativas, expresivas, creativas y cooperativas de los seres humanos exige un espacio social propicio, que es el poblado por gentes diferentes, dinámico y abierto a la participación y al cambio. En definitiva, su comprensión del dominio público se nutre de una orientación valorativa favorable tanto a la elaboración participativa y conjunta de una sociabilidad compleja, como a un desarrollo íntegro de la individualidad humana que propicie la autonomía personal, proceso en el que la dimensión ciudadana ocupa un lugar fundamental.

Capítulo 4- La interpretación de Sennett sobre el decaimiento de la vida pública

En los capítulos anteriores se llevó a cabo una aproximación a la visión de la interacción social y de la noción del dominio público que puede extraerse a partir de los diferentes trabajos de Sennett. En este capítulo se completará esta tarea presentando sus ideas sobre el decaimiento de la vida social que se despliega en los espacios públicos. Aunque se separen analíticamente, los diferentes aspectos de este tema están interrelacionados, por lo que se tratará de destacar su unidad.

En el primer apartado se profundizará en uno de ellos: la confusión que se ha producido entre lo público y lo privado, ya que según Sennett la irrupción de la idea de personalidad en el dominio público alteró su significado, provocando que se obstruyesen las capacidades para la actuación de los seres humanos, y que se diluyeran las propiedades que habían definido lo público.

En el segundo apartado se complementará esta cuestión, abordando el problema de la hipervaloración de la vida familiar, a través de la noción de la *intensidad familiar*, en la medida que ha provocado un distanciamiento de la vida pública que se desarrolla en la ciudad en busca de un entorno más sencillo. En el tercer apartado, se ahondará en la cuestión de la huida de la complejidad urbana, esta vez a través del reforzamiento de una idea de comunidad basada en la ficción de una proximidad y semejanza entre sus miembros, ideal que se alimenta mutuamente con el familiar.

En el cuarto apartado se profundizará en la cuestión del abandono de lo público resaltando la posición del individuo. Así, se hará mención a cómo Sennett entiende que el mundo actual habría visto cumplirse los temores expresados por Tocqueville respecto a los efectos desintegradores del individualismo. Se mostrará, a continuación, cómo Sennett encuentra en el auge del narcisismo el reflejo último de la influencia negativa, para la vida personal y social, de la irrupción del principio de personalidad. Por último, se tratará la cuestión de cómo, para este autor, la planificación urbana moderna ha tendido a desconectar a los individuos del entorno, y a separar a los grupos entre sí.

En definitiva, se espera incidir en la importancia que tiene la existencia de un dominio público autónomo y bien definido, tanto para el

vigor de la vida pública como para propiciar un despliegue de la autonomía personal, que requiere de ambientes sociales ricos y estimulantes.

4.1 La confusión entre lo público y lo privado

En el capítulo anterior se trazó una distinción entre el dominio público y el privado a partir de la consideración del primero como un ámbito estructurado a partir del principio de impersonalidad, de manera que el actor social debía distanciarse de sus circunstancias personales para poder participar adecuadamente de la vida pública. Tal consideración implicaba a su vez que el lugar propio para revelar los aspectos de la personalidad individual era el ámbito privado. La concepción dramaturgica de la vida social ofrecía un criterio a la hora de diferenciar las conductas que son propias de un dominio impersonal de aquellas que pueden desarrollarse en una esfera íntima, abriendo la posibilidad así de establecer una distinción teórica entre esa esfera privada y el dominio público, permitiendo además sostener un modelo de autonomía personal que se despliega a través de la participación activa en interacciones sociales complejas.

Sin embargo, como Sennett reconoce, desde una perspectiva histórico-empírica se constata que la relación entre lo público y lo privado lejos de ser fija y nítida, es compleja y variable, de manera que la definición de uno y otro ámbito depende en buena medida del contexto socio-cultural en que se produzca. Por ello, trata de situar el origen de tal distinción en el mundo moderno, en un contexto histórico concreto, para a partir de ahí, analizar cómo ha ido evolucionando la relación entre los dos ámbitos. Sennett pretende hacernos ver que en su discurrir histórico, hasta nuestros días, la conformación del espacio público no se ha visto libre de tensiones y agrietamientos, producidas en parte por la excesiva influencia que han adquirido los valores atribuidos al espacio privado y familiar, llegando a deformar la idea misma de lo público. De esta manera, se revela una tensión entre la definición teórica y los vaivenes históricos, en la medida que parecen implicar un alejamiento de la realidad empírica respecto a las características que definirían idealmente el dominio de lo público, lo que desde la perspectiva de este autor se traduce en una confusión entre los dos ámbitos, que redundando sobre todo en una desfiguración del dominio público.

Aquí se hará referencia especialmente a su ensayo *El declive del hombre público* (1977), para dar cuenta de un proceso de cambio en la

relación entre los dos ámbitos en detrimento de lo público. Su tesis es que si durante el siglo XVIII se había creado un modo de civilidad que permitía la interacción entre extraños, a partir del XIX se quebró este logro debido a una alteración del equilibrio entre los dos dominios.

4.1.1 La creación de un dominio público impersonal en el siglo XVIII

Londres y París eran en el siglo XVIII, según explica Sennett, ciudades que estaban experimentando un importante crecimiento gracias a la llegada masiva de una población inmigrante de origen rural, principalmente jóvenes solteros. En su nuevo lugar de residencia se encontraban solos, desconectados de sus orígenes, enfrentados a una multitud de desconocidos. Por otro lado, se estaba produciendo el ascenso de una nueva clase social, gracias al éxito de sus actividades económicas, pero que carecía aún de una definición clara, de una identidad común de clase. De esta manera, se formaba en la ciudad una multitud compleja, de difícil clasificación, pues se nutría de gentes que habían roto sus lazos con la tradición, que buscaban nichos ocupacionales nuevos en un mercado crecientemente diversificado y crear su propia posición dentro de la sociedad³⁵. La jerarquía tradicional estaba dejando de ser útil como patrón para determinar la posición de cada cual, y la población inmigrante presentaba una procedencia borrosa, por lo que no se disponía de herramientas seguras para moverse entre esa muchedumbre (Sennett, 2002a, pp. 118-142).

Así pues, en esa época se dieron las condiciones sociales propicias para la conformación de ese dominio peculiar que permitía el desarrollo de un tipo de conductas, de unas formas de interacción entre extraños, que adquirirían unos rasgos y una significación propios. En su intento por definir las relaciones sociales en un ámbito inédito, los urbanitas del XVIII fueron capaces de crear un sentido de lo público, forjando cierto orden en la caótica mezcla humana que percibían. Las relaciones entre desconocidos se ajustaban a unos *códigos de cortesía* que conformaban un lenguaje de la impersonalidad aplicable en cualquier parte, permitiendo así el desarrollo de una vida civilizada (Sennett, 1991, pp. 104-107).

Aquí entra en juego la concepción dramática sobre la actuación

³⁵ La decadencia de la estructura gremial y de la estructuración familiar del trabajo supuso una liberación de las acciones de los agentes económicos, y al mismo tiempo, de su ubicación inmediata dentro un lugar en la clasificación social (Sennett, 2002a, pp. 137-140).

pública de Sennett que se expuso en el capítulo 2. A su juicio, fue justamente el establecimiento de un puente que ligaba el teatro con la calle lo que habría posibilitado la formación de ese orden impersonal, proporcionando así una repuesta al problema de la constitución de lo público en los nuevos contextos urbanos.

Si en el escenario teatral el actor que interpreta un personaje, dirigiéndose a la audiencia, tiene como objetivo conseguir que su actuación resulte creíble, de manera análoga se puede plantear la cuestión de las interacciones públicas impersonales. Así, cuando nos encontramos con extraños, nuestro conocimiento se encuentra limitado al marco de la situación inmediata, por lo que la activación de la creencia dependerá de la manera en que uno se comporte (Sennett, 2002a, pp. 91-93). De esta manera, se establecieron unos *códigos de creencia* que permitían efectuar con éxito la interacción entre desconocidos, salvando los escollos del desconocimiento y la desconfianza mutua, posibilitando así el desarrollo de una sociabilidad de carácter cosmopolita.

El sostenimiento de esta forma de sociabilidad requería de una valorización de las *convenciones*, puesto que se trata de los materiales que permiten la interacción pública, así como de las *apariencias*, ya que éstas se convirtieron en los indicadores más precisos de la posición social de cada cual, facilitando así el conocimiento recíproco³⁶. Esa forma de comportarse en público implica cierta aceptación del carácter ilusorio de la interacción pública, en tanto se admite que está compuesta por representaciones de roles llevadas a cabo por los actuantes; lo que no implica una huida del mundo real, pues más bien se estaría llevando a cabo la realización de “un cierto poder de expresión”, que se traduce en la creación de formas de interacción efectivas (Sennett, 2002a, p. 187). Consecuentemente, la vida pública puede concebirse como un espacio de juego abierto a los adultos, en el que pueden disfrutar del placer de la representación (Sennett, 2002a, pp. 211-215; Halloran, 1981, p. 324). Como observan Ferrer y Morello, el dominio público permitía desarrollar un juego transgresor de la identidad, ya que ésta no guardaba una relación unívoca con las apariencias (1992, p. 152).

La fuerza de esa vida pública residiría en que, análogamente a la obra

³⁶ Por ejemplo, se desarrollaron unas fórmulas de saludo estereotipadas (Sennett, 2002a, p. 143).

de teatro, habría sido capaz de crear una realidad propia a través de sus convenciones, a través de un modelo de credibilidad propio y autosuficiente, que superaría la amenaza de irrealidad de la actuación (Sennett, 2002a, pp. 184 ss.). La asunción de lo público como el terreno propio de lo impersonal y lo convencional permitió que se estableciera una distinción complementaria y equilibrada, no contradictoria entre lo público y lo privado. Así, afirma Sennett que ambas esferas eran *moléculas* de la sociedad, es decir, que existía una continuidad funcional entre ambas, puesto que en la experiencia humana todo estaría conectado (2002a, p. 225; Halloran, 1981, p. 323). De este modo, si el dominio público se reconocía como el lugar propio del artificio, en el hogar se encontraba cierta complementariedad mediante su consideración como un espacio más próximo a lo natural.

Pero el elemento clave para el sostenimiento de ese equilibrio era la preponderancia de la impersonalidad en el ámbito público, pues no se entendía aún que la idea de que la *personalidad* pudiera constituir un principio social. No se había extendido una consideración negativa de la convencionalidad, y se podía tratar lo público como algo significativo en sus propios términos, manteniéndose de este modo un sentido adecuado de la diferencia entre lo público y lo privado (Halloran, 1981, p. 323). Fue la irrupción de la personalidad la que quebró ese equilibrio, acarreado una desvalorización de lo público entendido como el reino de la artificiosidad.

4.1.2 La irrupción del principio de personalidad en la vida pública

Siguiendo a Sennett, la modificación de las ideas de lo público y lo privado, que condujo al resquebrajamiento de lo que había llegado a constituir una cultura coherente, no se produjo al modo de una revolución, sino que fue tomando forma mediante una serie de cambios interrelacionados (2002a, p. 53). En ese proceso destaca la influencia del capitalismo junto a un cambio en los códigos de creencia dominantes, emergiendo una nueva concepción de la secularidad. Durante el siglo XIX el capitalismo industrial establece una doble relación con la ciudad: por un lado, las presiones que establece hacia la privatización conducen a un abandono de la voluntad de controlar el orden público; por otro, se produce una mistificación de la vida material en público.

El capitalismo de la época era muy inestable, el éxito dependía del azar y nunca era definitivo. La imagen de la ciudad a la que daba forma la

dinámica económica estaba contagiada por esa sensación de amenaza permanente, que parecía únicamente superable en la seguridad del hogar. Su conversión en refugio significó que la vida familiar se considerara moralmente superior a la vida pública, pues ofrecía la estabilidad y protección que no podía hallarse en el exterior. En consecuencia, se produjo una retirada de la expresión hacia el ámbito privado, que se convirtió en el espacio privilegiado para la interacción (Sennett, 2002a, pp. 54-55 y pp. 307 ss.). Por otro lado, se produjo una transformación de la experiencia del consumo, ya que el uso de un sistema de precios fijados volvía innecesarios los esfuerzos dramáticos propios del regateo. Se trataba de resaltar la singularidad de los objetos, dotándolos de un significado personal que trasciende su mera utilidad, produciendo así su mistificación. Lo material se asocia a lo psicológico, y en los objetos se espera vislumbrar rasgos de la personalidad de sus dueños³⁷ (Sennett, 2002a, pp. 55-56 y pp. 316-333).

En segundo lugar, Sennett destaca que la *secularidad* se convirtiera en la creencia dominante sobre la vida mundana. Así, la valoración de lo inmediato e inmanente conllevaba una consideración del hecho como si fuera una realidad en sí³⁸. De este modo, todos los hechos parecían merecer atención; en el dominio público ello significó que todas las apariencias debían tomarse con seriedad, pues podían ser indicios de la persona que hay oculta tras la máscara. En la experiencia pública, comenzaba a difuminarse la barrera entre lo personal y lo impersonal (2002a, pp. 62-64).

Así pues, lo que pretende demostrar Sennett es que durante el siglo XIX se alteró la consideración de lo público y lo privado, como resultado de la presión del capitalismo y de las evoluciones en el terreno de las creencias. Por ello, afirma que:

[...]En “público” uno observaba, se expresaba a sí mismo, en función de aquello que deseaba comprar, pensar, aprobar, no como resultado de una interacción continua sino luego de un período de atención pasiva, silenciosa y focalizada. Por contraste, “privado” significa un mundo donde reinaba la interacción, pero debía mantenerse en secreto (Sennett, 2002a, p. 331).

La desvalorización de lo público conlleva, pues, que el individuo deje de implicarse activamente en su funcionamiento, desarrollando una actitud

³⁷Pese a la uniformización de los bienes de consumo, estos adquirirían cualidades humanas. En un sentido parecido Marx habría hablado del *fetichismo de la mercancía* (Sennett, 2002a, pp. 55-56).

³⁸Afirma Sennett que durante la Ilustración había prevalecido una concepción distinta de la secularidad, que podía hallarse en la idea de la Naturaleza como un orden trascendente a los fenómenos físicos. En el siglo XIX, en cambio, el conjunto de los hechos se convertirá en sistema (2002a, pp. 57-58).

pasiva, distanciada. En cambio, es en el espacio privado donde espera poder desarrollar plenamente sus capacidades relacionales, tratándose en consecuencia de un lugar que deberá ser protegido de las intromisiones del exterior.

La importancia que se concedió en esa época a la cuestión de la personalidad está vinculada estrechamente a la nueva concepción secular de la realidad, esto es, la creencia en un significado inmanente del mundo (Sennett, 2002a, pp. 337-338). Tras haber logrado la desmitificación de los dioses, los seres humanos llevaron a cabo, a través de la idea de la personalidad, una mistificación de su propia condición. Creer que el *yo* está presente en todas las situaciones, según observa Sennett, altera radicalmente el modo de experimentar la vida social, pues supone desvalorizar el modelo de la actuación en público, al dominar la intención de descubrir cómo es realmente cada cual. Por ello, los hombres trataban de controlar sus apariencias en público, de no destacar, al tiempo que escudriñaban entre las apariencias de los demás buscando indicios de sus *yos*. Creer que todos los detalles, todas las apariencias, dicen algo acerca de la persona que se encuentra detrás de ellas, convierte la vida social en un proceso permanente de decodificación (2002a, pp. 358 ss.). Para Sennett, esa reducción de la vida pública a meros términos psicológicos es la causa de su decaimiento, pues ya no la habitan actores capaces de representar papeles distanciándose de su *yo*, pues de lo que se trata es de encontrar a la persona auténtica que se encuentra detrás de sus acciones. Al tomar este camino, la vida pública se vuelve incivilizada.

La vida pública, así pues, se ve dominada por la desconfianza mutua y el temor a quedar al descubierto ante los demás. Por oposición, el hogar aparece como el lugar donde aún es posible expresarse libremente, donde refugiarse de los peligros que acechan en la vida pública; sólo en privado se puede ser plenamente uno mismo, y relacionarse abiertamente con otras personas. El valor de la interacción social dependerá, por tanto, del grado en que en ella se muestre el ser auténtico de las personas, es decir, que éstas se muestren tal y como son privadamente. Pero, de esta manera, se genera una confusión de lo privado y lo público, que va en detrimento de la autonomía y especificidad de la esfera pública.

4.1.3 Benhabib: las críticas feministas a la distinción público/privado

Sennett plantea una distinción entre lo público y lo privado a partir de la consideración de la impersonalidad como el eje rector de la vida pública, lo que implica que las cuestiones relativas a la personalidad encuentran su lugar de expresión adecuado en el ámbito privado. De esta manera, aporta un criterio que permite valorar en un contexto socio-histórico concreto si se da una situación de equilibrio entre los dos ámbitos, o identificar si algún elemento está provocando su confusión. Sin embargo, tal posicionamiento tiene sus limitaciones y aspectos controvertidos, por lo que considero que puede afinarse con ayuda de Benhabib, quien efectúa una crítica de la distinción público/privado desde la óptica de la teoría crítica feminista.

Cualquier teoría del espacio público presupone alguna distinción entre lo público y lo privado, con vistas a delimitar su propio ámbito de discurso, pero como señala Benhabib, la forma de plantear esta distinción siempre ha conllevado el confinamiento de la mujer y de las actividades consideradas comúnmente como *femeninas* al ámbito de lo privado, por lo que ha servido para reafirmar un discurso de dominación. La teoría política, según esta autora, suele distinguir las cuestiones de justicia de las de vida buena, considerando que sólo las primeras son objeto de discusión pública, excluyendo las segundas, ya que siendo plurales y diversas, se entiende que no pueden servir de base para construir una normativa universalmente compartida, considerándose más bien como cuestiones de elección personal, que se desarrollan en un ámbito estrictamente privado. La esfera privada, pues, queda fuera del ámbito de la justicia.

Sin embargo, la definición de lo *privado* no es ni mucho menos unívoca, pues como señala Benhabib, estaría configurada por tres dimensiones, que se refieren a tipos de fenómenos diferentes: la conciencia moral y religiosa; los derechos relativos a la actividad económica, y propiamente la llamada "esfera íntima" (2006, pp. 126-127). Así pues, la tarea de delimitar que elementos haya que vincular a cada espacio es problemática, ya que pueden intervenir en la discusión múltiples aspectos, y el papel que éstos juegan en la vida social va transformándose en el discurrir histórico. De hecho, afirma que no se trata de una división natural o fija, sino que nos encontramos con una relación modificable y sometible a crítica (Benhabib, 2006, p. 126).

Pese a ello, la distinción entre los dos ámbitos parecía haberse

establecido con cierta rigidez, aunque los movimientos de mujeres, según esta autora, habrían venido a cuestionar la validez de la división público-privado. De hecho, las transformaciones sociales recientes, que afectan tanto a la situación de la mujer en la sociedad como a la forma en que se estructura la vida íntima, tienen como resultado que esos límites que parecían claros se estén renegociando de hecho, por lo que la teoría política debería hacerse eco de esta situación, y replantearse la consideración de lo que pueda ser susceptible de debatirse públicamente como un tema de justicia.

Benhabib encuentra en el modelo discursivo, si se corrigen los problemas que había señalado, un marco teórico apropiado para llevar a cabo un debate público sobre los límites entre lo público y lo privado, en tanto es favorable a una tematización abierta, además de tener como uno de sus principios la reciprocidad igualitaria, por lo que no podría cerrarse, en principio, al cuestionamiento de situaciones de dominación. Pues, insiste Benhabib, solo desde un discurso sin restricciones es posible restablecer esas fronteras desde una base diferente (2006, p. 129).

¿Cómo afecta una crítica como la que plantea Benhabib a la distinción público/privado tal como la defiende Sennett? Si bien este autor define lo público como lugar de encuentro entre los extraños que debe estar regido por la impersonalidad, de manera que parece implicar la exclusión de las relaciones que no se ajusten a esa exigencia, a mi juicio pueden explorarse líneas de comunicación entre ambos espacios. Por otro lado, el hecho de que no pretenda realizar una distinción desde un punto de vista político -así no se ocupa de qué deba considerarse *cuestiones de justicia*-, sino más bien socio-cultural, permite seguir el rastro histórico de las transformaciones que van teniendo lugar, que afectan a la constitución recíproca de ambos espacios, si bien se corre el peligro de perder por ese camino cierta carga crítica.

Vale la pena recuperar aquí las ideas de sistema abierto y de *linde* de que se sirve Sennett, pues viene a reconocer, también en esta cuestión, que los límites no han de abordarse como marcas de separación rígida, sino más bien como espacios de creatividad y encuentro de lo diverso. En ese sentido, sería en las zonas borrosas que se encuentran entre lo público y lo privado, donde tiene lugar una intensa actividad, y por eso sería allí donde se podría poner en cuestión la definición de ambos dominios.

4.2 La familia intensa

En sus primeros trabajos Sennett se interesa por la relación de la familia con la ciudad, ya que en tanto se trata de un agente socializador primario, resulta fundamental dilucidar cómo prepara a los hijos para afrontar la vida adulta en un ambiente complejo. La tesis que va a defender es que el tipo de familia que se habría vuelto predominante en las ciudades modernas norteamericanas no desarrolla adecuadamente esta función, ya que adopta una actitud defensiva frente a la complejidad urbana, por lo que las relaciones que tienen lugar en el seno de la familia o en su proximidad desplazan a las que puedan desarrollarse fuera de su ámbito de influencia directa, en el dominio público. Para designar este fenómeno Sennett introduce un concepto original como es el de *familia intensa*, que desarrolla principalmente en dos ensayos, que estudian dos periodos específicos - finales del siglo XIX y principios de los años 70-, resaltando las continuidades detectadas.

4.2.1 La familia frente a la ciudad

En *Families Against the City* Sennett confronta los distintos tipos de familia que encuentra en un barrio de clase media -Union Park- de Chicago de finales del siglo XIX, inmersa en las convulsiones producidas por la implantación del capitalismo industrial. Metodológicamente, considera más adecuado fijarse en una población determinada, a partir de la cual extraer conclusiones de alcance más general, que no tratar de extender el análisis a un espectro completo de poblaciones urbanas, pues resultaría un campo de investigación excesivamente amplio. Dado que se trata de un objeto de estudio que no permite una experiencia directa, Sennett tiene que recurrir a otros medios, como los datos estadísticos que aportan los censos, si bien al servicio de su concepción interpretativa de la sociología, tratando de comprender en este caso una forma de vida determinada, como es la de la clase media urbana. De este modo, considera que los variados datos de que se sirve, vinculados en principio a aspectos separados de la vida -familia, trabajo, etc.-, conforman una unidad en la experiencia de la gente, por lo que no deben tratarse aisladamente, sino articularlos en una unidad que permita imponer un sentido coherente al estudio (1970a, pp.3-5).

Sennett sitúa su investigación en el contexto del debate en torno a la funcionalidad de las modalidades familiares básicas -nuclear y extensa- para

la vida moderna³⁹. Por un lado, para Parsons la familia nuclear era la más adecuada, pues al carecer de las obligaciones de parentesco propias de la familia extensa, el individuo se siente más liberado para participar en un mundo exterior burocratizado y universalizado (Sennett,1970b, p. 48). La familia actuaría como mediador con la sociedad, acostumbrando al individuo a la existencia de un poder segmentado, a la separación de las diversas esferas de la vida social, propiciando que se perciba a sí mismo como un ser fragmentado, limitado, y preparándole así para ser capaz de sustentarse a sí mismo y de autojustificarse (1970a, p. 68). Por el contrario, Ariès sostenía que la familia nuclear es disfuncional, ya que tiende a sobreproteger a los niños, que se ven privados de muchas experiencias propias del mundo adulto, encontrando a la larga más dificultades para ingresar en él. En cambio, las familias extensas son menos protectoras, por lo que en un contexto moderno podrían preparar mejor al individuo para que sea capaz de arreglárselas por sí mismo (Sennett, 1970b, p. 48).

Union Park era un vecinadario socialmente homogéneo, en el que dominaba la familia nuclear formada por unos cuatro miembros, si bien había casos de familia extensa formados a partir de un núcleo previo al que se añadía un nuevo miembro -habitualmente un hermano trasladado a la ciudad- (Sennett, 1970a, p. 72)⁴⁰. La migración a la ciudad implicaba una serie de cambios que incidían en el nuevo papel que desempeñaba la familia. Así, se vieron forzados a dejar atrás la antigua red de grupos primarios, pero eran incapaces de recrear, en el nuevo entorno, una vida comunitaria activa⁴¹. El valor que otorgaban al ahorro y la contención, como signos de respetabilidad, por otro lado, no facilitaba que desarrollaran relaciones

³⁹ El concepto de *familia nuclear* designa el tipo de familia que adquiere una mayor auge con el desarrollo de la sociedad industrial. En muchas sociedades, en cambio, la vida doméstica estuvo dominada por alguna modalidad de *familia extensa*, tratándose de agrupamientos más amplios, pudiendo incluir a hermanos, sus cónyuges respectivos y sus hijos, junto a padres y/o hijos casados (Harris, 1996, p. 191). Este modelo predominaba en entornos rurales tradicionales actuando como una unidad de producción y consumo; la migración a la ciudad suele implicar que los cónyuges vivan separadamente y rompan con los vínculos de dependencia -económica, de autoridad, etc.- propios de la familia extensa (Giner, 1996, pp. 112-113).

⁴⁰ Así pues, la familia extensa urbana se distingue de la tradicional por su tamaño reducido (1970a, p. 80). Cabe indicar que en el contexto urbano las familias dejan de ser unidades de producción. Por ello, puede entenderse que la familia extensa urbana a la que Sennett se refiere se parece en realidad más a una familia nuclear que a una familia extensa típica, si bien las diferencias respecto a la primera adquieren consecuencias significativas para su argumentación.

⁴¹ El *grupo primario*, tal como lo entendió Cooley -autor vinculado a la Escuela de Chicago- se distinguiría por "su tamaño pequeño, con una proximidad física de los miembros, en habitual relación cara a cara y también con una proximidad física o afectiva. En estos grupos es fácil utilizar la palabra "nosotros", lo que implica una mutua identificación, más sentimental o emotiva que racional" (Lucas Marín, 2004, p. 214).

sociales. Por tanto, pasaron a relacionarse de manera pasiva con la comunidad, mientras convertían a la familia en el lugar privilegiado donde tenían lugar las relaciones cara-a-cara, siendo el único canal que posibilitaba en el enraizamiento de los individuos en su nuevo medio (1970a, pp. 44-54).

Al comparar los datos relativos movilidad social, laboral y geográfica correspondientes a la segunda generación entre los hijos provenientes de familias nucleares y aquellos que han crecido en una familia extensa del tipo indicado destaca que los segundos muestran una movilidad laboral ascendente, al tiempo que son más proclives a trasladarse a otras zonas de la ciudad. Los primeros, en cambio, siguen residiendo en la misma zona y reflejan cierto estancamiento social, pese a que por entonces existían posibilidades de mejora. A partir de ahí, Sennett establece su hipótesis central: la familia se usaba en Union Park como medio para protegerse del desorden y la diversidad de la ciudad. Desde esta perspectiva, la prevalencia de la familia nuclear no se explicaría, como pretende Parsons, siguiendo criterios adaptativos, pues son precisamente los varones que han crecido en una familia extensa los que demuestran una mayor capacidad para moverse exitosamente en el cambiante mundo económico. Desde el punto de vista de Sennett, tal fenómeno se explicaría porque la presencia de más miembros trabajadores en la familia extensa proporciona una mayor caudal experiencial del que se aprovecharán los jóvenes educados en este ambiente.

La emergencia del nuevo orden burocrático imponía un cambio en los patrones económicos y laborales, conformando un ambiente inestable en el que no era sencillo amoldarse. La incertidumbre, el miedo a caer en la pobreza, era fuente de ansiedades. Sólo la intimidad familiar parecía poder ofrecer un refugio ante tales inquietudes, un lugar donde fuera posible ejercer cierto control sobre la circunstancias de la vida. Frente a la impersonalidad creciente del mundo laboral, la familia emergió como el único lugar que podía funcionar como una unidad personal y estable, sostenida en una idea de respetabilidad.

Los padres no ofrecían a sus hijos un modelo de éxito adaptativo, por lo que su posición dentro de la familia se debilitó, pasando a representar un papel cada vez más pasivo con su evitación de los riesgos y su búsqueda de estabilidad, refutando de este modo el estereotipo norteamericano del *padre emprendedor* (1970a, p. 197). En un entorno cada vez más complejo, ya no valía con mantenerse, de manera que la búsqueda de estabilidad resultaba

contraproducente. La falta de control sobre las fuerzas que dominaban el mundo exterior se traducían en frustración. En cambio, en las familias que presentaban un carácter menos intenso los adultos desarrollaban un recorrido laboral más exitoso, pues actuaban de manera menos defensiva, y podían inculcar a sus hijos actitudes más emprendedoras, quienes demostraba a la postre tener más iniciativa.

En definitiva, según Sennett, la fuerza de la familia intensa en aquellas circunstancias deriva de su capacidad para aparecer como una manera de sobreponerse a las incertidumbres que experimentaban en el mundo exterior. Los individuos empleaban todas sus energías emocionales en el hogar, hasta el punto de ser absorbidos por él (1970a, pp. 193-197). Pero, ¿en qué medida puede el análisis de una comunidad urbana de finales del XIX servir para ilustrar problemas actuales? Según Sennett, algunos de los síntomas detectados se mantendrían vivos en tiempos más recientes, y la familia seguiría facilitando una huida de la complejidad urbana, en lugar de convertirse en un puente útil para los individuos de cara a integrarse en un mundo intrínsecamente diverso.

En *Vida urbana e identidad personal* Sennett profundiza en el concepto de *familia intensa* en relación al proceso de formación de la personalidad en las familias de su tiempo -primeros años 70-. En este contexto, sostiene que la intensidad familiar actúa a través de dos características estructurales básicas.

La primera apunta a la mentalidad dominante, concretamente, según el autor, “las interacciones que ocurren en la familia son interpretadas como un microcosmos de todas las clases de interacción que existen en el mundo social en general” (2001a, p. 107). Sus miembros consideran que la familia es un espacio social de interacción completo en sí mismo, siendo prescindibles aquellas relaciones que no sean fácilmente reconciliables con el núcleo familiar. La segunda tiene que ver con el estilo de vida que impera en las familias. Así, destaca que relaciones intrafamiliares se vuelven más estrechas, dándose un trato de igualdad, lo que genera un ambiente marcado por la proximidad. El resultado es que la familia se cierra aún más en sí misma. Como dice Sennett, “estas dos estructuras de intensidad se han convertido de hecho en estructuras para limitar la diversidad de la experiencia personal” (2001a, p. 108).

Por tanto, el papel que juega este tipo de familia a la hora de capacitar

a los individuos para interactuar en la sociedad más amplia es negativo, pues si se concibe la familia como una pequeña sociedad completa en sí misma, en la medida que solo acepta lo semejante, obstaculiza el desarrollo de la capacidad para la tolerancia de las relaciones sociales. Por otro lado, el deseo de estabilidad que caracteriza la intensidad familiar descansa, afirma Sennett, sobre una pretensión de confianza a largo plazo que no se puede encontrar en otros ámbitos de la sociedad, y que comporta una negación de valor a aquello que parezca inseguro o variable, que es precisamente lo que caracteriza la vida social compleja. Las familias reflejan así su incapacidad para tratar con los conflictos, que se viven como fallos en la armonía familiar o como traiciones. La intensidad familiar produce, en definitiva, una limitación de la experiencia social de sus miembros, que a la postre redundará en sus dificultades para actuar en la sociedad compleja (2001a, pp. 108-110).

El predominio de la familia intensa aparece ligado, en el análisis de Sennett, a una tendencia dominante en el urbanismo norteamericano tras la segunda guerra mundial: el desplazamiento hacia zonas suburbanas. Las clases medias abandonan los centros urbanos, densos y complejos, propiciando la formación de zonas residenciales separadas y homogéneas. En este escenario, la socialización se constituye como un proceso en que los individuos no encuentran a su disposición una gran variedad de experiencias, pues crecen en un entorno intencionadamente simplificado, con el que se trata de evitar las situaciones de potencial conflictividad, y en el que, como consecuencia, la interacción social es pobre, al carecer precisamente de ocasiones y lugares para el encuentro con aquellos que son diferentes (Llorens, 2001, pp. 16-17). Según Sennett, se trata de un retraimiento voluntario que responde al anhelo de encontrar un entorno adecuado para el estrechamiento de los vínculos familiares, siguiendo una visión idealizada de la vida familiar tradicional, que alimenta la percepción de que la influencia del ambiente urbano introduce elementos desestabilizadores en el vulnerable núcleo familiar. La absorción en el hogar aparece, consecuentemente, como un acto moral, como una defensa de la salud familiar e individual, produciendo para tal fin un ritualismo purificador del yo, que le empuja a liberarse de aquellas experiencias conflictivas que le asaltan en la ciudad, en favor de una simplificación y homogeneización experiencial.

La intensificación de la vida familiar se asienta sobre unos valores e

ideas que se distinguen, según Sennett, por su carácter mítico, produciendo una falsificación de la experiencia de la realidad. De esta manera, se genera socialmente la imagen de una comunidad unificada, homogénea, coherente, a la medida de la imagen que se mantiene de la familia. La noción de *comunidad* se forjaría precisamente cuando un grupo de personas creen compartir algún rasgo fundamental que les distingue de aquellos que no lo poseen, y que les permite identificarse a sí mismos como formando parte de un *nosotros* colectivo que funda la solidaridad comunitaria. Sin embargo, denuncia este autor, ese convencimiento tiene poco que ver con las experiencias que los individuos realmente tienen con aquellos que imaginan como sus iguales, y actúa en cambio, más bien, paradójicamente, como una vía para evitar el trato mutuo.

La tesis que propone Sennett es que tal falsificación de la experiencia es resultado de un determinado proceso de aprendizaje, en el cual los individuos aprenden a mentirse a sí mismos sobre su condición (2001a, p. 83). La familia desempeña el papel principal en este proceso, pues es “*el agente, el “intermediario” para la infusión del miedo adolescente en la vida social de las ciudades modernas.* La familia intensa proporciona los materiales con los que el mito de la solidaridad común [...] se edifica” (2001a, pp. 114-115)⁴². Así pues, la familia intensa alimenta esa imagen irreal de la semejanza comunitaria a través del desempeño de su función socializadora, pues inculca en sus hijos el anhelo de una vida comunitaria simple y homogénea, a costa de sacrificar la capacidad de interactuar en entornos sociales complejos, que son los que definen la realidad de las ciudades modernas. Ante los problemas de los otros, que se perciben como ajenos al grupo, situados más allá del estrecho círculo de la vida social que se considera significativa, se adopta una actitud pasiva e indiferente.

4.2.2 Limitaciones y virtuales explicativas de la noción de intensidad familiar

Seguidamente, se van a exponer algunos de los problemas que plantea la argumentación que desarrolla Sennett alrededor de la idea de la intensidad familiar, así como se tratará de evaluar el alcance de sus propuestas teóricas relacionadas con este tema.

⁴² La cursiva es del autor.

En primer lugar, la continuidad de un fenómeno entre dos contextos históricos diferentes resulta problemática. Según Jackson Lears, la vinculación responde a un espíritu polemista y se apoya en una simplificación de la variedad de la experiencia histórica, recurriendo a un conjunto de evidencias insuficientes, ofreciendo un retrato uni-dimensional (1985, pp. 82-83)⁴³. Por otro lado, este autor reconoce que Sennett se desmarcaría de una visión excesivamente ingenua de la idea de comunidad que manejaba la *Nueva Izquierda* por entonces. Frente a esas visiones simplificadoras de lo social, Sennett reivindica la ciudad densa y caótica como el escenario apropiado para cultivar una identidad madura, y la necesidad de una familia que no sea privatizada, sino que esté más dispuesta a establecer contactos con la cultura urbana heterogénea (Jackson Lears, 1985, p. 84).

Llorens, por su parte, incide en la relación que se establece entre los niveles de análisis psicológico y sociológico, que parece ser de tipo analógico y de causación mutua. Según este autor, el planteamiento de Sennett se sitúa en la tradición weberiana que prima los aspectos psicológicos en la causación social. De manera específica: “en el caso de Sennett, todas las relaciones se originan en el nivel de la personalidad y se encuentran mediadas por el proceso social” (Llorens, 2001, p. 14). El papel clave a la hora de engarzar lo psicológico y lo social lo desempeña la familia, pero esa función estaría descrita de manera imprecisa (2001, pp. 20-21). Otro aspecto problemático de la argumentación de Sennett lo encuentra Llorens en el recurso a los principios de la escuela del interaccionismo simbólico, reconocible en el papel que otorgaría a la comunicación interpersonal como mecanismo básico de socialización. La valoración positiva que efectúa Sennett del conflicto no casaría bien con dicha tradición, pues en ella se primaría la cooperación como forma básica de la interacción, apostando por tanto por la integración funcional (Llorens, 2001, pp. 15- 17).

Se trata éste de un aspecto fundamental, a mi juicio, para comprender cuál es la orientación de las propuestas principales de Sennett, tanto en el terreno social como en el más personal. Cómo se trata de mostrar a lo largo

⁴³ De hecho, estudios posteriores habrían mostrado las contribuciones positivas de estas familias, ya que inculcaban a sus hijos una sólida sentido autodisciplina que les resultaba de gran valor a la hora de enfrentarse con el mundo anónimo (Jackson Lears, 1985, p. 83). También Haller considera que Sennett lleva a cabo un uso descuidado o incluso tergiversado de sus fuentes, para sustentar unas conclusiones cuestionables (Haller, 1973, pp. 113-119).

de este trabajo, la disposición para afrontar los elementos que puedan resultar extraños, novedosos, discordantes o perturbadores, extrayendo de ellos algún tipo de enseñanza, es básica si se quiere salir adelante de manera exitosa, ya sea en el aprendizaje de una técnica u oficio determinado -así, su concepción de la artesanía-, en el desarrollo de la identidad personal -que avanza gracias, por ejemplo, a las disonancias cognitivas-, o en la vida social -donde se trataría de generar espacios donde sea posible la interacción de los diferentes-.

Puede decirse que la novedad de Sennett consistiría en su peculiar manera de concebir la interacción, como el encuentro de actores diferentes que van generando situaciones cambiantes, en que la estabilidad cede la primacía al dinamismo resultado de la heterogeneidad propia de una vida social compleja. De ahí que quepa distinguir, valorativamente, entre una disposición hacia una interacción simple y homogénea, y que por tanto, apuesta por una integración basada en la semejanza y la proximidad; y una disposición a sumergirse en la problemática diversidad urbana, que invita a asumir el carácter procesual e inconcluso de la vida en comunidad. La riqueza experiencial resulta fundamental en el proceso de individuación con vistas a lograr la autonomía personal, por lo que se trata de prevenir y superar la inclinación hacia una simplificación social.

Desde esta perspectiva, la disposición de los individuos para lidiar con la conflictividad social, se antoja fundamental. Desde aquí, puede entenderse mejor el énfasis que muestra Sennett en el papel como agente socializador que desempeña la familia, atendiendo a la relación que mantiene con el entorno urbano. En mi opinión, es siguiendo este camino donde quepa hallar la coherencia de sus propuestas pese al complicado tránsito entre lo psicológico-individual y lo político-social, a través de la mediación familiar y una interacción social localizable aún en el nivel micro.

La intensificación familiar puede entenderse como una manera de responder a las presiones producidas por la modernización económica, que se traducen en la formación de un entorno urbano diversificado, cambiante y desordenado. Sin embargo, tal respuesta no presenta un carácter adaptativo, pues representa una apuesta defensiva ante los retos planteados, al convertir a la familia en un refugio, y en el grupo primario privilegiado. La importancia analítica de la *intensidad familiar* reside en su capacidad absorbente, en su poderosa influencia en la formación de los intereses, prioridades y acciones

de los individuos (Sennett, 1970c, p. 35). Convertir la familia en el foco de atención principal, como denuncia Sennett, tiene un importante coste social, pues inhibe las capacidades de los individuos para participar de una vida social desorganizada, compleja e imprevisible, coartando las inquietudes asociativas de los individuos y limitando su autonomía.

Finalmente, hay que preguntarse por el alcance y extensión del fenómeno expuesto. Así, cabe reconocer que Sennett vincula la aparición de la intensidad familiar a las características históricas y culturales propias del desarrollo norteamericano. En diversos momentos hace hincapié en la influencia del puritanismo como factor cultural de primer orden a la hora de entender la relación que han ido forjando los estadounidenses con su entorno, y que habría condicionado el diseño de ciudades y la integración personal en ellas (Sennett, 1991, pp. 61-94). Así pues, el gran valor que concedían a la idea de respetabilidad las familias de Union Park, que se traducían en una vida de contención y en una afirmación de los valores familiares acompañada de una escasa vida social, son indisociables del peso que mantenía la tradición puritana en la mentalidad de aquellas familias. Por otro lado, sostenía que el movimiento de desplazamiento hacia los suburbios respondía a un acto de voluntad social ejecutado por sus propios actores, rechazando una causación de tipo mecanicista. Y en el trasfondo de tales preferencias emergen una serie de valores culturales que, a su juicio, presentan un peligroso grado de mistificación. La relación con el entorno sigue marcada por un deseo de purificación de los elementos perturbadores. Es decir, se sigue considerando lo exterior como algo potencialmente amenazador para el sostenimiento de un orden familiar que emerge como un valor cultural primordial.

Si la relación entre modernización y predominio de una determinada forma familiar aparece mediada por factores culturales específicos, parece admisible suponer que puedan darse diferentes formas de organización social y familiar compatibles con el proceso de modernización (Imamura, 1987, p.140). Tratando de constatar, precisamente, la sugerencia de Sennett de que la modernización y la urbanización no tienen porqué producir de manera uniforme e ineludible familias intensas, Imamura (1987), muestra cómo en un contexto cultural diferente, como es el japonés, tales procesos no habrían dado lugar a la aparición de este fenómeno. Los efectos del cambio estructural estarían, por tanto, mediados por factores culturales

(Imamura, 1987, p. 139).

En definitiva, la noción de intensidad familiar le sirve a Sennett para denunciar el decaimiento de la vida pública, en la medida que una hipervalorización de la vida familiar pueda ser una de sus causas. Sin embargo, la definición de ese fenómeno parece sustentarse sobre unas bases teóricas y empíricas controvertidas.

4.3 La reacción comunitaria

El fenómeno del comunitarismo es interpretado por Sennett, con carácter general, como una reacción social defensiva ante los efectos del desarrollo del capitalismo. Como se mostró en el capítulo 2, la ciudad moderna se forjó como un crisol de gentes de diversos orígenes y costumbres, que compartían no obstante la necesidad de generar nuevas formas de sociabilidad, ya que se hallaban desasidos de las redes de apoyo y reconocimiento mutuos que ofrecían los grupos primarios y la vida comunitaria tradicional que albergaba el mundo rural. La ciudad ofrecía variadas posibilidades, y no únicamente en el terreno laboral, pues permitía también una libertad desconocida, gracias al anonimato que brindaba la muchedumbre; sin embargo, también era fuente de inquietudes y riesgos, debido a su carácter inestable y abigarrado.

La tendencia a huir de la confusión urbana, a buscar entornos donde sea posible una sociabilidad más sencilla y ordenada, ha recorrido como una sombra el desarrollo de las ciudades, amenazando con enterrar las posibilidades de generar formas de interacción más ricas y complejas. El deseo de una vida social más sencilla ha revestido la forma de nostalgia, de anhelo por una forma de vida que, según imaginan, se encontraba en un pasado más humano y más sano, y que de alguna manera ha de ser factible recrear. Pero siguiendo este camino, la relación con la ciudad se plantea en términos de hostilidad, al considerar que el desorden urbano es una fuente de peligros que amenaza con quebrar el orden familiar, lo que redundará en su intensificación. Por ello, el refuerzo de la idea de comunidad adquiere una significación moral. Según se acaba de exponer, el auge del comunitarismo suele ir unido a revalorización de la vida familiar, compartiendo un espíritu defensivo y una actitud de retraimiento ante el caos y la diversidad, prefiriendo en su lugar un entorno social más simple y homogéneo.

Las precauciones frente a las diversas manifestaciones del anhelo

comunitario son permanentes en la obra de Sennett, contraponiendo la reivindicación de un modo de civilidad que sirva para constituir una vida común entre los extraños. La noción de comunidad que emplea es en buena medida deudora de Tönnies y de su recepción en la Escuela de Chicago, por lo que se presentará primero estas influencias para a continuación profundizar en la interpretación particular de Sennett sobre el origen y desarrollo de este fenómeno.

4.3.1 La definición de *comunidad* a partir de Tönnies

Sennett hace suya la distinción establecida por Tönnies entre comunidad y asociación principalmente para advertir sobre los efectos negativos que comportan los intentos de reconstitución comunitaria en sociedades típicamente urbanas, capitalistas, burocratizadas, y de estratificación compleja. En opinión de Sennett, esa oposición refleja el contraste existente entre el tipo de relaciones que prevalecieron en el Antiguo Régimen con las que caracterizan la sociedad moderna (1980, p. 39).

En mi opinión, en los textos de Tönnies se constata un intento de dar sentido al movimiento histórico general como un proceso amplio por el que se transforma la vida social tradicional, de tipo comunitario, dando lugar a un tipo nuevo de orden social, la asociación, propia del mundo occidental moderno. Describe la comunidad -*Gemeinschaft*- como un organismo vivo, en que las partes son dependientes y están condicionadas por la totalidad. Deriva de la vida familiar, está fuertemente vinculada a la tierra, y crece a través del parentesco y la vecindad con otros seres humanos, propiciando la existencia de múltiples contactos. Así pues, la vida comunitaria se caracteriza por la proximidad, por el disfrute compartido de los bienes comunes; sus miembros están fuertemente unidos gracias a un consenso tácito, un sentimiento recíproco y vinculante (Tönnies, 1984, pp. 50-4). El individuo se encuentra aquí subordinado a la totalidad, su vida y su voluntad son dependientes de aquella.

El espacio en que se desarrolla la vida comunitaria es, en un primer momento, la casa o el pueblo. En un estadio más avanzado aparece la ciudad, que está aún muy vinculada al campo, y se mantiene cohesionada gracias a los gremios, cofradías, o comunidades religiosas (Tönnies, 1984, p. 54). Sin embargo, en la vida urbana se relajan las constricciones tradicionales, y comienza a florecer el trabajo creador (1984, p. 69). Por ello, es en el

desarrollo y extensión de la vida urbana donde tendrá lugar el proceso de sustitución del orden comunitario en favor del modelo asociativo.

Según Flaquer y Giner, su caracterización de la asociación - *Gesellschaft*- es deudora del pensamiento hobbesiano (1984, p. 15). De esta manera, si mostraba la comunidad como un estado natural caracterizado por su unidad y cohesión, la asociación es resultado de una construcción artificial, consistiendo en un acuerdo estratégico logrado entre elementos autónomos guiados por una voluntad racional, instrumental y calculadora, según la forma típica del contrato. El individuo se concibe aisladamente, trabaja para su propio interés, y guarda celosamente su privacidad, por lo que las relaciones intersubjetivas se vuelven más tensas. La transición al orden asociativo es impulsada por la economía capitalista, que en su expansión fue desgarrando los hilos que constituían el modo de producción típico del orden comunitario (Tönnies, 1984, pp. 72-116).

Una cuestión importante es la pervivencia de elementos del modo de vida comunitario en la sociedad moderna. Así, Flaquer y Giner afirman que Tönnies no piensa que la expansión del contractualismo asociativo anule totalmente la vida comunitaria, ciertos fenómenos comunitarios se reforzarían, si bien bajo el influjo de la vida moderna cambiarían de sentido. De este modo, la familia o religión afrontarían un proceso de privatización, mientras otros casos manifestarían una búsqueda nostálgica de la comunidad perdida -según la hipótesis de la *reconstitución comunitaria*:- el auge del asociacionismo, los movimientos de reforma social, de *revival*, o la retribalización (Flaquer y Giner, 1984, pp. 20-23). Por su parte, en la Escuela de Chicago, según Sennett, tendían a interpretar la distinción de Tönnies como correspondiente a dos polos opuestos de la experiencia social, designando la diferenciación entre la vida en una aldea y en la ciudad. Así, en el primer caso, los individuos sentían que se pertenecían mutuamente, compartiendo gran número de actividades. En la ciudad, en cambio, la especialización de las tareas provoca que la experiencia de afinidad se fragmente, de manera que ya no tendrían a su alcance el sentimiento de unidad que posibilitaba la vida rural. Sin embargo, como señala Sennett, tal distinción se reveló demasiado simple, pues en las modernas ciudades los individuos exploran nuevas formas de cohesión (2001a, pp. 72-73).

A partir de estos antecedentes, Sennett pone en juego una noción de comunidad vinculada a la problemática contemporánea. Se trataría de:

[...]particular variedad de grupo social en la que los hombres creen que ellos *comparten* algo juntos. El sentimiento de comunidad es fraternal, envuelve algo más que la admisión de que los hombres se necesitan mutuamente en el sentido material. El vínculo de comunidad es el de percibir identidad común, un placer en reconocernos a “nosotros” y “lo que somos” (Sennett, 2001a, p. 70).

Así pues, la existencia en una sociedad moderna de la comunidad depende, en gran medida, de un acto de creencia, que nos lleva a sentir que formamos parte de algo más amplio que nuestro yo limitado, y que nos permite acceder a una determinada identidad, compartida con aquellos que son parecidos a nosotros. Sennett trata de demostrar que existe un hiato entre el concepto que los hombres forman para definir su experiencia en común y la verdadera naturaleza de las relaciones que mantienen entre sí (2001a, pp. 72-73)⁴⁴. Por tanto, la idea de comunidad suele construirse sobre una falsificación de la experiencia.

4.3.2 La *gemeinschaft* destructiva y el declive de la cultura pública en el siglo XIX

Como se expuso anteriormente, en *El declive del hombre público* Sennett sostenía que el resquebrajamiento de una cultura pública de carácter cosmopolita constituido en la Europa del XVIII, se explica a partir de una nueva manera de entender lo público en el XIX. De esta manera, los individuos ya no se verían a sí mismos como actores que representan papeles en un espacio impersonal, sino que buscaron la identificación con una personalidad colectiva compartida. A partir de ese momento el énfasis por la comunidad toma el lugar de la civilidad, y la pasividad deviene la actitud dominante en la vida pública, dando lugar a lo que este autor denomina una *sociedad íntima*.

Siguiendo la lectura que Sennett ofrece de Tönnies, parecería desprenderse que de las condiciones propias de una sociedad urbana e industrial -con una avanzada división del trabajo y una estructura de clases dinámica y cambiante- debían dificultar el sostenimiento de la vida

⁴⁴Sennett reconoce que esta idea ya habría sido planteada por autores como Riesman o Parsons: el primero habría constatado cómo las personas responden a la necesidad de proyectar una imagen de personalidad colectiva, que defina *quiénes somos*, cuál es el carácter común de un determinado modo de vida comunitaria, pero de manera anticipada y generalmente contradictoria con la manera en que los individuos realmente actúan recíprocamente. Por su parte, Parsons habría observado que es en períodos de cambio social, en los que hay una mayor percepción de desorden, cuando se incrementa la necesidad de formar una imagen del *nosotros común*, que viene a servir, precisamente, como un baluarte ante las inseguridades que se sienten en tales situaciones (2001a, pp. 73-75).

comunitaria. Sennett, sin embargo, pretende llamar la atención sobre cómo, precisamente en ese momento, tuvo lugar un resurgir del énfasis comunitario, adquiriendo un carácter destructivo para la vida social (2002a, pp. 490-495). Según su exposición, ello es debido a que provoca una desintegración del sentido de la sociabilidad -*civilidad*- que se había trazado en Europa durante el siglo XVIII, y que se sostenía sobre la aceptación de la separación entre el actor y los papeles que representaba en público. Ello se vuelve imposible con la irrupción en el siglo XIX de la idea de la personalidad, y su correlato moral de la autenticidad⁴⁵.

La civilidad, según Sennett, permite disfrutar de la compañía de los otros, tratándolos como extraños, al tiempo que los protege entre sí, forjando el vínculo social a través de la propia distancia (2002a, pp. 578-579). En el XVIII, así pues, se había constituido el *público* mediante un lenguaje y una acción compartidos, propiciándose el desarrollo de una interacción pública entre personas de posiciones y orígenes diversos. En el XIX, los individuos creían seguir constituyendo un público, pero lo hacían, según interpreta Sennett, mediante una proyección de carácter ilusorio, la imagen de una personalidad colectiva creada por la fantasía común. Pero ésta actúa como un disolvente de la acción compartida, en tanto impide que el grupo pueda percibir cuáles son sus intereses y promoverlos, pasando a detentar como público una actitud pasiva.

La vida política se ve también, así pues, afectada por este fenómeno. El decaimiento de la vida cosmopolita provoca la apertura de una brecha creciente entre un actor, convertido en un *ejecutante* al que se le confiere una *personalidad* distintiva, y un público formado por espectadores autodisciplinados. El político se convierte así en un tipo de ejecutante al que se le otorga una autoridad de signo carismático, es capaz de generar emociones en un público pasivo sin necesidad de atender al texto, al contenido expresado en el discurso. Lo que les lleva a los espectadores a sentirse unidos no es, pues, la detección de unos determinados intereses comunes, sino un sentimiento de semejanza, detonado por la actuación de la figura carismática⁴⁶.

Por otro lado, en la vida cotidiana la interacción social era presa de

⁴⁵ Sennett afirma que la civilidad se opone precisamente a la espontaneidad (2012, p. 119).

⁴⁶ El siglo XX habría desarrollado este fenómeno en forma de una *política de la personalidad*, en que el debate sobre los contenidos quedaría relegado a un segundo plano (Sennett 2002a).

una búsqueda permanente de reconocimiento del propio *yo*, pues se encontraba sometida a la creencia de que los intercambios sociales consisten en revelaciones de la personalidad, mediante la comunicación de los sentimientos. La *autenticidad* se convierte así en un valor en sí mismo, mermando las capacidades de actuación –es decir, de representar papeles en público- de los individuos, quebrándose la distancia que era el fundamento de la civilidad. En la base, actúa la creencia de que la revelación de uno mismo a los demás es un bien moral, de manera que cuando la gente se revela mutuamente se crea un tejido que la entrelaza.

Se trata, así pues, de una forma de relacionarse en público bien distinta de la cultura pública que floreció el siglo anterior, en la que el vínculo social emergía precisamente del reconocimiento de la identidad pública como actor de cada individuo, así como del mantenimiento de la distancia social necesaria. Al prevalecer un lenguaje impersonal, el actor podía representar su papel dejando al margen su personalidad. Pero con la irrupción de la idea de la personalidad, el hombre público perderá su función y su identidad (Sennett, 2002a, pp. 243-246).

La emergencia del ansia comunitaria en la sociedad del XIX aparece, según el análisis de Sennett, vinculado al decaimiento de la vida pública. Era, pues, una sociedad con una baja interacción, que trataba de compensar esa carencia mediante la creación de la imagen de una personalidad colectiva, de una forma de ser compartida. Se trataba pues, de buscar la semejanza, de confirmar la pertenencia al grupo mediante la autorrevelación y la decodificación de determinados detalles de la conducta de los otros, que son interpretados como símbolos de su carácter. Pero, esta constitución de la fantasía de una personalidad compartida adquiriría, necesariamente, un tono difuso, abstracto y excluyente, ya que siguiendo ese camino, se perdía capacidad real para interactuar con los extraños, rechazando y purgando a aquellos que parecen no formar parte, a partir de algún detalle discordante, con la uniformidad que persigue la personalidad colectiva (2002a, p. 528)⁴⁷.

Como afirman Ferrer y Morello (1992), la desconfianza que muestra Sennett ante el auge comunitario, como la compulsión por alcanzar una identidad homogénea, se haría eco de las advertencias de Tocqueville ante la

⁴⁷ Sennett presenta el desarrollo del caso Dreyfus, el proceso a un militar judío francés acusado de traición, de gran impacto en su época, para reflejar cómo la purga de los que presentan algún rasgo aparentemente diferenciador, se convierte en instrumento de autoafirmación de una comunidad establecida sobre las bases ilusorias de una forma de ser compartida (2002a, pp. 530-563).

expansión del igualitarismo democrático, que fácilmente podía resolverse en la represión de la disidencia. De este modo, Sennett vendría a recordar que no se debe confundir democracia con igualitarismo, ya que las sociedades modernas están constituidas por la diversidad, y en ellas los consensos alcanzados suelen ser parciales y revisables (Ferrer y Morello 1992, pp. 158-160).

En definitiva, según Sennett, la cultura del XIX sobrevaloró la importancia de la comunidad, trató de elaborar un yo común en el que los individuos pudieran sentirse reconocidos. Sin embargo, ello supuso la degradación de la cultura, cuya esencia consistiría en que los hombres puedan actuar juntos sin la compulsión de ser iguales (2002a, p. 563).

4.3.3 La comunidad como protección ante la ciudad y la acción del capitalismo

El énfasis comunitario surge, según expone Sennett, como respuesta al desorden urbano, fruto en buena medida de las presiones del capitalismo. La emergencia en los últimos años de una nueva fase del capitalismo estaría reavivando esta tendencia, lo que le permite repensar sobre sus características y sus virtualidades.

En sus trabajos iniciales Sennett ya planteaba la idea, apoyada en sus estudios del vecindario de Union Park en el Chicago de finales del XIX, de que el reforzamiento de la idea de comunidad puede usarse como un arma defensiva frente las incertidumbres que plantea la vida en una urbe industrial, dinámica y sometida a rápidos cambios bajo las presiones del capitalismo burocrático, que afectaban especialmente a la estructura laboral (1970b). A partir de un puntual suceso violento, los habitantes del barrio respondieron constuyendo la imagen de un peligro difuso que les acechaba desde el exterior y del que había que protegerse. Sin embargo, según Sennett, subyacían otra clase de temores.

Los vecinos se mostraban, por lo general, incapaces de aprovechar las oportunidades que podía ofrecer el cambio económico y social. En lugar de explorar nuevas zonas de residencia o nuevas ocupaciones, adoptaron posturas conservadoras, de manera que la apreciación del confort familiar y la proximidad de gente semejante les impedía desarrollar actitudes emprendedoras o abiertas hacia el exterior. La frustración producida por no saber desarrollar una carrera exitosa iba de la mano con el miedo a caer en la

pobreza, a perder la posición que se había disfrutado. Tales contradicciones marcaban el tono de su relación con la ciudad. Según afirma Sennett,

[...]La frustración envuelta en este proceso indujo de manera natural a estas familias a sentirse amenazadas por unas difusas fuerzas amenazadoras que escapaban a su control, con independencia de lo que hicieran. El estallido violento actuó como catalizador, proporcionándoles en la figura del "otro", el extraño, el extranjero, un agente abstracto de alteración y desorden (1970b, p. 50)⁴⁸.

La incapacidad para adaptarse a las condiciones dinámicas de la ciudad, hacía que tomara cuerpo una sensación de impotencia, de falta de control sobre una amenaza que pendía constantemente sobre sus vidas. La salida consistió en un repliegue hacia la intimidad y la proximidad de los que eran como ellos. La amenaza a su forma de vida se localizó en la figura del *otro*, aquel que por su origen, posición social y lugar de residencia parece portador de desorden y peligro. Se trataba de una idea abstracta, construida a partir de escasas experiencias concretas, pero su carácter difuso no supuso un obstáculo para arraigar en sus mentes, sirviendo como el opuesto necesario para reforzar su propia idea de comunidad.

Así pues, a través de un caso concreto Sennett muestra cómo la idea de comunidad puede generarse en una urbe moderna como medio de defensa frente a la confusión y el desorden, abogando por la separación mutua y la exclusión. Pero lo que se revela en tales procesos es una incapacidad para participar creativamente de las potencialidades que ofrece el espacio público urbano, problema que será heredado por las generaciones posteriores.

La evolución reciente del capitalismo, genera mayor inseguridad e incertidumbre, mientras las empresas tienden a liberarse de sus conexiones tradicionales con la ciudad, aprovechando las posibilidades de movilidad que les ofrece el mundo actual. Este nuevo escenario estaría mostrándose propicio, según afirma Sennett, para que se produzca una reafirmación del valor del lugar, que acompaña el resurgimiento de la idea de comunidad (2000, pp. 143-144).

Sennett reitera, de entrada, su afirmación de que esa recuperación de la idea de comunidad adquiere un carácter defensivo. Considera que su

⁴⁸ Traducción mía. En el original: "The self-defeat involved in this process naturally led these families to feel themselves threatened by overwhelming, nameless forces they could no control, regardless of what they did. The outbreak of violence was a catalyst for them, giving them in the figure of the "other", the stranger, the foreigner, a generalized agent of disorder and disruption".

fuerza emerge, precisamente, de su capacidad evocadora respecto de las dimensiones sociales y personales que se asocian al lugar, que se concreta en la pretensión de construir una comunidad mediante la expresión de unos valores y creencias compartidos en unas prácticas concretas, vividas cotidianamente (2000, 144-145). Pero se trata de un *nosotros* ficticio, es decir, elaborado sobre una fantasía más que sobre experiencias reales, y se emplea para establecer muros frente a los que no pertenecen al grupo, para proteger la integridad de la vida comunitaria. Por otro lado, la reivindicación nostálgica de la vida local que propone el nuevo conservadurismo -p.ej., Nisbet-, no atiende a la realidad de las grandes ciudades, que ya no permiten una ligazón geográfica entre familia, trabajo y comunidad (Sennett, 2012, pp. 250-252).

No obstante, Sennett reivindica la posibilidad de explorar un desarrollo más constructivo de la idea de comunidad a partir de la revalorización del lugar y del aprecio por las relaciones comunitarias. Su rechazo del movimiento comunitarista radica en que la aspiración de una mayor cohesión para superar el asilamiento individual mediante el refuerzo de unos criterios morales comunes, se logra a costa de evitar la conflictividad. Siguiendo a Coser, Sennett resalta el papel positivo que desempeñan los conflictos en las relaciones sociales, ya que permiten concebir un modelo alternativo de comunidad. Por ello, sostiene que ésta debe entenderse como un *proceso* permanente y abierto, que parte del reconocimiento de las diferencias y la aceptación de la conflictividad. De esta manera, se produce un esfuerzo por comunicarse, que implica un compromiso que se sostiene en el tiempo (Sennett, 2000, pp. 150-151)⁴⁹.

4.4 El desgarramiento del dominio público. El yo desconectado.

A lo largo de este capítulo se ha ido profundizando en los problemas que, según el diagnóstico de Sennett, amenazan a la vitalidad de la vida social. En este último apartado se va a ahondar en el desgarramiento del dominio público que percibe en la historia reciente, que se resuelve en una desconexión creciente entre los diversos grupos y de los individuos respecto a la vida pública. Así, Sennett presta atención a las advertencias de Tocqueville sobre las consecuencias del avance de una ideología igualitaria,

⁴⁹ Ver Capítulo 3, apartado 3.2.2 de esta tesis.

ya que incitaba a los individuos a volcarse en su esfera privada, desentendiéndose de las cuestiones públicas. Sennett observa, paralelamente, la emergencia de un fenómeno vinculado, la conversión del *narcisismo* en una condición cultural, provocando la deformación la imagen de la sociedad, indistinguible ya de la intimidad. Finalmente, denuncia las tendencias dominantes en el urbanismo, en la medida conducen hacia la dispersión y la simplificación de los ambientes sociales. Así, en conjunto, puede hablarse de que estos fenómenos apuntan hacia una huida de la diversidad y la complejidad que constituye vida pública urbana, replegándose en la intimidad, y cediendo a la ilusión de unas relaciones próximas y reconfortantes.

4.4.1 Individualismo y abandono de lo público. Los temores de Tocqueville

El desgaste del sentido de lo público, que Sennett pretende denunciar, es avivado por la presión de una ideología igualitaria e individualista, de enorme peso en las sociedades democráticas modernas, que empuja hacia una privatización de la vida social. En este aspecto, su pensamiento denota la influencia de Tocqueville, como se reflejará a continuación. Para ahondar en el pensamiento del autor de *La democracia en América*, se recurrirá al estudio de Ros (2001), complementando la interpretación del propio Sennett.

Como refleja Ros (2001), para Tocqueville el sentimiento individualista es exclusivo de las sociedades democráticas, en la que se nivelan los niveles sociales, rompiendo con los vínculos de dependencia que daban vida a la sociedad tradicional. La consolidación de la ideología democrática se traducía en una igualación de las aspiraciones de todos los hombres, quienes se volcaban en sus respectivos ámbitos privados, donde esperaban encontrar las gratificaciones materiales que les permitieran llevar una vida cómoda y placentera. Enfrascados en sus asuntos particulares, y velando sólo por sus propios intereses, los individuos renunciaban a la posibilidad de gobernarse conjuntamente, maximizaban la libertad negativa en detrimento de la libertad política, anulando su condición de ciudadanos. En lugar de participar en lo público, delegaban su gestión a expertos burócratas que representan a un estado centralizado y poderoso que apenas si encontraría resistencias en una población que se muestra indiferente y dependiente del poder público. Consecuentemente, éste adoptará posturas paternalistas,

encargándose de aportar orden, seguridad y bienestar, ejerciendo una dominación sutil permitida por la apatía generalizada de la sociedad. En definitiva, la priorización del bienestar material privado se resuelve en un *déficit de civismo* (Ros, 2001, p. 55), en la anulación de las virtudes públicas, en la destrucción de la vida asociativa, en la reducción del individuo a un mero productor-consumidor que se cree autosuficiente.

Sennett, por su parte, destaca que la igualdad de condiciones actúa también como una fuerza moral, de manera que cada uno se reconoce en los demás, impulsando la identificación de la sociedad con una especie de yo colectivo. La pacificación social propiciada por el igualitarismo democrático permite a los individuos dedicarse plenamente a la consecución de una vida íntima apacible, aprovechando las gratificaciones que parece ofrecer. Sin embargo, esta pretensión suele resolverse insatisfactoriamente, provocando un mayor alejamiento de lo público; al quedar el individuo atrapado por sus propias ansiedades e inquietudes, absorbido por sus traumas personales, no le queda energía para invertirla en los asuntos públicos. Así, la vida en la sociedad democrática se resuelve en la ecuación *miseria privada-apatía pública* (Sennett, 1980, pp. 107-153).

Los temores manifestados por Tocqueville se habrían cumplido en buena medida en la sociedad contemporánea, tal como Sennett intenta poner de manifiesto. Así, la tendencia hacia la privatización, la preferencia por los ambientes sociales homogéneos, redundan en la incapacidad de los individuos para implicarse en las problemáticas que rebasen su estrecho espacio de privacidad o de las relaciones de proximidad, lo que se convierte en una amenaza permanente a la salud de la vida pública y la democracia, e impide el desarrollo autónomo de la persona.

4.4.2 Narcisismo, intimidad y *gemeinschaft* destructiva

Según se ha afirmado, Sennett considera que la irrupción del principio de la personalidad en la vida pública provocaba su desgarramiento, alterando lo que entiende que es su principio constitutivo, la impersonalidad⁵⁰. Pues bien, este autor encuentra en la proliferación de trastornos narcisistas, como sucedía en los años 70, una actualización de la influencia destructiva del culto a la personalidad. Su interés por este

⁵⁰ Ver apartado 4.1.2

fenómeno no residiría en su dimensión psicológica, sino en su vertiente social (Ferrer y Morello, p. 146). La problemática ligada al narcisismo es abordada también por autores como Lasch, Giddens o Lipovetsky, como se verá seguidamente.

Sennett interpreta el auge de este fenómeno como un resultado de los cambios producidos en la cultura burguesa establecida en la segunda mitad del XIX. Así, se refiere a la transmutación de las formas de intimidad, y del erotismo decimonónico en el moderno dominio de la sexualidad. Según este autor, en la época victoriana se había elaborado una creencia en la *inmanencia de la personalidad*, según la cual los estados sentimentales y los rasgos del carácter de un individuo eran susceptibles de mostrarse involuntariamente ante los demás, de manera que su expresión escapa a la voluntad de contralarla, causando numerosas ansiedades (Sennett, 1980, pp. 41-47). En los años 70 se creía estar viviendo una liberación de las represiones que habían dominado la cultura burguesa; sin embargo, lo que este autor se propone desvelar es que la cultura actual seguiría siendo, en realidad, presa las obsesiones heredadas, llevando sus principios al extremo⁵¹.

En su opinión, el moderno cultivo de la personalidad genera una difuminación de las barreras que distinguen al yo del mundo exterior, de manera que el mundo parece ser meramente un espejo del yo, carente de sustancialidad propia. Como resultado, se desvanece el sentido de la vida impersonal significativa. Sennett denuncia que el primado de una visión psicomórfica de la sociedad provoca que las cuestiones de raza, clase o historia sean abolidas; es decir, que se dejen de lado las explicaciones sociales de los problemas existentes a favor de aquellas relacionadas con la personalidad y la motivación de los participantes. En este sentido, el mismo autor ha hecho patente cómo los sujetos reflejan una tendencia a considerar las posiciones sociales que detentan como el resultado de su acierto o fallo personal a la hora de poner en ejercicio sus capacidades, ignorando los condicionantes que impone la estructura social y de clase existente (1980, pp. 50-52)⁵².

⁵¹Un ejemplo ilustrativo de dicha tendencia, por la resonancia que alcanzaron, son los trabajos de W. Reich, en los que denunciaba el carácter específicamente represivo y autoritario de la cultura moderna, patriarcal y monógama, defendiendo la urgencia de una liberación sexual para desprenderse de las ansias de poder y ser así capaces de alcanzar la felicidad (Giddens, 2006, pp. 145-150).

⁵²En este sentido resulta ilustrativa la investigación presentada en *The hidden Injuries of Class* (1972).

La dimensión psicológica de estos fenómenos sería, precisamente, el *narcisismo*, identificado con la tendencia a medir el mundo como si fuera un espejo del yo. La cultura contemporánea se distinguiría, desde esta perspectiva, por haber movilizad las fuerzas del narcisismo hasta el punto de convertirlo en un nuevo código de significado, habiendo llevado el principio de la personalidad inmanente al extremo, de manera que todos los aspectos de la sociedad son considerados por el yo como meras manifestaciones de la personalidad o del sentimiento particular (Sennett, 1980, p. 52). Este fenómeno se fortalecería por influjo del capitalismo: la obtención de recompensas aparece ligada al ejercicio de la capacidad personal, de manera que el fracaso en ese propósito se interpreta en virtud de algún defecto en la personalidad (1980, p. 58)⁵³.

El yo moderno parece carecer de una naturaleza fija y permanente, viviendo anclado a la inmediatez, lo que condiciona la experiencia con el otro y la valoración del mundo exterior. Estima la autenticidad por encima de todo, por lo que rechaza las máscaras, aunque su falta de consistencia le incapacita para adquirir compromisos a largo plazo; la degradación de la realidad a un mero correlato sentimental de sus estados emocionales le impide alcanzar una consideración adecuada de la necesidad impersonal. Percibe a los otros como meros recursos para su desarrollo personal, para la validación de su yo, no siendo capaz de apreciarlos en su diferencia. Por ello, la interacción se ve degradada a una especie de *mercado de autorrevelaciones* (Sennett, 1980, pp. 59-66).

Smith, en su lectura de Sennett, observa que los males asociables al narcisismo serían similares a los relacionados con la alienación, si bien en este caso las ansiedades surgen del deseo imperante de autorrealización. De este modo, se entiende el privilegio concedido a la esfera íntima como el ámbito adecuado para la exploración de los sentimientos. Pero tal apertura lleva a un resultado paradójico, ya que como Sennett sostiene, el hombre contemporáneo carece de los estándares impersonales para la comunicación interpersonal que permitían aportar objetividad a lo expresado. La cultura del siglo XX concede gran relevancia a la auto-expresión, pero es experimentada por unos yos que han sufrido el atrofiamiento de sus poderes expresivos, debido a la pérdida del sentido apropiado de la impersonalidad,

⁵³ Así, advierte Sennett que la burocracia, pese a su carácter aparentemente impersonal, “de hecho personaliza poderosamente la experiencia de quienes viven sus vidas adultas bajo ella” (1980, p. 67).

suplantados por una ética de la autenticidad de efectos dañinos para la vida social y personal (Smith, 2007, p. 193).

El análisis del narcisismo le conduce a Sennett, así pues, a reafirmar su idea de que la irrupción del principio de personalidad corroe los cimientos sobre los que se asienta la vida pública. Así, como dice Lipovetsky en su interpretación del sociólogo estadounidense:

La sociabilidad exige barreras, reglas impersonales que son las únicas que pueden proteger a los individuos unos de otros; allí dónde al contrario, reina la obscenidad de la intimidad, la comunidad se hace pedazos y las relaciones humanas se vuelven “destructoras”. La disolución de los roles públicos y la compulsión de autenticidad han engendrado una forma de incivismo [...] (Lipovetsky, 2002, p.65).

La apertura a los otros se realiza guiada por la expectativa de poder compartir sentimientos, y es justamente la dirección tomada por la experiencia social la que lleva a Sennett a considerar que provoca la formación de una comunidad destructiva, que impide reconocer en la sociedad una sustancialidad propia, reducida a ser un conjunto de transacciones íntimas. El siglo XX, apunta Sennett, habría celebrado la intersubjetividad como una condición moral, pero perdiendo de vista que la sociedad se mantiene sobre una compleja red de vínculos personales y jerárquicos, conformándose de este modo con una interpretación simplista de la realidad social.

La manera de afrontar las experiencias críticas hace patente la negatividad de la tendencia comunitaria que Sennett asocia al auge narcisista, en tanto se concibe la sociedad como una extensión de la esfera íntima. Así, la constatación de la existencia de diferencias con los demás no se asume como algo intrínseco en las relaciones interpersonales, sino como desafíos conflictivos al valor del *yo*, redundando en crisis de legitimación personal. Ante tales obstáculos, se refugia en la ilusión de una comunidad creada a partir de la apertura sentimental mutua, generando una identidad colectiva que se presenta bajo una apariencia de intimidad. Sin embargo, cuando la experiencia colectiva adquiere un carácter ilusorio, se oscurece la percepción de la realidad social, y así los conflictos generados por la dominación o la desigualdad acaban siendo subsumidos en categorías de orden psicológico, interpretándose como si se tratara de conflictos de identidad, y los deseos de liberación acaban viéndose reducidos a lo personal, perdiéndose su

dimensión colectiva⁵⁴. La presión del grupo, por otra parte, se dirige igualmente hacia el interior: de forma permanente se pone a prueba la pertenencia real de sus miembros (Sennett, 1980, pp. 68-74).

Según Sennett, la familia es el lugar primordial para el desarrollo de los procesos tendentes a la implantación de la comunidad destructiva, ya que es precisamente en su seno donde más intensamente se refleja la psicologización de las relaciones sociales. Desde el siglo XIX la familia había padecido un proceso de privatización, tendiendo al aislamiento del mundo exterior, y a la sobrevaloración de la intimidad, hasta el punto que las relaciones íntimas se postulan como modelos para una reconstrucción de la sociedad. Sin embargo, ese movimiento presenta un rostro paradójico, ya que si bien su razón de ser debiera encontrarse en su virtualidad para liberar a los individuos de las agitaciones y la instrumentalidad que rige la vida exterior, en realidad, los somete a la dependencia de un grupo familiar magnificado. La familia aparece como el lugar apropiado para el florecimiento de relaciones emocionales plenas, creando el marco adecuado para el desarrollo del yo. Pero ese privilegio de las relaciones familiares comporta una desvalorización de las experiencias que se adecuen al molde de las relaciones emocionales íntimas. La sociedad, por tanto, en la medida en que no se asemeje al modelo familiar, no puede sino aparecer como un territorio hostil.

La consideración de que la única experiencia realmente valiosa y significativa es la íntima, impulsa la privatización de la experiencia, engendrando, como resultado, un individuo incapacitado para afrontar relaciones de tipo impersonal, para moverse con soltura fuera de los estrechos parámetros de la experiencia emocional. El predominio cultural de una visión íntima de la sociedad, según la cual el sentido primordial de cualquier cuestión es de tipo psicológico, acaba por convertirse en una trampa tanto para la salud de la vida pública como de la vida personal. La distinción entre lo público y lo privado se difumina cuando trata de resolverse en términos de sentimiento personal lo que sólo es abordable en términos impersonales. Y cuando las expectativas de obtener satisfacciones psicológicas de la sociedad no se ven satisfechas, el individuo se repliega sobre sí mismo, abandonando una vida impersonal que le parece vacía

⁵⁴ Un ejemplo de ello sería el libro de Greer, *The Female Eunuch* (1970) (Sennett, 1980, p. 56-57).

(Sennett, 2002a, pp. 23-24, y cap. 10). Así, la retirada hacia la vida interior lejos de culminar en un descubrimiento del propio yo, se resuelve en incapacidad para contactar con extraños (Ferrer y Morello, p. 145).

En definitiva, Sennett estima necesario superar la negatividad de unas relaciones sociales reducidas a transacciones íntimas, que da lugar a la formación de una imagen falsificada de la sociedad, como una personalidad colectiva, para propiciar la construcción de una nueva forma de sociedad, no sometida a los parámetros de la comunidad, sino recuperando su ser propio, la impersonalidad, reforzando así el ideal cosmopolita (1980, pp. 76- 103).

Lasch ofrece, a juicio de Giddens (1995), una percepción del fenómeno del narcisismo cercana a Sennett. Así, Lasch considera que en el mundo actual los individuos se sienten incapaces de controlar los sucesos que ocurren en su entorno, por lo que se ven forzados a replegarse en sí mismos, atendiendo a sus propias preocupaciones, y desarrollando *estrategias de supervivencia* privadas. De este modo, se centran en desarrollar nuevas formas de intimidad que les aporten seguridad y bienestar. De ahí que también considere Lasch que la sociedad actual propicia un tipo de personalidad narcisista, reforzada por un consumismo que fomenta las apariencias y el cumplimiento de los deseos narcisistas. El individuo requiere constantemente sentir la aprobación de los demás para sentirse bien, de manera que el narcisismo consistiría en el intento de compensar psicológicamente esa inseguridad. En sus relaciones, los individuos narcisistas ansían encontrar satisfacciones de tipo emocional, pero manteniendo al mismo tiempo el desapego de un yo incapaz de entregarse o de entender las necesidades de los otros.

Giddens muestra su desacuerdo con estos análisis en varios puntos fundamentales. En primer lugar, respecto al modo de considerar la relación entre el individuo y la vida pública, entiende que la complejidad de la vida moderna no debe interpretarse exclusivamente en términos de hostilidad hacia el individuo, de alienación, ya que si bien aumenta los riesgos, también presenta más oportunidades de participación, propiciando incluso una vida más cosmopolita. De este modo, los individuos no se retiran pasivamente del mundo exterior, sino que están comprometidos e intervienen activamente en él. Por otro lado, más que ver en el narcisismo la condición propia del yo contemporáneo, Giddens lo interpreta como una patología más (1995, pp.215-229).

Lipovetsky, por su parte, considera el interés por el narcisismo como reflejo de una época que vive un abandono generalizado de los asuntos públicos, un desvanecimiento de los sistemas de sentido compartidos, y la extensión de una cultura hedonista. Sin embargo, rechaza ver en el narcisismo una forma de alienación social o una amenaza para la convivencia, pues más bien cumpliría una función adaptativa del yo a un mundo social atomizado. La culminación del impulso democrático hacia la igualdad se habría resuelto en la asimilación de una similitud fundamental entre todos los individuos subyacente a las diferencias aparentes, neutralizándose el problema de la alteridad, y dejando el campo abierto para que emerja con fuerza la cuestión del yo (Lipovetsky 2002, pp. 49-60). De esta manera, desdramatiza las consecuencias sociales y personales de la expansión narcisista que denunciaba Sennett. Así, para el sociólogo francés, no acontece en realidad una disminución de las capacidades expresivas y de actuación, sino que más bien se muestran ahora a través de la discreción y la contención. La prevalencia del psicologismo se traduciría en una inversión escasa en el terreno de lo ideológico, por lo que la relación con el otro más, que por la exclusión, estaría marcada por una tolerancia de tono indiferente. La autoabsorción narcisista actuaría, paradójicamente, como una forma nueva de control y pacificación social, en lugar de disolver la sociabilidad, como pensaría Sennett (Lipovetsky, 2002, pp. 65-67).

A mi juicio, Lipovetsky ofrecería una visión conformista de la realidad social contemporánea, mientras que el papel activo que Sennett reclama para los individuos en la elaboración de formas dinámicas y abiertas de sociabilidad, incorpora valores sociales y humanos que incitan a promover una actividad ciudadana comprometida como parte fundamental del despliegue personal y de la transformación social.

4.4.3 Los efectos de la planificación urbana: aislamiento y pasividad

El análisis de la planificación urbana es un ámbito de investigación de gran interés para Sennett, que remite a uno de sus temas centrales: *dónde vive la gente*, y pese a que no ocupa un lugar central en este estudio, hay que aproximarse brevemente a este tema en la medida en que aporta algunas de las razones del decaimiento de la vida pública. La idea es que el entorno físico puede estimular o inhibir la implicación de los individuos, y en consecuencia, el desarrollo de interacciones complejas, constituyéndose

como un elemento facilitador de la propia sociabilidad.

Desde este punto de partida, Sennett se fija en las líneas que rigen la planificación de las urbes actuales, destacando la neutralización de los espacios urbanos, la dispersión de la población, o la separación rígida entre los distintos barrios o comunidades. Para este autor, no se trataría de un movimiento natural, sino que habría que entenderlo desde unos supuestos ideológicos concretos, así como a la luz de las vicisitudes históricas.

Sennett otorga en sus análisis un papel destacado a la corporeidad humana⁵⁵. En ese sentido, interpreta las experiencias contemporáneas de privación sensorial, de desconexión respecto al espacio, como síntomas de una deficiente implicación de los individuos con su entorno. La concepción de los edificios, centros comerciales, barrios, o ciudades como espacios neutros reclama poco esfuerzo y escasa participación por parte de sus habitantes, y no induce al contacto entre ellos (1997a, pp. 17-24). Las urbes modernas propician una facilidad de movimientos que está en consonancia con el ideal moderno de autonomía y libertad física, pero provoca la desconexión de un entorno que resulta poco estimulante.

No se trataría, para este autor, de un problema meramente *físico*, ajeno a las consideraciones del pensamiento social, pues se vincula con la manera en que los individuos se relacionan con la sociedad. Los habitantes de las ciudades actuales tratan de evitar los contactos físicos, siguiendo su propio camino por la geografía urbana conforme al principio de *desestimulación defensiva*; califican a las personas que ven según unos *repertorios de imágenes* sencillos y estereotipados, que evitan la necesidad de recurrir a estímulos ulteriores, previenen de la perplejidad, y le permiten mantenerse separado de los demás (Sennett, 1997a, 389-390)⁵⁶.

Para Sennett, la modernidad reconoce una vinculación estrecha entre la temporalidad y la espacialidad (1991, p. 233), que desde su perspectiva, hallaría en la ciudad un punto delicado de entrecruzamiento, que afecta a la forma narrativa que pueda adquirir la vida de sus habitantes. Si una ciudad únicamente permite el desarrollo de una forma de narración lineal, sin ofrecer posibilidades de ruptura, ocasiones para redefinir la relación personal con el exterior, momentos de encuentro con las diferencias que

⁵⁵Se trata de una perspectiva poco habitual en el pensamiento social. Le Goff (2005, p. 17) indica alguna destacada excepción, como Elias, Bloch o Foucault.

⁵⁶Sennett toma estos dos conceptos de Goffmann y Barthes respectivamente.

provoquen nuestra perplejidad, la vida subjetiva no será capaz de transformarse, de abrirse a la multiplicidad de papeles y situaciones que debiera ofrecer la interacción con desconocidos (1991, pp. 176-184).

Como se ha indicado, una de las tendencias definitorias de la planificación urbana reciente es la que empuja a la población a desplazarse hacia vecindarios situados en los suburbios. Ese movimiento de evasión lo vincula Sennett con dos fenómenos estrechamente relacionados: la idealización de la vida comunitaria a pequeña escala, y una sobredimensión de las funciones asignadas a la familia (1970a, p. 104). Sennett interpreta este movimiento como una huida de la complejidad social, en una búsqueda de un orden homogéneo y continuo, predecible y fácilmente cognoscible (2001a, p. 116 ss.). Como contrapartida, el centro -convertido en imagen del desorden de la vida urbana- se desvaloriza y se abandona. Pero ello supone una simplificación dañina del ambiente social, que se sostiene sobre medidas excluyentes que actúan sobre las diferencias, rechazando las posibilidades que ofrece la vida urbana (2001a, p. 132). En las últimas décadas, el influjo de la globalización se estaría traduciendo en una mayor homogeneización, separación y presencia de estructuras monofuncionales (Sennett, 1998, p. 23).

Sennett propone, en cambio, potenciar las zonas que presenten una mayor vitalidad, especialmente las que detentan un carácter fronterizo -p. ej., entre dos barrios de clase diferente-. Así cabe recordar que habla de dos maneras opuestas de tratar esos espacios liminales: las *fronteras* serían territorios inactivos, impermeables, más allá de los cuales uno se encuentra perdido; las *lindes* serían, en cambio, zonas de encuentro e interacción, donde tiene lugar una prolífica actividad. Por ello, la funcionalidad rígida de los espacios, el tratamiento de las *zonas de transición* como muros que aíslan y segmentan la ciudad, debiera remplazarse por una mezcla de usos de los espacios, revisable y cambiante, y por la conversión de los límites en lugares de actividad, encuentro, conflicto y negociación.

Los principios que guían la planificación urbana no son, en definitiva, ajenos a la vitalidad de la actividad social que se desarrolla en la ciudad, siendo relevante la relación que el individuo mantiene con su entrono físico, así como la distribución de los grupos en la geografía urbana. Las tendencias dominantes se concretarían en un agudizamiento de los males que Sennett denuncia: la insensibilización ante la estimulación externa, una relación

pasiva con el entorno urbano, la huida de la complejidad de la vida pública, el desinterés por los otros y la indiferencia.

4.5 Recuperar el dominio público como el lugar propio de las relaciones sociales complejas

En este capítulo se ha podido profundizar en la idea ya apuntada en los capítulos 2 y 3, que Sennett identifica la vida social, primordialmente, con la interrelación de las diferencias que tiene lugar en un dominio público urbano denso y complejo, de manera que los modos de interacción resultantes están marcados por la ambigüedad y la conflictividad. La vida pública presenta unos rasgos propios que permiten establecerla como un ámbito diferenciado. La participación en el conformación de esa vida pública representa una vía para el desarrollo personal, conforme a la comprensión del sujeto que se pretende desplegar en esta tesis, es decir, como alguien capacitado para experimentar activa y creativamente el mundo en el que vive.

Sin embargo, desde la perspectiva de Sennett, la vida pública contemporánea no registraría un estado óptimo de salud. Así, se han constatado diversas tendencias en las que se expresa ese decaimiento, aunque en lo fundamental están unidas entre sí, pues aunque en cada momento pueda poner el acento en un aspecto determinado, sus críticas siempre apuntan a una tendencia de fondo: la evitación de la complejidad social, como expresión de un temor al desorden que corroe las sociedades actuales. Así, se ha mostrado cómo aborda esta cuestión desde la crítica de la institución familiar, del urbanismo, o desde un análisis cultural de las formas de interacción, para denunciar el abandono de la vida pública urbana, percibida como compleja o amenazante, que acompaña la búsqueda de entornos más sencillos y controlables, pero más pobres desde un punto de vista experiencial. Como resultado, la formación de los individuos se verá afectada negativamente, impidiendo que puedan desplegar adecuadamente sus capacidades sociales, convirtiéndose por el contrario en seres que responden pasivamente a los requerimientos del entorno socio-político.

Cuando la prioridad cultural se localiza en la vida privada, las relaciones familiares, o el desarrollo del yo, se pone en peligro el equilibrio que, a juicio del autor, debiera existir entre lo público y lo privado, lo social y lo personal, siendo la dimensión pública la que se ve amenazada con perder su sustancialidad propia. La elevación del principio de personalidad a

principio rector de la vida social supone trastocar el fundamento de las relaciones que acontecen en el dominio público, la impersonalidad. La desconfianza hacia las convenciones sociales, nacida de una concepción dañina de la autenticidad, refleja una confusión entre el tipo de relaciones que se desarrollan en un ámbito privado, con aquellas que deben desarrollarse entre extraños, pretendiendo que únicamente las primeras son verdaderamente humanas.

En este sentido, merece la pena resaltar sus advertencias ante la vigencia de fenómenos como el resurgimiento comunitario, ya que aunque en su superficie exprese un deseo por recuperar unas relaciones más humanas o fraternales, frente a la instrumentalidad y el anonimato que parecen reinar en el mundo público moderno, en el fondo estaría latiendo un sentimiento de desconfianza a todo lo que resulta extraño o perturbador, que lleva a priorizar las relaciones con aquellos que son semejantes, lo que suele traducirse en rechazo y exclusión, y resolverse en incapacidad para tratar con las vicisitudes propias de una vida social compleja. En relación a ello, se entienden también sus precauciones ante una hipervalorización de las relaciones íntimas, pues por un lado, una alta inversión en la vida familiar y personal conlleva una presión excesiva, que suele resolverse en frustración, y por otro, se traduce en indiferencia hacia los problemas del mundo exterior, en tanto parecen ajenos a las vicisitudes cotidianas del yo, o en una actitud pasiva ante la vida pública de nefastas consecuencias, como se hace patente en la política.

De esta manera, adquiere sentido la defensa que lleva a cabo Sennett de la especificidad del dominio público como el terreno propio de las relaciones impersonales, en el cual el individuo puede liberarse de las cargas de su personalidad, y participar de una vida compleja compuesta por convenciones y formas rituales de comunicación elaboradas conjuntamente, mediante una representación de roles sociales que le permite activar sus capacidades expresivas. Pues, como se ahondará más adelante, la formación del carácter se produce principalmente desde la apertura a la participación del individuo en un mundo social diverso y problemático.

Lo que no significa que las relaciones íntimas carezcan de importancia en la vida del individuo, pero lo que en mi opinión pretende destacar Sennett es que éstas tienen su ámbito propio, detentan unas características determinadas y cumplen unas funciones específicas, y que el problema surge

cuando se considera que la relación íntima deba ser el modelo de cualquier tipo de interacción, incluso de las que se desarrollan en un ámbito anónimo e impersonal. Pues de esta manera se quiebra el equilibrio que debiera existir idealmente entre los dos ámbitos de acción, desdibujándose las diferencias entre ambos.

En definitiva, pese a las deficiencias que se han señalado en algunos de sus análisis, puede reconocerse que Sennett ofrece una perspectiva original sobre las características de la vida pública y las amenazas que la acechan, tratándose de una temática de gran actualidad. La concepción del individuo y del desarrollo personal que elabora este autor es plenamente coherente con esta descripción, tratándose de un ser eminentemente social. En la siguiente sección se va a profundizar en las características del proceso de individuación según la interpretación que ofrece Sennett, que invita a situar en un primer término, precisamente, la orientación social del mismo. Por ello, la variedad experiencial que proporcione el escenario en el que se forma la individualidad se antoja fundamental para poder llegar a convertirse en una persona autónoma, capaz de desplegar sus facultades interactuando activamente con los otros.

SECCIÓN III - LA INDIVIDUACIÓN

Capítulo 5- La identidad narrativa en Sennett

Tras haber reflexionado sobre las características y valores que Sennett atribuye a la vida social que se despliega en espacios públicos, esta sección se centrará en la subjetividad humana, definiendo su proceso de conformación en torno a las nociones de identidad y de carácter. En este capítulo se pretende demostrar que la preocupación por la constitución de la identidad es una constante en la obra de Sennett, reflejando cómo ha ido evolucionando el tratamiento de esta cuestión a lo largo de su trayectoria intelectual, hasta dar lugar a una propuesta coherente y original. Su interés por la identidad aparece unido, de manera recurrente, a la centralidad que otorga en sus estudios al trabajo y al lugar de residencia, encontrándose ambas vinculadas entre sí por la cuestión de la posición y la clase social. De esta manera, considera que éstos dos aspectos son ingredientes básicos de la identidad de una persona, aunque se abre a múltiples dimensiones, especialmente en una sociedad moderna y urbana en la que los individuos participan de variados escenarios sociales.

Se trata de una visión narrativa de la identidad, resultado de su comprensión de los seres humanos como animales que tienen una capacidad para autointerpretarse, una tendencia intrínseca para buscar un sentido a sus vidas, así como al lugar que ocupan en el conjunto social. En relación a ello, la elaboración de la identidad se lleva a cabo a través de la relación permanente que el individuo lleva a cabo con las circunstancias del mundo social que le rodea, las cuales trata de integrar en un relato coherente. El resultado de esa labor no es necesariamente exitoso, por lo que uno de los propósitos del análisis que propone Sennett sería evaluar la posibilidad de producir identidades fortalecidas cuando se dan unas circunstancias sociales e institucionales determinadas.

Para desarrollar las cuestiones apuntadas se llevará a cabo, en primer lugar, una introducción general a la noción de identidad, distinguiendo entre la identidad social y la personal, y destacando su relación con el desempeño de roles, lo que permitirá atender a su proceso formativo. A continuación, se presentará el análisis de ese proceso de formación personal de la identidad

que realizó Erikson, cuya influencia en Sennett es determinante.

En el siguiente apartado, se tratará la dimensión biográfica de la identidad, fundamental en el enfoque de Sennett. Así, primero se introducirá la cuestión, y se incidirá en su problemática en la medida en que recoge las vicisitudes relacionadas con el desempeño de diferentes roles. A continuación, se presentarán dos maneras distintas de abordar la cuestión de la constitución de la identidad del yo moderno conforme a un modelo narrativo, como las que ofrecen, desde perspectivas bien distintas, Taylor y Giddens, lo que ayudará a entender mejor la noción de identidad que queda atribuir a Sennett.

En el tercer apartado, se profundizará en la concepción de la identidad que puede extraerse de los diferentes trabajos de Sennett. Para ello, se analizarán las primeras aproximaciones del autor a este tema, especialmente su estudio sobre la formación de la identidad en la sociedad estadounidense que fija su atención en la crisis que se plantea durante la adolescencia. A partir de ahí, se tratará de reflejar cómo ha ido evolucionando la propia concepción de Sennett acerca de la identidad, entendiéndola fundamentalmente según la forma de un relato, expresión de las capacidades interpretativas que atribuye a los seres humanos, que se enfrentan a las circunstancias cambiantes por las que atraviesa la vida de cada uno. Por ello, la narratividad será tomada como el elemento definitorio de esta visión de la formación de la identidad.

5.1. La problemática formación de la *identidad* en la sociedad moderna

La noción de identidad quizá sea una de las de uso más corriente en las ciencias sociales y la filosofía, por lo que se emplea en contextos muy variados, con tratamientos y propósitos diferentes. Aquí no se pretende acometer un examen exhaustivo de los diferentes usos o interpretaciones a que puede dar lugar, sino al contrario, realizar una aproximación al concepto de identidad que permita formar una idea elemental respecto a su significado básico. Se va a incidir en este apartado, por su interés para la temática abordada, en relación entre rol e identidad. Para esta introducción general a la noción de identidad se va a tomar como referencia principal a Berger (1990) y Giddens (2001), complementándose con aportaciones de otros autores.

La identidad, de manera muy general, se refiere a lo que distingue a

una persona de los demás, lo que permite reconocerla a partir de las identificaciones de las que participa. Según Guelbenzu la identidad es “aquella característica o suma de características que diferencian una persona de los demás, que la hacen singular y única [...]”, posibilitando la existencia autónoma de la persona en la medida en que adquiere conciencia de la misma, de manera que la identidad estaría ligada a la conciencia de sí (2002, p. 336). El individuo necesita ser reconocido por los demás, y esa conciencia de sí mismo se ve afectada cuando su identidad es negada. Pero cuando la integración en algún grupo es absoluta, disuelve la capacidad personal para adquirir una identidad diferenciada (Guelbenzu, 2002). Cortina, por su parte, señala que una persona se identifica por una variedad de dimensiones -sexo, comunidad, fe-, y cada una de ellas la vincula con el resto de personas que la comparten en un mismo sentido, diferenciándolas de las que las comparten en otro sentido. Tomadas conjuntamente, hacen de cada uno una persona única (Cortina, 2003, p. 66 y p. 69).

Según afirma Giddens, la identidad tiene que ver primordialmente con la idea que se forman las personas sobre quienes son y sobre lo que es significativo para ellas. Pese a que se puede hablar de la identidad en diversos sentidos, Giddens destaca dos tipos básicos: la identidad social y la personal. La identidad social de una persona se forma a partir de las características que los demás le atribuyen, indicando *quién es*, y relacionándole con otras personas que comparten esos atributos, por lo que comporta una destacada dimensión colectiva. Dado que la vida de cualquier persona suele abarcar diferentes dimensiones, su identidad no es unitaria, sino que cada uno participa de múltiples identidades. Sin embargo, para ordenar la consecuente diversidad experiencial, suele adoptarse una identidad primaria. Las identidades compartidas se elaboran sobre un conjunto de valores, objetivos o experiencias compartidas.

La identidad personal, en cambio, es la que permite individualizar a cada uno, refiriéndose al proceso mediante el cual se formula el sentido fundamental de quien se es y de la relación con el mundo. Para el interaccionismo simbólico, es a través de esas relaciones que el individuo establece con el mundo exterior como se forma su propia idea de su subjetividad, vinculando su mundo personal con el mundo público. Por otro lado, recuerda Giddens, el paso de una sociedad tradicional a una moderna comportó importantes modificaciones a la hora de establecer la identidad de

una persona, debido en gran medida a los procesos de industrialización y urbanización. Actualmente las identidades son más polifacéticas y menos estables, pues las pautas fijas y heredadas han perdido el peso del que disponían en las sociedades más homogéneas del pasado para establecer las diferentes identidades. Los individuos participan actualmente de una gran movilidad, tienen acceso a fuentes variadas de significado, y más oportunidades para elegir cómo vivir y, consecuente, de definir quien se es (Giddens, 2001, pp. 60-61). En el capítulo 2 se trató la cuestión de cómo la gran ciudad suponía un escenario nuevo para la formación de la identidad, complejo y denso. La Escuela de Chicago se interesó por esta problemática. Así, se hizo referencia a la noción de *papeles segmentados* de Wirth reflejando cómo los urbanitas han de actuar de manera cotidiana en ambientes sociales diferentes, habiendo en consecuencia de poner en juego identidades diferentes.

Como se acaba de indicar, la formación de la identidad varía según el tipo de sociedad. Siguiendo a Berger, puede afirmarse que las sociedades tradicionales señalan identidades fijas y permanentes, siendo fácil recomponer la vida de un individuo fijándose en su posición social. En la sociedad moderna, en cambio, la identidad es fluida e insegura; habitualmente no sabemos exactamente que es lo que se espera de nosotros en los papeles que desempeñamos, por lo que los expertos son importantes a la hora de definir esas funciones. La movilidad geográfica y social que posibilita la vida moderna nos sitúa ante una diversidad de formas de observar el mundo, y nos empuja a desempeñar papeles cambiantes según participamos en diferentes grupos sociales (Berger, 1990, pp. 74-76 y pp. 119-120).

5.1.1 Rol e identidad

Existe una vinculación fundamental entre el desempeño de roles y la formación de la identidad, pues cada papel suele tener asociado un tipo específico de identidad. Como expone Berger, la *teoría de roles* ha desarrollado este tema, que pone sobre la mesa la cuestión de cómo la sociedad influye en los procesos de formación de las identidades. De cada individuo se espera unos comportamientos y unas actitudes determinadas conforme al rol que esté desempeñando.

La sociedad, así pues, aporta los patrones de comportamiento

esperados ante una situación particular. El *rol*, desde este punto de vista, se define como “una respuesta típica a una expectativa simbólica” (Berger, 1990, p. 136). La *teoría de roles* observa la existencia social de la persona como la participación en distintos contextos dramáticos a través del desempeño de los distintos papeles. Esta perspectiva lleva a juzgar a la persona como un repertorio de papeles, cada uno de ellos provisto de una determinada identidad (Berger, 1990, pp. 149-150). Cada papel específico, así pues, lleva aparejado ciertas acciones, pero también las actitudes y emociones que corresponden a esos comportamientos. La identidad, pues, está ligada a la conducta que habitualmente realiza un individuo ante situaciones sociales específicas. El desempeño de esos papeles no se lleva a cabo, habitualmente, de manera reflexiva y deliberada, pues su incorporación permite realizarlos de manera espontánea. No solo la acción, sino el propio actor es modelado por el rol, hasta el punto que llega a convertirse en el papel que desempeña (Berger, 1990, p. 139).

La consideración del ser humano como un participante en diversos escenarios dramáticos a través del desempeño de los roles correspondientes lleva a poner de manifiesto que las identidades, en tanto van aparejadas a los roles, son conferidas, mantenidas y transformadas socialmente. Durante el proceso de socialización, tal como lo describió Mead, los niños aprenden a realizar papeles interaccionando con otros⁵⁷. Así, a través de juego adoptan papeles imaginarios, asimilando su importancia para la vida social. Cuando logra una percepción clara de la sociedad es cuando puede formarse una imagen definida de sí mismo. Para mantener la imagen formada del sí mismo es imprescindible obtener el reconocimiento de los otros en los contextos adecuados; así pues la identidad no es algo que se dé por garantizado, pues su estabilidad requiere precisamente de los actos de reconocimiento social. Si éstos fallan, también acaba por venirse abajo la imagen que uno tenía de sí mismo (Berger, 1990, pp. 141-143).

Gerth y Mills incidieron en el origen institucional de los roles, estando implicados en el contexto social. Los diversos roles que una persona desempeña serían segmentos de las diversas instituciones y situaciones por las que se desplaza. Según estos autores, el niño constuye un *otro* dentro de sí a partir de la figura del padre -más tarde, el jefe-, que actúa como el *rol*

⁵⁷Cfr. Mead, G. H. (1993).

principal, convirtiéndose en el símbolo principal de la institución correspondiente. Por medio de estas internalizaciones se aprende a autocontrolar el desempeño de roles en las instituciones. A la postre, afirman que el hombre como persona está compuesto por los roles específicos que desempeña y los efectos que tienen sobre él, y que el crecimiento consistiría en el proceso de abandonar unos roles para incorporar otros. La imagen que alguien se forma de sí mismo está condicionada por lo que cree que piensan los demás sobre él (Gerth y Mills, 1984, pp. 32-35).

No hay que entender no obstante, como señala Berger, que el individuo cumpla un papel meramente pasivo en el juego social, puesto que de sus propias elecciones dependerá en buena medida la función que vaya a desempeñar en el entramado institucional, aunque la elección de un determinado rol conlleva la aceptación de una afiliación social específica, y viceversa. Así, ciertamente, la capacidad de elección identitaria se ve limitada por un trasfondo social e institucional de reglas, funciones y roles bien definido. De hecho, las acciones y decisiones individuales se ven condicionadas por los sistemas de control social, que disponen de sus propios dispositivos para generar identidades. Así, los prejuicios pueden alcanzar una gran influencia a la de formar la imagen de uno mismo, convirtiéndose en lo que los demás piensan de él (Berger, 1990, pp.145-146). Aún así, Berger sugiere que los participantes pueden intervenir de forma más activa redefiniendo las situaciones, para lo que se apoya en la sociología weberiana, interesada en comprender las interpretaciones subjetivas que introducen los actores sociales (1990, pp. 177 ss.).

Las versiones de la teoría de roles vinculadas al interaccionismo simbólico discuten la visión funcionalista del rol, es decir, como un conjunto de expectativas definidas por normas sociales que el individuo conoce en tanto ocupante de una posición social, actuando así conforme a ellas. Los interaccionistas simbólicos no pondrían el acento en la asunción individual de las normas que definen su posición, destacando cómo los ocupantes del rol definen su actuación en función de las inferencias que realizan de las expectativas de los otros, situados en la dinámica propia de la interacción social. Incorporarían de esta manera la dialéctica entre el *yo* y el *mí* desarrollada por Mead, es decir, entre lo que se espera de mí -aspecto definicional del rol- y la actualización y escenificación de los roles como

producto de la propia interacción -aspecto procesual- (Alvaro et al., 2007, pp. 76-80). Así pues, la persona no es un mero producto social que se limita a adecuarse a las exigencias del rol, pues alberga una capacidad para intervenir activa y creativamente en el mundo que le rodea.

Las propuestas más recientes tratan de integrar los diferentes niveles de análisis, acercando los enfoques macro y micro, dando lugar a respuestas más completas sobre la elaboración de la identidad a partir del desempeño de roles. En este sentido, puede mencionarse el desarrollo del interaccionismo simbólico que lleva a cabo Stryker, reconociendo el papel fundamental de la estructura social en la construcción de la identidad personal. Este autor sostiene que poseemos diversas identidades de rol organizadas jerárquicamente, de acuerdo con el compromiso relativo que sostenemos con cada una, y con su activación respectiva. El compromiso depende de la cantidad e intensidad de las relaciones sociales que van aparejados a la realización del rol en cuestión. Así, si otorgamos un gran valor a unas determinadas relaciones, la identidad asociada ganará en importancia, de manera que nuestro comportamiento estará guiado en buena medida por lo que Stryker denomina la *salencia* de esa identidad (Alvaro et al., 2007, pp. 72-76 y p. 108).

5.1.2 La identidad según Erikson

Uno de los autores más reseñables en cuanto al estudio del proceso de formación de la identidad, en este caso partiendo de una perspectiva psicoanalítica, es Erikson. Es importante realizar una breve aproximación a su pensamiento en cuanto puede reconocerse su influencia en la visión de la identidad que pone en juego Sennett.

Erikson advirtió la existencia de unos momentos críticos durante el proceso de maduración personal en los que se somete a prueba lo adquirido hasta ese momento, y su resolución influirá en el tipo de persona que vaya a ser en el futuro (Coles, 1975, p. 110); son momentos en los que se presenta un cambio decisivo, de manera que el individuo se inclina por el progreso o la regresión (Erikson, 1983, p. 244). De este modo, las *crisis de identidad* que padece un individuo habría que entenderlas en relación a los esfuerzos que realiza por llegar a ser una persona particular, que resuelve positiva o negativamente (Coles, 1975, p. 261). Así, según Erikson en cada etapa un nuevo conflicto viene a agregar una nueva cualidad yoica, un nuevo criterio

de fortaleza acumulada (Erikson, 1983, p. 243).

Para que ese proceso de maduración llegue a ser exitoso es fundamental que el niño se encuentre alentado por un sentimiento íntimo de seguridad, que le ayudará a afrontar los retos que le vaya planteando la vida (Coles, 1975, pp. 101-102). Según Giddens, Erikson introdujo la noción de *confianza básica* para designar el sentimiento básico que permite adquirir un sentido ajustado de la realidad y vincular la identidad del yo con la estima por los demás. Se origina en la certidumbre infantil sobre la fiabilidad de sus cuidadores, en la fe en que regresarán cuando se ausentan; formándose de este modo la conciencia de la identidad diferenciada de los padres. La generación de esa confianza básica supone una forma elemental de sociabilidad que permite el desarrollo de la identidad yoica y la orientación hacia los demás y el mundo objetivo (Giddens, 1995, pp. 54-55).

En este sentido, Erikson afirma que la continuidad de la experiencia proporciona un sentimiento rudimentario de identidad (Erikson, 1983, p. 222). El sentimiento de identidad yoica se identificaría con la confianza acumulada en el pasado, encontrando su equivalente en la continuidad del significado que uno ha adquirido para los demás (Erikson, 1983, p. 235). El desarrollo del proceso de maduración personal, así pues, no siempre será exitoso, de manera que para Erikson la integridad del yo puede lograrla aquel individuo que ha sabido adaptarse a los triunfos y las frustraciones, y ha aprendido a cuidar de cosas y personas. En cambio, cuando se produce una confusión de la identidad puede reaccionarse mediante la intolerancia hacia los que son distintos (1983, p.236).

Erikson observó que el proceso de formación de la identidad presenta unos rasgos peculiares en la sociedad norteamericana, volviéndose especialmente complejo. Así, esta cultura aprecia los ideales de autonomía e iniciativa, que remiten a la idea de un *yo-hecho-a-sí-mismo*, abierto a un futuro indefinido y dispuesto a aprovechar las oportunidades que se presenten. La adolescencia se muestra como un período crítico, pues es cuando se establece la identidad yoica dominante, cuando el individuo establece su plan de vida, habiendo de hacer frente al choque entre lo que representan ante las personas significativas y lo que él siente que es, vinculando sus propios deseos con los prototipos sexuales y laborales dominantes. El peligro de tales complejidades reside en una difusión de rol, que se resolvería en una actitud de huida (Erikson, 1983, pp. 258-290).

5.2 La identidad como biografía. Las propuestas de Taylor y Giddens

El individuo no queda enclaustrado por una identidad exclusiva que fije su lugar en el entramado social de una manera definitiva, sino que, debido en gran medida a la complejidad social e institucional propia del mundo moderno, se ve impelido continuamente a revisar sus identificaciones, la imagen de sí mismo que ofrece a los demás, y su forma íntima de entender *quien es* realmente. Por ello, la biografía de cualquier persona aparece como el recorrido que lleva a cabo a lo largo de su vida durante el que va incorporando, cuestionando, y reelaborando diferentes identidades según transita por diferentes momentos vitales o por variados contextos sociales e institucionales. En este sentido, puede reconocerse la existencia de un vínculo fundamental entre la biografía y los procesos identitarios. En este contexto es posible situar la concepción de la identidad que se tratará de identificar en los escritos de Sennett.

Previamente, sin embargo, es preciso profundizar algo más en ese componente biográfico de la identidad, en relación a la noción del ser humano como actor que desempeña distintos papeles, lo que se hará siguiendo a Berger (1990). Seguidamente, se analizar las propuestas de Taylor y Giddens, en la medida que presentan elementos que pueden vincularse, ya sea por la proximidad o por la diferencia, con los planteamientos de Sennett. Ambos autores se caracterizan, al igual que Sennett, por resaltar esa dimensión biográfica de la identidad moderna, afirmando que adquiere la forma de un relato.

5.2.1 La relación entre roles, identidad y biografía

Habitualmente, dice Berger, se considera la biografía como la sucesión de los acontecimientos más importantes de la vida de una persona (1990, pp. 81-82). Sin embargo, como se acaba de ver, la persona puede ser considerada como un repertorio de papeles con sus respectivas identidades asociadas. Desde este punto de vista, la biografía personal puede parecer una secuencia de actuaciones en diferentes escenarios. El yo es difícil de definir, consecuentemente, como un entidad sólida y continua que permanece estable en el transfondo de sus diferentes acciones, sino que más bien habría que entenderlo como un proceso recreado continuamente a partir de las distintas actuaciones en cada situación particular en la que se participa. El

propio inconsciente estaría conformado por la composición social.

La necesidad de desempeñar diferentes papeles, no obstante, puede implicar la aparición de incompatibilidades o conflictos entre algunos de ellos, agravados debido a la presión social existente respecto al cumplimiento de las expectativas ligadas a los roles, de manera que diferentes personas pueden mantener imágenes contrapuestas sobre uno mismo. Por ello, el individuo puede verse forzado a realizar complejas maniobras para evitar que los diferentes roles interfieran entre sí. Tratan de responder, además, a la necesidad interna de verse a sí mismos como un todo coherente, de manera que puede estar sometido a tensiones que no son fáciles de resolver. Sin embargo, afirma Berger, las personas tienden a escindir su conciencia como hacen con su conducta, lo que logran enfocando su atención a la identidad concreta que corresponde a la actuación que se está desarrollando en un momento dado, proceso facilitado debido a la mencionada irreflexividad que caracteriza de forma general a la actuación (Berger, 1990, pp. 151-154).

Durante su recorrido vital, el individuo se ve empujado a cambiar el rol desempeñado, lo que afecta notablemente a la concepción que tenga de sí mismo. Esos cambios pueden incitarle a reinterpretar su propio pasado, para reajustarlo a las exigencias del presente, que es el que reclama prioritariamente nuestra atención. Así, la biografía no se traduce en un registro meramente acumulativo de acontecimientos, ya que vamos dando paso a enfoques diferentes sobre nuestra propia historia personal a lo largo de la vida, que nos permiten reconstituir el pasado, variando nuestra valoración sobre los momentos decisivos. Las características del mundo moderno son proclives a generar mundos sociales variados y sistemas de interpretación diferentes, y como consecuencia los cambios personales son mucho más frecuentes que en las sociedades tradicionales; así la movilidad social o geográfica ofrece ocasiones para la redifinición de la identidad. Sin embargo, sostiene que los procesos de reinterpretación no suelen ser radicales –excepto en ciertos casos, como las conversiones–, sino parciales y semiconscientes, de manera que estamos reajustando continuamente nuestra propia historia, sin llegar a integrarse plenamente en una definición clara y consiguiente de nosotros mismos (Berger, 1990, pp. 81-96).

Desde la teoría de roles se destaca que la adquisición de una nueva identidad requiere de la aprobación del grupo social correspondiente. De

manera típica, el abandono de la antigua identidad y la incorporación iniciática de la nueva se realiza a través de los *ritos de paso*, sancionados socialmente. Según señala Berger, en la actualidad esa función transitoria es facilitada por nuevos mecanismos como el psicoanálisis o las terapias de grupo, que incitan al individuo a liberarse de su antiguo concepto de sí para poder asumir una identidad renovada (Berger, 1990, pp. 147-148).

5.2.2 La identidad situada en Taylor

En la obra de Charles Taylor se encuentra una de las aproximaciones más relevantes en los últimos años al tema de la construcción de la identidad en las sociedades modernas. Su enfoque suele encuadrarse en la corriente de pensamiento denominada *comunitarista*, que en general destaca el peso que los valores y creencias de una comunidad tienen en ese proceso, enfrentándose a los planteamientos liberales, así como al subjetivismo moral. Taylor defiende una concepción hermenéutica de la formación de la identidad personal, reivindicando la capacidad autointerpretativa de los sujetos, si bien la enmarca en un horizonte comunitario.

Taylor admite que la identidad moderna presenta, de manera más acentuada, una forma narrativa, asimilando el carácter histórico de la experiencia. Los seres humanos obtienen su propia definición reflexivamente. El sujeto moderno es quien ha adquirido la autoconciencia y la conciencia histórica, preguntándose *quien es*. Sin embargo, según advierte este pensador, la capacidad de autointerpretarse se desarrolla orientándose hacia una serie de bienes o valores que no dependen del propio sujeto, sino que forman parte de un marco referencial que es el que aporta sentido a su vida e identidad (Benedicto, 2004, pp. 128-130 y p. 193).

La oposición de Taylor a los planteamientos liberales se centra, precisamente, en la consideración del proceso de formación de la identidad del yo. Así considera que “los seres humanos son animales que se autointerpretan, criaturas cuya identidad personal de su orientación hacia concepciones del bien que derivan de la matriz de su comunidad lingüística y de su vinculación a dichas concepciones” (Mulhall y Swift, 1996, p. 148). Tal planteamiento se revela opuesto a los intentos de considerar una naturaleza humana fija, al margen de contextos e interpretaciones específicas, como apuntaría la pretensión de universalidad propia del liberalismo.

Según Taylor, para saber *¿quién soy?*, he de preguntarme *¿dónde estoy?*, es decir, encontrarme en relación, en tanto que interlocutor, con otros sujetos con los que comparto una experiencia común. En este sentido habla Taylor de *redes de interlocución*, dentro de las cuales existe el yo, y desde las que obtiene las fuentes para su autocomprensión (Mulhall y Swift, 1996, p.159). De este modo, no cabe concebir el yo al margen del sentido y las significaciones que presentan las situaciones y objetos con los que se relaciona, a través de las cuales va forjando esa autointerpretación que da forma a la identidad personal. Ésta tiene un carácter genuinamente dialógico, se desarrolla a través la interacción con los *otros significantes* de los que obtenemos reconocimiento, no pudiendo generarse, en ningún caso, internamente, de forma monológica (Taylor, 2003b, pp. 52-53). La identidad se define, por ello, por el conjunto de compromisos e identificaciones que vamos adquiriendo en el marco específico en que se desarrolla nuestra vida (Benedicto, 2004, p. 190). Así pues, Taylor rechaza la visión de un individualismo descarnado del horizonte cultural sobre el cual el individuo real adquiere una forma determinada, y sin el cual, no se le puede concebir. En ese sentido, recuerda que la comunidad actúa como un requisito estructural previo a la acción y necesario para el desarrollo de la subjetividad (Mulhall y Swift, 1996, p.171).

En relación a la concepción de la identidad, Taylor critica la forma de entender la libertad que predomina en una civilización propensa al subjetivismo y al relativismo como la nuestra. Suele entenderse hoy que el individuo se constituye a sí mismo a través de las elecciones que va realizando en el devenir de su existencia. En consecuencia, la libertad parecería algo valioso por ella misma, ya que permitiría al individuo ser dueño de sí mismo, de sus acciones y decisiones.

Pero, nos dice Taylor, ésta es una concepción engañosa de la libertad, al partir del dibujo de un ser humano abstracto e irreal, situado al margen del contexto social, pero también representa una visión perniciosa desde una perspectiva moral, ya que situar todas las elecciones posibles en un mismo nivel, poniendo el acento en el ejercicio mismo de la elección, lo que paradójicamente estaría produciendo es un desvanecimiento del valor propio de la elección libre. Dicho valor dependería en realidad de la existencia, anterior a mi propia voluntad, de fines valiosos, que se encuadran tras ese fondo de inteligibilidad al que denomina *horizonte* (2003a, p.234). El

horizonte contiene unas *discriminaciones cualitativas* que permiten distinguir la importancia de los diferentes objetos, imponiéndose las *valoraciones fuertes*, que son las que permiten dar sentido a la vida de una persona, y entenderse a sí misma (Benedicto, 2004, p. 191)⁵⁸.

Consecuentemente, la valoración del uso de la libertad se situaría en nuestro acierto en las decisiones que tomemos, es decir, en aquello que elijamos, en tomar como fin de nuestra actuación un objeto bueno o valioso. Si la libertad tiene sentido es porque nos permite dirigirnos por nosotros mismos hacia algo valioso, buscar en nuestra vida lo que es mejor. Así pues, no todas las elecciones serían iguales, siendo necesario superar esa definición vacua de la libertad como mero libre albedrío que habría conducido a la sociedad a una situación dominada por un relativismo blando, en la que cualquier elección es considerada igualmente válida, obviándose, en cambio, la importancia del objeto propio de la elección.

La noción de identidad de Taylor remite necesariamente a la existencia de un marco referencial del que extraen su sentido las elecciones del sujeto, el cual es el producto, principalmente, de una determinada comunidad lingüística o cultural. Las relaciones con los otros, que dan forma a su identidad, tienen lugar en el seno de una comunidad. Si alguien se aleja del horizonte que da sentido a sus elecciones, se desorienta, pierde plenitud como ser humano, resquebrajándose su identidad, pues necesita vincular su vida a una historia más amplia (Benedicto, 2004, pp. 191-194). Por ello, entendería este pensador que cuando se carece de un marco de referencia que permite valorar el sentido que adquieren para mis elecciones las distintas situaciones y objetos con que me encuentro, se produce una crisis de identidad (Mulhall y Swift, 1996, p. 152). La función de la identidad sería, precisamente, la de proporcionar los criterios de elección que indican lo que es importante para el sujeto (Benedicto, 2004, p. 197).

Desde una perspectiva similar, MacIntyre afirma que las biografías personales se insertan en tradiciones concretas, que serían tanto un conjunto de prácticas, como el medio en el que estas se gestan y transmiten, generando así una comprensión sobre el sentido de la propia tradición. Según denuncia este autor, el liberalismo no acertaría a percibir que los diferentes bienes o fines que motivan las elecciones personales proceden y

⁵⁸ Esas valoraciones fuertes nos permiten distinguir lo correcto de lo incorrecto, aportando unas pautas que son independientes de los deseos y preferencias subjetivas (Mulhall y Swift, 1996, p. 149).

se encuadran en ese marco constituido por el conjunto de prácticas y tradiciones compartidas por una comunidad. La inserción de las acciones individuales en un marco de inteligibilidad confiere un carácter teleológico a la vida humana, proporcionándole una dirección coherente que permite afrontar las dudas, conflictos valorativos e imprevistos que esta presenta, confiriéndole así una unidad narrativa (Mulhall y Swift, 1996, p.127ss.).

Taylor entiende también que la vida humana se desarrolla como un relato, y que éste es significativo en la medida en que esté orientado a la búsqueda del bien. Por ello, es importante saber quién se quiere llegar a ser, hacia dónde se dirigen las decisiones que se van tomando. Se trata, así pues, de uno yo teleológico, definido por la búsqueda de un objetivo. Los seres humanos manifiestan una tendencia a otorgar un sentido a su vida, y para Taylor la autointerpretación coincide con la búsqueda de lo mejor, propósito que se desarrolla en el marco cultural que permite definirlo. En definitiva, una vida con sentido es aquella que ha obtenido una comprensión narrativa de la misma, siendo vivida por un *yo situado* en un horizonte valorativo que es la base inevitable de la hermenéutica identitaria (Benedicto, 2004, pp. 195-199).

En conclusión, la versión de la identidad que defiende Taylor se basa en la idea de una narratividad vinculada, de manera necesaria, a un contexto cultural que es el que aporta el sentido a la propia actividad interpretativa que desarrollan los sujetos. Por ello, reivindica el papel que juega la comunidad en la conformación de la subjetividad, como trasfondo desde el que cabe comprender el sentido de las acciones humanas.

5.2.3 La identidad reflexiva del yo según Giddens

Giddens aborda la cuestión de la identidad del yo moderno ahondando en su especificidad, lo que exige fijarse en su problemática intrínseca. Así, observa que en las culturas tradicionales las distintas transiciones por las que atraviesa un individuo a lo largo de su vida estaban claramente definidas institucionalmente y situadas en los marcos morales correspondientes, realizándose a través de los *ritos de paso*. En la modernidad, en cambio, el yo carece de esas referencias, por lo que debe construir su identidad reflejamente, en interacción con los cambios sociales que tienen lugar y con las distintos tipos de reflexión sobre el yo que produce la modernidad.

La existencia del yo o del individuo no sería un fenómeno exclusivo de la

modernidad, si bien reconoce Giddens la presencia de una serie de elementos que confieren especificidad al yo moderno. Así, su identidad es resultado de un proyecto reflejo, por lo que el individuo adquiere plena responsabilidad sobre la dirección de su propia vida. La reflexividad permanente indica la búsqueda de una identidad coherente e integrada, implicando un control del tiempo que apunta a la previsión del futuro. La reflexividad del yo, por otro lado, alcanza también al propio cuerpo, cuyo tratamiento es fundamental para lograr la cohesión del yo. Además, el yo moderno se distingue por tener que habérselas con los distintos riesgos y oportunidades que le presenta el entorno vital, tratando de no sucumbir ante las circunstancias imprevistas o incontrolables que le puedan asaltar. La ausencia de un criterio moral universal favorece el desarrollo de una moral de la autenticidad, acorde con un yo que persigue la fidelidad a sí mismo. En definitiva, indica Giddens, el desarrollo del yo se lleva a cabo tratando de integrar las diversas experiencias por las que pasa encontrando el único hilo conductor en la propia trayectoria vital (1995, pp. 99-105).

El individuo adulto, en su quehacer diario pone en juego, recreándolas, las convenciones sociales existentes, a la vez que actúa creativamente, obedeciendo a la necesidad de *salir adelante* entre las circunstancias que le envuelven. Pero, para poder sobrellevar la rutina diaria es necesario poner entre paréntesis cuestiones existenciales básicas, lo que le permite disfrutar de la *seguridad ontológica* que garantiza el mantenimiento ordinario de la actitud natural⁵⁹. Esa seguridad se origina, según Giddens, en la fiabilidad que reconoce el niño en las personas que le cuidan, elemento fundamental para la formación de una *coraza protectora* que permita al adulto afrontar con entereza las dificultades y exigencias que plantea continuamente la vida, evitando así sucumbir a la amenaza de la angustia. Ésta, al igual que la confianza, de la que se ha tratado anteriormente, hunde sus raíces en la niñez, relacionándose con la inseguridad que produce en el niño la posibilidad de alejamiento de su cuidador, o bien ante el temor de ser reprobado por él. En la vida adulta, el individuo seguirá necesitando establecer unos puntos de referencia que le aporten la confianza requerida para salir adelante. En las sociedades pre-modernas el sentimiento de solidez de las cosas y de las relaciones venía asegurado por el carácter ejemplar de

⁵⁹ Giddens toma este concepto de Erikson (Giddens, 1995, pp. 52-59).

las prácticas heredadas del pasado. Por contra, en la vida moderna la mirada hacia el futuro que orienta la acción se encuentra con el carácter abierto del porvenir, que aparece como una conjunción de riesgos y oportunidades a los que el individuo ha de hacer frente careciendo de la solidez de los puntos de apoyo tradicionales, resultando, por ello, más nítida la llamada a hacerse cargo de su propia vida, a construir su identidad personal.

La identidad del yo, cuando está bien desarrollada, presenta la forma de una biografía, de la que el individuo adquiere conciencia reflexivamente, siendo capaz de revisarla y llegando, así, a poder conocerse a sí mismo. Así pues, en palabras de Giddens, se trata de la “continuidad del yo interpretada reflejamente por el agente” (1995, p. 72). Si no alcanza dicha meta, el yo puede verse invadido por un sentimiento de vergüenza, que este autor define como la angustia referida a la dificultad de construir esa biografía coherente.

El individuo que se desenvuelve en un orden post-tradicional se ve impelido continuamente a hacer elecciones entre una pluralidad de vías de acción, sin encontrar para ello el soporte, en forma de criterios fijos, que ofrecía la sociedad tradicional, por lo que debe tratar de integrar las diversas opciones escogidas en una crónica coherente del yo. En este sentido, Giddens señala la centralidad del concepto de *estilo de vida*, entendido como el conjunto de prácticas que desarrolla el individuo de manera integrada, convirtiéndose en rutinas que reflejan una orientación básica, si bien siempre se encuentran abiertas al cambio y la revisión, en consonancia con el carácter móvil y abierto del yo.

La conciencia de la subjetividad, no obstante, no antecede a la conciencia que tenemos de la presencia de los otros, sino que antes bien la subjetividad deriva de la intersubjetividad, mediante la adquisición y uso del lenguaje y de la confianza que otorgamos a los otros. Si el individuo logra adquirir un sentido normal de su propia identidad, esta se mostrará, pues, en una sensación personal de continuidad y coherencia biográfica, reconociéndose a sí mismo como una persona, que sabe qué hace y por qué lo hace, distinguiéndose, en definitiva, por su “capacidad para *llevar adelante una crónica particular*” (Giddens, 1995, p.74)⁶⁰. Sin embargo, la abundante reflexividad acerca del yo ofrece numerosas y variadas muestras de

⁶⁰ La presentación que lleva a cabo Giddens sobre la conformación de una identidad personal coherente guarda puntos de semejanza con los análisis de Taylor (1995, p. 74).

patologías en el desarrollo de la identidad, lo que es un reflejo de la fragilidad que deriva del carácter inestable y variable de las condiciones propias de la modernidad tardía, de manera que la seguridad sobre la que se asienta la integridad del yo, parece que nunca está definitivamente garantizada⁶¹.

Así pues, la incertidumbre forma parte de una cultura secular de riesgo, en la que los sistemas expertos son incapaces de eliminar la duda, proporcionar seguridad absoluta o aportar sentido; además, la dinámica social propicia que los cambios se conviertan en algo habitual, llegando a afectar a la propia constitución del yo, por lo que parece instalarse una sensación permanente de crisis. En una situación caracterizada por la ausencia de los referentes tradicionales, el riesgo se manifiesta cómo un componente ineludible de la acción, de modo que el sentimiento de seguridad sobre el cual el individuo trata de afrontar su vida, puede verse alterado en cualquier momento. La imprevisibilidad de la vida propia de la modernidad tardía se muestra más nítidamente en lo que Giddens llama los *momentos decisivos*, aquellos en que el individuo se encuentra en una encrucijada, viéndose impelido a dar un nuevo rumbo a su vida, a tomar decisiones de alcance, con lo que se ve comprometida su identidad y estilo de vida, y en los que se pone a prueba la solidez de su *coraza protectora* (1995, pp. 145-147).

La amenaza que puede suponer la falta de sentido que invade la vida personal y colectiva en las condiciones propias de la modernidad tardía, el vacío que parece acompañar a las seguridades que proporcionan el desarrollo tecnológico y administrativo, puede, con facilidad, traducirse en una quiebra de la confianza básica imprescindible para salir adelante y para planificar con éxito la propia vida, haciéndose visible en estos casos la fragilidad de los cimientos sobre los que pretende construirse el yo. Como indica Giddens, “el proyecto del yo se ha de llevar a cabo en un medio social técnicamente competente pero moralmente yermo” (1995, p. 255).

Enfrentados a tal situación, los individuos tratan de encontrar cierta seguridad y confianza en las relaciones que establecen con otros -a las que denomina *relaciones puras*-, poniendo en juego el desarrollo de su identidad

⁶¹ Entre las patologías que amenazan la integridad del yo en el presente, junto al *narcisismo*, Giddens menciona el *hundimiento* -cuando el yo se siente abrumado por la presión de las fuerzas exteriores-, la *omnipotencia* -que consiste en la creación de una falsa sensación de seguridad a través de fantasías de dominio-, el abandono al autoritarismo, o la inmovilización por el peso de la duda (1995, pp. 240-254).

personal en ellas. Las relaciones en las que se embarcan los individuos presentan, sin embargo, un doble filo, ya que, si bien pueden aportar múltiples beneficios al yo, introducen un destacado grado de riesgo en la vida personal. Tales relaciones se caracterizan por entablarse voluntariamente, sin fijarse ya en ningún referente externo, teniendo como fin la continuidad de la propia relación mientras proporcione el bienestar requerido a ambas partes. Ello significa que son por definición contingentes, vulnerables, al encontrarse siempre amenazadas por la posibilidad de la ruptura, y al implicarse en alto grado en ellas la vida personal, no resulta extraño que en ocasiones, como señala Giddens, “la intimidad pueda ser psíquicamente más perturbadora que gratificante” (1995, p. 238).

5.3 Sennett. Las identidad como relato

Tras haber realizado una introducción general a la noción de identidad, incidiendo en su dimensión biográfica, corresponde ahora indagar en la visión que propone Sennett, explicitando cuáles son las influencias reconocibles, resaltando los aspectos definatorios, y dilucidando qué papel juega, a mi juicio, en el conjunto de su obra. Así, se analizarán en primer lugar sus aproximaciones iniciales a la cuestión de la identidad, en relación al período crítico que supone la adolescencia y al papel de la sexualidad. A continuación, se va a profundizar en una concepción más elaborada que cabe encontrar en la trayectoria del autor, ligada a la noción de narratividad. Finalmente, se dará más concreción a su tratamiento de la identidad al relacionarlo con el lugar y el trabajo, en la medida en que aportan un sentido de pertenencia y de valía personal.

5.3.1 Adolescencia, sexualidad e identidad personal

Uno de los primeros trabajos de Sennett, *Vida urbana e identidad personal*, estaba guiado por la intención de esclarecer el proceso de formación de la identidad personal, fijándose en el periodo crucial que representa la adolescencia. En él es palpable la influencia de Erikson. Según este autor, como recalca Sennett, la importancia de esta etapa radicaría en que coincide con una crisis de identidad que se produce como resultado del desarrollo personal que está viviendo el sujeto en su transición a la vida adulta, al producirse un desfase entre la madurez alcanzada por el individuo, en cuanto al desarrollo de sus capacidades, y la escasez de vivencias propias

a las que poder recurrir como ayuda en el proceso de toma de decisiones. En palabras de Sennett, “la adolescencia es una fase del crecimiento humano [...] en que las escalas de tiempo de crecimiento no son armoniosas. Las facultades sexuales, intelectuales y perceptivas crecen a un ritmo mucho más acelerado que el caudal de experiencias que el individuo posee” (2001a, p. 57).

La adolescencia, así pues, representa un periodo crítico en el proceso de formación de la identidad personal, y la influencia de la familia es clave para la manera en que se resuelva este conflicto interno que supone una fuente de ansiedad para el individuo. Pero la intensidad familiar que experimenta el adolescente, tal como se está presentando, le empuja a formarse un retrato purificado de sí mismo. Esto es, como modo de evitar afrontar la complejidad propia de una experiencia adulta, tratando de minimizar los males que puede infringirle la exploración del mundo exterior, el individuo se forja una imagen fija, rígida, de sí mismo y de su futuro, es decir, de la persona que ha de llegar a ser. Ello le ayuda a generar una sensación de control y seguridad, que le permite lidiar con la ansiedad fruto de la crisis adolescente, pero tal logro se alcanza a costa de sacrificar su curiosidad hacia lo que es diferente, su capacidad de explorar un mundo desconocido, de abrirse fuera de sí mismo, de traspasar el espacio conocido y familiar⁶².

La formación de la identidad en estas condiciones representa, según Sennett, una forma de puritanismo, en tanto trata de impedir que el individuo pueda ser afectado en aquellos elementos de la experiencia que pueden resultar impuros o perturbadores de la imagen que se ha formado, que la amenazan con el desorden. Este proceso psicológico nutrido de autorrenuncia propicia, siguiendo a Sennett, el afianzamiento de una nueva forma de ética puritana, que se asienta en el convencimiento de la existencia de una identidad compartida. De esta manera, el individuo encuentra a su disposición una imagen coherente de la comunidad, como si formara una unidad homogénea, que exige liberarse de todo aquello que pudiera representar discordancia o extrañeza. Es decir, la imagen de la solidaridad comunitaria, de manera paralela al retrato de la identidad del sí mismo, se forja mediante un proceso de purificación (2001a, pp. 67-90).

⁶² En el Capítulo 4, apartado 4.2 se analizó como este proceso de maduración personal se veía afectado negativamente por el fenómeno de la intensidad familiar.

Cabe reconocer en este punto la influencia de Weber en los planteamientos de Sennett. El análisis weberiano de la ética puritana de los primeros capitalistas mostraba un estilo de vida basado en una autorrenuncia ascética como vía para lograr cierta seguridad respecto a la propia salvación, representando un antecedente histórico para lo que, según Sennett, sería una nueva variedad de *ética puritana*, que afectaría notablemente a la vida pública contemporánea (2001a, pp. 70-71). De este modo, el puritanismo no sería una tendencia comportamental restringida a un periodo específico del pasado, sino que adquiriendo nuevas formas sigue manteniendo una poderosa influencia en el presente, a través principalmente del proceso de formación de la identidad personal.

Para Sennett, así pues, el condicionamiento que padece el proceso de formación de la identidad personal por el deseo de purificación presenta consecuencias negativas, tanto en el plano personal como en el social. El intento de controlar la experiencia lleva fácilmente a resignarse pasivamente a la comodidad de una vida rutinizada, desentendiéndose de aquellas situaciones que amenacen con perturbarla (2001a, p. 169). Pero la libertad adulta, advierte Sennett, “consiste en la capacidad de asimilar significados nuevos, tal vez dolorosos, las ganas de verse envuelto en situaciones en las que el individuo no puede tener el control absoluto” (2001a, p. 179). Es decir, para alcanzar ese estado de madurez es necesario poder superar la visión purificada de la propia identidad, afrontar constructivamente aquellas experiencias que resulten dolorosas o nos lleven a confusión, convirtiendo los fracasos en estímulos que produzcan nuevos deseos de entender el mundo exterior, de implicarse en un mundo que es imperfecto e incontrolable, al tiempo que le ayudan a tomar conciencia de sus propios límites. En cambio, un hombre poseído por el deseo de purificación no es capaz de interesarse en el destino de los otros, muestran indiferencia ante las consecuencias que sus propias acciones puedan acarrear a los desconocidos, porque no han desarrollado un sentido de su propia autonomía, esto es, “no han desarrollado un sentido de ellos mismos que les otorgue la fuerza de comprender el sentido de otros” (2001a, p. 193).

Como se puede percibir, Sennett se sirve de una concepción de la madurez personal que consiste en lo que podríamos denominar una apertura experiencial a la interacción con los otros, que parte de la aceptación de las propias limitaciones y del carácter incompleto de la realidad, de asumir que

las experiencias que permiten madurar pueden resultar dolorosas o frustrantes en primera instancia, pero que es necesario pasar por ellas para ir forjándose un carácter sólido. Desde esta perspectiva, resultaría contraproducente el adoptar posturas evitacionistas, o buscar refugiarse en la comodidad de lo conocido. Por contra, no se debería pretender lograr el establecimiento de un control absoluto sobre el propio marco experiencial, sino al contrario, desarrollar actitudes explorativas, potenciando la curiosidad, abriéndonos sin temores paralizantes al afrontamiento de experiencias disruptivas. Sostener esa actitud nos permitirá hacer descubrimientos, afrontar problemas, y en definitiva, formar parte como seres autónomos de una sociedad adulta.

Pero, la viabilidad de tal proceso depende del marco en que lleve a cabo el proceso de aprendizaje y socialización. Como se ha tratado de reflejar, la ciudad tal y como está concebida, inhibe más bien que potencia las potencialidades explorativas de los individuos, mientras las familias realizan un papel negativo como intermediarios, transmitiendo sus propios temores. De ahí la acusación que dirige Sennett a una vida familiar caracterizada por la intensidad, es decir, por una búsqueda obsesiva del control y de la proximidad, por el deseo de crear una pequeña sociedad cerrada en sí misma, que únicamente se permite abrirse hacia lo semejante, evitando voluntariamente el contacto con los extraños, la penetración de aquellos elementos que amenacen con introducir desorden en el ambiente armonioso que, ficticiamente, pretenden construir.

Jackson Lears observa que el ideal de madurez que cabe atribuir a Sennett es el de un yo - *self*- flexible, libre, autónomo, que va creciendo a través de la experimentación. Tal concepción sería, según este autor, un tanto restrictiva, puesto que la madurez no dependería exclusivamente de la capacidad personal para aceptar el desorden, debiendo considerarse igualmente un signo de madurez la búsqueda de orden y seguridad, el esfuerzo individual por aportar sentido y propósito a la propia vida (Jackson Lears, 1985, p. 85). En mi opinión, la propia evolución del pensamiento de Sennett le llevará a reconocer la importancia que tiene para una formación sólida de la identidad el que los individuos puedan imprimir un sentido de unidad y coherencia en la multiplicidad de vivencias que van teniendo a lo largo de la vida, apreciando cómo se esfuerzan por encontrar un propósito y un sentido en sus recorridos profesionales, familiares y vitales. Como se

verá más adelante, las evoluciones acaecidas en el ámbito económico y laboral, con la imposición de un régimen de producción y de trabajo flexible, han creado un contexto que se ha revelado desfavorable para la formación de la identidad, mostrando que dicho proceso no puede sustentarse exclusivamente en unas condiciones de desorden e imprevisibilidad, puesto que los individuos necesitan también de cierto grado de seguridad y previsibilidad en sus vidas, sin el cual se pueden encontrar a la deriva.

En cualquier caso, cabe destacar que en *Vida urbana e identidad personal* Sennett ofrece un primer diseño de su concepción de la identidad personal, en esta caso primando, como señala Llorens, una raigambre psicoanalítica, a través de Erikson (Llorens, 2001)⁶³. Sin embargo, a mi juicio, su análisis presenta una serie de rasgos que caracterizarán su trayectoria posterior; lo que no impide que con el tiempo esa visión inicial se haya ido enriqueciendo, matizando o corrigiendo.

Entre sus primeras aproximaciones al tema de la constitución de la identidad cabe hacer mención a su interés por el papel que desempeña la sexualidad, reflejado en un seminario realizado conjuntamente con Foucault (1981). En él trata de dilucidar por qué la sexualidad se ha vuelto tan importante en nuestra sociedad para la definición de uno mismo (Foucault y Sennett, 1988, p. 165).

Su descubrimiento del papel de la sexualidad en la formación de la identidad, se produjo según afirma el autor, durante sus estudios sobre la soledad. Existirían según Sennett tres tipos de soledad: la que impone el poder -anomia-, la que se rebela contra ese poder, y una tercera, que es la que más interesa aquí, que trasciende las relaciones de poder, y a la que denomina la *soledad de la diferencia*, y tiene que ver con la sensación de estar solo entre mucha gente. Este tipo de soledad se vuelve más importante para la definición de uno mismo en una sociedad fragmentada como la nuestra, ya que de esta manera es posible concebirse a uno mismo independientemente de los roles sociales que representa, al tiempo que puede elegir las relaciones sociales de las que participa. Sin embargo, la

⁶³ Jackson Lears llama la atención en que ya en *Families Against the City* se servía de las categorías tomadas de Erikson, convirtiéndolas en estándares del juicio moral. En ese sentido, le servían para denunciar cómo la ausencia de una moratoria en la trayectoria vital de los hijos de las familias intensas de Union Park –es decir, que pasaran directamente de la escuela al trabajo y de vivir bajo el techo paterno a hacerlo en su propio hogar marital- les dificultaba enormemente la posibilidad de alcanzar una identidad madura, de manera que solían fallar en el propósito de llegar a ser adultos responsables y autónomos (1985, p. 84).

importancia adquirida por la sexualidad lleva a introducir la problematización que ha ido adquiriendo históricamente, con los temores e inquietudes que la acompañan, distorsionando esa experiencia de soledad (Foucault y Sennett, 1988, pp. 165-170).

En esa historia destaca el papel de la medicina victoriana, que aplicando ideología individualista vigente trató de aislar al individuo, empujándole a enfrentarse consigo mismo, con sus demonios interiores y secretos. Se trata de una labor terapéutica en la que el médico representará el papel de un moderno sacerdote, encargado, en tanto que experto, de desenredar con sus consejos y dirección, el embrollo libidinoso en que se encuentra atrapado el individuo. Se concibe el deseo como algo anterior y aislable de la propia atracción sexual, de la actividad, como algo que se expresa básicamente en forma de fantasía, la cuál, por su cariz opuesto al orden social, debe ser escrutada y sometida. Así, denuncia Sennett, la sexualidad se convierte en una medida del carácter social del individuo (Foucault y Sennett, 1988, pp. 183-186).

Sennett desconfía, así pues, de una identidad basada en la sexualidad, ya que impone una pesada carga sobre la definición de uno mismo, de manera que esa inflación cultural de la sexualidad oscurece la posibilidad de obtener un autoconocimiento, al tiempo que obstruye las capacidades sociales del individuo. Estas observaciones son complementarias con su análisis, realizado en aquellos años, sobre el narcisismo, como se podrá constatar en el siguiente capítulo.

5.3.2 La identidad narrativa

Según ha ido evolucionando el pensamiento de Sennett, es posible encontrar una mayor cantidad y variedad de reflexiones que abordan, de forma más o menos directa, el tema de la identidad. A partir de ellas corresponde elaborar un análisis de esa visión que ha ido conformando sobre la identidad, haciendo hincapié en la narratividad.

En el tratamiento que ofrece este autor en diversos contextos sobre el tema de la identidad pueden observarse, en mi opinión, una serie de aspectos vinculables entre sí, como se mostrará en este apartado. De esta manera, destaca su dimensión social, la historicidad, la dinamicidad, el carácter procesual, la fragmentariedad, y la narratividad. Este último puede considerarse el elemento unificador. Se destacará igualmente la importancia

del contexto en el cual se forma la identidad, que predominantemente se trata hoy, según sugiere Sennett, de un marco urbano y plural. La identidad no presenta un rostro unívoco, sino que se balancea entre las diversas miradas que nos ofrecen los demás, las variadas identificaciones que albergamos y nuestra aspiración por convertirnos en un ser humano coherente entre el caos de la experiencia.

Elaborar un relato vital coherente aparece, en el fondo, como una necesidad antropológica. En este sentido, Sennett reivindica la imagen renacentista del ser humano como *productor de sí mismo* que trazó Pico della Mirándola; así, pese a disponer de una serie de referencias que le indican cómo debe actuar, o que le sugieren quien espera que sea -desde la familia, la religión o la comunidad-, es el individuo quien debe trazar su propia historia, quien debe trabajar continuamente por forjarse a sí mismo, creando así su propio valor como persona (Sennett, 1997b, p. 174; y 2003a, p. 41).

La visión que ofrece Sennett sobre la formación de la identidad implica una determinada concepción del ser humano. En el primer capítulo se introdujeron algunos aspectos relacionados con esta importante cuestión. De esta manera, se mostró que la sociología que desarrolla el autor analizado concede un papel activo a los individuos a la hora de enfrentarse a las condiciones sociales con las que se encuentran, destacando su capacidad intrínseca para tratar interpretativamente las circunstancias que les rodean, dando forma a un relato vital. En ese sentido, cabe recordar, con Smith, la relación que ligaba a Sennett con la tradición hermenéutica, que lleva a contemplar a los seres humanos como animales que se autointerpretan. Por ello, necesitan dar su vida a sus experiencias y acciones, intentando así comprenderse a sí mismos. Para lograrlo, tratan de relacionar entre sí los diversos acontecimientos en forma de antecedentes y consecuencias, lo que requiere de una línea temporal bien definida. En ese sentido, ese trabajo interpretativo adquiere una forma narrativa (Smith, 2007, p. 199).

Sennett advierte que la identidad no es una imagen fija, sino al contrario, implica una historia, una evolución, un relato vital. La identidad no queda fijada, pues, en una forma definitiva, al modo de una imagen rígida, ya que una persona, a lo largo de su vida, transita por contextos sociales e institucionales variados, cumple funciones y representa papeles diferentes, interacciona con personas y grupos variados, se ve afectado por los cambios que acontecen en su entorno social, y la posición que detenta en el

entremado social e institucional se va modificando con el tiempo. La persona, de esta manera, se ve empujada a revisar su identidad a lo largo de su recorrido vital, modificando la imagen que tiene de sí mismo.

El proceso de formación de la identidad no está limitado, así pues, a una etapa de la vida, ni da lugar a un resultado definitivo, sino que se trata de un proceso abierto, que se nutre de los cambios por los que va atravesando la vida de una persona, responde a los obstáculos con los que se encuentra, y depende en buena medida de los propios esfuerzos individuales por dar sentido a esas vicisitudes. Por ello, sostiene este autor que la identidad consiste, precisamente en “el proceso de superar nuestra propia imagen en el mundo” (Sennett, 2001b, p. 266). La apertura sería justamente un elemento definitorio de la noción hermenéutica de *experiencia*, en la medida en que invita a abrirse a nuevos horizontes, explorar formas innovadoras de relacionarse con el mundo (Conill, 2006, pp. 209-210). En el caso particular de Sennett, esta idea se hace patente, a mi juicio, en su concepción dinámica del proceso de elaboración de la identidad personal en la que resulta fundamental su imbricación en un espacio social que ofrezca una variedad de experiencias y que permanezca abierto a una permanente reformulación, invitando con ello a revisar activamente la imagen que se mantiene de uno mismo y a desplegar sus capacidades comunicativas.

En relación al carácter procesual que presenta la formación de la identidad en Sennett destaca la influencia de Erikson. Así, como ya se ha visto, este autor lo describe como un proceso complejo, en el que el éxito en la maduración personal es posible en la medida en que se demuestre capacidad para obtener un aprendizaje de los momentos críticos que le permita reforzar el sentido de su propio yo. Sennett aprecia en Erikson un reconocimiento de la importancia que tiene la relación mutua, la apertura a los otros, en la formación y sostenimiento de la propia identidad (Sennett, 1991, p. 112).

De esta manera, reconoce Sennett que las imágenes que tienen los demás sobre nosotros son un elemento destacado a la hora de conformar la identidad, ya que esas representaciones sirven precisamente para identificarnos, si bien no tienen porque coincidir con la que nos formamos nosotros mismos. En este sentido, afirma que “la identidad, como historia en evolución, procede precisamente del conflicto entre cómo nos ven los demás y cómo nos vemos nosotros mismos” (2001b, p. 249).

La elaboración de esa historia vital que da forma a la identidad supone un reto que no es fácil de cumplir, pues requiere un permanente esfuerzo adaptativo e interpretativo de los cambios y discordancias que asaltan nuestra experiencia. La fortaleza de una identidad se manifestaría, justamente, en la capacidad para afrontar y asimilar esa complejidad experiencial que conlleva la revisión de la imagen que nos hemos formado sobre nosotros mismos. Por el contrario, una identidad débil, para Sennett, es la que permanece aferrada a una imagen rígida del yo, la que se muestra incapaz de autorrevisarse incluso ante situaciones cambiantes (2001b, p. 250).

La experiencia moderna de la fragmentación, afirma Sennett, incita a un desarrollo adulto de la libertad, en el sentido de que aporta un mayor margen de movimiento, decisión e interpretación a un individuo liberado, al menos teóricamente, de las rigideces definitivas de las identidades tradicionales. No obstante, esa maduración personal no puede afrontarse desde un desarraigo absoluto, ya que en palabras del autor “aceptar la vida con sus piezas dislocadas es una experiencia madura de libertad, pero aún así esas piezas han de alojarse e integrarse en alguna parte, en un lugar que les permita crecer y perdurar” (1997b, p. 180)⁶⁴. Es decir, el individuo debe contar con algún asidero, con algún elemento que le aporte la seguridad necesaria para enfrentarse a los cambios e incertidumbres que caracterizan la vida social moderna, lo cual se vuelve aún más perentorio en las condiciones económicas y laborales actuales. Los efectos del Nuevo Capitalismo, como se incidirá más adelante, se traducen en un desvanecimiento de las seguridades con las que aún se contaba en el pasado, produciendo una mayor fragmentación si cabe de la experiencia vital de las personas⁶⁵.

Las transformaciones que atraviesa la identidad son en buena medida resultado de la complejidad de la propia experiencia, ya que ésta, lejos de presentar un aspecto unitario y coherente, da lugar a que el individuo albergue afectos, valoraciones y preferencias que no encajan fácilmente entre sí. El urbanita moderno, como se mostró anteriormente, tiene que representar diferentes papeles en contextos diferenciados, acumulando una

⁶⁴ Traducción mía. En el original: “to accept life in its disjointed pieces is an adult experience of freedom, but still these pieces must lodge and embed themselves somewhere, in a place that allows them to grow and to endure”.

⁶⁵ Ver Capítulo 8.

experiencia fragmentaria. Las características de la vida urbana, así pues, invitan a definir el *yo* en términos de la segmentación que padece, de manera que un análisis comprometido no puede limitarse a reproducir la fijeza de los marcos que se emplean comúnmente para clasificar las identidades - étnica, clase, género, etc-, pues resultan insuficientes por sí solos para entender la complejidad de los procesos de formación, revisión y redefinición de la identidad que afronta el individuo moderno (1991, p. 183).

La historia vital de una persona se revela través de un proceso permanente de redefinición de la propia identidad, que supone una dimensión social fundamental, tal como Sennett la concibe, es decir, como implicación en la compleja y conflictiva diversidad. El individuo corre el peligro de quedarse fijado a una imagen estática sobre quien es, por lo que en él emerge un requerimiento de volverse hacia al exterior, que le invita a activar las capacidades interpretativas que le permiten dar un sentido a sus experiencias. En palabras del autor, “una identidad se forma a través de la interacción social de personas en los contornos de sus personajes, esa superación de los límites entre yo y el otro” (2001b, p. 262). La identidad se cuestiona, revisa, y reelabora en la periferia de uno mismo, en el territorio impreciso en que el individuo se ve impelido a tratar con la complejidad del mundo social, y a contrastar la imagen que se ha formado de sí mismo con la que le muestran personas que no pertenecen a su grupo social o su círculo más próximo. Para no quedar atrapado en una imagen rígida de uno mismo, que a la postre empobrezca la realidad personal, es imprescindible aceptar la perplejidad que nace de la constatación de que la propia historia vital está compuesta por fragmentos de difícil encaje, por lo que participar en interacciones complejas es la vía para poner a prueba la capacidad de construir una imagen sólida de la propia identidad (Sennett, 1991, p. 183).

En la importancia que concede Sennett a la relación con los otros para formar nuestra subjetividad puede apreciarse, en mi opinión, la influencia del interaccionismo simbólico. Según el planteamiento reconocible en los textos de Sennett, la identidad se forma y se pone a prueba en el contacto con los demás, mediante las respuestas e indicaciones que los otros nos ofrecen, explicitando la imagen que tienen sobre uno mismo, oponiéndose a la imagen que se ha ido formando subjetivamente. Por ello, afirma la necesidad de volverse hacia el exterior, para no permanecer absorbido por las certezas adquiridas en el pasado, sino afrontando los cambios y

discontinuidades propias de una vida adulta. La imagen adquirida es objeto de una negociación constante, y debido a que participamos de contextos sociales e institucionales variados, se trata de un proceso que se desarrolla en *varios frentes* (Sennett, 2001b, p. 266). El individuo desempeña roles diferentes, que a veces están en conflicto entre sí, lo que implica que puede tener que participar de identificaciones compuestas. El proceso de formación de la identidad estaría reflejando, en definitiva, la propia complejidad de la vida social e institucional moderna.

Según se ha afirmado, Sennett destaca que el individuo trata de otorgar un sentido unificador a un recorrido experiencial que puede parecer incoherente, confiriendo una forma más definida a ese complicado puzzle, tendencia que remite a la noción de narratividad. Por ello, hay que hacer hincapié en el reconocimiento de los individuos como intérpretes competentes de su propia experiencia (Sennett, 2009b, p. 67). Sin embargo, como Sennett apunta, a diferencia de un novelista, los individuos no tienen control sobre los acontecimientos de su vida, ni sus historias presentan una nítida forma lineal que conecte las vivencias del pasado con las del presente y el futuro, sino que más responden al esquema de una narración no secuencial (1991, p. 183). Las interpretaciones son importantes en la vida de las personas, dice Sennett, ya que si bien no les permiten controlar las realidades sociales, si les son útiles a la manera de *herramientas narrativas*, que les permiten afrontar, dar un sentido o integrar de alguna manera en su historia personal esos acontecimientos que escapan a su control (2001b, pp. 260-261). Es decir, la capacidad para narrativizar la experiencia ayuda a afrontar la lucha diaria en un mundo altamente institucionalizado y complejo.

Las exigencias contrapuestas de los diversos roles que desempeñamos, los cambios sociales, o las escisiones y contradicciones que salpican la historia vital de una persona serían algunos de los elementos que intervienen en la necesidad de reelaborar permanentemente el sentido sobre sí mismo que desarrolla cada persona. Por ello, cabe entender que el aspecto clave en el proceso continuo de elaboración de la identidad es precisamente el esfuerzo que se ve obligado a hacer cualquier persona para integrar experiencias discordantes en un relato que exige ser continuamente revisado.

Las vidas reales suelen presentar un aspecto fragmentario o incluso incoherente. Los sucesos nuevos frecuentemente no encajan bien con los

recuerdos, las ideas y los conocimientos adquiridos, por lo que de manera recurrente emerge la necesidad de reencajar las piezas, de reinterpretar las vivencias. Las personas, sostiene Sennett, manifiestan una necesidad de dar sentido a su vida, es decir, de sostener una percepción de que ésta es algo más que una mera sucesión de acontecimientos inconexos, inexplicables e incontrolables (2001b, p. 259). Por ello, los vaivenes de la identidad se pueden presentar con la forma de un relato, narrando una historia vital particular.

Así, puede decirse, a mi entender, que los individuos pugnan por no perderse entre la complejidad de su propia experiencia, de manera que piensan su propia vida en la forma de una historia, enlazando los acontecimientos en términos de causas y efectos, lo que les permite calibrar las consecuencias, y les ayuda a tratar con las incertidumbres de manera estratégica, tratando de no verse desbordados por unas circunstancias que no pueden controlar plenamente (Sennett, 2009b, pp. 68-69). La imposición de una forma narrativa a la experiencia se muestra, así pues, en primer término, como la respuesta a una necesidad práctica (Sennett, 2001b, p. 259).

En relación a esta afirmación, cabe resaltar la importante influencia que el pragmatismo ejerce en el pensamiento de Sennett, que patentiza la conexión que establece entre narratividad, pensamiento estratégico e identidad. Se trata, pues, de una concepción que sostiene un vínculo permanente de la identidad con la experiencia cotidiana, que evita alimentarse de ideas que apunten hacia algún tipo de fundamento trascendente de la subjetividad, reivindicando por el contrario que ésta se va construyendo a través de la interacción con los otros y del trato con los problemas que la realidad social plantea día a día. Sin embargo, también cabe observar que el apego a una hermenéutica pragmatista impide desarrollar una orientación más crítica que permitiera plantear un cuestionamiento reflexivo de la realidad dada desde una racionalidad dialógica, alcanzando un nivel post-convencional de reflexión ética desde el que cuestionar las normas y valores existentes⁶⁶.

No obstante, la idea de narratividad tiene consecuencias más profundas en la definición de la propia persona. Así, el esfuerzo continuado por dar sentido a esa complejidad experiencial es precisamente el que de una

⁶⁶Conill (2006) denuncia los obstáculos que el predominio de una perspectiva pragmatista -circunscrita a desvelar el sentido de una realidad concreta, pudiendo conducir hacia el relativismo- para una razón crítica que, no obstante, es compatible con una visión hermenéutica más amplia (2006, pp. 271ss.).

manera más clara, a mi juicio, puede reconocerse como el núcleo de la idea de la identidad que quepa atribuir a Sennett. Es decir, la narratividad expresaría una capacidad humana para dar sentido a la complejidad experiencial, y en la realización de esa labor primordial dirigida por el intento de entender su vida, de tratar con el acontecer cotidiano y por definirse a sí mismo, se estaría revelando como persona, estaría manifestando *quién es*.

En el intento de encajar las piezas en la narración vital emerge una necesidad de *justificación* (Sennett, 2001b, pp. 249-250). Es decir, la tarea de elaborar la propia identidad -en la que se trata de responder a los cambios, de buscar unidad entre los elementos discordantes- se presenta como un trabajo interpretativo, a través del cual el individuo trata de dar razón de sus acciones, decisiones o preferencias, y en definitiva, de dar sentido a lo que realiza y proyecta, pues en ello se ve comprometido tanto la definición de sí mismo que proyecta a los demás como la idea de la persona que pretende llegar a ser.

De esta manera, Sennett admitiría que la formación de la identidad no puede ser ajena al contexto social en que se vive y actúa, no cabiendo la idea de un individuo aislado que construye su propia identidad de manera autosuficiente, pues al contrario, la identidad remite a los demás, nuestras decisiones y acciones les afectan, y además, cada uno se ve en la necesidad de dar cuenta de lo que hace. Lo que quiere decir que existe una necesidad de justificarse ante los demás, pero también ante uno mismo. Y lo que es más importante, esa tarea justificatoria deviene una manera fundamental de dar sentido a la propia actuación, a la experiencia vivida, y con ello, de narrativizar la formación y revisión de la identidad, de la idea de *quien soy* ante los demás y ante mi mismo. Por ello, afirma Sennett que exponer narrativamente a otro la propia historia individual puede ayudar a liberarse de las rigedeces que a menudo constriñen las imágenes identitarias (2003a, pp. 246-247). La activación de las capacidades comunicativas sería fundamental para mantener una identidad viva, abierta al cambio, y al diálogo con los otros, alimentando el respeto mutuo.

En conclusión, según se ha constatado, Sennett ofrece una visión peculiar sobre la identidad. En ella cabe destacar que el trabajo permanente de elaborar y reelaborar la propia identidad, por encajar las piezas discordantes, adquiere la forma de narratividad. El ser humano es capaz de interpretar las

circunstancias que le rodean y sus propias vivencias en relación a ellas, en la búsqueda por integrarlas en un relato coherente. Seguidamente, se va a analizar cómo las identidades ligadas al lugar y al trabajo pueden ser abordadas desde las propuestas de Sennett.

5.3.3 Lugar y trabajo: las coordenadas de la identidad

Cómo se señaló en la introducción, existen diferentes tipos de identidad, según qué aspecto se destaque o en qué esfera social se esté actuando. En las sociedades modernas los individuos tienen múltiples identidades, y no es fácil compaginarlas entre sí. En este apartado se pretende mostrar qué tipo de identidades son las que presentan más importancia en la obra de Sennett, explicitando su problematicidad inherente. Así, se ha afirmado previamente que existen dos temas que han sido objeto privilegiado de su interés: *dónde vive* y *dónde trabaja la gente*. Por ello, adquiere una especial relevancia la comprensión de la identidad ligada al lugar, en la medida en que aporta un sentido de pertenencia, y de identidad laboral.

La pertenencia a un lugar suele estar vinculada a la identidad grupal, al sentido de pertenencia a una comunidad, aunque su reforzamiento puede traducirse en alguna forma de rechazo a los que no comparten los rasgos que otorgan la pertenencia, por lo que Sennett trata de explicitar los problemas relacionados con esta forma de identidad. Así, sostiene que la identidad grupal puede manifestarse en una imagen fija o una historia compartida, es decir, asumiendo que esa imagen está sometida al cambio, pero aún así suele tratarse de una imagen clasificatoria, de una narración unificadora que no deja lugar a historias discordantes. La imagen del *nosotros* proporciona certezas, ayuda a superar el sentimiento de insuficiencia. Sin embargo, para comunicarse con los otros, es necesario salir hacia afuera, es decir, evitar el enclaustramiento de la identidad grupal, cuestionando la propia posición (Sennett, 2003a, pp. 246-247). Por otro lado, en las sociedades complejas, las diferentes identidades grupales o étnicas que coexisten en ellas pueden actuar como indicadores de la posición social o del status que suele adscribirse a sus miembros (Sennett, 2000, p. 67).

Las ciudades globales albergan una multiplicidad de grupos étnicos de diversas procedencias, que en la vida diaria dan lugar a una multiplicidad de encuentros, que sirven como ocasiones para revisar nuestras

identificaciones primarias. Por ello dice Sennett que “Las identidades, en la ciudad, no se forman en un gran esquema sino en intercambios sociales aparentemente microscópicos, negociaciones que separan cómo nos ven los demás y cómo nos vemos nosotros mismos” (2001b, p.257). Esos encuentros, sin embargo, no suelen resolverse en una especie de fusión o mestizaje cultural, pues sirven a menudo para que se expliciten las diferencias entre los diversos grupos, de manera que su reconocimiento invita a la redefinición e incluso la clarificación de las diversas identidades grupales, para definir las líneas que los separan⁶⁷. A través de estas negociaciones cotidianas que implican el trato con el otro en el escenario urbano se ponen a prueba las diversas identificaciones, y se van tejiendo nuevas relaciones con los demás y con uno mismo.

Las personas que se han visto empujadas a emigrar ofrecen buenos ejemplos de las complejidades ligadas a la pertenencia al lugar o al grupo, de los que Sennett se sirve con cierta frecuencia como soporte para desarrollar diferentes reflexiones. La ciudad, en este sentido, emerge como el escenario en el que se cruzan, transforman y cuestionan las diferentes identidades. La búsqueda de oportunidades laborales es una de las causas que explican los desplazamientos geográficos, aunque también puede reforzar los vínculos con el lugar de residencia. En los últimos tiempos, las relaciones entre lugar y trabajo se están viendo afectadas por los efectos del Nuevo Capitalismo.

Es común ilustrar la idea de pertenencia con la imagen de las *raíces*, pues sugiere una ligazón profunda con la tierra, o con la comunidad vinculada a ella. Sin embargo, advierte Sennett que puede llevar a engaño, pues la vida humana frecuentemente está marcada por la movilidad, por la necesidad de desplazarse en busca de oportunidades. Durante estas trayectorias geográficas o vitales, los individuos se ven empujados a revisar su sentido de pertenencia, su identidad (2001b, p. 252ss). Sennett trata de cuestionar aquellas concepciones rígidas de la identidad que pretenden mantenerla aferrada a unas referencias fijas, destacando en su lugar las posibilidades de encuentro, cruce y reformulación de los sentidos de pertenencia, las cuales se multiplican en la ciudad.

En *The Foreigner* (1996) Sennett reflexiona en torno a los distintos modos

⁶⁷ En ese sentido, Sennett se sirve del ejemplo del intercambio de regalos entre miembros de culturas diferentes, pues las diferentes interpretaciones a que da lugar, puede generar situaciones incómodas, en las que se hace patente la persistencia de la diferencia (2001b, p. 257).

de elaborar culturalmente la identidad a partir del valor relativo que se conceda a la posesión de raíces o a la experiencia del desplazamiento. Así, considera que la historia de la cultura occidental se nutre, desde sus orígenes, de la tensión entre ambas tendencias. Afirma que las marcas del origen y la pertenencia eran en general más apreciadas en el mundo grecorromano que las experiencias migratorias, mientras que en el mundo del Antiguo Testamento y en el primer cristianismo los creyentes se veían a sí mismos como peregrinos en el tiempo, para los que no era una aspiración primordial el asentarse en un lugar (Sennett, 1991, p. 20; y 1996, pp. 185-187).

El año 1848 aparece, según Sennett, cómo un momento crucial en esta historia, ya que señala la eclosión de unos movimientos que estaban impulsando una redefinición del significado de nación, y por tanto, del sentido de la identidad colectiva. Los nacionalismos de la época exaltaban la vida espontánea del pueblo, sus costumbres y rasgos peculiares, elaborando un sentido de la comunidad fuertemente vinculado al territorio que habita, concibiendo la actividad política subordinada a su fundamento antropológico. En ese contexto, el exiliado aparece como una figura humana incompleta, al verse despojada de sus raíces, si bien su propia experiencia del desplazamiento puede servir de punto de partida para cuestionar el valor concedido a la solidez y la permanencia. El exilio concede una distancia que permite contemplar la realidad desde otras perspectivas, aunque suele conllevar una relación ambigua con los propios orígenes, pugnando la nostalgia con el olvido, el deseo de asimilación en el nuevo hogar.

Estas tensiones entre arraigo y desplazamiento, entre la celebración de la autenticidad y la conciencia reflexiva, o entre la identificación grupal mediante la exaltación de la diferencia y los ideales cosmopolitas marcarán en buena medida el devenir de la cultura occidental, presentando posibilidades variadas de conformar las identidades. En relación a ello, Sennett se hace eco de las reflexiones de Hanna Arendt en torno a la generación de la identidad política. Así, según expone Sennett, esta filósofa se inquietaba por la tendencia que manifestaban los exiliados judíos por aferrarse a su memoria, viviendo de espaldas al presente y replegados sobre sí mismos, lo que les impedía volverse al exterior. De esta manera, se hacía más palpable la necesidad de generar unas condiciones nuevas para una vida en común, que al estar liberada del peso de una historia compartida, debería

adoptar la forma de la impersonalidad. Por esta vía, que Arendt denominaba *natalidad*, el grupo puede alumbrar unos principios de justicia racionales, pues trascenderían la influencia de las costumbres idiosincrásicas. Sería el modo, así pues, de superar las identidades particulares contrapuestas en favor de una identidad madura, que se expresa a través de las leyes elaboradas conjuntamente mediante la deliberación pública⁶⁸.

Sennett, no obstante, detecta una carencia en el ideal arendtiano, ya que al excluir el poder de la simpatía y las emociones, no deja lugar al desarrollo de las capacidades expresivas para dar forma a las interacciones entre los extraños, siendo presa su defensa de la justicia de una racionalidad abstracta (1991, pp. 166-174). Así pues, cabe entender que Sennett propone una visión más amplia de la identidad, al considerar que las interacciones son una oportunidad para poner en funcionamiento las capacidades expresivas de los individuos, que desempeñarían así un papel importante en la conformación de la propia identidad. En ese sentido, denuncia que el aferramiento a una identidad étnica suele ser consecuencia de la ausencia de lugares adecuados en las ciudades para el encuentro y la comunicación públicas, donde se suscitaran respuestas complejas y diversificadas, como las que correspondían al modelo teatral (Atherton, 1980).

El fenómeno de la emigración, tanto del pasado reciente como del presente, ofrece ejemplos vivos de cómo las personas redefinen su propia imagen a partir de las vivencias de desplazamiento e integración en un nuevo entorno. Así, en el caso de los inmigrantes coreanos de Nueva York encuentra Sennett una forma alternativa de elaborar la propia identidad, no vinculada ya tanto a la pertenencia a un grupo étnico -que parece intensificar el hecho de la emigración- como surgida del propio esfuerzo que desarrollan diariamente estas personas por salir adelante en un contexto extraño para ellos, explorando nichos donde establecer sus negocios, y de esta manera poder salir adelante. La misma lucha les aporta un sentido, les permite anclar un relato vital, aportando nuevos sentidos de identidad, al enraizar, dice Sennett, en esa pugna cotidiana (2001b, pp. 253-254).

En el análisis de Sennett, el trabajo es definido como una fuente básica de identidad en una sociedad moderna, al tratarse de una actividad fundamental para el desarrollo de una historia de vida sostenible. Por ello, es

⁶⁸Cfr. Arendt (2008).

tan importante para los individuos poder dar sentido a su actuación en el mundo laboral, lo que realizan trazando una historia personal. Sin embargo, cuando su realización es obstaculizada por las condiciones materiales existentes, se ve afectada la estimación de la propia valía y, como resultado, la biografía personal se resquebraja (Smith, 2007, p. 202).

Según observa Smith, la importancia concedida al trabajo -junto al lugar de residencia- permite a Sennett explorar ciertas potencialidades de la hermenéutica insuficientemente desarrolladas, ya que la preocupación por el análisis del lenguaje puede redundar en abstracción. Así, la apreciación de una concepción expresiva del sujeto le llevaría a destacar las capacidades humanas para dar forma a la propia subjetividad a partir de su localización en el entramado institucional. Paralelamente, la consideración de un ser humano que se relaciona con las condiciones materiales de su entorno, que serían precisamente las que engarzan al sujeto con el mundo, tratando de integrarlas a su propia vida mediante una labor interpretativa, permite otorgar una mayor concreción al análisis social que propone Sennett (Smith, 2007, pp. 201-202).

Esas condiciones materiales se muestran de manera más acuciante en el trabajo, influyendo decisivamente en la capacidad del individuo para desarrollar un relato identitario coherente (Smith, 2007, p. 202). De ahí, la importancia que adquiere en la obra de Sennett el análisis del contexto institucional, ya que cuando éste aporta la seguridad y continuidad necesarias permite elaborar un relato coherente vinculado al ámbito laboral de una persona. Si existen unas condiciones institucionales suficientemente estables, la vida desarrollada en el seno de una organización presenta la forma de una *carrera*, siendo factible que la identidad laboral se exprese en la continuidad de una historia laboral. El análisis de las transformaciones que se están produciendo en el mundo económico y empresarial permiten reflexionar a Sennett sobre la importancia de la identidad laboral en la vida personal, y sobre cómo se está viendo afectada por dichos cambios.

En el pasado reciente, el trabajo se enmarcaba, de modo característico, en el modelo organizacional burocrático. Las organizaciones que respondían a este modelo ofrecían seguridad, continuidad en el empleo y posibilidades bien definidas de promoción, ya que su funcionamiento estaba orientado al largo plazo. La rutina ayudaba a crear esa sensación de seguridad necesaria para elaborar un relato acumulativo, libre de rupturas y sobresaltos (Sennett,

2001b, p. 258). Los trabajadores, en consecuencia, solían desarrollar su vida laboral en el seno de una determinada empresa, la experiencia era acumulativa, predecible y continuada, de manera que disponían de los elementos imprescindibles para elaborar identidad laboral sostenida, adquiriendo su relato la forma de una narración lineal (Sennett, 2000, pp 33-34). La seguridad que percibían en el ámbito laboral se convertía en un apoyo fundamental desde el que planificar y ordenar su vida, al tiempo que les permite reconocerse y respetarse a sí mismos.

No hay que entender por ello que sus vidas estuvieran libres de contradicciones, ni que pudieran mantener fácilmente una imagen unificada de sí mismos y de su posición social. Uno de sus trabajos tempranos, *Hidden Injuries of Class* (1972) analizaba precisamente las vicisitudes por las que atravesaban los trabajadores industriales para sostener una imagen coherente, que les aportara una sensación de dignidad y respeto. Debían hacer frente a exigencias contrapuestas entre, por ejemplo, la actividad laboral y la vida familiar, que afectaba al tiempo dedicado a las diferentes esferas y al valor relativo que se concede a cada espacio. Como consecuencia, podía surgir un conflicto entre el rol de trabajador y el rol de padre, por lo que era complicado edificar una identidad unificada. La estructura organizativa también provocaba que los sentimientos e imágenes ligados a la propia identidad adquirieran rasgos contradictorios. Así, menciona el caso de un supervisor, que ocupa una posición ambigua dentro de la empresa, ya que debe aplicar las instrucciones de los superiores, lo que le hace sentirse alejado de sus subordinados e incapacitado para realizarse como persona a través de las relaciones fraternales con sus compañeros y el desarrollo de su libertad (Sennett y Cobb, 1977, pp. 92-96).

La organización burocrática garantizaba, así pues, la continuidad de una vida laboral y aportaba las bases materiales para el sostenimiento de la vida familiar, si bien lo hacía a costa de una serie de exigencias que podían ser contradictorias con ciertas aspiraciones vitales de los individuos. La introducción de nuevos modelos y técnicas de producción y organización del trabajo permiten, gracias a la flexibilidad que incorporan, una mayor iniciativa individual, liberando aparentemente a los trabajadores de las rigideces y limitaciones del pasado. Sin embargo, como se profundizará más adelante, la perspectiva temporal que domina en el Nuevo Capitalismo - orientado al corto plazo-, el desapego de las empresas respecto a su base

geográfica y humana tradicional, o el propio imperativo de la flexibilidad, juegan en realidad un papel corrosivo sobre la posibilidad de elaborar un relato sostenido, con lo que la identidad pierde los puntos de anclaje necesarios para poder desarrollarse narrativamente.

La implantación de un nuevo modelo institucional estaría socavando las certezas que ofrecía la pirámide burocrática, bajo el pretexto no sólo de lograr una mayor eficiencia productiva, sino de conceder una mayor libertad a los individuos. Pero como Sennett trata de demostrar, en realidad la carencia de seguridades, la opacidad, y la orientación cortoplacista, se reflejarían en las dificultades que afrontan los individuos para aportar sentido a sus experiencias laborales integrándolas en unos relatos vitales que, como resultado, pierden consistencia y unidad.

Finalmente, hay que advertir que el papel que juega el trabajo en la configuración general de la identidad ha sido revisado por Sennett con el tiempo, si bien permanece su importancia debido a sus consecuencias sociales y su implicación en la vida familiar (2006a, pp. 66-68). Esta problemática será abordada con más detenimiento los siguientes capítulos.

5.4 La compleja construcción de la identidad moderna

Este capítulo ha servido para profundizar en uno de los conceptos clave de este trabajo, como es el de *identidad*, ya que es fundamental para definir la concepción antropológica que se está atribuyendo a Sennett. Sin embargo, era necesario realizar previamente una aproximación general al concepto en cuestión. De esta manera, se ha podido constatar que se trata de una noción pluridimensional, pues recoge los diferentes aspectos de la vida de una persona, si bien puede ponerse el acento en la dimensión social de la vida individual, hablándose de la *identidad social*, o bien fijarse en la dimensión más íntima y personal, que se expresa en la *identidad personal*. La participación del individuo, más o menos directa, en diversas actividades grupales, que les lleva a encarnar roles específicos, pueden servir como base de sus diferentes identificaciones, y en ocasiones puede surgir conflicto entre las diferentes expectativas vinculadas. Por ello, la elaboración de la identidad en una sociedad moderna es un asunto intrínsecamente complejo, que exige de una mayor implicación por parte del individuo.

La formación de la identidad en cada individuo, como estudió Erikson, consiste en un proceso complejo, que atraviesa por una serie de momentos

críticos, a través de cuyo afrontamiento se define la fortaleza o debilidad de la misma. Para que pueda cumplirlo existosamente se requiere, precisamente, desarrollar una capacidad para acometer los retos y dificultades que plantea la vida, para lo cual es imprescindible, no obstante, contar con unas seguridades básicas que aporten la fortaleza necesaria al individuo.

En una sociedad tradicional el individuo encontraba predefinidas gran parte de sus identificaciones y sus comportamientos; sin embargo, en la sociedad moderna, mucho más abierta y heterogénea, se ve impelido a convertirse en el autor de su propia historia. Por ello, son diversos los autores que recalcan el carácter biográfico o narrativo que adquiere la elaboración de la identidad en el mundo moderno. Taylor reconoce el papel activo que juega el sujeto moderno a la hora de elaborar su propia identidad, pero resalta la importancia que tienen los valores culturales como trasfondo significativo desde el que se realiza esa actividad, aportando sentido y orientación a la misma. Giddens, en cambio, destaca el carácter reflexivo de esa labor biográfica, concediendo un papel aún más activo al sujeto, quien tiene que afrontar una serie de riesgos y oportunidades para salir adelante en la vida diaria, haciendo continuamente elecciones entre posibilidades diversas que afectan a su proyecto identitario.

Sennett, a su vez, desarrolla su propia visión sobre la elaboración biográfica de la identidad, la cual ha ido madurando a lo largo de su trayectoria intelectual. En sus primeras aproximaciones a esta temática, abordaba los problemas relacionados con la formación de la identidad entre los jóvenes norteamericanos, siguiendo un modelo de desarrollo heredero de Erikson. En este momento se hace patente ya la importancia de las condiciones sociales y culturales que influyen en el proceso de socialización y de formación de la identidad, la cual puede quedar presa en una imagen rígida, o bien abrirse a las disrupciones y cambios que ha de hacer frente una vida madura en su actividad en el complejo mundo social. Por ello, destaca la idoneidad de un ambiente social favorable al encuentro con las diferencias para favorecer ese crecimiento individual que redundará en una identidad sólida y madura. En ese sentido, parecía sobresalir en su aproximación inicial a la identidad, las ideas de apertura, flexibilidad, iniciativa, cambio o dinamicidad.

La maduración de la propia labor intelectual permite desarrollar una concepción más rica y matizada de su propia concepción de la identidad,

aunque manteniendo su impulso original. De esta manera, sigue reclamando la disposición para revisar y modificar la propia identidad como forma de responder a los cambios que se producen en nuestro entorno social, así como de hacerse cargo de la complejidad que lo constituye. En relación a ello, recuerda que la identidad se elabora habitualmente sobre una experiencia fragmentaria, por lo que la tarea de configurarla se plantea como un reto que no tiene un sencillo cumplimiento, que exige un papel activo del individuo. La participación en contextos sociales variados, donde se propicia el encuentro con extraños, aporta ocasiones para el cuestionamiento de nuestra propia imagen, invitándonos a explorar nuevas posibilidades para el desarrollo personal. La experiencia del desplazamiento, asociada a la emigración, ilustra la capacidad de reinterpretar las vivencias e imágenes del pasado ante la necesidad de buscar su propio lugar en un territorio nuevo. En cambio, permanecer aferrado a una imagen grupal determinada obstruye el desarrollo de la capacidad de comunicarse con los otros, dando como resultado una identidad rígida.

La formación y el sostenimiento de la identidad dependen en buena medida del contexto social e institucional en que se produzca. Por ello, como se tratará con más detalle en los siguientes capítulos, las transformaciones que están produciéndose en los últimos años están incidiendo en la capacidad de los individuos para elaborar un relato identitario coherente. La importancia decisiva que adquiere el trabajo como sustento de la identidad, provoca que los cambios en el mundo laboral estén afectando de lleno la vida de las personas, mermando su capacidad de otorgar un sentido cohesionador a sus vivencias.

La constatación de las dificultades que tiene que afrontar la subjetividad contemporánea en su pugna por dotar de sentido a su existencia y su actividad diaria, sin embargo, ha incitado a Sennett profundizar en su propia concepción de la identidad. Así, sin dejar de valorar la disposición de los individuos para responder a las complejidades y cambios de la vida social, se hace cargo de la necesidad de contar con algunas seguridades básicas para poder establecer un relato vital coherente. Por ello, ante la fragmentariedad creciente de la experiencia, Sennett llama la atención sobre un impulso fundamental en las personas que les lleva a tratar de buscar un sentido integrador a sus vidas, a interpretar las circunstancias que forman parte de su quehacer diario, desafiando la amenaza permanente

que supone la sensación de carecer de control sobre sus vidas. En este sentido, la narratividad aparece como el aspecto definitorio de la elaboración identitaria, que responde a la necesidad de conformar un relato integrado sobre la propia experiencia vital, produciendo una imagen en la cual podamos reconocernos.

En definitiva, a través de la identidad de una persona se manifiesta la imagen que ésta mantiene de sí misma, su lugar o posición en el mundo social e institucional, y las relaciones que mantiene con los otros y con su entorno. Sennett presenta unos seres humanos capacitados para interpretar creativamente las circunstancias de su entorno, para integrar narrativamente sus propias experiencias, y para participar activamente en la configuración de espacios públicos en los que sea posible desplegar la sociabilidad. Como ingrediente fundamental de esta concepción antropológica, el sociólogo estadounidense despliega una visión narrativa del proceso de formación y reelaboración de la identidad, concediendo un papel protagonista a los propios sujetos, aunque resaltando la importancia que adquieren las posibilidades, retos y dificultades que presente el contexto socio-insitucional específico en que se desenvuelve este proceso.

Capítulo 6- El carácter: un concepto mediador entre lo personal y lo social

En este capítulo se ahondará en la concepción antropológica reconocible en Sennett mediante el análisis de un elemento clave como es la noción de *carácter*, que permite conectar la realidad personal con la estructura social, pues resalta precisamente los aspectos relacionales de la persona. El carácter suele oponerse a nociones como el *temperamento* o la *personalidad*, para destacar la influencia social en su formación, presentando una fundamental dimensión ética, que viene a subrayar la capacidad del individuo para forjarse a sí mismo.

Se pretende, en primer lugar, delimitar cuáles son los principales usos de esta noción en las ciencias sociales, especialmente por parte de Gerth y Mills, para desde ahí profundizar en la interpretación peculiar de Sennett, incidiendo en las características del proceso de formación del carácter. Su vinculación con la estructura social conducirá a retomar la idea del individuo como actor que desempeña roles sociales en contextos modelados estructuralmente.

Inciendo en la problematicidad de la relación entre el individuo y la sociedad, se retomará el concepto de *narcisismo*, ya que en tanto representa un repliegue de la subjetividad sobre sí misma, parece oponerse al trabajo constructivo de un carácter orientado al exterior. Por último, se abordará un tema ligado a la formación de la identidad y el carácter, como es el de la concesión de respeto en la sociedad moderna. Según destaca Sennett, la extensión de un modo de pensar que aboga por la igualdad de todos los individuos y por la libertad como valores axiales, se ha traducido en el predominio cultural del ideal de un individuo autosuficiente y capaz de labrar su propio nicho en el entramado social. Por ello, se tratará de incidir en los valores relacionales que ofrece su definición del carácter, propiciando una comprensión más amplia del ser humano.

6.1 La noción de *carácter* y sus usos en sociología. Gerth y Mills

En este primer apartado, así pues, se pretende introducir el significado de la noción de *carácter*, tal como se emplea principalmente en sociología - en especial Gerth y Mills, de influencia destacada en Sennett-, aunque sin olvidar su esencial dimensión ética.

Según señala Meisenhelder (2006), la importancia de esta noción -

específicamente, *social character*- radica en que refleja la manera en que los sociólogos conciben la relación entre la estructura y los actores sociales o la agencia, sirviendo como puente entre ambos polos (2006, p. 55). Se trata de un aspecto fundamental para entender su significación en la investigación social, como podrá observarse en Sennett, pues permite vincular lo personal con lo social.

Por otro lado, para dilucidar el concepto de *carácter* es importante distinguirlo de la noción de *personalidad*, que según Campbell designaría la suma de las características físicas y comportamentales de un individuo. La noción de *carácter*, en cambio, sería más restringida, ya que “cubre sólo la porción de la conducta de los individuos de la que se espera que se responsabilicen, tratándose de la entidad que sustenta y explica este aspecto voluntario del comportamiento” (1991, p. 94)⁶⁹. Por tanto, tiene que ver con la voluntad del individuo de desplegar un tipo determinado de conductas, que expresarían cuál es su carácter. Consecuentemente, se da a entender que el individuo es responsable del desarrollo de su propio carácter a través de sus modos de actuación, de relacionarse con los demás y con el mundo que le rodea. Por ello, refleja también una aspiración de vincular las acciones realizadas con un ideal, por aproximarse a quien se quiere ser, o quien se cree que se debe ser. Esos ideales de carácter indicarían modelos de perfección humanos, aunque sin prescribir qué acciones concretas deben llevarse a cabo en situaciones específicas, como sí lo hacen el rol o el status (Campbell, 1991, p. 94).

Según Campbell, es precisamente cuando surge algún conflicto entre los diversos roles que desempeña un individuo cuando emerge la importancia del carácter. Así, si una persona se encuentra ante una encrucijada, teniendo que hacer frente a exigencias contrapuestas, se pone a prueba cuál es su carácter fundamental, qué tipo de persona es o pretende llegar a ser, en la medida en que ese propósito choque con las expectativas vinculadas al cumplimiento de un rol o a una posición social determinada (Campbell, 1991, pp. 94-95).

⁶⁹Traducción mía. En el original: “covers only that portion of the conduct of the individuals for which they can be expected to take responsibility, and is the entity imputed to underlie and explain this willed aspect of behavior”.

6.1.1 La noción de *carácter* en la tradición del pensamiento social

Para realizar una adecuada introducción histórica de la noción de *carácter* resulta imprescindible remontarse, aunque sea brevemente, al pensamiento clásico, ya que Aristóteles representa un referente fundamental en la historia de este concepto. El término *ethos* en Aristóteles se refiere al modo de ser de una persona, que se refleja espontáneamente en sus acciones, que manifiestan su forma de estar en el mundo, su relación con la realidad. Para poder decirse con propiedad que esas acciones forman parte del carácter de una persona, deben haberse convertido en *hábitos*. Aunque hay que advertir que en la comprensión aristotélica del hábito, más que el aspecto repetitivo, es importante el arraigo de la actitud interna que guiará el comportamiento ante ciertas situaciones (Conill y Montoya, 1985, pp. 130-131). La noción de carácter contiene una dimensión ética fundamental, refiriéndose al modo de ser que uno se va forjando a través de sus elecciones, por lo que introduce el elemento de la libertad. En ese sentido, la *ética* es el saber que nos orienta en la forja de un buen carácter, enseñando a actuar y vivir con *prudencia* (Cortina, 1994, pp. 18-19).

Fijando la mirada en el pensamiento social moderno, Meisenhelder destaca las aportaciones de Marx, Durkheim y Freud, por su influencia en los usos posteriores de la noción de carácter. En cuanto a Marx, Meisenhelder se opone a las lecturas estrechamente estructuralistas, recordando que el pensador alemán afirmaba que son los actores sociales quienes crean la realidad social mediante su acción, si bien las acciones están controladas por esa misma realidad. De esta manera, existiría una interpenetración entre individuo y estructura social, tratándose de una relación bastante más compleja que la mera determinación social. Durkheim, por su parte, analizó cómo la sociedad moldea la subjetividad, entendiendo que el sentido del yo es el resultado de las fuerzas sociales y la organización de la sociedad; de este modo, la solidaridad orgánica y la elevada división del trabajo habrían generado el sentido moderno de individualidad. Finalmente, Meisenhelder considera que la noción freudiana de *superego* remitiría a la idea de *carácter social*, producto de la internalización de los valores culturales existentes, principalmente a través de la autoridad paterna. De esta manera, la sociedad reprimiría los impulsos biológicos básicos reconduciéndolos hacia

comportamientos aceptables socialmente (Meisenhelder, 2006, pp.56-57)⁷⁰.

La noción de *carácter* se desarrolló notablemente en la sociología del siglo XX desde posturas bien distintas. Así, los autores más próximos a la corriente de *Cultura y personalidad*, desarrollada en la antropología, priman una idea de *carácter nacional*; otros autores, en cambio, analizan cómo la estructura social influye en la conformación de la subjetividad individual.

Fromm pensaba en la naturaleza humana como un conjunto de potencialidades que eran elaboradas en una serie de rasgos y tipos de carácter por las relaciones e instituciones sociales, de manera que dichas potencialidades serían mediadas por unos procesos sociales primarios que a su vez representarían el peso de la estructura social y económica. De esta forma, el *carácter social* de una persona se forma en sus primeros años de vida, cuando la familia juega un papel fundamental, siendo fuente de continuidad a lo largo de la vida y se encuentra condicionado por la estructura económica de la sociedad. Así, se formarían distintas *estructuras de carácter* típicas, correspondientes a los grupos sociales existentes.

Fromm propone una relectura de Freud, integrándola con los posicionamientos marxistas, más atentos a la influencia de la estructura de clases. El *carácter social* determina los pensamientos, actitudes y comportamientos de los individuos, y cuando se adecua a las estructuras dominantes, tienden a reproducir las relaciones existentes. De esta forma, su función sería precisamente la de ajustar el temperamento biológico de un individuo y sus potencialidades como ser humano a las condiciones prevalecientes en la sociedad, utilizando su energía para el cumplimiento de las tareas que impone el sistema socio-económico. La socialización impondría una forma determinada a los deseos e impulsos primarios, modelándolos en patrones de conducta ajustados a las condiciones existentes en la sociedad. Esta formulación de la idea de carácter permite a Fromm elaborar una crítica del sistema capitalista, en la medida en que reprime las tendencias más positivas del ser humano fomentando, en cambio, un conformismo posesivo⁷¹.

Riesman distingue el temperamento, como base psicológica de la personalidad, del carácter social, que sería la parte socialmente condicionada de la misma. Éste último sería histórico y variable, tratándose

⁷⁰Cfr. Marx (1848); Durkheim (1893); y Freud (1930).

⁷¹Cfr. Fromm (1981).

de los patrones de respuesta uniformes que distinguen a un grupo específico, y estaría formado por las “condiciones de vida”, que para este autor tendrían un tono más cultural que económico. Por ello, entiende Meisenhelder, el concepto de carácter social de Riesman pierde virtualidad crítica y capacidad analítica, al desdeñar la importancia de los elementos estructurales (Meisenhelder, 2006, pp. 57-61)⁷².

6.1.2 La definición de *carácter* de Gerth y Mills

La concepción del *carácter* desarrollada por Gerth y Mills (1984) adquiere una especial relevancia en este estudio, no sólo por su importancia intrínseca, sino debido a su influencia en el uso que hará Sennett de esta noción, por lo que es necesario dedicar un apartado a su análisis.

Para Gerth y Mills existe una conexión fundamental entre el carácter y la estructura social; entienden así que debe estudiarse la personalidad en relación a los tipos de estructura. Su intención es articular las dos fuentes de la psicología social: la biología, que ve al individuo como un organismo, estudiando las condiciones biológicas de la conducta; y la sociología, que sitúa la conducta humana en relación a las instituciones y estructuras sociales, en relación al cumplimiento de las funciones sociales.

Según estos autores, en el modelo sociológico se observa al individuo como un actor de teatro que representa roles, unidades de conducta regular que están orientados a las conductas de otros actores, de manera que es muy importante la respuesta de los otros, en forma de aprobación o desaprobación. Por ello la imagen de uno mismo está influido por lo que creemos que los demás piensan de nosotros. Los roles e imágenes están implicados en un contexto social, y un individuo puede desempeñar diversos roles, que son segmentos de las distintas situaciones e instituciones en las que se mueve. El ser humano, concebido como persona, está compuesto por los diversos roles que desempeña y por los efectos que tienen sobre él. Crecer significa ir abandonando unos roles determinados a medida que se van incorporando otros. Para ello, es importante la influencia de los demás, pues el niño construye un *otro* en su interior a partir de la internalización de los roles principales -p. ej., el de padre o jefe-, que actúan como símbolos de las instituciones (Gerth y Mills, 1984, pp. 15-35). Según las variaciones de los

⁷²Cfr. Riesman (1950).

roles y las formas de reaccionar ante ellos pueden encontrarse diversos tipos de personas, cuando está dominada por un rol clave, este se convierte en el eje de su carácter (Gerth y Mills, 1984, pp.114-119). En ese proceso es importante el desarrollo de hábitos, que requieren la oportunidad de practicarlos de manera rutinaria, aportando seguridad al individuo. De esta forma, los impulsos se socializan en actividades que son consideradas adecuadas socialmente (1984, pp. 140-144).

La persona, pues, se forma en un contexto institucional, al interiorizar los diversos roles, las expectativas ligadas a ellos y las motivaciones para su cumplimiento; consecuentemente, es estimada socialmente de acuerdo con su manera de desempeñar esos roles (Gerth y Mills, 1984, pp. 167ss.). En relación a ello, Gerth y Mills consideran que los *rasgos de carácter* surgen por mediación de las relaciones interpersonales, vinculados a contextos institucionales e interpersonales, influyendo las maneras en que los demás evalúan esos rasgos. Cuando se trata de una sociedad en que la mayoría de sus roles obedecen a un principio similar, los rasgos de carácter que se formen en un contexto podrán operar con facilidad en otros contextos; en cambio, cuando predominen los roles especializados en instituciones autónomas, tenderán a ser más segragados y específicos (1984, pp. 177-179). En definitiva, la biografía de una persona consiste en las transformaciones que se producen en el carácter como resultado del abandono de ciertos roles para asumir otros nuevos (1984, p. 163).

Según Meisenhelder (1991), la propuesta de Gerth y Mills permite reintroducir una aproximación más estructural a la noción de carácter, que representaba la intersección entre la persona y la sociedad. Así, el concepto de *carácter social* les permitiría describir cómo la estructura social conforma la agencia individual. Los roles sociales jugarían, en ese proceso, un papel mediador, pues incorporan las reglas institucionales y las expectativas e identidades personales. El carácter social permite expresar los sentimientos individuales traduciéndolos en significados y roles sociales (Meisenhelder, 2006, pp. 61- 62). La *estructura de carácter* integraría, para estos autores, la estructura psíquica con los roles sociales, lo que se efectuaría mediante el proceso de socialización y el lenguaje. Por ello, el *carácter* es eminentemente social y, por lo general, una persona desea lo que es aprobado socialmente, ya que incluso muchos de sus aspectos íntimos estarían en realidad modelados socialmente (Meisenhelder, 1991, pp. 61-62).

Campbell, sin embargo, considera que la inclusión de la estructura física del organismo en su noción de *carácter* supone desvirtuarla, ya que impide distinguirla claramente de la noción de *personalidad* (1991, p. 93). Pese a ello, entiende que la idea de carácter se refuerza retomando las propuestas de Mills respecto al estudio de la terminología de los motivos⁷³. Así, según Campbell, Mills reconoce que en situaciones de cambio o intersticiales emerge un conflicto entre los diferentes vocabularios de motivos que emplean los individuos para justificar sus acciones, pues estos formarían parte de los roles sociales que desempeñan, y que están configurados institucionalmente. Según exponen Gerth y Mills, el conflicto institucional es propio de la vida urbana moderna, y amenaza la sensación de unidad e identidad de las personas (1984, pp. 128-130). Esos conflictos no podrían resolverse, pues, apelando a las expectativas institucionalizadas, acudiendo a un vocabulario vinculado a un rol específico, ya que impelen al individuo a decidir por sí mismo, invitándole a clarificar quién es, es decir, qué concepción tiene de sí mismo como persona, más allá de detentar una serie de roles sociales. Por ello, dice Campbell, se requiere en esas situaciones un vocabulario del carácter (1991, pp. 92-93).

6.2 La noción de carácter en la obra de Sennett

Tras haber introducido la noción de *carácter*, corresponde ahora profundizar en la interpretación que ofrece Sennett. A lo largo de su obra pueden encontrarse diferentes ocasiones en las que emplea esta noción, si bien no es hasta la década de los 90 cuando pasa a ocupar un lugar central en sus reflexiones, dirigidas a comprender los efectos del Nuevo Capitalismo en la vida de las personas. Según ha podido constatar en el apartado anterior, esta noción permite enlazar lo individual con lo social-estructural, por lo que se trató, a mi entender, de un concepto especialmente adecuado para calibrar los efectos de los cambios estructurales en la vida personal, así como la capacidad de los individuos para intervenir en las complejidades de la vida social. Como observaron Gerth y Mills, la participación del individuo en la vida social se desarrolla principalmente mediante el desempeño de unos roles modelados por la estructura social, lo que lleva a recordar la idea del ser humano como actor social que representa personajes *-characters-*.

⁷³ Hay que advertir que Campbell analiza el conjunto de la obra de Mills, si bien el libro *Carácter y estructura social*, básica para la definición de *carácter*, lo escribió junto a Gerth.

6.2.1 Una aproximación a la noción de *carácter* en Sennett

Según se había afirmado, el análisis realizado por Gerth y Mills sobre el *carácter* es de gran importancia para acercarse al enfoque que elige Sennett, el cual está vinculado a su visión de la sociedad a partir del encuentro entre extraños (Sennett, 2003a, p. 62). Desde esta perspectiva, Sennett recalca que Gerth y Mills consideraran el carácter como el “aspecto relacional de la personalidad”, entendiendo que es posible mantener vínculos emocionales más allá del limitado círculo de las relaciones cara a cara, identificándose así con la capacidad de implicar un mundo más amplio en la vida personal (Sennett, 2003a, pp. 63-64).

De esta manera, Sennett subraya las virtualidades comunicativas del concepto de carácter empleado por estos autores, afirmando que “para ellos “carácter” significa la comunicación de “instrumentos sociales” compartidos” (2003a, p. 63). Es decir, la noción de carácter designa la dimensión social de persona, su capacidad para comunicarse con extraños a través del uso compartido de unas herramientas de signo impersonal -leyes, rituales, códigos, etc.-. Así, cuando uno se comunica socialmente con extraños lo que haría, según Sennett, es ejecutar esos instrumentos, y cuando se hace correctamente, la persona “conecta con extraños, se involucra emocionalmente en acontecimientos impersonales, se compromete con las instituciones” (2003a, p. 63). Como se tratará de ahondar, el *carácter* sería la dimensión de la persona que permite superar el ensimismamiento narcisista, superar las estrecheces de la semejanza y la familiaridad, involucrándose en las complejidades de la sociedad más amplia, atendiendo a sus reglas y exigencias, comprometiéndose con su funcionamiento, mientras desarrolla aspectos constitutivos de su humanidad que difícilmente pueden activarse en la proximidad de las relaciones íntimas.

El carácter se revela, dice Sennett, en aquellos actos expresivos que permiten la comunicación entre personas diferentes o desiguales, pues se trataría de “ese aspecto del yo capaz de conmover a los otros” (2003a, p. 214). Por ello, la participación en los rituales sociales se convierte en un medio privilegiado para el desarrollo del carácter. Y es que involucrarse en las distintas formas de intercambio social permite que las personas se vuelquen hacia afuera (Sennett, 2003a, p. 230).

El intento de profundizar en la noción sennetiana de *carácter* lleva así a retomar la consideración del ser humano como actor, es decir, su capacidad

para realizar comportamientos expresivos, para desarrollar actuaciones junto a otros. En relación a ello, cabe reseñar la caracterización que realiza Sennett del *ritual*, pues para él consiste en una forma de comunicación que se distingue por su dimensión ficcional, que permite vincular a las personas entre sí, precisamente, porque participan *actuando*. Así, para que un ritual se desarrolle adecuadamente los comportamientos de los distintos actores han de adaptarse recíprocamente, lo cual requiere un esfuerzo por parte de los actuantes (Sennett, 2003a, pp. 216-217).

Por otro lado, Sennett incide en la contraposición entre el concepto tradicional de *carácter* frente al más moderno de *personalidad*, entendiendo que ésta se referiría más bien a los deseos y sentimientos íntimos, mientras el primero tendría un alcance más amplio, subrayando más nítidamente los aspectos interrelacionales de la vida personal, e incluyendo las dimensiones ética y temporal. Así, según afirma este autor, el carácter tiene que ver con aquellos rasgos que esperamos que los demás aprecien en nosotros porque los consideramos valiosos, por lo que tratamos de que sean sostenibles en el tiempo. De esta manera, afirma que se trata del aspecto duradero de nuestra experiencia emocional, en la medida en que nos vincula a los otros, expresándose en la lealtad y el compromiso, y relacionándose con el valor ético que otorgamos a nuestros deseos y relaciones (Sennett, 2000, p. 10). Estas cualidades del carácter se distinguirían, precisamente, por estar orientadas temporalmente “a largo plazo” (2000, p. 29). De esta manera se hace patente, a mi juicio, la existencia de una íntima vinculación entre la orientación ética presente en el pensamiento de Sennett y su insistencia en la importancia de una temporalidad amplia, cristalizando nítidamente en la noción de *carácter*. Su consolidación requiere de tiempo, para poder desplegar la dedicación y el esfuerzo necesarios, asentando la confianza que permite establecer relaciones sólidas con el entorno. Cuando prima el presentismo o la urgencia, y se carece de certezas, en cambio, las cualidades morales se resienten, y en consecuencia, el carácter se debilita.

Sin embargo, las primeras apariciones en sus escritos de la noción de *carácter* mostrarían, a mi juicio, que no estaba aún bien definida su idea de la misma. Así, en *Hidden Injuries of Class* designaría la fortaleza o capacidad que muestran los individuos para ascender en la escala laboral y social, limitando así su alcance a los *rasgos* personales. Es más, en este libro denuncia el error que supone adscribir la posición lograda a una cuestión de

carácter, pues esconde el efecto de las desigualdades sistémicas, desplazando toda la responsabilidad a los propios individuos (Cobb y Sennett, 1977, p. 182 y p. 255). Años más tarde, no obstante, recuerda que en norteamérica sigue interpretándose la posición social alcanzada como un asunto de carácter personal, apreciándose como un reflejo de las cualidades personales de un individuo (Sennett, 2000, p.67 y p. 74).

La clarificación del concepto se produciría más bien, a mi entender, a partir del análisis de los efectos del Nuevo Capitalismo en la vida personal a partir de los años 90. En su artículo "The New Capitalism" (1997) señalaba que el capitalismo decimonónico, debido a su inestabilidad, era propicio para la emergencia de un determinado tipo de carácter, poco propenso a la lealtad y capacitado para prosperar en situaciones de crisis y el desorden (Sennett, 1997b, pp. 169-170). El proceso de burocratización institucional habría permitido, no obstante, implementar el marco adecuado para desarrollar aquellas cualidades del carácter más ligadas a la durabilidad, como la lealtad. La nueva fase del capitalismo, sin embargo, estrecha enormemente el horizonte temporal, abandonándose al imperativo del cambio permanente. En esta situación, se perfila un ideal humano específico, capaz de prosperar en la incertidumbre, pues apunta a un individuo que carece de apegos o lealtades, y es capaz de improvisar, de reciclarse, y por tanto, adaptarse a los requerimientos cambiantes del mercado (Sennett, 2006a, p. 11). La priorización de una serie de valores que está propiciando el Nuevo Capitalismo le lleva a Sennett a preguntarse cómo la sociedad responde a los retos planteados desde las instituciones, en los modos en que forma a los individuos.

En *El Respeto* plantea tres maneras a través de las cuáles la sociedad modela el carácter, vinculando la obtención de respeto en condiciones de desigualdad. La primera es a través del desarrollo personal de las propias capacidades y habilidades; la segunda consistiría en el cuidado de uno mismo, que la sociedad actual interpretaría como el logro de la autonomía entendida como no representar una carga para los demás; y la tercera consistiría en retribuir a los otros, conforme al principio social del intercambio (Sennett, 2003a, pp. 73-74). El tratamiento que propone de la noción de *carácter*, en mi opinión, está en buena medida orientado a calibrar el desarrollo de las relaciones del yo con los otros a partir de unas condiciones sociales dadas, haciéndose cargo de la ambigüedad que recorre

las relaciones humanas, que previene sobre la tentación de obtener respuestas o recetas definitivas.

Desde esta perspectiva puede entenderse, por ejemplo, la distinción que presenta entre dos tipos de carácter en relación al desarrollo de las propias habilidades: el artesano y el maestro. El *artesano* se vuelca en su oficio, tomando el trabajo como un fin en sí, olvidándose de sí mismo en su realización. Centrarse en la relación con el objeto, sin embargo, no forma el carácter en relación a los otros, y fácilmente produce indiferencia. El *maestro* es quien exhibe su dominio, práctica que cae en el terreno del honor social, en la que no se trataría meramente de obtener prestigio, ya que puede servir como modelo a los demás. Sin embargo, se trata de un terreno pantanoso, en la medida en que puede albergar elementos como la seducción, la envidia, la autodenigración, la competición o la vanidad. Por todo ello, se ve obligado a concluir que el talento y el desarrollo de la habilidad, mantienen una relación ambigua con el carácter (Sennett, 2003a, pp. 92-102).

El desarrollo del carácter entendido como el cuidado de uno mismo se muestra igualmente en su argumentación como algo problemático, en gran parte debido a su identificación con el ideal de autonomía, como trataba de reflejar ya en *La autoridad*. Las reflexiones de Tocqueville le servían como punto de partida, pues el pensador francés habría percibido que la sociedad moderna alentaba las aspiraciones de un individualismo que más que pugnar por triunfar en la lucha competitiva se conformaba con poder retirarse pacíficamente a su esfera privada. En ese sentido, se habría entendido la defensa de la autonomía como libertad para disfrutar de la privacidad. Sin embargo, advierte Sennett, la autonomía se ha desarrollado también como una figura de autoridad, que confiere el dominio de un determinado saber al que los demás no pueden acceder, y que libera aparentemente de la dependencia de los otros. La autonomía así entendida se manifestaría en una determinada estructura de personalidad, que los demás perciben a través de la indiferencia que les muestra, ya que al poder cuidar de sí mismo no necesita de ellos (1982, pp. 86-87 y pp. 113 ss.).

En *El respeto* recuerda que el valor concedido al individuo que es capaz de cuidar de sí mismo puede ir acompañado de la vergüenza por depender, ya que la sociedad actual alienta la autosuficiencia y rechaza el parasitismo (Sennett, 2003a, p. 73 y pp. 109 ss.); pero también recoge una visión más positiva de la autonomía en la formación del carácter, a partir de la

definición que ofrecen de la misma psicólogos como Winnicot, entendiéndola como “la capacidad de tratar a otras personas como distintas de uno mismo” (Sennett, 2003a, p. 127). En este sentido, la autonomía actuaría como una *fuerza de carácter*, que en lugar de exaltar la independencia individual, se basaría más bien en la aceptación de la dependencia mutua, de manera que el respeto se obtendría desde el reconocimiento de la autonomía de los demás a partir de la percepción de la diferencia, que emergería como un elemento fundamental en el proceso de crecimiento. La autonomía no tiene que ser, pues, necesariamente algo que separa y aísla a los individuos, sino que reconocer al otro como alguien diferente a mí mismo, aceptando incluso que pueda no llegar a entenderlo plenamente, sería un paso necesario para mi propia autonomización. En ese sentido, cabe entender a mi juicio que la empatía, tal como la concibe Sennett, potenciaría la autonomía personal a través del reconocimiento mutuo⁷⁴. Como resultado, el carácter puede concebirse como apertura a los otros, como disposición a explorar distintas formas de interdependencia.

De este modo, es más fácil enlazar con la tercera manera en que la sociedad moldearía el carácter, la retribución. Dado que sus efectos en los otros serían más directos que en las anteriores, se trataría de la forma de obtener respeto más profundamente enraizada en la vida social (Sennett, 2003a, p. 74). Pero no por ello se encuentra libre de ambigüedades, como observa Sennett en los ejemplos que ofrece sobre las distintas vertientes de la asistencia social, en la medida que va entrelazada con las percepciones sobre la desigualdad. Así, la compasión puede representar una vía para el desarrollo de las capacidades humanas mediante el cuidado de los otros, como habrían explorado Chodorow o Gilligan, pero el deseo de ayudar también puede herir al otro o negarle su autonomía, o bien fatigarse ante la persistencia de las realidades dolorosas, como sucedería según Sennett en el voluntariado social (2003a. pp. 134-156)⁷⁵.

Así pues, Sennett entendería, a mi juicio, que la formación social del carácter se ve impregnada por las contradicciones inherentes a la desigualdad, a las que se asocian subjetivamente una importante carga emocional. El carácter, en la medida que ocupa un espacio de engarce entre lo más personal e íntimo y las relaciones interpersonales, se vería afectado

⁷⁴Ver Capítulo 2, apartado 2.1.3

⁷⁵Cfr. Chodorow (1978) y Gilligan (1982).

por la problematicidad de ambos dominios, por lo que su desarrollo no debe percibirse como un proceso lineal, sino lleno de tropiezos, dudas y elecciones ambivalentes, aunque de enorme valor social y personal. La implantación progresiva de un nuevo régimen institucional, que impone formas de trabajo y relación flexibles e inestables, estaría provocando una mayor erosión del carácter (2000, pp. 9-11).

Por un lado, la orientación al corto plazo actúa en la dirección opuesta a la formación de un carácter, que como se acaba de afirmar, requiere de una perspectiva temporal mucho más amplia. La temporalidad en el empleo, el declive de las carreras laborales -ligadas a la permanencia en una compañía-, o la provisionalidad de unos equipos de trabajo constituidos para objetivos puntuales, difícilmente podrían propiciar el florecimiento de cualidades como la lealtad o el compromiso, pues justamente lo requieren es ese sostenimiento en el tiempo que niega el Nuevo Capitalismo (Sennett, 2000, pp. 28-31). Por otro lado, según denuncia Sennett, el nuevo régimen irradia indiferencia, desgastando los vínculos sociales por los que se promueve la reciprocidad, el cuidado, la dependencia y el apoyo mutuos, e impidiendo la elaboración de una narrativa compartida ante las dificultades. La sensación de aislamiento social obstruye el despliegue de una percepción adecuada de nuestras capacidades sociales, de confiabilidad e importancia para los demás, y en definitiva, de la constancia personal sobre la que sostiene el carácter (2000, pp. 152-155).

6.2.2 Aprendizaje y formación del carácter

Tras haber realizado una aproximación a la noción de carácter que emplea Sennett, es importante analizar de qué manera concibe su desarrollo en la vida personal, lo que implica un determinado proceso de aprendizaje. Dado que esa noción de carácter remite a las relaciones que establece el individuo con el mundo social, habrá que tener en cuenta las dificultades que encuentra ese individuo en su camino de inmersión en el mundo exterior, ya que la manera de afrontarlas será decisiva a la hora de definir su propio carácter. En relación a ello, Sennett se fija también en el papel que desempeña la autoconfianza o la seguridad para abordar los retos que se presenten.

Así, según explica, precisamente la visión tradicional sobre lo que era un *carácter sólido* estaba muy ligada a la posesión de la autoconfianza (Sennett,

2003a, p. 231). A renglón seguido, sin embargo, advierte que quizá no resulte completamente positiva en el aprendizaje, ya que puede inducir a cierta parálisis, que incapacite para tratar con las novedades o cambios, que son los que ponen a prueba las seguridades adquiridas.

El proceso de aprendizaje consistiría en la conversión de un conocimiento tácito a un conocimiento explícito, hasta que deviene una nueva forma de conocimiento tácito, aunque no sería una vuelta al punto de partida, puesto que los antiguos hábitos y creencias ven transformado su significado y la propia confianza se ve modificada.

El *dominio tácito* estaría formado por un conjunto de hábitos que se han convertido en inconscientes, realizándose de forma natural, ya que se desarrollan en circunstancias en las que no es necesario preguntarse sobre cómo actuar. Proporciona una imagen del mundo que damos por supuesta, funcionando como un fondo de seguridad que permite centrarse en la realización de una tarea concreta, sin tener que preocuparse por otras cuestiones, y que permite una comunicación eficiente, sin ser necesario explicitar todos los elementos implicados en la misma. Aporta un soporte emocional al individuo o al grupo, que Sennett denomina *seguridad ontológica*⁷⁶. Ésta se definiría como el sentimiento que alberga el yo *-self-* respecto a su supervivencia en sus encuentros con el mundo, entendiendo que sería la base desde la que afrontar lo novedoso, incluso aun cuando puede resultar doloroso o perturbador (Sennett y Cobb, 1977, p.201). Se trataría, pues, de la confianza que el individuo necesita para enfrentarse a la realidad. Sin embargo, Sennett llama la atención en que, como habría observado Freud, el conocimiento tácito, pese a ser necesario en la formación del yo, con el paso del tiempo no es suficiente para sostenerlo, induciendo al individuo a abandonarse a un *falso* sentimiento de seguridad (Sennett, 2003a, p.239).

Por ello entiende Sennett que la autoconfianza puede llegar a resultar dañina, siendo necesario poner a prueba nuestras certezas mediante lo que denomina un *giro hacia afuera* (2003a, p. 231), que implica, a mi juicio, una asunción de que el desarrollo personal requiere de una implicación activa y decidida en las complejidades del mundo social, que parte necesariamente de una renuncia a la comodidad de lo acostumbrado y a las limitaciones de

⁷⁶ Sennett refiere el uso de este concepto a Merlau-Ponty (Sennett, 2003a, p. 238); si bien como se mostró más arriba, Erikson lo introdujo en relación al proceso de formación de la identidad personal.

un yo que pretenda sobrevivir al margen de las turbulencias de la vida social. De esta manera, afirma que para que tenga lugar el aprendizaje consciente es necesario abandonar los hábitos adquiridos, y lanzarse a la exploración de los elementos novedosos e involucrarse activamente en el afrontamiento de los problemas complejos (Sennett, 2003a, p. 242). Así, cuando la realización de un hábito encuentra alguna resistencia, se activa la deliberación consciente para hacer frente al desafío planteado, siendo entonces cuando surge el *dominio explícito* (2003a, p. 246)⁷⁷.

Tal movimiento ha de propiciarlo, entiende Sennett, el propio individuo, despertando la curiosidad hacia los asuntos que trascienden la esfera íntima, lo que es posible cuando se deja de dar por seguro lo que se conoce (2003a, p. 245). Volverse hacia afuera permite, así pues, ir desarrollando nuevos modos de relación con otras personas y con los símbolos compartidos, por lo que se presenta como una exigencia del carácter (2003a, p. 243). Lo que no quiere decir, sin embargo, que rompa con el pasado, pues mantener vivos elementos previamente asimilados ayuda a mantener la confianza requerida para afrontar los cambios, aunque serán reinterpretados en su relación con las nuevas adquisiciones, a través de un proceso que Lévi-Strauss, refiriéndose al cambio cultural, habría definido como *bricolage -métissage-* (Sennett, 2003a, pp. 233-234)⁷⁸.

Es importante mantener vivo un diálogo entre el conocimiento tácito y el explícito, pues el primero sirve como *ancla*, en la medida que la práctica asimilada aporta una experiencia valiosa a la hora de aplicar una habilidad de manera rutinaria. Pero instalarse cómodamente en ese conocimiento adquirido puede representar una forma de estancamiento que obstaculice la búsqueda de la excelencia, por lo que urge despertar la autoconciencia propia del conocimiento explícito, que cumplirá una función crítica y correctiva sobre la tarea desempeñada (Sennett, 2009a, pp. 68-71).

Esta concepción del aprendizaje le sirve a Sennett para volver a denunciar el aspecto engañoso que presenta el nuevo modelo institucional. Aparentemente, invita a los individuos a romper con los hábitos establecidos, a cuestionar las comprensiones tácitas, a no abandonarse a la sensación de

⁷⁷ Sennett recalca que el individuo se relaciona con el mundo exterior a través de los sentidos, pero que esa relación corpórea puede adquirir un tono pasivo cuando el ambiente por el que se mueve es plano u homogéneo. Es justamente al encontrar resistencias cuando los sentidos se ponen alerta, permitiendo que el individuo *conecte* con el mundo (1997a, p. 345).

⁷⁸ Cfr. Lévi-Strauss (2010).

seguridad, a explorar activamente las novedades y cambios que se suceden en el mundo actual. Sin embargo, no se estimula verdaderamente la curiosidad, sino que se fuerza a la gente a cambiar, mientras las posibilidades reales de intervención en esos cambios para los individuos corrientes, para los trabajadores de las grandes organizaciones, son mucho más limitadas de lo que se promete. Las decisiones de cambio se imponen desde arriba, y la mayoría de la gente se ve forzada a asumir riesgos que superan su capacidad de acción y control, realizando el giro hacia la sociedad sin disponer de suficientes recursos o de una densa red de contactos que le permita poder moverse con ciertas garantías en las circunstancias que impone el Nuevo Capitalismo (Sennett, 2003a, pp. 240-244). Sennett, antes bien, sostiene que las nuevas formas de organización del trabajo impiden el aprendizaje, ya que la premura por los resultados o la provisionalidad de los equipos, no permiten ni obtener un conocimiento apropiado de los demás, ni aprender de los errores, ni atender con la profundidad necesaria a los problemas planteados (2006a, p. 112)⁷⁹.

En definitiva, Sennett considera que el desarrollo del carácter exige de una predisposición hacia la curiosidad, a enfrentarse con las resistencias y las cuestiones complejas, que impulsa a poner en cuestión los hábitos y certezas adquiridas, mediante un giro hacia afuera que salva del estancamiento personal e involucra a la persona en el mundo social. A través de ese proceso de aprendizaje se produce una reestructuración de la seguridad inicial, permitiendo que el individuo elabore nuevas interpretaciones. La sociedad actual parecería propiciar este tipo de movimientos, aunque en realidad deja a los individuos desprotegidos, restándoles capacidad efectiva de participación, y no estimulándoles realmente a involucrarse en su transformación.

La curiosidad, así pues, actúa como la fuente de motivación principal para enfrentarse a situaciones problemáticas o ambiguas, en lugar de evitarlas. Sennett se apoya en psicólogos como Winnicott o Bowlby, quienes habrían localizado su origen en la experiencia primigenia de separación de la madre. Aunque habitualmente se observa como fuente de ansiedad, estos autores habrían mostrado que la separación permite al niño atender a nuevos estímulos que le orientan hacia el exterior (Sennett, 2009a, p. 196).

⁷⁹Estos temas son abordados con más detalle en el capítulo 8.

En general, según expone Sennett en diferentes momentos, la curiosidad puede despertarse ante las situaciones de *disonancia cognitiva*⁸⁰. Se trata, reconoce este autor, de un concepto tomado de la psicología, refiriéndose a que en ocasiones los sujetos se enfrentan a situaciones complejas, en las que encuentran reglas y recompensas contradictorias⁸¹. Sin embargo, este tipo de condiciones desconcertantes lejos de paralizarles, más bien despierta su curiosidad, de manera que han de prestar más atención a las circunstancias inmediatas para tratar de encajarlas entre sí. Lo que prima, en ese momento no es la decisión o la resolución, pues éstas quedarían en suspenso para abrir paso a la exploración, a la indagación activa de los problemas que se plantean (Sennett, 2009a, pp. 342-343). De esta manera, afirma Sennett, la ambigüedad incita a involucrarse (2001b, p. 251).

Una función importante del desarrollo personal, desde este punto de vista, sería aprender a vivir en la contradicción, pues no siempre nos movemos en el contexto de situaciones bien definidas, así que se trata de salir adelante en el marco de situaciones más amplias que no podemos dominar, focalizando la atención en comportamientos particulares, o en los detalles significativos (Sennett, 2009b, pp. 69-70). El afrontamiento de estas situaciones de incertidumbre aparece así como una prueba de carácter (Sennett, 1980, p. 32). Abrirse a la llamada de la curiosidad permite tolerar la frustración que surge de la incapacidad inicial para solventar un problema (Sennett, 2009a, p. 246). En ese sentido, las resistencias que plantean las situaciones u objetos con los que hemos de tratar, se abordarían no como excusas para abandonar la tarea, sino como estímulos que llaman a fijar la atención en sus detalles significativos, a involucrarse más activamente en el reto planteado.

6.3 La inhibición del carácter

Si en el anterior apartado se ha desarrollado la noción de carácter, observándolo a partir de la apertura individual a la vida impersonal, corresponde ahora analizar algunas tendencias que se opondrían a ese

⁸⁰ Álvaro señala que la teoría de la disonancia cognitiva de Festinger parte de una proposición motivacional básica, según la cual todo organismo tiende al equilibrio, y cuando éste se quiebra debido a la irrupción de elementos discordantes –ya sean comportamentales, cognitivos o motivacionales– se tiende a restablecer el equilibrio (Álvaro, 1995, pp. 52-53).

⁸¹ Este concepto no se aplica únicamente en el caso de seres humanos, pues se trata de conductas observadas también en mamíferos superiores (Sennett, 2001b, p. 251). Por otro lado, algunos neurólogos interpretan la actividad cerebral según el modelo de la disonancia cognitiva (Sennett, 2009a, p. 342).

despliegue del yo hacia la vida exterior reclamado por Sennett, impidiendo la apertura a los otros; o bien que reflejan algunas contradicciones de la vida institucional moderna, en la medida en que entorpecen el desarrollo del carácter. En relación a ello, se abordarán los problemas ligados a la concesión de respeto en la sociedad moderna, y su vinculación al predominio del ideal de la autosuficiencia como expresión del individualismo. Pero antes, se retomará la cuestión del narcisismo, que activa el movimiento contrario al del carácter.

6.3.1 La autoabsorción narcisista

En el capítulo tercero se introdujo la noción de *narcisismo* para analizar sus efectos dañinos para la vida social. Aquí va a retomarse el tratamiento que Sennett ofrece a este fenómeno, para incidir en sus efectos en la elaboración de una identidad y una vida personal, que para este autor debe realizarse actuando hacia el exterior. Justamente, el narcisismo implica un repliegue hacia la propia subjetividad, por lo que se trataría de una tendencia contraria a la apertura del carácter.

Se trata de un concepto introducido por Freud, aunque en los años 70 fue recuperado por diversos psicoanalistas para designar una nueva forma de neurosis que estarían detectando de forma reiterada entre sus pacientes, llegando a considerar que el narcisismo sería el mal característico de esa época, ocupando el lugar que la histeria había encontrado en los análisis del fundador del psicoanálisis (Sennett, 1980, pp. 7-9). Sin embargo, este mal contemporáneo no se manifiesta a través de unos síntomas concretos, sino que se expresa más bien a través de una especie de malestar difuso -los pacientes afirman sentirse vacíos, como si estuvieran muertos, manifestando una incapacidad para sentir-, que los terapeutas interpretan como “desordenes del carácter” (1980, p.10, p. 53). Pero también se modifica la percepción que adquiere el individuo de su propia situación, alterando su manera de enfocar su relación con el mundo exterior. Como indican Ferrer y Morello, Sennett percibe que si la preocupación del histérico era evitar la erupción del sentimiento, el énfasis del narcisista gira en torno a la autenticidad de sus sentimientos (Ferrer y Morello, 1988, p. 150).

Según Sennett, la actualización del mito de narciso se manifiesta en una especie singular de egoísmo, de modo que el yo interpreta el mundo exterior como si se tratase de un espejo de sí mismo, en el que proyecta sus

necesidades y deseos. Así pues, la realidad se ve reducida a ser una mera proyección del yo, de manera que la figura del otro pierde consistencia, parece carecer de realidad propia, pues no puede distinguirse de las aspiraciones que proyecta el yo. A la postre, ante la dificultad de ver cumplidas sus expectativas, esa realidad difuminada se le aparece como algo hostil, desencadenando el sentimiento de vacío (Sennett, 1980, pp. 12-13, p. 53). Sennett afirma que se llega a creer en un *yo proteico* -noción tomada de Lifton-, que no estaría definido por una naturaleza fija, sino por la inmediatez de las situaciones, sintiéndose estimulado por el deseo de una conexión directa y auténtica con el otro, es decir, liberada de máscaras. De esta manera, los límites en torno al yo se vuelven difusos, y la realidad se percibe prioritariamente a través de los sentimientos, anulando el mundo de la necesidad impersonal (Sennett, 1980, pp. 59-61).

La difusión del narcisismo corroe algunos de los elementos que Sennett considera básicos para la formación del carácter y para el sostenimiento de la vida social. Fundamentalmente, el individuo narcisista se encuentra incapacitado para participar de la vida social impersonal a la que no reconoce una sustancialidad propia; su obsesión por lograr una conexión personal e íntima con el otro, obstaculiza su reconocimiento como un ser diferente, con sus propias necesidades y cualidades; la creencia en la autenticidad como cualidad esencial de las relaciones humanas trabaja en contra del desarrollo y activación de las capacidades humanas para la actuación y la representación de roles. Éstas, como se vio, eran fundamentales para la elaboración conjunta de las reglas que permiten la vida pública, así como para el desarrollo personal. En este sentido, puede decirse el narcisista sería un individuo incivil, absorto en sus propios deseos, sentimientos, traumas y ansiedades, no puede participar creativamente de un mundo exterior que, desde su perspectiva, aparece como un lugar vacío y carente de sentido. Dado que el desarrollo del carácter, tal como Sennett lo concibe, se produce principalmente a través de la participación del individuo de la vida social impersonal, el fenómeno del narcisismo sería representativo de las dificultades que plantea la sociedad contemporánea para el desarrollo personal y colectivo.

A partir de los datos clínicos mencionados, los psiconalistas pretenden elaborar, según Sennett, una nueva teoría del yo, desarrollando un nuevo lenguaje y una nueva terapia, centrada en el presente; si bien cabe una

explicación de tipo sociológico. En este sentido, Sennett señala que podrían entenderse las presiones hacia la privatización que, según Engels, provocaba el capitalismo moderno explicaran el paso de una “revelación histórica del sentimiento en público, a la condición narcisista en que el sentimiento privado constituye la totalidad de la realidad afectiva de uno, de modo que desaparece el concepto mismo de público impersonal” (Sennett, 1980, p. 23). Sin embargo, entiende Sennett, una causación estrictamente sociológica no alcanza a explicar los mecanismos por los que se produce la internalización de los valores dominantes, al percibirlo como un mero proceso de réplica (1980, pp. 10-25).

Sennett trata de reivindicar la vigencia de la perspectiva freudiana frente a estas nuevas propuestas como vía para abordar los entresijos de la psique, haciéndose cargo de su complejidad inherente. Por ello afirma que el análisis debe sustituir el discurso de la motivación por el de la represión, para presevar así la posibilidad de una psique trans-histórica, es decir, dotada de una actividad inherente, con independencia de las circunstancias sociales predominantes. En ese sentido propone entender la psique al modo aristotélico, como un principio de movimiento, como actividad que presenta una forma definida en el tiempo. En relación a ello, afirma Sennett que la psique se comprende mejor como un verbo que como un sustantivo o cosa, o un mero recipiente donde se almacenan los impulsos y necesidades (1980, pp. 28-30).

Sostiene este autor que la psique desarrolla una actividad de tipo interpretativo, creando categorías hermenéuticas para elaborar un sistema de signos a partir de los síntomas, que serían males que no se explican a sí mismos y que, por tanto, requieren de un acto de decodificación. Las relaciones sociales están marcadas por la dominación y la subordinación, presentando un aspecto conflictivo que no es internalizado mecánicamente, sino que se asimila en un primer momento mediante un acto de mistificación. La internalización de las relaciones de dominación produce, según Sennett, una disonancia cognitiva que se trata de sobrellevar mediante una objetivización que supone una decodificación y desmitificación de las relaciones. Así, en la vida de una persona se desarrollaría una dialéctica entre mistificación y objetivización afrontando la condición que impregna las relaciones sociales -la dominación-, y que puede resolverse mediante la construcción de un interior, enclaustrándose en la intimidad, o de una

manera menos disonante, más abierta, cuando el individuo se piensa a sí mismo en relación a los demás (1980, pp. 30-33).

En mi opinión, el retrato que Sennett ofrece del narcisismo pretende resaltar sus efectos negativos en la formación del carácter, en la medida que supone una huida de la conflictividad inherente a las relaciones sociales. Desde esta perspectiva, la pretensión de convertir la autenticidad en el criterio desde el que medir la calidad de las relaciones supone encubrir su complejidad, abandonándose a la fantasía de una comunidad fraternal de efectos dañinos tanto para el desarrollo personal como social. Por ello, considera este autor que llevar a cabo la apertura a los otros bajo la pretensión de poder compartir sentimientos, eliminando las experiencias de poder, desigualdad y dominación, que derivaba en una visión psicomórfica de la sociedad, no únicamente se convierte en un obstáculo para el desarrollo del tipo de relaciones que conforman la vida social compleja, sino que la frustración de las expectativas se vive como un fracaso del propio yo (Sennett, 1980, pp. 73-74). Cuando siente que no puede encontrar más que desengaño y hostilidad en el mundo exterior, el yo reacciona replegándose hacia su intimidad.

En este sentido, el valor que Sennett reconoce en la teorización freudiana reside en que no pretende alcanzar un yo purificado, higienizado del daño producido por la internalización de las relaciones sociales, como pretenden las nuevas terapias, ya que implica una negación de la realidad, sino que entendería que la aceptación de la complejidad inherente de la actividad psíquica permitiría participar con cierto alivio de las relaciones sociales (Sennett, 1980, pp. 34-35). La formación del carácter requiere de la apertura a los otros, aún admitiendo que ese camino estará repleto de dificultades, pero permitirá aprovechar las virtualidades que ofrece la vida social compleja. Sennett puntualiza que ofrece una escapatoria a la vida psíquica, siempre que no se enfoque desde una visión utópica que pretenda suprimir la dominación en las relaciones sociales (1980, p. 35). Pues sólo reconociendo la conflictividad de la vida social es como el individuo podrá sentirse impelido a participar de ella; por el contrario, la no aceptación conlleva la huida y el ensimismamiento.

6.3.2 El conflicto entre el yo y el rol institucional

Si bien en el planteamiento general de Sennett se muestra, por un lado,

en el marco de la concepción del *teatrum mundi*, un reconocimiento de la importancia de la actuación para la configuración de la vida social impersonal, y en relación a ello, una consideración sobre la importancia de la participación en la vida institucional mediante el desempeño de roles para la formación de la identidad personal y el carácter, es cierto también que este autor se esfuerza en hacer patente que la relación entre el yo y los papeles sociales e institucionales que adopta en los contextos correspondientes no está libre de tensiones y contradicciones.

La emergencia de la sociedad moderna supuso un cuestionamiento del sistema tradicional de roles, que establecía rígidamente la posición de cada cual dentro de un sistema que consagraba la desigualdad como un hecho natural. Los rituales escenificaban las diferencias reforzando la creencia en la solidez del sistema, garantizando así su persistencia en el tiempo. Por ello, el individuo moderno trató de liberarse del poder hechizante del ritual, tratando las desigualdades como hechos brutos, y no ya a través de representaciones. Berger observó, afirma Sennett, que el individuo moderno pretende descubrir su propia identidad liberándose de los roles que le impone la sociedad, percibiéndolos como las máscaras que le enredaban en una ilusión que debía romper para encontrarse a sí mismo (Sennett, 2003a, 215-220). Sin embargo, el desarrollo del capitalismo establecerá nuevas formas de desigualdad, poder, y de representación de las mismas (Sennett, 1982). Las relaciones entre individualidad, posición social, y desempeño de roles se volverá, si cabe, incluso más compleja.

En este sentido, en *Hidden Injuries of Class* analizaba Sennett las dificultades que manifiestan los trabajadores entrevistados para conciliar sus expectativas de realización como seres humanos completos y las exigencias ligadas al cumplimiento de su papel insitucional en el lugar de trabajo. Según la interpretación de Sennett, estos individuos padecían una forma particular de alienación, al verse incapacitados para integrar las necesidades emocionales de afecto y cuidado con las aspiraciones y expectativas ligadas al status en el seno de una organización. Así, el logro del éxito en el terreno laboral y el ejercicio del poder parecen volverse incompatibles con la expresión de los afectos y sentimientos auténticos del yo, produciéndose consecuentemente una escisión entre lo que estos trabajadores sienten que es su persona real y su actuación como individuo institucional, la división entre el *real me* y el *performing me*.

Esa separación dificultaría que la vida personal se pueda experimentar como un proceso coherente, dado que tiene que enfrentar aspiraciones contradictorias que se viven no solo en la acción, sino incluso en el interior de cada persona. Así, la búsqueda de reconocimiento que moviliza al *active performing self* se contrapone a la necesidad de amor del *passive self*, de manera que parece agudizarse una contradicción entre el rostro que se debe mostrar a los demás en el contexto institucional con unos deseos, aspiraciones y necesidades que se ven relegadas a permanecer ocultas en la intimidad personal y familiar. En este sentido, estarían revelando un temor respecto a que su participación en el orden burocrático pueda corroer sus cualidades humanas, de manera que tratan de proteger su yo más íntimo cuando actúan en ese mundo institucional, lo que consiguen distanciándose de la actuación⁸². Estos conflictos se reflejarían, sugiere Sennett, en la tendencia a usar de la voz pasiva durante las entrevistas (Sennett y Cobb, 1977, p. 193).

Así pues, podría deducirse que el orden burocrático actuaba ciertamente, en ese sentido, como la *jaula de hierro* que denunciaba Weber, en la medida en que aprisionaría a la persona real entre los requerimientos del status y las aspiraciones de prestigio, reconocimiento o ascenso. Así resalta Sennett la pervivencia del ideal del hombre independiente, que se refleja en la valoración que realizan del auto-empleo o de las profesiones con funciones interpretativas, en la medida que creen que permiten conjugar un status elevado con la posibilidad de desarrollar una expresión más genuina del cuidado de los otros. Aunque no dejaría de tratarse de una idealización paradójica, como observa el autor, ya que se otorga la capacidad para ayudar a quien puede aislarse, quien no necesita de los otros (Sennett y Cobb, 1977, pp. 220 ss).

Las evoluciones recientes del capitalismo estarían produciendo nuevas contradicciones, que afectan de manera profunda al sostenimiento de la propia identidad y la formación de un carácter sólido, en parte debido a que provocan un mayor distanciamiento del individuo respecto a los papeles que se obligado a representar, como se profundizará en el capítulo correspondiente.

⁸² Así, las personas que detentan alguna autoridad en la cadena de mando pueden dejar de actuar de modo personal y emocional para apaciguar la culpa por el mal que puedan inferir a sus subordinados, distanciándose de su posición de poder (Sennett y Cobb, 1977, p. 204).

6.3.3 El individuo autosuficiente y la obtención de respeto

La imagen que una persona se forme sobre sí misma es el fundamento del autorespeto; lograr un sentimiento adecuado respecto a la valía personal está ligado estrechamente, por tanto, a la posibilidad de mantener una identidad personal coherente y al desarrollo del carácter, en la medida que facilita el requerido *giro hacia afuera*.

La importancia que Sennett concede a la cuestión del respeto es coherente con la visión que ofrece sobre el desarrollo de la identidad y la formación del carácter, en la medida en que otorga a los seres humanos una capacidad y una intención interpretativa de las circunstancias y relaciones que establecen con su entorno. El tono de esas relaciones lejos de ser predominantemente formal, conlleva un alto contenido emocional, por lo que la percepción que un individuo desarrolle sobre sí mismo se ve muy influenciada por las imágenes que los otros le presenten, destacando de este modo la concesión del respeto. Los esfuerzos cotidianos de los individuos, conforme al planteamiento de Sennett, no están guiados prioritariamente por las aspiraciones de tipo material, pues la preocupación por el autorespeto sería aún más fundamental en un ser humano caracterizado por la tendencia a desarrollar interpretaciones de signo emocional de las diferentes experiencias (Smith, 2007, p. 199).

En una sociedad como la nuestra, la concesión del respeto depende de factores complejos, como la posición que se detente, del status adquirido, o de los logros alcanzados. Sennett se ha preocupado a lo largo de su trayectoria intelectual por iluminar las ambigüedades ligadas a la cuestión del respeto en la sociedad actual, desentrañando cuáles son los valores e ideas subyacentes en la ideología occidental, y sacando a la luz las contradicciones a las que han de hacer frente los individuos contemporáneos, las cuales se reflejan en sus esfuerzos interpretativos dirigidos a elaborar un relato identitario.

La decadencia de la sociedad jerárquica tradicional, en la que los status y las posiciones eran heredados, abrió un mundo de posibilidades a la libertad individual, pero también supuso un reto para la construcción de un nuevas formas de identidad, que hubieron de hacer frente, a partir de entonces, a exigencias y aspiraciones frecuentemente contrapuestas. La obtención de respeto a partir de lo que uno hace se convirtió en un reto difícilmente eludible para el individuo moderno.

Según muestra Sennett, los cambios institucionales y sociales aparejados a la modernidad permitieron que un número creciente de individuos pudieran aspirar a desempeñar funciones que antes quedaban reservadas a unos pocos. Así, si en el pasado la posibilidad de desempeñar un cargo en la administración estatal dependía de la posición social que uno detentara gracias a su nacimiento, a partir del siglo XVII fueron introduciéndose pruebas para seleccionar a los aspirantes. Para lograr una plaza había que demostrar, en competencia con otros, que se poseía algún mérito que lo hacía más apto que los demás para desarrollar la función requerida (2006a, pp. 77-84).

La reivindicación ilustrada de la igualdad y el talento natural frente al poder de los privilegios heredados, que fructificó en las *carreras abiertas al talento*, derivó a la postre, según afirma Sennett, en una expansión del individualismo. La liberación de las cargas del nacimiento multiplicó las posibilidades de ascenso social, al vincularlo con las habilidades que cada individuo demostrara en una competición abierta. Pero de esta manera, la demostración de la valía personal se convirtió en una exigencia clave, pues el fracaso en la lucha por ascender socialmente se consideraba como el signo de la existencia de carencias personales. El individuo, por tanto, era convertido en el responsable de su destino social, y consecuentemente, del reconocimiento que merezca obtener de los demás. Las duras exigencias a las que debe someterse el yo moderno serán fuente de ansiedades, contradicciones y dudas, conformando unas identidades tensionadas y fácilmente quebradizas. Así, no poder alcanzar un status laboral y una posición social que garanticen al individuo una situación desahogada y que permita obtener el respeto de los demás es generalmente percibido, según recalca este autor, como el signo de un fallo en el carácter. De esta manera, se atribuye a una supuesta debilidad personal la función de causa explicativa principal del fracaso social (Sennett y Cobb, 1977, pp. 27-28 y pp. 58-62)⁸³.

El peso adquirido por el individuo en occidente está vinculado, así pues, al cambio social, que se traduce en un desarrollo creciente de la libertad y en la expansión de una amplia gama de posibilidades económicas, laborales, sociales, y también identitarias. Paralelamente, la sociedad se impregnará de una ideología favorable a la autonomía y desarrollo

⁸³Ver más arriba, apartado 6.2.1

individuales, que no sólo servirá como base para plantear exigencias políticas y sociales, sino que presentará a los individuos un modelo de lo que deben llegar a ser. El ideal del individuo autosuficiente ha marcado, según trata de mostrar Sennett, el desarrollo del individualismo en occidente, especialmente en Estados Unidos, actuando como un rígido patrón desde el que se juzga el desarrollo y los logros del yo.

En su análisis del individualismo es notable la influencia que ejerce Tocqueville. Para este autor -según se expuso en el capítulo 4, apartado 4.4.1-, la igualdad de condiciones propició el surgimiento de una ideología individualista que más que en el ansia competitiva propia de un individualismo agresivo, se materializaba en la aspiración de un aislamiento tranquilo y seguro en la esfera privada (Sennett, 1982, p. 114). Sin embargo, Sennett no se limita a la argumentación tocquevilliana, al resaltar precisamente cómo el ideal del individuo autosuficiente ha ejercido una fuerte presión en la formación y sostenimiento de la identidad laboral, social y personal. En este sentido, hace hincapié sobre el peso que ejerce en la mentalidad norteamericana la figura del propietario independiente, de manera que el auto-empleo habría persistido como una imagen de libertad pese a la existencia de unas condiciones socio-económicas cada vez menos favorables al mismo (Sennett y Cobb, 1977, p. 228). La valoración de la independencia lleva aparejada una determinada percepción de la libertad, que tiene que ver con la capacidad para vivir de una determinada manera, para poder desarrollarse como un ser humano completo. La independencia, según esa percepción, supone no tener que permanecer aprisionado por las limitaciones y exigencias del trabajo como ocurre a un obrero asalariado típico, quien tiende más bien a percibir su vida desgarrada por una escisión inevitable entre su rol como empleado y su yo real.

El auge del individualismo conlleva, sostiene Sennett, al deseo de un reconocimiento personal, que permita distinguir al individuo de la masa (2000, p. 66); si bien la individualización se produce mediante el reconocimiento que ofrecen las figuras dotadas autoridad, por lo que se trata de un proceso generado institucionalmente, conforme a las asignaciones de poder establecidas (Sennett y Cobb, 1977, p. 84).

En cualquier caso, es preciso incidir en que la capacidad de autocontrol, la posibilidad de ser dueño de uno mismo, en la medida en que permite no depender de los demás, se muestra en el análisis de Sennett

como la expresión más nítida de los anhelos individualistas. En ese sentido, observa que en nuestra sociedad la dependencia es sentida como un motivo de vergüenza, mientras para obtener respeto de los demás es necesario demostrar la capacidad para valerse por uno mismo (2003a, p. 26). Por ello, considera que el trabajo es una de las fuentes más importantes de identidad y respeto en el mundo moderno (2003a, pp. 115-119). Sin embargo, no todas las ocupaciones otorgan autonomía en un grado similar ni, por tanto, son valedoras de respeto en la misma medida. De esta manera, en sus entrevistas realizadas en los años 70 percibía que los obreros manuales valoraban especialmente aquellas profesiones a las que adscriben unas funciones interpretativas, que requieren de la posesión de un saber específico al que no puede acceder la mayoría, y que le permite aparecer ante los demás a quien desempeña esas tareas como una figura dotada de autoridad (Sennett y Cobb, 1977, pp. 220-228; Sennett, 1982, pp. 86-87 y p. 116). El desarrollo de la sociedad post-industrial, según habrían percibido Bell o Touraine, supone la consolidación de un sistema meritocrático, basado en el prestigio que aporta la posesión de habilidades específicas dando forma a una jerarquía de talentos (Sennett y Cobb, 1977, pp. 256-262; Sennett, 2003a, pp. 88-89).

La sociedad moderna, como trata de reflejar Sennett, da lugar al surgimiento de importantes tensiones que se expresan en las contradicciones que padecen los individuos en su intento de desarrollar un relato vital que actúe como soporte para su propio sentido de respetabilidad. La aspiración de llegar a ser una persona autónoma, alimentada por la creencia de que la demostración de la autosuficiencia genera el respeto de los demás, sin embargo, contradice los deseos de establecer lazos comunitarios con otros seres humanos (Sennett y Cobb, 1977, p. 56). Los vínculos de autoridad legitiman y organizan las relaciones que forman parte de un orden basado en las jerarquías y las desigualdades entre las diversas posiciones, aunque la ideología moderna haya exaltado la igualdad, la libertad y la capacidad individual para labrar la propia vida.

En relación a ello, observa este autor que el paternalismo contradice las aspiraciones individualistas de libertad y autocontrol, al generar un tipo de relaciones basadas en la dependencia de una de las partes. Las relaciones paternas se pueden trasladar, sostiene Sennett, a esferas ajenas a la vida familiar, produciendo formas de dominación sostenidas en una base más simbólica que material, pero que resultan efectivas a la hora de generar

dependencia en los subordinados. Así, esta forma de autoridad se desarrolló en contextos burocráticos, ya sea en el mundo de la empresa o en la asistencia social administrada por el estado del bienestar, en una sociedad que encumbraba los ideales de una autonomía entendida como autosuficiencia y autocontrol y que espera de cada uno la demostración palpable de la propia valía. Estas contradicciones atosigaban a un yo que se debatía, como respuesta, entre la vergüenza, la dudas sobre sí mismo, y el resentimiento hacia los que parecen ser verdaderamente autónomos.

La posibilidad de organizar la propia vida, de integrar los diversos acontecimientos y circunstancias en el marco de un relato vital integrado, aparece como una fuente privilegiada de autorespeto, y que al mismo tiempo le convierte en responsable del desarrollo de su propia biografía, de lo que haya realizado con su vida. La cultura ética de la modernidad, según Sennett, habría introducido unos códigos de responsabilidad y propósito vital que marcaban unas pautas exigentes para la vida personal, aunque invitaban encuadrar el desarrollo de la misma en un proyecto que apotaba sentido a sus acciones y aspiraciones cotidianas. Entender la vida como un proyecto suponía una percepción amplia de la temporalidad, que permitía vincular la inmediatez del presente con el pasado y el porvenir.

La extensión del nuevo modelo institucional conllevaría, advierte este autor, la imposición de los imperativos de flexibilidad, cambio permanente, y cortoplacismo, corroyendo los fundamentos que permitían sostener el sentido de responsabilidad sobre la propia vida. Los individuos cada vez tienen menos control sobre las circunstancias que les asedian, convirtiéndose meramente en espectadores pasivos de una vida que se manifiesta como mera inmediatez y se disgrega en la fragmentación, impidiendo establecer proyectos a largo plazo. Los individuos, pese a vivir y actuar en contexto formado por unas instituciones que ya no les aportan seguridades, siguen sintiendo el peso de su responsabilidad ante sus vidas. En consecuencia, viven como un fracaso personal la incapacidad para establecer un relato coherente, resquebrajándose consecuentemente el sentimiento de su valía personal (Sennett, 1997b, pp. 172-175).

La autonomía, la capacidad de responsabilizarse del desarrollo personal, de elaborar una biografía coherente, son, por tanto, elementos que contribuyen a la obtención del respeto de los demás y el sentimiento de la propia valía en las sociedades modernas. Las transformaciones sociales y

económicas de las últimas décadas generan incertidumbres no sólo en el exterior, especialmente en el ámbito laboral, sino que provoca en el interior de los individuos dudas sobre su propia valía y capacidad.

6.4 La formación del carácter: autonomía y responsabilidad

En el capítulo precedente se analizaron los problemas vinculados a la formación de la identidad en la sociedad contemporánea, fijándose en la manera en que Sennett plantea esta cuestión. En continuidad con esta temática, en el presente capítulo se ha reflexionado en torno a una noción que ha ido ganando peso en los planteamientos de este autor, y que remite también a la cuestión del desarrollo personal en relación con la participación en la vida social e institucional, como es el *carácter*. De esta manera se estaría reforzando la concepción sobre el ser humano que se está desplegando en tesis, que lleva a concebirlo como alguien capacitado para experimentar creativamente el entorno social y institucional en el que vive, actúa y trabaja, conformando cooperativamente espacios público en los que se despliega la sociabilidad.

En primer lugar se ha llevado a cabo una aproximación general a la noción de *carácter*, para delimitar los significados más importantes que pueden encontrarse en el pensamiento social, prestando una especial atención al análisis de Gerth y Mills, debido a su influencia en el planteamiento de Sennett. Así, se ha resaltado la relación del carácter con la estructura social, incidiendo en la influencia que ejercen las normas y valores sociales en la formación de cada persona, y que se realiza a través del desempeño de los roles sociales. Así, pues, la idea de *carácter* nos recuerda la persistencia de la influencia social en la vida de cada individuo, conformada por aquella desde sus inicios hasta su posterior desarrollo hacia la madurez, como participante de una compleja vida institucionalizada. La insistencia en la esencial vinculación social lleva a marcar distancias con otros conceptos que ponen el acento en lo más íntimo del individuo, resaltando su distinción, como el de *personalidad*.

Sennett, por su parte, ahonda las virtualidades sociales del carácter, abogando por la implicación del individuo en los amplios espacios de la vida social, participando de actividades definidas institucionalmente, mediante los intercambios sociales con extraños. De esta manera, puede decirse que la noción de carácter le sirve a Sennett para reforzar algunas de las ideas

centrales de su pensamiento, como es la necesidad de desafiar una vida desconectada de la sociedad más amplia, limitada a buscar su sentido en la familiaridad de lo próximo, pues la realización del individuo como persona completa requeriría, desde esta perspectiva, de la activación de sus capacidades expresivas y cooperativas que le permiten comunicarse y actuar con los otros.

El recurso a la noción de carácter, así pues, remite a la consideración del hombre como actor. Como se vio en el capítulo 2, el modelo de la sociedad como teatro permitía desarrollar la visión de unos seres humanos capacitados para actuar en distintos escenarios sociales, comprometiéndose con unas reglas y expectativas que permiten la comunicación entre los extraños. Cuando el individuo penetra en esta dimensión de impersonalidad, se siente impelido a participar de un mundo complejo y dinámico, interactuando con personas que persiguen intereses diferentes, que cuentan con unos trasfondos culturales y valorativos distintos a los nuestros. Las personas, en ese sentido, interactúan entre sí actuando, como ocurre de forma paradigmática en los rituales. Por ello, la comunicación con extraños requiere de unos esfuerzos expresivos e interpretativos que difícilmente podrían ser activados en un entorno social familiar u homogéneo, permitiendo el desarrollo del carácter. Éste, como se ha señalado, implica un giro hacia afuera del individuo, saliendo de su posible ensimismamiento.

La posibilidad del desarrollo positivo del carácter desde su apertura a la exterioridad, requiere no obstante de ciertas seguridades que permitan sostener la necesaria autoconfianza para acometer los retos de la vida. Sin embargo, recuerda Sennett el peligro de un exceso de confianza, ya que puede inhibir la activación de la curiosidad, necesaria para explorar el mundo exterior, ya que permite afrontar las resistencias que aparecen en ese encuentro de una manera constructiva. En ese sentido, menciona el papel que juega la *disonancia cognitiva* en el proceso de desarrollo del carácter, que se da en aquellas situaciones que gracias precisamente a su ambigüedad intrínseca llaman a los sujetos a involucrarse en la complejidad, despertando la curiosidad. De esta manera, Sennett vuelve a incidir en la defensa de los ambientes sociales ricos, es decir, en los que sus elementos no encajan armónicamente entre sí, sino que presentan contradicciones o se vinculan de manera conflictiva, de forma que el sujeto no encuentre ya las soluciones dadas, sino que tenga que esforzarse para tratar de encajarlas.

Así pues, el planteamiento de Sennett pretende poner de relieve la conexión fundamental entre el carácter y el entorno social, que lleva a concebir el aprendizaje como un proceso por el que se desafían los hábitos adquiridos mediante el afrontamiento de los problemas que plantea la interacción social, y que ponen a prueba la fortaleza del carácter. La noción de carácter, tal como la entiende Sennett, designaría la capacidad adquirida para asumir retos cambiantes, de adaptarse a una vida social compleja e inestable, reorganizando los viejos hábitos y seguridades para responder creativamente a las nuevas situaciones. El carácter se muestra, de este modo, como una fuerza dinámica y activa, que requiere no obstante, según advierte este autor ante la emergencia de las nuevas formas de relación institucional, de continuidad en el tiempo, y de capacitación a los individuos para poder intervenir de forma efectiva en las circunstancias que les rodean. La orientación del carácter hacia una temporalidad larga remite, así pues, a su dimensión ética, en la medida en que se convierte en sustento del compromiso y la lealtad mutuas. Entendido como la capacidad del individuo para forjarse a sí mismo reafirma la autonomía como valor axial en la concepción antropológica de Sennett, destacando siempre su orientación hacia la exterioridad. La propuesta de *artesanía*, que se trabajará más adelante, permitirá ahondar en estas ideas.

El desarrollo del carácter, por tanto, se ve afectado enormemente por las características de la estructura institucional en la que se desenvuelve la vida individual. Así, las exigencias que comporta el desempeño de los roles correspondientes puede entrar en conflicto con otras necesidades de los individuos, como las afectivas. Una estructura demasiado rígida inhibe la expresión sincera de los sentimientos, pero la flexibilización extrema deja a los individuos desamparados. Así, cuando nos encontramos ante unos seres humanos desvalidos, inermes ante las nuevas formas de dominación que propicia el capitalismo actual, cabe observar un preocupante desgaste del carácter, entendido como esa fuerza relacional y activa fundamental con la que cuentan los individuos.

La presión cultural también puede jugar negativamente en relación a la tarea del desarrollo personal. Así, la desvalorización de la vida impersonal aparece como el origen del repliegue del individuo hacia su propia intimidad que designa el *narcisismo*. Este fenómeno actuaría en la dirección inversa a la orientación exterior del carácter, inhibiendo el desarrollo de las

capacidades individuales para la actuación y el desempeño de roles, e impide reconocer al otro en su diferencia, teniendo en cuenta sus necesidades, así como las exigencias de la vida impersonal. El proceso para superar esa mala parte de la necesidad de superar las ensoñaciones de una comunidad fraternal indolora, y hacerse cargo de la conflictividad inherente a unas relaciones sociales a menudo marcadas por la asimetría. De esta manera, podría abrirse el paso al desarrollo de un yo dispuesto a involucrarse en una vida social compleja.

La concesión de respeto está implicada en la estructura institucional de la sociedad, y se encuentra mediatizada por factores culturales e ideológicos. Se trata de un ingrediente básico para el sostenimiento de un relato personal integrado y el desarrollo de un carácter abierto hacia el exterior. En el mundo occidental se ha impuesto la figura del individuo autosuficiente como digna de reconocimiento y poseedora de autoridad. Permanecer en una situación de dependencia impide obtener el respeto de los demás y, por tanto, fundamentar un autorespeto sólido, necesario para un adecuado desarrollo del carácter. El antiguo modelo organizativo otorgaba a los individuos un margen, aunque incompleto, para elaborar una vida respetable a través de su propio esfuerzo y dedicación, de manera que podían responsabilizarse de la misma. La flexibilización institucional, sin embargo, provoca que cada vez tengan menos control sobre las circunstancias, mientras el sentido de la perdurabilidad se diluye, mermando su autonomía y desgastando, por tanto, el carácter.

Los siguientes capítulos están dedicados, precisamente, a analizar de qué manera la implantación de este nuevo modelo organizativo, especialmente en el mundo del trabajo, está socavando las bases necesarias para poder elaborar un relato identitario coherente y sostenido, para fundamentar sólidamente el desarrollo del carácter, y para orientar las relaciones de autoridad y los vínculos del reconocimiento y el respeto mutuos.

SECCIÓN IV - EL NUEVO CAPITALISMO: UNA VISIÓN ORGANIZACIONAL

Capítulo 7- El Nuevo Capitalismo: la institución flexible.

En esta sección se incidirá en la influencia que ejerce el entramado institucional en la formación del carácter y en el despliegue de la sociabilidad, atendiendo a los cambios que están produciéndose en este nivel. La flexibilización está actuando, según Sennett, como principio rector de la reordenación organizativa impulsada por el Nuevo Capitalismo, alterando las formas de trabajo y la vida institucional. Los análisis y reflexiones realizados por Sennett en los últimos años giran en torno, precisamente, a cómo estas transformaciones afectan a la vida de los empleados, a su implicación en las relaciones sociales y en la actividad institucional, a su situación dentro de las empresas y del mundo laboral, y en definitiva, a la elaboración de sus biografías y al sostenimiento del carácter. Pero antes de profundizar en el análisis específico de Sennett sobre estas cuestiones -tarea que se acomete en el siguiente capítulo-, es preciso discernir cuáles son las transformaciones que están teniendo lugar, cuáles son las perspectivas principales a la hora de interpretarlas, y cuáles son las principales controversias que surgen en torno a ellas, lo que se efectuará en este capítulo.

El propósito de esta sección es, por tanto, dilucidar cómo las transformaciones del modelo organizativo están afectando a la biografía de los empleados y a las relaciones sociales, de acuerdo al modelo antropológico sennettiano que actúa como eje sobre el que giran las diferentes cuestiones abordadas en esta tesis. En relación a ello, es importante esclarecer qué valores promueve el nuevo modelo institucional, sobre qué principios se asienta, qué posibilidades aporta para el desarrollo humano, para más adelante poder juzgar con más profundidad el contenido crítico o propositivo existente en la interpretación de Sennett sobre el mismo.

Para entender el alcance de dichos cambios, no obstante, es preciso primero formarse una idea clara de cuáles eran las características principales del modelo organizativo tradicional. Se trata, fundamentalmente, del modelo burocrático descrito por Weber, que en la vertiente específica de organización del trabajo, dio un paso más con la introducción de los

métodos tayloristas y fordistas.

De este modo, en primer lugar se dedicará un apartado a presentar resumidamente las características del sistema burocrático piramidal, principalmente a través del análisis clásico de Weber, y realizando un somero seguimiento histórico de la realización efectiva de dicho modelo, para después reflejar algunas de las críticas que se plantearon a dicha teorización. Seguidamente, se analizarán los cambios que han ido produciéndose en las últimas décadas, fijándose en el nivel organizativo, mostrando cuáles son las nuevas formas o modelos de organización que han ido ganando terreno, pero situando dicho análisis dentro del marco de transformación general del capitalismo, para lo que se ahondará en el fenómeno de la globalización.

7.1 El sistema burocrático piramidal

En este primer apartado, así pues, se van a presentar las características generales del modelo burocrático clásico, tal como fue definido principalmente por Weber. En primer lugar, se va a presentar una breve aproximación histórica a cómo se introdujo ese modelo en la industria, posteriormente se detallarán, siguiendo a Gidens y a Sennett, las características identificadas por Weber; a continuación se ahondará en el desarrollo de ese modelo a partir de la introducción de los principios tayloristas y fordistas en la producción industrial; y finalmente se presentarán diversas críticas que se han formulado al sistema burocrático.

7.1.1 La introducción del modelo burocrático en la producción industrial

Para contextualizar adecuadamente el estudio del modelo burocrático es conveniente realizar en primer lugar un breve recorrido histórico de la relación entre burocracia y capitalismo, para lo que se seguirá a Hobsbawm. Este historiador concede un papel destacado a los valores que guían el comportamiento y expectativas de los diversos actores, por lo que su análisis permite complementar y reforzar la interpretación que desarrolla Sennett, comprendiendo mejor cómo han ido evolucionando esos valores a través de los cambios sociales e institucionales hasta el presente.

Se trata, pues, de dilucidar cómo y por qué se llevó a cabo la adopción por el mundo de la empresa capitalista de un modelo que era ajeno, hasta ese momento, a la actividad económica, como es el burocrático. Según

Hobsbawm (1998), tal paso no se dio de manera repentina, pues siguió prevaleciendo durante buena parte del siglo XIX el modelo de la autocracia patriarcal familiar heredado del taller medieval, aunque fue perdiendo vigencia según las empresas empezaban a crecer en tamaño, enfrentándose a la necesidad de acceder a fuentes más amplias de financiación, mientras la dirección personal del *patrón* se volvía impracticable (Hobsbawm, 1998, pp. 223-225).

Estas empresas recurrieron a un modelo prestado, como era el militar y burocrático, que se había mostrado muy eficaz a la hora de estructurar organizaciones a gran escala. Su introducción en el mundo de la empresa capitalista se produjo en el momento de mayor auge del liberalismo económico, cuando la actividad económica se caracterizaba por la anarquía, inestabilidad, y la frecuencia de las crisis (Hobsbawm, 1998, p. 226). La implantación de este modelo permitió disciplinar más eficazmente la fuerza de trabajo, logrando que los trabajadores mantuvieran una actitud modesta y diligente. Las motivaciones de los trabajadores para amoldarse a estas exigencias no parecen tan claras, ya que sus salarios eran bajos, y la seguridad o las posibilidades de promoción, escasas. Por ello, entiende Hobsbawm, que deben buscarse en el terreno de los valores que guiaban la acción de los obreros. Así pues, invita a adentrarse en la complejidad motivacional y moral del comportamiento institucional, desafiando las estrecheces del *homo economicus*.

No obstante, conviene distinguir entre el grupo de los trabajadores especializados, que tenían algún tipo de formación profesional, estaban mejor pagados y disponían de un empleo más o menos fijo, de la masa de obreros, que se enfrentaban a unas condiciones mucho más desfavorables. Según Hobsbawm, estos obreros especializados se mantendrían ligados a sus puestos de trabajo guiados por incentivos como el orgullo profesional y el conocimiento del oficio, y la interiorización de la idea de respetabilidad burguesa les conducía a llevar una vida marcada por la sobriedad, el sacrificio y el aplazamiento de la recompensa. El autorrespeto se convertía, de ese modo, en el fundamento subjetivo de la respetabilidad social, y estaba íntimamente vinculado, como puede observarse, a su confiabilidad como trabajadores⁸⁴. Por otro lado, entre los trabajadores no cualificados,

⁸⁴ Según se expuso -Capítulo 4, apartado 4.2-, Sennett recalca como la clase media urbana elaboró una imagen de sí misma en torno a la idea de respetabilidad, que le sirvió para protegerse de la complejidad de

que no podían aspirar si quiera a las modestas expectativas de los anteriores, trasladaban al nuevo entorno laboral la idea procedente de su ámbito rural originario de que el trabajo duro era el criterio más destacado para medir el mérito de una persona, lo que facilitaba el cumplimiento de las duras exigencias del mundo industrial. En definitiva, el nuevo modelo organizativo de producción pudo establecerse exitosamente, en gran medida, y dado la escasa seguridad y limitadas condiciones económicas que ofrecía, a una serie de valores que eran reconocidos por los distintos grupos de la clase obrera (1998, pp. 225-237).

La implantación del modelo burocrático en el mundo empresarial se vio acompañada y reforzada, desde finales del siglo XIX, por la introducción de una serie de métodos científicos dirigidos a lograr una racionalización de la producción y la gestión -*taylorismo*-, alcanzando su auge durante el siglo XX con el *fordismo*. La existencia creciente de una masa de consumidores, aunque por lo general con una disponibilidad económica aún muy modesta, junto a la mencionada aplicación de los nuevos métodos de producción, y la introducción de la venta a plazos y el crédito, propició la transformación de la industria de los bienes de consumo, dando lugar a la *producción masiva*. Se produjo una mayor concentración del capital, de manera que empezaban a predominar las grandes empresas en perjuicio de las pequeñas, al tiempo que la introducción de medidas proteccionistas en un mundo capitalista que, sin embargo, tenía un alcance cada vez más global, supuso dejar atrás la época dominada por el liberalismo económico pleno. La gestión científica, por su parte, reflejaba también una intención de dejar atrás el anarquismo inicial, estableciendo un control mayor sobre la actividad económica (Hobsbawm, 1989, pp. 34-55).

Sennett, por su parte, recalca la función estabilizadora lograda mediante la implantación general del modelo burocrático. El siglo XIX se habría caracterizado por su inestabilidad y por las desigualdades sociales, que se traducían en tensiones permanentes que amenaban con desembocar en un estallido revolucionario⁸⁵. Sin embargo, según Sennett, el sistema capitalista consiguió salir de esa espiral autodestructiva a través de su autotransformación. La evitación del peligro revolucionario no se produjo,

la ciudad.

⁸⁵Para referirse a ese período convulso Sennett usa el término *Balzacian capitalism*, en referencia a la descripción que en sus novelas realizaba Balzac sobre diversos aspectos humanos, sociales y económicos que caracterizarían aquella época (Sennett, 1999, p. 3).

desde este punto de vista, debido a la evolución de los mercados libres, sino más bien gracias a la transformación estructural que llevaron a cabo las empresas primero, y luego otras instituciones sociales y políticas, adoptando un modelo de organización de origen militar. Como resultado, los trabajadores pudieron aspirar ya a una posición más segura y reconocida, de manera que la inclusión se convirtió en elemento clave que permitió el éxito del *capitalismo social*, aportando por fin la estabilidad necesaria al sistema. Los inversores, por su parte, dejaron de primar la inmediatez de la ganancia en favor de la seguridad. En definitiva, la búsqueda de orden se convirtió en el principio rector no solo de la actividad económica, sino también de la política, que se sometieron siguiendo este propósito a un profundo proceso de racionalización, descrito por Weber (Sennett, 2007, pp. 23-24).

7.1.2 El sistema piramidal según Weber. Una inclusión ambigua

Seguidamente, pues, se van a presentar cuáles son los rasgos definitorios del sistema burocrático según lo concibió Weber, para lo cual se tomará como referencia el estudio de Giddens (1992), complementándose con aportaciones de otros autores, y del propio Sennett.

La descripción de la organización burocrática aparece en Weber en relación a su clasificación de los tipos de autoridad, establecida conforme al modelo de *tipos ideales*, que le llevaba a distinguir entre la autoridad carismática, la tradicional y la legal-racional. Esta última se articula y ejecuta en torno a un tipo de organización, la burocrática, que permite una administración racional de los recursos y un establecimiento nítido de la autoridad (Giddens, 1992, pp. 252 ss.). Pero la racionalización burocrática no se trataría de un fenómeno restringido a determinados contextos organizativos, ya que, siguiendo a Ruiz Olabuénaga, puede designarse como una fuerza cultural que transforma la sociedad, impulsada por su tendencia expansiva, que legitima las nuevas formas de poder legal-racional (Ruiz Olabuénaga, 1995, p 171). Para Weber, la virtud esencial de este sistema radicaría precisamente en su eficacia, superior a la que pueda conseguir cualquier otra forma de organización, lo que convierte a la burocracia en el sistema organizativo idóneo para las exigencias del mundo moderno (Ruiz Olabuénaga, 1995, p. 163).

Volviendo a Giddens, cabe afirmar que las organizaciones, en general, serían formas de coordinar las actividades de los grupos humanos o de

gestionar los bienes que producen, haciéndolo de manera regular en el tiempo y en el espacio. Su desarrollo depende, en buena medida, del control sobre la información, y suelen tener un carácter jerárquico, de manera que el poder se concentra en la cima. Según Weber, las organizaciones que adquieren un tamaño importante tienden a ser burocráticas, aunque el modelo sólo se desarrollaría plenamente con el advenimiento de la sociedad moderna, impulsando el proceso racionalizador que alcanza a todas las facetas de la vida. De este modo, en la época moderna las creencias y costumbres tradicionales pierden peso en las actitudes y conductas de los individuos y en el funcionamiento de las instituciones, ya que unos y otros cada vez más tomarían decisiones racionales con las miras puestas en el logro de objetivos claros y bien definidos. La expansión de la burocracia sería, además, inevitable en un contexto moderno, pues es la única manera de afrontar las complejidades propias de la administración de grandes sistemas sociales, en los que las tareas se vuelven más diferenciadas y complejas (Giddens, 2001, p. 446). La expansión de la burocracia imprime el carácter distintivo de la vida moderna, de manera que las relaciones y actividades cotidianas se encuadran en unos marcos institucionales que se distinguen por su estructura burocrática. El resquebrajamiento de dichos marcos en tiempos recientes presentará, consecuentemente, tal como analizará Sennett, consecuencias importantes para el desarrollo de la vida personal y de las relaciones sociales.

El *tipo ideal* weberiano es un tipo de concepto que se diferencia de los meramente descriptivos -que recogen de manera sintética los rasgos comunes de una serie de fenómenos- al introducir criterios valorativos en su aproximación al estudio de la realidad social, resaltando aquellos aspectos que más se acerquen a los intereses y objetivos de la investigación. Así pues, no consiste en una mera hipótesis, ni se trata de la simple descripción de un fenómeno concreto, aunque tampoco conlleva una finalidad transformadora de la realidad, pues no es su función indicar como debería ser. Su construcción está concebida por Weber, más bien, para afinar el análisis de fenómenos empíricos, procediendo a través de la abstracción y combinación de una serie de elementos que, si bien están tomados de la realidad, difícilmente se pueden encontrar de esa forma específica (Giddens, 1992, pp. 237-242). En este sentido, el uso del término *burocracia* por el propio Weber se basaría en la selección y acentuación de una serie de rasgos con el fin de

comprender el papel que juegan las organizaciones en el complejo proceso racionalizador que tiene lugar con el desarrollo de la sociedad moderna. Así la organización burocrática se distingue por:

- Hay una jerarquía de autoridad. La forma que adquiere la estructura organizativa se asemeja a una pirámide, en cuya cima se sitúan las posiciones de máxima autoridad. Existe una cadena de mando continua que funciona desde el nivel superior hasta la base, cada órgano superior controla y supervisa al inferior, facilitando así la adopción coordinada de las decisiones. Así pues, cada miembro tiene una competencia definida en el seno de la división jerárquica del trabajo, de manera que se es responsable de la misma ante un superior.
- El trabajo y la conducta de los miembros en todos los niveles de la organización se lleva a cabo siguiendo unas reglas escritas, explícitas, aunque no debe entenderse que cumplir con los deberes burocráticos sea una cuestión meramente rutinaria, puesto que las reglas muy generales, que abarcan una gran variedad de casos, exigirán una interpretación más flexible.
- A cada empleado le corresponde un sueldo definido y fijo, se espera de él que haga una carrera en la organización, quien cuenta así con expectativas de ascender con el tiempo, dependiendo la promoción de las capacidades personales y la antigüedad.
- Existe una separación entre las tareas que el funcionario desempeña en la organización y su vida privada, que se desarrolla en un ámbito separado del lugar de trabajo.
- Los empleados son seleccionados de acuerdo con sus méritos y entrenados para el correcto desarrollo de su función (Giddens, 2001, pp. 446-447; Ruiz Olabuénaga, 1995, p. 160).

El desarrollo del modelo de organización burocrática está estrechamente ligado al desarrollo de la división del trabajo y la especialización, y permite la rutinización de las tareas, lo que se aviene con las exigencias de producción capitalista, es decir, la rapidez y la precisión. No obstante, funcionar conforme a normas sistemáticas y generales de gestión también comporta desventajas, como la dificultad para atender a la especificidad de los casos individuales. Si bien, importa poner de relieve que las características peculiares del modelo burocrático influyen notablemente

en la situación y las expectativas de los miembros de la organización, condicionando el diseño y desarrollo de su propia vida personal (Giddens, 1992, pp. 261-264)⁸⁶.

Weber observó que la cadena de mando de la administración de tipo burocrático se ajustaba a una forma piramidal, y en ella cada elemento, cada cargo, desempeña una función bien definida, por lo que cabe afirmar que el conjunto funciona de una forma *racionalizada* (Sennett, 2006, pp. 30). Según se asciende en la pirámide, se reduce el número de individuos implicados en el control, mientras que la base es amplia, y susceptible de acoger a más empleados, a cambio, eso sí, de disponer de muy poco poder en las decisiones sobre los fines o el funcionamiento de la organización. Las habilidades y méritos con que ha de contarse para considerarse apto para desempeñar un cargo, así como las obligaciones que debe cumplir para ocupar una posición determinada dentro del sistema, están claramente definidas, de manera que se instaura un tipo de justicia social sostenido sobre su transparencia, ya que cada cual puede saber cuáles son sus posibilidades, y cuáles son los requisitos que debe cumplir si quiere ascender en la jerarquía burocrática. Junto a este último aspecto, cabe destacar la capacidad para ampliar su base lo que explica el éxito que alcanzó este modelo, pues aportaba la posibilidad de ir incluyendo progresivamente a un número creciente de personas en su estructura. Por ello Sennett considera que es la inclusión, por encima de la eficacia, el elemento clave que permitió la continuidad del sistema burocrático piramidal al garantizar la necesaria cohesión social (Sennett, 2006, p. 31).

Weber, por su parte, tal como lo entiende Sennett, pese a reconocer y valorar el papel que jugó la implantación de este modelo a la hora de evitar la caída en una espiral revolucionaria, no dejaba de mostrar una visión teñida de pesimismo a la hora de describir el funcionamiento y, sobre todo, las consecuencias personales que acarrea el triunfo de la organización piramidal. La caracterización weberiana de la pirámide burocrática como una *jaula de hierro* pretende reflejar la rigidez de su funcionamiento, y la alienación a que sometía a sus miembros, conforme a su origen militar. El paternalismo era uno de las consecuencias más negativas a que podía dar

⁸⁶ La implantación de tal sistema requiere de una educación especializada, que otorgue las titulaciones correspondientes para legitimar la capacitación de un individuo para aspirar a ocupar un cargo determinado (Giddens, 1992, p. 377).

lugar, pues la permanencia de los trabajadores en la empresa se traducían fácilmente en dependencia no solo económica sino también emocional, lo que jugaba en contra de su autonomía. En *La Autoridad o El Respeto* Sennett ofrece algunas muestras de cómo los individuos padecen la dependencia respecto a este tipo de instituciones, pues la construcción de su propio relato vital, sus expectativas y logros, pasan a depender casi por completo de su pertenencia a esa organización dirigida, al menos en ocasiones, de forma marcadamente paternalista.

En este sentido, Weber llamaba también la atención sobre cómo inculcaba en los individuos una forma de disciplina que les llevaba a sacrificar un posible disfrute del presente en favor de una esperada recompensa futura, aunque ésta realmente no siempre llegaba, adoptando la forma, pues, de una gratificación diferida (Sennett, 2006, p. 32)⁸⁷. Se trataría de una actualización, institucionalizada, del puritanismo que el propio Weber había descrito y que aparece como un tema recurrente en la obra de Sennett. Este último, relacionará sin embargo, quizá de forma más positiva, aunque recogiendo las ambigüedades inherentes, ese aplazamiento de la gratificación con la capacidad de organizar el tiempo, y por tanto, de elaborar coherentemente un relato personal. Así, por ejemplo en *The Hidden Injuries of Class*, refleja cómo muchos trabajadores realizaban un esfuerzo ahorrador a lo largo de sus vidas con el propósito de adquirir una vivienda propia o para asegurar una buena educación para sus hijos, proporcionando un sentido a sus vidas, aunque no por ello estuviera libre de ambigüedades (Sennett y Cobb, 1977, cap. 2; Sennett, 2000, pp. 13-14).

Así pues, como se confirmará un poco más adelante, Sennett repiensa los aspectos opresivos de la *jaula de hierro* tal como los denunció Weber, pues ofrece, por un lado, un marco que posibilita el desarrollo de la identidad personal, y por otro, deja un espacio significativo -aunque no necesariamente muy amplio- para la iniciativa personal. Aunque esas posibilidades que ofrece el sistema burocrático han de verse siempre en conjunción con sus efectos opresores.

7.1.3 Taylorismo y Fordismo: la organización científica del trabajo

El siglo XX fue testigo de la consolidación del sistema burocrático

⁸⁷ Esta cuestión será retomada y ampliada en el capítulo siguiente.

piramidal, especialmente tras la segunda guerra mundial, cuando se estableció el dominio de las grandes corporaciones estructuradas sobre el modelo piramidal (Sennett, 1999, p. 3). El *fordismo* representó la ejecución a gran escala en el mundo de la empresa de este modelo de organización, mediante la centralización y concentración de una producción en masa; el trabajo fue objeto de análisis exhaustivos que pretendían optimizar al máximo su rendimiento -*taylorismo*-. Las empresas se convirtieron, en muchos casos, en pequeñas sociedades en sí mismas. La pirámide burocrática, a su vez, fue la base sobre la que se edificó el estado del bienestar.

Con su conocido ejemplo de la fábrica de alfileres, Adam Smith había mostrado cómo la producción de un determinado bien se llevaba a cabo de manera mucho más eficiente si el proceso se dividía en una serie de tareas concretas y simples realizadas por operarios especializados, en perjuicio de la actividad artesanal pre-industrial, en la que el proceso de elaboración se efectuaba de manera unificada (Giddens, 2001, p. 487). Ya en el siglo XX, Taylor aportó un revestimiento científico a la visión de Smith, defendiendo que el trabajo productivo debía organizarse según criterios racionales y bien definidos, siendo la clave la división sistematizada de los procesos industriales complejos en operaciones simples que debían organizarse y sincronizarse de manera precisa. Así pues, cada tarea simple debía estar planificada y definida con claridad, y su ejecución debía ser supervisada para asegurar que se ajustara a las exigencias previstas desde la dirección de la empresa, de manera que los diversos trabajos se realizaran de manera rápida, exacta y coordinada. De este modo, como apunta Sennett, la gestión pormenorizada del tiempo requerido para realizar cada tarea, fue un elemento distintivo del taylorismo (2006, pp. 62-63). El *management científico* imponía una separación funcional rígida entre las actividades de planificación y ejecución (Alvarez de Món, 1998, pp. 71-73).

El magnate automovilístico Henry Ford se dio cuenta de que para dar salida a la enorme capacidad productiva que preveía el taylorismo era necesaria la existencia de unos mercados masivos. De esta manera, el *fordismo* supuso la realización más certera de los principios tayloristas, al vincular el sistema de producción a gran escala con el cultivo y desarrollo de mercados de masas. (Giddens, 2001, pp. 487-490). Según Coller (1997), el término *fordismo* vino a designar tanto un sistema social como al sistema de

producción ligado a aquel, en el que el consumo masivo actúa como elemento organizador y regulador de la economía. Atendiendo a los aspectos específicamente productivos, el fordismo propició un modelo de organizar el trabajo basado en la fragmentación de las tareas encaminadas conjuntamente a la fabricación en serie de un producto estandarizado en una línea de montaje. Los trabajos suelen requerir poca cualificación, de manera que el obrero actúa como un complemento de la máquina. Los empleados forman parte de una estructura jerárquica de control y autoridad, si bien disponen de seguridades laborales (1997, pp. 18-20).

7.1.4 Las deficiencias del sistema piramidal y del fordismo. Una rigidez deshumanizadora

Como se ha visto, según la interpretación clásica de Weber, la organización burocrática se distinguía por la alta eficiencia que alcanzaba; pero es justamente esta afirmación la que ha sido objeto de réplicas, más que estrictamente su definición de la burocracia, que es en general bastante aceptada. La organización científica del trabajo que reforzó el sistema burocrático piramidal también haría patentes sus limitaciones, que afectan de manera particular a las relaciones personales, y que estarían justificando los cambios organizativos que han de acometer las empresas.

Merton llama la atención sobre el hecho de que la presión que el sistema ejerce sobre los funcionarios puede resultar contraproducente, pues impide que desarrollen la flexibilidad suficiente en la aplicación de sus destrezas para responder a las modificaciones que se produzcan en el ambiente. El seguimiento de las reglas, de este modo, se convierte en un fin en sí mismo, en lugar de ser un medio para la consecución óptima del fin previsto. La excesiva rigidez en el seguimiento de las normas redundaba en una formalización excesiva en el desempeño de las tareas, que se traduce en la incapacidad general del sistema para adaptarse de forma eficiente a aquellas circunstancias que no estuvieran previstas en la reglamentación general (Ruiz Olabuénaga, 1995, pp. 163-164)⁸⁸.

Toffler considera que la burocracia piramidal era el modelo adecuado para una sociedad industrial, ya que propiciaba un funcionamiento y una producción estandarizadas, acorde a una sociedad culturalmente homogénea

⁸⁸ Cfr. Merton (1967).

y a un entorno estable y relativamente previsible. Sin embargo, los cambios sociales, económicos, culturales y tecnológicos estarían configurando un nuevo tipo de sociedad caracterizada por la fragmentación, el cambio rápido y, por tanto, la imprevisibilidad. Surge un nuevo tipo de consumo, diverso, cambiante y desestandarizado, que plantea la exigencia de productos y servicios a la medida de cada cliente, de manera que la producción debe flexibilizarse. Ante los nuevos problemas, ya no sirven los procedimientos rutinarios establecidos, pues exigen mayor imaginación e inventiva, precisando desarrollar nuevas estrategias empresariales. Las empresas, en definitiva, han de adoptar modelos adhocráticos de organización, incorporando módulos temporales que respondan a necesidades específicas (Toffler, 1995).

Burns y Stalker inciden en la capacidad de adaptación al entorno que pueden presentar distintos modelos organizativos. Distinguen, para ello, entre una estructura *mecanicista* y otra *orgánica*. En el primer caso se trataría de un sistema jerárquico de autoridad, con reglas de actuación precisas, y cadenas de comunicación fijas de dirección descendente, aunque los de “arriba” y los de “abajo” rara vez se comunican directamente; cada empleado sería responsable de una tarea concreta, cesando su responsabilidad una vez concluida, aunque el trabajo es anónimo. La segunda se trataría de una estructura más relajada, menos rígida, en la que los objetivos generales serían más importantes que precisar unas funciones concretas, de manera que las directrices son más difusas, favoreciéndose la iniciativa individual, y la existencia de canales de información fluidos. Se entiende que todos los miembros de la organización pueden, gracias a sus conocimientos, realizar aportaciones, reconociéndose así una autoridad profesional, de manera que la toma de decisiones no sea asunto exclusivo de la dirección. Estas organizaciones estarían mejor preparadas para actuar en contextos inestables, dominados por las demandas cambiantes de unos mercados innovadores -como sería el caso de las telecomunicaciones, la informática o la biotecnología-, y por cambios tecnológicos de alcance, ya que la existencia de una estructura fluida permite dar repuestas más eficaces, rápidas y creativas a las transformaciones que acontecen en el mercado (Giddens, 2001, p. 452; Ruiz Olabuénaga, 1995, p. 168).

Otra crítica se ha basado en las deficiencias en la comunicación que cabe atribuir a un esquema burocrático piramidal, pues la transmisión de

información es fundamental para la toma de decisiones. Así, se afirma que la información que se transmite horizontalmente o de abajo hacia arriba, es tan importante como la que desciende por la cadena de mando, pero que en un sistema piramidal se privilegia esta última dirección, de manera que la información fácilmente es bloqueada según asciende niveles (Ruiz Olabuénaga, 1995, p. 167). Sin embargo, puede recurrirse a Sennett para matizar esta crítica, pues llama la atención sobre cómo en la organización piramidal se facilitaba la modulación interpretativa de la información según está va circulando por sus distintos elementos, algo que Weber, no obstante, no habría acertado a percibir (Sennett 2006, p. 34).

En relación a ello, cabe mencionar la distinción efectuada por Blau entre relaciones formales e informales. Las primeras son las que se establecen siguiendo las normas que marca la organización, mientras las segundas se refieren a las conexiones que se establecen de manera informal, o las relaciones que se producen entre pequeños grupos en el seno de la organización. Blau observó que los funcionarios preferían consultarse entre ellos en lugar de recurrir a los supervisores, y que actuando de esa manera se iban generando lealtades mutuas que servían para cohesionar al grupo. Se desarrollaban así una serie de procedimientos informales que permitían un mayor margen a la iniciativa y responsabilidad personal, dando una respuesta más eficaz a los problemas concretos que se planteaban. Así pues, la existencia de esas redes informales permite flexibilizar el funcionamiento organizacional (Giddens, 2001, p. 448).

El modelo burocrático se reforzó en el terreno empresarial mediante la implantación de los principios tayloristas de gestión. Sin embargo, también aquí se han dejado notar sus limitaciones, y a partir de los años 70 se habló ya de la crisis del fordismo. Coller sostiene que existen dos interpretaciones básicas de este fenómeno: la que apunta a sus contradicciones internas y la que atiende a los aspectos del mercado, aunque ambas dimensiones serían vinculables entre sí. Así, los cambios efectuados en la demanda, que provocan una mayor diversificación y fragmentación de la misma, sacarían a la luz las limitaciones de la producción en masa (Coller, 1997, pp. 20-21).

Giddens incide en las limitaciones del fordismo para responder a los cambios. Así, señala que su vinculación directa con los mercados masivos para los que fabrica unos productos estandarizados tiene como contrapartida el que no pueda existir sin ellos, por lo que no es aplicable a

otros contextos. Además, las instalaciones y la infraestructura requeridas exigen una gran inversión, mientras el sistema de producción resulta ser bastante rígido, de manera que la introducción de cualquier modificación en el producto resulta ser muy costosa y compleja. La proliferación de nuevos centros de producción ha demostrado que la producción en masa en el primer mundo resultaba demasiado cara, siendo incapaz de competir con los países que disponen de una mano de obra mucho más barata (Giddens, 2001, p. 490). La participación cada vez más activa del consumidor en la demanda de productos más diversificados supone un reto para la planificación general que promueve la producción fordista (Sennett, 2006, pp. 127-128).

Por otro lado, se ha afirmado que los sistemas tayloristas y fordistas son *sistemas de baja confianza*, ya que son siempre los directivos los que fijan las directrices de la producción, determinan los empleos que se deben crear, y someten a sus empleados a una supervisión estricta, anulando en ellos cualquier grado de autonomía o creatividad que pudiesen desarrollar. El resultado es que el compromiso y la moral de los trabajadores suelen ser bajos, ya que sienten que no tienen nada que decir sobre el funcionamiento de la empresa, por lo que no es extraño que abunden la insatisfacción, el absentismo o la conflictividad (Giddens, 2001, p. 490)⁸⁹. En general, así pues, como refleja el propio Sennett, se ha acusado a este sistema de propiciar la rutinización del trabajo y de no tomar en consideración las necesidades personales de los empleados (2000, pp. 40-41). La absolutización de la eficiencia productiva como valor rector de la organización del trabajo le convertiría, por tanto, en un sistema poco favorable para un despliegue óptimo de las capacidades humanas, inhibiendo la iniciativa y la participación, no siendo la autonomía un valor a considerar.

Desde la *Escuela de Relaciones Humanas* se denunciaron los efectos deshumanizadores de la burocratización y de la racionalización taylorista, que llevaron a reducir el papel del trabajador a una mera extensión de la máquina, y a entender desde un esquema mecanicista del comportamiento que su única motivación era económica. Consecuentemente, no se habría prestado atención a la importancia de las necesidades de sus miembros, en tanto que seres humanos, para el funcionamiento de la organización, desaprovechando las aportaciones que pudieran hacer desde su experiencia

⁸⁹ Por contra, los *sistemas de alta confianza* serían aquellos en los que el trabajador puede participar de alguna manera en el control de los contenidos y el ritmo de las tareas (Giddens, 2001, p. 490).

para la mejora de la producción. Así, se consideraban prescindibles todos aquellos aspectos de la personalidad de un individuo que no estuvieran directamente relacionados con el desempeño de la tarea asignada, entendiendo que para lograr un funcionamiento eficiente del sistema basta con realizar adecuadamente la definición formal de las tareas y la división racional del trabajo, sin que influyan de manera significativa otros factores. Los sujetos, sin embargo, actúan movidos por distintas necesidades y aspiraciones, no sólo de índole material, también sociales y personales. Si estos factores no se tienen en cuenta, no se puede dar una respuesta adecuada a muchas de las tensiones o problemas de desmotivación que surgen en el seno de la organización, afectando a su eficiencia (Alvarez de Món, 1998, pp. 69-96; Ruiz Olabuénaga, 1995, pp. 166-167).

En definitiva, las deficiencias funcionales y humanas de la organización piramidal llevan a poner en cuestión la supuesta eficiencia del sistema. Las limitaciones de este modelo se han hecho más patentes en los últimos años, dentro de un contexto de cambio global, poniendo de relieve su rigidez fundamental, que se traduce en la incapacidad para responder a los entornos cambiantes. Por ello, según se va a analizar seguidamente, muchas organizaciones han optado por cambiar su estructuración interna y su manera de funcionar, tendiendo hacia una mayor flexibilización.

Por lo que atañe más concretamente a las relaciones sociales y la integración institucional de los individuos, estos sistemas favorecían la inclusión, la seguridad, y la posibilidad de desarrollar un relato biográfico integrado. Pero por otro lado, la rutinización y una jerárquización rígida podían cercenar la iniciativa y autonomía individuales, fomentando la pasividad y la dependencia, generando una sensación de insatisfacción e incompletud. Los cambios institucionales van a conformar nuevos escenarios para la actuación personal y nuevas formas de desarrollar las relaciones sociales e institucionales, introduciendo nuevos retos y problemas que serán objeto de análisis y reflexión en los trabajos de diversos autores, destacándose aquí las propuestas de Sennett.

7.2 La transformación del capitalismo

En los últimos años estamos asistiendo a unos cambios profundos prácticamente en todas las esferas, destacando especialmente las transformaciones que están teniendo lugar en el terreno económico, que

tienen además una gran influencia sobre otros fenómenos. De esta manera, no es extraño que se hable que nos encontramos ante una nueva fase del capitalismo, designándose de diversas maneras según la perspectiva que se adopte -*capitalismo tardío, nuevo capitalismo, etc.*-. Se debe entender, consecuentemente, que esta nueva fase presenta una serie de características que no se encontraban, o bien no estaban suficientemente desarrolladas, en las fases o períodos anteriores de la economía capitalista.

En los años 70 autores como Bell o Touraine teorizaron sobre los cambios que estaban produciéndose en la sociedad industrial-capitalista, hasta el punto de defender que se había entrado en una nueva fase, la llamada *sociedad post-industrial*. En las décadas posteriores, sin embargo, los cambios que siguieron produciéndose acabaron por sobrepasar las descripciones que proporcionaba este modelo, de manera que nuevos conceptos y teorizaciones han surgido para dar cuenta que las dinámicas económicas, políticas y sociales que dirigen la vida de las sociedades del presente.

De este modo, la tendencia que parece guiar la actividad económica actual, como destacan la mayoría de analistas económicos y sociales, es la que conduce hacia la globalización. Sin embargo, junto a ese movimiento de innegable trascendencia, Sennett pretende llamar la atención sobre un conjunto de cambios paralelos al fenómeno de la globalización, producidos fundamentalmente a nivel organizativo-institucional. La implantación progresiva de formas de organización más flexibles y descentralizadas, en forma de red, gracias a la aplicación de los avances tecnológicos, permite ofrecer respuestas más rápidas y eficientes a los cambios en el entorno. En consecuencia, se puede percibir importantes transformaciones en la organización del trabajo, que han llevado a algunos autores a emplear la etiqueta de *post-fordismo* para referirse a esta nueva situación.

7.2.1 La sociedad post-industrial. Conocimiento y riesgo

En los años 60, un aumento notable de demandas y ofertas de servicios, incentivadas por las nuevas facilidades de pago disponibles por los consumidores, fue de la mano de un incremento de la movilidad social que facilitaba el predominio de la meritocracia. Paralelamente, la industria estaba perdiendo su tradicional centralidad en la actividad económica, mientras los servicios adquirían un peso cada vez mayor en la riqueza total.

La educación y el dominio de la información ganaban cada vez más importancia como fuentes tanto de capital como de posición social. Por ello, diversos autores trataron de explicar lo que entendían como la transición hacia un nuevo modelo de sociedad.

A partir de la observación de los cambios que estaban padeciendo las sociedades capitalistas occidentales, Bell (1976) estableció su tesis de que el mundo se encontraba en una nueva fase en la que había tocado a su fin la hegemonía de la actividad industrial, tratándose de lo que llamó la *sociedad post-industrial*. Decribía esta nueva etapa a partir de cinco características fundamentales: se pasa del predominio de la manufactura a los procesos de organización y distribución; la sociedad ya no descansa sobre la base del sector secundario sino sobre el terciario -servicios clásicos- o incluso el cuaternario -comercio, finanzas, seguros, propiedades inmobiliarias- y el quinario -ocio, salud, educación, investigación, políticas públicas-; la información se convierte en un elemento primordial, por lo que se invierte cada vez más en conocimiento mientras el uso de la tecnología se asocia con al factor intelectual; las ocupaciones principales ya no son las de ingenieros o trabajadores especializados, sino científicos o técnicos; por último, se abandona la perspectiva del presente y el corto plazo para orientar las decisiones hacia un futuro que se pretende anticipar.

Otros autores, sin dejar de reconocer la existencia e importancia de tales cambios, no están de acuerdo en admitir que se haya entrado en una fase completamente nueva del capitalismo a partir de una ruptura con la anterior, por lo que no son partidarios de emplear un término tan radical como el de *sociedad post-industrial*. Así, Habermas o Offe hablaron de *capitalismo tardío*, y Giddens de *sociedad industrial avanzada*, para señalar la continuidad con la era industrial, al tiempo que se hacía eco de las transformaciones que estaban teniendo lugar (Giner, Lamo de Espinosa, Torres, 1998, pp. 702-704). Touraine, por su parte, sitúa el foco de su análisis en las transformaciones acaecidas en las estructuras sociales de desigualdad, vinculadas a las nuevas exigencias de cualificación científico-técnica y la creciente movilidad social.

Por su parte, ya en los años 80 Beck (1999) trató de conjugar en su análisis continuidad y ruptura mediante la idea de que desde los contornos de la sociedad industrial clásica estaría produciéndose una fractura que propiciaría la emergencia de la que denomina "sociedad (industrial) del

riesgo” (1999, p. 16). Uno de los aspectos más destacados sería la transformación del sistema de trabajo, de manera que tras haber dominado mucho tiempo el empleo estable de por vida y la prosecución del pleno empleo, la situación laboral estaría virando por la carga del paro masivo y el incremento de nuevas modalidades de ocupación y trabajo, más flexibles y plurales, que dan lugar a la aparición de una amplia, y creciente, zona gris de subempleo (Beck, 1999, pp. 178 ss.). Los avances tecnológicos, de modo especial, estarían creando formas de riesgo inéditas. mientras que la pérdida de peso de la tradición en la definición de la propia personal, unida a la democratización de las relaciones personales, provoca que cada decisión personal esté acompañada de riesgos, ya que el futuro aparece como un horizonte opaco e indeterminable (Giddens, 2001, p. 107).

Otros autores han puesto el acento en la importancia que adquiere el conocimiento en la economía, hablándose en consecuencia de una *economía del conocimiento*, puesto que para su funcionamiento y para el crecimiento son vitales las ideas, los avances científicos y tecnológicos, la innovación, la posesión y transmisión de la información. Cabe destacar que en este contexto, se requiere una mano de obra distinta a aquella que tradicionalmente había estado vinculada directamente con la producción o distribución de los bienes materiales, debiendo estar capacitada ahora para participar del diseño, desarrollo, puesta en servicio o comercialización de los distintos bienes o servicios –así se habla de *trabajadores del conocimiento*-. El propio Sennett, como reconoce Giddens, ilustraría de manera muy certera esta transición, mostrando el contraste que se da en cuanto al tipo de trabajo desarrollado entre un dos generaciones (Giddens, 2001, pp. 482-483)⁹⁰.

Como se ha señalado, en los últimos años el desarrollo de nuevos procesos a escala global han venido a dejar atrás los análisis de Bell de los años 70, por lo que seguidamente se va a tratar de reflejar algunas de las reflexiones y análisis que están llevando a cabo autores diversos para dar cuenta del conjunto de fenómenos que suelen agruparse en el concepto de globalización.

7.2.2 La globalización. Un proceso controvertido

En este apartado se va a llevar a cabo una breve aproximación a un

⁹⁰ Ver el capítulo siguiente, donde se ahondará en la interpretación de Sennett sobre el cambio institucional y sus consecuencias en la vida de la gente.

concepto fundamental en nuestros días como es el de globalización. Existe una amplia y variada bibliografía sobre este tema, pero no es este el lugar para desarrollar un análisis exhaustivo sobre sus diversos aspectos y perspectivas, sino que se pretende tan sólo llevar a cabo una somera aproximación a este concepto, poniendo de relieve aquellas cuestiones más directamente vinculadas a las líneas temáticas priorizadas en esta tesis doctoral, especialmente la prevalencia de una lógica financiera.

El concepto de *globalización* se emplea para referirse a un fenómeno que se habría iniciado en las décadas finales del siglo XX, pero conviene tener presente que la tendencia hacia la internacionalización es esencial a la economía capitalista, de manera que puede entenderse que la reciente globalización estaría realizando de forma más exhaustiva lo que no es sino la dinámica propia del capitalismo. El pensamiento económico liberal, con su defensa de un libre mercado internacional y su rechazo a las restricciones al libre intercambio, habría jugado el papel de promotor a nivel teórico de la internacionalización económica. En la práctica, la revolución industrial y la libertad económica, desarrolladas en el XIX, propiciaron una interconexión creciente de las diversas zonas del planeta (Hobsbawm, 1989, 1998). Sin embargo, gracias a las nuevas tecnologías de la comunicación, y a una ampliación aún mayor de la influencia del capitalismo hasta alcanzar prácticamente todas las regiones del planeta -en gran medida debido a la desaparición de la alternativa que representaba el bloque comunista-, se suele identificar la globalización con los el conjunto de procesos interconectados que están desarrollándose en las últimas décadas.

La interpretación que ha alcanzado mayor influencia es la de la *globalización neoliberal*, es decir, de aquella versión que identifica la globalización con la extensión de los intercambios de bienes y servicios, así como de los movimientos financieros, concediendo todo el protagonismo a los mercados. La intervención estatal se considera una interferencia externa que perturba la armonía natural que reina en los mercados. Y justamente está teniendo lugar un desplazamiento de poder desde los gobiernos hacia los mercados, de manera que aquellos disponen cada vez de menor autonomía a la hora de diseñar sus políticas económicas (Estefanía, 2002, p. 187-188)⁹¹.

⁹¹Fenómeno éste que se está haciendo especialmente visibles en el último año y medio, debido a la crisis de deuda que están padeciendo algunos países europeos, como la propia España.

Aunque se trata de un proceso de integración mundial que trasciende lo meramente económico, alcanzando a los ámbitos político, social o cultural, la *globalización económica* es, así pues, hasta el momento la tendencia más visible, correspondiente a una nueva fase de la expansión del capital, basada en las facilidades de las que dispone para circular y traspasar fronteras (García Roca, 1998, p. 171)⁹². La internacionalización del capital se desarrollaría, siguiendo a García Roca, por tres vías complementarias: a través de una aceleración del intercambio de mercancías -dando lugar a un auténtico mercado mundial-, la liberalización de los mercados financieros -la facilidad de mover el capital por el ciberespacio permite obtener rendimientos directos, sin intervención de otros factores de producción-, y la interconexión de una producción flexibilizada -puede segmentarse en varios países, logrando reducir costes- (1998, pp. 171-173). Las nuevas tecnologías juegan, por tanto un papel facilitador clave de estos procesos. La posibilidad de transmitir información o mover capital de una forma instantánea y efectiva a grandes distancias ha transformado sustancialmente la manera de establecerse las relaciones comerciales o financieras a lo largo del mundo. Al mismo tiempo, como se subrayará más adelante, los avances tecnológicos propician también la modificación del modo de producción en el interior de las empresas.

El predominio de la versión neoliberal parece ir acompañado de un incremento del peso de la actividad financiera en el conjunto de la economía, en detrimento de la estrictamente productiva, lo que se traduce en un aumento de las desigualdades y una gran inestabilidad, producida por la orientación especulativa que la guía, así como su preferencia por el resultado a corto plazo y que se resuelve periódicamente en graves crisis de alcance mundial. Por ello, se habla de un alejamiento progresivo de una economía *real*, que englobaría el ámbito de los bienes y servicios, y una economía *irreal*, dirigida a operaciones financieras de signo predominantemente especulativo (Conill, 2004, p. 229). Cabe destacar la advertencia que lleva a cabo Albert (1980) sobre cómo la aceptación del modelo ideológico *neoamericano*, basado en el éxito individual y el beneficio financiero a corto plazo, se traduce en la primacía de lo que denomina la

⁹² Hay que señalar que una parte muy importante del capital que, aprovechando sus facilidades, circula por las redes globales tiene su origen en actividades ilícitas como el narcotráfico, desarrolladas por unas organizaciones mafiosas que han adquirido también una dimensión global (Forgione, 2010).

economía-casino, es decir, de una lógica financiera de carácter especulativo en detrimento de la industria como eje principal de creación de riqueza, y que tiene efectos considerables en la estructura y la cohesión sociales, así como representa una fuente de graves riesgos para la estabilidad económica⁹³. También Conill llama la atención sobre cómo la autonomización del sistema financiero puede fácilmente deformarlo, pues le hace perder de vista cuál es el papel que debería desempeñar -como servidor de la economía real, actuando como instrumento para asignar recursos escasos-, lo que a la postre le conduciría a perder su legitimidad (2004, p. 232). El dominio creciente de una economía de tipo financiero, orientada al corto plazo, y despreocupada por su vinculación con las realidades sociales, configura en gran medida el concepto de *Nuevo Capitalismo* que pone en juego Sennett, quien como se verá más adelante, fijará su atención en el deterioro de las relaciones sociales y la corrosión del carácter y de la identidad personal que provoca la implantación de este tipo de economía.

Si bien el concepto de globalización ha sido en buena medida capitalizado por la ideología neoliberal, sirviéndose de él como un medio para legitimar la prevalencia de unos mercados liberados de controles políticos, está proliferando también un pensamiento crítico con la manera en que se está desarrollando de hecho el proceso globalizador. En este sentido, algunos autores contraponen el concepto de *mundialización* con una intención crítica. Así, García Roca señala que, en lugar de limitarse a los aspectos cuantitativos del crecimiento económico, la mundialización invita a considerar los aspectos cualitativos del bienestar humano, integrando elementos como la solidaridad o la cooperación (1998, p. 164). Algunos de los efectos de la globalización, tal como ésta se está produciendo, que son más comúnmente objeto de críticas son la desigualdad creciente, la perpetuación de la pobreza en el tercer mundo, o la homogeneización cultural. En general, las críticas se dirigen a ese predominio de lo económico-financiero, ya que la liberalización de los mercados de capitales no se está traduciendo ni en una estabilización de la economía ni en una mejora de las condiciones de vida para muchas personas (Stiglitz, 2003, pp. 37- 49).

El poder adquirido por los mercados globales ha ido incrementándose

⁹³Albert identifica esta tendencia con el proceso de la *globalización financiera*, que se apoyaría en la innovación tecnológica, la desregulación, o en la invención de nuevos productos financieros (1980, pp. 164 ss).

a costa de la capacidad de decisión de los gobiernos nacionales, quienes cada vez se ven más condicionados a la hora de elegir sus políticas económicas. De esta manera, no solo la soberanía nacional, sino el concepto mismo de democracia o el de ciudadanía se ven alterados por la dirección tomada por el proceso de globalización económica (Estefanía, 2002, p. 187). Las principales decisiones económicas, que afectan a todos, se toman desde instancias que son ajenas a los procedimientos democráticos de decisión y elección, eludiendo el debate público. Según Beck, son los empresarios transnacionales, cuya acción no se encuentra limitada ya a ningún territorio específico, los que dirigen la política de la globalización, no prestando lealtad a los actores del Estado nacional (2000, pp. 15-23)⁹⁴. Por ello, diversos autores reclaman la necesidad de unas instituciones políticas globales que dispongan de un poder real y de un carácter más democrático, para establecer los controles necesarios sobre la actividad económica (García Roca, 1998, pp. 185-187).

7.2.3 La adhocracia y las organizaciones en red

El modelo de organización burocrático presentaba una estructura nítida, unificada, integrada y bien delimitada, desarrollando un funcionamiento normalizado conforme a unas reglas definidas. Sin embargo, la introducción progresiva de las nuevas tecnologías de la información así como las tendencias cambiantes de los mercados han provocado que los límites que separaban la organización se vuelvan más difusos, y su propia manera de funcionar se ha visto alterada, ya que han de ser capaces de mantenerse en un contacto permanente y fluido con su entorno si quieren ser competitivas. Para responder a las nuevas exigencias y retos se han ido introduciendo en el mundo empresarial formas alternativas de organización, más fluidas y flexibles, como las que representan la noción de *adhocracia* de Toffler o Mintzberg o la noción de *red* que propone Castells.

Pese a la constatación de estas nuevas tendencias organizativas, no existe un consenso general a la hora de valorar su alcance. Así, algunos autores consideran que no se puede hablar de un proceso general de

⁹⁴ Este poder nuevo de los empresarios transnacionales se apoyaría, según Beck, en cuatro posibilidades que ofrece el mundo globalizado: 1) se puede exportar puestos de trabajo donde los costos sean más bajos, 2) las tecnologías de la información permiten desmenuzar y repartir la producción, 3) la necesidad de los Estados de atraer inversiones hace que sea fácil influir en ellos, y 4) puede distinguirse entre lugar de inversión, lugar de producción, lugar de declaración fiscal y lugar de residencia (2000, p. 18).

desburocratización, y que cuando se hace es porque se está sobrevalorando el alcance de algunos casos específicos. Otros, en cambio, creen que sí se está produciendo una transformación, y ésta además sería positiva, pues permitiría dejar atrás las perspectivas pesimistas que Weber planteó sobre el futuro de la burocracia. Aunque, como advierte Giddens, los propios sistemas burocráticos podían ser de por sí más flexibles de lo que Weber pensaba, y han tenido que convivir con otras asociaciones menos jerarquizadas. En cualquier caso, sería muy osado afirmar que las organizaciones burocráticas vayan a desaparecer por completo, siendo previsible que exista una tensión entre la tendencia al predominio de las grandes organizaciones impersonales y altamente jerarquizadas y el empuje de los modos alternativos, más flexibles, de organización (Giddens, 2001, p. 474).

Según se expuso más arriba, Toffler considera que la organización burocrática dejaba de ser apropiada para sobrevivir en una sociedad fragmentada y cambiante como la actual, por lo que la viabilidad de la empresa exigía la implantación de un modelo adhocrático. Se trata de potenciar una coordinación dinámica y no jerárquizada de los distintos módulos o unidades temporales articulados en torno a un armazón axial, propiciando así una desestandarización del proceso productivo. Las unidades, de esta manera, pueden formarse, deshacerse y recomponerse según los ritmos del cambio que se producen en el entorno, respondiendo de manera creativa a los problemas que plantea, en lugar de guiarse por procedimientos fijados (Toffler, 1995, pp. 107-108 y pp. 127-132). Mintzberg (2012) describe diversas estructuras organizativas entendiéndolas que responden a diferentes situaciones y necesidades. En los últimos años se estaría extendiendo -especialmente en sectores como la publicidad o la asesoría de empresas- el modelo de organización *innovador* -ó *adhocracia*-, ya que es la que mejor responde a las características del entorno actual, dinámico, impredecible y complejo. A diferencia de los otros modelos, la adhocracia no funciona según procedimientos fijos que sirven para normalizar las tareas, ya que sus funciones y su composición están variando de forma constante, tratándose de una forma de organización fluida y flexible, conforme a una estructura orgánica, descentralizada, y escasamente formalizada, que le permite dar respuestas creativas a los problemas planteados así como innovar permanentemente, adaptándose mejor a unos

mercados rápidamente cambiantes. Para ello, optan por la formación de equipos multidisciplinares para la realización de proyectos concretos o la resolución de problemas específicos, que se coordinan entre sí mediante la adaptación mutua, en lugar de seguir los procedimientos normalizados propios de una estructura rígidamente jerarquizada (Mintzberg, 1991, pp. 229-257; 2012). Estas organizaciones serían más democráticas y participativas, de manera que la responsabilidad estaría más repartida.

La idea de organización en red encuentra un importante impulso clarificador en diferentes trabajos de Castells. Con ella, trata de clarificar el funcionamiento de diferentes tipos de estructuras, que si bien no es exclusivo de los tiempos actuales, sí que habría desplegado su potencial recientemente, gracias al avance en las nuevas tecnologías, sobre todo la microelectrónica (2006, pp. 28-31). La *red*, según la definición de este autor, consiste en un conjunto de nodos interconectados, sin que exista un centro definido, aunque los distintos nodos puedan adquirir mayor o menor importancia en el funcionamiento global de la red. Cada red se define mediante un *programa* que asigna los objetivos, establece los criterios de valoración y establece las reglas de funcionamiento de la misma. Entre los distintos nodos se establecen canales de comunicación por los que circulan los *flujos* de información. Los rasgos fundamentales de las redes son: la *flexibilidad* -la capacidad de la red para auto-reconfigurarse en función de los cambios en el entorno-, la *adaptabilidad* -pueden expandirse o reducirse sin sufrir grandes trastornos-, y la *capacidad de supervivencia* -garantizada por la ausencia de un centro reconocible que, por tanto, sería más vulnerable- (Castells, 2006, pp. 27-30).

La aplicación de la idea de red al ámbito del trabajo se concreta en el concepto de *empresa red* (Castells, 1996), que le serviría para dar cuenta del proceso por el cual se estarían desintegrando las burocracias racionales centralizadas, basadas en la integración vertical de personas y recursos, de forma que las grandes empresas ahora actuarían cada vez más a través de redes que les permite interactuar con empresas más pequeñas, pudiendo así ofrecer una amplitud de servicios mucho mayor y más diversificada. Este nuevo modelo organizativo se adaptaría mejor al contexto actual de una economía global de la información, mientras que aquellas corporaciones que siguen apegadas al modelo clásico les resulta cada vez más difícil sobrevivir exitosamente. Así, a las burocracias de tipo weberiano -centralizadas,

voluminosas, y con un funcionamiento conservador- les resulta más difícil reaccionar a los rápidos cambios que se producen en los mercados globales.

7.2.4 Postfordismo: la flexibilización de la producción

Como se ha señalado, la globalización va acompañada de, o estaría impulsando, una transformación en la estructura organizativa de las empresas, que tiene que ver sobre todo con la organización del trabajo. Así, en las últimas décadas podría observarse la emergencia de un nuevo modelo que viene a ocupar el lugar del fordista, que habría entrado en crisis, por lo que la nueva forma de trabajo se suele denominar como *postfordismo*. Sin embargo, no existe un consenso sobre el alcance de tales cambios, de manera que no todos los autores comparten la idea de que se esté llevando a cabo realmente una transformación generalizada. Por otro lado, entre los que reconocen la importancia de estos procesos, existen también diferencias a la hora de valorarlos: así, desde determinadas perspectivas, como la neoliberal, se resaltarán sus efectos positivos, mientras que otros autores, como Beck o el propio Sennett, llamarán la atención sobre algunas consecuencias que quizá en un primer momento no resultaban tan evidentes, pero que van a debilitar en general la posición de los trabajadores tanto dentro de las empresas como en el mercado laboral⁹⁵.

La introducción del concepto -popularizado por Piore y Sabel (1984)- se debe a la constatación de que en diversas empresas o sectores económicos se estaban introduciendo, desde los 70 aproximadamente, formas alternativas de organizar la actividad laboral y productiva, que se distinguen por su mayor flexibilidad, frente a la rigidez organizativa típica del fordismo⁹⁶. En buena medida, la exploración de esas formas nuevas de trabajo surgiría como respuesta a los cambios que habrían ido produciéndose en los propios mercados, ya que si el fordismo representó la respuesta más efectiva a los mercados masivos, gracias a su capacidad para la producción en grandes cantidades de bienes estandarizados, la tendencia progresiva hacia una mayor individualización de los consumidores, que lleva a hablar de la aparición de *mercados nicho*, exige que los productores tengan que ser ahora capaces de responder a las exigencias altamente diversificadas y cambiantes de los nuevos tipos de mercados (Giddens, 2001, pp. 490-492).

⁹⁵ El análisis realizado por Sennett se desarrollará en el capítulo siguiente.

⁹⁶ Cfr. Piore y Sabel (1984).

Así pues, para algunos autores se estaría entrando en una nueva era en la producción capitalista, que vendría a sustituir el viejo modelo fordista, por un nuevo modelo caracterizado por la flexibilidad y guiado por el imperativo de innovación permanente, como forma de dar respuesta a las demandas de unos mercados altamente diversificados. En cualquier caso, siguiendo a Giddens, pueden señalarse las tendencias que de manera más nítida parecen apuntar hacia una transformación de las prácticas laborales fordistas, las cuales se encuentran interrelacionadas. Así, destacan la producción flexible, la producción en grupo y la multicualificación.

La producción o especialización flexible trata de responder a la necesidad de producir cantidades más reducidas e individualizadas de productos o servicios, lo que se logra mediante una descentralización del proceso productivo, con la formación de grupos de trabajo reducidos y no jerárquicos -cuyos integrantes están muy cualificados gracias a una formación continua-, y que se sirven de las nuevas tecnologías y técnicas de producción innovadoras para ofrecer los resultados requeridos. De este modo, se pueden introducir con mayor facilidad pequeños cambios en el diseño, ofrecer una variedad de opciones, o modificar determinados rasgos, con lo que poder satisfacer de una manera más personalizada las exigencias variadas y cambiantes de los consumidores.

La segunda práctica sería precisamente la producción en grupo. Se pretende superar la forma tradicional de trabajar, rutinaria y repetitiva, entendiendo que los empleados estarán más motivados si pueden participar de forma más activa, formando parte de grupos de trabajo. El trabajo en equipo permite mejorar la eficiencia y la rentabilidad en el desarrollo de los productos, así como resolver los problemas que se plantean de una manera más creativa. Al valorar las aportaciones de sus miembros en la definición y realización de las tareas que desempeñan o las funciones que realizan, se logra obtener el máximo partido de sus capacidades. Como contrapartida, se espera de los empleados que trabajen de manera más fluida, que sean capaces de integrarse con el tiempo en diferentes grupos destinados a desarrollar proyectos específicos..

El tercer aspecto a resaltar es la multicualificación. Puesto que en este contexto no se pide a los empleados que realicen una tarea específica a lo largo del tiempo sino que demuestren una capacidad para realizar diferentes tareas según las necesidades, el tipo de trabajador que demandan

estas empresas es distinto del que se integraba en el modelo tradicional. Se espera de él que tenga la flexibilidad suficiente como para desarrollar funciones distintas, lo que permitirá aumentar su gama de aptitudes y asumir responsabilidades más amplias, aportando enfoques creativos, y colaborando en la resolución de los problemas. Tales expectativas tienen su reflejo en el proceso de contratación: si antes se primaba la educación y la posesión de unas determinadas aptitudes, ahora se preferirán aquellos aspirantes que demuestren adaptabilidad y capacidad de adquirir nuevos conocimientos y técnicas, valorándose determinadas habilidades personales como la capacidad para trabajar en grupo o de forma independiente, de tener iniciativa, o mostrarse creativos ante los desafíos. A los trabajadores acostumbrados a las ocupaciones rutinarias y repetitivas que ofrecía el sistema fordista, les resulta complicado adaptarse a estas exigencias. Por otra parte, aquellos trabajadores que dispusieran ya de una alta cualificación son los que van a disfrutar en realidad de las mejores oportunidades de formación así como salarios aún más elevados (Giddens, 2001, pp. 490-494).

Así pues, según un conjunto de autores existiría una diferenciación clara entre el antiguo modo de producción fordista y el modelo emergente, al que denominan comúnmente *post-fordista*. Esta interpretación se encuentra resumida en la definición de postfordismo ofrecida por Rabinbach:

[...]En lugar de producción de masas estandarizada, las empresas afrontan ahora series de producción flexibles, pequeños inventarios y nichos de mercado. En lugar de integración de la producción y sistemas de trabajo centralizado, es preferible ahora externalización y descentralización; el tiempo de fábrica rígidamente organizado está dando lugar a esquemas de trabajo flexibles y trabajo en casa. Finalmente, en vez de máximo control sobre un trabajo industrial rutinizado y descualificado, la organización encuentra ahora que trabajadores educados, cualificados, que la capacidad de trabajo en conjunción con la dirección es mucho más deseable (1998, p. 34)⁹⁷.

Como puede observarse en esta definición, la nueva forma de organización pretende superar la forma que había dominado el capitalismo durante el siglo XX, el fordismo, al que se la atribuye una excesiva rigidez, rutina y centralización de la producción, rasgos que se habrían convertido en obstáculos para responder adecuadamente al dinamismo propio de la nueva

⁹⁷ Traducción proporcionada por Rodríguez Guerra. En el original: "Instead of standardized mass productions, firms now stress flexible batch production, smaller inventories, and niche markets. Instead of the integration of production and centralized labor systems, outsourcing and decentralization is now preferable; rigidly time-bound factory labor is giving way to flexible work schedules and home-work. Finally, instead of top down control over unskilled/routinized industrial labor, management now finds skilled, educated workers, capable of working in tandem with management far more desirable".

economía global. La flexibilidad sería el aspecto más destacable de este nuevo modelo, que iría de la mano de una mayor autonomía y participación por parte de los trabajadores junto a una mayor descentralización de la producción. En ese sentido, la empresa *post-taylorista* se nutriría teóricamente de un conjunto de valores que promueven formas distintas y más abiertas de relación y participación de las que permitía el predominio de una racionalidad tecnocrática, potenciándose ahora más decididamente la iniciativa, la responsabilidad personal, la movilización de las capacidades, la calidad de vida o la adhesión a un proyecto compartido (Cortina, 1994, pp. 92-94). Sin embargo, como se verá en el capítulo siguiente, Sennett denuncia que las presuntas virtudes del modelo flexible esconden en realidad nuevas formas de dominación y precarización del trabajo, por lo que no se cumplirían las promesas de mayor democratización y mejora de las condiciones laborales que ofrecía.

7.2.5 La transformación del trabajo: precarización e inseguridad

Los cambios producidos en la esfera productiva y financiera, así como las respuestas que se están dando desde la política, afectan de modo especial a los trabajadores, pues han de afrontar cada vez más exigencias para adaptarse a las realidades cambiantes del mercado laboral, que en general apuntan hacia una precarización creciente del trabajo.

Según expone Carnoy (2001), el incremento de la competencia mundial desde finales de los años 60 presionó a las empresas para aumentar la competitividad, las cuales comenzaron a reorganizar el trabajo para mejorar la productividad y reducir los costes, imponiéndose un movimiento generalizado hacia una mayor flexibilización (Carnoy, 2001, pp.89-90). En ese sentido, Coller (1997) observa que la flexibilización del trabajo se tiende a justificar como una manera de adaptarse a un entorno incierto y variable, debido a la intensificación y globalización de la competencia, a los cambios en las pautas de consumo y a las posibilidades de acceso a las nuevas tecnologías (Coller, 1997, p.37ss).

La flexibilización del trabajo se muestra en diversas vertientes. Como señala Carnoy, las empresas se esfuerzan hoy en día por cumplir las necesidades al corto plazo mediante la realización de tareas concretas, lo que promueve la deslocalización, el autoempleo, y el trabajo eventual o a tiempo parcial. Como resultado, se va formando un mercado laboral

inestable, en el que existen pocas posibilidades reales de mejorar o de encontrar seguridad. Abundan los contratos a plazo fijo que no ofrecen garantías de continuidad, y que a menudo se firman con subcontratas que operan fuera de la sede de la empresa. En general, se estaría produciendo un descenso de los salarios así como una ampliación de la desigualdad (Carnoy, 2001, pp. 91-107). Por otro lado, las necesidades cambiantes en el trabajo explican que las empresas esperen de sus propios empleados polivalencia y movilidad, o que el salario se vincule al rendimiento o los objetivos (Coller, 1997, p. 46).

La implementación de las nuevas tecnologías suele reconocerse como uno de los principales factores que impulsan la flexibilización del trabajo, aunque también influyen las presiones ejercidas desde un sector financiero ansioso de resultados a corto plazo, y los cambios impuestos desde las instancias legislativas. Carnoy sostiene que como resultado de estos procesos de reorganización constante de las empresas y de la reducción de las garantías institucionales, los trabajadores se individualizan, en el sentido de que la provisionalidad de su relación laboral inhibe la participación en las asociaciones de trabajadores o su implicación con la cultura o el proyecto global de la organización, de manera que el trabajo se desprende de su contenido social (Carnoy, 2001, p. 131).

Como se ha afirmado, la flexibilización del trabajo puede justificarse como una necesidad impuesta por las realidades cambiantes de la economía global. Así, Rodríguez Guerra (2001) observa que el pensamiento neoliberal vino a coincidir en sus ataques a una fuerza de trabajo que considera por lo general demasiado rígida y estancada para hacer frente a los retos que plantea la economía globalizada. De ahí su defensa de la necesidad de que los Estados y las organizaciones llevaran a cabo una serie de ajustes estructurales en pos de una mayor flexibilización que, siguiendo a este autor, estaría teniendo lugar en torno a una doble dimensión: la *jurídico-institucional* y la *competencial*. Así, respecto al primer aspecto, se está produciendo en general un deterioro de la legislación laboral, por lo que los derechos de los trabajadores se están viendo afectados negativamente. El Estado está abandonando cada vez más su papel como regulador de las relaciones laborales, en favor de las propias empresas. Este proceso se está viendo apoyado por el descrédito padecido por los sindicatos y la precarización del empleo. En cuanto a la segunda dimensión, se considera

que la incapacidad de la fuerza de trabajo para adaptarse con agilidad a unas condiciones de trabajo y unas exigencias de calificación constantemente cambiantes como una de las mayores rémoras del fordismo, por lo que la formación de trabajadores con una mayor disposición al cambio y una cualificación más acorde a los nuevos tiempos -primando la polivalencia y la reconversión profesional- se considera un paso ineludible. Los defensores de los nuevos programas de producción afirman que éstos promueven una mayor autonomía, participación, responsabilización, movilidad de los trabajadores en el seno de la empresa, por lo que vendrían a corregir algunos de los defectos principales del fordismo (Rodríguez Guerra, 2001, pp. 207 ss.).

No obstante, como percibe Rodríguez Guerra, las exigencias que plantea la nueva forma de organización trascienden la capacitación profesional, pues el trabajador “debe poseer, además, las cualidades físicas, morales e intelectuales que le permita ser productiva y eficaz en esas constantes nuevas condiciones y en esas tareas permanentemente nuevas” (2001, p. 211). Como puede apreciarse, el trabajador debe contar con o desarrollar determinadas características personales si pretende adaptarse a la nueva manera de organizar la producción, lo que nos acerca ya a las reflexiones que lleva a cabo Sennett sobre cómo se ve afectado el carácter bajo las nuevas condiciones laborales, tal como se detallará en el siguiente capítulo.

Así pues, puede encontrarse también un pensamiento -dentro del cual cabe encuadrar los trabajos recientes del propio Sennett- que se muestra desconfiado o crítico con los cambios que están produciéndose en la organización del trabajo, sobre todo en la medida en que afectan a la posición que pasan a detentar realmente los trabajadores. En este sentido, cabe destacar que ya en los años 80 Beck observó cómo estaba transformándose el sistema de trabajo vigente desde el siglo XIX, afectando notablemente al lugar que ocupan los empleados en las organizaciones empresariales, y alterando su situación jurídica y social. Según este autor, se estaba produciendo un proceso racionalizador que empujaba hacia la flexibilización de lo que habían sido tres pilares del sistema de trabajo industrial: el derecho laboral, la localización y el horario de trabajo. Así, en primer lugar, tiene lugar una flexibilización de los contratos laborales, lo que ofrece a las empresas una mayor amplitud de posibilidades organizativas, de

acuerdo con sus necesidades específicas. En segundo lugar, se produce una descentralización de las tareas cooperativas, los avances tecnológicos -especialmente, en lo que se refiere a trabajos administrativos o de servicios- permiten trabajar en redes distribuidas en distintos equipos o secciones, o incluso trabajar en el propio domicilio, de manera que ahora el trabajo comienza a organizarse “en localización difusa” o “con independencia local”, alterándose la tradicional experiencia cooperativa de trabajar conjuntamente en un mismo lugar. Finalmente, también el vector temporal se ve alterado con la introducción de nuevas modalidades de empleo como el trabajo a tiempo parcial, la flexibilización de los horarios de trabajo, etc., mientras que el trabajo de larga duración -que solía ser para toda la vida-, va siendo sustituido paulatinamente por el trabajo temporal o eventual. Como síntesis de estos procesos, Beck entiende que cabe hablar de una crisis de la noción acostumbrada de taylorismo -como principio de la división del trabajo en unidades especializadas-, pero cuyo espíritu fragmentario sería recogido por la nueva filosofía de dirección de empresas, propiciando el nacimiento de un nuevo “taylorismo en las relaciones laborales”, plasmado en la creciente desprotección jurídica de los trabajadores, en la diversificación contractual, la racionalización de los horarios o las deslocalizaciones parciales, lo que supone una reconversión profunda de la organización del trabajo (Beck, 1998, pp. 178-187).

Como se ha apuntado al principio, no todos los autores están de acuerdo en reconocer que se está produciendo un cambio general de modelo de trabajo, entendiendo que en realidad no se están abandonando las prácticas fordistas, sino que simplemente se estarían introduciendo nuevos enfoques, sin llegar en ningún caso a sustituir al anterior. Así, p. ej., según Wood (1989) lo que se estaría produciendo más bien es una modificación de las técnicas fordistas tradicionales -habla de *neofordismo*-; o Pollert (1998) afirma que en realidad la producción siempre ha dado cabida a una pluralidad de técnicas, en lugar de un modelo estándar único, y hoy seguirían predominando en muchos sectores las técnicas propias de la producción masiva (Giddens, 2001, p. 495).

Como se ha podido constatar, existen puntos de vista divergentes acerca del alcance y consecuencias que tiene la introducción de formas alternativas de organizar el trabajo en las empresas, centrándose, así pues, el debate en, por un lado, dilucidar hasta que punto las prácticas fordistas

dominantes durante el siglo XX estarían siendo sustituidas por las nuevas propuestas, y por otro, valorar cómo afectan estos cambios a la situación de los trabajadores. Así, desde ciertas posturas –como la neoliberal- se entiende que la situación de los trabajadores se vería reforzada gracias a las nuevas prácticas, ya que les ofrecería una mayor autonomía y más posibilidades de desarrollar sus capacidades creativamente, así como de participar de manera más activa en la definición de sus propias funciones y en el desarrollo del propio proceso de trabajo. Sin embargo, con la implantación de estos modelos más flexibles, las exigencias que se les plantean a los trabajadores son mayores, ya que las cualificaciones que tradicionalmente les servían para lograr un empleo determinado, dejan de ser una garantía, puesto que ahora se valora más la posesión de una serie de habilidades, como la capacidad para reciclarse, adquirir nuevos conocimientos, de adaptarse a necesidades cambiantes, de trabajar en grupos diferentes, etc. Como bien ha denunciado Beck, pese a la apariencia de una mayor participación del trabajador en el funcionamiento de las organizaciones, la realidad es que éstos, debido a las políticas de flexibilización, se encuentran más desprotegidos que nunca, no solamente en el interior de la empresa, sino también jurídicamente.

En el capítulo siguiente, se profundizará en la visión que Sennett ofrece sobre los cambios que se están produciendo en la organizaciones empresariales, sobre todo en la forma de organizar el trabajo, y en su influencia en la elaboración de las biografías laborales y personales, y en el establecimiento de los vínculos sociales e institucionales, esforzándose en mostrar los efectos corrosivos que existen por detrás de las aparentes mejoras respecto al fordismo que ofrece la flexibilización. Pero se ya podido constatar ya la existencia de una corriente de pensamiento y análisis que permite sacar a la luz las deficiencias del nuevo modelo institucional, que apremiado por la necesidad del rendimiento inmediato, abandonaría a los individuos a una situación de inseguridad e impotencia frente a un sistema de producción ajeno a las necesidades sociales reales. Así, si bien quienes defienden el nuevo modelo insisten en qué promueve valores como la participación o la iniciativa, acordes a un modelo de ser humano mas autónomo, aquí se trata de poner en cuestión esa suposición, para siguiendo principalmente las reflexiones de Sennett, constatar si no se estaría en realidad fomentando un individualismo desconectado e indiferente, en la

medida en que se diluyen los lazos sociales e institucionales que permiten vincular a las personas entre sí, así como integrarlas en el sistema productivo y en la vida pública.

7.3 El capitalismo flexible: innovación y desarraigo.

El desarrollo de este capítulo ha permitido constatar la importancia de las transformaciones que están produciéndose a distintos niveles, cuya influencia se deja notar tanto en la actividad institucional, en las relaciones sociales, y en la misma vida personal. De modo más específico, se ha podido comprobar cómo la actividad económica a nivel global ha experimentado cambios de gran alcance en los últimos tiempos, presentando un interés especial aquel conjunto de transformaciones que se están produciendo a nivel organizativo, particularmente en tanto afectan a la manera de organizar el trabajo. Sin embargo, otra de las conclusiones que puede extraerse de estas páginas es la diversidad de posturas existentes a la hora de valorar el alcance y repercusión de tales procesos.

Como se ha podido constatar, la introducción en el mundo empresarial del sistema burocrático piramidal permitió responder eficazmente a las exigencias que planteaba las dimensiones de la producción industrial, organizando las tareas y funciones desempeñadas por sus distintos miembros de manera coherente, y sobreponerse a la inestabilidad que había acompañado los primeros desarrollos del capitalismo. El análisis de Weber permitió comprender la importancia que tuvo la implantación del sistema burocrático en el funcionamiento de las organizaciones y en la vida de sus miembros. Así, las organizaciones pudieron rutinizar la realización de las tareas, definir con precisión las distintas funciones, responsabilidades y niveles de autoridad conforme a una estructura de tipo jerárquico, así como las exigencias requeridas para aspirar a detentar determinada posición en la pirámide. De esta manera, a los miembros de la organización se les ofrecía la posibilidad de desarrollar una carrera en su seno. Pero se esforzó en mostrar Weber, la introducción de este modelo no se limitó a la actividad empresarial, sino que la burocracia se implantó en la estructura estatal, y llegó a condicionar el carácter de la vida en las sociedades modernas.

Ya en el siglo XX la introducción de principios científicos de gestión del tiempo y los recursos permitió satisfacer las demandas de los amplios mercados de masas, actualizando y desarrollando los principios que guiaban

el funcionamiento del modelo burocrático, llevando en algunos casos al extremo el control y previsión de las distintas fases de la producción. La rigidez de su estructura y la estrecha visión humana de los gestores impedía atender a las necesidades o aprovechar las capacidades de los trabajadores, por lo que acababa por devenir un marco refractario para el desarrollo personal y social. Las limitaciones tanto del modelo burocrático como de las aplicaciones del taylorismo y el fordismo han motivado que se cuestione la vigencia y porvenir de sus principios organizativos, ya que serían incapaces que dar respuesta a las exigencias que plantean los nuevos mercados y los nuevos contextos económicos y financieros globales.

Es precisamente la tendencia hacia la globalización la que está marcando el camino a la actividad económica en los últimos tiempos, aunque su influencia va más allá de lo meramente económico, propiciando una interdependencia cada vez mayor entre las distintas regiones del planeta. La dirección que está siguiendo el proceso globalizador, si embargo, resulta preocupante para una perspectiva ética, ya que está facilitando la prevalencia de la economía financiera -de sesgo habitualmente especulativo- sobre la productiva.

La introducción progresiva de nuevos principios organizativos parece estar marcando el camino de cara al futuro. En lugar de la centralización jerárquica, cada vez se extiende más la estructuración en forma de red, en la que los distintos nodos actúan de forma interconectada, de manera flexible y adaptable, respondiendo de manera más eficaz a los cambios que se producen en el entorno. Las empresas tratan de flexibilizar su producción, como respuesta a unos mercados diversificados y cambiantes, introduciendo nuevas prácticas y técnicas más innovadoras. El papel y la posición de los trabajadores en este nuevo escenario, deviene objeto de problematización, ya que la flexibilización general, antes que concederles mayor iniciativa y ofrecer un mayor reconocimiento personal, se traduce en precarización e inseguridad, así como en el establecimiento de nuevas exigencias profesionales. El alcance de estas transformaciones lleva a hablar de la emergencia de un modelo de organización *post-fordista*, cuyas implicaciones serán examinadas en los siguientes capítulos, dónde, profundizando en la interpretación ofrecida por Sennett, se incidirá en los efectos que está teniendo en la vida personal y en las relaciones sociales, y se reflexionará desde una perspectiva ética sobre los principios y valores que subyacen al

nuevo modelo.

Pero ya se puede constatar qué la inclusión, la fiabilidad o la durabilidad están dejando de ser valores axiales en la organización del trabajo, marcada ahora por la urgencia del beneficio de unos actores que eluden su responsabilidad, minando peligrosamente la confianza y, por tanto, amenazando la sostenibilidad de cualquier proyecto a largo plazo. Un ser humano abocado a una situación de permanente provisionalidad, en la que sus relaciones sociales e institucionales o sus habilidades profesionales son periódicamente recicladas, contando con escasos apoyos legales y sociales, difícilmente va a poder realizarse como una persona autónoma y socialmente vinculada. El despliegue de sus capacidades requiere de un marco adecuado, que ofrezca las garantías necesarias al tiempo que oportunidades para la participación activa de los individuos, y en el que se manifieste una voluntad decidida de permanencia incorporando como horizonte ineludible la responsabilidad social que incumbe a cualquier actividad institucional.

Capítulo 8: Los efectos del Nuevo Capitalismo en la vida personal según Sennett.

En el capítulo anterior se han analizado los cambios que están produciéndose, fundamentalmente, en la estructura productiva y económica a nivel global, de manera que diversos autores sostienen que nos habríamos adentrado en una nueva fase del capitalismo. En este capítulo se va a presentar la interpretación particular que ofrece Sennett sobre estos cambios, atendiendo de manera especial a cómo afectan a la vida de las personas y a las relaciones sociales, incidiendo en la posibilidad de sostener un relato identitario integrado y en el desarrollo del carácter. Este autor, así pues, concede una gran importancia a estos cambios, hablando de *Nuevo Capitalismo* para designar las características definitorias del período actual, fijándose especialmente en las transformaciones producidas a nivel institucional. La *flexibilización* actúa como principio rector de la reestructuración que llevan a cabo las corporaciones que pretenden adaptarse a las exigencias de los nuevos tiempos, lo que implica superar las formas de producción y trabajo vigentes en el pasado.

Sin embargo, esos cambios afectan también al lugar que ocupan los trabajadores en el entramado institucional, de manera que su posición se está volviendo más incierta e insegura. La posibilidad de elaborar relatos vitales fundamentados en la experiencia laboral se vuelve cada vez más complicada, debido a que el sistema está dejando de ofrecer las certezas y garantías que permitían, de alguna manera, planificar el futuro y ordenar la experiencia.

En el primer apartado, se desarrollará la caracterización que plantea Sennett del capitalismo actual y el nuevo modelo institucional; seguidamente se incidirá en la importancia de los cambios en la organización del trabajo, destacando el trabajo en equipo y las modificaciones producidas en cuanto a la apreciación del talento personal; en el tercer apartado se tratará la cuestión de la autoridad en la empresa capitalista, la cual se estaría viendo alterada; y finalmente se profundizará en cómo el acortamiento del horizonte temporal está incidiendo en la elaboración de las narrativas personales y el sostenimiento de las relaciones sociales.

8. 1 Características del Nuevo Capitalismo según Sennett. La organización flexible.

Desde los años 90 los trabajos de Sennett responden, en buena medida, a la intención de dar cuenta de las transformaciones que se están produciendo en la estructura de las organizaciones, que afecta a la forma de producción, y que presenta destacadas consecuencias para la vida social y personal, además de estar adquiriendo una influencia cada vez mayor sobre las decisiones políticas.

Pocos años antes, sin embargo, según indica Sennett, se creía haber llegado a una fase final del capitalismo que coincidía con la consolidación del poder burocrático, el cual permitía dejar atrás definitivamente los vaivenes de sus fases iniciales. Sin embargo, en tiempos más recientes se habría abierto un nuevo capítulo en la historia del desarrollo capitalista, caracterizado por la globalización económica, el auge de las nuevas tecnologías, la flexibilización e indeterminación de las estructuras institucionales y la pérdida de las garantías que ofrecía el estado del bienestar (Sennett, 1997b, p. 161). Observa que se está viviendo el auge de una *nueva economía*, impulsada por el “trabajo en los sectores de la alta tecnología, las finanzas y los servicios, sostenidos por inversores internacionales y organizados en instituciones más flexibles, sensibles y centradas en el corto plazo que las rígidas jaulas burocráticas del pasado” (2009, p. 49). Se estaría produciendo, así pues, la emergencia de una nueva forma de organizar la actividad productiva, acorde a los cambios económicos y tecnológicos.

El sistema burocrático -como se vio en el capítulo anterior-, había ya sido cuestionado cuando se encontraba aún en su apogeo, incidiendo en su rigidez, excesivo formalismo, baja adaptabilidad, deficiencias en la comunicación, deshumanización, o en sus déficits en libertad y participación democrática. Sennett recuerda que en los años 60 la *Nueva Izquierda* confiaba en que el desgaste de las viejas burocracias abriría la puerta al desarrollo de unas relaciones más humanas, fraternales y participativas. En cierta forma, se cumplieron sus presagios en cuanto a la decadencia de los sistemas burocráticos -tanto en el terreno empresarial como en la administración del Estado del Bienestar-. Sin embargo, el cambio no habría resultado tan radical ni sus consecuencias tan liberadoras como pretendían. De esta forma, apunta Sennett, las estructuras de poder y dominación no se

habrían diluido sino que se habrían reorganizado, adoptando nuevos rostros, de manera que la mayor libertad, iniciativa y participación que las instituciones transformadas prometían a los individuos se está revelando ilusorias (2006a, pp. 9-10 y 154-155).

El aspecto definitorio de la nueva economía es, según Sennett, la *flexibilidad*, tratándose de una tendencia muy amplia pues se refiere no exclusivamente a las facilidades para transferir capital y trabajo a través de las fronteras, sino de modo particular a la nueva estructuración institucional del trabajo, desafiando la noción weberiana de una división fija de las tareas y funciones (2002b, p. 45). La importancia que este autor concede a la flexibilidad en tanto que elemento definitorio del Nuevo Capitalismo le permite designarlo, en ocasiones, como *capitalismo flexible* (2000, p.9). Los defensores de este modelo en red o flexible resaltan las supuestas virtudes que le serían propias, y que vendrían a corregir los defectos de la vieja burocracia.

8.1.1 Los cambios en la economía global. La urgencia del beneficio

Sennett reconoce que la transformación del capitalismo se trata de un fenómeno muy amplio y de gran alcance, pues intervienen diversos aspectos de la actividad económica y política a nivel mundial. Así, aun admitiendo la importancia de los fenómenos ligados habitualmente a la noción de *globalización*, su interés se centra en las transformaciones producidas en el nivel organizativo. En ese sentido, afirma que resulta equivocado entender el Nuevo Capitalismo exclusivamente en términos de globalización, ya que estaría teniendo lugar una auténtica revolución en la organización institucional, que va más allá de los movimientos de capital o de mano de obra (2002b, p. 45).

Entre la amplia gama de transformaciones que se han producido en la actividad económica global durante las últimas décadas, Sennett destaca en *La cultura del nuevo capitalismo* una serie de aspectos, debido a la influencia que tendrán en la reordenación de la estructura de las corporaciones y, como resultado, a la experiencia de las personas vinculadas. Así, resalta cómo se está produciendo en las grandes compañías una transferencia de poder desde la dirección a los accionistas, al tiempo que se tiende hacia una mayor internacionalización de la banca y de la actividad financiera en general. La liberación de enormes cantidades de capital en la década de los 70, fruto de

la desregulación financiera, se encauzó a través de fondos de inversión que pasaron a controlar, gracias a la compra masiva de acciones, corporaciones de grandes dimensiones⁹⁸. El aspecto más notable de este movimiento, según señala este autor, radica en que se trata de un poder ajeno a la cultura establecida en la empresa, y que aspira obtener beneficios a corto plazo⁹⁹.

La suma del capital liberado y la exigencia de retorno de beneficios a corto plazo, afirma Sennett, impulsaron la transformación de la estructura institucional de las empresas que pugnaban por atraer el capital inversor. Para ello, debían mostrar una apariencia de dinamicidad, de adaptabilidad e innovación. En este contexto, la solidez o la estabilidad institucional -que remiten a una temporalidad amplia- se convirtieron en factores que propiciaban una apreciación negativa de la empresa, ya que se enfrentaban a unos accionistas que, en cambio, valoraban la capacidad de la organización para reinventarse (2006a, pp. 37-41).

8.1.2 La nueva arquitectura institucional: la organización flexible

En las últimas décadas puede apreciarse la emergencia de un tipo de organización que se define, frente a la precedente, por su *flexibilidad*, y que según sus defensores vendría a corregir los defectos básicos que se atribuyen al modelo burocrático tradicional. Sennett se cuida de advertir que el nuevo modelo se encuentra aún lejos de estar generalizado, pudiendo localizarse principalmente en sectores punteros de la economía, como la industria tecnológica o los servicios financieros. Pero lo importante es que estas empresas están actuando como una vanguardia cultural, marcando el camino a seguir al resto de organizaciones, no solo de las empresas privadas, sino que también estaría guiando los cambios que están produciéndose en las instituciones civiles y en la estructura de los estados, por lo que entiende que su estudio es necesario para una comprensión adecuada de las tendencias dominantes en la actualidad (1999, pp. 3-4; 2006a, p. 16; y 2006d, p. 166)¹⁰⁰.

El imperativo de la flexibilidad se defiende como una necesidad impuesta por las exigencias del mercado global, de manera que las organizaciones se verían impelidas a responder de manera activa, rápida y

⁹⁸ Así está ocurriendo, por ejemplo, en el caso de los fondos de pensiones.

⁹⁹ En ese sentido, recurre al término *capital impaciente* empleado por Harrison (2006a, p. 39).

¹⁰⁰ Sennett ha realizado estudios etnográficos, basados fundamentalmente en entrevista a los empleados y directivos, en empresas como IBM, Goldman Sachs o Lehman Brothers (2006d, p.163).

eficaz a las demandas variadas y cambiantes de los clientes. Los mángers de las modernas corporaciones sostienen que la burocratización propia del modelo weberiano impide la agilidad que requiere el mundo actual, pues las empresas estructuradas según aquellos principios sólo pueden cambiar de manera muy lenta. En cambio, hoy las empresas han de ser capaces de reinventarse, siendo periódicamente rediseñadas *-reengineering-*, modificando así su estructura para adaptarse a unas circunstancias variables e impredecibles, a través de procesos de reorganización interna, sirviéndose de las nuevas tecnologías de la información y la producción (Sennett, 1999, p. 3; 2000, p. 50). En líneas generales, se trataría de eliminar capas intermedias *-delaying-* proporcionando a un número más reducido de altos directivos un mayor control sobre la organización, de propiciar un funcionamiento más abierto mediante la distribución de las tareas entre los distintos nodos autónomos conectados entre sí en forma de una red. De esta manera, se espera alcanzar mayor eficiencia *-hacer más con menos-* y adaptabilidad (Sennett, 2000, pp. 49-51).

Enlazando con este análisis, en *El respeto* Sennett plantea la idea de que la reorganización institucional trata de cumplir con dos principios generales, vinculados entre sí: el *aplanamiento* *-referido a la estructura del poder-* y el *acortamiento* *-referido al horizonte temporal-*. Es decir, se eliminan capas burocráticas al tiempo que se contiene la expansión de la base, por un lado, y por otro las tareas que se propone realizar dentro de la empresa se circunscriben a un período temporal limitado, acorde con los objetivos a corto plazo y con las demandas cambiantes del mercado (2003a, pp. 186-190). La flexibilización de la producción va ligada, por tanto, al predominio de una perspectiva cortoplacista, justificada en este caso por la inestabilidad de la demanda. Y su implementación en la empresa modifica la distribución interna del poder.

Analizando con más detalle estos procesos puede observarse, en primer lugar, una transformación de la forma en que se organiza la producción, primándose una secuenciación no lineal de la misma, para poder pasar con facilidad de la realización de una tarea a la ejecución de otra, sin estar determinado por un guión fijo. De esta manera, puede priorizarse el desarrollo de una función específica o una tarea concreta, subordinando el resto de funciones al cumplimiento del objetivo señalado en ese momento. Consecuentemente, es posible modificar voluntariamente el orden y la

secuencia de la producción (Sennett, 2006a, pp. 45-46). El objetivo general es producir bienes más variados cada vez más rápido, alcanzando de este modo una *especialización flexible* en el funcionamiento interno de la empresa (Sennett, 2000, p. 52). Así, se forman grupos de trabajo para la realización de objetivos específicos, compitiendo entre sí en la obtención de los mejores resultados. Paralelamente, se apuesta por la externalización de determinadas funciones, que pasan a realizarse por actores ajenos al núcleo tradicional de la empresa -consultorías, subcontratas, plantas de producción u oficinas que se ubican en otros países-. De esta manera, se estaría generando una fragmentación de las distintas operaciones que realiza la empresa, que contrasta con el funcionamiento unificado que propiciaba el modelo piramidal (2006a, p. 56).

Los cambios en el modo de producción van acompañados de importantes modificaciones en la distribución del poder en las organizaciones, a los que Sennett presta una especial atención, tratando de poner al descubierto su verdadero rostro. Según expone este autor, la tradicional estructuración del poder en niveles superpuestos estaría siendo desmantelada para allanar el camino a una nueva manera de distribuir el poder, la actuación y la toma de decisiones, con la pretensión de liberarse de la rigidez burocrática. La imagen de la *red* sustituye a la de la *pirámide* para ilustrar esa forma de organización, que gracias a la eliminación de eslabones en la cadena de mando pretende llegar a ser más ligera, plana, dinámica y flexible (Sennett, 2003a, pp. 189-190). Se trata de una red formada por distintos nodos que operan autónomamente, conectándose entre sí sin que exista aparentemente un centro definido. La externalización o la subcontratación permiten aligerar la base de la estructura -propósito facilitado por la automatización de la producción-, de manera que el funcionamiento global de la organización pueda ser más dinámico (Sennett, 2000, pp. 58-61).

La eliminación de capas en la jerarquía y la flexibilización de las relaciones laborales y de producción, observa Sennett, no se traduciría sin embargo en una mayor distribución del poder. La falta de centralización sería sólo aparente, pues en realidad se trataría de una burocracia plana y corta, equivalente a una unidad central de procesamiento. Los avances en las tecnologías de la información estarían, de hecho, propiciando nuevas formas de control. La dirección de la empresa puede disponer con rapidez de la

información sobre lo que sucede en los distintos niveles o unidades de la organización, lo que facilita la toma de decisiones desde la cima (2006a, pp. 41-42). Las órdenes pueden enviarse directamente a las distintas unidades, sin tener que ser filtradas a través de las capas intermedias (Sennett, 2001b, p. 262)¹⁰¹. De esta manera, se evitarían las ambigüedades y variaciones que surgían en el pasado según la información pasaba por distintos niveles hasta llegar a su destino último (2001c, p. 330).

El desarrollo de las nuevas tecnologías de producción y de comunicación influye poderosamente, por tanto, en la reorganización del trabajo. Haciendo uso de esos avances, las empresas pueden responder de manera rápida e integral a los cambios en las condiciones de mercado (Sennett, 1999, p. 3); efectuando cambios continuos en los planes de producción o comerciales, manejando con rapidez la información y reconfigurando los elementos requeridos. La organización en grupos de trabajo facilita la rapidez en la toma de decisiones (2000, pp. 52-53).

Los defensores del nuevo modelo afirman que otorga a los distintos miembros de una organización mayor autonomía, capacidad de decisión y actuación, propiciando así una descentralización del poder. Sennett muestra lo engañoso de esta idea, pues en realidad el recurso a las nuevas tecnologías de la información permite a los directivos disponer de un conocimiento inmediato de todo lo que ocurre en la empresa. Y aunque el trabajo se disperse entre los diversos equipos, desde la dirección se les empuja a conseguir los objetivos marcados. La eliminación de capas jerárquicas no se habría traducido, de esta manera, en una mayor igualdad o participación, sino antes bien estaría propiciando nuevas formas de poder y control, dando lugar a una dominación sin forma definida, pero más opaca, desigual e intensa, al establecer una fractura entre la dirección y el resto (2000, p. 49 y pp. 56-58,¹⁰²). Se abre, como resultado, una brecha entre el centro -desde el que se controla y se toman las principales decisiones-, y la periferia, en la que los subordinados carecen de las herramientas necesarias para integrarse activamente en la ordenación institucional.

En conclusión, el alcance de las transformaciones que se están produciendo le permiten hablar a Sennett de *Nuevo Capitalismo* para

¹⁰¹Esta forma de tratar con la información le sugiere a Sennett la imagen de un disco o Cd (2003a, p. 189) o de una rueda (2001c, p. 330), para ilustrar el nuevo modelo organizativo.

¹⁰² En ese sentido Sennett habla de que se produce, según la noción de Harrison, una *concentración sin centralización* (Sennett, 2000, p. 57). Cfr. Harrison (1984).

referirse al periodo actual. La desregulación, la facilidad para el movimiento de capitales, la globalización económica o la primacía del corto plazo serían características definitorias de esta fase del capitalismo, y que a nivel organizacional se manifiesta a través del imperativo de la flexibilidad, cuya ejecución estaría provocando el desmantelamiento del antiguo sistema de producción fordista y de la organización piramidal. De esta manera, se impone una reducción de los niveles jerárquicos para facilitar un comportamiento más dinámico de la organización, desarrollando una mayor capacidad de adaptación a las circunstancias rápidamente cambiantes del mercado. Pero como consecuencia el poder se concentra: desde el centro se establecen las tareas que han de realizar los distintos grupos de trabajo y se juzgan los resultados, y se toman las decisiones respecto a la expansión o estrechamiento de la base de la empresa (Sennett, 2006a, pp. 45-49). Las consecuencias de la flexibilización del trabajo alcanzan al status y la función que desempeñen los trabajadores, según se analiza a continuación.

8.2 El trabajo flexible

La organización en red de las corporaciones a partir de unidades aparentemente autónomas implica una transformación radical de la experiencia del trabajo en el interior de las empresas. Sin embargo, la tendencia general hacia la globalización y la flexibilización de la producción afecta de manera mucho más amplia a la participación de los individuos en el mercado laboral. Sennett trata de dar cuenta, críticamente, de las consecuencias de la aplicación de las nuevas formas de trabajo, algunas de las cuales fueron ya abordadas en el capítulo anterior. Las expectativas ligadas a los trabajadores también están siendo modificadas, revelándose una tendencia a premiar un tipo de talento potencial en perjuicio de la habilidad desarrollada con la experiencia. Por otro lado, los trabajadores perciben que se modifican sus relaciones con sus compañeros y con la dirección, de manera que sus vínculos con la empresa se debilitan, por lo que los valores ligados tradicionalmente al trabajo entran también en crisis. Como resultado, el papel que juega el trabajo en la elaboración de la identidad individual se ve profundamente alterado.

8.2.1 Nuevas formas de trabajo. El trabajo en equipo

Siguiendo, pues, el análisis del propio Sennett, cabe recordar, en

primer lugar, que la oferta de trabajo rebasa ya ampliamente las fronteras nacionales, adquiriendo un alcance global. No se limita a los procesos migratorios, en los que una mano de obra descualificada se traslada al primer mundo en busca de oportunidades de empleo, sino que destaca igualmente la externalización de determinadas funciones por parte de las empresas, realizadas de forma más barata en el extranjero por mano de obra habitualmente cualificada¹⁰³. Por otro lado, la introducción de las nuevas tecnologías permite mejorar la productividad disminuyendo la mano de obra, incluso en tareas administrativas. La flexibilización de la producción permite cambiar en poco tiempo las tareas a realizar para adaptarse a unas necesidades cambiantes, por lo que no se requiere una mano de obra estable y formada específicamente en el desempeño de una función, sino que se puede primar la contratación temporal, que resulta más barata y fácilmente adaptable (Sennett, 2006a, pp.46-49).

Los nuevos principios organizativos implican una modificación de los criterios de elección y valoración de los empleados. El imperativo del cambio permanente conlleva una redefinición del valor de la experiencia acumulada. Según Sennett, la nueva economía alienta un proceso de *extinción de las habilidades*, ya que lo aprendido en el pasado deja de ser útil al poco tiempo. Los trabajadores se encuentran sometidos periódicamente a la necesidad de reciclarse, adaptándose a las necesidades cambiantes. La respuesta de los empresarios tiende a ser contratar a trabajadores más jóvenes, ya que resultan más baratos, tienen una formación actualizada, y suelen ser menos críticos con el funcionamiento de la empresa. Además, se extiende el prejuicio de que los trabajadores con la edad tienden a perder energía y a estancarse. La habilidad se define ahora más bien como la capacidad para hacer algo nuevo que para sacar partido de la experiencia acumulada. Por todo ello, la edad pasa a convertirse en un factor que juega en contra de los trabajadores, al contrario de lo que sucedía en un sistema burocrático tradicional (Sennett, 2006a, pp. 78-88).

Por otro lado, la organización del tiempo de trabajo en las empresas de vanguardia propiciaria, aparentemente de nuevo, el poder liberarse de las rigideces horarias que imponía el sistema tradicional. De esta manera, se introducen los *horarios flexibles*, permitiendo a los empleados distribuir su

¹⁰³ Es ilustrativo a este respecto el caso de las centralitas telefónicas ubicadas en la India (Sennett, 2006a, pp. 78-80).

tiempo de trabajo según sus necesidades, desarrollando tareas desde su propio hogar o trabajando a tiempo parcial. Sin embargo, observa Sennett, sólo unos pocos privilegiados pueden realmente disfrutar de estas ventajas, a cambio de someterse a un mayor control; la mayoría de trabajadores sigue sometida a turnos rígidos de trabajo (2000, pp. 58-61).

En definitiva, la imposición de formas de trabajo más flexibles, como respuesta a las exigencias de una economía dinámica y globalizada, se traducen en una mayor precarización del trabajo, que puede observarse en la externalización, la deslocalización, o la temporalidad en el empleo. Además, la reestructuración de las empresas suele implicar un aligeramiento de la base de la pirámide, engrosando las listas de desempleados. Pero sobre todo, como se irá profundizando en estas páginas, supone una mayor inseguridad para los trabajadores. El riesgo se impone, de esta manera, como uno de los elementos definitorios de los nuevos tiempos.

Uno de los aspectos más relevantes del nuevo modelo organizativo, según Sennett, es la tendencia a fomentar el trabajo en equipo, sobre todo, como se verá más adelante, porque implica redefinir las relaciones laborales y personales dentro de la empresa. Como observa esta autor, la técnica del trabajo en equipo procede de Japón, pero su importación especialmente al mundo anglosajón conlleva modificaciones importantes. Así, se concibe de acuerdo al principio del acortamiento temporal, al tiempo que responde a la pretensión de eliminar capas burocráticas, propiciando un funcionamiento más flexible (2001b, pp. 256-257).

Las fluctuaciones del mercado actúan, según se ha señalado, como motivos para la flexibilización de la producción. Se entiende que debido a la perentoriedad de la innovación tecnológica, y situados ante una demanda que fluctúa permanentemente y un consumo muy diversificado, es preciso dar respuestas concretas e inmediatas. Por ello, se forman equipos para realizar una tarea en el corto plazo, de manera que una vez que haya cumplido su misión, el grupo se deshace (Sennett, 2000, p. 111; y 2003a, p. 188). Desde la dirección, así pues, se establecen unos objetivos generales de producción o de beneficios, y se transmitan las instrucciones básicas para la reorganización de las actividades implicadas, aunque no se concreta *cómo* deben llevarse a cabo. A partir de ahí, se espera que los distintos equipos actúen de forma autónoma, eligiendo los mejores caminos para el cumplimiento de los objetivos marcados (2001b, p.262).

El funcionamiento de los equipos suele explicarse, observa Sennett, recurriendo de manera confusa a metáforas tomadas del mundo del deporte. Así, el trabajo de cada grupo es coordinado por un líder o *entrenador*, quien trataría de actuar como un gestor del proceso, un mediador, o un facilitador del trabajo conjunto, animando a los jugadores sin participar directamente en el juego (2000, p.114; y 2001b, p. 264). Es decir, el *jefe-entrenador* no se implica en el funcionamiento del grupo, se limita a transmitir las instrucciones generales, y facilitar la comunicación entre los miembros, sin responsabilizarse de los resultados que alcance el equipo. Por ello, afirma Sennett, al no existir figuras reconocibles que la detenten la autoridad se desvanece, abriéndose una brecha entre el núcleo del que surgen unas instrucciones vagas y unas unidades aisladas encargadas de cumplir con los objetivos y sobre las que recaerá toda la responsabilidad sobre los resultados (2000, p. 115; y 2001b p. 262).

El trabajo en equipo requiere una implicación de los empleados bien distinta de la que se esperaba en una corporación típicamente burocrática, valorándose unas cualidades personales diferentes, más acordes a las exigencias de la economía flexible. Así, se aprecia el manejo de las nuevas tecnologías, y se concede gran importancia a la posesión de las capacidades básicas -verbales y matemáticas-. Pero lo más significativo se refiere a las capacidades sociales idóneas para un trabajo en equipo orientado a la realización de tareas en el corto plazo. Así, se trata de ser capaz de entenderse y colaborar con personas con las que se mantendrá una relación breve y superficial, ya que después se trasladarán a otros equipos, por lo que ha de ser capaz de mantener cierta distancia. Por ello, Sennett las identifica como unas capacidades *portátiles* (2000, pp. 115-116).

8.2.2 El talento potencial. Una reconstrucción permanente de la experiencia.

Los cambios en la organización del trabajo, que se perciben más nítidamente en los sectores punteros, presentan una vertiente que afecta de modo peculiar a los trabajadores de esta nueva economía, en tanto se refiere a qué es lo que estas empresas valoran o buscan en los empleados. La tesis que plantea Sennett en relación a esta cuestión es que las exigencias que plantean los accionistas, directivos o managers de las empresas de vanguardia están propiciando una redefinición de la noción de talento, que

prioriza una forma determinada de entender el *talento potencial*, lo que conlleva modificar la forma de valorar del mérito personal.

Observa Sennett que hasta tiempos recientes, aprender a hacer algo bien a través de la práctica continuada, adquiriendo la maestría en el desarrollo de una habilidad técnica específica, servía como fundamento tanto para obtener respeto como para disponer de unas expectativas de promoción bien definidas (2003a, p. 48; y 2006d, p. 164). En este contexto cultural, pudo ir afianzándose la idea, explicitada por Bell o Touraine, de que gracias a las avances tecnológicos se estaba formando una sociedad basada en el conocimiento, articulándose en torno a la posesión de unas habilidades entendidas como saberes y prácticas concretas, que daba lugar al establecimiento de un sistema meritocrático en el que la demostración continuada de la maestría en un oficio o disciplina -que requería la acumulación de experiencia- permitía aspirar a ascender en la escala laboral, y a ocupar una posición segura en el sistema social. Las desigualdades sociales se establecían, de esta forma, sobre una base clara: la que aportaban unas habilidades técnicas bien definidas (Sennett, 2003a, pp. 88-89; y 2006d, p. 166).

En sus estudios etnográficos sobre la nueva economía -desarrollados en firmas como Goldman Sachs, Lehman Bros., o IBM-, Sennett ha percibido que los managers de las empresas de vanguardia prefieren un tipo de habilidad que no encaja en el marco descrito por Bell y Touraine, y que supone una ruptura con los mecanismos de promoción y retribución establecidos en el pasado (2006d, p. 163). Así, observa que buscan gente dispuesta a aprender a realizar cosas nuevas y distintas, a adentrarse en materias alejadas del propio horizonte personal o cultural, a adaptarse a situaciones con las que no están familiarizados; mientras que, por el contrario, permanecer un tiempo prolongado desarrollando la misma tarea o seguir en un mismo puesto de trabajo es percibido negativamente. Así pues, parece que no se trata de demostrar la excelencia en una tarea, sino de poner en juego un tipo de disposición flexible a tratar con las circunstancias cambiantes.

En un contexto económico e institucional sometido al cambio permanente, la experiencia acumulada en el desarrollo de una habilidad técnica específica está dejando de contar como un factor positivo para el reconocimiento del mérito, ya que más bien parece obstaculizar la activación

de la adaptabilidad requerida. Así, la permanencia y el compromiso afianzado con el tiempo en el desempeño de una función determinada al servicio de una organización, mediante la aplicación de los conocimientos adquiridos, parecen convertirse en signos de rigidez personal, que demostrarían una incapacidad para responder con agilidad a los cambios. Dado que el trabajo en estas empresas se planifica y reorganiza de acuerdo a las necesidades cambiantes, las cualidades que se consideran adecuadas para moverse en este contexto se expresarían más bien en la capacidad para responder y adaptarse a situaciones diversas e imprevisibles, en la disposición para trabajar conjuntamente con personas distintas, para realizar tareas variadas o incluso para cambiar de empleo o de función.

Como consecuencia de estos cambios, según plantea Sennett, el mérito personal se vuelve algo más complicado de definir e identificar, al pasar a concebirse como *talento potencial*. Si bien, según señala este autor, la idea de desarrollar y aprovechar la capacidad potencial de los individuos no es nueva, la interpretación de la misma que se desarrolla en la nueva economía puede resultar especialmente desconcertante para los individuos. Como expone este autor, a partir del siglo XVIII las burocracias estatales aplicaron la idea de las *carreras abiertas al talento* para elegir a sus funcionarios, mediante la realización de pruebas objetivas para seleccionar a los individuos mejor dotados, superando las arbitrariedades del pasado. La introducción durante el siglo XX de los Test de Inteligencia intentó a su vez justificarse por la supuesta suspensión de los prejuicios sociales y culturales que impiden el desarrollo de los individuos mejor dotados naturalmente cuando pertenecen a grupos desfavorecidos, pese a la ambigüedad de los resultados a que daba lugar.

En el contexto actual, sin embargo, la idea de la potencialidad individual se estaría volviendo aún más opaca. Así, Sennett llama la atención sobre el hecho de que el objeto principal del juicio valorativo del mérito o el talento ya no versa sobre lo realizado -en tanto aplicación de un conocimiento técnico adquirido-, sino que trata de explorar lo que una persona puede llegar a ser. Lo que se trata, en este sentido, es de evaluar la personalidad general de un individuo, para desvelar cuáles son sus aptitudes, interesando si apuntan hacia un modo de ser flexible, abierto y adaptable.

La potenciación de este tipo de cualidades personales sin embargo, observa Sennett, implica una relación compleja con el desarrollo del carácter.

Por un lado, sostiene que resulta más dañino para un individuo padecer un juicio general y vago sobre sus cualidades personales y sus potencialidades, que recibir una amonestación por un fallo cometido en la realización de una tarea específica. Así, afirmar de alguien que tiene escasa potencialidad no le ayuda a identificar en que consiste su fallo ni le impulsa a desarrollarse y mejorar (2003a, p. 88). Por otro lado, cuando se fomenta el cambio, el desapego, o la apertura permanente, no se ayuda a generar una sensación de continuidad en la experiencia. En ese sentido, Sennett habría constatado que los trabajadores jóvenes de estas empresas sienten que no pueden sacar provecho de la educación recibida, se muestran reacios a establecer compromisos, o manifiestan dificultad para formarse una sensación de permanencia, al mostrarse incapaces de pensar sobre sus vidas en el medio plazo (2006d, p. 165). En un ambiente laboral sometido al flujo constante, no es fácil disponer de las herramientas necesarias para poder ensamblar las experiencias, generando un flujo narrativo que permita conectar el presente con el pasado y el futuro, por lo que el individuo se ve forzado a intentar sobrevivir en la inmediatez, sin poder llegar a adquirir una conciencia medianamente clara no solo de su propia situación, de sus posibilidades y aspiraciones, sino tampoco del funcionamiento profundo del mundo institucional por el que transita diariamente.

8.2.3 La nueva ética del trabajo: superficialidad, desapego e inconsistencia.

La degradación de la capacidad humana para establecer relaciones humanas ejemplifica, a mi entender, esa corrosión que el carácter está sufriendo en los últimos tiempos según el diagnóstico propuesto por Sennett. En este sentido, se fija en los cambios producidos en relación a la *ética del trabajo*. Para entenderlos, es preciso recordar primero que en el pasado se alcanzó la consolidación de un conjunto de valores gracias al soporte que aportaba la existencia de una estructura institucional estable, que permitía orientar la conducta y las aspiraciones personales hacia el futuro.

Sennett recurre al clásico análisis realizado por Weber, que ofrecía un retrato de la formación, a partir de la influencia de la teología protestante, de un tipo de carácter que se convirtió en el sustento del naciente capitalismo. Si bien advierte que Weber dejó en segundo plano la versión luterana, que ofrecía una teología que convertía al individuo en responsable

de su tiempo vivido, de su propia narración, para en su lugar resaltar la influencia del calvinismo, donde el peso de la predestinación sumía la vida personal en una permanente inseguridad, ya que su destino es algo que sobrepasa al control del propio individuo (Sennett, 2000, pp. 109-110).

La tradicional preocupación moral en torno al trabajo habría cristalizado, así pues, en un tipo de carácter que se adecuaba a los requerimientos del capitalismo, ya que situaba el sentido y la finalidad de la acción presente dentro de una amplia perspectiva temporal. Por ello, dice Sennett, con el tiempo se consolidó una ética que estimaba la postergación de la satisfacción y que alentaba, un uso autodisciplinado del tiempo (2000, p. 103). Pero, más allá de calibrar la influencia real del calvinismo en los desarrollos posteriores de la sociedad occidental, en las conductas económicas y los valores dominantes, lo que se pretende aquí es internarse en la visión que ofrece Sennett sobre la relación entre el carácter y ética del trabajo que se habría desarrollado bajo el amparo de un modelo organizativo de tipo burocrático, y que en los últimos años habría entrado en crisis.

Así, puede destacarse cómo en *Families Against the City* se aproximaba a la vida de las familias urbanas de clase trabajadora y media del último tercio del XIX, apreciando que estaba guiada por el ahorro y la contención con vistas a obtener una posición respetable, aunque ello redundaba en una disminución de la vida social (Sennett, 1970a, p. 50)¹⁰⁴. En *Hidden Injuries of Class* retrataba la vida de un conjunto de trabajadores norteamericanos que pugnaban por mantener su dignidad en una sociedad de clases. En el cumplimiento de ese propósito era fundamental su aferramiento a una moral del sacrificio, que les llevaba a renunciar a disfrutar del presente aplazando la gratificación en el futuro. De esta manera, optaban por pasar más horas en el trabajo, porque ello permitiría a sus hijos recibir una buena educación para poder mejorar la posición social. Se trataba, no obstante, de un camino paradójico, ya que esa forma de demostrar su valía a través del trabajo, se lograba a costa de generar unas relaciones complejas con su familia, especialmente cuando sus hijos crecían y se independizaban (Sennett y Cobb, 1977, cap 2).

Los cambios producidos en la estructura institucional del capitalismo

¹⁰⁴ La función que asigna Sennett a la respetabilidad basada en el trabajo en relación a la elaboración de un relato vital puede reforzarse con el análisis historiográfico de Hobsbawm, presentado en el Capítulo 7, apartado 7.1.1

durante los últimos años incitaron a Sennett a repensar el papel desempeñado por esa ética del trabajo en el desarrollo del carácter y la planificación de la vida personal (2000, pp. 9 ss.). Así, reconoce que esa ética basada en el trabajo duro y la espera daba forma a la experiencia de esos trabajadores, aportaba a sus vidas un orden y un sentido definido, permitía moldear la propia biografía; aunque sin dejar de recordar, como hacía el propio Weber, que suponía también una pesada carga para la misma, pudiendo convertirse en una práctica autodestructiva. De todos modos, reconoce que el apego a esos valores reforzaba unas determinadas cualidades del carácter, vinculadas al uso disciplinado del propio tiempo, y consecuentemente, ligadas a la sostenibilidad y la durabilidad (Sennett, 2000, pp. 103ss).

Como se ha afirmado, la existencia de una estructura institucional estable era la que reforzaba esas cualidades del carácter y aportaba la seguridad necesaria para el establecimiento de un proyecto vital sostenible. La solidez del sistema burocrático permitía racionalizar el uso del tiempo, le facilitaba al trabajador el poder contar con unas expectativas definidas, pues desarrollaba su vida laboral en el seno de una organización. En consecuencia, podía sentirse como el autor de su vida, lo que le otorgaba una sensación de respeto hacia sí mismo (Sennett, 2000, pp.13-14).

La tendencia hacia la flexibilización de la producción y la organización que se observa en tiempos más recientes, siguiendo las reflexiones de Sennett, está teniendo efectos corrosivos sobre al carácter, ya que requiere una ética del trabajo bien distinta a la conocida. Aparentemente, la nueva forma de organización debería liberar a los individuos de las cargas y limitaciones que imponía la rigidez burocrática, además de sustituir el individualismo competitivo por una cooperación más constructiva, desarrollando mejor las capacidades individuales; pero en realidad, según denuncia este autor, estaría posibilitando nuevas formas de dominación que provocan, además, la desorientación de la vida personal.

Conviene advertir que ya en *La Autoridad* Sennett había observado que las empresas estaban tratando, aparentemente, de responder a la desmotivación de los empleados mejorando la calidad de la experiencia en el trabajo y de las relaciones laborales, incrementando así la satisfacción psicológica de los empleados, lo que algunos interpretaban como un ocaso de la ética del trabajo, al convertir al trabajo duro en un simple instrumento

para el desarrollo personal. Sin embargo, percibía que esta apariencia de humanización del trabajo servía para disfrazar el hecho descarnado del mando, sustituyendo según había observado Bell la coerción abierta por la persuasión psicológica, de manera que el superior ejerce una influencia que parece provenir de la nada, con lo que se propicia una mayor mistificación de la autoridad (Sennett, 1982, pp. 104-113).

En *La corrosión del carácter* Sennett se enfrenta a un nuevo escenario, en el que se potencia el trabajo en grupo, de manera que el trabajador deberá desarrollar unas cualidades que se adecuen a un nuevo tipo de exigencias, como la receptividad mutua, la agilidad, la adaptabilidad, la improvisación, o la flexibilidad (2000, p. 9, y p.111ss.). Los grupos de trabajo, sin embargo, tienen una consistencia bastante endeble: se forman para la realización de propósitos muy específicos, teniendo generalmente una duración muy limitada en el tiempo. Por ello las relaciones entre sus miembros nunca llegan a sobrepasar el nivel de la superficialidad, evitando las cuestiones potencialmente conflictivas. Debido a las características y necesidades de los grupos, sus miembros han de desarrollar un tipo de capacidades sociales que Sennett denomina *portátiles*, es decir, que les permitan moverse entre diversos grupos, tareas y propósitos (2000, pp. 111-116).

Llama la atención el rol del *líder* del equipo, que deja de ser la figura tradicional de autoridad para actuar como un mero mediador o facilitador, actuando fundamentalmente como un *gestor del proceso*. Sin embargo, observa Sennett, esto desorienta a unos trabajadores privados de una figura de autoridad definida de la que obtener reconocimiento o justificación de las órdenes emitidas. El funcionamiento del grupo se sostiene sobre una ficción deportiva, como si los empleados no compitieran entre sí, sino con otros equipos o empresas, y en la que los jefes ya no son antagonistas sino *guías* o *coordinadores*. Para ello, los actores han de mostrar una máscara de aspecto colaborador, al tiempo que mantienen una distancia con la participación aparente en el juego (2000, pp. 116-118). Sin embargo, la colaboración no deja de ser aparente y superficial, la competitividad sigue existiendo, así como la estructura básica de poder y la naturaleza de la organización, que se sirve de esa ficción cooperativa para cumplir el objetivo de aumentar la productividad. A la postre, la ausencia de la autoridad, las incertidumbres ligadas a la flexibilidad y el recurso a una comunicación superficial acaban volviendo más vulnerables a los trabajadores, de manera que, concluye

Sennett, la nueva ética del trabajo resulta ser menos benigna de lo que prometía.

La falta de autoridad en el juego del poder, acorde a esta nueva ética, propicia según Sennett, la irrupción de un nuevo tipo de carácter, que Rorty denomina el *hombre irónico*, acorde con la fragilidad, la provisionalidad y la falta de consistencia de las relaciones humanas en el nuevo orden económico, tratándose de un yo incapaz de reconocer su propia sustancialidad y de enfrentarse a la realidad existente (Sennett, 2000, p. 122). Se trataría, a mi juicio, de un ser humano desarmado éticamente, incapacitado para elaborar narrativamente su vida, para establecer vínculos estables con los otros, para comprender las necesidades ajenas o para adherirse a proyectos colectivos.

La prevalencia institucional del cortoplacismo tiene efectos destructivos para el mantenimiento de las relaciones sociales, quebrando así la dimensión fundamental del carácter. Según recuerda Sennett, los lazos sociales más significativos -como los que sustentan la lealtad, la confianza o la obligación mutua- necesitan de tiempo para desarrollarse y solidificarse, tiempo que no concede la nueva arquitectura institucional. Por contra, las relaciones que se establecen para un periodo corto de tiempo, como ocurre en los equipos, tienden a ser superficiales y a generar confusión; mientras que el acortamiento de la relación con las organizaciones -ya se trate de una consultor o un trabajador temporal- provoca una disminución de la lealtad (1997b, p. 169; y 2001c, p. 330).

En mi opinión, Sennett trata de no conformarse con la degradación del carácter que acarrea el modelo flexible, tras haber demostrado que está lejos de ser verdaderamente liberador para el individuo, aunque sin pretender aferrarse por ello nostálgicamente al viejo orden burocrático y su ética correspondiente, pues no hay que olvidar que pese a las certezas que ofrecía actuaba como una *jaula de hierro* que limitaba el desarrollo personal (2000, p. 104). En cambio, recurre a una visión más equilibrada del ser humano como la ofrecida por Pico della Mirandola, considerándolo como hacedor de sí mismo a partir del reconocimiento de su naturaleza histórica y flexible. Desde este punto de partida, cabe resaltar el potencial creador y transformador de lo humano, la capacidad de dar forma a la experiencia (2000, pp. 106-107). Según Sennett, la cuestión sobre “¿cómo debo moldear mi vida?” planteada por el autor renacentista no se responde adecuadamente desde la tradicional ética del trabajo ni desde la nueva, pues como se ha

visto, ni el sacrificio del yo ni su fragmentación y desarraigo parecen permitir una elaboración fructífera de la propia experiencia, de manera que la cuestión de cómo abordar una narrativa personal encarada hacia el futuro en las condiciones actuales quedaría lejos de entrever su resolución (Sennett, 2000, pp. 122-123).

En conclusión, puede decirse que el desarrollo de la globalización económica y la transformación de la estructura institucional, guiada por el propósito de responder de manera flexible a las exigencias cambiantes de los mercados, están provocando transformaciones de gran calado en las formas vigentes de trabajo, que apuntan de maneras diversas pero complementarias a una precarización y desestabilización del mismo. El análisis de Sennett pretende incidir en los efectos disgregadores de las nuevas formas de producción y de trabajo en elaboración de una identidad laboral y personal, y en el establecimiento de relaciones sociales sostenidas.

Las empresas de vanguardia promueven el talento potencial de un modo peculiar, que viene a contradecir los criterios por los que la burocracia piramidal valoraba a sus miembros. Así, si bien la demostración de la habilidad era fundamental para aspirar a mejorar la situación personal, también se tenía en cuenta la antigüedad, en la medida en que se vinculaba con la lealtad, el compromiso y el servicio continuado a la organización. La flexibilización se traduce en un debilitamiento de los vínculos que ligaban a los empleados con sus empresas, mientras pasan a ocupar un lugar más incierto dentro del entramado institucional. De esta manera, les resulta más difícil elaborar un relato sobre su vida en la empresa, pues los elementos con los que poder desarrollarlo son cada vez más escasos e inseguros, mientras su participación en el trabajo parece eludir una implicación personal y moral. La empresa, en su conjunto, parece convertirse en un ente distante y opaco para sus propios trabajadores, fenómeno acrecentado por el debilitamiento de la autoridad en el seno de la organización, tal como se analizará seguidamente.

8.3 La autoridad ausente

Uno de los aspectos más relevantes en el análisis de Sennett sobre el proceso de flexibilización institucional es el que trata sobre la modificación de las relaciones que se establecen entre los diversos niveles de una organización, teniendo en cuenta que a través de ellas se transmiten

decisiones e instrucciones, se ejerce y distribuye el poder y se define la autoridad. Pues bien, según entiende este autor, la implantación del nuevo modelo organizacional no sólo no estaría promoviendo una mayor simetría y proximidad entre las distintas secciones o nodos, sino que en realidad la supresión de capas en la jerarquía se estaría resolviendo en un ensanchamiento de la distancia entre el centro y la periferia, agudizado por un proceso de ocultamiento de la autoridad.

En la organización de cualquier empresa es fundamental su estructura de autoridad, es decir, de que manera se reparten las responsabilidades y el poder para tomar decisiones. Es importante distinguir, como hace Alvarez de Món, entre una estructura formal donde se asienta el *poder* efectivo para tomar una decisión, y la estructura informal en la que se desarrolla la *autoridad*, que adquiere realidad en la medida en que los afectados se la atribuyen (1998, pp. 95-96). Por eso, nociones tan importantes para el buen funcionamiento de una empresa como el liderazgo o la motivación dependen de ese reconocimiento de la autoridad (Conill, 1994, pp.72).

Sennett concibe la autoridad, de manera general, en la relación a un conjunto de procesos sociales de dependencia, en los que se manifiesta mediante una capacidad para imponer disciplina, incitando a una obediencia voluntaria que se asienta en el temor y la confianza de los subordinados. La autoridad pretende ser sólida, íntegra y duradera, muestra atención hacia los otros en su propósito de guiarlos hacia una conducta determinada, por lo que actúan conforme a un orden superior (Sennett, 1982, pp. 23-26; y 2006a, p. 54). El establecimiento de una forma de autoridad implica el desarrollo de procesos de definición e interpretación de los mismos por parte de los afectados, mediante los que se solidifica y legitima la autoridad. Es decir, los individuos tratan de dar sentido a esas relaciones desiguales en las que participan, a las condiciones de control e influencia a las que se encuentran sometidos, mediante la definición de esa imagen de fuerza que representa la autoridad (1982, p. 27 y p. 122).

Para entender mejor el alcance de este fenómeno desde la óptica de Sennett, conviene efectuar un acercamiento a su análisis de la autoridad en el capitalismo, para a continuación abordar cómo interpreta los cambios producidos en relación a la presencia de la autoridad con la emergencia del nuevo modelo institucional, y que apuntan hacia un oscurecimiento de la misma, vinculable con la opacidad general que refleja este orden emergente,

que el sociólogo estadounidense explicita en la noción de *ilegibilidad*.

8.3.1 Capitalismo, burocracia y paternalismo

Según observa Sennett, el mercado capitalista vuelve más inestables las relaciones de dependencia, si bien la implantación del modelo burocrático parecía poder contrarrestar las tendencias caóticas de una actividad económica liberada de controles, contrapesos y garantías. Sin embargo, la introducción de imágenes paternalistas como instrumento para establecer la autoridad en la empresa, según expone Sennett, generó una problemática particular.

En la Edad Moderna, la separación creciente entre el hogar y el lugar de trabajo, junto al afianzamiento progresivo de una concepción individual del trabajo, podía alentar la creencia de que la libertad e independencia de los individuos al margen de los lazos de dependencia familiares sería cada vez mayor. Sin embargo, apunta Sennett, el poder que representa la figura paterna pudo ser recreado simbólicamente en ámbitos ajenos a la vida familiar. Así, su introducción en el contexto burocrático propio de las corporaciones empresariales de los siglos XIX y XX se produjo mediante su superposición a la figura del jefe, de manera que las relaciones con los empleados adquirieron unas connotaciones que iban más allá de lo meramente económico o contractual (1982, pp. 56-66).

Así, observa Sennett, la fusión simbólica del mundo familiar y el del trabajo mediante la imagen de una autoridad paternal permitió recubrir la actividad productiva y la dominación existente de una capa de moralidad que prometía superar la fragmentación, las tensiones y la explotación propias del capitalismo mediante la recreación de una forma de comunidad que tenía su epicentro en el lugar de trabajo. El resultado era, sin embargo, marcadamente ambiguo. El paternalismo pretende ser una vía para humanizar y personalizar las relaciones en el trabajo, ya que el jefe, como el padre, muestra su preocupación por los que están a su cargo, aportándoles seguridad material, responsabilizándose de su situación. Pero así ejerce un control sobre los empleados, frustrando sus aspiraciones individualistas. La aplicación de la imagen paterna a una escala más amplia y compleja como la burocrática supone, denuncia Sennett, amplificar y deformar su significación. Y, como consecuencia, las sensaciones que provoca en los subordinados son mucho más complicadas, mezclando dependencia emocional, vergüenza y

hostilidad (1982, pp. 66-79).

La ideología individualista proyecta la imagen de un individuo autosuficiente, capaz de valerse por sí mismo, y de tomar sus propias decisiones, sin necesitar la ayuda de los demás. Sin embargo, la necesidad de mantener relaciones de tipo comunitario, cara a cara, en las que sea posible la asistencia mutua y el reconocimiento concreto, ha seguido nutriendo las aspiraciones de las personas. La figura paternalista contradice la fuerza de la imagen individualista, reintroduciendo la idea del cuidado y el reconocimiento en las relaciones laborales, que parecen poder así volverse más humanas.

En el mundo moderno, a la autoridad paternalista, que se legitima por su atención sobre los subordinados, se sobrepuso, sin embargo, el poderoso influjo de la autoridad autónoma, indiferente al destino de los otros, marcando en buena medida el signo de las relaciones burocráticas. En este contexto, Sennett identifica autonomía con una capacidad de distinguirse de la masa debido a la posesión de una determinada cualidad, lo que le permite actuar de manera autónoma a la vez que situarse en una posición desde la que puede juzgar a los demás. En el sistema burocrático se corresponde a la figura del experto, es decir, aquel que puede detentar una posición elevada en la jerarquía gracias a sus conocimientos en una especialidad del saber fundamental para el funcionamiento de la sociedad.

Aunque más allá del acceso a los conocimientos técnicos, la concesión de este tipo de autoridad también puede alcanzarse, apunta este autor, gracias a la posesión de una determinada estructura de personalidad, que se manifiesta en la capacidad para coordinar el trabajo de varias personas y para juzgar a los demás. El dominio de sí mismo que deja entrever, y que le permite mantener una actitud de indiferencia, produce un deseo de aprobación y reconocimiento en los individuos que se encuentran por debajo, legitimando así la situación de dominación. Sin embargo, en su forma burocrática, también se convierte en objeto de rechazo, en tanto que la impersonalidad que parece caracterizar a esta forma de organización se manifiesta en forma de indiferencia hacia las necesidades de los afectados, en contraste con la atención más personal y humana que parece ofrecer la figura paternalista (Sennett, 1982, pp. 85-89).

La necesidad de obtener reconocimiento está profundamente arraigada en la conciencia, pero se ve frustrada por la abstracción burocrática (Sennett,

1982, p. 145). En el terreno empresarial, se observa que la merma en la motivación de los trabajadores se refleja en los descensos de productividad. Por ello, hace unas décadas se multiplicó la atención prestada a la calidad de la experiencia laboral, centrándose en la necesidad de humanizar las relaciones entre jefes y empleados, entendiendo que de esta manera mejoraría su implicación y, por tanto, se reduciría la conflictividad y aumentaría la productividad. Pero la atención a las necesidades psicológicas de los empleados y a las condiciones en que se desarrolla cotidianamente el trabajo provoca, paradójicamente, una magnificación de la importancia de la personalidad del jefe, al tiempo que en realidad se generan nuevas formas de dominación, ejercidas de forma más sutil (1982, pp. 105-108).

De esta manera, ya en *La Autoridad* Sennett notaba cómo se estaba produciendo una transformación en las formas en que se ejerce el poder en las empresas, que trata de justificarse creando una imagen renovada de la autoridad, más ajustada aparentemente al propósito de incrementar la satisfacción psicológica de los empleados. Así, la relación del jefe o superior con sus subordinados se sustituye la coerción directa por la persuasión, se pretende ejercer una influencia general sobre su forma de trabajar en lugar de dar órdenes concretas, de manera que el jefe trata de mostrarse más bien como un *supervisor* o un *coordinador* de las tareas.

Sin embargo, el propio autor observa agudamente las dobleces de este sistema aparentemente benévolo con los trabajadores. Así, aprecia que esta forma de actuar permite a los jefes distanciarse de sus propias decisiones y responsabilidades, evitando comprometerse directamente. Esta forma de autonomía que manifiesta la autoridad conlleva la mistificación de su voluntad, ya que no se expresa claramente. Corresponde a los subordinados interpretar qué es lo que pretende el poder, pues no saben directamente qué es lo que se espera de ellos. Por otro lado, los propios empleados no son quienes pueden definir qué es lo que necesitan, o en qué consistiría su satisfacción, ya que su análisis y cumplimiento es algo que se decide en las instancias superiores, al margen de los trabajadores. En definitiva, concluye Sennett, la presunta humanización del trabajo serviría básicamente para “disfrazar el hecho descarnado del mando” (1982, pp. 108-113).

El análisis efectuado por Sennett de las técnicas de dirección de empresa que se estaban implementando en la época en que redactó *La Autoridad* representa, a mi juicio, una transición en su comprensión de la

autoridad en el mundo de la empresa, que parte del modelo burocrático clásico, hasta llegar a afrontar los retos que plantea el nuevo modelo organizacional, caracterizado abiertamente por la flexibilidad. Así pues, en este momento serían ya perceptibles algunos aspectos de su interpretación de esta cuestión que se confirmarán y ampliarán en sus estudios de los años posteriores, como podrá constatarse a continuación.

8.3.2 La autoridad en el Nuevo Capitalismo

Los cambios en la estructura institucional que Sennett, de manera similar a otros autores, percibe en las empresas que actúan como vanguardia, apuntan, de manera general, hacia una simplificación de su estructura que permita un funcionamiento más ágil y dinámico, propósito que adopta la forma de la flexibilidad. Para lograr esa simplificación se procede a una eliminación de capas en la jerarquía, entendiéndose que la superposición de niveles de mando conllevaba un funcionamiento más rígido de la organización, ya que la transmisión de órdenes e instrucciones desde la cima hasta la base era lenta e ineficaz. Ahora en cambio, se apuesta por un modelo alternativo, en que los distintos nódulos de la organización puedan actuar autónomamente, de forma que a partir de unas instrucciones generales sean capaces de tomar decisiones por sí mismos sobre su aplicación concreta, y así puedan responsabilizarse de los resultados obtenidos.

Sin embargo, afirma Sennett, estas transformaciones estarían propiciando realmente una concentración mayor del poder en el centro, que actúa como una unidad de procesamiento en la que se toman las decisiones importantes, se planifican las tareas y se juzgan los resultados, y que gracias al recurso de las nuevas tecnologías, puede transmitir las órdenes sin mediación, valorar los resultados de manera inmediata y desarrollar un control más exhaustivo sobre todo lo que ocurre en la organización (Sennett, 1999, p. 7; 2001b, p. 262; y 2006a, pp. 48-49).

La eliminación de las capas intermedias tiene otras consecuencias remarcables. Implica un agudizamiento de la desigualdad, que se expresa nítidamente a nivel salarial, entre una élite privilegiada y una masa de trabajadores que tiende a absorber a las capas medias. Pero esa brecha abierta afecta también a las vertientes comunicativa o psicológica ligadas al proceso de trabajo. Así, por un lado, se anula la cadena de comunicación que

permitía modular e interpretar las informaciones e instrucciones según transitaban por los distintos eslabones, de manera que a los grupos periféricos les llegan sólo unas instrucciones generales y habitualmente poco precisas sobre qué se espera que hagan. En ese sentido, los empleados siguen estando en una situación de dependencia, pero que no es atendida por la dirección (Sennett, 1999, p. 7). El mayor margen de libertad y acción que supuestamente se les concede, más bien se resuelve en una sensación de desorientación y de falta de sentido de la labor cotidiana, pues el poder responde con indiferencia.

En relación a ello, según aprecia este autor, el trabajador de base percibe una mayor distancia respecto a las personas que toman las decisiones y que juzgan sus actuaciones. En este sentido, considera Sennett que la tendencia de delegar las decisiones en consultores externos, ajenos a la historia y al destino futuro de la empresa, e indiferentes ante el esfuerzo, la dedicación, los méritos o las necesidades de los empleados, convierte a la empresa en un territorio árido socialmente. Así, si el paternalismo conllevaba una manipulación del subordinado para que se sometiera dócilmente a los intereses de la dirección, al menos ofrecía una compensación en forma de reconocimiento concreto, el cual es ahora completamente negado. Sennett denuncia, en relación a ello, que en el nuevo modelo los trabajadores han de desempeñar su función cotidianamente ante la ausencia de un *testigo laboral* que represente el poder institucional, y que como tal pudiera corregir sus errores, o reforzar su actuación y sus vínculos con la organización, dotando de sentido a su trabajo (2001b, pp. 264-265). Por contra, servirse de consultores permite a la dirección evitar tener que rendir cuentas directamente, completándose de este modo el divorcio entre el mando y la responsabilidad, entre el poder y la autoridad, que este autor considera como un aspecto definitorio del nuevo modelo institucional (2006a, pp. 51-54).

En definitiva, según la interpretación que defiende Sennett, la implantación de un modelo flexible produce una quiebra del sentido de autoridad que permite sostener y dar sentido a unas relaciones basadas en la desigualdad. Los cambios organizacionales suponen una mayor concentración del poder en el centro, de manera que los niveles más exteriores son en gran medida abandonados a su suerte, mientras los directivos tienden a eludir su responsabilidad. El resultado, sostiene este

autor, es un divorcio entre el poder y la autoridad, ya que si bien el poder sigue detentándose de manera efectiva desde la dirección, su ejercicio se invisibiliza o diluye a ojos de los subordinados, al romperse la comunicación con la base, produciéndose una mengua de la autoridad que debía acompañarle. La dirección de la empresa espera de sus empleados que actúen de manera autónoma, que tengan iniciativa y se hagan cargo de la responsabilidad inherente al desempeño de su tarea, mientras elude su propia responsabilidad, protegiéndose a través de la distancia que se abre con la periferia, donde los trabajadores se sienten aislados. Cuando el poder actúa estando ausente, se quiebra la confianza requerida para que pueda ser reconocido como una autoridad.

8.3.3 La opacidad de la nueva realidad institucional: una estructura ilegible.

Una de las dificultades principales que acometen los individuos enfrentados al nuevo orden institucional es definir cuál es su lugar en el entramado social, lo que afecta a la constitución de su identidad.

El antiguo orden burocrático se distinguía por la claridad de su diseño, que facilitaba la identificación de la posición que ocupaba cada cual dentro de una escala nítidamente delimitada, permitiendo establecer unas expectativas de comportamiento bien definidas, pues cada uno era consciente de las reglas que había de seguir. El trabajo desempeñado era un indicador claro de la clase social a la que se pertenecía, especialmente en Europa, ya que en Estados Unidos la pertenencia étnica funcionaba como un elemento identificador fundamental, que ayudaba a otorgar sentido a la experiencia en el lugar de trabajo (Sennett, 2000, pp. 66-69). En cualquier caso, la conciencia de clase podía encontrar una referencia estable en una escala laboral que establecía las distinciones económicas y de estatus correspondientes a cada peldaño, así como las posibilidades y requerimientos para ascender en ella (Sennett, 2001c, p. 328).

La flexibilización del trabajo implica, para los empleados, nuevas maneras de relacionarse con la empresa, con los compañeros y modos cambiantes de realizar las tareas. Así, la automatización de tareas que antes exigían una participación más activa, la redefinición periódica de las habilidades, la recomposición continua de los equipos de trabajo, la externalización de determinadas funciones, o las formas de competición

interna que imponen las empresas, se justifican como medidas tendentes a agilizar las respuestas requeridas por las necesidades cambiantes del mercado, pero que generan confusión en los empleados. Su lugar en las empresas, de esta manera, tiende a ser más inseguro, y lo que se espera de ellos, menos claro¹⁰⁵.

La nueva realidad institucional, afirma Sennett, se muestra esquiva a facilitar su lectura interpretativa, provocando por contra un oscurecimiento de la conciencia social, pues resulta más complicado identificar el lugar que uno ocupa o al que puede aspirar, determinar sus intereses y expectativas. Los individuos que se mueven en la periferia de las organizaciones, de esta manera, se ven enfrentados a un *puzzle hermenéutico*, sin poder disponer de las herramientas necesarias para ordenarlo y esclarecer su posición, en parte porque los sindicatos han dejado de funcionar como elementos de cohesión e integración, en parte porque la realización del trabajo llama más al distanciamiento que a la implicación, y sobre todo, porque pese a que la gente tiene conciencia de la persistencia de la dominación, no pueden adquirirla de la estructura real de un entramado institucional que se protege mediante la ilegibilidad (Sennett, 2000, pp. 66ss; y 2001c). Por ello, cabe concluir que el nuevo modelo inhibe el despliegue de las capacidades hermenéuticas y sociales de los individuos, dificultando su desarrollo como seres autónomos.

La renuncia del poder a ejercer una autoridad estable y visible para sus empleados se complementa negativamente con la opacidad interna con la que funcionan las organizaciones flexibles, provocando que sus miembros sean incapaces de valerse de unos recursos interpretativos que les permitieran descifrar los objetivos, principios y valores que guían el funcionamiento de la empresa, así como determinar las expectativas ligadas a la posición que ocupen en el conjunto.

8.4 La temporalidad acortada

El análisis desarrollado Sennett sobre el Nuevo Capitalismo incide en aquellos aspectos que afectan más directamente a la vida de la gente, especialmente en su relación con los marcos institucionales. En ese sentido,

¹⁰⁵ Mintzberg percibió que aunque las personas más creativas podrían, en principio, preferir trabajar en el marco de una estructura flexible y descentralizada, su indefinición y ambigüedad provoca fácilmente ansiedad en sus empleados, quienes se enfrentan a una competencia despiadada, y a una falta de claridad referente a sus funciones, las relaciones de autoridad o las líneas de comunicación (1991, p. 245).

se trata de profundizar aquí en su interpretación sobre las consecuencias de un cambio institucional guiado por el principio de flexibilidad y un imperativo cortoplacista, en las relaciones sociales, en el sostenimiento de las biografías personales y en el carácter. Como observa Smith, la adopción de una perspectiva hermenéutica reforzada con un amplio trabajo empírico permite a Sennett observar de manera penetrante y original las circunstancias materiales del nuevo régimen, pues debido a que su significado no es transparente, requieren de una intensa labor interpretativa para hacerse más concretas y comprensibles (Smith, 2007, pp. 200-201).

Así pues, su mirada observa de cerca el contenido cultural asociado al modelo económico emergente, aspecto fundamental a la hora de tratar de legitimar su vigencia. En ese sentido, percibe que los valores que guían actualmente la organización de la producción y el trabajo -como la flexibilidad- pretenden superar los efectos negativos que se atribuyen a la excesiva rigidez y la rutinización del trabajo característicos del burocratismo clásico, impidiendo la dinamicidad y la flexibilidad que requieren los nuevos tiempos, además de degradar al trabajador. Sin embargo, apunta Sennett, se ha tendido a olvidar que disponer de rutinas también ayuda a componer la vida de las personas, a elaborar una narrativa orientada hacia el futuro al aportar una base sólida y estable desde la cual afrontar los cambios y rupturas que vayan surgiendo (2000, pp. 44-45). Por ello, afirma que los aspectos temporales de las nuevas tendencias organizativas “han creado un conflicto entre carácter y experiencia, la experiencia de un tiempo desarticulado que amenaza la capacidad de la gente de consolidar su carácter en experiencias duraderas” (2000, p. 30).

El quebrantamiento de ese sentido de la temporalidad sería, según Sennett, una de las razones que explicarían que en las relaciones humanas prime cada vez más la superficialidad, ya que para adquirir cierta profundidad es necesario que se mantengan en el tiempo, que estén orientadas por unos propósitos duraderos (2000, p. 103). Este autor resalta la existencia de una vinculación esencial del carácter con una temporalidad orientada al largo plazo, ya que la confianza necesaria para el sostenimiento de las relaciones humanas requiere de tiempo para asentarse. Cuando se pierde de vista ese horizonte temporal amplio, acuciando la inmediatez, se impone la provisionalidad de cualquier vínculo, no pudiéndose disponer de garantías sobre su fiabilidad. Como respuesta, la implicación personal en un

contexto social orientado al corto plazo se retrae, impidiendo el desarrollo de las capacidades relacionales de los individuos y, por tanto, del carácter.

En este último apartado se van a abordar, pues, las diversas dimensiones asociadas a la imposición de una temporalidad enfocada al corto plazo, haciendo énfasis en sus efectos en los proyectos vitales de las personas, así como en el sostenimiento del carácter. De esta manera, se va a profundizar en la reflexión sobre la función de la rutina en el trabajo y en la vida personal, se observará como la primacía del corto plazo corroe la tradicional noción de carrera, se incidirá en la influencia del riesgo en la elaboración de los relatos personales, y en definitiva, se reflexionará como, según el análisis de Sennett la fragmentación de la experiencia que provoca el Nuevo Capitalismo se traduce en la elaboración de la narrativa personal y en el sostenimiento del carácter.

8.4.1 El papel de la rutina en la elaboración de la biografía personal

Uno de los aspectos más reseñables vinculados a la temporalidad es el que se refiere a la rutinización del trabajo, al que tradicionalmente se le atribuían consecuencias negativas. Los defensores de la implantación del modelo flexible esgrimen como una de sus principales ventajas, justamente, que permitiría superarla. Por ello, Sennett invita a reflexionar más a fondo sobre el papel que juega la rutina en la organización de la actividad productiva y en la vida de las personas.

De este modo, Sennett observa que la caracterización negativa de la rutina arraiga de manera particular en la obra de Adam Smith. El enciclopedismo ilustrado -Diderot- todavía resaltaba sus efectos positivos en el desarrollo del carácter, en relación al propósito de dignificar el trabajo, en la medida en que la rutina podía identificarse con el orden y la laboriosidad, y que se abría a su propia evolución mediante un proceso de aprendizaje.

Adam Smith percibió que la extensión de los mercados libres impulsaba una creciente especialización a través de la división del trabajo, de manera notoria en la fábrica. Sin embargo, según observa Sennett, esta caracterización del desarrollo capitalista va desvelando paulatinamente un rostro paradójico, en la medida en que el avance material va de la mano de un empobrecimiento humano, que se expresa precisamente en la rutinización del tiempo de trabajo (Sennett, 1997b, p. 165; y 2000, pp. 32-36). Como consecuencia del ritmo repetitivo de producción fabril, los seres

humanos pierden el control sobre sus esfuerzos, al tiempo que se embotan sus capacidades, como la disposición moral espontánea a identificarse y solidarizarse con los otros. Según la interpretación de Sennett, Smith habría entendido que el desarrollo del carácter exige romper con las rutinas, ya que el establecimiento de unas conductas automatizadas y repetitivas no añadiría nada en la elaboración de una historia personal (2000, pp. 38-39).

La implantación del sistema fordista de producción durante el siglo XX parecía confirmar los temores manifestados por Smith, de manera que el trabajador -especialmente el no-cualificado- parecía degradarse a una mera prolongación de la máquina, pues ni siquiera necesitaba comprender las complejidades del proceso tecnológico de producción para cumplir su tarea específica.

La aceptación de la idea de que la rutina entorpece el desarrollo humano legitimaría la reivindicación del nuevo modelo de organización. Se entendería, desde esta perspectiva, que resulta más estimulante una experiencia flexible, es decir, cambiante e impredecible, que una de tipo repetitivo, por lo que la superación del sistema fordista propiciada por la implantación de técnicas y métodos de producción y trabajo más flexibles favorecería el desarrollo personal, al requerir de una participación más activa de los individuos, dejando atrás la paradoja señalada por Smith (Sennett, 1997b, pp. 165-166; y 2000, p. 39ss). Sin embargo, Sennett pone en tela de juicio esta asunción.

A primera vista, no obstante, podría pensarse que su concepción del desarrollo del carácter y la identidad -desarrollada en los capítulos 5 y 6- se aviene con la idea de la flexibilidad, en la medida en que reivindica el papel activo de unos sujetos capaces de responder a los cambios en el entorno, y de revisar en consecuencia tanto su propia imagen como los conocimientos y seguridades adquiridas. Pero, también se advertía del aspecto engañoso de las oportunidades que ofrece la nueva economía, así como se reconoció la importancia de contar con algún aspecto que asegure cierta continuidad y estabilidad en la experiencia para permitir un óptimo desarrollo del carácter y la elaboración de una biografía personal integrada. A partir de estas observaciones, puede entenderse mejor las reservas que manifiesta Sennett sobre las virtualidades del trabajo flexible, así como su reconocimiento de los valores positivos de la rutina.

Así, puede afirmarse que constituir una serie de rutinas ayuda a los

individuos a enfrentarse a las incertidumbres de la vida, especialmente las que asaltan en el mundo económico y laboral, pudiendo servir como base para la elaboración de un “relato de vida acumulativa” (2001b, p. 258). En ese sentido, Sennett observa que, durante la era del capitalismo burocrático, la pugna por establecer unos horarios delimitados permitió a los obreros industriales adquirir cierto poder en el funcionamiento de las corporaciones, a la vez que les ayudaba a organizar sus propias vidas. Por otra parte, la posibilidad de ahorrar parte del salario o dedicarlo a la compra de una vivienda propia les permitía combatir las incertidumbres o vaivenes propios de la actividad económica. De esta manera, los individuos muestran un interés por *rutinizar* sus vidas, al menos hasta cierto punto, en la medida en que ello supone aportar la seguridad necesaria para seguir adelante, para afrontar la experiencia diaria. Por ello, afirma Sennett que “la rutina puede degradar, pero también puede proteger; puede descomponer el trabajo, pero también puede componer una vida” (2000, p. 44).

A Sennett le preocupa, pues, esclarecer en qué medida la rutina ayuda a establecer una narrativa vital. Puede entenderse -como harían Marx o Bell- que el trabajo rutinario mantiene al individuo pegado a la pura inmediatez de la realización de la tarea, incapacitándole para concebir un futuro diferente, es decir, para comprender cómo actuar para transformar las condiciones existentes. En ese sentido, la rutina impediría insertar la actividad diaria individual, regida mecánicamente, en el marco de una narrativa histórica más amplia (Sennett, 2000, p. 44). Pero también cabe, sugiere Sennett, rescatar las apreciaciones ofrecidas por Diderot, ya que en la medida en que la actividad rutinaria permite su propia evolución gradual, abre el camino a la elaboración de una narrativa. Ese camino, apunta Sennett, sería retomado en tiempos más recientes por Giddens, reivindicando la importancia de los hábitos y costumbres tanto para el desarrollo de las prácticas sociales como para el logro de la autocomprensión. La existencia de rutinas sostenidas en la vida de una persona impide que ésta se fragmente en un cúmulo de acciones y decisiones dirigidas al corto plazo, careciendo de un sentido unitario. De hecho, la experimentación que impulsamos en nuestra vida se desarrolla a partir de hábitos que ya hemos establecido (Sennett, 2000, pp. 44-45).

En relación a ello, conviene recordar el papel que jugaban los hábitos en el pensamiento aristotélico. Así, según exponen Conill y Montoya (1985),

la noción griega de hábito *-heksis-* no apuntaba tanto a la dimensión repetitiva de una acción sino en la demostración personal de mantener una disposición firme antes determinadas situaciones. Aristóteles destacaría que se trata de una actitud adquirida, resultado de la inteligencia y el esfuerzo personal. La adquisición de una excelencia requiere, pues, de esfuerzo y dedicación orientados por la inteligencia, de manera que vaya incorporándose como un modo de ser solidificado que se manifiesta a través de la acción convertida en hábito. Así pues, cabe percibir un vínculo fundamental entre el hábito y la formación del carácter, cuya excelencia se expresa en la acción (Conill y Montoya, 1985, pp. 130-134).

En definitiva, como se trató ya en los capítulos precedentes, pese a entender que la experiencia presenta un aspecto frecuentemente caótico, Sennett valora que los individuos se esfuercen en imponer cierto orden a la misma, adquiriendo una forma narrativa. Para ello, los hábitos resultan imprescindibles, pues permiten establecer una sensación de continuidad y solidez necesaria para afrontar los vaivenes de la experiencia. Sin embargo, adoptando la perspectiva de este autor, habría que evitar que las rutinas se vuelvan estáticas y puramente mecánicas, pues lo que define la evolución de una vida humana es la disposición al cambio manifestada en una apertura a los otros que implica participar de experiencias sociales complejas, es decir, marcadas por la discordancia o la conflictividad. En ese sentido, trata de resaltar que el trabajo rutinario puede conllevar su propia disposición a la evolución, llamando a una implicación activa del individuo en el desarrollo de ese proceso. Estas apreciaciones cristalizarán en su concepto de *artesanía*, que será desarrollado en el capítulo 9. Desde ese punto de vista, podrá mostrar que el sistema flexible no resulta tan liberador como pretenden sus defensores, ya que en realidad deja a los individuos inermes ante los efectos de oscuros mecanismos globales, despojándoles además de aquellos elementos que aportaban continuidad a sus vidas y que les permitían integrar sus experiencias divergentes en una narración con sentido.

8.4.2 El fin de las *carreras*: una narración abortada

Según se está exponiendo, algunos de los efectos más destacables de la introducción del modelo flexible en el mundo de la empresa tienen que ver con la temporalidad. El cambio fundamental consiste en el abandono del predominio de una perspectiva temporal amplia, orientada al largo plazo,

para entregarse a la preminencia de los intereses expresados en el corto plazo. Ese cambio radical en la dimensión temporal afecta de manera palpable a la vida de las personas, sobre todo en la medida en que es modelada a través de su participación en unas instituciones que privilegian el cambio permanente, la inmediatez y la flexibilidad.

Sennett defiende, como se ha visto, la idea de que los seres humanos tratan de organizar su experiencia a través de su integración en un relato. En el proceso de formación y sostenimiento de la identidad, el trabajo ocupa un lugar fundamental, por lo que las condiciones institucionales en que se desarrolla la experiencia laboral del individuo afectan de lleno a los propósitos de elaborar su propia narrativa vital. En relación a ello, resalta la diferencia entre las vías que disponían los individuos para insertarse en los entramados institucionales propios de la época del capitalismo social, y la participación fragmentaria e incierta que proporciona la organización flexible.

Según expone Sennett, la estabilidad que proporcionaba el régimen burocrático tradicional permitía a los empleados desarrollar una *carrera* a lo largo de su vida laboral. Según afirma este autor, el significado elemental de este término, en relación al trabajo, designaría “el canal por donde se encauzan las actividades profesionales de toda una vida” (2000, p. 9); tratándose de “una ruta bien hecha”, que permite al individuo formarse la sensación de que su vida se orienta hacia un rumbo determinado (2000, pp. 125-126). El desarrollo de una carrera a lo largo de la vida permite labrarse un prestigio, obtener reconocimiento de los demás, y elaborar una historia vital coherente. La carrera sería algo distinto y más amplio a la realización de un trabajo o un empleo concreto *-job-*, presentando en cambio mayor afinidad con la idea de *profesión*, pues apunta hacia una temporalidad amplia, por lo que favorece el desarrollo del carácter. En ese sentido, recuerda que ya la noción weberiana de *beruf* apuntaba hacia la importancia del trabajo como base para el establecimiento de una narrativa personal, y del desarrollo del carácter, que requiere de un esfuerzo continuado y una orientación al largo plazo.

En palabras de Sennett, “la persona que se dedica al ejercicio de una profesión se plantea propósitos a largo plazo, criterios de comportamiento profesional y no profesional, y un sentido de responsabilidad para su conducta” (2000, p. 127). Como se afirmó más arriba, el trabajo representa

una de las fuentes primordiales de la identidad de un individuo, afectando a la consideración como persona que se forman los demás y él mismo. El desempeño de una profesión, por tanto, no consiste meramente en el cumplimiento de unos criterios técnicos o la aplicación de instrucciones en el periodo limitado de una jornada laboral, sino que compromete su ser completo como persona, le invita a relacionarse con los otros de unas maneras determinadas, y le urge a hacerse cargo de la imagen que traslada a los demás. Y, sobre todo, le permite aportar un sentido unitario a su vida, contemplando el propósito de sus acciones y decisiones más allá de la mera inmediatez.

En relación a ello, Sennett introduce el término alemán *Bildung*, vinculando la educación y formación que recibe una persona en su juventud con el comportamiento que desarrollará a lo largo de su vida. La implantación del sistema burocrático en la organización del Estado y en el mundo de los negocios permitió estabilizar las expectativas personales, y propició una racionalización del tiempo -predecible y orientado al largo plazo-. La estabilidad y la permanencia en el tiempo permitían que un trabajador pudiera desarrollar una carrera en una corporación determinada a lo largo de su vida, encontrando claramente delimitadas las distintas posiciones, y bien definidas las posibilidades de ascenso y promoción. De esta manera, resultaba más sencillo integrar las distintas experiencias en un relato, pues las personas podían actuar en el presente pensando en el futuro, podían predecir hasta cierto punto cuáles eran sus posibilidades reales, disponiendo así de un margen importante para la planificación de sus vidas (2006a, pp. 25-26).

Los cambios en el mercado laboral, las legislaciones sobre el trabajo, y las reestructuraciones de las empresas y los mecanismos de producción, característicos del Nuevo Capitalismo, diluyen la esencia misma de la idea de carrera que, como se ha visto, se asienta sobre la estabilidad y la continuidad en el tiempo. La temporalidad y la precariedad sustituyen al empleo de por vida, mientras las redes de asistencia y seguridad social se debilitan paulatinamente dejando a los individuos abandonados a su suerte, los conocimientos adquiridos pronto dejan de servir de soporte para la promoción individual, y el contenido del trabajo de cada empresa varía según las necesidades del momento, mientras el lugar que uno ocupa en ella se vuelve más impreciso e inseguro. En estas condiciones, denuncia Sennett,

resulta muy complicado generar una sensación de continuidad, por el contrario, las historias personales tienden cada vez más a presentar un rostro errático, azaroso, discontinuo y fragmentario. De esta forma, el trabajo está dejando de ser una fuente fiable desde la que obtener un sentido de identidad personal (2001b, pp. 258-259).

Las instituciones de vanguardia, afirma Sennett, privan a las personas de un sentido de *movimiento narrativo*, es decir, de la percepción de la existencia de una conexión entre los diversos acontecimientos y de la sensación de que la experiencia presenta un aspecto acumulativo a lo largo del tiempo, y como consecuencia, ven mermadas su *capacidad narrativa*, esto es, la capacidad para interpretar activamente lo que sucede, imponiendo cierta coherencia a su propia experiencia (2006a, p. 156-160). En definitiva, los cambios analizados están provocando un alejamiento de los individuos respecto a las instituciones, que se muestran indiferentes ante su suerte y sus necesidades. Su capacidad para desarrollarse como seres humanos completos se ve mermada ante la inseguridad, la inconsistencia y el desapego que transmite el nuevo modelo organizacional.

8.4.3 El Riesgo convertido en condición habitual: La incertidumbre asalta al carácter

El desarrollo del capitalismo ha ido unido desde sus comienzos a la asunción de riesgos, aunque la implantación de las burocracias piramidales y el sistema de capitalismo social implicó el establecimiento de una red de garantías sociales y económicas, de manera que las personas podían afrontar sus vidas con un considerable grado de seguridad. Los cambios en el sistema financiero, en la organización de las empresas, y finalmente, en el propio Estado del Bienestar, no solamente suponen la supresión de las garantías logradas, socavando la estabilidad construida en el pasado, sino que están promoviendo la institucionalización del riesgo, hasta convertirlo en un elemento normal en la vida cotidiana de la gente. Así, según trata de demostrar Sennett, el riesgo, en nuestros días, estaría dejando de ser la marca distintiva de un cierto tipo de carácter propenso a bregar con las incertidumbres de la aventura empresarial o financiera, para ir convirtiéndose en un requerimiento necesario para vivir en las sociedades modeladas por la flexibilidad.

Siguiendo a este autor, así pues, puede observarse que el riesgo

mantiene una relación complicada con el carácter, que se estaría poniendo de relieve en las circunstancias actuales. El nuevo sistema espera de las personas una disposición positiva hacia los cambios, de manera que sean capaces de realizar acciones y tareas diferentes, y adaptarse a las necesidades cambiantes. Se trata de no permanecer mucho tiempo ligado a una ocupación o una empresa, sino de desarrollar la capacidad suficiente para aprovechar las oportunidades según se van presentando, haciendo uso de unas habilidades flexibles y adaptables a situaciones variadas. De esta forma, desde las instituciones se estaría potenciando un tipo de carácter móvil, flexible y adaptable, que se mueve cómodamente en la ambigüedad. Sin embargo, según observa Sennett, para la mayoría de la gente vivir continuamente en una situación de incertidumbre, careciendo de cualquier punto de apoyo desde el cual tejer una narrativa integradora de la experiencia, implica padecer un estado de vulnerabilidad difícilmente superable, que les incita a sentir un desgaste de su propio carácter.

Ciertamente, el desarrollo del carácter para Sennett, según se vio, requería de una disposición a volverse hacia el exterior, a tratar con la complejidad y a hacerse cargo de las dificultades. Desde este punto de vista, podría pensarse que la incertidumbre propiciada por el régimen flexible actúa como un terreno adecuado para la puesta a prueba de la solidez del carácter, pues parece exigir de los individuos una actitud más decidida, que les empujara a hacerse cargo de las circunstancias, en lugar de refugiarse en una actitud huidiza respecto a la realidad social. Pero la constatación de los efectos desintegradores del Nuevo Capitalismo, a mi juicio, ha llevado a Sennett a reivindicar la importancia de aquellos aspectos que aportan continuidad y estabilidad a la narrativa personal, y que por tanto, permiten solidificar el carácter.

Los desplazamientos en la red flexible tienden a ser inciertos y erráticos, sobre todo cuando se carecen de los contactos o experiencias adecuadas, de manera que para la mayoría de la gente la experiencia laboral en el nuevo orden institucional se convierte en un errar sin rumbo. La información a la que pueden acceder es limitada y confusa, y muchas veces solo descifrable retrospectivamente -por ejemplo, respecto al desempeño de funciones en un puesto de trabajo-; la movilidad laboral pocas veces puede resolverse en un sentido ascendente, sino que empuja más bien a quedar sometido a una precariedad permanente; mientras el valor de la experiencia

adquirida con la edad se ve denigrado en favor de la energía y la flexibilidad atribuidas a la juventud.

Así, aunque se alienta a los individuos a aprovechar las oportunidades, Sennett denuncia la escasez y ambigüedad de estas, de manera que exponerse al riesgo en la sociedad actual implica quedar sometido a un estado de vulnerabilidad continua. En ese sentido, señala que a la hora de afrontar el cálculo de los riesgos, la gente tiende a poner en primer plano lo que se puede perder respecto a las posibilidades de éxito, por lo que estar expuesto permanentemente a una situación de incertidumbre provoca más bien una sensación de angustia y vulnerabilidad ante unas circunstancias que no se pueden controlar, ya que lo que vaya a acontecer en el contexto actual parece depender más del azar que de sus propios esfuerzos.

De esta manera, para la mayoría de la gente, el riesgo más que constituir una oportunidad supone una amenaza, y más que incitar a adoptar una actitud positiva, dada la escasez de herramientas para moverse en este contexto incierto, les sume en la parálisis y la impotencia, sintiéndose atrapados por las circunstancias inmediatas. Así pues, el carácter lejos de salir reforzado en el contexto modelado por la institución flexible, queda debilitado, incapacitado para elaborar un relato integrador que aporte sentido a la experiencia (Sennett, 2000, pp. 79-102; y 2001c, p. 330).

8.4.4 La identidad fragmentada

Según está tratando de demostrarse en este trabajo, Sennett propone una noción de la identidad personal que se sustenta en la reivindicación de las potencialidades de los individuos para interpretar las condiciones en las que se desenvuelve su experiencia cotidiana, en su empeño por otorgar un sentido integrador a los diversos elementos, vinculando así los distintos acontecimientos, ideas y expectativas, de modo que la tarea de elaboración de la identidad personal adquiere la forma de un relato. El despliegue adecuado de ese relato identitario requiere de una perspectiva temporal amplia, que permita al individuo contemplar su vida en un marco que trasciende las urgencias y limitaciones de lo inmediato. Por ello, necesita disponer de una serie de elementos o herramientas imprescindibles para poder llevar a cabo esa continuada labor interpretativa, mediante la cual se relaciona con su entorno y se forma a sí mismo como persona.

Desde este punto de partida, cabe analizar los efectos que producen

los cambios actuales. Así, las condiciones estructurales y materiales que establece la extensión de las tendencias observadas las últimas décadas en la economía capitalista, y que alcanza a otros niveles de la actividad institucional, situándonos en la perspectiva desde las que Sennett las contempla, vienen a producir una erosión de esas capacidades que propician el desarrollo humano. De esta manera, observa que el nuevo modelo productivo prima el corto plazo, la renovación continua y la respuesta rápida, para analizar cómo afecta al sostenimiento del carácter y al desarrollo del relato identitario.

Según expone Smith (2007), el análisis de Sennett permitiría determinar tres aspectos complementarios de la experiencia de los trabajadores en los que se reflejarían los cambios estructurales. En primer lugar, la orientación al corto plazo impide disponer del tiempo suficiente para el desarrollo adecuado de bienes sociales y personales como la lealtad, el compromiso, el conocimiento informal, la confianza o las habilidades artesanales. En segundo lugar, la fragmentación del recorrido laboral de los individuos complica la tarea de elaborar narrativamente un relato con el que poder otorgar un sentido integrador a los cambios, careciendo así de los recursos interpretativos para formar un yo resistente a los vaivenes del tiempo, de manera que más bien tiende a sentirse perdido y desorientado, al no poder prever hacia donde se dirige. Por último, los cambios en la distribución del poder en las empresas afecta a la posición de los trabajadores. Así, las presiones por la ganancia inmediata se traducen en impaciencia, de manera que no se concede tiempo a los trabajadores para desarrollar sus habilidades o consolidar su implicación con el entorno laboral. Por el contrario, se ven obligados a poner en juego unas habilidades más flexibles y genéricas así como una actitud más distante en el trabajo (Smith, 2007, pp. 194-196).

El Nuevo Capitalismo promueve una participación limitada tanto de los capitales en forma de inversión como de los individuos a la hora de realizar tareas determinadas, sin que la relación tenga que prolongarse más allá del rendimiento inmediato o del cumplimiento del objetivo especificado. De esta manera, las inversiones y los trabajadores deambulan azarosamente entre diversos lugares sin obedecer a un rumbo coherente, más allá del interés por la ganancia bruta o a las necesidades impuestas por la mera supervivencia. En el caso de los trabajadores, la carencia de elementos de

apoyo -por ejemplo, en forma de perspectivas razonables de futuro- impide fundamentar una continuidad experiencial imprescindible para un desarrollo humano coherente, empujándoles a someterse cotidianamente a la imprevisibilidad de un sistema cuyas reglas de funcionamiento parecen escapar a su comprensión y a cualquier posibilidad de intervención.

Pfeilstetter (2010) considera en cambio que la interpretación de Sennett sobre el proceso de *individualización* en el mundo actual resulta unidimensional, ya que lo restringiría a la influencia de las condiciones económicas y laborales, soslayando que los individuos encuentran hoy posibilidades de desarrollo en otras esferas sociales (2010, p. 6). No obstante, cabría incidir a mi juicio en la defensa que hace Sennett de la artesanía o de la participación en el espacio público como medios para la formación del carácter, trascienden una mera consideración economicista de la identidad personal.

Retomando la argumentación de Smith, cabría afirmar que Sennett pone de relieve que las circunstancias actuales, producto de los cambios institucionales, provocan un desempoderamiento de los individuos, que se ven incapaces de manejar las contingencias, al sentirse privados de los recursos interpretativos que les permitieran hacerlas inteligibles. Como resultado, éstos se encuentran más expuestos y desamparados ante los efectos desestabilizadores del Nuevo Capitalismo. Aunque la flexibilización prometía incrementar los márgenes de libertad individual, en realidad son sólo unos pocos los que pueden beneficiarse de las posibilidades ofrecidas, si disponen de una red de contactos y soporte suficientemente densa y sólida. Para la mayoría, en cambio, supone ver disminuida su capacidad de intervención sobre las circunstancias que les rodean y de participar de manera activa en el mundo institucional, padeciendo por el contrario un mayor sometimiento a unos mecanismos de control más distantes y opacos en su funcionamiento.

Uno de los aspectos más reseñables del análisis de Sennett, según reconoce Smith, sería su interés en poner de manifiesto cómo las personas experimentan de primera mano las consecuencias de los cambios estructurales, que se expresan en unos relatos vitales fragmentados. Las personas, entendidos como seres inclinados a relacionarse con las circunstancias de su entorno mediante el empleo de sus herramientas interpretativas, ofrecen respuestas elaboradas con una importante carga

emocional o afectiva ante las dificultades que les asaltan. En este caso, ya no se trata de expresar insatisfacción o protesta ante una situación de explotación sistemática, sino que los individuos situados ante una realidad institucional inestable e inconsistente, estarían más bien manifestando desconcierto y una insatisfacción honda y difusa ante la misma, en forma de sensación de desapego, impotencia, inutilidad o indiferencia, o mediante la persistente sensación de ir a la deriva. Se trataría de una sintomatología que refleja la corrosión del carácter que caracteriza los tiempos actuales (Smith, 2007, pp. 197-198).

Como señala Smith acertadamente, en los diferentes estudios de Sennett se presentan a unos seres humanos preocupados por dar sentido a sus acciones, integrándolas en un marco significativo amplio, para lo cual en nuestras sociedades el trabajo desempeña un lugar axial. En relación a esta idea, la tesis que se esforzaría por demostrar Sennett en sus trabajos recientes es que el marco institucional en que los individuos desarrollan su actividad cotidiana hoy en día, proporcionado por el Nuevo Capitalismo, no puede cumplir la función de servir como un contexto apropiado para encuadrar y posibilitar el desarrollo personal (Smith, 2007, p. 198). Si bien en trabajos anteriores se había esforzado en desvelar las carencias del modelo burocrático y fordista, en el sentido de fomentar una dependencia paternalista o de limitar la creatividad o la iniciativa, en tiempos más recientes ha podido constatar que la emergencia de un nuevo estilo de organización y trabajo no está resultando liberador, sino antes bien, está provocando nuevos modos de dependencia e incompletud.

La primacía por el corto plazo, la perentoriedad del cambio continuo, la superficialidad de las relaciones, la elusión de la autoridad, o la defensa de un tipo de carácter flexible y adaptable, conforman un contexto que no resulta propicio para llevar a cabo la elaboración narrativa de la identidad que permite el desarrollo humano, según la perspectiva que es reconocible en Sennett. La experiencia fragmentada, caracterizada por la escasez de puntos de apoyo y referencias, propicia la aparición de un yo inconsistente, dubitativo e inseguro.

8.5 La corrosión del carácter provocada por las carencias del nuevo modelo institucional

En el conjunto de la trayectoria intelectual de Sennett resulta de

especial interés sus estudios y reflexiones centradas en analizar los efectos de los cambios que están produciéndose en los últimos años en el ámbito económico y el mundo del trabajo, sobre todo en la medida en que afecta a la vida personal de los trabajadores, a través de su participación en la actividad institucional y en las relaciones sociales. En este capítulo se ha tratado de profundizar en aquellos aspectos de la interpretación que propone este autor que pueden ayudar a esclarecer las dinámicas principales de la actividad económica y financiera en los tiempos actuales, y se ha prestado especial atención a su diagnóstico sobre cómo la elaboración de las narrativas personales o el sostenimiento del carácter se ven alterados por la influencia de los cambios mencionados.

En continuidad con el capítulo anterior, se ha constatado que Sennett se apoya en aquellos análisis que resaltan las especificidades de los nuevos tiempos, que se percibirían de manera más notable en el ámbito organizacional, destacando la imposición progresiva del principio de flexibilidad, guiado por una orientación temporal cortoplacista. Los procesos económicos globales desarrollados en las últimas décadas, como la liberación de capitales o la creciente diversificación de los mercados, están creando nuevos escenarios de competitividad, que reclaman respuestas innovadoras por parte de las empresas. Ante esta nueva situación, se harían cada vez más evidentes los defectos que, como se vio en el capítulo anterior, se atribuyen al sistema piramidal: rigidez, lentitud, ineficiencia, rutinización, o la limitación de la autonomía y la iniciativa que impone a sus miembros. Las empresas de vanguardia estarían ensayando un nuevo modelo de organización más flexible que, según sus defensores, permite superar el enquistamiento de la burocracia y emitir respuestas adaptativas a un mundo en constante cambio.

Sennett, por su parte, trata de poner de relieve las ambigüedades que acompañan a la implantación del nuevo modelo, sin pretender por ello quedar aferrado nostálgicamente al antiguo modelo, del que reconoce sus limitaciones. Sin embargo, la lucidez de su mirada se revela justamente cuando se enfrenta a la disección del nuevo sistema, desvelando cuáles son sus efectos reales en las vidas de las personas. La profundización de su análisis la consigue, precisamente, dando voz a los afectados, y recomponiendo sus propios relatos mediante una interpretación que pretende comprender el sentido íntimo y profundo del malestar que aqueja a

los empleados del sistema flexible, en relación con los cambios materiales y culturales a los que tratan de hacer frente.

Siguiendo este camino, logra desarrollar una propuesta hermenéutica que permite alcanzar una visión más profunda y amplia de los problemas que han de afrontar los seres humanos en el mundo actual. El trabajo interpretativo que ha llevado a cabo este autor, especialmente en los últimos años, permite poner de relieve las dificultades y retos que asaltan a unos individuos empeñados en dar sentido a su experiencia personal, en un momento en que las instituciones que enmarcan de modo fundamental los recorridos vitales de los trabajadores, parecen desentenderse de su situación, de sus necesidades, sus aspiraciones, y en definitiva, de su destino.

Sennett percibe que la solidez y la permanencia están dejando de ser los valores rectores de la actividad institucional, guiada cada vez más, en cambio, por la búsqueda de la flexibilidad, la adaptabilidad y la inmediatez. Las organizaciones flexibles desdeñan la experiencia acumulada y el compromiso adquiridos a través del trabajo lento y constante realizado en el tiempo, y que permite la consolidación de un saber técnico, de una relación humana, y también del carácter personal. En su lugar, promueven la disposición a cambiar, el desapego, o la adquisición de unas habilidades móviles y adaptables como los rasgos adecuados que ha de demostrar poseer un individuo para salir adelante en el contexto actual. La flexibilización de la producción altera profundamente las formas de organizar el trabajo y de distribuir el poder en el seno de las corporaciones, y como resultado la posición de los empleados medios se está viendo debilitada. En relación a ello, Sennett percibe agudamente cómo la flexibilización, lejos de redundar en mayor autonomía, participación e incremento de las posibilidades de mejora para los trabajadores; se está manifestando, antes bien, en inseguridad, indiferencia, inestabilidad y en el desarrollo de nuevas formas de dominio.

Por ello, puede concluirse que la mayoría de las personas estaría, en realidad, padeciendo un proceso de desempoderamiento. Lo que pone de relieve la perspectiva que escoge el autor estudiado, es que no se trata meramente de una pérdida localizada en el nivel material o el legal -no se produce sólo un descenso en los salarios o una mayor inseguridad jurídica-. La apuesta por un análisis comprensivo permite contemplar unos seres humanos que expresan sus carencias e impedimentos para integrar sus

experiencias y circunstancias materiales en un relato consistente, que manifiestan su malestar e impotencia ante la carencia de asideros sobre los que construir su biografía personal, lo que les genera, en cambio, una sensación de ir a la deriva.

La desaparición de las garantías institucionales que permitían a los individuos planificar su vida con un notable margen de certidumbre, empujándoles a sumergirse en una situación de riesgo permanente, el debilitamiento paralelo de los vínculos que ligaban a los trabajadores con las empresas propiciado por la presión del rendimiento inmediato, la superficialización consecuente de las relaciones sociales, acompañada de un desvanecimiento aparente de una autoridad que no ofrece reconocimiento, son algunos de los rasgos que resaltan del análisis comprensivo que desarrolla Sennett acerca de la situación de los trabajadores en el contexto que se dibuja en la actualidad. La fragmentación de la experiencia que están provocando los cambios institucionales diluye la posibilidad de desarrollar una historia personal integrada, de modo que el carácter se ve abocado a padecer la corrosión que denuncia este autor.

En definitiva, la apuesta por una sociología comprensiva, que trata de dar valor e la voz que ofrecen los afectados por los cambios sociales, mediante una labor interpretativa, permite poner al descubierto las carencias y fallos del nuevo modelo institucional, abriéndose a una mirada no enclaustrada en lo económico o lo estructural, sino que retiene la importancia de los factores culturales en el sostenimiento de un sistema organizacional que trastoca las expectativas y los proyectos de los individuos. De esta manera, se abre la posibilidad de cuestionar la legitimidad de los principios que guían la implantación del nuevo orden institucional, ya que permite contrastar las virtualidades que destacan sus defensores, con las consecuencias reales que padecen los afectados. Así, si bien no se trata de proponer retrocesos irrealizables, ni de dar la espalda a la realidad, sí que es necesario mantener una actitud vigilante y crítica ante los cambios que están teniendo lugar, apoyándose precisamente en una concepción de un ser humano cuya actividad se manifiesta en la interpretación de la realidad que le rodea y en la búsqueda de un sentido integrador a su experiencia en el mundo institucional.

Si este capítulo ha permitido, siguiendo la lectura que propone Sennett, destacar las carencias del nuevo institucional, sobre todo en cuanto

provocan la desintegración de las biografías personales debido a la fragmentación de la experiencia, los siguientes capítulos tratarán de explorar algunas posibilidades de superar algunas de las limitaciones que ofrece el actual panorama social e institucional. Así, se profundizará en la propuesta de Sennett de recuperar la idea de la *artesanía* como un modelo integrador del desarrollo humano, sobreponiéndose a las presiones de la inmediatez y la amenaza de la disolución experiencial. Por último, se planteará la posibilidad de desarrollar desde una perspectiva ética una crítica de las organizaciones a través de la proposición de unos principios rectores básicos.

SECCIÓN V - UNA PROPUETA ARTESANAL

Capítulo 9- Artesanía y cooperación en Sennett: un necesario impulso del carácter ante el nuevo escenario institucional.

A lo largo de este trabajo se ha ido trazando cuál es la visión del ser humano que propone Sennett, siempre vinculado a unas determinadas condiciones socio-económicas, ya que ejercen una notable influencia en el despliegue de sus potencialidades. En ese sentido, en el capítulo anterior se incidió en cómo los valores que guían al Nuevo Capitalismo, según el análisis desarrollado por este pensador, obstaculizan el desarrollo del carácter. El acortamiento de la perspectiva temporal, la escasa implicación requerida a los participantes, o la defensa de unas habilidades portátiles redundan en una merma en el compromiso con la actividad realizada. De esta manera, podía concluirse que las condiciones prevalecientes en el mundo actual no favorecen el giro hacia fuera de los individuos, clave para el desarrollo del carácter, como se expuso en el capítulo 6.

En esta sección se trataría de profundizar en el pensamiento de Sennett evaluando su potencial para elaborar una propuesta antropológica y metodológica a la altura de los retos y de los requerimientos éticos del presente. En este capítulo se pretende explorar las posibilidades de la noción de *artesanía*, en la medida en que aporta un modelo para el desarrollo humano basado en las prácticas cotidianas. La introducción de esta idea en la obra de este autor se explica, precisamente, cómo respuesta a un contexto institucional inestable y variable, en que la experiencia personal se fragmenta y se vacía de sentido y perspectiva. Por ello, su reivindicación se entenderá en relación a la concepción del carácter presentada previamente, en la medida en que su desarrollo adecuado requería de una orientación temporal amplia y de un compromiso con la actividad desarrollada en el mundo social e institucional; propósito amenazado por los principios que guían la emergente arquitectura institucional y la actividad económica global en los tiempos actuales.

Las características del actual contexto social e institucional provocarían también una merma en las posibilidades cooperativas de los seres humanos, pues empujan hacia el aislamiento y alimentan la

desconfianza. En su último libro, *Juntos* (2012), Sennett pretende rescatar una visión más amplia del ser humano y de la vida social que la proyectada por el modelo institucional dominante en la actualidad, resaltando que el despliegue de las aptitudes para la cooperación resulta fundamental para el enriquecimiento personal, así como promueve una vida social más rica, abierta y participativa.

En la primera parte de este trabajo se expuso la caracterización de la vida social que propone Sennett, destacando su reivindicación de un escenario complejo, en el que se fomente el encuentro entre las diferencias, como el que ofrece unas posibilidades más variadas para el crecimiento personal y social. La indagación sobre los diversos aspectos de la cooperación permitirá profundizar en los valores y principios que la inspiran. En este sentido, entender la participación en la interacción social cooperativa desde el marco que ofrece la noción de artesanía, lleva a reivindicar la necesidad de fomentar unas habilidades con las que contamos todos los seres humanos y que nos capacitan para establecer vínculos complejos con otros miembros de nuestra especie, más allá de la semejanza o la proximidad que ofrece nuestro propio grupo étnico o social.

Así pues, en la primera parte de este capítulo, se desarrollará la idea de artesanía que propone Sennett, haciendo especial hincapié en sus potencialidades para el desarrollo personal, poniendo de relieve sus vínculos con la noción de carácter. En la segunda parte, se tratará de mostrar cómo las recientes reflexiones del autor sobre el tema de la cooperación, planteadas desde un enfoque artesanal, permiten dotar de mayor contenido y alcance a su concepción sobre la vida social.

9.1 La noción de artesanía en Sennett

La idea de artesanía otorga, así pues, la posibilidad ahondar en algunas de las propuestas que ha ido madurando Sennett a lo largo de su trayectoria intelectual, completando una visión original sobre el ser humano. Es este apartado se pretende, precisamente, desarrollar algunas de las virtualidades que ofrece la noción de artesanía conforme al tratamiento que le otorga este autor, haciendo hincapié en su relación a la formación del carácter, a la orientación social que propone -que permitirá posteriormente vincular al análisis de la cooperación-, y su complicado encuadre en el actual marco institucional.

La adquisición de la pericia en una habilidad técnica concreta - cuestión clave para la artesanía- exige tiempo, esfuerzo, dedicación y compromiso, por lo que necesita de la existencia de unas condiciones sociales y materiales favorables a su fomento, lo que no parece corresponder a la situación presente. Sin embargo, la artesanía ofrece un modelo de desarrollo humano, sostenido en el tiempo, que desafía las limitaciones contextuales que habitualmente han tenido que afrontar los seres humanos en su intento por elaborar una narrativa integrada y comprometida con el entorno.

A continuación, pues, se van a detallar los diferentes aspectos o dimensiones de la noción de artesanía que propone Sennett, realizando primero una aproximación general a su definición y una presentación de algunos de los problemas que observa Sennett en relación a la misma; posteriormente se incidirá en el carácter procesual de la adquisición de la habilidad técnica; finalmente se evaluará, desde la perspectiva del autor, la idoneidad del contexto social actual para el fomento de la artesanía.

9.1.1 El lugar de la artesanía en el pensamiento de Sennett

La noción de artesanía aparece ligada, de manera general, al trabajo manual, si bien Sennett pretende otorgarle un significado más amplio, de manera que sea extensible a ámbitos diversos de la vida (2009a, p. 20). Su vinculación original al ámbito material permite, no obstante, poner de relieve una de las dimensiones distintivas del pensamiento de este autor, y que se refiere, justamente, a la importancia que concede a los aspectos materiales y prácticos de la experiencia social de los individuos. En ese sentido, cabe recordar que Sennett se proclama continuador de la herencia intelectual del pragmatismo americano, apreciando su enraizamiento en la actividad cotidiana (2009a, p. 26); y que se propone llevar a cabo una reivindicación de la importancia de la cultura material, desarrollando para ello su propia versión del materialismo cultural. De esta manera, entiende que mediante la producción de cosas concretas las personas pueden aprender también cosas de sí mismas, e incorporar valores sociales y humanos (2009a, pp. 18-19).

En ese sentido, Früwald destaca la importancia de la noción de *experiencia* para comprender mejor las propuestas de Sennett, desde su vinculación a la corriente del neo-pragmatismo. De esta manera, aparecen

interpenetrados lo físico y lo mental, entendiendo que existe una equivalencia funcional entre nuestra capacidad para dar forma a las cosas y la que empleamos en nuestras relaciones sociales, lo que conduce a una consideración ética sobre las consecuencias de nuestras diferentes acciones (Früwald, 2009, p.40). La idea de artesanía en Sennett, así pues, apuntaría hacia un horizonte más amplio que el que parecería aportar a primera vista el mero trabajo manual. Puede afirmarse, pues, que en la comprensión de lo humano que propone este autor, la capacidad para tratar con la materia, para transformarla y producir objetos, ocupa un destacado lugar. Por ello, en este capítulo se pretende integrar este importante aspecto en su visión más amplia sobre el ser humano, haciendo hincapié en su dimensión social, para cuyo desarrollo los elementos materiales de la actividad humana prestan un apoyo apreciable.

Por otro lado, la vinculación fundamental de la artesanía con la actividad productiva conlleva una relación ineludible, que el propio autor afronta, con la problemática vinculada al uso de la técnica. En ese sentido, observa que en el pensamiento occidental, la técnica y la tecnología han jugado un papel complicado en relación a la moral, ya que la aplicación de los avances técnicos puede ayudar a mejorar la vida de las sociedades, pero también empujar hacia la destrucción. Por ello, Arendt mostró sus recelos ante una tecnología desprovista de una orientación moral que no puede descubrir por sí misma y que, por tanto, habría de ser aportada desde instancias externas y superiores. Uno de los objetivos principales que guían la redacción de *El Artesano* es poner en cuestión esa presunción. Sennett entiende que la dificultad que observa en Arendt para afrontar estas cuestiones radica en su distinción entre *animal laborans* y *homo faber*, indicando la separación de dos dimensiones humanas. La primera sería la capacidad de producir cosas materiales, es decir, de trabajar. En ella no intervendría la reflexión superior, de tipo moral, pues se centra en la realización del propio trabajo como un fin en sí mismo, preguntándose sólo por el *cómo*, sin atender a otras consideraciones. El *homo faber*, en cambio, designaría otro tipo de producción, la política, la que realizan los hombres en común a través de la reflexión racional sobre los fines.

Desde esta perspectiva, observa Sennett, no es posible reconocer en el trabajo, en el trato con las cosas, una fuente de autoconocimiento y desarrollo personal y social. Su propósito, justamente, es reivindicar las

potencialidades del trabajo para elaborar una reflexión profunda y constructiva sobre uno mismo y las relaciones con los demás. Desde este punto de vista, entiende que existe un compromiso con el proceso mismo de producción que precede a la costatación de sus efectos en la vida social, y que busca profundizar en la comprensión del mismo (2009a, pp. 16-19). Sennett propone, así pues, una noción de artesanía que está íntimamente ligada a las posibilidades de desarrollo humano y social, a través de la implicación en la tarea realizada. Esa noción no se limitará, no obstante, según se ha afirmado más arriba, al trabajo puramente manual, sino que se extiende a diferentes esferas de la actividad humana, alcanzando la noción de ciudadanía. La artesanía, según este autor, designa un impulso humano fundamental, el de realizar bien una tarea (2009a, p. 20). La activación de ese impulso básico mediante el trabajo realizado por el ser humano presenta una serie de rasgos en los que vale la pena detenerse.

Así, por un lado, se trata de una tendencia duradera. Es decir, no se trata de un impulso pasajero que se agote en un cumplimiento inmediato, sino que apunta hacia un horizonte temporal amplio, por lo que una cualidad definitoria de la artesanía sería, precisamente, la durabilidad. Por otro, la realización correcta de un trabajo exige amoldarse a unos patrones objetivos de excelencia (2009a, p. 20). De esta manera, puede percibirse ya en la idea de artesanía, a mi juicio, su virtualidad para el desarrollo del carácter, conforme a la visión defendida por Sennett. Así, se ha constatado en los capítulos anteriores que el carácter necesita de tiempo para consolidarse, ya que requiere del establecimiento y seguimiento de una serie de hábitos y rutinas, aunque estén abiertos a una evolución permanente. Por otro lado, reclama un giro hacia afuera, que lleva al individuo a involucrarse en un conjunto de reglas y expectativas sociales. Así pues, la idea de artesanía permite superar las limitaciones propias de la mera subjetividad, al relacionar la actividad individual con unas normas y principios externos y objetivos, al tiempo que se sobrepone a las presiones de una concepción acortada de la temporalidad humana, fijando su mirada en un horizonte más amplio.

Pese a los aspectos positivos que se están exponiendo, Sennett no deja de afrontar la problematicidad inherente al concepto de artesanía. En *El respeto* trataba de explicitar las limitaciones del carácter propio del artesano, entendiendo que la realización del oficio exigía centrarse en el trabajo con el

objeto material que es tratado como un fin en sí mismo. De esta manera, el artesano concentrado en la ejecución de la tarea no sólo se olvida de sí mismo, ya que también excluye a los otros, a los que parece no necesitar, por lo que la actividad artesanal no formaría el carácter en relación con los otros (2003a, pp. 92-95). En estudios posteriores, no obstante, resalta los valores positivos de la artesanía en relación al desarrollo del carácter. Así, podrá constatar como el trabajo permite liberarse de la carga de la subjetividad sin excluir la relación con los otros, sino más bien puede potenciarla, afianzando los vínculos con el mundo exterior, y reforzando la capacidad para el compromiso. Por otro lado, observa que la curiosidad forma parte del carácter del artesano, desempeñando un papel positivo en cuanto incita a afrontar la problematidad que surge del trato con los materiales, pero que le permite también preguntarse por el por qué de las acciones (2009a, p. 26)¹⁰⁶.

Así pues, puede decirse que Sennett, sin eludir la problematidad inherente, pretende extraer lecciones de la actividad artesanal que sirvan para mejorar el desarrollo personal y social, enfrentando la existencia de unas condiciones socio-económicas adversas para tal propósito. Según se está exponiendo, las relaciones que promueve el actual marco institucional están marcadas por la superficialidad, la brevedad y la escasez de compromiso que requieren. Por ello, se hace necesario, desde la perspectiva que defiende Sennett, reivindicar la idea de la artesanía, en cuanto promueve valores como el compromiso, la durabilidad, y la profundidad en el desempeño de la actividad. Lo que distingue la actividad artesanal es, precisamente, el estar guiada por una búsqueda de la calidad, de la excelencia, por el deseo en definitiva, de hacer un buen trabajo. Tal es la marca, afirma Sennett, de la identidad del artesano (2009a, p. 38). Pero la adquisición de la pericia técnica es fruto de un proceso exigente y prolongado, en el que se pone a prueba el carácter del artesano.

9.1.2 El papel de la rutina y los hábitos en el proceso artesanal

El logro de la excelencia en la realización de una tarea requiere de dedicación, empeño y compromiso, cualidades que han de ser durables, pues el aprendizaje y el perfeccionamiento del saber adquirido exigen un tiempo

¹⁰⁶ En *Juntos* (2012), como se verá más adelante, Sennett incide en la dimensión cooperativa o social del trabajo.

prolongado. En relación a ello, Sennett observa que el aprendizaje de una tarea impone un ritmo determinado, mediante el surgimiento de problemas concretos y la exploración de las posibles soluciones que lleva a cabo la mente, de manera que se establece un diálogo entre la práctica y el pensamiento que se solidifica en forma de *hábito* (2009a, p. 21).

Cabe reiterar que en Aristóteles la noción de hábito *-heksis-* aparecía estrechamente ligada a la de carácter *-ethos-*, actuando, según la interpretación propuesta por Montoya y Conill (1988), como una categoría intermedia entre el carácter y la acción, ya que el carácter de una persona se revela en los hábitos que ha ido desarrollando, los cuales se manifiestan a su vez en las acciones que lleva a cabo. Hay que señalar que lo que destacaría en la caracterización aristotélica del hábito no es tanto su aspecto repetitivo como su virtualidad para reflejar una actitud interna, firmemente asentada en el individuo. Esa actitud interiorizada sería, precisamente, la fuente de la que brotarían las acciones que cristalizan en forma de hábitos. La excelencia de carácter es una actitud firme, establecida en hábito, el cual consiste, así pues, en una disposición permanente a actuar de determinada manera. Su adquisición y consolidación requiere, por tanto, de esfuerzo y práctica continuada, como ocurre también en el aprendizaje de cualquier habilidad técnica. Pero no se trata de un logro obtenido mecánicamente a través de la mera repetición del acto, puesto que es el pensamiento quien debe orientar el proceso de aprendizaje (Conill y Montoya, 1988, pp. 130-134).

A mi juicio, en el planteamiento aristotélico se muestran algunos de los elementos que definen la noción de artesanía propuesta por Sennett, especialmente en tanto se relaciona con el desarrollo del carácter mediante un proceso de aprendizaje prolongado en el tiempo, que requiere de una participación activa de las facultades intelectuales y racionales del individuo, y de una actitud comprometida con el logro de la excelencia a través del esfuerzo y la constancia. En ese sentido, cabe entender que los hábitos ayudan a forjar un carácter artesanal, siendo imprescindibles para la consolidación del dominio de una determinada habilidad.

Así, Sennett recuerda que normalmente se identifica la posesión de una habilidad específica como una *práctica adiestrada*, es decir, que alcanzar su dominio exige de un ejercicio continuado y rutinizado. El aprendizaje de tipo repetitivo permite, pese al desdén que sufre por parte de cierta pedagogía moderna según observa este autor, asimilar la manera

correcta de ejecutar el movimiento deseado, permitiendo tomar conciencia de los errores que se cometen (2009a, pp.53-54). La excelencia en la acción, como también habría sostenido Aristóteles, no brota de manera natural o espontánea, sin esfuerzo, sino que debe ejercitarse, siendo preciso volver repetidamente sobre ella hasta que se consolide en forma de hábito.

Según expone Sennett, el desarrollo de una habilidad sigue un ritmo determinado: en un primer momento, se trata de instaurar un hábito, ya que la repetición continuada de un gesto o acción otorgará confianza al artesano. Pero una vez asimilado, la relación con el propio hábito puede ampliarse, de manera que sea susceptible de ponerse en cuestión, introduciendo novedades o modificaciones que lo hagan más eficiente. Finalmente, la nueva acción es reincorporada en forma de hábito, cuyo dominio vuelve a fundar la seguridad con que se lleva a cabo (2012, pp. 282-284). El ritmo del progreso en el dominio de una habilidad responde al esquema según el cual se produciría la reestructuración de la seguridad durante cualquier proceso de cambio¹⁰⁷. En el caso del aprendizaje artesanal, la capacidad para aplicar de manera rutinaria las informaciones o las instrucciones recibidas en el pasado, demuestra que estas han sido asimiladas de manera adecuada, pasando a formar parte del ámbito propio del *conocimiento tácito*, imprescindible para alcanzar el dominio de cualquier habilidad técnica. No obstante, la búsqueda permanente en la calidad del trabajo lleva al buen artesano a interrogarse sobre las posibilidades de mejora o las necesidades de corrección del mismo, internándose así en el ámbito más avanzado del *conocimiento explícito*, evitando acomodarse en la equívoca sensación de seguridad a que incita el saber ya asimilado (2003a, pp. 239-240). Por ello, Sennett incide en la necesidad de mantener vivo el diálogo entre ambos estados de conocimiento, reclamando así la importancia para la ejecución de cualquier tarea tanto de los conocimientos asimilados y establecidos en forma de hábito, como la presencia de la función correctora y amplificadora que permite la reflexión crítica (2009a, pp. 68-70).

Cabe recordar que anteriormente -capítulo 8, apartado 8.4.1- se expuso la reflexión de Sennett sobre el papel de la rutina en el trabajo, notando que en ocasiones prevalece una percepción negativa sobre la misma, ya que se equipara a una mecanización del trabajo que conlleva

¹⁰⁷ Ver más arriba, Capítulo 6, apartado 6.2.2

necesariamente un embotamiento de la mente y, por tanto, de las facultades críticas o imaginativas de los trabajadores. En ese sentido, una implementación estricta de los principios tayloristas sobre la organización del trabajo podía ciertamente conllevar efectos deshumanizadores, en la medida en que convertía a los obreros en esclavos de ritmos rígidamente fijados y en meros apéndices de la maquinaria industrial. Sin embargo, apuntaba Sennett, la elaboración de una narrativa personal coherente requiere de la existencia de una sensación de continuidad en la experiencia, que puede ser soportada, precisamente, a partir del establecimiento de ciertas rutinas. En este sentido, acogerse a la rutina, seguir unos hábitos establecidos puede ser una fuente de seguridad y certeza que permite afrontar las incertidumbres de la vida.

La profundización en la actividad artesanal le permite a Sennett sacar a la luz el papel que juega la rutina para la adquisición de la habilidad técnica, pero también en la formación del carácter. Pero dado que los efectos de la rutina no son siempre positivos, lo importante será la forma y el ritmo que presente el proceso de aprendizaje. Así, este autor indica que las rutinas no deben servir para imponer cotos al desarrollo del aprendizaje, pues debe existir una relación abierta entre la solución y el descubrimiento de problemas (2009a, p. 54). Por ello, la asimilación de una habilidad o una técnica no puede consistir en la mera aplicación mecánica de un conjunto cerrado de instrucciones mediante repeticiones idénticas, pues de esta manera se incapacita al artesano para afrontar positivamente los problemas que se presenten. Las dificultades que surgen en el trato con un material, o en uso de una determinada tecnología, o en general, en el esfuerzo por cumplir un determinado propósito, han de servir como alicientes para despertar la curiosidad, de manera que el individuo se sienta llamado a involucrarse activamente en la búsqueda de soluciones, en la exploración de nuevas vías para el desarrollo de la técnica en cuestión.

Esta manera de concebir el proceso mediante el cual se forma el saber artesanal encuentra su equivalente, en el pensamiento de Sennett, en su concepción sobre la participación en la vida social, tal como detalla seguidamente.

9.1.3 La adquisición de la habilidad mediante la curiosidad y la apertura

La concepción artesanal del desarrollo personal que propone Sennett

implica el seguimiento de un proceso de aprendizaje que se nutre de la apertura experiencial como impulso primordial. En su planteamiento, el trato con los objetos materiales aparece estrechamente ligado al desarrollo de las cualidades sociales. En ese sentido, en mi opinión, la concepción artesanal del carácter juega un papel mediador entre lo material, lo personal y lo social.

Sennett cree que la mayoría de los hombres pueden llegar a ser buenos artesanos, por lo que la educación se antoja fundamental para fomentar el despliegue de las potencialidades humanas. Así, se esfuerza en hacernos ver que existe una predisposición a explorar el entorno material y social del que formamos parte, que se expresa ya en la niñez a través del juego. Por ello, le interesa poner de relieve aquellos aspectos del juego infantil que tienen que ver con el desarrollo de las potencialidades sociales o que están vinculados a la actividad de tipo artesanal, considerándolo una práctica fundamental en el proceso general de aprendizaje.

Sennett remite a la experiencia fundamental de separación de la madre para la formación del yo. Winnicott y Bowlby habrían percibido que ese momento no sólo produce frustración en el niño, ya que le permite atender a otros estímulos que le ayudan a descubrir el mundo exterior¹⁰⁸. En este proceso destaca la importancia de los *objetos transicionales*, que según Sennett canalizarían la activación de la curiosidad infantil debido a que son cambiantes o incompletos. De esta manera, el niño se interesa por las experiencias inciertas o inestables, dejando atrás la seguridad de la relación inicial con la madre. Al no estar ya sujeto por ese vínculo absorbente, puede empezar a valorar a los objetos por sí mismos, reconociendo su existencia separada e independiente (Sennett, 2009a, pp. 196-197 y pp. 333-334; 2012, pp. 25-26). En ese momento, establece una relación más compleja con los objetos que manipula, comenzando a experimentar con ellos a través del juego. Siguiendo a Erikson, reconoce Sennett en estos actos exploratorios las primeras manifestaciones de un comportamiento artesanal que puede desarrollarse en la vida de una persona (2009a, pp. 332-333).

Por otro lado, a través del juego se establecerían las primeras rutinas, que resultarán fundamentales para el desarrollo del carácter y la actividad de tipo artesanal. En los juegos cooperativos los niños aprenden, en un

¹⁰⁸ Cfr. Bowlby (2004), y Winnicott (1982).

primer momento, a respetar las reglas que rigen una actividad, y posteriormente, van explorando de manera conjunta modificaciones sobre las reglas, experimentando con ellas e introduciendo así elementos innovadores que otorgan mayor complejidad al propio juego. De esta manera, van desarrollando sus aptitudes sociales y las cualidades típicamente artesanales (2009a, pp. 329-336). Algunos aspectos que se revelan en el juego infantil reaparecen posteriormente como elementos definitorios de la actividad artesanal, destacables especialmente en cuanto inciden positivamente en la formación del carácter, preparándolo para la actividad social compleja, según se expuso en la sección segunda.

Se trataría, siguiendo ese proceso, de superar el aislamiento potenciando un giro hacia el exterior a través del cual el individuo se sienta motivado para involucrarse en la realidad material y social. Para ello resulta fundamental activar la curiosidad del individuo hacia los distintos aspectos de esa realidad, incidiendo en su problematicidad inherente. Sennett insiste en que resultan más estimulantes aquellas parcelas de la realidad que muestran un aspecto incompleto, cierta indefinición, atrayendo nuestra atención aquellas cosas que pueden cambiar, cuya función o aspecto no aparece como algo cerrado o predeterminado. En este sentido, entiende que el trato con este tipo de objetos ayuda a progresar el aprendizaje, pues invitan a participar activamente en el proceso de descubrimiento y solución de problemas (2009a, p. 61)¹⁰⁹.

Las dificultades que se afrontan durante cualquier proceso de aprendizaje han de enfocarse como retos que sirvan para estimular nuestra atención, pues de esta manera va afianzándose una actitud comprometida con el objeto. Las acciones exploratorias que los niños ensayan en sus juegos -y que revelan la seriedad de los mismos- encontrarían una continuidad, ya en la edad adulta, en el compromiso que adquiere el artesano con la calidad de su trabajo, mediante la atención minuciosa que dedica a las cualidades problemáticas de los materiales con los que trata. Pero también puede reconocerse, a mi juicio, tal continuidad en la apertura del carácter que le lleva a involucrarse en los problemas de la vida social compleja, aceptando

¹⁰⁹ Sennett afirma que durante el aprendizaje de una técnica artesanal resulta conveniente servirse, en lugar de herramientas que estén concebidas para un uso bien definido y específico, de aquellas que permiten una gama más amplia de aplicaciones debido a su menor definición inicial, pues de esta manera su uso se plantea como un reto, invitando a imaginar sus posibles usos y explorar sus posibilidades, resultando más estimulantes (2009a, pp. 239 ss.).

su conflictividad inherente en lugar de evitarla¹¹⁰.

La idea básica sobre la que, en mi opinión, radica la argumentación de Sennett sería que las situaciones simples o bien definidas no resultan estimulantes, no incitan a actuar, pues no ofrecen rasgos que despierten nuestra atención. Son los elementos problemáticos de la realidad -material o social, estando ambas interpenetradas en la visión del autor- los que, en cambio, parecen interpelarnos, ya que en la medida en que están incompletos, parecen imperfectos, o reflejan algún tipo de dificultad en su constitución o en su función, nos estarían incitando a interactuar con ellos, explorando soluciones que permitan descubrir nuevos modos de utilizar esos objetos y abrir nuevas vías de participación en el entorno.

El progreso en el aprendizaje de una habilidad técnica, pero también en el desarrollo personal, no es lineal, sino que está repleto de baches y dificultades que hay que superar (Sennett, 2009a, p. 291). Por ello, la actitud del aprendiz será un factor fundamental, si bien hay que recalcar que no es ajena a las propias condiciones en que se desarrolla el proceso. Se trata fundamentalmente de potenciar el compromiso con la actividad desarrollada, pues sólo de esta manera es posible alcanzar la excelencia. Es importante, así pues, fomentar una actitud abierta y comprometida con las dificultades, pues serían éstas precisamente las que incitan a interactuar con la realidad.

Ese interés por los aspectos indeterminados o incompletos de los objetos o las situaciones aparece en el planteamiento del autor, a mi juicio, como un rasgo constitutivo de los seres humanos, que se revelaría en primera instancia en los juegos infantiles. Sin embargo, el proceso de crecimiento y maduración no conduce necesariamente a un adecuado despliegue de las potencialidades humanas. Por contra, una educación mal enfocada puede fomentar más bien la preeminencia de actitudes defensivas ante la realidad, incapacitando a los individuos para involucrarse en situaciones complejas, por lo que prefieren evitar el conflicto, en aras de la seguridad. Por ello, adquiere especial relevancia la defensa que efectúa Sennett de un modelo artesanal, en la medida en que representa un proceso de desarrollo personal que se nutre de la curiosidad básica de las personas, orientada hacia el trato explorativo de las dificultades, y culminada en el compromiso con la tarea desempeñada.

¹¹⁰ Ver a este respecto el Capítulo 6 de esta tesis.

En el proceso de adquisición de una habilidad técnica es fundamental aprender a manejarse con los errores, ya que pueden quebrar nuestra confianza. Sin embargo, según advierte este autor, es preciso deshacerse de la falsa sensación de seguridad que se produce cuando se le ofrece de antemano al aprendiz la vía correcta para la ejecución de una técnica, sin dejar espacio para una exploración más activa de las dificultades. Por ello, es preciso mantener viva en el alumno la disposición a experimentar de primera mano con el error, introduciendo incluso cuestiones problemáticas antes de que se presenten, pues de esta manera se adquiere una mayor conciencia de las cualidades del material o de los diversos aspectos y potencialidades de la técnica. El aprendizaje no concluye, según se mostró en el punto anterior, con el establecimiento de los conocimientos adquiridos en forma de hábito, ya que para adquirir una conciencia más profunda del objeto es necesario perseguir voluntariamente y escenificar las dificultades que pueda plantear (Sennett, 2003a, p. 242)¹¹¹. Por ello, Sennett expresa sus recelos hacia aquellos métodos de aprendizaje que pretenden facilitar en exceso el proceso, privilegiando la seguridad mediante la evitación del error, pues de esta manera convierten al aprendiz en un mero receptor y aplicador pasivo de instrucciones o movimientos previamente establecidos, sin que llegue a establecer un diálogo productivo con el objeto (2003a, pp. 238-239; y 2009a, p. 198).

En relación a esta idea, Sennett incide en que las resistencias que encontramos en cualquier parcela de la realidad afectan al conocimiento que vamos adquiriendo sobre ella, sobre todo en cuanto nos produzca frustración no saber cómo resolverlas. Apoyándose en estudios de investigadores como Festinger, Sennett sostiene que los sujetos no quedan necesariamente paralizados cuando tropiezan con algún objeto problemático, o con algún elemento que les impide aparentemente seguir avanzando. Así, puede servir como ocasión para iniciar una indagación más activa, preguntándose *qué es* lo que está fallando, o *por qué* se han equivocado, abriéndose la posibilidad de ensayar soluciones alternativas¹¹².

Sennett considera que es posible aprender a tolerar la frustración, llegándose a convivir productivamente con ella, es decir, sirviéndose de ella

¹¹¹ No obstante, apunta Sennett, adquirir la confianza necesaria para recuperarse de los fallos y sacar provecho de ellos no se remite a un rasgo concreto de la personalidad, sino que fundamentalmente consiste en una habilidad adquirida, y por tanto, susceptible de ser mejorada (2009a, pp. 198-199).

¹¹² Cfr. Festinger (1975)

como estímulo para seguir avanzando en el aprendizaje, pues se trata de un proceso incompleto pero factible. Para tal propósito, es pertinente el desarrollo de ciertas habilidades que ayudan a enfrentar productivamente la ambigüedad inherente a los distintos ámbitos de la realidad material -o social-, y que son susceptibles de adquirirse y perfeccionarse con el tiempo y la práctica (2009a, pp. 268-277). Así, resulta más fructífero aceptar la ambigüedad, aprender a trabajar en colaboración con las resistencias, buscando una comprensión más amplia de las mismas situándolas en su propio contexto, que tratar agresivamente de superarlas, buscando soluciones rápidas a problemas aparentemente aislados. Los seres humanos disponen, en definitiva, del potencial para desarrollar cualidades artesanales a través del aprendizaje y la práctica sostenida en el tiempo; algunas de las principales se reflejan precisamente en la manera de abordar las situaciones ambiguas o las resistencias que encuentra la actividad productiva en su trato con las cosas (2009a, pp. 263-264 y pp. 277-278).

El buen artesano se distingue, así pues, por la habilidad adquirida en el trato con la realidad material, que le permite involucrarse en su problematidad en lugar de openerse a ella. Cabe concluir, de esta manera, que en la propuesta de Sennett la figura del artesano ejemplifica una cualidad definitoria del carácter, en tanto dimensión relacional del ser humano, que se expresa en la apertura fundamental hacia la exterioridad, y que se nutre de un proceso continuo de aprendizaje y maduración personal mediante la puesta en práctica de las habilidades que permiten desarrollar un trato con las diferencias más rico y productivo. Sin embargo, la viabilidad de una propuesta artesanal para la actividad humana depende en buena medida del contexto social e institucional, por lo que corresponde ahora volver sobre algunos de los aspectos del modelo insitucional vigente en los últimos tiempos para contrarrestarlo con las virtualidades que ofrece el modelo artesanal.

9.1.4 La artesanía ante el marco institucional de la nueva economía

En la introducción de este capítulo se afirmó que el interés de Sennett por explorar las posibilidades del concepto de artesanía era explicable en buena medida a partir de la constatación que lleva a cabo de las dificultades que presenta el contexto institucional actual para el sostenimiento del carácter y para la elaboración de un relato vital consistente, ya que las vidas

de los trabajadores se veían afectadas por los cambios en las formas de trabajo. Así, la defensa de una concepción artesanal de la actividad humana parece especialmente pertinente en una situación en la que la posibilidad de desarrollar una carrera profesional en el marco de una organización se desvanece ante la realidad presente de la fragmentación y precarización del trabajo impulsada por la primacía de un horizonte cortoplacista.

En este punto se trata de dilucidar, así pues, en qué medida la propuesta artesanal de Sennett sirve para denunciar las deficiencias del nuevo modelo económico e institucional, reivindicando una idea más ajustada a unas potencialidades humanas que lejos de potenciarse se estarían viendo mermadas en el contexto actual. Así, pese a que es común hablar hoy en día de una *economía de las habilidades*, este autor ofrece una reflexión sobre el papel real que cumple la habilidad en la sociedad actual, contrastándolo con la noción de artesanía, que no encuentra la apreciación que merecería. Por ello, Sennett se esfuerza en explicitar su potencialidad para el desarrollo económico, social, y también personal, lo que invita a resaltar, a mi juicio, la fuerza moral que le es inherente.

Para adentrarse en estas cuestiones es preciso retomar algunas ideas tratadas en capítulos anteriores, aportando nuevos matices. Siguiendo la exposición de Sennett, la hegemonía alcanzada por el tipo de organización burocrático-piramidal sirvió hasta tiempos recientes como sostén para el desarrollo de historias laborales unificadas, aportando las certezas necesarias para que los trabajadores pudieran planificar el futuro, y ofreciendo unas recompensas establecidas con claridad y unas posibilidades de promoción ligadas a sus avances en el dominio de su habilidad a lo largo del tiempo. La propia idea de *profesión* se definía legalmente conforme a criterios establecidos burocráticamente (Sennett, 2009a, p. 304). Pese a esos efectos positivos, no pueden eludirse las consecuencias negativas para el trabajo que conlleva la burocracia, las cuales se fueron acentuando con el tiempo, dando lugar al surgimiento de críticas y propuestas alternativas. Así, el propio Sennett no deja de señalar algunos de sus defectos en relación a la artesanía, como el dar lugar a un sistema de conocimiento cerrado y, por tanto, poco proclive a la experimentación y la evolución a través del enfrentamiento creativo de los problemas, manifestando en cambio un modo de funcionar rígido y conservador (2009a, p. 40). En relación a ello, desde diversas posiciones se había venido denunciando que la burocracia –o el

sistema industrial fordista-, propiciaba un funcionamiento cotidiano enquistado en las rutinas, dejando un margen muy escaso para la iniciativa personal y, por ello, resultaba escasamente motivador, no ofreciendo un reconocimiento personalizado a sus empleados. La seguridad que aportaba respecto al empleo o la remuneración incitaría a adoptar actitudes acomodaticias en los individuos, que evitarían la asunción de riesgos.

Los sectores punteros de la economía -siguiendo con la argumentación del autor- estarían actuando hoy como vanguardia a la hora de implementar nuevas técnicas y nuevas formas de organizar el trabajo que, según sus defensores, permiten liberarlo de las rigideces que imponía el modelo tradicional, otorgando a los individuos mayor margen de iniciativa y responsabilidad, ofreciendo nuevas posibilidades de empleo y promoción, gracias al dinamismo y la flexibilidad de la nueva economía. En ese sentido, es significativo que Toffler considerara que la desestandarización de la producción propiciada por los avances tecnológicos, impulsaba una nueva forma de artesanía, que responde a los requerimientos de un consumo individualizado (1984, pp. 71-72 y p. 116). Sennett, por su parte, se esfuerza en desvelar lo engañoso de estas presunciones, apuntando a los efectos corrosivos de la nueva economía. Así, observa la dificultad que supone asumir riesgos para las personas que no disponen de los recursos y contactos necesarios que aporten unas garantías razonables de poder salir adelante, viéndose forzadas a actuar defensivamente al sentir que tienen más que perder que ganar (2003a, pp. 243-244). De esta manera, se estaría imponiendo en realidad una creciente desigualdad de oportunidades. Y, por otro lado, la supuesta facilitación de la iniciativa personal no respondería a un deseo de fomentar la curiosidad individual en su encuentro con la realidad material y social, sino más bien sería una manera de justificar la eliminación de garantías materiales y legales que conlleva la celebración del riesgo (2003a, p. 245).

Sennett recalca la importancia de las tendencias observables en la actualidad respecto al empleo, pues alteran profundamente las consideraciones respecto a la capacitación profesional de los trabajadores y las posibilidades reales de servirse de sus conocimientos y aptitudes. La planificación de la producción orientada a dar respuestas rápidas a las demandas cambiantes del mercado y las exigencias de retornos a corto plazo, así como la flexibilización de las legislaciones laborales entre otros factores,

explicarían que el mundo del trabajo presente hoy un aspecto altamente fragmentado, primando la temporalidad, la subcontratación, la flexibilidad horaria, o el trabajo por cuenta propia, mientras las empresas apostarían cada vez menos por invertir en perfeccionar las habilidades de sus empleados y despreciarían el valor de la experiencia acumulada en favor del dinamismo y la potencialidad asociadas a la juventud. En estas condiciones, la relación de los trabajadores con las empresas se vuelve mucho más endeble, corta e impredecible de lo que fue habitual con las grandes corporaciones. La posibilidad de desarrollar una carrera, en consecuencia, no encuentra ya respaldo en un marco insitucional que elude la visión a largo plazo y corroe las virtudes asociadas a una temporalidad amplia, como el compromiso o la lealtad. El desarrollo de un oficio, de esta manera, deja de ser un camino viable para desplegar una historia laboral en el tiempo sobre el que elaborar una sólida narrativa personal (Sennett, 2009a, pp. 49-52).

El nuevo modelo propone, por otro lado, una redefinición de la habilidad que la aleja, según denuncia Sennett, de la noción artesanal. Así, entiende que la defensa del *talento potencial* implica el uso de unos criterios imprecisos para juzgar la valía personal, ya que se dirigen hacia un objeto aún indefinido, desdeñando los logros concretos que se muestran a través del trabajo como resultado del esfuerzo y la práctica sostenida en el tiempo. En lugar de la posesión de una habilidad específica, susceptible de ser perfeccionada, se apuesta por habilidades portátiles, premiando la capacidad para aprender cosas nuevas, para reciclarse permanentemente, para poder realizar así tareas sin conexión aparente entre sí, adaptándose a diferentes requerimientos según las circunstancias del momento, en consonancia con un estilo de organización y producción dúctil, camaleónico y presentista.

La actividad artesanal, en cambio, requiere de esfuerzo, dedicación, atención, compromiso, y de la realización cotidiana de prácticas específicas a lo largo del tiempo, tratando de manera activa y dialogante las dificultades que plantea el objeto particular, profundizando así lentamente en el conocimiento de la materia, mientras se mantiene como horizonte final el logro de la excelencia. Siguiendo este modelo, un ser humano puede adquirir y perfeccionar una pericia técnica específica, reflejándose de manera concreta y palpable en el trabajo realizado.

La consideración de un tipo habilidad potencial y portátil como la que propicia la nueva vanguardia empresarial se aviene con los principios que

inspiran la reordenación institucional acometida por esas organizaciones. Según se pudo constatar en los capítulos precedentes, la pretensión de lograr un funcionamiento flexible y adaptable, junto al objetivo de obtener un rendimiento a corto plazo, desconectan la actividad organizacional tal cómo se lleva a cabo en el presente de la historia de la propia corporación así como de una visión amplia del porvenir. Partiendo de estos presupuestos, se entiende mejor que estas empresas desdeñen el valor de la experiencia acumulada o el compromiso con la función desempeñada, los cuales se asocian precisamente con la definición de *oficio* (Sennett, 2009a, pp. 31-33 y p. 349).

La aspiración de desarrollar un proyecto de vida unificado en las condiciones existentes se antoja complicado de realizar. La organización flexible ya no aporta un marco seguro que propiciara el desarrollo en el tiempo de una *carrera profesional*; es más habitual hoy en día para cualquier individuo recorrer un camino laboral incierto, pasando de un empleo a otro, teniendo que recurrir a destrezas variadas sin poder profundizar en ninguna habilidad específica, y permaneciendo en una situación de precariedad continua (Sennett, 2009a, p. 326). En consecuencia, la realización de una aspiración humana fundamental, según la perspectiva seguida en este trabajo, como es la de dar sentido a la experiencia, parece tropezar con dificultades insalvables.

El desempeño de un oficio, especialmente en la medida en que suponía la realización de una *vocación* personal, actuaba hasta tiempos recientes como una fuente primordial de sentido para la vida de las personas, aportando la narración que servía de sostén para su despliegue. En ese sentido, Sennett se retrotrae nuevamente al concepto weberiano de *beruf*, ya que según afirma remite a “la gradual acumulación de conocimientos y habilidades, y la convicción cada vez más firme de tener como destino hacer en la vida precisamente lo que se hace” (2009a, p. 324). Se trata de un proceso sostenido en el tiempo, que requiere de una constancia que se refleja en pequeños actos realizados de manera cotidiana, cristalizando en la rutina característica del trabajo disciplinado. Para el cumplimiento de la vocación resulta imprescindible, por tanto, la formación, que va reforzándose coherentemente a lo largo de la vida.

El saber hacer una cosa bien, que es lo que distingue al artesano, parece que no encaja fácilmente en un mercado laboral fragmentado y en

una economía flexible y dinámica que aboca a los individuos a someterse a una compleja convivencia con el cambio y el riesgo permanentes. La actividad artesanal recibe hoy un reconocimiento escaso, especialmente desde las empresas, que descuidan la motivación de sus trabajadores, ofreciéndoles recompensas poco adecuadas a su dedicación y sus conocimientos. La indiferencia institucional encuentra como contrapartida escasez de compromiso e implicación en el trabajo (Sennett, 2009a, p. 33 y pp. 41-52; y 2012, p.9).

Sennett trata de evitar una vez más, sin embargo, abandonarse a una mirada resignada o nostálgica. Considera que la clave respecto al futuro de la artesanía reside en la ordenación institucional. En este sentido, observa que la artesanía ofrece algunas cualidades que precisa cualquier organización cuyo propósito esté vinculado a la duración en el tiempo, y que haga suyos valores como la solidez, la estabilidad o la confiabilidad. Pero es necesario, según defiende este autor, que tanto las instituciones dedicadas a la enseñanza como las propias organizaciones empresariales apuesten por una visión de la formación individual comprometida con el fomento de las vocaciones, de manera que puedan cumplirse en un desarrollo adecuado de las habilidades, aunque sin renunciar a la necesidad de ajustar ese proceso a las exigencias y retos que plantea el mundo actual. Así, considera que la inversión de las empresas en la formación de sus empleados en habilidades sucesivas, mediante el reciclaje laboral, manteniendo un espíritu artesanal, permitiría responder a las exigencias actuales del mercado -en cuanto a competencia, especialización o variabilidad-, además de aportar beneficios a largo plazo a las empresas, los trabajadores y el conjunto de la sociedad (2009a, pp. 326-328). La posibilidad de desplegar una carrera profesional permite realizar en el trabajo unos criterios de comportamiento profesional y personal, que reflejan un sentido de la responsabilidad, cualidades básicas para que se pueda ir consolidando un *ethos* corporativo que defina un proyecto empresarial sólido y confiable (Román, 2004, p. 10).

La empresa bien organizada, cuyo horizonte remite a una temporalidad amplia, sabe valorar las aportaciones de unos trabajadores estables, responsables y bien formados, que pueden integrar las virtudes propias de la actividad artesanal en el funcionamiento cotidiano de la empresa, obteniendo de esta manera una mayor lealtad e implicación de sus miembros, así como su esfuerzo continuado y disciplinado en la búsqueda

de la calidad en su trabajo, fruto de su compromiso fundamental con su oficio. Se trata de un tipo de bienes que difícilmente pueden obtenerse de trabajadores temporales o externos, formados de manera fragmentaria o limitada, poco motivados, y escasamente comprometidos con una organización que simplemente los instrumentalice.

9.2 La cooperación

Hasta este momento se ha priorizado una descripción de la artesanía como un modelo de desarrollo personal en relación a la actividad productiva, fundamentalmente en forma de trabajo. Sin embargo, el trabajo tiene un esencial componente social, ya que la mayor parte de tareas requieren del esfuerzo coordinando de varias personas. Por otro lado, a lo largo de este trabajo se ha insistido en la centralidad que adquiere en el pensamiento y la obra de Sennett la problemática vinculada al sostenimiento cotidiano de una vida social compleja, afrontando las dificultades que plantea la vida en común entre los diferentes, así como reivindicando sus virtualidades para el desarrollo humano. En este apartado se va a retomar algunos aspectos relacionados con este tema, para repensarlo desde la perspectiva que ofrece la idea de artesanía que defiende este autor, lo que permitirá enriquecer su tratamiento con aportaciones nuevas, matizando o complementando algunas afirmaciones presentadas con anterioridad.

El núcleo de su argumentación lo constituye una consideración del ser humano como *homo faber*; así se apoya en la idea de que “el Hombre es producto de sí mismo, creador de la vida por medio de prácticas concretas” (2012, p. 11). La noción de artesanía que propone este autor, según se ha ido planteando, se articula con una visión amplia de lo humano, entendiendo que posee una serie de potencialidades susceptibles de desarrollarse a través de la actividad práctica, lo que implica ponerse en relación con los otros, interactuar con el mundo material y social del que formamos parte. La capacidad para intervenir en la realidad mediante la acción supone también poder actuar sobre nosotros mismos, entendiendo que esa realidad tiene un carácter fundamentalmente compartido, por lo que el desarrollo personal y social aparecen íntimamente ligados en los planteamientos del autor estudiado. En ese sentido, la idea de cooperación, elaborada desde un enfoque artesanal, le permite a Sennett ahondar en sus propias concepciones sobre la vida en común, abriendo nuevos horizontes para la reflexión.

La cooperación, de manera muy genérica, según el autor, puede definirse como un tipo de intercambio que aporta beneficios a sus participantes (2012, p. 18). Sennett observa que la cooperación puede ser necesaria para la realización de determinadas tareas o funciones, permite superar las limitaciones que podemos tener como individuos aisladamente, introduciendo así una gama de posibilidades de intervención sobre la realidad mucho más amplia (2012, pp. 9-10). Sin embargo, existen diferentes modalidades o formas de llevar a cabo esos encuentros, surgiendo así múltiples retos para la reflexión y la actividad práctica. En cualquier caso, Sennett incide en la existencia de una tendencia genética favorable a la cooperación presente en los animales sociales, y de manera peculiar en los humanos, aunque el grado de su realización dependerá en gran medida de las condiciones sociales en las que se produce el desarrollo humano - especialmente el proceso de aprendizaje- (2012, pp. 18ss.). Así pues, su análisis va dirigido, en buena medida, a valorar cómo el contexto institucional dominante en la actualidad favorece o impide la realización de determinadas prácticas cooperativas, y con ello, impulsa o inhibe el desarrollo de las potencialidades humanas.

9.2.1 La cooperación como una habilidad aprendida

Un aspecto destacable de la caracterización que ofrece Sennett de la cooperación es considerarla como una habilidad, por lo que es susceptible de aprenderse, de asimilarse y perfeccionarse mediante su puesta en práctica. De forma más concreta, afirma que consiste en “la capacidad de comprenderse mutuamente y de responder a las necesidades de los demás con el fin de actuar conjuntamente” (2012, p. 10), tratándose de una *habilidad dialógica*, es decir, se aplica en el trato con los demás, y se manifiesta en la capacidad para escuchar, tratar con las desavenencias o conflictos o en saber sobrellevar la consecuente frustración (2012, p. 20). De este modo, la cooperación conlleva una exigencia fundamental de dejar atrás el aislamiento individual, a poner entre paréntesis los propios intereses o inclinaciones, para ajustarse al cumplimiento de una finalidad compartida, lo que requiere tener en cuenta a los demás a la hora de tomar las decisiones o actuar de una manera determinada.

Apoyándose en las investigaciones de Erikson y otros autores sobre el aprendizaje en los primeros años de la vida, Sennett observa que las

prácticas cooperativas son fundamentales en el proceso de adquisición de una identidad personal, precediendo y posibilitando la propia individuación. Cuando el niño empieza a cooperar con los demás -primero con su madre y su padre, más tarde con otros niños-, está realizando sus primeros pasos hacia el dominio de una habilidad que le permite desarrollar conjuntamente sus capacidades cognitivas y sociales. La experimentación y la comunicación son los dos caminos mediante los que se afirma esa tendencia inherente que impulsa a los humanos a cooperar con sus semejantes. Así, primero, los bebés ensayan diferentes modos de comunicarse con sus padres, mediante un complejo proceso en el que el entendimiento mutuo se va logrando poco a poco, posibilitando la realización eficiente de las primeras conductas con carácter cooperativo. Cuando más adelante comienzan ya a relacionarse con otros niños, ensayan diferentes formas de interactuar con los demás, como sucede en los juegos cooperativos mediante la puesta a prueba de diferentes variantes sobre las reglas que rigen la actividad. La cooperación consiste, así pues, en una práctica adquirida en una conjunción comunicativa con otros, y que requiere un papel activo y esforzado de los individuos, que deben explorar distintas tentativas para responder a los problemas que se van planteando (Sennett, 2012, pp. 23-30).

Si bien en la niñez se encuentran los ejemplos de comportamiento cooperativo, su continuación en la edad adulta no aparece necesariamente como un camino recto, pues el contexto social condiciona decisivamente la posibilidad de una plena realización de esas capacidades. En ese sentido, cabe observar con Sennett que la tendencia a actuar conjuntamente con otros, teniendo en cuenta sus necesidades, parece encontrar un cumplimiento más sencillo cuando se dirige a seres próximos o semejantes a nosotros mismos, siendo más exigente cuando se trata de actuar conjuntamente con individuos que no forman parte de nuestro grupo social y sobre los que tenemos un conocimiento escaso. La posibilidad de cooperar entre extraños supone un desafío mayor porque la solidaridad, precisamente, tiende a establecerse de manera más espontánea con los que son semejantes a nosotros, de manera que reforzar la cohesión comunitaria puede conllevar el rechazo a los otros, en la medida en que se perciban como una amenaza a la integridad grupal.

Pero lo distintivo de las sociedades complejas es estar compuestas por personas de orígenes y costumbres diferentes, de manera que se ven obligados a explorar puntos de encuentro entre sí, haciendo evidentes las

insuficiencias del *tribalismo* para moverse en este tipo de contextos¹¹³. Sin embargo, una de las preocupaciones del autor –y del pensamiento social actual-, consiste precisamente en hacer frente a la pervivencia de comportamientos y actitudes que se restringen a los vínculos con los semejantes, mostrando hostilidad o incluso violencia hacia los otros. Por ello, el tema de la cooperación le permite a Sennett volver a pensar sobre la difícil convivencia entre los extraños (2012, pp. 15ss.). De esta manera, se enfrenta a posiciones como la representada por Putnam, quien sostendría que la experiencia de la diversidad provoca distanciamiento, mientras que la vida en comunidades más homogéneas incitaría a los individuos a mostrarse más proclives hacia los otros (2012, p.17). Mediante su análisis de la cooperación, Sennett pretende rescatar las potencialidades y virtudes de una sociabilidad compleja, conformando un ámbito experiencial ambiguo e impreciso, pero por ello rico y estimulante para el desarrollo personal.

La sociedad actual no favorece, sin embargo, el desarrollo de la cooperación entendida como una habilidad humana básica, lo que según Sennett puede constatarse como efecto de tres vías complementarias. En primer lugar, a nivel material, entiende que las crecientes desigualdades económicas se estarían traduciendo en una mayor distancia social, disminuyendo el interés por los otros, e incluso incrementándose la hostilidad entre los diferentes grupos. En segundo lugar se fija en el nivel institucional, para afirmar que los cambios producidos en el trabajo debilitan la cooperación. Así, la prevalencia del corto plazo se traslada también a las relaciones sociales, en las que predomina la superficialidad y un bajo compromiso, especialmente en el trabajo en grupo. Como resultado de la indiferencia institucional, los individuos se aíslan y se cierran en sí mismos, por lo que desarrollan una escasa implicación en la vida y el funcionamiento cotidiano de las organizaciones. En tercer lugar, llama la atención sobre la influencia de los factores culturales. Observa que hoy en día se tiende hacia una homogeneización del gusto, predominando un deseo de neutralizar las diferencias, mientras las relaciones sociales se vuelven superficiales. En consonancia, se estaría promoviendo un tipo de persona poco inclinada a explorar las complejidades inherentes al manejo de las diferencias, tendiendo más bien a tratar de evitar la estimulación que aporta

¹¹³Sennett se refiere con el término *tribalismo* precisamente a las tendencias sociales favorables a la cohesión grupal a través del rechazo a los diferentes (2012, pp. 15-16).

el trato con extraños, buscando la comodidad que ofrece lo semejante.

Apoyándose en estas observaciones, que apuntan a una confluencia de factores económicos, institucionales y culturales, y en consonancia con su percepción de la tendencia a cooperar como una habilidad susceptible de ser desarrollada, Sennett plantea la idea de que la sociedad actual estaría *descualificando* a sus miembros en la práctica de la cooperación ya que no estaría aportando los ingredientes necesarios para incitar a los individuos a explorar las posibilidades que ofrece. Como resultado, la interacción social se empobrece, emergiendo por el contrario un tipo de carácter –el *yo no-cooperativo*– reacio al compromiso con los otros y a la cooperación compleja, individualista y socialmente retraído (2012, pp. 20-23 y pp. 254 ss.).

9.2.2 La comunicación como forma de cooperación

Según se ha afirmado, Sennett clasifica las habilidades favorables a la cooperación entre aquellas habilidades sociales que presentan un marcado tono dialógico. Desde ese punto de vista, la comunicación entre seres humanos, especialmente cuando son extraños, aparece como una forma de cooperación básica, presentando los objetivos, retos y dificultades reconocibles en cualquier forma de cooperación entre diferentes. Se trata en este caso de una forma de cooperación eminentemente expresiva, por lo que su cumplimiento puede verse facilitado mediante la representación común de determinados rituales, para lo que los participantes han de ir desarrollando una serie de hábitos expresivos (Sennett, 2012, pp. 30-35). La comunicación, por otro lado, según advierte este autor, no consiste en un proceso de transmisión de información en el que prima la definición y la precisión, ya que incluye también lo que no se dice, y se sirve de la sugerencia o la connotación (2012, p. 50).

De esta forma, Sennett trata de profundizar algo más en las habilidades específicas vinculadas a la comunicación humana entendida como una forma de cooperación, dirigida a la obtención de un objetivo compartido y en la que los distintos interlocutores obtengan algún provecho. Para ello fija la atención no tanto en las habilidades de naturaleza declarativa –es decir, la que tiene que ver con la manera de expresar o exponer nuestras ideas, propuestas, valores, etc.–, sino más bien en las que tienen que ver con aprender a escuchar bien y responder a las propuestas que nos hacen, pues entiende que es ahí donde se localiza la clave para el desarrollo óptimo de la

conversación. A partir de aquí, según sostiene este autor, surgen dos formas de conversación, la *dialéctica* y la *dialógica*, tratándose de dos procedimientos que, sin ser excluyentes entre sí, conducen hacia resultados diferentes.

El objetivo de la conversación *dialéctica* es alcanzar el entendimiento entre las distintas partes estableciendo un suelo común que lo permita, de manera que los opuestos vayan resolviéndose en síntesis o acuerdo. La habilidad, en este caso, se muestra en la capacidad para detectar aquellos elementos que permiten sostener la elaboración de ese espacio compartido, lo que suele encontrarse más en lo que no se dice porque se da por supuesto que en lo explícitamente declarado. También destaca una habilidad reconocible en los diálogos platónicos, consistente en saber reformular en otras palabras las declaraciones de manera que se produzca un desplazamiento de lo planteado, introduciendo así una duda que reclama mayor atención de los participantes. En la conversación *dialógica*, en cambio, no se trata de lograr ese entendimiento que permite concluirla, sino que permanece indefinidamente en un estado de apertura, sin buscar una finalidad concreta, de manera que la conversación puede discurrir por direcciones no determinadas previamente. Aquí se trata igualmente de atender a lo no declarado para hacer avanzar la conversación, tratándose ahora de captar ciertos detalles o aspectos específicos. El intercambio, así, se construye de abajo hacia arriba, lográndose también una mejora de la comprensión mutua¹¹⁴.

Cuando se prioriza la escucha sobre la aserción, se propicia el reconocimiento mutuo, que puede expresarse en forma de *simpatía* o de *empatía*¹¹⁵. La primera consistía en una forma de identificación con el otro propiciada por un acto de la imaginación, de manera que la experiencia ajena se percibe como si fuera propia. La segunda no alcanza ese grado de identificación, pero movida por la curiosidad propicia un encuentro fructífero con el otro, permitiendo reconocer a la persona en sus propios términos. La empatía estaría ligada al intercambio de tipo dialógico, en el que se puede obtener el placer social de estar con otras personas sin la compulsión de ser iguales, es decir, manteniendo cierta distancia que permite obtener un

¹¹⁴ Sennett destaca que el uso del subjuntivo, forma de apelación indirecta, abre un espacio indeterminado propicio para la experimentación, generándose una comunicación más abierta (2012, pp. 41-44).

¹¹⁵ En el Capítulo 2, apartado 2.1.3 se expuso que Sennett partía de las nociones de Adam Smith para elaborar sus propias reflexiones al respecto.

aprendizaje sobre las diferencias (2012, pp. 35-43). Se trata, por tanto, de una forma de interacción social particularmente adecuada para desarrollarse en el contexto de una sociedad compleja, donde –según la visión que defiende reiteradamente Sennett– asalta continuamente la ambigüedad o chocan las diferencias, en el que rara vez se llega a soluciones definitivas, permaneciendo más bien como un proceso abierto en el que las piezas no acaban de encajar. En este sentido, la curiosidad ayuda a atender a las necesidades o valores de los demás, sin exigir una comprensión plena del punto de vista del otro, ni el logro de un acuerdo que supere las diferencias de perspectiva, pero ayuda a establecer una convivencia en una situación de apertura permanente a nuevas propuestas o la aparición de nuevos problemas. Las instituciones actuales, sin embargo, según observa Sennett, no fomentarían las capacidades para interactuar en situaciones complejas del tipo dialógico, desaprovechándose en buena medida las posibilidades de la cooperación para el progreso social (2012, p. 44 y pp. 51-52).

La participación en una sociedad democrática y plural requiere de una potenciación decidida de las habilidades comunicativas con las que cuentan los seres humanos, aprendiendo a interactuar de manera constructiva con los diferentes. La concepción deliberativa de la práctica democrática que puede desarrollarse en un contexto urbano abierto, conforme a los planteamientos de Sennett, podría reforzarse a mi juicio con esta idea de la comunicación, especialmente en la medida en que este autor enfoca la cooperación como una habilidad susceptible de ser aprendida y perfeccionada¹¹⁶. Se trataría, así pues, de una habilidad *dialógica*, que se perfecciona en el trato con los demás, aprendiendo a escuchar y a considerar las necesidades y los argumentos que plantean los otros, poniendo entre paréntesis mis propios intereses, para poder así llevar a cabo algún objetivo compartido. La comunicación entre extraños resulta especialmente compleja, ya que la diferencia de perspectivas entre los diversos participantes puede ser muy amplia, dificultando la posibilidad de encontrar lugares comunes, en un proceso que suele estar viciado por incomprensiones mutuas.

9.2.3 La civilidad: la elaboración de un orden social compartido.

Una de las preocupaciones recurrentes en la trayectoria intelectual de

¹¹⁶ Ver Capítulo 3, apartado 3.2.2

Sennett gira en torno a la posibilidad que generar un orden social compartido en el que puedan interactuar las diferencias que conforman una sociedad compleja, como la que se forma de manera particular en las grandes ciudades. Según se trató en el capítulo 2, la densidad urbana empujaba a los individuos a traspasar los límites de su propio grupo o su esfera íntima para interactuar con otros individuos, careciendo de herramientas precisas, fijadas por la tradición del grupo étnico o social, para saber cómo guiar los propios comportamientos o interpretar los gestos y actitudes de los demás. Por ello, el encuentro de los extraños generaba un escenario propicio tanto para el disfrute de cierto tipo de libertad individual -facilitado por el anonimato y el aflojamiento de los controles grupales-, como para la experimentación social, propiciando la exploración de nuevas formas de intercambio y comunicación. La conflictividad inherente a dicho espacio -producida por el choque de las diversas identidades e intereses- requería el establecimiento de unos códigos compartidos que permitiera a la gente saber cómo comportarse ante un público formado por extraños, de manera que se iba tejiendo un entramado de actuación conjunta por el que se generaba cierto entendimiento mutuo que ayudaba a amortiguar el tono de las posibles confrontaciones.

Según se afirmó anteriormente -Capítulo 2, apartado 2.2.2- Sennett interpreta las conductas que los individuos realizan en público a partir de un modelo de actuación inspirado en la representación teatral, resaltando así los esfuerzos expresivos que realizan para comunicarse con los otros a través de gestos ritualizados conforme a unos códigos impersonales que otorgan sentido a las diversas actuaciones. Amoldar la propia conducta a unas reglas externas supone establecer unos límites para la manifestación espontánea de los impulsos o necesidades del yo, de manera que no se invada el espacio de los demás. La noción de *civilidad* en Sennett remite precisamente a la formación de un espacio impersonal que permite la comunicación no agresiva, pues se desarrolla conforme a unos códigos compartidos, entre personas diferentes.

En *Juntos* profundiza en esta idea de civilidad, resaltando su fundamental dimensión cooperativa, y enfocándola como una habilidad que requiere ser fomentada y perfeccionada en cada individuo. De hecho, afirma que la evolución producida en el occidente post-medieval desde los antiguos códigos de caballería hacia formas más sofisticadas de civilidad -

expresados en los códigos de cortesía aristocráticos- fueron resultado de un esfuerzo cooperativo, que redundó en una atemperación de la agresividad y la autoafirmación en favor de un trato más tolerante y suave entre los desconocidos. En el nuevo contexto social, la base del buen comportamiento era justamente la autocontención, que permitía compartir conversaciones e intercambios de manera distendida con los otros. La ligereza en la actuación individual, en la medida en que supone no tomarse demasiado en serio a uno mismo, permite dejar en segundo plano los prejuicios hacia los demás o las preocupaciones o intereses personales, de manera que la gente se vuelve más sociable, más abierta a cooperar con los demás (2012, pp. 168-169). Por tanto, el tomar distancia respecto a uno mismo aparece como requisito necesario para el sostenimiento de una vida social de carácter impersonal.

Esta temática, observa Sennett, había sido ya objeto de atención de pensadores como Elias. Así, este autor habría ya percibido que el desarrollo de la civilidad implica reprimir el comportamiento espontáneo, requiriendo de un esfuerzo individual para contener los impulsos e inclinaciones. El elemento motivador principal para actuar conforme a lo que se considere una *conducta civilizada* sería el sentimiento de *vergüenza* -como algo distinto a la *culpa*-, ya que empuja a los individuos a desconfiar de las manifestaciones espontáneas que llevan a exponerse a uno mismo ante la mirada de los demás, reflejando una ausencia de autocontrol. Sin embargo, Sennett considera que esta descripción es incompleta, ya que al girar exclusivamente sobre el temor a la espontaneidad descuida dos aspectos básicos, y más positivos, de la civilidad: su carácter cooperativo y su virtualidad para ofrecer un peculiar tipo de placer (2012, pp.172-174).

La argumentación de Simmel, en cambio, sí se habría hecho eco de la importancia del placer que obtenemos en la compañía de los demás en la elaboración de su noción de *socialidad* -*geselligkeit*-. Según se recordará, sus reflexiones giraban en torno a las transformaciones sociales que se manifestaban en las ciudades de finales del XIX, en las que el empuje de la industrialización había atraído a masas de inmigrantes, si bien parecía fomentar más bien el aislamiento geográfico que la integración. Este autor habría percibido que el placer sociable que brota espontáneamente de la compañía de otras personas es desafiado cuando el individuo penetra en la densidad urbana y percibe la presencia de gentes extrañas. Para evitar sentirse invadido por esa sobreestimulación se protege con una máscara

racional que le permite formar parte de la multitud sin ser absorbido por ella. Saber desenvolverse en ese mundo heterogéneo requiere del florecimiento de cierto tipo de habilidad, la socialidad, que se expresa en la capacidad para manejar situaciones difíciles, sabiendo actuar entre personas diferentes sin tener que sentirse próximo emocionalmente a ellas, pues se trata justamente de mantener esa distancia protectora. Este tipo de comportamiento sociable no aspira, así pues, a profundizar en la solidaridad, ya que está aspira a lograr una elevada unidad o cohesión social, sino que se limita a asumir conscientemente la presencia de los demás como seres diferentes, aceptándolos precisamente en su especificidad, sin pretender identificarse con ellos. Por ello, la tolerancia emerge como la virtud fundamental (Sennett, 2012, pp. 59-63).

En este sentido, Sennett reitera el importante papel desempeñado por la *empatía* como una forma de adquirir conciencia del otro que no exige una identificación emocional con él -como ocurre con la *simpatía*-, pues se apoya en el trabajo de la curiosidad, que lleva a atender a la persona en sus propios términos. De esta manera, la curiosidad anima a salir de uno mismo, despertando el interés por las personas tal y cómo y son, sin estar guiados por la pulsión de la semejanza. Sennett reivindica, consecuentemente, la posibilidad de forjar un sólido vínculo social a partir de la consideración de las diferencias y las disonancias que se perciben. Para ello, es necesario que las personas aprendan a mirar hacia afuera, ya que se trata de una habilidad susceptible de interiorizarse y plasmarse en forma de hábito, a través de un proceso en el que el propio yo es transformado (2012, pp. 39-40 y pp. 390-391).

La descripción que propone Sennett de la vida social descansa en buena medida en el establecimiento de un vínculo fundamental que ligaría el escenario y la calle, entendiendo que las conductas que llevan a cabo los individuos en público son equiparables a la actuación que desarrollan los actores en el escenario -en ese sentido propone emplear el término *escenificación*- (2012, p. 137)-. En esta concepción, juega un papel clave la noción de *rol*, pues es precisamente la que permite engarzar ambas realidades¹¹⁷. Tomando como punto de partida la teorización de Goffman, observa que los actores sociales acoplan entre sí sus diversas

¹¹⁷ Ver Capítulo 2, apartado 2.2

escenificaciones logrando así de manera conjunta la formación de un orden social estable aunque dinámico, es decir, abierto a modificaciones que pueden introducir los propios actores. Los individuos, según van tomando parte activa de estos intercambios ritualizados, van convirtiéndose en expertos en la vida cotidiana, adquiriendo las habilidades sociales correspondientes. Durante ese proceso, llegan a arraigar sus conductas sociales en forma de hábitos que se expresan en forma ritualizada, de modo que puedan ejecutarlas con naturalidad, adaptándolas a las conductas de los demás y a las circunstancias contextuales, mientras van adquiriendo la capacidad de revisarlas y modificarlas para responder a los cambios que se producen (2012, pp. 287-288).

Tanto las interacciones sociales en las que prevalece la tendencia a la cooperación, como las que son más abiertamente competitivas -piensa Sennett, revelando así la influencia del *interaccionismo simbólico*-, responden a un carácter eminentemente simbólico, que suele estructurarse en forma de ritual, lo que permite equilibrar ambas tendencias (2012, pp. 125-128). Destaca tres aspectos en la conducta ritualizada. En primer lugar, se trata de un hábito adquirido a base de repetir la acción o el gesto correspondiente, fijando la atención en su especificidad. Sin embargo, no tiene porque ser estático, ya que están abiertos a un examen consciente por parte de los ejecutantes, con lo que son susceptibles de enriquecerse. En segundo lugar, destaca su dimensión simbólica fundamental. Finalmente, invita a realizar una expresión dramática, de manera que los interpretes se vuelcan hacia el exterior cuando se concentran en lo que están haciendo en lugar de hacerlo en ellos mismos (2012, pp. 132-136). La participación como actores que escenifican papeles específicos en una interacción notablemente ritualizada, libera a los individuos de la necesidad de tomar conciencia de ellos mismos, salvándoles de una autoabsorción narcisista, y les permite desplegar sus capacidades expresivas, que como destaca Sennett, detentan una orientación eminentemente social. El uso de máscaras sociales por parte de los actores no implicaría, desde esta perspectiva, un recurso para el engaño o la manipulación, sino que antes bien permite a los actores volcarse hacia afuera implicándose en la actuación, realizando en público sus capacidades expresivas, sin invadir a los demás con sus propias inquietudes (2012, pp. 288 ss. y pp. 343-346).

Desde este punto de vista, a mi entender, podría entenderse que la

civilidad se encarna en la elaboración colectiva de un marco estable y abierto que permite la adaptación de las diversas actuaciones propiciada por el reconocimiento mutuo, de modo que los individuos puedan sentirse cómodos en el trato con desconocidos. Por otro lado, conlleva el reconocimiento de que las habilidades sociales fundamentales existirían virtualmente en todos los seres humanos, de manera que su despliegue presenta efectos positivos tanto en el plano individual como el social. La generación de un orden social compartido aporta un marco que posibilita a los individuos interactuar con desconocidos desarrollando así su pericia social, adaptándose creativamente a los requerimientos del rol. Aprender a relacionarse con los otros mediante actos expresivos permite desarrollar las dimensiones sociables del yo, evitando quedar absorbido por sus propias preocupaciones y contradicciones, fomentando una individualidad más rica y flexible, que adquiere una capacidad más elaborada para imponer orden y coherencia a su propia biografía personal.

Sin embargo, las capacidades cooperativas que se encarnan en la idea de la civilidad se han visto en gran medida mermadas por la presión social en favor de una solidaridad excluyente, que limite capacidad para interactuar con extraños y, por tanto, para participar de una cooperación más compleja. En ese sentido, Sennett contempla con ciertas reservas los proyectos que se han propuesto como meta el resurgimiento de la vida comunitaria, como los que ofrecen los *nuevos conservadores*, quienes partiendo del elogio de las virtudes de lo local, pretender recrear escenarios sociales que permitan desarrollar plenamente la confianza mutua que permiten las relaciones cara a cara, salvándose del trabajo deshumanizador que realiza poder burocrático. No obstante, observa este autor, las condiciones político-económicas de las ciudades actuales impiden su viabilidad, por lo que es preciso explorar otras formas de compromiso, acorde a la complejidad de la vida contemporánea (2012, pp. 351-355). Por ello, la idea de civilidad sigue teniendo vigencia a día de hoy, manifestándose, por ejemplo, en el desarrollo de una forma de *diplomacia cotidiana* que permite gestionar los conflictos que plantea la convivencia diaria en las ciudades (2012, pp.312 ss.).

Una vez más, no se trata de alcanzar un estado social armonioso en el que se superen las tensiones existentes entre los diversos grupos, sino de aprender a convivir con las contradicciones y la persistencia del conflicto de

intereses, manejando las dificultades de manera productiva. De este modo, Sennett recalca que la gestión de la conflictividad social cotidiana se logra desarrollando un determinado tipo de habilidad, dirigida a manejar constructivamente las dificultades que presenta cualquier proceso negociador, en el que partes enfrentadas quieren hacer valer sus intereses o quejas respecto a la otra. Sus antecedentes se encontrarían, como expone en *Juntos*, en la evolución moderna de la diplomacia. Así, los expertos en esta profesión habían aprendido a servirse de una serie de técnicas que les permitían actuar con soltura y relacionarse con otros en ambientes en que reinaba la desconfianza, cómo saber atender a los demás, fijarse en los detalles o utilizar un estilo indirecto en las conversaciones, generando una sensación de informalidad (2012, pp. 174-180).

El tipo de civilidad que exige el contexto social actual, más que proporcionar un placer mutuo, suele limitarse en muchas ocasiones a aportar un marco elemental que posibilite una convivencia evitando los enfrentamientos abiertos. Por ello, la habilidad en la gestión de los conflictos se refleja en la capacidad para evitar que la interacción entre grupos diferentes esté dominada por los elementos que generan la tensión mutua, dirigiendo la atención, en cambio, hacia aquellos aspectos que, aunque sean aparentemente menores o intrascendentes, pueden servir como un punto básico de entendimiento, marcando los límites que no se pueden traspasar, o reformulando las diferentes posturas de manera que puedan ser parcialmente aceptables por la otra parte, estableciendo así un terreno compartido para la negociación. Se trata, así pues, no de lograr una identificación entre las partes, sino más bien de demostrar pericia para *reparar* los desajustes que surgen en la interacción social, reorganizando los problemas y aportándoles nuevas perspectivas, de modo similar a cómo lo hacen los artesanos con los objetos que lo requieren, poniendo en este caso en práctica las habilidades negociadoras (2012, pp. 312-329). Tal consideración pragmatista de la problemática social, sin embargo, no implica renunciar a formas de cooperación más activas, que llamen a los participantes a integrarse de manera más plena en las relaciones con los otros. Pues en el modelo antropológico atribuido a Sennett es básico el fomento de la dimensión ciudadana de la persona mediante su implicación activa en una vida pública concebida como un proceso abierto.

9.3 Una ciudadanía artesanal y cosmopolita

A lo largo de este trabajo se ha ido trazando una visión del ser humano que pretende situarlo en espacio complejo, diverso y conflictivo, entendiendo que es en el trato con los problemas que brotan del encuentro de las diferencias dónde puede adquirir un papel más activo y comprometido tanto en su propia evolución como persona, como en el progreso colectivo. La introducción del concepto de artesanía permite contemplar más nítidamente el proceso de formación del carácter como resultado de una labor constante y comprometida por parte del individuo, cristalizando en forma de hábitos. La implicación del individuo en ese complejo dominio público puede verse, a su vez, fortalecida en la medida en que se potencien sus capacidades cooperativas, aprendiendo mediante la práctica activa a considerar otros puntos de vista y a establecer relaciones productivas con los diferentes, involucrándose conjuntamente en la elaboración de un orden social compartido. La comprensión de la imbricación entre lo personal y lo social mediante la participación en un dominio público complejo plantea, en definitiva, la necesidad de un individuo que potencie y despliegue una dimensión ciudadana que resulta fundamental para su desarrollo integral como persona. Se trataría fundamentalmente de una tarea de tipo artesanal, conforme al modelo presentado, que se concreta en la idea de un ciudadano-artesano, que desarrolla activamente su compromiso con un mundo público heterogeneo que se constituye como un espacio democrático y abierto, según se expuso especialmente en el capítulo 3.

Así pues, se pretende proponer una noción de ciudadanía a partir de las ideas de Sennett, aunque no se trataría de una concepción netamente política, ya que más bien apuntaría a las prácticas que cotidianamente desarrollan los individuos cuando interactúan con otros en esos espacios compartidos, y que les ayudan a madurar y desarrollarse como personas, en tanto supone una vía principal en la formación del carácter. La idea del buen ciudadano no puede quedar, por tanto, encorsetada en una identidad étnica o grupal, sino que el compromiso con la diferencia conlleva la apertura a una perspectiva cosmopolita. La afinidad manifestada por Sennett hacia las versiones deliberativas de la democracia así como su caracterización de la conflictividad social, conducen hacia la idea de un ciudadano vivamente implicado en los problemas de su entorno, que se manifiesta se manera más

clara en su reivindicación de la necesidad de incorporar un espíritu artesanal a la acción ciudadana. La idea de una democracia que pretende descansar sobre unas bases más profundas y amplias que la requieren aquellas versiones que se conforman con identificarla con el procedimiento por el que se toman las decisiones, considerando en cambio la participación en los procesos deliberativos como elemento definitorio de la misma, demanda una definición de ciudadanía más densa y exigente. Por otro lado, la posibilidad misma de una ciudadanía activa está en gran medida ligada a las condiciones institucionales vigentes en una sociedad o en un momento dado, por lo que el análisis de la situación actual resultará de gran interés.

En un ambiente social homogéneo, según la perspectiva de este autor, difícilmente se puede propiciar el desarrollo de las virtudes y actitudes netamente democráticas, que expresarían más bien la capacidad para tener en cuenta puntos de vista ajenos, y de debatir racionalmente con ellos. Por ese motivo, recela de los movimientos que pretenden reavivar la vida democrática mediante una descentralización exhaustiva del poder, de manera que las comunidades locales sean las protagonistas directas de su propia gestión. Para Sennett, pese al aparente atractivo de la propuesta, en realidad se estaría legitimando y reforzando la fragmentación urbana que propicia actualmente el capitalismo, reafirmando el aislamiento mutuo en vecindarios homogéneos –étnica o socialmente-, en lugar de favorecer la generación de un espacio político unificante en el que puedan juntarse los diferentes intereses y estilos de vida. Diluir las estructuras gubernamentales en un batiburrillo local, además, difumina las garantías sociales básicas, incrementando el peligro de exclusión de los más desfavorecidos en un ambiente que favorece la indiferencia (Sennett, 1996. pp. 41-44). Por ello, el horizonte de la ciudadanía no puede quedar limitado a la perspectiva de lo local y de lo semejante, sino que debe abrirse al trato problemático de las diferencias, incorporando y potenciando su dimensión cosmopolita. En ese sentido, considero que el planteamiento de Sennett invita a reivindicar un conjunto de valores ligados a esa apertura experiencial vivida conjuntamente que supone su idea del cosmopolitismo, destacando el respeto activo de las diferencias, ya que se trata precisamente de tomar en consideración seriamente los puntos de vista y las necesidades de los otros, no conformándose con una tolerancia blanda que articule la indiferencia mutua.

En relación a ello, destaca la reivindicación que realiza Sennett del

valor instructivo que aporta la experiencia del desplazamiento¹¹⁸. Los exiliados políticos especialmente, o los emigrantes de modo más general, representan ejemplos vivos de los retos que plantea para las biografías personales la necesidad de integrarse en un territorio extraño y habitualmente hostil, tras dejar atrás el lugar donde se asientan las propias raíces. El distanciamiento respecto a los propios orígenes y a la identidad elaborada en el pasado que posibilita el desplazamiento físico adquiere un valor reflexivo, pues invita a los individuos a recorrer un camino de autotransformación en el que se pueden cuestionar las creencias adquiridas, y tomar conciencia de la presencia efectiva de modos de vida enfrentados (Sennett, 1996, pp. 173-177 y pp. 185-188). Según sugiere este autor, una forma de vida apegada en exceso al ámbito limitado de la comunidad particular resulta insuficiente para generar una conciencia ciudadana en un sentido pleno. En cambio, atravesar vivencias problemáticas, e incluso dolorosas, como las que proporciona el desplazamiento, permite cuestionar la pretensión de solidez que suelen detentar las ideas y categorías sociales, adquiriendo mayor conciencia de la provisionalidad de las circunstancias vitales, así como de la complejidad de las relaciones humanas, especialmente cuando se entra en un ámbito poblado por extraños. Por ello, el buen ciudadano sería el que incorpora el espíritu del extranjero, del desplazado, en la medida en que le impide aferrarse a unas ideas preconcebidas o a una identidad rígidamente establecida, y le proporciona una mayor capacidad de distanciamiento, que le permita considerar la presencia interactiva de la diversidad, atendiendo a las razones y las necesidades de los otros así como ser capaz de revisar críticamente las propias asunciones.

En la formación de la ciudadanía, sin embargo, no se trataría de renunciar a las identidades asimiladas en favor de la exclusividad de una nueva identidad política y universalista -como Sennett atribuye a la noción arendtiana de *natalidad*-, sino de mantener viva la capacidad para redefinir la percepción de uno mismo mediante el encuentro con otras identidades. De esta manera es posible incorporar una dimensión auténticamente cosmopolita a la idea de ciudadanía, ya que la posibilidad de cuestionar las identidades particulares permite poner de relieve lo que comparten todos los seres humanos, haciendo viable la comunicación entre los diferentes, aún

¹¹⁸ Ver Capítulo 5, apartado 5.3.3

cuando sea incompleta. Pese a que el dominio público es un ámbito elaborado principalmente en términos impersonales, Sennett advierte que la estimulación mutua no puede establecerse en términos estrictamente racionales -como habría pretendido Arendt-. Por ello, Sennett recupera la función que Smith habría atribuido a la *simpatía*, ya que permitía situarse imaginativamente en lugar del otro, dando lugar a una aproximación mutua de tono más emocional. La formación de un dominio público vital e inclusivo no depende sólo de que los ciudadanos atiendan a las distintas razones, no puede sostenerse exclusivamente en torno a cuestiones de justicia, ya que los ciudadanos han de poder interactuar expresivamente, recreando y vitalizando los lazos que les unen. Por ello, urge reintroducir en el espacio público elementos relaciones típicamente comunitarios, como el cuidado o la preocupación mutua (Sennett, 1991, p. 128 y pp. 165ss.); desafiando así las limitaciones humanas y sociales propias del ideal de un individuo autosuficiente.

Sennett recuerda la idoneidad de participar en ambientes sociales complejos, como los que pueden aportar las ciudades, para la maduración personal -tanto desde una perspectiva psicológica como ética-, y por tanto, para la consolidación de una dimensión ciudadana. Así, el crecimiento psicológico se produciría cuando el individuo puede dejar atrás un sentido estático del yo, lo que sucede cuando es desafiado desde el exterior, atravesando un proceso interno de desorientación y restablecimiento. La adquisición de cualidades éticas como la modestia o la tolerancia requeriría, por su parte, de aquellos encuentros problemáticos en los que se entra en contacto con los que difieren, con los que parecen diferentes (Sennett, 1998, p. 22). Por ello, la formación ciudadana -como parte de un desarrollo humano integral- requiere de contextos apropiados, en los que sea posible la interacción entre los diferentes y en los que se presenten desafíos para la maduración personal.

Podría parecer que la flexibilización institucional genera el ambiente propicio para el cumplimiento de ese propósito, en la medida que deshace las rigideces y seguridades establecidas en el pasado, favorece la movilidad y el cambio, y otorga mayor libertad e iniciativa a los individuos. No obstante, ya se han hecho patentes las críticas que realiza Sennett a las pretendidas virtudes del nuevo modelo institucional, que alcanzan también a su influencia en la vitalidad de la democracia y el vigor requerido a la

ciudadanía.

Así, una de las preocupaciones que manifiesta Sennett de manera reiterada tiene que ver con la tendencia hacia el aislamiento individual que se produce en las sociedades modernas y que se habría agudizado en los últimos tiempos como resultado de la flexibilización institucional propiciada por el Nuevo Capitalismo. Según se observó anteriormente, este fenómeno presenta una dimensión individual y otra social, aunque complementarias entre sí. Así, la cultura y la forma de organización institucional y social que impone el régimen emergente estaría incapacitando a los individuos para conectar con los demás, así como para participar de manera activa en formas de vida compleja. Como resultado, la vida social tiende a simplificarse, a empobrecerse, cuando no a vaciarse –especialmente en lo que afecta a la esfera pública-, desaprovechando las virtualidades que ofrece una sociedad abierta y plural.

Los defensores de modelo flexible aseguran que concede mayor libertad a los individuos, aportando nuevas y variadas oportunidades, estimulando la iniciativa personal e invitando a participar activamente en los cambios. Sennett denuncia lo engañoso de esta presunción, ya que cuando los individuos carecen de unas densas redes informales de apoyo y contactos cuentan con escasas posibilidades reales de prosperar por sí mismos, siendo más dependientes de las oportunidades que ofrezcan las instituciones. De esta manera, se ahonda en formas de desigualdad que trascienden los índices materiales, manifestándose en las posibilidades con que cuentan efectivamente los individuos para moverse por la sociedad en red (2006a, pp. 72-73 y pp. 144-155). Paralelamente, cabe prestar atención a una realidad laboral que tiende hacia una precarización general de las condiciones del trabajo. El desmantelamiento –o cuanto menos, la flexibilización- de las instituciones y políticas características del Estado del Bienestar –en educación, salud o asistencia social-, ahondarían en la percepción de inseguridad, desamparo, ansiedad y distanciamiento que manifiestan los relatos personales (Sennett, 2000; y 2003a, pp. 185ss).

La cultura del Nuevo Capitalismo alienta la movilidad, la adaptabilidad, la flexibilidad, la iniciativa o la originalidad, fomentando la imagen de un individuo propenso a liberarse de las ataduras que le impiden disfrutar de la libertad y de la posibilidad del cambio personal, menospreciando por contra a quien manifiesta una necesidad de apoyo como muestra de debilidad. El

consumo se ofrece un campo apropiado en el que desplegar esos anhelos. Así, Sennett observa que las marcas estimulan una sensación de cambio, de dinamismo vital, de diferencia y peculiaridad. Sin embargo, se trataría de una percepción superficial, que exagera el alcance real de las diferencias (2006a, pp. 144ss)¹¹⁹.

El influjo general que alcanza el consumismo en diferentes parcelas de la vida social incita a gastar rápidamente todos los bienes, sin llegar a extraer ni aprovechar el potencial que pudiera residir en ellos -como sucede de manera dramática, según aprecia este autor, en el caso de las habilidades-, lo que requeriría de una visión de su uso más amplia y profunda. Las instituciones flexibles celebran el cambio permanente, potenciando las pulsiones del individualismo, ya que centrados en la búsqueda de su propia satisfacción a través de la sensación del cambio personal, los sujetos dejan en un segundo plano los compromisos intersubjetivos, siendo incapaces de percibirse a sí mismos como parte de un proyecto colectivo de transformación social. La identificación del ciudadano con el comportamiento propio del consumidor implica, así pues, un debilitamiento de la vida pública, ya que tiene a comportarse más como un espectador pasivo y acomodaticio que como un sujeto implicado en la posibilidad de un progreso colectivo (Sennett, 2006a, pp. 135ss.).

Según se expuso más arriba, como respuesta a la fragmentación de la experiencia que provoca el Nuevo Capitalismo, Sennett proponía recuperar una concepción artesanal de la actividad humana, que incluye también su dimensión ciudadana, que se nutriría del compromiso básico con la realidad social de la que se forma parte integrante. Por ello, trata de contraponer la imagen dominante del ciudadano-como-consumidor aprovechando las cualidades que había destacado en la artesanía, para sugerir su incorporación en un tipo de ciudadano más y mejor implicado en la actividad pública. El elemento distintivo de la artesanía es el compromiso fundamental con la realización de la tarea, que se expresa en el deseo de realizarla correctamente. Cuando ese impulso se traslada a la vida social o al dominio público, se traduce en una implicación activa y duradera con los problemas existentes, una atención a las necesidades de los demás, que permite establecer vínculos más sólidos con los conciudadanos. Así,

¹¹⁹ La noción freudiana del *narcisismo de las pequeñas diferencias*, según reconoce Sennett, ya reflejaría esa tendencia a magnificar el alcance de lo distintivo o peculiar (Sennett, 2006a, p. 143).

haciendo frente tanto a la influencia disgregadora de un individualismo que celebra la independencia como la forma más elevada de libertad, como a los proyectos que pretenden superar la creciente disgregación social ensalzando la integración en un modo de vida comunitario, Sennett reivindicaría la posibilidad de un ciudadano imbuido por el espíritu artesanal, que le lleva a comprometerse en la mejora de un mundo problemático, heterogéneo y cambiante. Se trata, claro está, no de una participación puntual o referida a una situación específica, pues justamente los valores que en este autor aparecen ligados a la artesanía son los que se vinculan a la durabilidad, por lo que más bien propone desarrollar un compromiso con lo público y su problemática sostenido en el tiempo, realizándose en una serie de prácticas cotidianas en las que cristalicen las capacidades cooperativas de los individuos.

La formación de buenos ciudadanos debería lograrse, siguiendo esta perspectiva, mediante un tipo de educación que propicie el encuentro, la cooperación y la integración entre jóvenes de procedencias e identidades diversas, ya que abordando conjuntamente los retos y problemas que surgen de una convivencia compleja, los individuos pueden ir incorporando los valores que la acompañan, aprendiendo a considerar perspectivas ajenas, desarrollando así sus aptitudes dialógicas. Se trata, en definitiva, de ir consolidando un conjunto de hábitos que permiten el desarrollo de un carácter artesanal y cosmopolita, es decir abierto a su propia evolución personal y comprometido con el progreso de un espacio complejo de convivencia. Según se expuso, Sennett recalca la importancia de participar en ambientes sociales complejos, de hacer frente a los obstáculos durante el proceso de aprendizaje, para ir forjando un carácter sólido y abierto al exterior. En definitiva, entendería que el camino adecuado para formar buenos ciudadanos consiste en ir imbuyendo a los individuos, desde su niñez, de un espíritu artesanal, siguiendo una orientación cosmopolita. Esta idea podría reforzarse, a mi juicio, con un programa bien articulado de educación en valores cívicos, como propone Cortina, que inculcara en los jóvenes las actitudes y valores propios de una ciudadanía democrática y cosmopolita, como la libertad -en sus acepciones complementarias: independencia, autonomía y participación-, la igualdad, el respeto activo, una solidaridad con vocación universal, y el diálogo (Cortina, 2005, pp. 229-250).

Por otro lado, la defensa de una ciudadanía activa, acorde con una concepción deliberativa de la vida democrática, implica situar en un primer plano la cuestión de la participación. En unas sociedades marcadas por el aislamiento, la segregación, y la indiferencia, se hace más acuciante la necesidad de generar unos espacios donde sea posible la interacción y la discusión públicas. El problema de base radicaría, precisamente, en lograr que los individuos puedan sentirse conectados a los desconocidos. Sennett observa con preocupación cómo el urbanismo contemporáneo tiende hacia la disgregación y la homogeneización de los espacios, mientras las urbes carecen de espacios que pudieran servir como foros públicos, actualizando en un contexto actual la función que para la democracia ateniense había desempeñado el ágora. Es decir, lugares que permitan un uso fluido y activo por parte de la multitud urbana, incitando a la observación y el contacto mutuos, al intercambio de ideas y propuestas, y a la exposición abierta de los conflictos existentes, desarrollando así conexiones cívicas sostenidas y focalizadas (Sennett, 1998; y 2006c, pp. 4-5)¹²⁰.

En conclusión, si bien Sennett no ofrece explícitamente una noción completa de ciudadanía, a través de diferentes publicaciones del autor es posible extraer los rasgos más significativos de una propuesta de definición acorde con la concepción general del autor acerca de la vida pública y con su comprensión particular del desarrollo personal, y que responde a las características dominantes en el actual contexto socio-político. Así, la concepción del dominio público como un espacio democrático en el que interactúan las diferencias, y en el que pueden abordarse deliberativamente los conflictos que van surgiendo, da lugar a la noción de un ciudadano que permite superar el ensimismamiento narcisista o una perspectiva autointeresada, así como trasciende las limitaciones de las identidades grupales, abriéndose a una fundamental dimensión cosmopolita. Finalmente, la integración del espíritu artesanal en esta noción de ciudadanía manifiesta la necesidad de un compromiso sostenido y creativo con la problemática que constituye el dominio público, que permita pensar la ciudadanía como una vocación común a todos los seres humanos, pero que necesita de unas condiciones adecuadas para su buen desarrollo.

¹²⁰ El interés de Sennett por las cuestiones relacionadas con la planificación urbana está en gran medida ligado a su concepción de la democracia y de una interacción social compleja enraizada en el espacio físico de la ciudad.

9.4 El carácter artesanal y cooperativo: el compromiso con una realidad compleja

Este capítulo ha permitido seguir profundizando en el pensamiento de Sennett a partir de la exposición y reflexión sobre algunas de las propuestas conceptuales y temáticas que ha realizado en estos últimos años, ocupando un papel nuclear el concepto de artesanía. La introducción de esta noción le ha permitido al autor seguir ahondando en su análisis de los efectos del Nuevo Capitalismo en la vida de las personas, incidiendo en los efectos negativos para la elaboración de una narrativa personal coherente de la quiebra de la perspectiva temporal amplia, al primar la visión a corto plazo. La escasez temporal también se refleja en una merma de la calidad y la profundidad de las relaciones sociales -cómo se observa de manera especialmente hiriente en el lugar de trabajo-, de manera que lejos de alentarse la cooperación, se estaría más bien empujando a cada individuo a valerse por sí mismo, desatendiendo los vínculos que pudiera sostener con los otros.

El recurso a la noción de *artesanía* permite a Sennett enriquecer su particular concepción sobre el desarrollo humano, ya que ofrece un modelo de aprendizaje, perfeccionamiento y maduración personal que se nutre de un compromiso sostenido en el tiempo con la tarea realizada en la búsqueda permanente de la excelencia, lo que permite poner de relieve una orientación ética intrínseca y fundamental. El trabajo artesanal impulsa al individuo a salir de su ensimismamiento y fijar su atención en aspectos problemáticos de la realidad exterior, que desafían su capacidad para desenvolverse en un mundo complejo. En ese sentido, representa una prueba de carácter, ya que el individuo ha de esforzarse por aprender a tratar productivamente con los problemas abriéndose al exterior, desafiando la seguridad que proporciona lo ya conocido. Así, hay que entender que el establecimiento de hábitos no tiene por qué implicar una conducta acomodada, ya que en la medida en que estén abiertos a la revisión invitan a reflexionar sobre las posibilidades de mejora de la función desempeñada, madurando de esta manera los conocimientos ya adquiridos.

La existencia de un entorno estimulante resulta esencial para despertar la curiosidad del individuo, incitándole a participar en él. Según se está tratando de reflejar a lo largo de este trabajo, Sennett considera que un

entorno estimulante es aquel que presenta algún reto para nuestra comprensión, presentando un aspecto inacabado, incompleto, de manera que sea su problematicidad inherente la que nos invita a involucrarnos en su resolución. En ese sentido, la imagen de la *linde* representaba la idea de un territorio fronterizo, en el que cotidianamente se encuentran los diferentes, viéndose impelidos a interactuar entre sí, enfrentando un trato problemático y potencialmente enriquecedor. Pues bien, la descripción ofrecida por el autor estadounidense del desarrollo de una habilidad conforme al modelo artesanal se adecua bien al tipo de relación con el mundo exterior que entiende ha de posibilitar el proceso de maduración personal.

La realidad material con la que trata el artesano no es simple ni fácilmente manejable, sino al contrario, presenta resistencias, detalles discordantes, elementos incompletos, que exigen su atención y que reclaman de un esfuerzo permanente en busca de la mejor manera de tratar con la problematicidad que acompaña a su tarea. Pero es a través de esta dedicación constante, de este compromiso con una realidad problemática como se forja el carácter del artesano y como adquiere la maestría en una técnica concreta. Por ello la formación del ser humano -especialmente en su faceta ciudadana- puede inspirarse en el modelo artesanal. De esta forma, Sennett reivindica las virtudes de un entorno social complejo, caracterizado por la heterogeneidad de individuos, grupos e intereses que lo forman, para fomentar el desarrollo del carácter, que se inicia, precisamente, a partir del necesario giro hacia el exterior que lleva a interesarse por la complejidad de su mundo. Es a través del trato con los retos que plantea la existencia insoslayable de diferencias que se entrecruzan en un espacio compartido, cómo el yo se va poniendo a prueba a sí mismo, activando sus capacidades sociales y adquiriendo mayor pericia en la participación en situaciones complejas definidas por un conjunto de reglas y convenciones susceptibles de renovarse cooperativamente.

El proceso mediante el cual un individuo incorpora las cualidades artesanales -aprendiendo a manejar los objetos materiales- va de la mano de la adquisición progresiva de las aptitudes sociales, según el planteamiento que ofrece este autor. Así, en los primeros años vida es fundamental avivar la curiosidad por aquello que nos rodea, facilitar que el niño tome la iniciativa en su descubrimiento del mundo, aprendiendo por sí mismo a interactuar con los objetos, con los otros individuos, y con las reglas que

definen las relaciones sociales. El mantenimiento en la vida adulta de esa disposición a la apertura hacia la complejidad del mundo exterior es lo que definirá la posibilidad de un carácter bien formado, dispuesto a involucrarse en una realidad incompleta e imperfecta, pero por eso mismo repleta de posibilidades y retos para el crecimiento personal.

Saber tratar con la heterogeneidad social, sin embargo, no conlleva una identificación emocional o una comprensión plena del otro, pues justamente la finalidad propuesta consiste en poder llegar a interactuar con extraños de manera solvente y eficaz, intercambiando información y puntos de vista, de manera que se produzca un aprendizaje mutuo que nos ayude a crecer socialmente. Para tal fin, Sennett recalca el valor de la empatía, como una forma de curiosidad que lleva a interesarnos por el otro en sus propios términos, sin pretender instaurar una igualdad ficticia o forzada entre las diversas partes. La idea de la sociedad que defendía Sennett, según se trató en capítulos anteriores, pretende ir más allá de las concepciones armoniosas, como las que pretenden fundar la vida comunitaria en una identidad compartida como fuente de sentido e integración. Por el contrario, la diversidad étnica y social que caracteriza las sociedades complejas genera una conflictividad que permanece en el tiempo, aunque manifestándose de diversas maneras según las circunstancias dominantes en cada contexto histórico específico. Por ello, este autor apuesta por entender la vida comunitaria formando parte de un proceso abierto, inconcluso en el tiempo, de manera que las diversas aportaciones de los participantes van generando nuevos problemas, nuevos retos, y también nuevas respuestas.

En este sentido puede entenderse mejor el interés reciente del autor por el tema de la cooperación, considerado por él en relación al desarrollo de las habilidades sociales básicas que nos permiten ir generando conjuntamente formas complejas de interacción. La singularidad del análisis de Sennett reside, precisamente, en su enfoque artesanal de las capacidades sociales. Es decir, este autor las concibe como habilidades susceptibles de perfeccionarse a través de una práctica continuada, comprometida y reflexiva. Su noción de artesanía que propone no se restringe, así pues, al ámbito del trabajo remunerado, otorgándole un alcance mucho más amplio, pudiéndose aplicar a las distintas facetas de la vida, y de manera notoria a las relaciones sociales, tratándose de un tipo de actividad definitoria de lo humano. En ese sentido, trasladar el compromiso fundamental que adquiere

el artesano con el desarrollo de su oficio al ámbito público puede ayudar a fomentar la ciudadanía, en la medida en que el individuo se va implicando progresivamente en los problemas colectivos mediante la puesta en práctica de sus propias capacidades comunicativas y sociales, aprendiendo a considerar las posturas y las necesidades ajenas, a enfrentar productivamente las resistencias que surgen en el encuentro con el otro.

Desde la consideración de lo humano que propone Sennett, que pone el acento en su capacidad para automodelarse, se puede incidir en la dimensión social, entendiendo que los seres humanos pueden llegar a convertirse en productores activos de la vida social, generando conjuntamente formas dinámicas y constructivas de relación mutua. La viabilidad de una convivencia de las diferencias en un espacio común se hace posible mediante la configuración de alguna forma de civilidad, fruto de un esfuerzo cooperativo, y que viene a significar una manifestación concreta de la aspiración cosmopolita del autor. De esta manera, el avance en una sociedad cosmopolita, entendido ahora como resultado de la acción cooperativa, va de la mano del desarrollo personal, que se fundamenta en el giro hacia el exterior que ha de realizar el individuo, encontrando en los valores propios de la artesanía una vía de enlace entre lo personal y lo social.

El proceso artesanal, tal como lo concibe Sennett, aporta un marco narrativo al recorrido vital de una persona, ya que permite situarlo en una temporalidad amplia, proporcionando una orientación definida al conjunto variado de experiencias. No obstante, la viabilidad de cualquier proyecto personal depende del contexto socio-institucional en el que pugna por salir a flote. De ahí que incida en la importancia de las transformaciones que están teniendo lugar, pues influyen de manera muy directa en la posibilidad de desplegar un plan de vida conforme al modelo artesanal. El análisis que despliega este autor permite constatar cómo los principios que guían la ordenación institucional, así como la actividad económica a nivel global, en los últimos tiempos fomentan un tipo de ser humano más limitado, más desconectado, menos comprometido, ya que dispone de menos recursos para enfrentar los retos de la vida diaria y para interactuar con el mundo que le rodea, y se encuentra menos motivado para implicarse en ese complejo entorno social.

Según se trató en los capítulos precedentes, el proceso de reestructuración institucional está animado por el principio de flexibilidad y

su horizonte temporal estaría limitado al corto plazo. La consecuente precarización del trabajo conlleva un debilitamiento de los vínculos que ligaban a los trabajadores con las empresas, de manera que hoy raramente ofrecen la posibilidad de desarrollar una carrera profesional. Los trabajadores han de adaptarse a las necesidades del momento, mostrándose disponibles a cambiar de lugar de trabajo, de función, o de compañeros, sin que obtengan a cambio unas garantías mínimas acerca de su porvenir. Y aunque estas empresas fomentan el trabajo en grupo, se trata de una colaboración superficial y efímera. El nuevo contexto institucional, así pues, no estaría aportando un entorno apropiado para el despliegue de un espíritu artesanal a través de prácticas concretas desarrolladas cotidianamente, lo que requeriría de continuidad en el tiempo. El aflojamiento de los lazos que ligan a los trabajadores con las empresas y con sus compañeros tampoco ayudaría a sostener formas sólidas y duraderas de cooperación, ya que más bien alimentaría el individualismo y la desconfianza mutua.

El efecto combinado de la creciente desigualdad económica y de las nuevas formas de trabajo estaría propiciando, como resultado, la emergencia de un tipo de carácter reacio a la cooperación, indiferente a las necesidades de los demás, y proclive a aislarse en sí mismo ante la perspectiva de un orden social inseguro y escasamente fiable, que abandona cada individuo a su suerte. Sin embargo, Sennett evita caer en la resignación o la nostalgia, esforzándose por explorar entre las variadas dimensiones de la vida social, lugares en los que se manifiestan las potencialidades cooperativas y artesanales de los seres humanos. Por ello, se hace patente la importancia de forjar un sólido carácter artesanal, abierto al exterior e implicado en la tarea ciudadana, como miembro activo de una comunidad humana compleja, abierta y dinámica.

Capítulo 10. El potencial del pensamiento de Sennett para la Ética empresarial

A lo largo de esta tesis se han ido exponiendo los aspectos más notables del pensamiento de Sennett, destacando los temas que ocupan sus investigaciones, reflexionando en torno a los conceptos en torno a los que se articula su pensamiento, y resaltando el valor de sus aportaciones, al tiempo que se indicaban ciertas carencias. Ahora se trata precisamente de completar la profundización en sus ideas y propuestas, para evaluar en qué medida pueden contribuir a un mejor conocimiento de la realidad actual, tratando de explicitar y desarrollar algunas de las virtualidades que residen en sus escritos, incidiendo especialmente en las implicaciones éticas y ciudadanas. Según se ha defendido en este trabajo, el ser humano se desarrolla participando en un marco socio-institucional determinado, siendo el lugar de trabajo y los espacios públicos en los que puede interactuar con los diferentes, los ámbitos donde principalmente se modela su identidad y se forja su carácter, desplegando sus capacidades sociales y creativas que le permitan edificar su autonomía. En relación a ello, en este capítulo final se pretende incidir en la comprensión del individuo moderno como actor institucional, enfocando ahora el estudio de las organizaciones empresariales desde una perspectiva ética, para dilucidar qué puede aportar Sennett a una Ética empresarial atenta a los requerimientos y problemas del presente.

Por ello, es necesario en primer lugar aclarar qué es la Ética empresarial, cuáles sus cometidos, y cuál es su sentido en el mundo actual. A partir de ahí, se profundizará en la comprensión que de la misma, como ética aplicada en el marco de una ética cívica, se ha ido elaborando en la Escuela de Valencia, ya que supone una referencia fundamental en este trabajo. Seguidamente, se trata de regresar a los planteamientos de Sennett para reflexionar sobre los valores y orientaciones morales que subyacen a sus trabajos sobre las organizaciones empresariales y el cambio institucional, para sacar a la luz aquellos aspectos que no estén siendo suficientemente considerados por las éticas de las organizaciones. De esta manera, se pretende resaltar que la defensa que realiza Sennett de los individuos como interpretes competentes de su propia experiencia institucional, sirve como

base para reivindicar una necesaria mediación de las perspectivas que despliegan los participantes de la actividad organizacional para una comprensión ética completa de las cambiantes realidades del presente.

10.1 La necesidad de la Ética empresarial

En los capítulos anteriores se ha analizado la interpretación que propone Sennett sobre los cambios que están teniendo lugar en las estructuras económicas y administrativas a nivel global, destacando el interés por evaluar cómo afectan a la vida de las personas. Éstas elaboran sus relatos vitales a través de la participación en contextos institucionales que parecen estar perdiendo la solidez que tuvieron antaño, de manera que pueden percibir cómo se escapan muchos de los asideros de los que podían disfrutar las generaciones anteriores.

El mundo de la empresa se ha convertido en el campo principal de investigación de este autor, fijándose en aquellos sectores que estarían actuando como vanguardia, señalando la dirección de las transformaciones. Su análisis se sustenta en investigaciones empíricas realizadas con individuos involucrados en el funcionamiento de las organizaciones desde distintos niveles, esforzándose por situar los resultados concretos en un contexto más amplio, analizando las transformaciones estructurales que afectan especialmente a las formas de organizar el trabajo. Sin embargo, las implicaciones de sus puntos de vista parecen demandar la necesidad de superar un nivel meramente descriptivo, especialmente en la medida en que concede un valor central a la interpretación de los efectos de los cambios por parte de los afectados. En este sentido, y pese a que no pretende sumergirse en el terreno de la fundamentación, cabe apreciar que sus investigaciones invitan a profundizar en una reflexión moral. Por ello, en este capítulo se pretende sacar a la luz aquellos valores que orientan su interpretación sobre el cambio institucional, especialmente en tanto apuntan a un objetivo básico: el despliegue personal en un marco organizacional.

Pero, más allá de la calidad del trabajo del sociólogo estadounidense y sus destacadas aportaciones a una mejor comprensión del funcionamiento y los cambios producidos en las instituciones y sus consecuencias en la vida social y personal, las cuestiones abordadas en los capítulos precedentes llevan a interrogarse sobre la validez de los principios que están guiando la reordenación institucional, así como la legitimidad que quepa reconocer a

las organizaciones empresariales. Este propósito exige dar un paso más allá del plano de un análisis descriptivo-interpretativo por el que se ha transitado principalmente hasta ahora siguiendo las investigaciones de Sennett, para encontrar un modelo teórico bien articulado que pueda servir como instancia crítica para juzgar un determinado ordenamiento institucional, así como para valorar las actuaciones concretas que se desarrollan sobre todo en el ámbito económico, a partir del reconocimiento de sus consecuencias para diferentes grupos sociales. Para ello, se va a recurrir a la versión de la ética empresarial que propone la Escuela de Valencia, que se inspira en la ética discursiva, aunque teniendo como horizonte principal la posibilidad de la aplicación a las prácticas reales, lo que le lleva a cuestionar los límites de este modelo. Por ello, invitan a desarrollar una hermenéutica crítica de la actividad económica y empresarial, atenta a los contextos en que se realiza efectivamente, pero para descubrir la dimensión universal que subyace a las prácticas concretas.

A partir de ahí, se volverá a la obra de Sennett para intentar discernir cuáles son las aportaciones que pueden extraerse de sus reflexiones para ir elaborando una ética empresarial más completa y atenta a las realidades personales. En ese sentido, se pretende demostrar que Sennett, en la medida en que se esfuerza por poner en primer plano la perspectiva experiencial del miembro de la organización, destacando su capacidad para interpretar la realidad en la que está inmerso, puede ayudar a cubrir ciertos aspectos de la realidad institucional que no son suficientemente atendidos por la ética empresarial, reforzando los puentes entre lo personal y lo institucional.

10.1.1 La Ética empresarial en el marco de la ética de las organizaciones

Siguiendo a Cortina (1994), la ética -en tanto que saber moral- cumple fundamentalmente tres funciones: aclarar qué es lo moral, fundamentar la moral, y aplicar a los diferentes ámbitos de la vida social los resultados de los anteriores. El cometido de una ética aplicada será, por tanto, averiguar cómo pueden orientar los principios obtenidos en el nivel de la fundamentación a las diferentes actividades humanas (1994, p. 28 y p. 32). Para ello, ha de tener en cuenta las características propias de cada ámbito concreto de aplicación, por lo que no se trata de aplicar esos principios de manera inmediata, sino haciéndose cargo del juego de intereses y valoraciones que ofrece cada contexto, así como otorgando un papel

protagonista en la resolución de los conflictos a los distintos implicados. En definitiva, no se trata de ofrecer recetas cerradas de actuación, sino aportar un marco para la reflexión moral proporcionando técnicas de discusión y análisis de las situaciones y criterios de justificabilidad de las normas (González Esteban, 2001, pp. 87-89). Así, de manera general puede decirse que la ética empresarial es un caso de ética aplicada -en el marco de la ética de las organizaciones- cuya misión es aplicar esos principios a la actividad empresarial.

La ética empresarial, como disciplina particular, enariza con la *business ethics* desarrollada primeramente en Norteamérica a partir de los años 70, adquiriendo con el tiempo mayor relevancia, riqueza y presencia social. Su auge se explicaría debido a la acción conjunta de una serie de motivos, como una creciente desconfianza social ante las instituciones - particularmente, ante las grandes corporaciones empresariales-, el incremento de la regulación jurídica sobre la actividad empresarial, la mayor complejidad de los mercados acompañada por un aumento de la competencia, el protagonismo adquirido por la sociedad civil, o la ausencia de un horizonte moral compartido ante el auge del individualismo y la expansión de la globalización (Cortina, 1997, p. 30 ss.; Calvo, 2012, pp. 92-93). Hoy en día se hace más difícil, por todo ello, sostener una concepción de la actividad empresarial desligada de la ética, como si respondiera exclusivamente a una racionalidad estratégica dirigida a la obtención del beneficio económico a cualquier precio. Por contra, la sociedad exige cada vez más que las empresas actúen responsablemente, y su incumplimiento de las expectativas que la sociedad deposita en ellas se paga en una pérdida de credibilidad que resulta dañina para el propio éxito del proyecto empresarial (Cortina, 1994; García Marzá, 2004).

La imbricación entre actividad económica y moralidad, pese a que se ha tendido erróneamente a pensarlas como dimensiones mutuamente refractarias, ha recorrido de hecho el desarrollo histórico del capitalismo. Pues, como indica Conill, si bien la emergencia del capitalismo moderno impulsó la formación de un ámbito autónomo que obedecía a sus propias leyes, lo cierto es que en sus diversos movimientos ha ido ligándose a una u otra concepción moral más o menos explicitada -sea la defensa de la libertad, una concepción puritana de la acción, el utilitarismo, o las más actuales éticas de la justicia económica-, conformando así diferentes *éticas del*

capitalismo (Conill, 1994, pp. 52-56).

La reflexión ética sobre la actividad económica y empresarial se despliega en tres niveles que conviene distinguir analíticamente: macro, meso y micro. Así, en el nivel macro se habla de una *ética económica* que pretende desarrollar una reflexión ética sobre los sistemas y procesos económicos, fijándose en la moralidad existente en las estructuras y mecanismos del mercado, siendo su preocupación principal la justicia del ordenamiento económico. El nivel meso de análisis se dirige ya a las empresas, entendidas como organizaciones económicas e instituciones sociales, poniendo de relieve el papel que desempeñan en su funcionamiento los valores morales. La *ética empresarial* pretende reflexionar desde un punto de vista ético sobre la actividad empresarial, fijándose particularmente en el proceso de toma de decisiones en un contexto de libertad de mercado. La ética permite, en este sentido, poner de relieve la responsabilidad que adquieren las empresas a través de sus actuaciones, aportando orientaciones y ayudando a generar recursos que permitan tomar buenas decisiones. Finalmente, la *ética de los individuos que trabajan en las organizaciones* atiende al nivel micro propiciando un análisis ético de las actuaciones y relaciones que desarrollan los individuos en el seno de una organización. Se trata ahora de definir lo que las personas, de acuerdo a su papel institucional, deberían hacer para cumplir con su propia responsabilidad (Conill, 1994, pp. 51-52; Lozano, 2004, pp. 25-26). En esta tesis se está atendiendo sobre todo a los dos últimos niveles, ya que el objetivo es destacar las aportaciones que pueda realizar Sennett a la ética empresarial, otorgándose un lugar clave a las interpretaciones que pueden desarrollar los miembros de la organización y a las relaciones sociales que establecen, aunque sin perder de vista la interpenetración entre los tres niveles, ya que los cambios producidos en el nivel superior están afectando notablemente a la actividad organizacional.

Fijando la mirada específicamente en el ámbito organizativo, se advierte que los cambios producidos en diversos momentos en la estructura y la concepción de la empresa -vinculados con las transformaciones que tenían lugar en el sistema económico-, impulsan a su vez cambios en la relación entre la reflexión ética y la actividad empresarial.

Como expone Conill (1994), la empresa, como unidad básica de producción y organización del trabajo, ocupa un lugar axial en la

configuración de la vida económica y la mentalidad modernas, propiciando el tránsito de una economía orientada principalmente a la producción de lo necesario e integrada en un contexto familiar-comunitario hacia una forma de producción autónoma dirigida por un afán de maximización del beneficio, generando como resultado unas formas de relación marcadamente conflictivas. Pero lo que ha fortalecido la empresa moderna como institución capaz de permanecer y desarrollarse en el tiempo ha sido precisamente el haber implementado una forma organizativa, que le permite actuar de manera independiente mediante la integración de las diversas actividades, y la coordinación jerárquica de sus miembros en la persecución de un objetivo común, misión en la que el directivo desempeña un papel fundamental (Conill, 1994, pp. 68-72).

Para ello, la organización se sirve de una estructura de autoridad, resultando fundamental la capacidad de liderazgo y motivación del empresario para coordinar los diversos esfuerzos y capacidades, controlar las actividades, y resolver los conflictos de objetivos. En los últimos tiempos, según se ha expuesto anteriormente, se está produciendo una separación entre la propiedad y la dirección de las empresas, por lo que las decisiones tienden a tomarse en una tecnoestructura compuesta por directivos profesionales que tratan de cumplir con los objetivos de los diversos grupos de interés. Por ello, lo decisivo es cada vez más la propia estructura organizativa de la empresa, su capacidad para servirse de la innovación tecnológica y de desarrollar estrategias para responder eficazmente a los retos competitivos que plantea el mercado (Conill, 1994, pp. 72-73).

La consistencia y sostenibilidad de un proyecto empresarial requiere desarrollar una serie de hábitos, e incorporar un conjunto de valores que le aporte unidad y sentido, forjando así su propio carácter como organización. El buen hacer de la empresa consiste, por tanto, en desarrollar y afianzar un conjunto de hábitos, unas formas de actuar que le permita responder a las exigencias morales que plantea la sociedad (Cortina, 2003, pp. 18-23). Si bien, como se acaba de afirmar, éstas han ido variando como respuesta al despliegue de nuevos tipos de estructuración organizativa y a los cambios producidos en el sistema económico.

Como observa Cortina (2003), ya en los primeros desarrollos de la empresa moderna, durante la llamada *edad industrial*, era palpable la relación entre ética y economía, como muestra el papel que Weber atribuye a

la ética protestante para la formación primigenia del espíritu típicamente capitalista, o las reflexiones de Adam Smith, señalando la insuficiencia del afán de lucro para explicar el desarrollo de la compleja actividad económica moderna, siendo necesario recurrir a otro tipo de motivaciones, de orientación más comunitaria. Sin embargo, la emergencia de la *sociedad post-industrial* requirió de una ética renovada, capaz de responder a las nuevas exigencias e ideas, y a la emergencia de una nueva concepción de la empresa, que lleva a entenderla como una organización, un grupo humano que persigue sus metas cooperativamente, de manera que los distintos grupos que la forman puedan beneficiarse de su actividad. En tanto se trataban de superar las dinámicas conflictivas y alienadoras en el trabajo así como las visiones reduccionistas de la actividad empresarial -es decir, cuyo único fin fuera la maximización del beneficio-, en este contexto se propició una activación de la ética de empresa, la cuál hoy en día habría de responder, no obstante, a un escenario cambiante y problemático. Así, en la *edad informacional* la lógica financiera estaría disfrutando de un fuerte impulso gracias a las facilidades que aportan las nuevas tecnologías de la información -así, se habla de *capitalismo de internet*-, lo que iría en detrimento tanto de la solidez de los proyectos empresariales como de las garantías sociales y laborales. De esta manera, la ética se enfrenta hoy a un escenario de precarización dominado por una tendencia cortoplacista y fragmentadora de la actividad económica y empresarial -tal como se expuso en los capítulos anteriores- (Cortina, 2003).

El reto principal que ha de afrontar cualquier propuesta de ética empresarial radica en cómo sea capaz de resolver la relación de sus planteamientos teóricos con la praxis, es decir, cómo se plantee la aplicación de sus principios a las condiciones existentes (García Marzá, 2004, p.115 ss. y pp.128-129)¹²¹. García Marzá expone y valora, siguiendo la clasificación de Ulrich (1993), tres modos de plantear dicha relación. En primer lugar, desde el enfoque *correctivo* se observa la dimensión moral como algo exterior a la empresa, y desde la cual se limita y corrige la actuación empresarial. El planteamiento habermasiano, según García Marzá, permanecería atrapado esta visión restrictiva del papel de la ética. En segundo lugar, el enfoque

¹²¹ En Estados Unidos suele primar la cercanía a los problemas reales desde una perspectiva micro, desatendiendo por contra la cuestión de la legitimidad de la empresa. Los europeos centran sus reflexiones en las cuestiones normativas, encontrando dificultades, en cambio, en el momento de acercarse a la realidad empírica (García Marzá, 2004, p. 129).

funcional pretende servirse de la ética a modo de lubricante, es decir, cómo un instrumento que ayude a mejorar la eficacia en el funcionamiento ordinario de la empresa. Pero este punto de vista se restringe a una racionalidad técnico-estratégica, impidiendo el desarrollo de una perspectiva crítica. El enfoque *integrativo* pretendería superar las limitaciones de los anteriores al integrar las dimensiones ética y económica, llevando a cabo una reconstrucción de los presupuestos normativos que contendrían las instituciones económicas básicas y la propia racionalidad económica. Se trataría, partiendo del reconocimiento de la empresa como una institución cuyo funcionamiento requiere del trabajo cooperativo y que detenta una dimensión eminentemente social, de aportar criterios y guías para una gestión ética de los procesos y la búsqueda de un equilibrio entre los distintos intereses (García Marzá, 2004, pp. 118-128).

Desde esta perspectiva puede reconocerse que una institución como la empresa se articula jerárquicamente definiendo los papeles, derechos y deberes correspondientes a cada posición, respondiendo a la lógica de la eficacia en la búsqueda de resultados mientras genera sentido para todos los implicados en su actividad. La integración social que propicia de esta manera la institución, en la medida en que es capaz de compaginar eficacia y justicia, resulta esencial para la generación de recursos como la confianza o la lealtad, imprescindibles para su buen funcionamiento (García Marzá, 2004, pp. 130-131). La pretensión principal, así pues, debe ser propiciar el desarrollo de un nuevo diseño institucional, mediante un modelo de empresa que responda a la exigencia social de generar y enriquecer recursos morales básicos como la confianza (2004, p. 145).

Existen, como puede apreciarse, diferentes maneras de enfocar la tarea y los objetivos que ha de perseguir una ética empresarial. Pero su localización en el terreno de la aplicación, dentro de un contexto socio-político democrático y pluralista implica, siguiendo a Cortina, que su estudio deba abordarse como parte de una ética de las instituciones en el marco de una ética cívica, que se apoya sobre los valores y normas mínimos que comparten los distintos ciudadanos y que permiten sostener la convivencia. Por ello, cuando la ética se dirige a las instituciones ha de tener en cuenta esa moral cívica que sustenta la sociedad de la que forman parte constitutiva, consistiendo su tarea en averiguar cuál es el *bien interno* que cada actividad institucionalizada aporta a la sociedad, cuáles son las *metas* que ha de

perseguir, y para ello, que *valores* y *hábitos* debe incorporar (Cortina, 1994, p. 32ss.; y 1997, pp. 29-30).

De manera específica, la meta de la actividad empresarial sería la satisfacción de necesidades humanas, para lo que se pone en funcionamiento un capital, del que su vertiente humana -es decir, las capacidades de los distintos participantes-, es fundamental. Por tanto, el bien interno que aporta es justamente esa satisfacción junto al desarrollo de dichas capacidades, para lo que requiere promocionar valores como la libertad, igualdad o solidaridad, además de la calidad, la iniciativa, la honradez, el respeto o la cooperación (Cortina, 1994, p. 42). Uno de los propósitos que guían la redacción de este capítulo es, precisamente, dilucidar siguiendo las propuestas de Sennett, hasta que punto se realizan estos valores y propósitos en el nuevo modelo institucional.

Alcanzar una óptima comprensión de la praxis empresarial con vistas a su perfeccionamiento debe ser, por tanto, uno de los propósitos axiales de la ética empresarial. La noción de *práctica*, tal como la define MacIntyre, permite entenderla como una actividad coordinada, establecida socialmente, que busca la realización de un fin común contando con unos medios particulares, obedeciendo para ello a unos modelos de excelencia (González Esteban, 2001, pp. 87-89). A partir de aquí, cabe reconocer que si la empresa ha de ser objeto de la reflexión ética es porque se la concibe como una organización que perdura en el tiempo, no siendo reducible a la suma de sus miembros, cuya actividad se desarrolla como una práctica -siguiendo reglas conocidas por los participantes- que persigue una meta -la satisfacción de las necesidades humanas con calidad a través de la obtención de beneficio-, cumpliendo así una función social de la que obtiene su sentido y legitimidad ¹²². Cualquier empresa presenta una estructura moral -se configura como un sistema de valores-, y va desarrollando una cultura que expresa su identidad propia, por lo que ha de considerarse como un agente moral responsable (Cortina, 1997, pp. 19-20). Pero la generación de un *ethos* propio de la organización requiere integrar las capacidades de sus diferentes miembros en su proyecto empresarial. Para ello es imprescindible fomentar su sentido de pertenencia, potenciando su autonomía personal y profesional (Román, 2004, pp.3-5).

¹²²Según se expuso en el Capítulo 1 -apartado 1.1.2, Sennett destaca el carácter abierto de la *práctica*, puesto que sus reglas se comprenden, actualizar, revisan y transforman mediante su puesta en marcha.

En definitiva, insertar la práctica económica o empresarial en un marco social, institucional y humano más amplio implica que no pueda eludirse ya su dimensión moral, ya que su sentido reside en la búsqueda de una realización excelente del fin que les propio, cumpliendo con la misión que le otorga la sociedad. Por ello, la tarea de la ética empresarial se muestra como una exigencia ineludible. En ese sentido, cabe incidir en que, como ética aplicada, invita a reflexionar, a partir de la fundamentación moral, sobre los valores, normas, virtudes o mecanismos que mejor permiten realizar el fin propio de su actividad, esclareciendo su horizonte de sentido (Calvo, 2012, p. 76).

Tras haber introducido los aspectos distintivos de la ética empresarial, su localización, su función, sentido y propósito, se va a profundizar a continuación en la comprensión que de la misma se ha ido desarrollando en la Escuela de Valencia -algunos de sus rasgos distintivos ya se han dejado entrever aquí-, y que representa un referente primordial en este trabajo.

10.1.2 La Escuela de Valencia. Ética dialógica y hermenéutica crítica

El término *Escuela de Valencia* hace referencia a un grupo de investigación y reflexión ética formado por miembros de las universidades de Valencia y Castellón, que partiendo de los presupuestos de la ética dialógica desarrollada por Habermas y Apel, pretende profundizar en su potencial crítico completando las lagunas que pudiera presentar, especialmente en el terreno de la aplicación -desempeñando la ética empresarial un papel fundamental-, para lo que se propone desplegar una hermenéutica crítica. Sus miembros más destacados en el terreno de la ética económica y empresarial son Adela Cortina, Jesús Conill, Domingo García Marzá, Elsa González Esteban, José Félix Lozano y Patrici Calvo.

La concepción de la ética empresarial que elaboran estos autores tiene como punto de partida el imperativo kantiano de tratar a todos los seres humanos como fines en sí mismos, pero resituado en una perspectiva dialógica -aportada por la ética del discurso-, que lleva a considerarlos como interlocutores válidos en un diálogo desarrollado en condiciones de simetría, en el que se puede aceptar la corrección de una norma desde el consentimiento de todos los afectados. De esta forma, la reflexión ética adquiere la necesaria dimensión universalista e incondicionada. Sin embargo, la comprensión del sentido intrínseco de las distintas actividades humanas -

en este caso la empresarial- desarrolladas en los diferentes ámbitos de aplicación que forman parte de contextos culturales específicos, requiere de una labor hermenéutica atenta a las características peculiares de los mismos, con el fin de integrarse con los resultados obtenidos desde el nivel de la fundamentación moral para dar lugar a una *hermenéutica crítica*, propuesta que ha sido desarrollada principalmente por Cortina y Conill. En el terreno económico se trataría de internarse en la praxis profesional y empresarial para comprender, mediante la labor hermenéutica, el sentido de la misma en su propio contexto de actuación -marcado por una racionalidad y una lógica propias-, y vincularlo posteriormente con los principios, valores y normas que constituyen la ética cívica de mínimos común a los diferentes ámbitos, y que se nutriría del contenido crítico y universalista propio de las éticas kantiana y dialógica (Calvo, 2012, p. 88).

Según Conill (2006) una ética hermenéutica persigue la articulación entre la facticidad y la crítica, es decir, entre los hechos de la experiencia vital e histórica, ligada a contextos específicos, y la incondicionalidad a la que aspira la reflexión moral. Se trata de superar las limitaciones de un procedimentalismo estricto, ya que las leyes morales han de tener un contenido y han de poder ser aplicadas a la deliberación moral y la acción, teniendo en cuenta sus consecuencias, por lo que no pueden ser completamente *puras*. Pero, según este autor, es posible una razón *impura* que continúe siendo crítica, es decir, que cabe en el ámbito moral una reflexión crítica que no obedezca plenamente a los parámetros rígidos del formalismo y procedimentalismo, puesto que las prácticas éticas concretas ya incorporan unos principios orientados hacia la universalidad. Se trata de una razón abierta al ámbito experiencial, empeñada en la comprensión de la facticidad, sin abandonar por ello su dimensión formal. En ese sentido, Conill reivindica la importancia del concepto de *experiencia*, del que la reflexión ética formaría parte, expresándose las dudas que nos surgen respecto a las normas que aceptábamos corrientemente como válidas, y revelándose igualmente como apertura hacia nuevas experiencias que inviten a ampliar su propio horizonte (2006, pp. 203-214 y pp. 271-280).

La propuesta de ética empresarial como hermenéutica crítica se compondría de tres momentos: deontológico, aristotélico, y consecuencialista, propiciando la *circularidad* de la misma. El primer momento permite determinar, desde el procedimentalismo propio de la ética discursiva, el

principio común a todos los ámbitos de la praxis humana, modulándose de manera distinta en cada uno de ellos. Pero la excesiva generalidad alcanzada de este modo requiere de un mayor acercamiento a las realidades concretas, lo que se posibilita desplegando ese momento aristotélico que conduce hacia una reflexión sobre los medios y los fines necesarios para llevar a cabo la actividad social específica. Ello se realiza adecuadamente siguiendo una serie de pasos, determinando: el *fin específico* o *bien interno* que le aporta legitimidad social -en la empresa: proporcionar productos y servicios de calidad-; los *medios* adecuados para lograrlo y los *valores* que hay que incorporar -calidad en la productos y la gestión, honradez, respeto mutuo, cooperación, trabajo en equipo, iniciativa, creatividad o espíritu de riesgo-; los *hábitos* que permiten realizar esos valores, y que ayudan a la empresa a ir forjando un carácter propio; que relaciones ha de mantener la empresa con otras instituciones -jurídico-administrativas, políticas, etc.-; la relación que debe establecerse entre los bienes internos y externos; y cómo integrar su actividad con la *conciencia moral cívica* alcanzada en la sociedad, que exige el cumplimiento de los derechos fundamentales (González Esteban, 2001, pp. 117-121).

El capital humano juega un papel fundamental en esta determinación herméutica del sentido de la actividad empresarial, pues no se trata sólo de reconocer que la activación de las capacidades de los distintos miembros de la organización es necesaria para el cumplimiento de sus metas, sino que su desarrollo forma parte del bien interno de la misma, por lo que requiere promocionar valores como la libertad, la igualdad, y la solidaridad (Cortina, 1994, p. 43). Desde esta perspectiva, cabe a mi juicio incidir en la potencialidad del pensamiento de Sennett para profundizar en el papel que representan las organizaciones como marco para el despliegue individual, tal como se desarrollará en el siguiente apartado.

Una aproximación hermenéutica -es decir, interpretativa- a las circunstancias específicas en que se desarrollan los procesos y actividades económicas y productivas, así como a sus consecuencias, permite alcanzar una comprensión más amplia y profunda de los mismos, captando mejor cuál es su sentido y orientación. Cuando a ese trabajo se integra adecuadamente la dimensión crítica, emerge el trasfondo ético común a las diferentes ámbitos sociales e institucionales, señalando el horizonte de incondicionalidad y universalidad que aporta el reconocimiento kantiano de

la dignidad de cada ser humano, idea afinada por la ética del discurso en forma de reconocimiento recíproco de todos los afectados como interlocutores válidos (Calvo, 2012, pp. 86-89). De esta manera, es posible tanto determinar la legitimidad de una norma o práctica, como delimitar sus posibilidades reales de aplicación a una realidad concreta.

García Marzá (2004, 2005, 2006 y 2013), por su parte, ha seguido profundizando en las propuestas de Cortina o Conill, destacando la importancia de la sociedad civil, e incidiendo en las posibilidades -y las limitaciones- de la ética dialógica para fundamentar un proyecto ético enfocado a la aplicación, este caso atendiendo principalmente al nivel organizacional.

El propósito de elaborar una ética empresarial tropieza, sin embargo, observa este autor, con una idea bastante extendida sobre la actividad económica y empresarial, entendiéndola como resultado de acciones y decisiones libres y meramente privadas, que responden estrictamente al propósito de maximizar el beneficio económico particular. De esta manera, se constituiría una esfera diferenciada de acción, al margen de la actividad pública y de consideraciones morales fuertes, encontrando como única exigencia externa el cumplimiento de los requisitos que plantea la legislación vigente. Pero, según sostiene García Marzá, se trata de una visión estrecha e ideológica, que no permite comprender en toda su amplitud el sentido de la empresa, especialmente su relación con la sociedad (2004, pp. 148ss). Por ello, desde esta escuela se trabaja por demostrar que la economía no está nunca desligada de la ética, pues la praxis empresarial incorpora necesariamente unos valores, una meta y un sentido propios.

En ese sentido, García Marzá afirma que “la realidad social, y la empresa lo es, está construida sobre valores y normas, sobre ideas y expectativas, sobre relaciones de confianza” (2004, p. 123). Además de las acciones estratégicas y los mecanismos legales, sostiene este autor, en la actividad institucional intervienen otro tipo de recursos, de carácter no instrumental, como las relaciones de confianza o las obligaciones de reciprocidad, englobados habitualmente bajo la noción de *capital social* (2004, p. 45). La ética empresarial se ocuparía para este autor, así pues, de identificar esos *recursos morales* existentes en la empresa para facilitar su potenciación (2004, p. 33). Se trata de mecanismos informales de regulación de la acción que se producen en el ámbito propio de la sociedad civil (García

Marzá, 2013, p. 36).

La moralidad, por tanto, no es algo externo al funcionamiento de la empresa, sino que forma parte constituyente de su propia realidad. La actividad económica no constituye una esfera al margen del resto de actividades sociales o políticas. Por el contrario, la empresa es parte integrante de la sociedad, de la cual recibe la posibilidad de su existencia así como su razón de ser, por lo cual es responsable ante ella. Por ello, la función de la ética en relación a la empresa no puede ser meramente auxiliar, sino que desempeña un importante papel a la hora de dar razón de la función social que desempeña. Así se trataría de poder fundamentar su legitimidad mediante el esclarecimiento de los presupuestos morales que subyacen a su funcionamiento, y de establecer unos criterios que permitan orientar y juzgar las acciones y decisiones que se toman en las organizaciones (García Marzá, 2004, pp. 19 ss.). El diseño institucional ha de reconocer, en consecuencia, que la búsqueda de la eficacia en el logro de su función propia no es separable de la dimensión normativa que subyace a cualquier proceso de institucionalización, es decir, que el funcionamiento de cualquier organización no responde exclusivamente a una racionalidad estratégico-instrumental sino que también integra una racionalidad comunicativa que busca el entendimiento entre las diversas partes afectadas, y que apunta a la existencia de un significado social compartido que aporta sentido a la actividad institucional (García Marzá, 2006 y 2013).

El recurso a una ética de corte universalista es especialmente pertinente, observa García Marzá, atendiendo a los requerimientos del contexto actual. El proceso de globalización implica una reducción del alcance de las legislaciones nacionales y, por tanto, del poder efectivo de los estados, así como una inhabilitación de los planteamientos morales particularistas para ofrecer respuestas a unos problemas que adquieren hoy una dimensión global. En este escenario estaría creciendo, en cambio, el protagonismo de la sociedad civil, en tanto que espacio libre de interacción que no depende directamente del estado, como fuente principal de legitimación. Por ello, la comprensión de la empresa ha de entenderse en relación a una sociedad civil en la que se generan un tipo especial de recursos -como son los morales- sin los cuales sería difícilmente concebible su existencia (García Marzá, 2004, pp. 23-48).

La adopción de una perspectiva ética implica, según este autor,

“concebir la empresa como un sistema recíproco de obligaciones y expectativas” [...] que: “se expresa, por una parte, en los valores y normas que rigen las decisiones de la empresa y, por otra, en los hábitos y en las conductas consiguientes” (García Marzá, 2004, p. 92). De esta manera, se supera la concepción de la empresa como si se tratara de un sistema amoral, reconociendo su vinculación esencial con la sociedad, y tomando en consideración las necesidades e intereses de los diferentes grupos afectados por su actividad. Sin embargo, el principal reto consiste en proponer unos criterios con la suficiente fuerza moral como para que puedan ser reconocidos de manera universal, es decir, que puedan ser racionalmente justificables.

La ética del discurso, desarrollada por Habermas y Apel, proporcionaría el modelo requerido para fundamentar los principios básicos sobre los que se sustente una propuesta de ética empresarial a la altura de los tiempos presentes. El punto de partida para su argumentación se encuentra en la constatación de la capacidad que atesoramos los seres humanos para comunicarnos lingüísticamente, coordinando nuestras acciones, estableciendo acuerdos y logrando el entendimiento mutuo. Al margen de los contextos socio-culturales específicos, todos los hablantes comparten unas estructuras lingüísticas básicas sobre las que se apoya la posibilidad universal de la comunicación (García Marzá, 2004, p.102).

A partir de ahí, la tarea consiste en reconstruir las condiciones y las reglas sobre las que se establece esa forma de vida comunicativa. De esta manera, se obtienen unos presupuestos pragmáticos universales sintetizables un principio de universalización –que distingue como válidas aquellas normas que todos podrían querer (Habermas, 2000, p. 60). Es decir, se trata no meramente de dar por buenas las soluciones de compromiso o limitarse a la búsqueda de equilibrios de intereses, ya que la legitimidad de cualquier norma requiere de un reconocimiento recíproco de todos los implicados en la misma. El procedimiento ideal para el establecimiento de unas normas que expresaran intereses universales consiste en un diálogo establecido entre todos los afectados, reconocido por igual como interlocutores válidos, es decir, en condiciones de igualdad y simetría, y sin que tengan que padecer coacciones o presiones externas, de manera que puedan prevalecer los mejores argumentos (García Marzá, 2004, p. 103).

Conviene aclarar que el modelo de diálogo propuesto por esta escuela

no pretende describir la realidad efectiva, ni diseñar situaciones que se hayan de trasladar a la práctica tal cual -así, no se trata de que las empresas funcionen a través de principios como la igualdad ni que vayan a abandonar los planteamientos estratégicos-. Las condiciones señaladas definen más bien una situación contrafáctica, es decir, sirven como instancia crítica desde la que poder jugar y valorar la moralidad existente en las situaciones reales, para evaluar los compromisos efectivamente alcanzados, así como para orientar las acciones o decisiones. Tampoco se pretendería proponer unas normas o valores específicos, pues se trata de un modelo de tipo eminentemente procedimental, es decir, se fija precisamente en la definición los procedimientos por los que se establecen los acuerdos o se concretan las normas (García Marzá, 2004, pp. 103-106).

Pero, si bien la ética discursiva demuestra su solidez y coherencia a la hora de fundamentar unas normas o establecer unos consensos de alcance universal en un plano teórico, cuando se trata de aplicar sus resultados al mundo real, en este caso al ámbito de la actividad económica y empresarial, se hacen patentes sus limitaciones. Por ello, García Marzá trata de explorar una serie de posibilidades que, complementando los resultados proporcionados por el procedimentalismo característico del modelo presentado, permitan desarrollar la ética empresarial como una ética aplicada con unas funciones reconocibles en el trato con los problemas y las situaciones cotidianas y concretas que se dan en este ámbito de la realidad social.

Así, este autor considera que toda exigibilidad en el terreno de la aplicación no puede quedar limitada al derecho, es decir, a la mera observancia de los requisitos legales, tal como sugeriría la argumentación de Habermas. Por contra, García Marzá propone fijarse en el potencial ético depositado en la sociedad civil -concretamente en lo que el autor denomina *recursos morales*- para elaborar una ética empresarial enfocada en términos funcionales, es decir, que más allá de su coherencia y solidez teóricas, sea capaz de aportar herramientas útiles y factibles a las propias organizaciones (2004, p. 33 y pp. 106-112). Pero no se trata meramente de facilitar las negociaciones y los compromisos entre los diversos intereses, pues en el funcionamiento de la empresa -dónde el poder está distribuido de manera asimétrica- también interviene la lógica de la acción comunicativa, característica de la sociedad civil, resultando fundamental la capacidad para

generar confianza. Por ello, una función importante de una ética aplicada debe ser dar razón de los intereses susceptibles de generalización, cuyo incumplimiento genera situaciones concretas de injusticia (García Marzá 2004, pp. 112-113).

La conexión entre la idea y la realidad que pretende desplegar la Ética empresarial según la propuesta de García Marzá, atravesaría tres niveles fundamentales, que permiten ir obteniendo progresivamente una mayor concreción. En un primer momento -nivel de justificación moral- se trata, según se ha visto, de definir una instancia crítica desde la cual se pueda considerar el grado de justicia presente en los acuerdos y decisiones concretas, funcionando así como una idea regulativa. Las condiciones señaladas por Habermas para definir un diálogo que pueda dar lugar a un acuerdo justo y, por tanto, reconocible por las diversas partes -principio de comunicación, inclusión, igualdad y reciprocidad-, sirve de base para establecer el contrato moral que debe guiar la ordenación institucional, aportando legitimidad y sosteniendo la confianza que transmite la empresa.

La necesidad de aplicar el ideal dialógico a la realidad se aborda ya en el segundo nivel, en el que se mide precisamente su adecuación institucional. Se trata aquí de “averiguar los presupuestos que subyacen a una empresa que sea digna de nuestra confianza” (García Marzá, 2004, p. 135), desarrollando una labor hermenéutica que permita reconstruir el sentido y la lógica interna que guía el funcionamiento de la organización. En ese sentido, el recurso a una *hermenéutica crítica* permite integrar, según se ha mostrado, los momentos de fundamentación y aplicación, ya que se trataría de sacar a la luz los principios morales que están presentes en las distintas prácticas humanas, en este caso en la actividad empresarial (Cortina, 1994, p. 28-29).

García Marzá defiende, no obstante, la pertinencia de recurrir a otros modelos que ayuden a superar la abstracción propia del nivel de la fundamentación, dotando de contenido al discurso práctico. Así, La teoría de los *Stakeholders* permite identificar los diversos grupos de intereses afectados por la actividad empresarial, ofreciendo un panorama más amplio del que solía limitarse a reconocer a los participantes internos -accionistas, directivos, trabajadores-, integrando en la definición de la empresa a grupos externos -consumidores, proveedores, etc.- pero igualmente importantes, ya que conforman el entorno en el cual actúa. De este modo, se subraya la vinculación fundamental de la empresa con una sociedad ante la cual es

responsable (2004, pp.191-195)¹²³.

Por último, en el nivel de concreción organizativa es dónde debe plasmarse en propuestas específicas la aplicación planteada, teniendo siempre a la vista los principios que rigen un diálogo justo, es decir, recogiendo la voz de todos los afectados. Así, este autor sugiere tres formas de llevar a cabo esta tarea en una empresa: mediante la redacción de un código ético, realizando auditorías éticas, o formando un comité de ética (García Marzá, 2004, pp. 131-141). De esta manera, se cumpliría con los requerimientos de transparencia que plantea la sociedad en el funcionamiento de cualquier institución, conforme a un *principio de publicidad* que exige precisamente el sometimiento al escrutinio público de cualquier norma o actuación, recalando de este modo la responsabilidad que adquiere la empresa ante la sociedad (2004, p. 207).

En resumen, los trabajos de los autores de la Escuela de Valencia se hace eco de la necesidad que muestra el mundo actual de generar una esfera económica integrada en una sociedad global ante la cual es responsable, sirviéndose adecuadamente de los recursos que ésta le proporciona. Por ello, es importante que desde la ética se aporte un modelo de empresa que responda a las expectativas que la sociedad plantea, que integre en su definición a todos los afectados por su actividad. Sin embargo, la realidad del mundo financiero y empresarial hoy en día parece chocar de frente con las exigencias morales, tal como dejan traslucir las investigaciones del propio Sennett. Por ello, es momento de contrastar los resultados del análisis que ofrece el sociólogo estadounidense con el proyecto de una ética aplicada planteado en este punto, con el objeto de profundizar en las aportaciones que su pensamiento puede proporcionar al mismo.

10.2 Un nuevo enfoque para la Ética empresarial: recuperar la mediación con el individuo

La Ética empresarial pretende, según se acaba de exponer, de sacar a la luz los principios, valores y metas que subyacen a la actividad de las organizaciones, con vistas a orientar sus acciones hacia un perfeccionamiento de la misma, que permita un mejor cumplimiento de sus fines económicos, sociales y morales, a la vez que ayuda a poner al

¹²³ Para profundizar en la propuesta de los *Stakeholders*, ver González Esteban (2001, 2010 y 2012).

descubierto aquellos comportamientos que no resultan aceptables desde un punto de vista ético. El pensamiento de Sennett, por su parte, si bien no se ocupa directamente del análisis moral, sí que incorpora una serie de orientaciones que presentan un innegable cariz ético. Por ello, se trata de dilucidar en qué aspectos puede complementar el desarrollo actual de la ética empresarial y de las organizaciones. Pues bien, según se está defendiendo en esta tesis, el autor estadounidense aporta una comprensión del ser humano que presenta un importante potencial crítico para analizar las realidades sociales e institucionales del presente, ya que insiste en su definición como participante activo y creativo de los contextos sociales e institucionales en los que está involucrado, formándose como persona precisamente a través de su actuación en ellos. Por ello, es importante evaluar las condiciones que presentan esos marcos institucionales, para dilucidar críticamente en qué medida facilitan o inhiben el despliegue de las capacidades de los individuos.

10.2.1 El contenido ético presente en la interpretación de Sennett del cambio institucional.

La aproximación que realiza Sennett al estudio de las instituciones se basa en investigaciones de tipo etnográfico, sirviéndose de entrevistas realizadas a trabajadores y directivos de importantes corporaciones. La elección de tal procedimiento es explicable en buena medida a partir de las concepciones antropológicas y metodológicas que defiende el autor, quien subraya el papel que de los individuos como participantes y afectados por la actividad institucional, destacando su capacidad para interpretar su experiencia en un intento por darle sentido.

Por otra parte, al denunciar los efectos que tiene sobre la elaboración de las biografías personales la implantación de un nuevo modelo institucional, conlleva presuponer alguna idea de lo que debe ser una buena organización -en este caso, una *buena empresa*-, en la medida en que permita o facilite un encaje óptimo de los participantes o afectados por la misma. Por ello, es conveniente revisar las formas de concebir la empresa que sean más relevantes, para tratar de dilucidar posteriormente en qué medida pueden reconocerse en los planteamientos de Sennett.

Según señala Conill, existen formas diferentes de concebir la empresa, y algunas de ellas han alcanzado gran influencia, pese a su parcialidad. El

enfoque economicista neoclásico se articula desde la perspectiva de un individualismo metodológico en torno a la figura del *homo economicus*, entendiendo que la acción empresarial o económica responde a un propósito maximizador del beneficio por parte de cada agente individual. En consecuencia, la finalidad de la empresa sería exclusivamente aumentar el beneficio, de manera que sólo habría de rendir cuentas ante sus accionistas. El enfoque contractualista mantiene esta concepción de la racionalidad económica, si bien defiende que el choque entre los distintos intereses es resoluble alcanzado acuerdos y estableciendo las reglas de juego. Sin embargo, cabe otras formas de concebir la empresa que permitan vencer las estrecheces del utilitarismo o el reduccionismo del *homo economicus*, reintroduciendo los componentes morales que son inherentes al funcionamiento de la organización, definiendo su sentido y su razón de ser, haciéndose cargo de la responsabilidad social que se deriva de su actividad. Como se indicó en el apartado anterior, aquellas propuestas que pretenden recoger los puntos de vista de todos los afectados -como la teoría de los *stakeholders* o las que se inspiren en la idea de una justicia de base dialógica- ofrecen una visión más rica y completa de la vida económica, haciéndose cargo de la diversidad de aspectos que la componen, y evitando así una simplificación economicista (Conill, 2004, pp. 272 ss.)¹²⁴.

En mi opinión, una de las aportaciones destacables de Sennett en su estudio de las organizaciones radica precisamente en su agudeza para revelar las insuficiencias de un modelo centrado en la figura del *homo economicus* para dar razón de las motivaciones y las capacidades que ponen en juego los distintos agentes, tratando de desvelar la complejidad de la acción situada en un contexto institucionalizado. Por otro lado, parece claro que no acepta una descripción pretendidamente neutral de la empresa -ni la actividad económica en general-, como si se tratara de un ente cuya finalidad exclusiva fuera proporcionar dividendos a sus accionistas. Sennett recalca nítidamente, a mi juicio, la función social de la empresa, situando en primer plano las experiencias de los trabajadores, quienes manifiestan las

¹²⁴ Existen modelos alternativos de concebir la actividad empresarial, como el que se articula en torno a la idea de participación, que propicia una visión cooperativa de la misma. Por ejemplo, Alvarez de Món se inspira en estos principios para elaborar su propuesta de una *empresa humanista*, que atendería equilibradamente a tres niveles de necesidades de sus miembros: materiales, sociales y éticas. Entiende este autor que la posibilidad de participar en la gestión de la empresa incita a los trabajadores a cumplir mejor con su deber profesional (1998, pp. 28ss.).

dificultades que encuentran para salir adelante en sus vidas en un contexto socio-económico y político fragmentado e inestable. La empresa forma parte fundamental del complejo institucional de cualquier sociedad moderna, y el grado de justicia o inclusión alcanzable en la misma depende en gran medida de la actividad organizacional, ya que las vidas y oportunidades de los individuos quedan ligadas ineludiblemente a las condiciones que ofrecen sus instituciones. Por ello, su papel no puede ser neutral, y un análisis que pretenda alcanzar una comprensión amplia de las mismas, como sería el caso del autor estadounidense, conlleva un compromiso fundamental con la realidad estudiada, que adquiere una clara dimensión moral, aun cuando no esté nítidamente explicitada.

Es posible constatar en los escritos de Sennett, a mi juicio, una reivindicación una serie de valores que deberían regir las acciones y relaciones en el ámbito de las organizaciones así como servir de guía para el diseño institucional. Así, el compromiso, la permanencia, la confiabilidad, la lealtad, son valores que inspiran su trabajo etnográfico e interpretativo, y que subyacen a una visión determinada de la acción económica e institucional en general, que no se encuentran ciertamente, sin embargo, articulados en el marco de una teoría coherente y claramente explicitada. Su adhesión a una mirada pragmatista sobre la actividad social resulta insuficiente a la hora de justificar la primacía de un determinado valor u orientación interpretativa, si bien cabe reconocer la cercanía que de esta manera logra respecto a las situaciones reales y la experiencia concreta de la gente, señalando un camino hacia la recuperación del papel del individuo en la actividad organizacional.

Cuando se trata de valorar las tendencias que marcan el rumbo actualmente en la economía global, Sennett explicita sus reservas hacia la preponderancia de una lógica financiera que orientada exclusivamente por la obtención inmediata de beneficios, desatiende las necesidades de la economía productiva y la conexión con la sociedad (2006a, pp.37-40). Se trata de un modelo económico que elude su vinculación tanto con el contexto geográfico en el que se desarrolla la actividad -así, llama la atención sobre la desconexión actual del mundo de las finanzas respecto a la gobernanza de las ciudades (Sennett, 2004, pp. 217-218)-, como respecto al futuro de las empresas en las que invierte, convertidas así en meros instrumentos de las operaciones inversoras (2006a, pp. 37-38), y sobre todo,

evitando contribuir a la integración y la justicia sociales. La mayor parte de la población sufriría la inestabilidad y las fluctuaciones de una economía dominada por el interés a corto plazo y el dogma del cambio permanente en forma de una mayor inseguridad, desigualdad y exclusión. Por ello, este autor muestra su preferencia por un modelo de capitalismo social - correspondiente al modelo *renano* en la terminología de Albert (1992)-, que aportaba una mayor estabilidad, inclusión, transparencia, seguridad y, en definitiva, representa una forma más decidida de compromiso con la sociedad (Sennett, 2000, p. 54).

De esta manera, Sennett percibiría a mi juicio la estrecha relación existente entre la desregulación financiera global y la flexibilización institucional -iniciada en ciertas empresas, pero que alcanzaría ya a la organización de las funciones sociales del Estado-, dando lugar a una interpretación de los procesos de transformación que están teniendo lugar que está lejos de pretender ser una descripción neutral o aséptica. Su preocupación por hacer patentes las consecuencias negativas que tienen los cambios en las vidas reales de la gente o en la formación del carácter es quizá el reflejo más evidente de la elección de una perspectiva metodológica comprometida con una idea de justicia, con una visión social y humanista de cualquier actividad humana o institucional. Desde ahí, puede reconocer la insuficiencia de los valores que promueve el Nuevo Capitalismo, generadores de un ser humano limitado en sus capacidades sociales y narrativas. En relación a ello, cómo ha sabido reconocer Román, el enfoque de Sennett permitiría esclarecer las condiciones que ofrece el Nuevo Capitalismo para la formación de un *ethos* corporativo, demostrándose claramente inadecuadas (Román, 2004).

Un aspecto remarcable de las investigaciones que realiza Sennett, debido a sus implicaciones éticas, es la evaporación de la responsabilidad que acompaña a los procesos de restructuración institucional. Si en el núcleo de la ética se sitúa la capacidad humana para elegir libremente entre las posibilidades de acción, ello implica a su vez que tenga que hacerse responsable ante sí mismo y ante los demás -especialmente en cuanto sean afectados- por las decisiones tomadas (García Marzá, 2004, p. 89 y p. 167). Sin embargo, el aspecto camaleónico y fluido que ofrecen las organizaciones de vanguardia, según percibe el autor estadounidense, permite a los propietarios o los directivos disimular su presencia efectiva y su influencia

decisiva en las orientaciones que toma la empresa -respecto a la producción, la organización del trabajo, el status de los empleados, etc.-, pues éstas son resultado de decisiones concretas por parte de quienes tienen el poder decisorio, eludiendo así la responsabilidad fundamental que debieran asumir. De esta manera, se produce un vacío moral en la actividad organizacional, siendo principalmente los trabajadores o los ciudadanos a nivel individual quienes se ven forzados a hacerse cargo de sus propias posibilidades o limitaciones, ante un sistema que ya no ofrece rostros reconocibles, diluyéndose en las fuerzas anónimas e incontrolables del mercado.

El análisis que desarrolla Sennett sobre el Nuevo Capitalismo ayuda, a mi juicio, a poner al descubierto los efectos disgregadores que alimenta el modelo emergente, fragmentando la experiencia y provocando el desvanecimiento de la perspectiva moral -que exige una mirada a largo término- y de la posibilidad de hallar un sentido unitario en la economía y la política globales, minando el despliegue de la autonomía individual. Sin embargo, cabe hacer notar la ausencia de una base normativa sólida que pudiera fortalecer sus postulados o ideas, integrando de una manera coherente las implicaciones morales de sus afirmaciones y observaciones sobre la realidad empírica.

Entender que la actividad económica cumple una función social, y que por tanto, incorpora una dimensión moral fundamental, exige disponer de una noción normativa respecto al sentido intrínseco de una actividad, a partir de la cuál sea posible considerar éticamente las desviaciones observadas en la realidad (Conill, 2004, p. 221 y p. 229). En ese sentido, cabe observar una debilidad en la argumentación de Sennett, ya que pese a que sus percepciones sobre las consecuencias sociales y biográficas de la reestructuración institucional en el marco global de una economía sometida a las exigencias de la lógica financiera resultan por lo general muy agudas, hay que tener en cuenta que implican partir de un criterio moral que no está, sin embargo, suficientemente definido.

Así, si se quiere hablar de malas prácticas empresariales se debería hacer recurriendo a una noción precisa de *buena empresa*, en el marco de una teoría bien estructurada. Por ello, entiendo que propuestas como las ofrecidas desde la Escuela de Valencia -como puede ser la tarea de profundizar en la tarea de esclarecer el sentido intrínseco de cada actividad humana en relación a su función social desde una perspectiva hermenéutico-

crítica-, permiten configurar una visión sólida sobre las repercusiones sociales y morales de la actividad económica, sobre la cuál es ya viable establecer las críticas pertinentes sobre la realidad institucional y financiera que cabe observar en la realidad, y establecer los principios sobre los que sustente una reordenación institucional que pretenda corregir los defectos detectados en el funcionamiento actual¹²⁵. Recurriendo a las aportaciones que se llevan a cabo desde una reflexión ética aplicada a la actividad económica, como las señaladas, es posible complementar y enriquecer las deficiencias atribuibles al planteamiento de Sennett, otorgando una mayor cohesión a un análisis preocupado por dar razón de los procesos que condicionan la realidad actual, apoyándose en la observación empírica próxima a las circunstancias concretas de la gente, guiado por una innegable orientación moral.

Sin embargo, y en relación a ello, también es importante seguir resaltando aquellos aspectos en los que se puede ayudar una lectura filosóficamente orientada de los textos de Sennett para enriquecer la reflexión ética sobre la actividad económica y empresarial. En mi opinión, cabe destacar el valor que concede a la experiencia personal de la actividad y el cambio institucional, a partir de la comprensión de unos sujetos que pugnan por elaborar su propia identidad en un contexto complejo, entendiendo que su desarrollo completo como personas depende de las condiciones del marco socio-insitucional en el que viven, trabajan y se relacionan. Su caracterización como seres eminentemente sociales, capacitados para involucrarse creativamente en relaciones y situaciones complejas, les otorga un papel protagonista que debiera ser tenido en cuenta por la Ética empresarial -y de las organizaciones-. Pues una empresa que no incorpore las aportaciones de sus empleados, tratándolos como elementos prescindibles, difícilmente alcanzará la excelencia o asentará su continuidad sobre unas bases firmes, encontrándose sometida, en cambio, a unas tensiones internas más intensas (Román, 2004, p. 149). Por tanto, se trataría de diseñar instituciones que, por un lado, aprovecharán realmente las capacidades de sus miembros, y por otro, se constituyeran como un marco adecuado para el despliegue individual.

Por otro lado, la importancia que Sennett concede a las experiencias

¹²⁵ Ver Capítulo 1, apartado 1.2.2 de esta tesis.

que desarrollan sus sujetos en su relación con las organizaciones, en la medida en que adquieren una forma narrativa -fruto de los esfuerzos interpretativos que realizan-, invita a explorar la posibilidad de enriquecer su posicionamiento desde la perspectiva de una hermenéutica crítica. Según se expondrá seguidamente, la primacía de una visión cortoplacista, la opacidad de la estructura institucional, y la incertidumbre que genera el régimen flexible menoscaban las capacidades hermenéuticas de los sujetos, tal como revela el análisis de Sennett. Los valores que subyacen a este planteamiento, vinculados al despliegue de una individualidad socialmente orientada, exigen un complemento crítico que permita ir más allá de la comprensión del sentido una determinada realidad empírica para encontrar la dimensión de incondicionalidad inherente a la reflexión moral.

10.2.2 Niveles del análisis de la actividad institucional

Como se ha afirmado previamente, el análisis ético de la actividad empresarial y económica puede dividirse en tres niveles, de mayor generalidad a mayor concreción. Considero que sería adecuado determinar en cuáles de ellos se despliega preferentemente la propuesta de Sennett, o bien cómo resuelve el tratamiento correspondiente de cada uno de ellos, con vistas a determinar en qué medida su análisis invita a la apertura de una reflexión moral. Así, puede hablarse en primer lugar del nivel macro o sistémico, dónde se analiza el ordenamiento económico general -mercado, papel del Estado; el nivel de las organizaciones, donde se observan las estructuras, valores y normas que forman la institución, teniendo en cuenta los diversos grupos afectados; y por último el nivel micro o individual, fijándose en las actuaciones que desarrollan los sujetos conforme al que representan en relación a una organización (García Marzá, 2004, p. 126).

En el caso particular de Sennett, cabe reconocer de entrada, en mi opinión, que las implicaciones de sus investigaciones y de las interpretaciones que propone afectan en mayor o menor grado a los diferentes niveles del análisis de la actividad institucional, tal como se pasa a detallar. Según se afirmó en el primer capítulo, la filiación intelectual del autor estudiado le acerca a aquellas corrientes sociológicas que priman la atención a lo empírico, a las dimensiones micro de la realidad social, resaltando el papel del individuo como agente y productor de relaciones sociales y de interpretaciones sobre el mundo del que forma parte activa.

Así, en sus investigaciones empíricas se esfuerza por dar voz activa a los participantes directos en la actividad institucional –ya sean obreros manuales, técnicos informáticos o financieros, mandos intermedios, directivos, etc.-, ya que sus aportaciones resultan imprescindibles para alcanzar una comprensión profunda de las consecuencias derivadas del funcionamiento de un determinado ordenamiento institucional y político. La metodología empleada por el autor, que según se vio se sirve de entrevistas extensas con un número limitado de sujetos, resulta especialmente pertinente si de lo que se trata es de reconocerlos cómo interpretes competentes de la realidad social, poniendo el acento en su papel de afectados por los procesos institucionales, especialmente cuando suponen unos cambios profundos, como estaría sucediendo actualmente. Ello le permite iluminar aspectos que quizá no se perciban con suficiente nitidez desde un análisis puramente sistémico, pudiéndose resaltar que un enfoque de corte humanista, como el que cabe reconocer en Sennett, abre la puerta a la incorporación de consideraciones morales al análisis social. En la medida en que los afectados por la actividad institucional son seres humanos, tal como se refleja en sus biografías personales, no puede eludirse el necesario recurso a una perspectiva ética, si bien, ciertamente, no está suficientemente desarrollada por el autor estudiado.

Los individuos viven y actúan inmersos en un mundo institucional, que a través de su ordenamiento específico condiciona sus oportunidades y expectativas, fijando así su espacio de libertad (Conill, 2004, p. 224). Por ello, responden a las posibilidades y limitaciones que fija una determinada configuración mediante *acciones institucionales*, es decir, que sus acciones y proyectos se enmarcan en un contexto específico (García Marzá, 2004, p. 178). Las investigaciones que lleva a cabo Sennett en el ámbito de la empresa pretenden esclarecer, precisamente, cómo se desarrollan esas respuestas cuando se produce un cambio de modelo de organización, tratando de adaptarse a las exigencias y oportunidades que presenta la ordenación institucional existente.

Dar voz a los afectados permite, así pues, revelar de qué manera son condicionados por las estructuras institucionales, poniendo a menudo de manifiesto precisamente las limitaciones que encuentran a la hora de poder obrar con libertad o de controlar las circunstancias que intervienen en la elaboración de sus relatos personales. En ese sentido, Sennett había podido

observar las dificultades que encuentran los individuos a la hora de enfrentarse con el nuevo orden institucional enmarcado en una economía globalizada, en el que la autoridad se vuelve elusiva respecto a sus responsabilidades, difuminándose entre unas estructuras organizativas opacas e inestables¹²⁶. Por ello puede afirmarse que el nuevo modelo provoca una merma en la autonomía de los sujetos.

Los trabajadores perciben los cambios en forma de desempoderamiento, ya que se ven obligados de manera permanente a revisar y modificar radicalmente sus conocimientos y habilidades adquiridas, haciendo frente a la exigencia de responsabilizarse plenamente de su destino laboral y personal sin poder visualizar garantías de continuidad o posibilidades definidas de mejora. De esta manera, se ven sujetos a los vaivenes de la actividad económica, a decisiones empresariales ajenas por completo a sus posibilidades de influencia, encontrándose así incapacitados para ser parte activa de los procesos de cambio que se están produciendo en el mundo. El propio Sennett constataba, en relación a ello, las diferencias que manifestaban los obreros de los años 70 respecto a los afectados por el nuevo orden institucional. Así, mientras las biografías de los primeros, pese a los defectos y problemas diagnosticados, podían enraizar con la realidad institucional del momento, actualmente los individuos tienden a manifestar una sensación de ir a la deriva, reflejo de la falta de asideros y la opacidad que caracteriza el régimen flexible (Sennett, 2000).

Las diversas transformaciones producidas durante las últimas décadas en la estructuración de las empresas y la organización del trabajo, habían ido de la mano de la introducción de una serie de valores que venían a reconocer un papel más activo al individuo. Así, si los modelos burocráticos y tayloristas, dominantes desde la era industrial, implementaban una actividad formalizada y rutinaria a través de una rígida jerarquía, apresando la libertad e iniciativa individuales en una jaula de hierro, el reconocimiento progresivo de las capacidades de las personas como fuente de riqueza y competitividad para las organizaciones debería haber creado un marco propicio para el desarrollo personal y colectivo. Según se expuso anteriormente -capítulo 7, apartado 7.2.4-, frente a las gastadas ideas del pasado, se fue conformado una nueva concepción de la

¹²⁶ Ver Capítulo 8, apartado 8.3

empresa, que le permitía afirmarse como un proyecto colectivo que vive y se desarrolla gracias a la participación activa de sus miembros, la cooperación y la corresponsabilización, propiciando la identificación de todos ellos con sus metas y su cultura propia (Cortina, 1994, pp. 92-94; y 2003b).

Sin embargo, la conformación efectiva del marco político, legislativo, social, laboral e institucional lejos de otorgar un papel protagonista a los individuos, inhibe el desarrollo de sus capacidades sumiéndoles en un régimen de indiferencia. Un análisis más cercano a los propios afectados permite desvelar que éstos tienden a quedar atrapados en posiciones más inseguras, con menos poder de influencia real tanto sobre sus propios destinos -así, destaca cómo las trayectorias laborales se fragmentan y deshilachan-, como en el funcionamiento de las instituciones -la provisionalidad de los vínculos que les unen a las empresas así como la disolución de la autoridad que provoca el régimen flexible, anula la influencia de los trabajadores medios en la toma de decisiones y en la conformación de la cultura organizacional-. En este sentido, las interpretaciones que propone Sennett sobre los procesos de cambio institucional pueden ser, a mi juicio, de gran ayuda para una Ética empresarial que tenga como propósito recuperar el papel de los individuos en el funcionamiento de las instituciones, ya que este autor permite constatar que el despliegue individual se lleva a cabo en un marco socio-institucional determinado, y que si las condiciones son propicias, las personas pueden jugar un papel muy activo en la reconfiguración de esos marcos, así como en la elaboración de sus propias historias vitales. Desde la perspectiva de los implicados en la actividad institucional, sería posible consecuentemente desplegar una crítica fundada en las realidades que éstos han de afrontar cotidianamente, sobre los principios y valores que están guiando *de facto* el diseño de las instituciones.

De esta manera, cabe destacar que, según se trató especialmente en el capítulo 9, la reestructuración organizativa no favorecería precisamente el reforzamiento de los vínculos y las capacidades sociales de los individuos, pues antes bien estaría incitando el aislamiento y la desconexión mutua, diluyendo la posibilidad de desarrollar un sentido de comunidad mediante la profundización en unos vínculos basados en la cooperación y la dependencia mutua. El otro se muestra hoy como un competidor, o un desconocido con el que sólo cabe establecer una relación fugaz y superficial. En estas

condiciones, los sujetos no encuentran alicientes para sentirse implicados en el mundo que les rodea, hostil e impredecible, ante el cual parece que sólo pudieran desarrollar estrategias defensivas, que provocan la desatención hacia las necesidades de los otros.

Sin embargo, resaltar la importancia de desarrollar las capacidades que poseen los seres humanos para la cooperación, como hace Sennett, constatando la riqueza y complejidad motivacional y conductual que manifiestan los seres humanos cuando se despliega una metodología próxima a su realidad cotidiana y personal, permite poner en cuestión la visión antropológica estrecha que a menudo ha puesto en juego la economía, como se observa claramente en la teoría económica standard. Así, la imagen del *homo economicus* que ha limitado la comprensión de la actividad económica e incluso política y social que despliegan los individuos, al contemplarlos como seres que buscan primordialmente maximizar su propio beneficio, sin llegar a considerar la intervención de otro tipo de incentivos, como los morales (Conill, 2004, pp. 273-274). Sennett, en cambio, trataría de desvelar que la potenciación de una determinada tendencia comportamental vendría propiciada más bien por las condiciones sociales e institucionales dominantes, que pueden llegar a dificultar enormemente la maduración personal y la expresión social de determinadas cualidades humanas, especialmente aquellas relacionadas con la cooperación o el trato productivo con las diferencias. El ideal humano y social que propugna Sennett invita a superar el tipo humano constreñido y unilateral que promueve el Nuevo Capitalismo, mediante un desarrollo artesanal de la individualidad, que debiera ser propiciado por un ambiente social estimulante que ofrezca oportunidades para el desarrollo de la sociabilidad y para la actuación creativa de las personas.

La agudeza con que, a mi juicio, fija la atención Sennett en la perspectiva de los afectados, permite dejar al descubierto el estado de desmoralización al que estaría conduciendo, según puede desprenderse de su análisis, la profunda transformación social e institucional a la que estamos asistiendo. Los recorridos vitales que recogen sus libros - especialmente *La corrosión del carácter*- se presentan como un vivo reflejo de las contradicciones que afrontan los individuos actuales en su pugna por salir adelante cuando carecen no solo de redes de apoyo mutuo que les ayudarse a hacerse un lugar en el entramado laboral y social, sino que las

legislaciones y las políticas institucionales tienden a abandonarlos a suerte. La desconexión y la indiferencia corroen las cualidades morales de los individuos, pero también de la sociedad en su conjunto. Los individuos estarían padeciendo y manifestando, en definitiva, las carencias humanas de un sistema volcado a la ganancia al corto plazo y guiado ciegamente por el dogma del cambio permanente.

La importancia que concede a la experiencia de los individuos, describiéndoles como seres capacitados para interpretar creativamente la compleja realidad en que viven inmersos, permite establecer un contrapunto necesario a unas dinámicas políticas y económicas globales que se revelan ajenas a las necesidades y capacidades de las personas, reclamando una necesaria recuperación de las potencialidades profesionales, sociales y hermenéuticas de los individuos para la reconstrucción de un mundo social e institucional más justo, abierto y participativo. Pero ello, debe hacerse desde una hermenéutica que integre la dimensión crítica propia de la reflexión moral, tal como se expuso en el apartado anterior, ya que si de lo que se trata es de reivindicar un serie de valores morales vinculados al despliegue humano integral referido a un individuo implicado en diversos contextos sociales e institucionales dinámicos y complejos - como la autonomía, la profesionalidad, la confiabilidad, la creatividad, el respeto, la cooperación-, es preciso comprender su sentido en relación a unas prácticas culturales determinadas, pero también afianzar su lugar dentro de una concepción antropológica y moral guiada por un horizonte universalista y crítico.

Por otro lado, si bien es destacable el empeño de Sennett por hacer perceptible cómo los individuos enfrentan en primera persona las dificultades que plantea un marco institucional concreto para desarrollar sus proyectos vitales, ello no quiere decir que el análisis sistémico u organizativo queden relegados a aparecer simplemente como el trasfondo o escenario en el que se desarrollan las historias personales. Al contrario, en diversas publicaciones del autor reflejan un detallado e incisivo análisis sobre el funcionamiento de las organizaciones, fijándose en los cambios que están teniendo lugar dentro de un contexto económico global. En relación a ello, se puede percibir una interpenetración más estrecha aún entre los niveles macro y el de las organizaciones en la propuesta del autor estudiado, de manera que los cambios organizativos se explicarían en buena medida

como respuesta a determinados procesos que se estarían produciendo a nivel global –cómo la desregulación financiera, la aparición de nuevos tipos de inversores o los cambios en la demanda-.

Pero es precisamente su interés por hacer patentes los principios que estarían marcando la orientación de dichas transformaciones lo que puede resultar más atractivo para la ética empresarial. La implantación progresiva de un modelo flexible supone una profunda reorganización del trabajo y la producción, y nuevas maneras de relacionarse la empresa con su entorno y con los diferentes grupos de interés, aspectos que pueden ser iluminados con la ayuda de al análisis que ofrece Sennett. En ese sentido, García Marzá vendría a reconocer que su trabajo permite tomar conciencia de las dificultades que ofrece el sistema emergente –debido a la flexibilidad, el cortoplacismo o la precariedad que le caracterizan- para sostener poder la confianza o alcanzar la legitimidad exigible a cualquier organización social (2004, p. 147).

La insistencia de Sennett en la importancia del vector temporal en la dirección que están tomando los cambios resulta especialmente clarificadora respecto a las implicaciones sociales y humanas de los mismos, por lo que la reflexión ética sobre la actividad empresarial puede obtener valiosas aportaciones de la misma. Si en el modelo burocrático clásico –pese a sus defectos- la durabilidad y la estabilidad definían un modo determinado de funcionar y de relacionarse con la sociedad, su sustitución progresiva por un modelo orientado al corto plazo y que apuesta decididamente por la flexibilidad en su funcionamiento implica, necesariamente, una revisión crítica del papel que desempeñan o han de desempeñar las organizaciones empresariales en relación con la sociedad. El modelo organizativo tradicional respondía a una voluntad clara de permanencia, expresando así un compromiso fundamental con la sociedad, a la que aportaba continuidad, oportunidades laborales bien definidas, vinculación con el entorno geográfico –implicándose, por ejemplo, en la gestión política del mismo-, y en general, un comportamiento bastante predecible. En ese sentido, la estabilidad burocrática podía ayudar a sostener la confiabilidad de una empresa, y logrando en una medida razonable el cumplimiento de la funciones que la sociedad le asigna.

Los cambios en la estructura de las empresas, en la composición de su accionariado, en sus objetivos y sus formas de organizar el trabajo, vendrían

a quebrar, como a mi juicio refleja Sennett acertadamente, los vínculos que se habían tejido entre el mundo empresarial y el conjunto de la sociedad. La búsqueda del beneficio al corto plazo es difícilmente compatible con la satisfacción de las necesidades sociales más básicas, que suelen requerir de una perspectiva temporal mucho más extensa. Así, la salud, la formación, el trabajo, o en general, el bienestar social, no pueden quedar a expensas de las fluctuaciones del mercado, de las urgencias de los inversores, o de las estrategias cambiantes de los directivos. En cuanto a las relaciones sociales, primaría la superficialidad y la provisionalidad, exigiendo un escaso compromiso por parte de los individuos, fomentándose en consecuencia el autointerés y la indiferencia mutua, corroyendo así los vínculos que permiten ir formando una comunidad dinámica e inclusiva.

La reorganización institucional se lleva a cabo, así pues, en el contexto de los procesos globalizadores que están desarrollándose en las últimas décadas, destacando especialmente el papel que ha ido adquiriendo el sector financiero, alterando notablemente la actividad productiva tradicional y condicionando la orientación de la política económica de los estados y, como consecuencia, haciéndose palpable su influencia en la vida de las personas y de las sociedades. En este sentido, puede considerarse que el análisis de Sennett continúa y enriquece los estudios de diversos autores que coinciden en advertir de los peligros que acompañan a la financiarización de la economía, entendiendo que el excesivo peso adquirido por el sector financiero estaría provocando un distanciamiento respecto a las posibilidades y requerimientos de la economía productiva, así como de las auténticas necesidades sociales. La falta de controles existente en la actualidad sobre los flujos de capital, debido a la desregulación internacional a partir de los años 70, así como la aparición de nuevos tipos de inversores, que buscan una ganancia rápida, se está traduciendo en un aumento considerable de los riesgos y la inestabilidad global, empujando a la reorganización permanente de las empresas en aras de la flexibilidad pero a costa del peligro de alejarse de las necesidades productivas reales así como de olvidar en el camino su vinculación esencial con la sociedad¹²⁷. De esta manera, denuncia Conill, la autonomización creciente del sistema financiero le llevaría a ignorar cuál es su verdadera función, su sentido

¹²⁷ Ver el capítulo 7 de este trabajo, así como Conill (2004, p. 133 y pp. 210-211), Albert (1992, capítulo 3), o Sennett (2006, pp. 37 ss).

intrínseco, que es precisamente el servir de apoyo a la economía real o productiva (2004, pp. 231-234).

En definitiva, la comprensión adecuada de la realidad económica actual, desde un punto de vista ético, necesita aunar las dimensiones macro, meso y micro, dilucidando cuál es la influencia que alcanza cada una de ellas y cómo se vinculan entre sí. Las organizaciones están jugando un papel cada vez más importante en el mundo globalizado, aunque los cambios profundos que están impulsando parecen alejarlas de esa función integradora en la realidad institucional y social para los individuos que realizó en otros tiempos. Por ello, es importante, desde la ética, propiciar un diseño institucional que responda adecuadamente a las problemáticas señaladas, para lo que las reflexiones de Sennett pueden resultar de gran ayuda. Es decir, se trataría de fomentar aquellas condiciones institucionales, políticas y sociales que permitan un despliegue real de las capacidades de los participantes, evitando las limitaciones que imponía la burocracia tradicional, aunque tratando de propiciar una implicación efectiva de los individuos en la actividad institucional aportando el necesario sostén para el desarrollo de sus biografías personales y el fomento de las relaciones sociales.

10.3 Un marco adecuado para el despliegue de la individualidad

A lo largo de esta tesis se ha ido profundizando en el pensamiento de Sennett para ir elaborando, a partir de sus ideas y propuestas, una forma original de concebir el papel que juega el ser humano en los complejos contextos sociales e institucionales que presenta el mundo actual. El lugar de trabajo se ha revelado como un lugar clave en el que se forma la identidad individual, en el que pueden establecerse relaciones sociales duraderas, y que permite integrarse en un mundo institucional dinámico y complejo. Desde esta perspectiva, desempeñar su rol como trabajador puede convertirse en un canal básico para el desarrollo personal, ya que como participante de la actividad institucional puede ir elaborando narrativamente su propio relato personal, forjando su carácter en el desarrollo de su profesión y en el trato cooperativo con los otros. Sin embargo, las condiciones reales que presente ese marco organizativo se revelan fundamentales a la hora de potenciar el despliegue efectivo de las capacidades laborales y sociales de los individuos.

Por ello, se ha entendido que los planteamientos de Sennett están

guiados por una orientación ética, la cual ha tratado de sustanciarse en este capítulo final. Pero el cumplimiento de tal propósito exigía, en primer lugar, clarificar cuál es el propósito y la finalidad de la ética empresarial, y a partir de ahí, trazar una línea argumentativa que permita situar el pensamiento Sennett en relación a la reflexión ética, y definir la posición en que se sitúa esta tesis. Así, se ha defendido el potencial del pensamiento desarrollado en la Escuela de Valencia para elaborar una ética a la altura de nuestros tiempos, alcanzando la dimensión universal y crítica que éstos exigen, sin perder por ello la capacidad de atender a la especificidad de los diversos contextos de acción. En ese sentido, la hermenéutica crítica permite vincular la comprensión del sentido de las prácticas concretas -en este caso, de la actividad que se desarrolla en las empresas- con la conciencia moral alcanzada por la sociedad, siguiendo una orientación crítica que permite juzgar desde un punto de vista ético las actuaciones y tendencias que se observan en el funcionamiento de las organizaciones.

Siguiendo esta línea de pensamiento, se revela que la empresa desempeña una importante función social, formando parte importante de la misma el propiciar el desarrollo de las capacidades de las personas que la integran. Entender que las biografías individuales se elaboran en un contexto institucional, siendo fundamental la participación en la actividad que desarrollan las organizaciones empresariales para el despliegue de sus potencialidades narrativas, profesionales y sociales es una exigencia ineludible para una ética que aspire a situar a la persona real como centro de su reflexión. Y es en esta dirección en la que el pensamiento de Sennett puede incorporar una aproximación hermenéutica que atiende a las necesidades, carencias, aspiraciones, capacidades y valores que manifiestan las personas que luchan por salir adelante en el complicado contexto actual, dilucidando qué papel otorga a los individuos el nuevo modelo institucional. Según ha tratado de irse afianzando a lo largo de esta tesis, las observaciones que realiza el autor estadounidense adquieren un valor propio gracias a sustentarse en una caracterización sólida, original y coherente sobre el ser humano, que lo describe como alguien capacitado para interpretar creativamente la realidad, que va forjando su autonomía personal mediante la elaboración de su propio relato vital, del que forma parte fundamental el encuentro participativo con los otros y el desarrollo profesional. Por ello, se ha afirmado que ese proceso de maduración

personal en el que se forja el carácter, enmarcado institucionalmente y socialmente orientado, se puede considerar como un proyecto artesanal.

Las investigaciones de Sennett ayudan a lograr una comprensión más amplia y profunda de los cambios que están teniendo lugar a nivel global, integrando perspectivas más apegadas a la realidad cotidiana, que permiten aportar una mayor cercanía al estudio de la realidad social. Sin embargo, la viveza de sus escritos se logra, en parte, a costa de debilitar hasta cierto punto el armazón conceptual y teórico sobre el que se deberían asentar las interpretaciones propuestas acerca de la realidad empírica. Por ello, se ha tratado de evitar la limitación propia de una postura netamente pragmática, si bien tratando de aprovechar la proximidad que ofrece a los problemas concretos que presenta la realidad cotidiana. En su sentido, la comprensión que desarrolla este autor de la noción de experiencia permite reconocer en los individuos unos agentes activos del mundo en el que viven, ya que pueden intervenir creativamente en su conformación y su comprensión.

Así pues, en Sennett se encuentra una orientación ético-política de vocación empirista y reformista, que permite poner de relieve las limitaciones y posibilidades que ofrece la realidad institucional y social concreta para el desarrollo personal y para el cambio social, atendiendo a las problemáticas concretas que surgen del encuentro cotidiano entre los diferentes, sin aspirar a alcanzar soluciones definitivas ni respuestas incondicionales. Es necesario, sin embargo, rescatar la aspiración universalista que subyace a la reflexión ética desde Kant, afirmando el reconocimiento de la dignidad básica de todos los seres humanos, o en su actualización dialógica, reconocerlos como interlocutores válidos en un diálogo sin restricciones sobre las normas que les afectan. La hermenéutica crítica permite integrar esta dimensión deontológica de la moral, pero sin perder de vista las consecuencias de las acciones y decisiones institucionales, ni las características específicas de los contextos en que se despliegan las prácticas concretas. La incorporación de la hermenéutica que propone Sennett, que se nutre de la perspectiva de los afectados -manifestada en su propia actividad interpretativa-, integrando el punto de vista del autor e invitando al lector a participar en una labor hermenéutica más amplia, ayudaría en mi opinión a enriquecer este tipo de análisis éticamente orientado de la realidad.

En las últimas décadas se está asistiendo a una serie de profundos

cambios, perceptibles a distintos niveles o en distintas dimensiones de la realidad. El motor principal de los mismos podría situarse en la esfera económica, dónde habría aumentando notablemente el dinamismo y la apertura que de por sí caracterizan el capitalismo, hasta el punto de adquirir una dimensión verdaderamente global, aunque a costa de extender los riesgos y posibles desequilibrios. La respuesta a nivel institucional, como bien percibe Sennett, está consistiendo en la apuesta por la flexibilización, quebrando las garantías y certezas que habían permitido sostener el orden económico, social y político en el pasado reciente, sembrando en la sociedad una sensación generalizada de indiferencia, ansiedad e incertidumbre. El individuo moderno, tanto en su rol como trabajador como en el de ciudadano, en tanto que vive y actúa en un entramado institucional sometido a profundas transformaciones, se encuentra en una encrucijada. Por ello, es preciso revisar críticamente tanto el papel de las organizaciones como el lugar que ha de ocupar el ciudadano en la sociedad actual.

Se ha entendido que las organizaciones -particularmente las empresas- cumplen una función social, por lo que su actuación y su articulación interna no son ajenas a las consideraciones morales. En ese sentido, la emergencia de nuevas formas de organizar el trabajo, de producir los bienes o de invertir el capital, tiene efectos notables sobre la sociedad, por lo que reclaman de un análisis profundo. Las investigaciones que ha venido desarrollando Sennett permiten precisamente comprender mejor la dirección y el alcance de dichas transformaciones, especialmente en la medida en que afectan a los proyectos y las expectativas profesionales, ciudadanas y vitales de las personas. La dimensión moral subyacente a la actividad económica requería, por tanto, integrar este análisis en el marco de la ética empresarial, y según se ha propuesto, la Escuela de Valencia aporta la necesaria orientación para un diseño insitucional acorde a la responsabilidad que le es legítimamente atribuible a la empresa, para lo que ha de cumplir con los principios de un diálogo abierto a todos los afectados. De esta manera, adquiere viabilidad la tarea de observar críticamente el funcionamiento y el cambio institucional.

Según se ha ido exponiendo en esta tesis doctoral, para Sennett el ser humano puede evolucionar como persona participando en espacios públicos dinámicos, conflictivos y abiertos, en los que puede representar papeles diferentes activando sus capacidades expresivas, atender a las posiciones y

necesidades de los otros, y trabajar cooperativamente en el trato de los problemas y en la elaboración y transformación de las reglas y convenciones que posibilitan la comunicación entre los diferentes. Las relaciones sociales constituyen, por tanto, un elemento posibilitador y un ingrediente fundamental para un adecuado despliegue de la individualidad.

Esta concepción antropológica constituye a mi juicio una vía para fortalecer la reflexión ética sobre la actividad organizacional y la vida económica, en la medida en que reivindica el necesario despliegue de la individualidad en el marco institucional mediante una participación más activa. Por ello, se hace patente la necesidad de revisar los cauces a través de los cuáles los individuos se integran en las organizaciones, y el análisis de Sennett permite desvelar, complementando las interpretaciones que desarrollan los propios implicados, que las estructuras de autoridad y las vías de participación en el funcionamiento actual de las organizaciones y de la vida pública resultan deficientes, ya que lejos de potenciar, inhiben el despliegue adecuado -que fuera enriquecedor para la propia actividad de la empresa al mismo tiempo que estimulador para la maduración personal y para la democracia- de las capacidades humanas, tendiendo cada vez más a empujar a más individuos hacia los márgenes del sistema, quienes ven menguadas sus posibilidades efectivas de intervenir en la realidad. En definitiva, en la actualidad se estaría fomentando un tipo de ser humano limitado, desconectado de los otros e inhabilitado para desarrollarse plenamente como persona, por lo que se hace más necesario reivindicar y potenciar esa caracterización del individuo como alguien capacitado para modelarse artesanalmente a sí mismo involucrándose en la configuración de un mundo social e institucional complejo, dinámico, participativo y abierto.

Los valores que sustentan la comprensión de Sennett sobre el ser humano -autonomía, creatividad, sociabilidad, participación activa, respeto mutuo, cooperatividad-, no encuentran hoy, consecuentemente, un ámbito adecuado para su realización. Sus investigaciones ayudan a demostrar que en realidad se estaría abriendo una brecha entre los centros decisorios y situación en la que se encontraría la mayoría de la gente, que dispone de unos recursos y unas oportunidades que se revelan cada vez más limitados para alcanzar una posición social y laboral segura, y para jugar un papel activo en la actividad institucional o en la vida pública. La precarización de

la situación laboral de las personas se traduce, según se revela con nitidez en los escritos del autor estadounidense, en una limitación del requerido despliegue de sus capacidades sociales y profesionales, que estarían siendo mal aprovechadas por la sociedad actual. La realización de esos valores humanos reclama una perspectiva temporal amplia, pues tanto el proceso de maduración personal como el afianzamiento de las relaciones sociales necesitan de tiempo para desarrollarse, sus avances necesitan ser puestos a prueba, aprendiendo de los errores y de las dificultades, para ir solidificando la confianza que les permite seguir adelante y explorar nuevas vías de realización.

Las investigaciones y reflexiones de Sennett permiten, precisamente, situar en primer plano la importancia del vector temporal en la formación de la individualidad y el sustento de las relaciones sociales e institucionales. La reivindicación de una temporalidad extensa se hace patente en el proceso de formación del carácter y en la elaboración narrativa de la identidad personal, adquiriendo aún mayor presencia en la definición artesanal de dichos procesos. La concepción biográfica de la identidad se extiende a lo largo del tiempo vivido por la persona, realizándose precisamente en su esfuerzo por integrar las diversas experiencias -muchas veces dispares y fragmentarias- por las que va atravesando. Su realización personal en el ámbito laboral se ha revelado como un componente fundamental de su identidad, y el despliegue de sus posibilidades profesionales y sociales requieren también del largo plazo, de manera que puedan ir consolidándose tanto las habilidades técnicas, como las de tipo social. Por ello, llegar a asentar una trayectoria laboral en forma de carrera reclama una continuidad en la experiencia, necesitando de la permanencia y fiabilidad de ciertos elementos que permitan tejer un hilo conductor en la vida profesional, social y personal de cada individuo. Y es desde esta perspectiva que Sennett puede indicar un camino que se revela irrenunciable para la ética de la empresa, pues se trata de cuestiones que marcan la experiencia de la gente en el mundo institucional hoy en día, y que muestran la dirección que están tomando unas instituciones que no deberían considerarse al margen de las personas que participan en ellas y que se ven afectadas por su funcionamiento.

Por tanto, una tarea fundamental para esta ética es determinar la orientación que siguen las organizaciones dentro de un marco institucional, económico y político más amplio, atendiendo para ello a la dimensión

temporal que persiguen, a las relaciones de autoridad que se establecen, y al papel y el lugar que otorgan a los individuos en su funcionamiento. Situar en primer plano la experiencia de los afectados desde una perspectiva hermenéutica se presenta como una vía enriquecedora para el pensamiento ético actual. Consecuentemente, el diseño de marcos institucionales que permitan un óptimo despliegue de la individualidad debiera afrontarse como una de sus misiones a realizar, pudiendo encontrar en la concepción del ser humano propuesta por Sennett un horizonte prometedor para para la misma. La complejidad del mundo actual requiere de una comprensión de lo humano abierta, creativa y multidimensional. Y, según se ha tratado de demostrar en estas páginas, Sennett evita enclaustrarse en una definición cerrada o unidimensional de la misma, sosteniendo que las dimensiones pública, social e institucional de la vida de las personas, constituyen los escenarios primordiales de su formación. La definición narrativa y artesanal del desarrollo personal, en definitiva, confiere a los individuos ese papel activo y creativo en su propia evolución como personas y en la conformación de los espacios públicos e institucionales -en su rol de trabajador o de ciudadano- que puede reclamar una mirada filosóficamente orientada sobre la problematicidad del mundo actual.

CONCLUSIONES

El objetivo de esta tesis doctoral ha sido demostrar que a partir de las ideas y propuestas conceptuales y metodológicas que se han ido hallando en la obra de Richard Sennett es posible elaborar una interpretación sólida, coherente y original sobre el lugar que ocupa el ser humano en el complejo mundo actual, partiendo de un análisis incisivo sobre las características de la realidad social e institucional en la que estamos inmersos, desde la cual es posible afrontar, siguiendo una perspectiva filosófica, los diversos problemas vinculados a esta temática. Para ello, ha sido fundamental definir la concepción antropológica de que se sirve este autor, pues permite poner de relieve una esencial vinculación con el entorno social e institucional en el que vive, trabaja y se relaciona el individuo como vía fundamental para propiciar el despliegue de sus capacidades.

En la caracterización del ser humano que ofrece Sennett -y que, según se ha podido demostrar, permite sustentar sus distintas argumentaciones y propuestas, aportando un hilo conductor a su trayectoria intelectual-, destaca su capacidad para experimentar creativamente la realidad y para participar activamente en interacciones complejas, conformando cooperativamente espacios públicos de carácter democrático en los que se despliegue la sociabilidad. Profundizar en esta definición ha requerido por un lado, incidir en la reivindicación de las capacidades hermenéuticas de los individuos, que les permiten interpretar creativamente las circunstancias de su entorno y sus experiencias vitales para integrarlas en un relato biográfico elaborado narrativamente; y complementariamente, desplegar la comprensión de un proceso de maduración personal que se lleva a cabo involucrándose en interacciones complejas, siendo fundamental la disposición para afrontar positivamente las dificultades, retos o elementos ambiguos que presenta la inmersión en la vida pública. Una autonomía socialmente orientada y entendida como capacidad fundamental para forjarse a uno mismo se revela como valor fundamental en esta comprensión del ser humano, en la medida en que se aprecia en el individuo el potencial sujeto activo de su propio desarrollo como persona, y se le reconoce como un actor social cualificado para participar en la elaboración conjunta de formas de sociabilidad complejas.

Sin embargo, se han podido constatar los obstáculos que impone recurrentemente la realidad social e institucional al proyecto de realización humana y social que propone el sociólogo estadounidense. De este modo, el pensamiento de este autor refleja la existencia de una tensión permanente entre, por un lado, las posibilidades para el desarrollo humano que ofrece una sociedad constituida sobre una base diversa y compleja, y por otro, las tendencias culturales, políticas o económicas que dominan en la sociedad en diferentes momentos. En la actualidad, los cambios producidos en la estructura institucional y en la economía global parecen estar generando un escenario particularmente intrincado para el desarrollo personal y para el fomento de las relaciones sociales, ya que estarían guiados por una orientación poco favorable a esos propósitos, fomentando un tipo de individuo limitado para involucrarse en la vida pública y para desarrollarse como un ser autónomo.

En ese sentido, el pensamiento de Sennett permite desafiar aquellas concepciones del ser humano o de la sociedad que sirven para legitimar situaciones de dominación o injusticia, presentándolo como un individuo autointeresado para quien la participación en la vida social no fuera sino un elemento secundario o derivado. Si bien la tendencia al individualismo parece consustancial a la sociedad moderna -en tanto el reconocimiento de la igualdad básica de todos los seres humanos implicaría una llamada al individuo a hacerse cargo de su propio destino-, Sennett trata de ensanchar el horizonte de la autonomía personal, demostrando que llevar a cabo el *giro hacia afuera* -que incita el despertar de la curiosidad por la problematicidad intrínseca del mundo exterior, activando las capacidades sociales y hermenéuticas de los individuos- resulta el paso fundamental para poner en marcha el arduo proceso de maduración personal. El acceso a las relaciones comunitarias, sostenidas sobre el reconocimiento, el cuidado y la atención mutuas, se habrían revelado como una vía imprescindible para alcanzar un desarrollo personal pleno. Sin embargo, es preciso afianzar la capacidad para participar de interacciones con extraños establecidas conforme al principio de impersonalidad, desplegando sus potencialidades comunicativas.

La noción de *carácter* se ha ido consolidando como el puente que permite enlazar lo personal con lo público e institucional, ofreciendo un importante potencial interpretativo y crítico para afrontar algunos de los problemas que presenta la realidad actual, otorgando un papel protagonista

a los individuos en los procesos de cambio en que se ven inmersos. Según se ha ido constatando, la noción de carácter refuerza la idea de que un desarrollo integral de la persona sólo es posible en la medida en que se trate de un proceso orientado a su integración en un entorno social y material complejo, mediante una involucración activa y creativa con los problemas que plantea una realidad cambiante, abierta y heterogénea. De esta manera, se vislumbra la posibilidad de superar las tendencias que amenazan la autonomía del yo moderno, empujándole hacia una autoabsorción de tipo narcisista.

El carácter revela de forma privilegiada el potencial ético de los individuos, al resaltar su capacidad para forjarse a sí mismos a través de un proceso permanente de aprendizaje y revisión de lo asimilado, que progresa reorganizando los hábitos y seguridades adquiridos en el pasado para abrirse a la experimentación de nuevas formas de actuar y estar en el mundo, y que se nutre de un compromiso sostenido en el tiempo. Así pues, se trata de una capacidad adquirida, que permite adaptarse creativamente a los retos cambiantes del entorno social e institucional, y comunicarse expresivamente con los otros representando los roles adecuados en un espacio impersonal.

El tipo de sociedad que analiza Sennett emerge en contextos urbanos, donde se encuentran gentes de orígenes y costumbres diferentes, siendo desconocidos entre sí. Se ha destacado que ese escenario permite la constitución de un nuevo ámbito, el *dominio público*, a partir de los esfuerzos comunicativos que realizan los participantes, estableciendo un conjunto de reglas, rituales y convenciones que conforman ese espacio de interacción impersonal. La tesis de que el individuo para comunicarse efectivamente con desconocidos actúa como un actor que representa roles definidos, se ajusta perfectamente a esta concepción de lo público como un espacio impersonal elaborado de forma dinámica a partir de los esfuerzos expresivos de los participantes.

Sin embargo, Sennett ha insistido en poner de relieve la ambigüedad inherente a un ámbito poblado por diferentes identidades, proyectos e intereses, en el que no existen reglas pre-fijadas ni soluciones definitivas a los conflictos que se van planteando, pues las distintas piezas que lo forman no admiten un encaje perfecto. La apuesta por una aproximación netamente cultural y pragmatista, como la que ofrece la *dramaturgical school*, tiene la ventaja de esclarecer los aspectos característicos y las dificultades que

plantea la interacción cotidiana entre los diferentes, pero no ofrece un esquema crítico desde el que sea posible evaluar la legitimidad de las diferentes pretensiones particulares o desde el que establecer unos principios de justicia generales. Para vencer esa carencia, es necesario recurrir a modelo de espacio público con mayor virtualidad crítica, como es el habermasiano. Las diferencias entre ambas propuestas no conducen, no obstante, como se ha defendido en esta tesis doctoral, hacia una oposición excluyente, sino que cabe trabajar por una perspectiva construida sobre la complementación, en la que quepa tanto la necesaria búsqueda de una fundamentación de los derechos y las pretensiones de justicia, como una comprensión más cercana y propositiva a las condiciones específicas en que se despliega cotidianamente la sociabilidad.

El dominio público, así pues, emerge como un ámbito nuevo, peculiar y autónomo, que trasciende los espacios homogéneos y simples donde se desarrolla la vida familiar o local, tratándose del lugar donde se encuentran e interactúan los extraños según la condición básica de la impersonalidad, propiciando la elaboración conjunta de formas complejas y dinámicas de sociabilidad. Desde este punto de partida, es posible reivindicar sus valores específicos que permiten distinguirlo del espacio privado, evitando tanto su confusión como una dañina sobredimensión de las relaciones familiares. Además, permite cuestionar los intentos de constituir una comunidad sobre los aspectos que supuestamente expresan la semejanza de sus miembros, ya que conducen necesariamente hacia la exclusión o la represión de aquellos elementos que no se ajustan a la definición comunitaria, además de negar el carácter netamente procesual de una vida social compleja, como la que producen las sociedades conemporáneas. En cambio, se ha puesto de relieve que la apertura, heterogeneidad y dinamicidad constituyen el dominio público como un espacio intrínsecamente democrático, pues en su seno se ven incitados a interactuar diversas identidades e intereses, tratando de resolver los conflictos que ineludiblemente surgen de esa convivencia compleja, para lo cual es preciso aprender a tomar en consideración a los otros.

En ese sentido, la concepción procesual, dinámica y abierta de la vida en común que ofrece el modelo deliberativo aporta un camino en el que encauzar y orientar las propuestas de Sennett. El intercambio de razones aparece, especialmente en la versión de Gutmann y Thompson, como el

motor del proceso democrático de formación de una voluntad común cuando existen importantes discrepancias de base, sin pretender superarlas mediante la elaboración de una visión homogénea sobre la vida social y política. La deliberación, en la medida en que requiere de la participación activa y sostenida de los ciudadanos, permite ir generando un compromiso con lo público. De esta manera, ese dominio público abierto y democrático que sugiere Sennett, se formaría y transformaría mediante un proceso continuado de deliberación mutua a partir de las posturas enfrentadas, nutriéndose de la conflictividad existente como fuente de renovación social.

La visión de la persona que ofrece Sennett defiende su imbricación fundamental con el dominio impersonal que en el que se produce el encuentro con los otros, de manera que el proceso de desarrollo y maduración personal se lleva a cabo mediante el trato con los retos que le va planteando un entorno inherentemente problemático como es el que plantea la sociedad moderna. La denuncia que recurrentemente plantea este autor de aquellas ideologías políticas, corrientes pedagógicas o tendencias culturales que promueven de alguna manera o postulan explícitamente la idoneidad de ambientes sociales homogéneos, simplificados y armónicos para un adecuado desarrollo de la vida persona, familiar y social, se basa en una reivindicación de las virtudes de los espacios complejos y problemáticos que es clave en el pensamiento de este autor. Por ello, cabe reconocer el potencial educativo que reside en la comprensión del ser humano que propone el autor, cuyo desarrollo integral requiere de escenarios sociales variados y estimulantes. Marcos donde pueda desplegar sus capacidades sociales, aprovechando la mayor riqueza experiencial que proporcionan. Desde esta perspectiva, es posible denunciar las limitaciones que impone a la formación personal educarse en ambientes sociales homogéneos, en los que la presencia real de las diferencias se vea restringida. Pues aprender a interactuar con extraños se revela como una parte fundamental del proceso de maduración de la persona, tratándose de un ser eminentemente social.

La dimensión de la ciudadanía adquiere un peso fundamental en el desarrollo personal desde el momento en que se concibe que el espacio público es el lugar privilegiado para desplegar este proceso. La apertura a un mundo problemático permite ir tomando conciencia de las diferencias, requiere de la implicación del individuo en la resolución de los problemas que conlleva la convivencia entre personas y grupos de diferentes orígenes,

valores y proyectos vitales. Por ello, la noción de ciudadanía ha de entenderse apuntando a un horizonte cosmopolita, que invita a trascender las limitaciones de una visión del mundo particular, adquiriendo conciencia de la diversidad humana que encuentra su lugar propio en el dominio público. El trato con los extraños permite explorar dimensiones de la persona que se encuentran inhibidas en un ambiente social homogéneo, concediéndole una mayor libertad y protagonismo en la formación de sí mismo como un ser abierto, creativo, y multidimensional. El cosmopolitismo debe entenderse como algo más que el placer que se obtiene de participar en interacciones sociales más extensas y estimulantes, mostrándose como una condición fundamental tanto de la maduración personal como de la conformación de la vida pública, en la medida en que la ambigüedad que es inherente a un espacio heterogéneo, abierto e inconcluso se reconoce como incentivo para actuar e involucrarse en su resolución conjunta, en lugar de servir como excusa para refugiarse en entornos sociales más sencillos y controlables. Por eso, el cosmopolitismo se revela como un desafío permanente para el individuo y para la vida social, incidiendo en el carácter procesual e impredecible de la misma.

En el marco de una sociedad moderna, el proceso de individuación lejos de ofrecer un aspecto lineal, homogéneo y predecible, se despliega en contextos sociales e institucionales complejos, incluso en ocasiones aparentemente contradictorios, generando una experiencia fragmentaria. La identidad moderna aparece, en consecuencia, como un proceso abierto permanentemente a la redefinición, poniendo a prueba la capacidad adaptativa, interpretativa, innovadora y crítica del individuo. Desde esta perspectiva, el reto principal que ha de afrontar el individuo moderno consiste en elaborar un relato vital coherente entre las circunstancias cambiantes e incontrolables, ya que si bien ha de mostrar la flexibilidad suficiente para no quedar atrapado en imágenes rígidas sobre sí mismo y sobre el mundo intersubjetivo, también ha de evitar perderse a sí mismo entre la heterogeneidad de la experiencia que acontece en la vida social e institucional.

La multiplicidad aparente de posibilidades de acción y elección que ofrece la sociedad moderna amplia enormemente la libertad de los individuos para elaborar sus proyectos vitales, adquiriendo un papel mucho más activo que el que podía conceder una sociedad de tipo tradicional,

aunque también puede ser fuente de desorientación personal. Frente a esta amenaza, Taylor sostiene que el sentido de las elecciones y decisiones que puedan tomar los individuos emerge de un trasfondo valorativo compartido por una comunidad. De esta manera, se garantizaría la continuidad y la coherencia de la vida comunitaria, modelando el proceso de desarrollo personal. Sin embargo, Sennett -en proximidad a los planteamientos de Giddens- postula que en una sociedad moderna ese trasfondo socio-cultural sobre el que los individuos se forman como personas, llevan a cabo sus propias elecciones y actúan cotidianamente, lejos de ser coherente y homogéneo, se muestra discontinuo, fragmentario, y variable. Un tipo de entorno inconcluso resulta más estimulante, incitando al individuo a involucrarse en su problemática, por lo que promueve la maduración personal. En cambio, crecer y vivir en un ambiente homogéneo y predecible provoca que el individuo quede atrapado en una identidad rígida, volviéndose incapaz de tratar productivamente con las diferencias y los cambios, y por tanto, de revisar la imagen formada de uno mismo.

Postular la narratividad como característica definitoria de la identidad supone situar en primer plano el esfuerzo continuado que realiza el individuo por integrar los diversos roles que desempeña, las vivencias cambiantes, o las modificaciones que van produciéndose en la imagen que sostiene de sí mismo, en un relato biográfico que se nutre, justamente, de su capacidad para responder hermenéuticamente a la variedad de situaciones que se va encontrando, otorgando un sentido unificador a la complejidad experiencial. Cuando el marco en el que se despliega el proceso de individuación es heterogéneo, dinámico y abierto, son los propios individuos -sobre todo a través de su participación en la vida pública- quienes han de esforzarse por abrir unos horizontes que no pueden ya estar pre-fijados por una tradición cultural o política, por explorar nuevas formas de convivencia y de estar en el mundo. Por eso, la apertura al mundo exterior, que incita al individuo a ir más allá de la esfera vivencial más próxima y sencilla, se revela como la experiencia fundamental en la vida personal.

Pero ello no quiere decir que no sea importante poder contar con ciertos elementos que aporten la seguridad y la continuidad necesarias para que la historia vital de un individuo no se descomponga en fragmentos imposibles de vincular entre sí, de manera que sienta desvanecerse la

capacidad para orientar su propia vida.

Esta sería, precisamente, la situación que parece dibujar el nuevo escenario institucional. Los estudios desarrollados por Sennett revelan cómo el funcionamiento de las instituciones va volviéndose cada vez más opaco y hermético, en la medida en que los afectados por su actividad están viendo mermada progresivamente no sólo su capacidad de intervención y participación, sino los propios poderes interpretativos que les debieran permitir insertarse de manera eficaz en una vida social conformada por la actividad institucional. En ese sentido, el tipo de análisis que propone el autor invita a concluir que los individuos están padeciendo, en el contexto actual, un proceso creciente de desempoderamiento, ya que encuentran cada vez más obstáculos para desplegar sus capacidades interpretativas y activas sobre la realidad, viéndose empujados a replegarse defensivamente sobre sí mismos, adoptando actitudes pasivas y resignadas. Por ello se ha podido afirmar que el Nuevo Capitalismo está desgastando el carácter, pues no permite el despliegue de la individualidad, impidiendo su constitución como un actor insitucionalmente competente y activo.

Así, aunque el nuevo modelo institucional trata de legitimarse mediante una apariencia de apertura y flexibilidad que otorga mayores posibilidades de participación a los diversos actores, y por tanto, dando lugar a una estructura más democrática, un análisis más profundo como el que propicia Sennett ayuda a desvelar los principios y los mecanismos que regulan el funcionamiento del sistema, deviniendo así susceptible de crítica. Puede constatarse así que las estructuras de poder no estarían volviéndose más democráticas y participativas, sino que la organización en red permitiría paradójicamente una mayor concentración del poder que, gracias a la imagen de flexibilidad, puede volverse elusiva respecto a su responsabilidad, manteniéndose ajena a los requerimientos de los afectados y a las necesidades de la sociedad. La confiabilidad de las instituciones se ve, en consecuencia, gravemente mermada, reclamando la necesidad de un verdadero fortalecimiento democrático de la sociedad, que permita desplegar una postura crítica sobre el papel que desempeñan las instituciones. De ahí la importancia de incidir en la dimensión ciudadana de la individualidad, tanto en la escuela como en la vida adulta, siendo más necesario que nunca superar la desconexión, autoabsorción y la pasividad que amenazan hoy en día la vitalidad de la vida pública.

En relación a ello, resultaría productivo desarrollar las potencialidades que presenta el concepto de *artesanía*, incorporando así la idea de un individuo que se compromete con la realidad de manera permanente, que no elude los problemas que presente sino que, antes bien, le sirven como estímulos para implicarse en su resolución, propiciando el desarrollo continuo de un proceso de aprendizaje y perfeccionamiento guiado por la meta de desempeñar bien la tarea. Que la tendencia marcada por la transformación institucional reciente apunte hacia el cortoplacismo, la superficialidad y el distanciamiento respecto a la función realizada en un momento dado, indicaría precisamente la perentoriedad de una comprensión artesanal de la experiencia humana, aplicable más allá del ámbito productivo o de la actividad institucional, alcanzado un desarrollo humano integral en el que la imbricación en la vida pública aparece como un componente fundamental.

Uno de los objetivos de esta tesis ha sido poner en valor las aportaciones que puede realizar Sennett al análisis ético de las instituciones, sobre todo debido a las dificultades que plantea el nuevo modelo económico y productivo, designado aquí como Nuevo Capitalismo. Sus investigaciones permiten esclarecer el alcance de las transformaciones producidas en las últimas décadas a nivel global gracias a su capacidad para integrar en un análisis estructural más amplio las interpretaciones que desarrollan los afectados respecto al lugar que ocupan y las posibilidades y obstáculos que encuentran para llevar a cabo sus proyectos vitales enfrentados a un determinado entramado institucional. La incorporación de sus propuestas a una hermenéutica crítica que mantenga la orientación universalista e incondicional como momento ineludible para la ética, pero atendiendo a las especificidades y limitaciones de los contextos prácticos concretos, permitiría aproximar el análisis filosófico y moral a las realidades cotidianas que afrontan las personas, reconociendo su papel activo como actores sociales e institucionales que participan creativamente de la realización y la renovación de las prácticas sociales y culturales, valorándolos como interpretes competentes de la realidad en la que viven, trabajan e interactúan. Desde la ética empresarial se trataría, por tanto, de diseñar un modelo de organización que, haciéndose cargo de las características definitorias del actual contexto institucional y económico global, fomentara la iniciativa y la responsabilidad compartida de sus diversos miembros, sin

dejar de proporcionar la seguridad y la continuidad necesarias tanto para generar confianza en la sociedad como para propiciar un óptimo desarrollo profesional, social y personal de los individuos.

En ese sentido, la comprensión artesanal del trabajo permite poner en tela de juicio las condiciones materiales y laborales así como las relaciones de autoridad que propugna el modelo flexible, en la medida en que estarían provocando una corrosión del carácter, que conlleva el desapego individual respecto a la actividad institucional y un alejamiento de sus propias potencialidades profesionales, ciudadanas y personales. Si la ética promueve una comprensión integral de la persona, la fragmentación y disolución de la experiencia que está provocando el Nuevo Capitalismo no puede ser ignorado por una reflexión filosófica a la altura de nuestro tiempo. Para el cumplimiento de esa misión, el pensamiento de Sennett, más allá de las carencias detectadas, ofrece reflexiones y propuestas que se han revelado de gran interés, invitando a abrir nuevos caminos para la filosofía y las ciencias sociales, recuperando para la vida pública e institucional el papel de unas personas forjadas autónomamente y comprometidas socialmente.

BIBLIOGRAFÍA

a. Bibliografía de Richard Sennett

- Sennett, Richard:1970a, *Families against the city. Middle class homes of industrial Chicago: 1872-1890* (Harvard University Press).
- Sennett, Richard: 1970b, "Genteel backlash: Chicago 1886 - the haymarket riot wouldn't be the last time that chicao's police went out of control", en *Trans-Action*, vol. 7, nº 3, pp. 41-50.
- Sennett, Richard:1970c, "The brutality of modern families", en *Trans-Action*, vol. 7, nº11, pp. 29-37.
- Sennett, Richard: 1973, "Two on the aisle", en *New York Review of Books*
- Sennett, Richard: 1975, "Charismatic de-legitimation: A case study", en *Theory and Society*, vol. 2, nº 1, pp. 171-181.
- Sennett, Richard: 1980, *Narcisismo y cultura moderna* (Kairós, Madrid).
- Sennett, Richard:1982, *La Autoridad* (Alianza, Madrid)[ed. orig. 1980].
- Sennett, Richard: 1991, *La conciencia del ojo* (Versal, Barcelona). [ed. orig. 1990]
- Sennett, Richard: 1994, "The New Censorship", en *Contemporary Sociology*, vol. 23, nº4, pp. 487- 491.
- Sennett, Richard: 1996, "The foreigner", en Heelas, P., Lasch S., Morris, P., *Detraditionalization* (Blackwell, Cambridge), pp. 173-199.
- Sennett, Richard: 1997a, *Carne y Piedra: el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental* (Alianza, Madrid)[ed. orig. 1994].
- Sennett, Richard: 1997b, "The new capitalism", en *Social Research*, vol.64, nº2, pp.161-180.
- Sennett, Richard:1998, *The spaces of democracy. 1998 Raoul Wallenberg Lecture* (College of Architecture+Urban Planing. The University of Michigan, Ann Arbor).
- Sennett, Richard:1999, "Work and social inclusion" [conferencia 17 junio de 1999, en el Renner-Institut de Viena].

- Sennett, Richard: 2000, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo* (Anagrama, Barcelona) [ed. orig. 1998].
- Sennett, Richard: 2001a, *Vida urbana e identidad personal* (Península, Barcelona). [ed. orig. 1970].
- Sennett, Richard: 2001b, "La calle y la oficina: dos fuentes de identidad", en Giddens, A. y Hutton, W. (eds.), *En el límite. La vida en el capitalismo global* (Tusquets, Barcelona), pp. 247-267. .
- Sennett, Richard: 2001c, "The legitimacy of class", en *Political Power and Social Theory*, vol. 14, pp. 327-332.
- Sennett, Richard: 2002a, *El declive del hombre público* (Península, Barcelona) [ed. orig. 1974].
- Sennett, Richard: 2002b, "Cosmopolitanism and the Social Experience of Cities", en Vertobec, S., y Cohen, R. (eds.), *Conceiving Cosmopolitanism. Theory, Context, and Practice* (Oxford University Press), pp. 42-47.
- Sennett, Richard: 2003a, *El Respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad* (Anagrama, Barcelona).
- Sennett, Richard: 2003b, "Reflections on the Public Realm", en Bridge, G., y Watson, S. (eds.), *A companion to the city* (Blackwell, Oxford), pp. 380-387.
- Sennett, Richard: 2004, "El capitalismo y la ciudad", en Martin Ramos, A. y Chocey, F. (eds.), *Lo urbano en 20 autores contemporáneos* (Universitat Politècnica de Catalunya, Barcelona), pp. 213-220. [ed. orig. 2001].
- Sennett, Richard: 2006a, *La cultura del nuevo capitalismo* (Anagrama, Barcelona).
- Sennett, Richard: 2006b, "Cultural Materialism", Hegel Prize Speech.
- Sennett, Richard: 2006c, "The open city", en *Urban Age* (Berlín) [conferencia].
- Sennett, Richard: 2006d, "What do you mean by talent?", en *Political Quarterly*, vol. 77, pp. 163-167.
- Sennett, Richard: 2007, "Una ciudad flexible de extraños", en *ARQ*, n. 66, pp.

19-23.

- Sennett, Richard: 2008, "Quant. The Public Realm", en web: <<http://www.richardsennett.com/site/SENN/Templates/General2.aspx?pageid=38>> [consulta: 20 de septiembre de 2011]
- Sennett, Richard: 2009a, *El artesano* (Anagrama, Barcelona).
- Sennett, Richard: 2009b, *How I write: Sociology as Literature*. Award of the Gerda Henkel Prize 2008 (Rhema, Münster).
- Sennett, Richard: 2012, *Juntos. Rituales, placeres y política de cooperación* (Anagrama, Barcelona).
- Sennett, Richard y Cobb, Jonathan: 1977, *The hidden injuries of class* (Cambridge University Press, Londres) [Ed. Orig. 1972].
- Sennett, Richard y Foucault, Michel: 1988, "Sexualidad y soledad", en *Foucault y la ética: seminario dirigido por Tomás Abraham* (Biblos, Buenos Aires), pp. 165- 187 [Ed. orig. 1981].
- Sennett, Richard y Calhoun, Craig: 2007, "Introduction", en Calhoun, C; Sennett, R. (eds.), *Practicing culture* (Routledge, London-New York).

b. Bibliografía General

- Albert, Michel: 1992, *Capitalismo contra capitalismo* (Paidós, Buenos Aires).
- Alvarez de Mon, Santiago: 1998, *La empresa humanista y competitiva* (Deusto, Bilbao).
- Alvaro Estramiana, José Luis: 1995, *Psicología social: perspectivas teóricas y metodológicas* (Siglo XXI, Madrid)
- Alvaro Estramiana, José Luis, et al.: 2007, *Introducción a la psicología social sociológica* (UOC, Barcelona).
- Arendt, Hanna: 2008, *La condición humana* (Paidós, Barcelona) [Ed. orig. 1958].
- Atherton, John: 1980, "A la recherche d'une identité. Entretien avec Richard Sennett", en *Quinzaine Litteraire*, nº 330, pp. 12-13.
- Bell, Daniel: 1976, *El advenimiento de la sociedad post-industrial: un intento de prognosis social* (Alianza, Madrid) [Ed. orig. 1973].
- Bell, Daniel: 1982, *Las contradicciones culturales del capitalismo* (Alianza, Madrid) [Ed. orig. 1976].
- Beck, Ulrich: 1998, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad* (Paidós, Barcelona) [Ed. orig. 1986].
- Beck, Ulrich: 2000, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización* (Paidós, Barcelona) [Ed. orig. 1997].
- Benedicto, Rubén: 2004, *Charles Taylor: identidad, comunidad y libertad* [Tesis doctoral].
- Benhabib, Sheila: 2006, *El ser y el otro en la ética contemporánea. Feminismo, comunitarismo y posmodernismo* (Gedisa, Madrid) [Ed. orig. 1992].
- Berger, Peter: 1990, *Introducción a la sociología* (Limusa, México) [Ed. orig. 1963].
- Blumer, Herbert: 1982, *El interaccionismo simbólico. Perspectiva y método* (Hora, Barcelona) [Ed. orig. 1969].
- Bowlby, John: 2004, *Una base segura: aplicaciones clínicas de una teoría del apego* (Paidós, Barcelona).

- Bridge, Gary y Watson, Sophie: 2006, "City Publics", en Bridge G. y Watson, S. (eds.), *A companion to the city* (Blackwell Oxford), pp. 369-379.
- Calvo, Patrici: 2012, *Racionalidad económica: aspectos éticos de la reciprocidad* [Tesis Doctoral].
- Campbell, Colin: 1991, "Reexamining Mills on Motive: A Character Vocabulary Approach", en *Sociological Analysis*, nº52, vol. 1, pp. 89-97.
- Carnoy, Martin: 2001, *El Trabajo flexible en la era de la información* (Alianza, Madrid).
- Castells, Manuel: 1996, *The Rise of Network Society* (Blackwell, Oxford).
- Castells, Manuel: 2006, *La Sociedad red: una visión global* (Alianza, Madrid).
- Coles, Robert: 1975, *Erik H. Erikson. La evolución de su obra* (F.C.E, Madrid) [Ed. orig. 1970].
- Coller, Xavier: 1997, *La empresa flexible: estudio sociológico del impacto de la flexibilidad en el proceso del Trabajo* (CIS. Siglo XXI, Madrid).
- Conill, Jesús: 1994, "Marco ético-económico de la empresa moderna", en Cortina, A. (dir.), *Ética de la empresa. Hacia una nueva cultura empresarial* (Trotta, Madrid).
- Conill Sancho, Jesús: 2004, *Horizontes de economía ética: Aristóteles, Adam Smith, Amartya Sen* (Tecnos, Madrid).
- Conill, Jesús: 2006, *Ética hermenéutica* (Tecnos, Madrid).
- Conill, Jesús: 2007, *El poder de la mentira. Nietzsche y la política de la transvaloración* (Tecnos, Madrid).
- Conill, Jesús y Montoya, José: 1985, *Aristóteles: sabiduría y felicidad* (Cincel, Madrid).
- Cortina, Adela: 1985, *Crítica y utopía: la Escuela de Franckfort* (Cincel, Madrid).
- Cortina, Adela (dir.): 1994, *Ética de la empresa. Hacia una nueva cultura empresarial* (Trotta, Madrid).
- Cortina, Adela: 1997, "Presupuestos éticos del quehacer empresarial", en Cortina, A. (dir.), *Rentabilidad de la ética para la empresa* (Visor, Madrid), pp. 13-36.

- Cortina, Adela: 2003a, "Educar en un cosmopolitismo arraigado", en *Paideia*, nº 30, pp. 61-70.
- Cortina, Adela: 2003b, "Las tres edades de la ética empresarial", en Cortina, A. (ed.), *Construir Confianza* (Trotta, Madrid), pp. 17-37.
- Cortina, Adela: 2005, *Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía* (Alianza, Madrid) [Ed. orig. 1997].
- Cortina, Adela: 2011, "Ciudadanía democrática: ética, política y religión. XIX Conferencias Aranguren", en *Isegoría*, nº 44, pp. 13-55.
- Coser, Lewis: 1961, *Las funciones del conflicto social* (FCE, México) [Ed. orig. 1956].
- Cueva, Marcos: 2007, "De la gran liberación al fin de la autoridad", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 69, nº2, pp. 243-275.
- Chodorow, Nancy: 1978, *The Reproduction of Mothering* (University of California Press, Berkeley).
- Del Olmo, Carolina: 2009, "La sociología como una de las bellas artes. Entrevista con Richard Sennett", en *Trabajo y Sociedad: Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*, nº 13.
- Durkheim, Émile: 1982, *La división del trabajo social* (Akal, Madrid) [Ed. orig. 1893].
- Elster, Jon (Comp.): 2001, *La democracia deliberativa* (Gedisa, Barcelona).
- Erikson, Erik. H.: 1983, *Infancia y sociedad* (Paidós Hormé, Buenos Aires). [Ed. orig. 1963].
- Estefanía, Joaquín: 2002, "Globalización", en Conill, J. (coord.), *Glosario para una sociedad intercultural* (Bancaja, Valencia), pp. 186-191.
- Ferrer, Christian, y Morello, Ciro: 1988, "El si y los otros en la obra de Richard Sennett", en *Foucault y la ética: seminario dirigido por Tomás Abraham* (Biblos, Buenos Aires), pp. 143-164.
- Festinger, Leon: 1975, *Teoría de la disonancia cognitiva* (Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid) [ed. orig. 1957].
- Flaquer, Lluís, y Giner, Salvador: 1984, "Pròleg", en Tönnies, F., *Comunitat i associació* (Edicions 62, Barcelona).

- Flecha, R.; Gómez, J.; y Puigvert, L.: 2001, *Teoría sociológica contemporánea* (Paidós, Barcelona).
- Forgione, Francesco: 2010, *Mafia export* (Anagrama, Barcelona).
- Freud, Sigmund: 1999, *El malestar en la cultura* (Alianza, Madrid) [ed. orig. 1930].
- Freud, Sigmund: 2012, *Introducción al narcisismo y otros ensayos* (Alianza, Madrid) [Ed. orig. 1914].
- Fromm, Erich: 1981, *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea: hacia una sociedad sana* (FCE, Madrid) [ed. orig. 1955].
- Frühwald, Wolfgang: 2009, "Laudatio in honor of Richard Sennett" (Gerda Henkel Prize) en *How I Write: Sociology as Literature*, Award of the Gerda Henkel Prize 2008 (Rhema, Münster), pp. 37-45.
- García Roca, Joaquín: 1998, "Globalización: Un mundo único desigual y antagónico", en Cortina, A. (dir.), *10 palabras clave en Filosofía política* (Verbo Divino, Estella).
- García-Marzá, Domingo: 2004, *Ética empresarial: del diálogo a la confianza* (Trotta, Madrid).
- García-Marzá, Domingo: 2005, "Trust and dialogue: Theoretical Approaches to Ethics Auditing", *Journal of Business Ethics*. 57, 209-219.
- García-Marzá, Domingo: 2006, "La responsabilidad social de la empresa: una definición desde la ética empresarial" *Revista Valenciana de Economía y Hacienda*, 12 (3), 77-94.
- Gerth, Hans y Mills, C.Wright: 1984, *Carácter y estructura social. La psicología de las instituciones sociales* (Paidós, Barcelona) [Ed. orig. 1953].
- Giddens, Anthony: 1992, *El capitalismo y la moderna teoría social* (Labor, Barcelona) [Ed. orig. 1971].
- Giddens, Anthony: 1995, *Modernidad e identidad del yo* (Península, Barcelona) [Ed. orig. 1991].
- Giddens, Anthony: 2001, *Sociología* (Alianza, Madrid) [ed. orig. 1982].
- Giddens, Anthony: 2006, *La transformación de la intimidad. Sexualidad,*

- amor y erotismo en las sociedades modernas* (Cátedra, Madrid) [Ed. orig.1992].
- Giddens, A.; Turner, J; y otros: 2000, *La teoría social hoy* (Alianza, Madrid)[Ed. orig.1987].
- Gilligan, Carol: 1982, *In a Different Voice* (Harvard University Press).
- Giménez Ruiz, José Luis: 1987, *Sociología de la organización y de la empresa* (Marcombo, Barcelona).
- Giner, Salvador: 1987, *Historia del pensamiento social* (Ariel, Barcelona).
- Giner, Salvador: 1996, *Sociología* (Península, Barcelona).
- Giner, S; Lamo de Espinosa, E.; Torres, C. (eds.): 1998, *Diccionario de Sociología* (Alianza, Madrid).
- Gonos, George: 1977, "Situation versus frame: the interactionist and the structuralist analysis of everyday life", en *American Sociological Review*, nº 42, pp. 854-867.
- González Esteban, Elsa: 2001, *La responsabilidad moral de la empresa: una revisión de la teoría de los stakeholder desde la ética discursiva* [Tesis doctoral].
- González Esteban, Elsa: 2010, "Ética para empresarios", en Mauricio Correa y Pablo Martínez Becerra (Eds.), *La riqueza ética de las profesiones* (pp.225-258). (RIL editores, Santiago de Chile).
- González Esteban, Elsa: 2012, "Perspectiva de los grupos de interés en la RSE", en Emanuel Raufflet, José Felix Lozano Aguilar, Ernesto Barrera y Carlos García de la Torre (Coord.), *Responsabilidad social empresarial* (p.91-103) (Pearson Educación, México).
- González Esteban, Elsa (ed.): 2013, *Ética y gobernanza. Un cosmopolitismo para el siglo XXI* (Comares, Granada).
- Granja, Dulce María: 2010, *Lecciones de Kant para hoy* (Antropos, Barcelona).
- Grotowsky, Jerzy: 1968, *Towards a Poor Theatre* (Simon and Schuster, Nueva York).
- Guelbenzu, José María: 2002, "Signos de identidad", en Conill, Jesús (coord.), *Glosario para una sociedad intercultural* (Bancaja, Madrid).
- Gutman, Amy y Thompson, Dennis: 2004, *Why Deliberative Democracy?* (Princeton University Press, New Jersey).
- Habermas, Jürgen: 1987, *Teoría de la acción comunicativa* (Taurus, Madrid).
- Habermas, Jürgen: 2000, *Aclaraciones a la ética del discurso* (Trotta, Madrid)

[Ed. orig. 1991].

- Harris, Marvin: 1998, *Antropología cultural* (Alianza, Madrid) [Ed. orig. 1980]
- Halloran, S. Michael: 1981, "Public and Private: Richard Sennett on Public Life and Authority", en *Quarterly Journal of Speech*, Issue 3, pp. 322-330.
- Haller, Mark H.: 1973, "Family Fictions", en *Reviews in American History*, vol. 1, nº1, pp.113-119.
- Harrison, Benet: 1984, *Lean and Mean* (Basic books, Nueva York).
- Hermida, Cristina: 2000, "Poder y autoridad", en *Isonomía*, nº 13, pp. 179-190.
- Hobsbawm, Eric: 1998, *La era del capital, 1848-1875* (Crítica, Barcelona) [Ed. orig. 1975].
- Hobsbawm, Eric: 1998, *La era del imperio, 1875-1914* (Labor, Barcelona) [Ed. orig. 1987].
- Huizinga, John: 2008, *Homo ludens* (Alianza, Madrid) [ed. orig. 1954].
- Imamura, Anne E.: 1987, "The Japanese Urban Housewife: Traditional and Modern Social Participation", en *The Social Science Journal*, vol. 24, nº 2, pp. 139-156.
- Jackson Lears, T. J.: 1985, "The two Richard Sennetts", en *Journal of American Studies*, vol. 19, nº 1, pp. 81-94.
- Joas, Hans: 2000, "El interaccionismo simbólico", en Giddens, A., Turner, J. y otros, *La teoría social hoy*, pp. 112-154 (Alianza, Madrid) [Ed. orig. 1987]
- Lévi-Strauss, Claude: 2010, *Tristes trópicos* (Paidós, Barcelona) [Ed. orig. 1955]
- Lifton, Robert: 1976, *The Life of the Self: Toward a New Psychology* (Simon & Schuster, Nueva York).
- Lipovetsky, Gilles: 2003, *La era del vacío* (Anagrama, Barcelona) [Ed. orig. 1983]
- Lozano, José Félix: 2004, *Códigos éticos para el mundo empresarial* (Trotta, Madrid).
- Lozano, José Félix: 2011, *Qué es la ética de la empresa* (Proteus, Barcelona).
- Lucas Marín, Antonio: 2004, *Sociología: una invitación al estudio de la*

realidad social (Eunsa, Pamplona).

- Llorens, Tomàs: 2001, "Prólogo" a Sennett, R., *Vida urbana e identidad personal* (Península, Barcelona).
- Manning, Peter K.: 1976, "The decline of civility: a comment on Ervin Goffman's sociology", en *Canadian Review of Sociology and Antropology*, nº 13, pp. 13-25.
- Marx, Karl: 1980, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política: Borrador 1857-1858* (Siglo XXI, Madrid) [Ed. orig. 1857].
- Marx, Karl: 2006, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* (Colihue, Buenos Aires).
- McIntyre, Alasdire: 2004, *Tras la virtud* (Crítica, Barcelona) [Ed. orig. 1981].
- Mead, George H.: 1993, *Espíritu, persona y sociedad* (Paidós, México) [Ed. orig. 1934]
- Meisenhelder, Thomas: 2006, "From character to habitus in sociology", en *The Social Science Journal*, nº 43, vol. 1, pp. 55-66.
- Merton, Robert: 1967, *Social Theory and Social Structure* (The Free Press, N. York).
- Mills, C. Wright: 2009, "Sobre artesanía intelectual", en *Trabajo y Sociedad: Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*, nº 13 [ed. orig. 1961]
- Mintzberg, Henry: 1991, *Mintzberg y la dirección* (Díaz de Santos, Madrid) [Ed. orig. 1989].
- Mintzberg, Henry: 2012, *La estructuración de las organizaciones* (Ariel, Barcelona) [Ed. orig. 1979].
- Nisbet, Robert: 1953, *The Quest for Community* (ISI Books, Wilmington).
- Pfeilstetter, Richard: 2010, "Escribir complejo: Richard Sennett y su estilo literario", en *Perifèria*, nº 12.
- Piore, Michael, y Sabel, Charles: 1984, *The Second Industrial Divide: Possibilities for Prosperity* (Basics Books, New York).
- Pollert, Anna: 1998, "Dismantling Flexibility", en *Capital and Class*, nº 34.
- Rabinbach, Anson: 1998, "The End of Utopias of Labor: Metaphors of the Machine in the Post-fordist Era" en *Thesis Eleven*, nº 53, pp. 29-44.

- Riesman, David: 1950, *The Lonely Crowd* (Yale university Press, New Haven).
- Rodríguez Guerra: 2001, *Capitalismo flexible y Estado de bienestar* (Comares, Granada).
- Román Maestre, Begoña: 2004, "La corrosión del *ethos* corporativo: reflexiones sobre las condiciones de posibilidad de la ética empresarial", en *Recerca*, nº4, pp. 137-151.
- Ros, Juan Manuel: 2001, *Los dilemas de la democracia liberal. Sociedad civil y democracia en Tocqueville* (Crítica, Barcelona).
- Ruiz Olabuénaga, José Ignacio: 1995, *Sociología de las organizaciones* (Universidad de Deusto, Bilbao).
- Sadaba, Javier: 2003, "Educación y cosmopolitismo", en *Paideia*, nº30, pp. 95-103
- Sartori, Giovanni: 1992, *Elementos de teoría política* (Alianza, Madrid) [ed. orig. 1987].
- Sassen, Saskia: 2003, *Los espectros de la globalización* (Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires) [ed. orig. 1998].
- Sebastián de Erice, José R.: 1994, *Erving Goffman. De la interacción focalizada al orden interaccional* (Siglo XXI, Madrid).
- Smith, Adam: 1978, *Teoría de los sentimientos morales* (FCE, México) [Ed. orig. 1759].
- Smith, Adam: 1999, *La riqueza de las naciones* (Alianza, Madrid) [ed. orig. 1776].
- Smith, Nicholas H.: 2007, "The hermeneutics of work: on Richard Sennett", *Critical Horizons: A Journal of Philosophy and Social Theory*, nº8, vol. 2, pp. 186-204.
- Stiglitz, Joseph E.: 2003, *El malestar en la globalización* (Punto de Lectura, Madrid)
- Stramworth, Hilary: 2006, "Protestantism, Anxiety and Orientations to the Enviroment: Sweden as a text base for the ideas of Richard Sennett", en *World Views: Global Religions, Culture and Ecology*, vol. 10, nº3, pp. 295-325.
- Stryker, Sheldon: 1983, "Tendencias teóricas de la psicología social. Hacia una psicología social interdisciplinar", en Torregrasa, J.B y Sarabia,

- B., *Perspectivas y contextos de la psicología social* (Hispano-Europea, Barcelona), pp. 13-72.
- Stryker, Sheldon y Serpe, Richard.T: 1982, "Commintment, identity saliance and role behavior: Theory and research exemple", en Ickes, W. y Knowles, E.S. (eds), *Personality, Roles and Social Behavior* (Springer-Verlag, New York), pp. 199-218.
- Taylor, Charles: 1996, *Fuentes del yo: la construcción de la identidad moderna* (Paidós, Barcelona.) [ed. orig. 1989].
- Taylor, Charles: 2003, "Horizontes ineludibles", en Gómez, Carlos, *Doce textos fundamentales de la Ética del siglo XX* (Alianza, Madrid), pp. 230-237 [Ed. orig. 1991].
- Taylor, Charles: 2003, *Multiculturalismo y la política del reconocimiento* (FCE, Madrid) [Ed. orig. 1994].
- Toffler, Alvin: 1995, *La empresa flexible* (Plaza & Janes, Barcelona) [Ed. orig. 1985].
- Tönnies, Ferdinand: 1984, *Comunitat i associació* (Edicions 62, Barcelona) [Ed. orig. 1887].
- Tocqueville, Alexis de: 1989, *La democracia en América, I y II* (Aguilar, Madrid) [Ed. orig. 1835].
- Ulrich, Peter: 1993, "Bases para una ética económica crítica" en *Instituto de Dirección y Organización de Empresas*, nº 83.
- Vertovec, Steven y Cohen, Robin: 2002, "Introduction: Conceiving Cosmopolitanism", en Vertobec, S., y Cohen, R. (eds.), *Conceiving Cosmopolitanism. Theory, Context, and Practice* (Oxford University Press), pp. 1-22.
- Weber, Max: 1964, *Economía y sociedad. Esbozo de una sociología comprensiva* (FCE, México) [ed. orig. 1922].
- Weber, Max: 2001, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (Alianza, Madrid) [Ed. orig. 1905].
- Wilson, Thomas P.: 1970, "Conceptions of interaction and forms of sociological interaction", en *American Sociological Review*, vol.35, nº4, pp. 697-710.
- Winnicot, Donald W.: 1982, *Realidad y juego* (Gedisa, Barcelona) [Ed. orig. 1971].

Bibliografía General

Wood, Stephen: 1989, *The Transformation of Work? Skills, Flexibility and the Labour Process* (Unwyn Hyman, Londres).

Anexo: Listado cronológico de las obras monográficas de Richard Sennett

- 1970, *Families against the city. Middle class Homes of Industrial Chicago: 1872-1890* (Harvard University Press).
- 1970, *The Uses of Disorder. Personal Identity and City Life* (Knopf, New York).
- 1972, Sennett, Richard y Cobb, Jonathan: *The Hidden Injuries of Class* (Knopf, New York).
- 1974, *The Fall of Public Man* (Knopf, New York).
- 1980, *Authority* (Knopf, New York).
- 1990, *The Conscience of the Eye* (Knopf, New York).
- 1994, *Flesh and stone: The Body and the City in Western Civilization* (W.W. Norton, New York).
- 1998, *The Corrosion of Character: The Personal Consequences of Work in the New Capitalism* (W.W. Norton, New York).
- 2003 *Respect in a World of Inequality* (W.W. Norton, New York).
- 2005, *The Culture of the New Capitalism* (Yale University Press, New Haven).
- 2008, *The Craftsman* (Yale University Press, New Haven).
- 2012, *Together: The Rituals, Pleasures and Politics of Cooperation* (Yale University Press, New Haven).